CUBA CONTEMPORÁNEA

Cuba Contemporánea

REVISTA MENSUAL

DIRECTOR:
CARLOS DE VELASCO

AÑO VIII

TOMO XXII
(ENERO A ABRIL, 1920)

DIRECCION Y ADMINISTRACION:
O'REILLY, 11.
LA HABANA
CUBA

Cuba Contemporánea

AÑO VIII

Tomo XXII. La Habana, enero 1920. Núm. 85.

LA ACTUACION DE CUBA EN LAS CONFERENCIAS DE LA PAZ (*)

(Discurso pronunciado el 28 de octubre de 1919, por el Delegado cubano, ante las Comisiones de Relaciones Exteriores del Congreso.)


ONORABLE señor Presidente de la República; señor Presidente del Congreso; señores miembros de las Comisiones de Relaciones Exteriores de ambos Cuerpos; señores: Abrumado por vuestras demostraciones de afecto, que agradezco de modo extraordinario, y por las frases benévolas de mi ilustre amigo y compañero el doctor Dolz, de las que es necesario rebajar para el elogio todo lo que pone el afecto, no creo en rigor que pueda haber merecido nada semejante, convencido como estoy de que en nuestra intensísima vida moderna el ciudadano no se debe a sí mismo, sino que cuanto es,

(*) Cuba Contemporánea, percatada de la grandísima importancia que encierra para nuestra patria la difusión en el extranjero de este notabilísimo discurso pronunciado por el Dr. Antonio S. de Bustamante, Delegado cubano en la Conferencia de Versalles, en acto memorable, pidió, y obtuvo del docto tribuno, la autorización necesaria para reproducir en sus columnas documento de tanta trascendencia.

Corregida y revisada por el propio doctor Bustamante, ofrecemos a nuestros lectores, en su totalidad, esta magistral pieza oratoria que ha merecido los más cálidos elogios de cuantos tuvieron oportunidad de oirla.

Cuba Contemporánea, al saludar al Delegado cubano en Francia, lo felicita efusivamente.

cuanto significa y cuanto representa lo debe a la Patria que lo forma, y de que puede tenerse por el más feliz de los hombres cuando halla una oportunidad de poner al servicio de esa patria, ya que no sus aptitudes, por lo menos su buena voluntad.

Al aceptar la honrosísima misión que se puso en mis manos, tuve oportunidad de cambiar impresiones sobre mis deberes en París y de recibir instrucciones y órdenes del Honorable señor Presidente de la República, del señor Secretario de Estado y de las Comisiones de Relaciones Exteriores de la Cámara y del Senado, con las que hube de celebrar una extensa e importante entrevista; y en esas instrucciones, que formulé por escrito en una especie de programa de preguntas, figuraba a la cabeza de todas esta afirmación fundamental: nosotros iríamos a París, como a todas partes, procurando que en cada uno de nuestros actos y en cada una de nuestras decisiones, quedaran a salvo, sobre todo, la dignidad, la independencia y la soberanía nacional.

He aquí, pues, la nota fundamental de mi conducta, la base de mi acción, a que se subordinaba luego otra serie de asuntos o detalles, algunos de interés extremo, pero ninguno de la importancia capital que para nosotros tienen la soberanía, la independencia y la dignidad de Cuba.

Nuestra conducta en París tenía que responder a ese móvil altísimo, de tal suerte que no descendiéramos a intrigas que pudieran exponernos a desaires, ni a peticiones inadecuadas que pudieran exponernos a repulsas, y que allí nos guiáramos constantemente por estas dos normas: la de que nuestra arrogancia no resultara ridícula, medida por nuestro poder, y nuestra debilidad no resultara indigna, medida por nuestro derecho.

La Paz de París se podía concertar de dos maneras diferentes: reuniendo a los vencidos en una especie de Gran Congreso Mundial, que estudiara todos los problemas humanos, o tratando con cada uno de ellos separadamente, para resolver, en los diversos convenios, las cuestiones políticas, jurídicas o económicas que se refirieran a aquella nación determinada. Lo primero hubiera sido empezar por la Liga de las Naciones antes de crearla y dar además al enemigo el tacto de codos, la fuerza, el poder, la resistencia que suponía su unión, su alianza frente a la alianza de los vencedores. Instintivamente se dieron cuenta los estadistas europeos

y americanos de que la única conducta posible para negociar la paz era la propia conducta con que se habían negociado sucesivamente varios armisticios, y que importaba tratar una tras otra con Alemania y con Austria y con Bulgaria y con Turquía, con lo que se disminuía extraordinariamente el escenario político y se limitaban las cuestiones que habrían de decidirse, encerrándolas en los marcos que resultaban de los problemas de Alemania, de Austria, de Turquía y de Bulgaria.

Hubiera sido muy fácil a las potencias aliadas, europeas y americanas, dividir todavía más al enemigo, y hacer surgir tantas naciones como Estados tiene Alemania, partiéndola en una serie de agregados políticos o geográficos, como naturalmente se había dividido Austria en seis porciones diferentes.

Dos razones capitales decidieron probablemente a las naciones (y luego veremos la trascendencia que esto tiene para los problemas económicos cubanos) a seguir otra línea de conducta. Una la de que el poder ruso, que había sido la clave política europea durante mucho tiempo, estaba desorganizado y deshecho en una revolución de la que quizás tenga oportunidades de decir algo más adelante. Era conveniente que entre las naciones aliadas y asociadas del Occidente de Europa, y esos sucesos de Rusia, se levantara, no una serie de Estados pequeños, sujetos a todas las influencias, incluso a las influencias militares, sino un poder lo bastante denso para resistir cierta clase de invasión, y lo bastante fuerte para impedir cierto contagio, que teniendo un fondo de justicia, resultaba, sin embargo, en su expresión política, peligroso para la paz y la justicia del mundo que en París se perseguían. La otra circunstancia que hubo de influir en esa decisión fué que Alemania había realizado una serie de actos contrarios al derecho de la guerra y a la justicia humana; que había violado la frontera de Bélgica, inviolable a virtud de un tratado en que ella era parte contratante; que había arrasado y destruído media Europa, y que, rota en pedazos o disgregada en reinos o repúblicas, no habría quien afrontara aquellas responsabilidades, que no debían quedar impunes para la paz futura, para la marcha progresiva del mundo, para la justicia y el derecho que a toda costa querían salvar los vencedores.

Y Alemania continuó en pie, mientras Austria fué deshecha.

Así resultaban descartadas de París todas aquellas cuestiones no enlazadas íntimamente con la guerra misma, que pudieran suscitar ciertos Estados americanos o europeos, aunque en definitiva se hayan reservado o entregado, como válvulas de escape, a la futura Liga de las Naciones, salvo en cuanto esa Liga de las Naciones no es incompatible con acuerdos regionales como la Doctrina de Monroe, según las frases del Tratado.

En esas condiciones iban a negociar las naciones europeas y americanas, necesariamente divididas en dos grupos: de una parte las que habían sufrido las consecuencias de la guerra, las que habían tomado parte directa en las operaciones, las que habían realizado la proeza militar extraordinaria de resultar vencidas y constantemente derrotadas mil cuatrocientos cincuenta y cuatro días en una guerra de más de cuatro años y vencedoras en un ataque triunfal de ciento quince días, que llevó al Armisticio y a la Paz; y de otra parte las que no habían tomado participación directa en la lucha enviando soldados o viendo invadido su territorio o poniendo a su disposición elementos de combate, pero que, sin embargo, como nosotros, habían hecho todo lo posible por la victoria del Derecho y de la Justicia; se habían sumado a los beligerantes cuando el combate llegó a América; habían luchado por la libertad de los mares y sacrificado a esa libertad de los mares su reposo; habían tomado medidas interiores para evitar que su territorio sirviera de medio de acción a los beligerantes enemigos; habían puesto hasta su prosperidad económica al servicio de la lucha, sacrificando a un precio único su principal producto, que pudo llegar a tipos fabulosos y, por lo tanto, limitando su prosperidad económica en provecho del bienestar del mundo y del Derecho y la Justicia universal.

¿Cómo, dentro de estas negociaciones de París, podía quedar a salvo ese derecho fundamental de la soberanía y de la independencia cubana? En primer término, manteniendo el principio de que todos los Estados son iguales y de que no hay en el derecho preeminencias o prerrogativas de los unos sobre los otros, que, desde el más poderoso hasta el más débil, todos están frente a la Ley Internacional en la propia situación y ninguno debe imponerse a los demás; es decir, suprimiendo del estado legal del mundo el

principio de dominación universal, con que soñó inútilmente Alemania.

Al llegar a París tuve algunos instantes de temor de que ese principio de la igualdad jurídica de todas las Naciones del mundo resultara disminuído y negado, en perjuicio de los pueblos débiles de Europa o de América, y de que la embriaguez de la victoria, la necesidad de dominar la situación política, la fuerza todavía existente de los vencidos, obligaran a los vencedores a establecer categorías y privilegios de que saliera humillada y disminuída la personalidad internacional de buen número de países. Sospechándolo así, envié, a poco de llegar, una comunicación a nuestra Secretaría de Estado pidiéndole autorización para mantener en París el principio de la igualdad de los Estados, para sostener ese principio contra toda agresión y para defenderlo en las comisiones y en la Conferencia, y la Secretaría de Estado, por cable, contestó mi nota autorizándome para hacer en tal sentido cuantas gestiones estimara necesarias. Las emprendí en seguida; y como testimonio de ellas puedo recordar que acudí una vez a la sesión plenaria de las Conferencias para hacer constar que la República de Cuba no estaba de acuerdo con determinado artículo de un Proyecto, en cuya virtud la mayoría de las Naciones del mundo podía dictar reglas que se impusieran a la minoría. Y tuve la satisfacción extraordinaria de que detrás de mí se fueran levantando los representantes de casi todas las Repúblicas hispano-americanas para adherirse a aquella manifestación y mantener el mismo criterio. Y la América toda tuvo la satisfacción no menos grande de que, cuando el primer Proyecto de la Liga de las Naciones decía de una manera explícita que los acuerdos que tomara la Asamblea de la Liga por mayoría de votos, habían de ser obligatorios para todos los pueblos del Mundo, que tenían que aceptar todas aquellas modificaciones como parte de un convenio internacional, el día en que ese Proyecto de la Liga de las Naciones llegó a la votación definitiva de la Conferencia, el precepto se había sustituído por otro, que, de una manera explícita, decía que la mayoría podía acordar lo que le pareciera; pero que el que no estuviera conforme, lejos de verse compelido a acatar la voluntad de los más, quedaría fuera de la Liga y no estaría sujeto a acatarla. El principio de igualdad de los pueblos, entre el gran

número de naciones representadas en la Conferencia, se había salvado para el Derecho Internacional futuro.

En la organización misma de la Conferencia parecía que ese principio estaba en peligro. Las listas de los concurrentes y el preámbulo del Tratado, lo saben los señores Congresistas, estaban redactados así: "Tales y cuáles naciones, que son las principales potencias aliadas y asociadas, tales y cuáles naciones, que son las demás potencias aliadas y asociadas, de una parte; Alemania, de la otra, convienen en lo que sigue:" Pero cuando llegó el momento de consignar al final de la Sección Primera los nombres de las naciones que forman parte de la Liga, volviendo por los fueros del Derecho Internacional y por la regla de igualdad establecida desde la paz de Westfalia en lo adelante, es decir, desde 1648, esos nombres de las naciones figuran en el orden rigurosamente alfabético, sin relación a su poder o a su situación militar o política, como han figurado siempre en todos los convenios internacionales del mundo desde que la doctrina de la igualdad entre los pueblos es una base de la sociedad internacional.

El principio de igualdad había vencido definitivamente en el Tratado, donde ese preámbulo tiene una explicación jurídica, la de que contrayéndose diversas obligaciones y ejercitándose diversos derechos por cada grupo de Potencias, era necesario designarlas desde el principio con un nexo o denominación común, para no repetir una serie de cláusulas y frases en los demás preceptos del Tratado.

Asegurada la igualdad entre todos los Estados, habiendo obtenido Cuba como nación independiente cuanto cualquier nación independiente pudiera obtener en orden a consideraciones, preeminencias y privilegios diplomáticos, teniendo además Cuba la satisfacción de haber sido la única República latinoamericana, aparte del Brasil, que ha figurado en dos Comisiones importantes de las que elaboraron el Tratado que vosotros vais a discutir y aprobar, llegó el momento de formular en la Liga de las Naciones algunas reglas que pudieran aplicarse a las relaciones entre los Estados, y se escribió, con satisfacción extraordinaria por parte de todos, ese artículo 10, a que aludía hace un momento, con extraordinario acierto, el doctor Dolz, en que se dice de una manera expresa que los miembros de la Liga se garantizan recíprocamente su

integridad territorial y su actual independencia política. Hasta hoy nuestra independencia era un hecho aceptado y afirmado por nosotros mismos, consagrado como una obligación internacional por la Nación más grande de América y quizás del mundo en el Tratado Permanente; desde la Paz de París nuestra independencia política y nuestra integridad territorial están colocadas dentro de ese grupo de naciones que recíprocamente se la garantizan y no se podrán tocar para nada ni por nadie sin el consentimiento y la sanción de casi toda la Humanidad.

En rigor, nosotros no lo necesitamos. Jamás tiene la independencia de un pueblo garantía mejor que el propio pueblo independiente; y casi todos los Estados de la tierra que han perdido su independencia, la han perdido por su culpa. Cuando la culpa ha sido de las que se purgan con el tiempo, o no ha dependido de la masa entera de la población, sino de errores políticos, o de dificultades que no se han sabido arreglar, o de ambiciones de los vecinos que no han querido contenerse en forma, entonces puede resurgir el pueblo pasados siglos de vida sometida, al fin independiente, como en ese Tratado de París ha tenido el mundo la satisfacción de ver resucitar a Polonia; pero a despecho de todo, el pueblo que se propone conservar su independencia y tiene para eso, primero valor, y después cordura, no debe temer a accidente alguno de la historia ni a ninguna dificultad de la vida, porque con valor y cordura la conserva, a despecho de todos los accidentes y de todas las vicisitudes.

No corría además peligro nuestra independencia, porque por ese Tratado permanente estaba dos veces garantida por uno de los pueblos, en el orden comercial, y hoy en el orden militar, más fuerte de la tierra; que nos ha dado dos veces la prueba de que puede estar alrededor de nuestro poder y dejarnos a nosotros con nuestro poder y con nuestro derecho, y que tiene, sobre la honradez de su conducta y la nobleza de su población y la altura de su historia, mil razones y mil intereses a virtud de los cuales constituímos nosotros para ellos, en su vida política, tal vez la gloria más grande que pueda apetecer ningún Estado de la tierra.

Pero de todas suertes, nuestra soberanía territorial, nuestro poder geográfico, nuestra actual independencia política, si necesitaban alguna garantía y alguna sanción, la encuentra ahí, en ese

artículo 10 del Tratado de París, que por sí solo vale lo bastante para que nosotros lo firmemos sin vacilaciones y lo aprobemos sin dudas.

Una de nuestras grandes glorias en Europa, una de las razones que no pude invocar nunca en pro de nuestra causa y de nuestra intervención en la guerra sin oir un aplauso, fué que aquí donde las pasiones políticas pueden tanto y las luchas locales se enconan con el ardor de nuestro temperamento meridional, aunque en definitiva se aplaquen con la bondad de nuestros corazones cubanos, llegara un día en que frente al problema de la guerra, todo un Congreso, dividido en luchas intestinas y cruentas, votara la declaratoria de guerra sin un solo voto contrario, con absoluta unanimidad.

Nosotros seguiremos realzando ante el mundo nuestra situación, creciendo en prestigio político, acrecentando nuestra fuerza nacional, si tenemos la suerte de concertar la paz como declaramos la guerra, ya que si era difícil entrar en la lucha armada, con todos sus compromisos, con todos sus peligros, y con todas sus dudas, debe ser fácil salir unánimemente de la lucha armada a esta paz de justicia y de derecho, que ha empezado por garantizar la independencia y el territorio de todas las naciones vencedoras que firman el Tratado de París.

Una nación había atacado la independencia y la libertad del mundo, en nombre de su propia fuerza y de sus fuerzas aliadas. Esa nación era Alemania. Es cosa ya pública que cuando el año 1898 el Presidente de los Estados Unidos Mr. Mac Kinley se decidió a aprobar la Resolución Conjunta del Congreso americano, que declaraba que Cuba era y debía ser de derecho libre e independiente y que los Estados Unidos debían poner al servicio de esa afirmación sus fuerzas militares y navales, Alemania encargó a su Embajador en Washington que reuniera a los representantes de las demás potencias europeas y les propusiera solicitar del Presidente Mac Kinley que no declarara la guerra a España y que les permitiera buscar una solución satisfactoria. El Embajador de otro gran Estado europeo, Austria, apoyó decididamente la petición de su aliado, y otro embajador de otra gran nación europea, que viene decidiendo de los destinos del mundo, más que por su poder, por su justicia, el embajador de Inglaterra, si-

guiendo instrucciones de su Gobierno, se opuso tenazmente a aquellas iniciativas y a aquellas gestiones. Y cuando al fin convinieron, para salvar con un expediente diplomático la disidencia surgida, que todos los embajadores o representantes de esas naciones se constituyeran en la Casa Blanca a pedirle al Presidente Mac Kinley que no alterara la paz, llevó la palabra el embajador de Alemania y rogó al Presidente Mac Kinley que no sumiera al mundo en los horrores de una guerra. ¡Bien pudo haber guardado su petición para Guillermo II en 1914! El Presidente Mac Kinley respondió que si él se decidía a romper las hostilidades y entrar en lucha, lo haría no para provocar sobre el mundo los horrores de la guerra, sino para evitar otros horrores que estimaba más grandes todavía.

Cito el hecho, repetidamente publicado durante esta lucha de 1914 a 1918, para que se vea cómo el poder de Alemania salía de las fronteras de Europa y llegaba ya en 1898 a la propia América y pretendía intervenir en nuestros destinos y decidir de nuestra suerte, no ciertamente para el logro de los ideales que el pueblo cubano acariciaba.

Otro incidente famoso con el Presidente Roosevelt, también ya conocido en la Historia diplomática pública, serviría de nuevo para poner de relieve hasta dónde llegaba en territorio americano la intrusión de Alemania, para cosas que atañen a la independencia, a la dignidad y a la libertad de los pueblos de América.

La guerra de 1914 fué un desvanecimiento de orgullo, dentro de una situación política en que alguien pensó que la fuerza lo puede todo, y en que alguien olvidó que hay algo más fuerte que la fuerza: el Derecho, la Justicia y la Libertad.

Vencido ese poder, sometida materialmente Alemania y sometida su aliada, había que decidir de su suerte en el Congreso de París, de manera que no ofreciera en lo adelante peligro alguno para la paz y la libertad del mundo.

Su primera gran manifestación de poder era territorial. Alemania, todo el que ha visto su mapa lo sabe, es como una gran cinta tendida en la mitad de Europa, que tiene de un lado a Rusia y del otro a Francia; fácil de invadir por sus dos fronteras, tal vez ha sido fuerte porque era geográficamente débil y porque la única manera de defender intacta su soberanía estaba representada por una organización militar, y de ahí ha surgido su desastre.

El Tratado de París la recortó por casi todos sus bordes: ha perdido la Alsacia y la Lorena, que arrebató en 1871 a Francia, después de proclamado el Imperio alemán en esa propia galería de los espejos, de Versalles, que ahora ha visto la humillación más grande de la Historia moderna; pierde la cuenca del Sarre, que representa el gran factor de la industria, una enorme cantidad de carbón para su vida económica; deja pedazos de territorio que pasan a ser belgas: perderá seguramente después de un plebiscito todo el Schlewig, arrebatado a Dinamarca desde 1864 y devuelto en París a Dinamarca, a pesar de que Dinamarca no fué nación beligerante ni concurrió a las negociaciones de la Paz, ejemplo tal vez único en el mundo de dos entidades o dos grupos que discuten derechos y que los resuelven cediendo territorios, no a uno ni a otro, sino a un tercero a quien de justicia pertenecen y que ni siquiera los había reclamado con la fuerza de las armas.

Pierde a Danzig, convertida en ciudad libre para que pueda tener Polonia una salida al mar; pierde todo lo que fué la Polonia alemana; pierde regiones conquistadas a Rusia por el Tratado de Brest-Litowsk; se reduce, en una palabra, extraordinariamente dentro de sus límites geográficos.

Aparte de ese poder puramente geográfico europeo, renuncia Alemania a todas sus colonias y todos sus países de protectorado; y esto tiene una importancia que no puede medirse con una palabra, pero que se aprecia por un hecho. Algunos de esos países protegidos que Alemania pierde y que se entregan a la administración de la Liga de las Naciones tienen una superficie territorial que es veintiséis veces la de la República de Cuba.

Se despoja de cuantos derechos le correspondían en Asia y en Africa, abandona sus cables submarinos, se aparta, en una palabra, de toda comunicación con el mundo, que le dé en el Mundo el carácter de gran potencia. Como si eso no fuera bastante, va a tener en lo sucesivo dos fronteras diversas: una frontera política material con Francia y otra frontera militar. La política llega hasta Alsacia y Lorena, hasta el antiguo territorio francés, hasta el nuevo territorio belga y hasta el Luxemburgo, que sale de su unión comercial con Alemania y de su esfera de acción; pero en toda esa frontera general geográfica, hasta cin-

cuenta kilómetros más allá de la orilla Este del Rhin, no puede tener una fortificación, ni un soldado, ni realizar una maniobra militar, ni hacer un preparativo que represente para Europa una nueva invasión. He aquí, pues, una limitación política, militar y material, una frontera política material y otra frontera militar, ésta última muy lejos de la primera, para imposibilitar las agresiones.

Europa además renuncia, y renuncia por Alemania, a la garantía de tranquilidad para Alemania que representaba la neutralidad de Bélgica y del Luxemburgo. Cuando Bélgica se constituyó en nación independiente, fué un peligro para Alemania desde el punto de vista del poder, puesto que Napoleón se había servido del territorio belga para poner en peligro a Prusia. Hoy que los Estados europeos tienen que precaverse de toda nueva agresión alemana, Bélgica deja de ser neutral. Compensación justa, porque, violando esa neutralidad, entró Alemania hasta la tierra de Francia y llegó casi a la ciudad luminosa de París. Compensación justa porque cuando el ejército alemán, constituyendo una muchedumbre inmensa, destruía ciudades y pueblos y campos y fábricas sobre el suelo mártir de Bélgica, el Soberano de los belgas pudo decir que él no prestaría jamás su asentimiento a esa violencia inaudita, ya que Bélgica era una nación y no un camino; y es lógico que en el día de la Paz las naciones del mundo devuelvan a Bélgica su libertad de acción y de derecho, para que todos supieran que si algún Estado la había hecho un camino, nosotros la hacíamos plenamente una nación.

En el orden militar la situación en que queda Alemania es más grave todavía. El Tratado le prohibe tener un ejército que pase de cien mil hombres, y le impide reclutarlo por el servicio militar obligatorio, y le manda que ese ejército se componga de hombres contratados por doce años, de modo que en cada generación, que normalmente tiene veinticinco, nada más que doscientos mil hombres sepan manejar las armas, y le manda que sus oficiales se cuenten dentro de ese número de hombres, y le impide la instrucción militar en las escuelas y universidades y en los colegios e institutos especiales, y suprime el Estado Mayor, y somete al Consejo de las Naciones la cantidad de armamento que puede tener; en una palabra, reduce al ejército a una función

de policía, de defensa y vigilancia de las fronteras, dejando de ser Alemania una Potencia militar.

En el orden naval suprime, porque las ha entregado desde el armisticio a las naciones aliadas, todas sus unidades de combate, dejándole los barcos indispensables para la policía costera y sometiéndola a condiciones como ésta: que no puede aumentar sus unidades de combate ni sustituir unas por otras hasta que tengan veinte años de construídas. Y además, y esto tiene el carácter de una sanción importante desde el punto de vista moral, tiene que entregar y destruir los submarinos, el arma con que creyó que había de dominar al mundo.

Como poder aéreo la obliga a entregar todos sus aeroplanos y aeronaves y le prohibe construirlas y mantenerlas como parte de su fuerza.

Y si todo esto no pareciera suficiente, entra el Tratado en algo que podría estimarse sentimental, pero que se inspira en una necesidad evidente de derecho: Alemania devuelve todo lo que injustamente se ha llevado, ahora y antes, de las regiones invadidas o de los países enemigos; devuelve cuadros y objetos artísticos a los museos italianos y a los belgas y a las colecciones francesas, y restituye a China los objetos astronómicos que los alemanes se llevaron de allí durante el movimiento de los boxers en 1900 y 1901, y llevando hacia el último extremo el derecho de las poblaciones y el respeto a los sentimientos humanos desciende el Tratado hasta el detalle de imponerle que devuelva la Biblia original del Califa Osman y el cráneo del Sultán Makaoua. Demuestra al mundo el Tratado que cuando una nación crece mucho y a título de fuerte se atreve a todo, y un día en forma de donación y otro día en forma de despojo, se enriquece a costa de los demás, llega al fin un instante en que se la obliga a pagar todas sus deudas, a restituir lo despojado, a volver cada cosa a su lugar, a restablecer el derecho, que es el soberano del mundo.

Estuve en Lovaina, la ciudad mártir de Bélgica, el día en que Lovaina conmemoraba el quinto aniversario de su saco por las tropas alemanas. Me paseé con tristeza por las ruinas de su Universidad, una de las más hermosas del mundo, y por las ruinas de su Biblioteca, una de las más famosas de la tierra: no había quedado allí ni una hoja de papel carbonizado. Cuantos hayan

estado en Lovaina y hayan recogido de sus desgraciados habitantes la impresión tristísima de la dominación alemana, verán con satisfacción inevitable una cláusula del Tratado que obliga a Alemania a entregar a la Universidad de Lovaina, libros, manuscritos, incunables, hasta completar y reconstruir en lo posible aquella colección, indigna y vilmente incendiada.

Hay otro orden todavía en que la situación futura de Alemania resulta más difícil y más grave después de ese Tratado, que nuestros cuerpos colegisladores van a discutir. Está obligada a poner todos sus recursos al servicio de la reconstrucción de las comarcas destruídas en Bélgica y en Francia, a reparar todos los daños que ha causado por tierra, por mar y por el aire, y a reconocer que no paga porque no puede todos los demás sacrificios que ha impuesto a la humanidad, salvo la deuda entera de Bélgica, que esa la tiene que pagar hasta el último centavo.

Para atender a esta obligación, echa Alemania sobre sí una carga, según el Tratado, por el término de treinta años, de ciento veinte mil millones de marcos, y como las cifras no dicen nada, pero los hechos dicen mucho, voy a permitirme una comparación para que gráficamente se comprenda lo que es esa cantidad; representa tres siglos, trescientos años, del presupuesto actual de Cuba. He aquí la situación en que ha quedado Alemania, la nación que impuso su voluntad al mundo durante el último medio siglo.

Hasta al orden industrial han llegado las responsabilidades que le impone el convenio. Tiene que entregar durante diez años ocho millones de toneladas de carbón a Francia; siete millones de toneladas anuales a Bélgica; una suma que empieza en cuatro millones y medio y acaba en ocho millones y medio de toneladas anuales a Italia; todo el carbón que el Luxemburgo necesite hasta la suma máxima que antes de la guerra le proporcionaba; ha de restituir, en grandes cantidades, ganado de toda clase a Francia y a Bélgica, en compensación del que se llevó de allí; dar a esos países diversas sustancias químicas, drogas, tintes, hulla y otras; a nadie *azúcar*. Hago de paso esta salvedad, porque del azúcar he de hablar más tarde, si lo consienten vuestra paciencia y mis fuerzas.

¿Cuáles son, porque eso puede ser lo que más nos importe, las consecuencias económicas y aun las consecuencias políticas que

para nosotros tiene esta situación creada al poder alemán? La primera es esta: Alemania ha disminuído enormemente como potencia azucarera.

La guerra sola hizo bajar su producción en un millón de toneladas anuales, y Alemania no se ha repuesto de esa baja ni parece que ahora se pueda reponer.

Por las cesiones de territorio que el Tratado le exige, una o dos fábricas de azúcar pasan a Francia, un núcleo importante de esas fábricas deja de ser alemán y pasa a Polonia, es decir, a una nación aliada y asociada. Francia no gana nada serio con esa fábrica de azúcar, porque su industria azucarera está muerta para mucho tiempo: tenía de doscientas a doscientas setenta fábricas; ciento treinta y cinco fueron totalmente destruídas por los alemanes que se llevaron hasta los últimos restos de maquinaria; quince están en tales condiciones que es imposible que trabajen, y buen número de sus refinerías no pueden funcionar.

Un país que llegó a producir un millón de toneladas de azúcar, aunque esa suma fué bajando a virtud del convenio de Bruselas de 1902 desde que comenzó a regir el primero de septiembre de 1903, produce apenas cien mil toneladas y tardará mucho tiempo en ir subiendo para que llegue por ese camino a su antigua prosperidad.

Para que Alemania reconstruya su poder azucarero tropieza con dos dificultades; no lo consiguió sino a costa de primas de exportación y de carteles, hasta que el convenio de Bruselas afirmó las condiciones económicas de la remolacha de Europa. No puede, con las cargas que le agobian, acudir al propio sistema de primas para renovarla; ha de faltarle además un factor indispensable, el carbón, sin el que no puede vivir esa industria; carece de medios de transporte, porque, no el Tratado de Paz sino el Armisticio, la privó de cantidades crecidas de material ferroviario, que fueron entregados a otras potencias.

¿Cuál es la situación de Austria? No he de explicarla con los mismos detalles, porque se ha concertado con Austria un Tratado especial, y ese Tratado especial ha de venir más tarde al examen de los Cuerpos Colegisladores; pero baste decir que Austria, que era un Imperio poderoso, es hoy una República que tiene seis millones de habitantes, el doble de la Isla de Cuba; y entre

lo que se ha llevado Serbia, el país humillado al empezar la guerra, que era entonces una Serbia pequeña y es hoy la gran Serbia,—y Polonia, Checoeslovaquia, Italia y Hungría, constituída en entidad independiente, representa una gran capital, la capital de un imperio en un territorio sin comercio y sin industria, en que la capital no sabe de qué va a vivir y que ha de tropezar con dificultades económicas enormes en su marcha; es además un Estado, e importa recordarlo, que ya no compite en el azúcar, porque apenas tiene alguna que otra fábrica. El azúcar fué en Austria siempre una industria bohemia y los bohemios se enorgullecen de ella; hoy, en realidad, el enemigo temible para nosotros en esa región ha dejado de ser Austria, a quien es inútil decirle que no exporte, porque no fabrica lo necesario, sino Checoeslovaquia, país que nosotros, generosa y noblemente, nos anticipamos a reconocer como entidad independiente en el Decreto de 31 de octubre de 1918 y donde está la producción azucarera que en esa parte de Europa puede alguna vez hacernos competencia en nuestros mercados. Cito el hecho de pasada, para que al hablar del azúcar veamos la influencia que ha tenido también en las negociaciones de París.

Aparte de esos problemas fundamentales de nuestra vida y de la necesidad imperiosísima de respetar en París todos nuestros compromisos internacionales, de ser allí, como en todas partes, amigos de nuestros amigos, y de cumplir lealmente todos nuestros deberes exteriores, especialmente cuanto yo he tenido la satisfacción extraordinaria, que se debe a las condiciones especiales de nuestra prosperidad y de nuestro desenvolvimiento, de no haber oído jamás de nadie, que no fuera una autoridad de mi propio país, absolutamente ninguna indicación que se refiriera a la conducta de Cuba en las negociaciones de París, aparte de esto, decía, nosotros no llevábamos allí ningún interés geográfico en el orden político, ni íbamos a discutir territorios ni a buscar administración de colonias por mandato internacional, ni a hacer otra cosa que lo que dijo el Congreso cuando declaró unánimemente la guerra a Alemania, sin pedir franquicias ni exigir ventajas, sino afirmando solemnemente en una Ley hermosísima que íbamos a la lucha para defender la libertad del mundo, el derecho a la navegación de los mares y la justicia universal. Dentro de esos límites, nosotros teníamos, sin embargo, que vigilar en París la

suerte de nuestros principales productos, el tabaco y el azúcar, en relación con Alemania y Austria.

¿Qué podíamos, qué debíamos hacer para esa vigilancia?

La situación del tabaco es especialísima en el mundo. Artículo de consumo general, cada vez más solicitado en Europa, donde todas las clases sociales lo utilizan, está en buen número de esas naciones monopolizado por el país, que lo importa y fabrica y revende y que hace de ese monopolio una forma especial de impuesto. No es posible que un país monopolice la industria del tabaco sin que establezca en sus tarifas aduaneras derechos altos para el tabaco extranjero, so pena de que el productor, que es el Estado, no venda, sino que el particular lo importe: derechos que evitan, con otras restricciones, que se defrauden los intereses del Estado y que le dan el margen suficiente para ganar e impedir además el comercio directo con los países extranjeros.

Nuestro tabaco en Francia estaba atravesando, como todo el tabaco del mundo, una crisis particular, nacida, no de nuestra culpa ni de la culpa del Gobierno francés, sino del estado de los cambios internacionales. Es cosa sabida que por virtud de la guerra, de la destrucción económica de Francia, de las dificultades de sus exportaciones, de las emisiones, tal vez exageradas, de papel moneda, de una serie de factores económicos que no se abordaron por escrito, pero de que todos hemos tratado en París, para remediarlos y resolverlos, el franco tiene en el mercado, comparado con nuestra moneda o con el *dollar,* una depreciación enorme, flotante, que sube y baja, pero que siempre llega a un tipo que en otro tiempo hubiera parecido para el franco inverosímil. Y estuvo realizándose esto que cualquiera comprende si sabe el A. B. C. del Comercio, que el Estado francés, monopolizador del tabaco, fabricante y vendedor del tabaco, lo pagaba, tratándose de nosotros, en *dollars* y lo vendía a su clientela en francos, y cuando necesitaba con aquellos francos depreciados pagar en *dollars* la mercancía, la compraba a precio más caro de aquel a que había de cederla. La mitad de Francia estaba pagando a la otra mitad el vicio, o si se quiere (nosotros productores no debemos hablar del vicio) el hábito de fumar.

Esa situación era absolutamente insostenible, y el Estado francés no pensó en aumentar los derechos de aduana, sino el precio

de la mercancía, para que los francos con que se pagaba pudieran convertirse en moneda extranjera al comprarla sin ir a una pérdida evidente. Llevó al efecto el oportuno proyecto a las Cámaras francesas y habló de todo esto con nuestro Ministro en París, que es persona competentísima y que pone en los empeños de su cargo todo el celo y todo el empeño que supone esa competencia indiscutible y su indiscutible y probado amor a la tierra cubana que representa. Las Cámaras francesas, dominadas en estos momentos como casi todas las Cámaras del mundo por un movimiento de orden social del que he de hablar más tarde a propósito de los acuerdos de la Legislación del Trabajo en el Congreso de París, aumentaron extraordinariamente el precio del tabaco de lujo, saliéndose de los límites de la proposición gubernamental. La ley produjo en todas partes una sensación de inquietud y de asombro; la produjo en el propio Gobierno francés, sobre todo en la parte del Gobierno francés que se ocupa de introducir y de vender el tabaco; porque la consecuencia inmediata era casi la absoluta supresión del consumo, y Francia es un negociante en tabaco, el primero que pierde cuando el consumo baja o cuando el consumo se suprime; porque como además no habían sufrido modificación alguna los derechos de aduana equivalentes y compensadores, iba a darse cuenta el público de que no era difícil una importación directa del tabaco cubano en Francia, provocada por los propios consumidores y facilitada por la diferencia que resultaba entre su costo original, el precio exagerado impuesto por la Cámara francesa y la situación en que se encontraban los derechos de aduana. Ese fenómeno, puramente material y mecánico, hizo que en seguida se encontrara en el Gobierno francés, y entre los encargados especialmente de ese régimen, el apoyo necesario para que se revisara la ley, para que se modificaran sus disposiciones, para que se rebajaran aquellos precios absurdos que tenía la venta del tabaco cubano, limitándolos al correspondiente a la depreciación de la moneda.

En Austria está el tabaco, como en Francia, monopolizado por el país, y tiene que sufrir y sufrirá las naturales evoluciones que resultan de la reducción del territorio y de la población, sin perjuicio de que las compense un consumo equivalente y tal vez mayor en las nuevas nacionalidades, a medida que estas naciona-

lidades prosperen económicamente; pero el Tratado de Versalles, de todas maneras, tendiendo a restablecer en Alemania el consumo de nuestro tabaco que fué de sesenta y siete millones al año anterior a la guerra, y tratando de restablecerlo en Austria, ha impuesto a Austria y Alemania, no expresamente en provecho nuestro, porque allí no podía haber provecho individual para nación alguna del mundo, salvo Bélgica, sino como regla general, esta condición: la de que ningún producto nuestro, como ningún producto de los países aliados o asociados, puede tener durante cinco años derechos de aduana mayores que los de antes de la guerra, y la de que gozará nuestro producto, como los de todas las naciones aliadas y asociadas, durante un plazo, que puede aumentar la Sociedad de las naciones, de la cláusula de la nación más favorecida y sin ninguna diferencia que pueda lastimar a esta rama de nuestra industria. Y especialmente quedan protegidas y amparadas contra todas las eventualidades posibles las marcas de fábrica y la propiedad industrial.

En cuanto al azúcar, no había más que dos soluciones: una la de esas propias cláusulas de carácter general, porque estábamos negociando con Alemania y no negociando con Inglaterra o con Francia; otra la prohibición de exportar azúcar de Alemania y de Austria durante cierto período, de lo que se había hablado aquí cuando nos reunimos con la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado para tomarla en consideración como ideal apetecible. La cláusula no hubiera sido difícil: la pidió con mucho empeño a nombre de Australia Mr. Hughes; insistían en ella las colonias inglesas, surgía el propio clamor de otras regiones de Europa; pero nosotros teníamos que pensar mucho lo que hacíamos, medir nuestros actos y ajustarlos a la realidad de las cosas. Con la Alemania y el Austria de 1914, ese hubiera sido un ideal.

Con Austria reducida casi a nada en su producción azucarera; con Alemania cediendo su producción azucarera a Polonia en gran parte, como Austria casi en su totalidad a Bohemia, es decir a los Checoeslovacos, ¿cuál era el efecto inmediato de prohibir a Alemania que exportara azúcar? Crear un privilegio y una ventaja en favor de Polonia y Checoeslovaquia, quitándoles el competidor fronterizo, que actúa con sus propios medios naturales y de transporte. La buena política económica demandaba lo que

se hizo en París: no hablar de eso una palabra, porque era inútil, contraproducente e innecesario.

Esa buena política podía consistir tal vez en iniciar negociaciones—y de ello estoy seguro que se ha de cuidar nuestro Gobierno—para que esos países que producen azúcar hoy, y que han sido en la guerra y en la paz nuestros asociados, Polonia y Checoeslovaquia, no se lancen contra nosotros a una competencia ruinosa sino que, cuando llegue el momento, celebren con nosotros conciertos de alto Gobierno, en virtud del cual nos mantengamos aliados, como lo hemos sido al firmar el Tratado de París, para una regulación de los mercados del mundo que no sea perjudicial a nuestros intereses comunes.

El Tratado de París tiene algunos, quizás muchos defectos. No hay obra humana que sea perfecta; y los lunares se pueden señalar fácilmente con un poco de espíritu práctico o crítico. Hay en este Tratado alguna sección sobre la que tuve el honor, de que me enorgullezco, de formular a nombre de Cuba, ante el Consejo Supremo de los Aliados y por escrito, una reserva formal; hay alguna otra materia sobre la que tuve que formular también en la Comisión de Aeronáutica, y eso de un modo más público, una reserva expresa y terminante, en nombre de principios superiores a los intereses políticos que podían agitarse en París; hay preceptos respecto de los cuales puede discutirse si están o no en armonía con algunas de nuestras disposiciones constitucionales o legales; pero todo eso significa muy poco frente a las ventajas que derivamos de su texto y a los grandes méritos que puede alegar ante la vida contemporánea y ante la historia. Sobre todo eso puede pasarse sólo con alguna mención ligera, que no impide su aprobación sin condiciones, necesaria para sumarnos a la corriente general del mundo.

Tiene, en primer término, la ventaja de una orientación que está en el ambiente y de que podemos enorgullecernos cuantos asistimos, emocionados y pensativos, al instante solemne de su firma. Cuando en el año 1815, caído el Imperio Napoleónico, se reunieron las potencias grandes y pequeñas en Viena, al parecer manejadas como hoy por una pentarquía, y empezaron a recortar el mapa de Europa y a matar y a formar naciones, de aquella fragua surgió en Europa una serie de monarquías y de pueblos de

carta otorgada, régimen que no era el de la libertad y el derecho, y cuando ahora se han desplomado varias naciones de Europa y han surgido de sus ruinas otros Estados, ni uno solo ha tomado la forma monárquica. Toda Europa, desde antes del Tratado, se está poblando de Repúblicas. La Paz de Viena fué la Paz de la Reacción; la Paz de Versalles y de Saint Germain es la Paz de la República, la Paz de la Democracia, la Paz de la Libertad.

El mundo estaba agitado por dos corrientes poderosas, una que quería dar a todos los Estados cierta organización política en forma de Liga o Sociedad de las Naciones, movimiento impulsado por la opinión pública en los países más progresivos del mundo: otra que quería dar una satisfacción merecida y solemne a los grandes problemas del trabajo, a las necesidades y a las exigencias de la clase obrera universal. Y en medio de esas dos, satisfecha también por el Tratado, estaba la aspiración de la mujer de llegar a la vida pública en todos los órdenes, de ver admitida su representación y su igualdad con el hombre, de luchar debidamente ella también por el progreso y el bienestar humano. Ese Tratado es una victoria del feminismo; tiene preceptos en cuya virtud se manda expresamente que intervengan en ciertas cosas las mujeres; se les da aptitud para otras; se las eleva a nuestro nivel; y el hombre no es hombre sino cuando está a su nivel la compañera de su vida; el que la coloca por debajo, se degrada y degrada su generación y su porvenir.

En cuanto a la Sociedad de las Naciones no tengo que decir una palabra. Lo ha dicho en síntesis en la forma maravillosa con que sabe hacerlo, sin subrayar ningún detalle, pero sin olvidar ninguna consideración importante, vuestro insigne e ilustre Presidente. Hoy no es más que un Poder Ejecutivo, y no un Poder Ejecutivo democrático; será mañana además un Poder Judicial, que ese Poder Ejecutivo ha de organizar debidamente. No tiene todavía una Legislación adecuada; pero no hay sociedad que no haya nacido así. El primer germen de todas las sociedades es el Poder ejercido por alguien, generalmente en forma absoluta, y los abusos del poder absoluto crean al cabo la Libertad y el Derecho y el Derecho se impone, en toda clase de relaciones sociales e internacionales. Era difícil crear la Sociedad Internacional; ahí está, dejadla que ande, y dejad que el tiempo haga algo, que nos-

otros no vamos a monopolizarlo todo. Hemos hecho lo más grande, lo que no habían podido hacer seis u ocho siglos de histor'a moderna; las próximas generaciones harán el resto; traerán fórmulas y soluciones nuevas; acuerdos liberales en armonía con los principios que ahí palpitan, necesarios para los avances futuros de la Humanidad.

Y me queda, fuera de algunas reclamaciones cubanas particulares, el problema del trabajo. Con falta de método, prefiero dejar antes de lado esos problemas cubanos, resueltos perfectamente en París, que se refieren a intereses que he llamado particulares y a algunos intereses del Estado. Este Tratado sanciona y declara legítimas, frente a Alemania y para Alemania, todas las leyes votadas por el Congreso cubano y a los decretos dictados por el Ejecutivo, sobre régimen de los extranjeros y sus bienes durante la guerra, y todos los actos realizados por el Estado cubano respecto a esos extranjeros. Este Tratado tiene un artículo especial por el que Alemania renuncia a toda reclamación que pueda haber entablado, o que pueda existir, contra los países enemigos de ella, en cualquier momento antes de la declaración de guerra; lo que a Cuba expresamente alcanza por la parte de Alemania en la famosa reclamación tripartita que tanto ha dado que hacer entre nosotros. Este Tratado además manda que restituya Alemania, tonelada por tonelada y clase por clase, todo buque que por causa de ella naufragara o hubiera sufrido daño; y una reclamación cubana por un buque, está resuelta ahí. Este Tratado, manda a indemnizar a todos aquellos que hayan sufrido daños por consecuencia de ataques marítimos de Alemania, y dos reclamaciones que recibí en París de dos ciudadanos de Cuba que viajaban a bordo de diferentes barcos, están también resueltas de una manera definitiva. Este Tratado dispone que Alemania devuelva las sumas que se apropió en las regiones invadidas, y otra reclamación sobre fondos en Bélgica de un Banco cubano, que también recibí, ha quedado decidida. Este Tratado, manda, por último, que todo daño causado en tierra sea igualmente indemnizado, y cubre de este modo otra reclamación que hube de recibir de un súbdito cubano, cuya casa en Alsacia fué saqueada al invadir a Francia el ejército alemán.

Todas las reclamaciones individuales o personales que se me

han transmitido, están resueltas en algún texto del Tratado que el Congreso va a discutir y a aprobar.

No me queda, pues, otro problema importante que el del trabajo. Es el más grande del mundo en estos momentos, y se debe abordar con cuidado, pero se debe abordar con valor. Si vosotros lo permitís, voy a empezar por algunas consideraciones generales que han sido la guía de mi conducta en la Comisión Especial que elaboró esa parte del Tratado y de que yo formé parte, no sólo representando a Cuba, sino con la delegación tácita de toda la América latina y de algunas pequeñas potencias de Europa, y que se componía de hombres habituados a esos problemas del trabajo, algunos de ellos obreros competentísimos, de una capacidad intelectual y de una cultura extraordinaria. Mi criterio fundamental, tal vez equivocado, para resolver esas cuestiones, es el siguiente: el mundo no queda inmóvil nunca y adelanta siempre hacia la felicidad y el bienestar de los que lo pueblan. Durante toda la época moderna, hasta fines del siglo XVIII, una clase social relativamente pequeña, la nobleza, fué la poseedora de la riqueza del globo. La acompañó, por la amortización de la propiedad, el clero. Se fué desarrollando, fuera de la Iglesia y fuera de la Aristocracia, una clase semi-baja y semi-media, que es nuestra clase, de la que nosotros salimos y a la que nosotros pertenecemos. Esa clase se ahogaba bajo aquel régimen férreo que, después de haber llenado su lugar en la historia del mundo, impedía el progreso económico, el progreso material, la felicidad humana, y un buen día, como sucede a todas las fuerzas comprimidas, vino la explosión y fué tan grande esa explosión que todavía está dando luz a la historia: se llama la Revolución Francesa.

Aparte de sus accidentes y de sus evoluciones, la Revolución Francesa hizo dos cosas grandes para el bienestar humano: tomó aquella tierra que, en forma de latifundio, había imitado la nobleza de la antigua nación romana, y la vendió a los cuatro vientos para que casi por nada la adquiriera otra clase social, la burguesía, y tomó aquella tierra que había amortizado y disfrutado la iglesia, e hizo lo mismo. Pero todavía quedaba un peligro: el de que toda aquella propiedad disgregada para hacer al mundo feliz y próspero se encontrara de nuevo en pocas manos, y entonces, el genio político más grande que ha producido la historia, a la vez que el mi-

litar más grande que conociera el mundo, Napoleón, hizo un Código Civil y escribió en ese Código Civil, porque las leyes son fuentes de progresos y de mejoramiento social, un sistema de legítimos, en cuya virtud, cada vez que alguien muriese, la propiedad acumulada se dividiera en tantas partes como fueran los herederos, y así, gracias a esa ley, propagada en Francia y en los países extranjeros, la obra desamortizadora y desvinculadora de la Revolución Francesa fué entonces el origen de la prosperidad universal.

Esa clase media, esa clase nuestra, con todas sus iniciativas y con todos sus empeños, cifró su vida en aprovechar los pocos años en que la vida se presta para eso, desde los veinte hasta los cincuenta, para acrecentar la riqueza personal y para dar a los suyos, entre quienes había de repartirse el día de la muerte, una personalidad, si no igual a la del causante, por lo menos suficiente para seguir su obra y continuar mejorándola en su provecho y en el provecho de sus sucesores. Y eso desarrolló en el hombre el espíritu industrial y le llevó a acometer los progresos científicos que fueron consecuencia de la prosperidad económica creada por la Revolución. El hombre desenvolvió toda esa prodigiosa actividad industrial moderna, de que nosotros no nos damos cuenta, pero que es enorme, que es sorprendente, que es extraordinaria. Como toda obra grande y humana, tuvo al cabo sus defectos y sus inconvenientes, porque no se logró sino creando, debajo de la clase media, otra clase infeliz y subordinada, que contribuía con su trabajo y con su esfuerzo, a veces reducida a mercancía, al bienestar general, y que a la vez, sentía aquel deseo de felicidad y de satisfacción de necesidades humanas ineludibles, que había llevado a la clase media, primero a la Revolución Francesa y después, en los excesos de la Revolución Francesa, al terror que la siguió. Y esa clase, que a veces tiene hambre y no tiene pan, que a veces tiene frío y carece de abrigo y de carbón, que a veces tiene un hijo enfermo y no puede curarlo, que a veces quiere perpetuar la especie y no puede constituir una familia, que pasa por toda clase de infelicidades y dolores, careciendo cada día de muchas cosas, al fin consciente de sus fuerzas, está pidiendo para ella en este siglo XX, lo que pedimos para nosotros en el siglo XVIII, la prosperidad y la felicidad, no riquezas ni lujos, ni gloria, pan para el hambre, abrigo para el frío, medicinas para el enfermo, casa y

vida para la familia. Nosotros se lo tenemos que dar, se lo daremos, se lo hemos empezado a dar en el Tratado de Versalles.

Cuando iba a París, en las notas o programa que de acuerdo con vosotros preparé, incluí consideraciones que se referían a este problema obrero. Alguien me dijo que estaba perdiendo el tiempo porque de eso no se iba a hablar en París, y de eso se ha hablado en París ocho meses como una necesidad y como una gloria de la paz. Cada vez que las grandes naciones del mundo se han reunido para dirimir sus conflictos políticos, no se han sentido satisfechos sino cuando han llevado un gran principio a los tratados en que los resuelven. Ese Congreso de Viena, tan calumniado a veces y a veces con tanta justicia censurado, puede tener entre sus páginas de honor la de haber consagrado la libertad de la navegación de los ríos internacionales y la de haber iniciado con sus disposiciones la abolición de la esclavitud de los hombres, como ahora estamos iniciando la abolición de su esclavitud económica.

El Congreso de París del año 56 no creyó que lo había hecho todo cuando pudo arreglar la cuestión de Oriente, de buena o de mala manera, sino cuando escribió en sus protocolos una hermosa página de Derecho Marítimo, aboliendo el corso, que era la abolición de la piratería, es decir, del bandidaje en el mar.

En París se preocuparon en seguida los hombres de Estado de esa necesidad y constituyeron una comisión que estudiara los problemas obreros y que propusiera la forma de decidirlos. Esa Comisión trabajó asiduamente durante meses; celebró sobre cuarenta sesiones; discutió, detalle a detalle y paso a paso, todos los aspectos del asunto, y de ella salieron dos cosas. Primera: una carta Internacional del Trabajo, es decir: una declaración de los Derechos del Trabajador, como la declaración de los Derechos del Hombre. Segunda: un organismo que resuelva en lo posible las dificultades capitales del obrero. Esa carta, que vosotros vais a aprobar, empieza con esta declaración solemne, no retórica, sino de principio: que el trabajo humano no es nunca una mercancía ni un artículo de comercio, y declara luego que el hombre tiene derecho a un salario mínimo con el cual satisfaga las necesidades indispensables de su vida y de su tiempo, y después que obreros y patronos se pueden sindicar, y afirma que la jornada de ocho

horas o la semana de cuarenta y ocho, debe ser la ley común, y que el paro forzoso debe tener una indemnización del Estado, y que la mujer ha de ser protegida y respetada cuando está en cinta con una indemnización de maternidad, y que no debe trabajar de noche ni dedicarse a trabajos superiores a sus fuerzas en industrias insalubres, y que el niño no debe trabajar y el adolescente sólo el tiempo suficiente para que pueda desenvolver su vida física y para adquirir la cultura indispensable a sus tareas y que todo eso debe ser objeto de una inspección activa y constante de los Estados, en que necesariamente intervengan las mujeres, porque hay mujeres que trabajan y porque todas tienen para esa inspección el fondo de piedad y de dulzura que hace tan grande y tan noble el corazón femenino.

La primera tarea de París era organizar la Conferencia del Trabajo, que ha de preparar para el mundo tratados y recomendaciones; y en París, rompiendo con todos los precedentes, se ha organizado de esta manera: habrá para cada país cuatro representantes, dos del Gobierno, uno de los patronos y otro de los obreros. Y notad la trascendencia extraordinaria de ese hecho: los obreros resultan llamados, por el Tratado de Versalles, a gobernar el mundo y a dictarle reglas desde una Conferencia Internacional.

Sería justo que, pensando en esto, todos los países del mundo hagan lo que Inglaterra y lo que Francia: darles siquiera un pedazo en el Gobierno Nacional.

Allá en la Conferencia de París se discutió largo rato sobre esa forma de representación que propuso al mundo la Nación Inglesa y que ha sido, por lo tanto, iniciativa de Inglaterra, del país más liberal en sus instituciones y más conservador en sus procedimientos que ha conocido la Humanidad. Algunos se opusieron, al principio, a esa organización. Yo sostuve, apoyado por naciones de Europa y por naciones de América, que, o se iba de lleno al principio de la representación patronal y de la representación obrera en el Gobierno de sus respectivos intereses, o se abandonaba del todo, pero que habría de causar deplorable impresión en el mundo que los gobiernos tuvieran dos representantes contra uno los patronos y otro los obreros. La tesis de uno, uno y uno, se discutió largamente en esas Conferencias, y le presté mi apoyo. Contra esa tesis se alegó un argumento que la hizo fracasar, pero

que depende de otra cosa. La Conferencia había adoptado este criterio: ninguna decisión de las que se tomen en esas reuniones anuales del trabajo puede ser trasmitida a las naciones, si no tiene las dos terceras partes de los votos de las personas reunidas en la Conferencia. Aceptada esa regla, puramente ocasional y muy discutible, resultaba esto: que si a la Conferencia iba un representante del Gobierno, un representante de los patronos y un representante de los obreros, bastaba que todos los representantes de los patronos, por ejemplo, y un solo gobierno, se pusieran de acuerdo, para que ninguna reforma del trabajo fuera posible. Tenían numéricamente la cantidad necesaria, no para adoptar un acuerdo, pero sí para impedirlo; y a fin de prevenir ese peligro, para mí muy remoto y muy lejano, se llegó a la doble representación del Estado, en sustitución del voto plural que proponía el Gobierno inglés.

Discutió la Conferencia sobre multitud de extremos, y acordó la convocación de reuniones anuales, empezando por la que mañana ha de inaugurarse en Washington. Se preocupó de señalar, para su Orden del día, cinco cuestiones. La primera de todas, la jornada de las ocho horas o la semana de cuarenta y ocho. La jornada de ocho horas representaba para nosotros alguna dificultad en nuestra vida agrícola; pero salió en realidad de la Conferencia reducida a lo industrial, ni siquiera al comercio, porque a su extensión al comercio se opusieron los belgas. Los franceses se dirigieron a su Gobierno para pedirle que la Ley de 1918 no se aplicara a la industria de la fabricación del azúcar, contra el criterio de los Checoeslovacos, y la Conferencia acabó por decidir que la jornada de las ocho horas sería una regla general pero sujeta en cada país a las modificaciones impuestas por las condiciones locales que se derivarán, o de la escasez de trabajadores, como sucede entre nosotros, creando para la vida agrícola cierta pasajera imposibilidad material, o de otras condiciones excepcionales, acordadas por los respectivos Gobiernos o por los patronos y los obreros. Así la jornada de las ocho horas, que no es un capricho sino una necesidad higiénica y de orden sanitario, pudo salir unánimemente de la decisión de la Conferencia como uno de los problemas que ha de tratarse en Washington en las sesiones que van a empezar.

Los demás temas que como Orden del día se dieron a esa Conferencia, fueron, el de las indemnizaciones del paro forzoso, problema que para nosotros no existe; el trabajo de la mujer y del niño; la indemnización de la mujer durante la maternidad, y la prohibición del empleo del fósforo blanco en la fabricación de las cerillas extendiendo a todo el mundo el Convenio de Berna; principios, doctrinas, ideas que están en la conciencia general y que la Conferencia de París declara expresamente en un artículo del Tratado que no son ni la solución de todos los problemas obreros ni la manera de traer la felicidad definitiva, pero que parecen envolver la afirmación de que el Estado va a cambiar de funciones y si es necesario va a asumir el poder económico de distribuir la riqueza, tomando bajo la forma de impuestos el sobrante innecesario de los que tienen demasiado, para darlo en forma de indemnización o de socorro a aquellos que no tienen lo bastante para subsistir en la vida.

Esto, que envuelve una transformación hondísima de la vida económica, de la vida social, y de la vida política, está en todo el ambiente del mundo, fuera de Rusia, donde ha tomado otra forma y donde la revolución social viene pasando por el terror, tal vez para que los demás países la realicen sin terror y sin convulsiones; y ha de llegar necesariamente a nuestro ambiente, donde nosotros necesitamos inspirarnos para la marcha política del país, como se inspirará seguramente nuestro Congreso, en cierta política constructiva, de forma general, mediante la que nos preocupe algo más el porvenir inmediato que el presente mismo, y evitamos que nos cojan de sorpresa acontecimientos para los que la experiencia y el sentir ajeno puedan ser una guía segura y decisiva.

He aquí, fuera de otros detalles entre los que figura todo un título destinado a decir cómo han de tratarse los prisioneros de guerra y cómo han de cuidarse las sepulturas de los enemigos e identificarse y respetarse los muertos, el resumen de ese Tratado, que tiene para nosotros en Cuba y para todo el mundo americano una representación y una significación especiales. América ha permanecido alejada de la vida europea durante mucho tiempo. Cuando se concertó la paz de Westfalia, que unos llamaron la negación de la inmortalidad del alma y que otros creyeron el establecimiento definitivo de la igualdad entre todos los pueblos de

la tierra, América era de Norte a Sur una serie de colonias, y para nada intervino allí. Cuando un siglo más tarde, en el XVIII, después de otra guerra grande, las naciones reunidas en Utrech concertaron otro gran tratado internacional, América apenas sonó en él sino para unos convenios de asientos de negros; es decir, para implantar entre nosotros con más fuerza, con más rudeza, con más crueldad, la odiosa y odiada institución de la esclavitud.

Cuando en 1815, para terminar con Napoleón, se reunieron de nuevo las potencias europeas en el Congreso de Viena, en América no había más que una nación plenamente independiente: los Estados Unidos, que estaba viviendo su vida local interior, y una serie de colonias que ya se agitaban por la independencia y la conseguían desde los sucesos que precedieron a la gran caída napoleónica, pero que todavía no se habían asomado al mundo con capacidad suficiente para que fueran oídas en el concierto general.

Ahora, por primera vez en este siglo XX, una gran nación americana influye y toma parte en esta paz, a veces dirigiendo y disponiendo en los asuntos capitales del globo, y nosotros, las pequeñas repúblicas latinas, nos unimos al mundo europeo para afirmar nuestra personalidad, nuestras esperanzas, nuestros deseos y nuestros derechos. Nuestra primera acción ha sido para sumarnos a una obra de paz y de concordia, y nuestra aspiración suprema es que si surje allá en el siglo XXI una nueva guerra, y el mundo se agita y en sus asuntos es necesario establecer un nuevo arreglo general, seamos nosotros los americanos los que dictemos la fe e impongamos la ley seguros de que en el siglo XXI seremos los más grandes y los más fuertes y de que, como ahora en el siglo XX pequeños y humildes, contribuiremos a toda gran obra humana de avance, de progreso y de prosperidad en nombre del derecho, de la libertad, de la democracia y de la justicia.

Antonio S. de Bustamante.

PAUL MARGUERITTE

N la famosa derrota de Sedán, donde tantos mariscales de Francia terminaron obscuramente su carrera y Napoleón III perdió su corona, un héroe—el único—ascendió a la inmortalidad heroica, cubierto de sangre y de gloria: el general Juan Augusto Margueritte.

Emilio Zola ha cantado su intrepidez caballeresca en la grandiosa descripción de *La Débâcle*. Cuando todo estaba perdido, recibió la orden de cargar a los prusianos al frente de sus regimientos de caballería. ¡Sacrificio inútil! Margueritte sabía que los cañones y los fusiles enemigos iban a segar, sin provecho para Francia, toda la tromba de jinetes que galopaba detrás de él. Pero, soldado obediente, acogió con un gesto de tristeza la orden disparatada, saludó gravemente con su sable y dió la orden de cargar, una verdadera orden de muerte, a los *spahis* de capa escarlata, a los cazadores de Africa de blanco alquicel, a todos los guerreros montados en nerviosos caballos árabes que habían venido siguiéndole desde las llanuras de Argelia.

Tranquilamente, galopó a la cabeza de su división: fué el primero en avanzar; las balas le respetaron milagrosamente, mientras a sus espaldas la metralla hacía caer filas enteras de jinetes. Pero la suerte se cansó de esta protección absurda, inverosímil, y cuando estaba ya a ciento veinte metros del enemigo, el general se derrumbó de la silla con la boca atravesada por un proyectil, sin lengua, la mandíbula rota.

Los alemanes admiraron esta caída paladinesca, dejando que el herido pasase la inmediata frontera de Bélgica con el grupo de fieles que le asistía: su edecán y sus ordenanzas.

La fantástica e inverosímil carga de caballería del calvario de Illy fué, como dice un autor, "el único relámpago de gloria sobre el fango de Sedán".

El general quedó instalado en el castillo de Beauraing, propiedad belga de los duques de Osuna, y allí murió el 10 de septiembre de 1870, dejando dos hijos en Argelia: Paul, que tenía diez años, y Víctor, que sólo contaba tres.

*

Los Margueritte proceden de Lorena, de un pequeño pueblecito entre Verdún y Metz, dos ciudades guerreras. El abuelo del novelista, Antonio Margueritte, hijo de modestos labradores, fué soldado y tomó parte en la conquista de Argelia, llegando a sargento. El gobierno de Luis Felipe dió tierras en la nueva colonia a los militares que quisieron establecerse en ella, y el sargento Margueritte, luego de contraer matrimonio en su país y tener un hijo, que había de ser el general, volvió al suelo africano para instalarse lo mismo que aquellos legionarios de Roma que dejaban la espada y se hacían agricultores, arando el suelo de sus conquistas.

Su hijo Juan Augusto, a los quince años fué soldado de vanguardia en un escuadrón moro, haciendo la guerra a los partidarios de Abd-el-Kader, último defensor de la independencia argelina. El pequeño lorenés, criado en los confines del desierto, sabía el árabe y montaba a caballo lo mismo que un hijo del país. No había tenido otro maestro que el sargento convertido en labrador; pero estudiaba por su cuenta, sin dejar de hacer la guerra, y al fin consiguió ser oficial. Los indígenas le consideraban como uno de los suyos, y el gobierno le empleó en los puestos más difíciles, reconociendo su firmeza y al mismo tiempo su espíritu transigente y predispuesto a la dulzura. Era un hombre grande y vigoroso, de bello semblante, ágil y experto en todos los ejercicios corporales, con una expresión en los ojos grave, reflexiva y digna. Además, este hombre de guerra, que había de morir como un héroe, ignoraba el espíritu de casta y las estrechas concepciones del militarismo. En la paz se preocupó de las obras civiles, viviendo como ingeniero más que como gobernador militar. Abrió caminos y pozos, fundó escuelas, se preocupó de la higiene de los árabes, trazó nuevos pueblos.

Siendo comandante de círculo se casó en 1859 con una señorita de clase superior, la hija del general Mallarmé, intendente militar de la provincia de Argel. Este casamiento representó el primer contacto de la familia de los Margueritte con la literatura. La recién casada tenía un primo hermano todavía niño, que años después hizo célebre su nombre en las letras. Era Estéfano Mallarmé, el famoso poeta del simbolismo.

Paul Margueritte, primer hijo de este matrimonio, nació en 1860 en los límites del desierto africano, en Laghouat, donde su padre era comandante de armas y gobernador. La primera visión del pequeño africano, cuando pudo darse cuenta de las cosas, fué una casa blanca y fresca de morisca arquitectura, bosques de palmeras y de cactus, una fuente a la que venían a beber los camellos de las caravanas, árabes de rostro tostado con pardos albornoces, soldados de revoloteantes capas encorvados sobre las crines de sus corceles veloces y rígidos como flechas, y la cara dulce y grave de su padre, cazador audaz, que le traía, como regalo de sus expediciones en el Sahara, pieles de león y plumajes de avestruz. Esta infancia lejos de la molicie civilizada, en un paisaje seco y ardoroso, rodeada de los peligros de una conquista todavía reciente, ha quedado hondamente impresa en la memoria del novelista.

El coronel Margueritte, sin entusiasmo alguno, tuvo por deber militar que ir a Méjico figurando en la expedición que proporcionó una pasajera corona al archiduque Maximiliano y finalmente la muerte. Al regreso de la triste campaña fué nombrado general, y ya no vivió en el Sur argelino. Su nuevo grado le permitió residir cerca de Argel, en el hermoso pueblo de Blidah, donde nació en 1867 su segundo hijo, Víctor.

Esta fué la mejor época de la familia. Paul Margueritte la ha descrito en sus hermosos libros *Mi padre* y *El jardín del pasado*.

Sobrevino la guerra de 1870. Los *spahis*, los cazadores de Africa, toda la brillante división de caballería de Argel, tostada, ágil, maniobrera, cubierta de fantásticos uniformes, pasó el Mediterráneo para cargar en las llanuras francesas, y su general marchó con ella a la muerte.

Paul Margueritte cuenta el momento de la gran tristeza en su

libro *El jardín del pasado*. "Al llegar la noticia del desastre estaba yo jugando en el jardín. Cuando se es pequeño sólo se comprenden estas cosas... Y mi abuelo Mallarmé, con la brusquedad de un anciano dolorido, me dijo: "Tu madre va a venir. Es preciso que lo sepas... Tu padre ha muerto."

*

El futuro novelista se educó en Francia, en el Colegio de La Flèche, pritáneo militar para huérfanos de oficiales. El ejército le ofrecía un gran porvenir. Gallifet y otros generales influyentes se interesaban por el primogénito de su malogrado camarada, el héroe de Sedán. De seguir el camino abierto por el prestigio de su apellido, el autor de tantas hermosas novelas hubiera sido un general francés, continuador de las glorias paternas. Pero este joven educado en un colegio militar prefirió ser hombre civil, atraído por la gloria de las letras. En cambio, su hermano menor, Víctor, educado en un liceo, lejos de todo contacto con el ejército, quiso ser oficial, y actualmente es comandante de caballería.

Los años pasados en La Flèche fueron tristes para Paul. Él mismo ha descrito en sus libros esta época de su vida, directa o indirectamente. Acostumbrado a la libertad y los amplios horizontes de la tierra natal, el pequeño sahariense "se marchitaba a la sombra fría del pritáneo, vistiendo un uniforme militar siempre pequeño para el rápido crecimiento de su cuerpo. La dulzura de sus ojos pálidos y azules, semejantes a los de la madre, revelaba su añoranza del sol y de la vida libre en un jardín árabe, la inquietud de un alma que el duelo y la muerte habían impregnado de melancolía, haciéndole insoportable la vida del internado y la preparación a la carrera militar."

En vista de su resistencia, la familia permitió que hiciese sus estudios en una institución civil, y luego, en 1880, entró como empleado en el Ministerio de Instrucción pública. Los siete años que pasó en este centro, llevando una vida de trabajo ordenada y obscura, aguzaron su facultad de observación, su gusto por la intimidad, su amor por las figuras grises, los héroes de vida mediocre que aparecen en sus primeras novelas, retratados con una emoción grande y simple en sus ternuras y sus miserias. Una parte considerable de sus horas administrativas la dedicaba a la

lectura, como todos los empleados que sienten el afán de convertirse en escritores. Estas lecturas fueron desordenadas, febriles, caóticas, confundiéndose en ellas, con iguales predilecciones, el naturalismo, el romanticismo, el parnasismo... Verlaine, León Dierx y su tío Mallarmé eran sus poetas; Balzac, Zola, Flaubert y Goncourt sus novelistas.

Durante mucho tiempo—dice Margueritte—no pude extraer una idea general de esta formidable lectura que entremezclaba: *Carlos Demailly, La ralea, Manette Salomón, El vientre de París, Fromont y Risler, Salambó, La educación sentimental...* Me contentaba con admirar.

Luego, el orden se hizo poco a poco en su cerebro, y Margueritte, con una visión más exacta del arte y de la vida, empezó tímidamente a producir. Su pluma de escritor se estrenó del modo más original e inesperado

*

Paul Margueritte amó la pantomima como una gran manifestación de arte. Físicamente fué un notabilísimo actor, de rostro móvil, capaz de expresar con la boca y los ojos toda clase de dolores y emociones. Para ser interpretados por él mismo, escribió dos pequeños poemas, que son dos *chefs-d'œuvre* verdaderos, *Pierrot asesino de su mujer* y *Colombina perdonada* En el Teatro Libre y en el Círculo Funambulesco sorprendió al público de París interpretando "esta concepción literaria de un Pierrot a la moderna, trágico y sugestivo, vistiendo unas veces el amplio traje clásico, otras el estrecho frac negro, y moviéndose a impulsos de los celos o del miedo".

Las simples y aterradoras obras mímicas del joven escritor obtuvieron una boga considerable.

Yo creo—dijo el gran crítico Julio Lemaître—que es Margueritte el primero que ha creado un Pierrot trágico y neuropático, impresionista y alucinado.

Edmundo de Goncourt, luego de asistir a una representación en casa de Alfonso Daudet, escribió en su famoso *Diario:*

Es verdaderamente curiosa la movilidad del rostro de Margueritte, la sucesión de gestos dolorosos que hace pasar por su carne perecedera y los admirables y estremecedores dibujos que da a su boca aterrorizada.

Durante el verano, instalado con algunos individuos de su familia al borde del Sena, en una propiedad alquilada por el poeta Mallarmé, Paul organizó representaciones populares y gratuitas, a las que asistían todas las gentes del contorno.

Avisadas por anuncios manuscritos—cuenta Margueritte—que colocábamos en el puente de Valvins y en los pueblos vecinos Samoreau, Hericy; Vulaines y hasta el lejano Brosse, iban llegando las gentes a nuestro teatro, con pequeñas linternas que les servían de guía a través de los campos obscuros. Eran campesinos y campesinas. Algunos, para tener la seguridad de un asiento, se traían su silla a rastras... Un público, ¡un verdadero público!; una muchedumbre apretada, ruidosa, acoplándose doscientos donde sólo había lugar para ochenta; masa de carne ligada por el aplastamiento, fácil para emocionarse o para reir, pues cada sacudida circulaba en ella con la rapidez del relámpago.

Muchos actores de la improvisada compañía eran poetas jóvenes. Otros, poetas ya consagrados, actuaban como sastres, apuntadores o maquinistas de este teatro popular. El director de escena y versificador oficial era Estéfano Mallarmé. Las pantomimas trágicas de Margueritte alternaban con la representación de cuentos fantásticos escritos en sonoras rimas. Teodoro de Banville visitó varias veces este teatro. Entre su personal entusiasta figuraban Jorge Rodenbach, el autor de *Brujas la muerta;* Elemiro Bourges, el futuro novelista de *Los pájaros se alejan y las flores caen,* y otros que han alcanzado la gloria literaria. Las hijas y las hermanas de los escritores eran las actrices. La señorita Genoveva Mallarmé brilló como primera "estrella".

Estas representaciones, exuberantes de fantasía y de juventud, cesaron al extinguirse los hermosos días del verano.

Unos versos de Mallarmé cerraron la temporada al llegar el otoño:

Nos marchamos con el sol,
volveremos con las rosas,

decía el futuro "príncipe de los poetas" al público rústico y entusiasta del teatro de Valvins, improvisado en un antiguo pajar.

*

Paul Margueritte dando de lado a sus aficiones teatrales, no tardó en adquirir un puesto de honor en la literatura francesa, dedicándose a la novela. Curado de las pueriles vacilaciones que le habían hecho dudar sobre su vocación, comenzó a afirmarse en artículos y en libros

como un escritor capaz de expresar con exactitud rara y delicada todas las fiebres ocultas de las pequeñas vidas humildes y cotidianas.

El novelista J. H. Rosny (después su compañero en la Academia Goncourt), que le conoció en esta época de debutante literario, lo describe así en la *Revista Independiente:*

Paul Margueritte es muy alto y débil de musculatura, taciturno, con el gesto fino y una sonrisa melancólica. Espíritu lleno de duda, claro, sobrio y especialmente analista, escribe como un experimentador, lleno de piedad ante las alegrías groseras y las crueldades brutales de la vida. Su trato es leal y seguro, su tacto exquisito, su actitud digna, pero sin una sombra de molesta altivez. Pocos dejan de amarle después de haberlo conocido. Sus primeras novelas lo clasificaron en alto lugar.

En estas primeras novelas puso una gran parte de su vida, desarrollando su acción en el medio que le era más conocido: la blanca Argel y sus pintorescos alrededores. *La confesión póstuma, Casa abierta, Pascual Géfosse, Días de prueba, Amantes* y *La fuerza de las cosas* fueron las obras más celebradas entre todos los libros de su primera época.

Julio Lemaître, en su famosa obra de crítica *Los contemporáneos,* reconoció en él un pensamiento distinguido, un corazón tierno para los débiles y accesible a las más pequeñas impresiones de las vidas ordinarias; los dones de la emoción, un atractivo patético en el estilo, y al lado de sus cualidades francesas "el espíritu de la más cordial novela inglesa".

Una particularidad de Margueritte—añade Lemaître hablando de uno de sus libros—es que llega en ciertas novelas a la emoción más fuerte que puede darse, con escenas de anotación breves, precisas, un poco secas, a estilo de Flaubert.

Cuando empezaba a conseguir una envidiable notoriedad entre los novelistas jóvenes se vió mezclado, casi inconscientemente, en un escándalo literario, del que se arrepintió luego toda su vida.

Fué en 1887. Emilio Zola estaba en plena gloria de admiración y de escándalo, de aclamaciones y de insultos. Su pesada garra había transformado revolucionariamente la estética de la novela contemporánea. Toda una escuela marchaba detrás de él por el camino del éxito. Sus discípulos Huysmans, Maupassant y otros pasaban a ser maestros. La juventud le veneraba como la individualidad más fuerte, como el talento más poderoso de novelista que se había conocido en Francia después de Balzac. Pero al mismo tiempo, entre los admiradores más jóvenes de Zola empezó a formarse un sordo movimiento de reacción ante las crudezas cada vez más violentas y exageradas del maestro. Paul Bonnetain, antiguo redactor de *Le Figaro,* de acuerdo con Luciano Descaves, decidió lanzar un Manifiesto contra el gran novelista, con motivo de la publicación de *La Tierra.* Es indudable que en esta protesta entró por mucho el deseo maligno e instintivo de todo principiante de probar sus fuerzas atacando a una gran figura consagrada por la gloria, y la esperanza de adquirir por este medio una rápida notoriedad. Bonnetain y Descaves hicieron firmar su documento a Margueritte, Rosny y Guiches. Y así nació el llamado "Manifiesto de los Cinco", que tanto ruido produjo en el mundo literario; escándalo más pueril que peligroso, pues no causó perjuicio alguno a la gloria de Zola.

Margueritte se arrepintió inmediatamente de esta firma, cedida por espíritu de compañerismo, por inconsciencia juvenil; pero juzgó poco gallardo abandonar a sus amigos cuando les veía objeto de contra-ataques, y guardó silencio, absteniéndose de intervenir en adelante en todo acto de crítica combativa.

Años después, cuando Zola publicó *La Débâcle,* aprovechó la ocasión para hacer público su error y su arrepentimiento, enviando al gran novelista una carta de gratitud por lo que había escrito sobre la heroica carga del general Margueritte. Un artículo suyo en *Le Figaro* acabó de fijar su conducta:

Yo no conocía personalmente a Zola—dijo—cuando firmé el "Manifiesto de los Cinco". No soy, pues, un tránsfuga de las veladas de Medán. En aquella época sólo había frecuentado el *granero* de los Goncourt. En lo que se refiere al Manifiesto, cuando Zola escribió las admirables páginas de *La Débâcle* sobre la carga de caballería de mi padre en Sedán, aproveché la ocasión para manifestarle mi amargura de

haber participado en un acto que desde el punto de vista literario fué una mala acción, excusable apenas por mi extremada juventud en aquel entonces.

*

A los treinta y cinco años Paul Margueritte llevaba publicados veinte volúmenes de cuentos y novelas, muchos de ellos acogidos por el público con un entusiasmo que hizo de él uno de los jóvenes maestros de la novela francesa.

Dedicado por completo a la literatura, quiso ser independiente, y dimitió su empleo en el Ministerio. Su hermano Víctor era oficial de caballería y empezaba a distinguirse como poeta. Sus rimas, de una exuberancia oriental, llamaron inmediatamente la atención del público. Además, había traducido en versos franceses una comedia de Calderón, que se representó con gran éxito en el teatro del Odeón en 1898.

El afán de Paul fué tener a su lado al militar-poeta, conseguir que Víctor se abriese en el mundo literario un camino de gloria y no vegetase monótonamente en guarniciones lejanas.

Y así nació la colaboración de los hermanos Margueritte (Paul y Víctor), fraternal asociación literaria a semejanza de la de los hermanos Goncourt. El novelista y el poeta, estrechamente unidos, produjeron libros y artículos en gran cantidad; pero de toda esta creación bilateral lo más notable fué el ciclo de novelas que lleva por título común *Una época (1870-1871).*

Los hijos del general Margueritte describieron con brillantez y exactitud la tragedia en la que había perecido su padre. Sus relaciones de familia les habían puesto en contacto con muchos héroes desgraciados de la campaña fatal. Además, recorrieron como estudiosos viajeros el terreno de la guerra, examinaron los archivos de París, las colecciones de periódicos, todo lo referente a la defensa desesperada de la gran ciudad y a la insurrección comunalista que fué su consecuencia. Y después de esta larga preparación escribieron los cuatro volúmenes que forman *Una época,* novelas extensas, robustas, graves, que se titulan *El desastre, Los pedazos de la espada, Las buenas gentes* y *La Commune.* Todos estos libros obtuvieron un éxito enorme. Especialmente el último fué algo más que una excelente obra literaria. Significó un restablecimiento de la verdad, una reparación de la

injusticia, un rempujón a la mentira consagrada por el vulgo. La Commune fué una revolución de desesperados y cometió grandes crímenes en los últimos días de su existencia, como los cometen los individuos y los pueblos que desean morir matando; pero sus represores, Thiers y los generales recién llegados del cautiverio en Alemania, que deseaban saciar en alguien su cólera de vencidos, no se mostraron menos feroces, y su ferocidad fué glacial, calculada, sistemática, sin la excusa de la desesperación.

Los hermanos Margueritte, a pesar de que nunca habían figurado como revolucionarios ni intervenido en la política, se mostraron justos y dijeron toda la verdad sobre aquella insurrección que comenzó siendo un simple movimiento republicano y federalista, se convirtió finalmente en un caos de anarquismo y fué terminada por las ejecuciones de miles y miles de personas hechas prisioneras a ciegas (los inocentes revueltos con los culpables) y segadas a golpe de ametralladora por orden de Thiers.

La dedicatoria que pusieron al frente de la novela *La Commune* concreta su pensamiento con hermosa concisión:

A los Vencedores y a los Vencidos
De la Commune,
cuya batalla sacrílega acabó
bajo los ojos del extranjero
de desgarrar a Francia;
A estos hermanos enemigos
Pacificados en la tumba y en el olvido

La sociedad literaria Paul y Víctor Margueritte se disolvió en 1906, y esta ruptura se hizo pública al año siguiente, continuando luego su camino los dos hermanos separadamente, sin mirar atrás, con el propósito de no volver a encontrarse nunca.

Estas fraternidades literarias rara vez terminan bien. Erckmann y Chatrian, que fueron, sin duda, los inventores del trabajo novelesco en cooperación, dieron un triste ejemplo al final de su vida. Después de haber producido tantos libros de éxito mundial, los dos novelistas, ya viejos, se separaron con un odio implacable, entreteniendo el resto de sus días en insultarse con las más atroces calumnias. Mientras trabajaron en su silencioso retiro de Alsacia todo marchó bien; sólo se compartían la labor. Pero llegó la glo-

ria; se trasladaron a París; *El amigo Fritz* pasó del libro a la escena; frecuentaron los teatros, conocieron actrices... y los dos novelistas rurales acabaron deseándose la muerte, como si el mundo fuese estrecho para ellos.

Los hermanos Rosny también se han separado lo mismo que los Margueritte. Quedan otras colaboraciones fraternales que parecen muy firmes; pero ¡quién sabe lo que puede ocurrir más adelante!... También las asociaciones mencionadas, con su trabajo incesante y fructuoso, parecían indestructibles.

El ejemplo de los Goncourt no prueba nada. La muerte disolvió su cooperación fraternal, llevándose prematuramente a Julio, el menor de los dos, en plena juventud y plena fiebre de trabajo, cuando el tiempo y la gloria no habían podido despertar aún el antagonismo, la rivalidad sorda e instintiva.

Además, el género de existencia de los Goncourt les defendió, más que a los otros escritores, de una acción disolvente. Ricos, pudiendo darse todas las satisfacciones que proporciona el dinero, vivían como cenobitas de la literatura, pensando únicamente en sus libros, convencidos de que un escritor debe ser célibe lo msimo que un fraile, para dedicarse por entero a su obra.

El amor fué para ellos una simple operación de higiene repetida en días fijos para conservar el cuerpo tranquilo y la imaginación libre de perturbadoras fantasmagorías. Edmundo, el mayor, llegó a la ancianidad sin conocer una verdadera pasión amorosa. Cuando sentía el hambre genésica la aplacaba con profesionales. Toda la novela de su vida consistió—según dicen—en dejarse seducir por la mujer de un compañero ilustre (más ilustre y conocido que él), burguesa cursi a la que parecía poco ser la esposa de un hombre célebre, y que se sintió deslumbrada por la fortuna y las pretensiones nobiliarias de Goncourt. Julio, el menor, durante su corta existencia, aun fué más parco. Tenía una abonada, una joven comadrona de los alrededores de París, que venía a verle una vez por semana; asunto de dos horas, lo mismo que si fuese la lavandera... Y luego ¡a continuar el trabajo interrumpido!...

Esta fué la vida amorosa de los elegantes y refinados Goncourt. Pero todos los escritores no pueden vivir solos, sin otra pasión que la del trabajo. Los novelistas son hombres como los demás; necesitan amar, tienen una mujer, tienen hijos. Y estas

dulces prolongaciones del individuo se convierten en instrumentos demoledores de toda asociación con otro grupo humano.

Dos hombres que viven solos pueden entenderse durante largos años y trabajar juntos; pero si cada uno lleva al lado una mujer, pronto se separan, y cada pareja marcha por su lado. Las mujeres sienten la rivalidad y la envidia con más prontitud y más intensamente que nosotros. Cada una está convencida de que su hombre es el que vale más, el que trabaja mejor, el que dedica mayores esfuerzos a la asociación, y mira al otro (si es casado) como un parásito que abusa de ellos, concentrando sus odios en la compañera del rival. Y el hombre, influenciado por estos buenos consejos, que no cesan día y noche, se agria y acaba por convertirse en el mayor adversario de su antiguo camarada.

Algunos admiradores del pasado presentan como ejemplo las asociaciones religiosas cuando hablan de socialismo. El convento es para ellos el socialismo perfecto: el trabajo en común, la comida en común, todo de todos, nada de nadie... ¡Muy bien! Pero esos socialistas con capucha han apartado de su alma el amor, sin el cual terminaría la vida; todos han renegado de sus familias: no tienen mujer, no tienen hijos.

Que pruebe una religión a fundar un monasterio de monjes casados y con prole, trabajando juntos, comiendo juntos, rozándose a todas horas en la mezcolanza de una vida común. A los pocos meses los frailes llevarían revólver, las frailas tendrían el peinado deshecho, la cara llena de arañazos, y los frailecicos la cabeza rota a pedradas...

Y antes de un año el convento habría ardido por los cuatro costados.

*

Hay que reconocer que la colaboración de Paul y Víctor Margueritte fué una unión aparente, un resultado de la firme voluntad de adaptarse, más que una fusión verdadera de sus temperamentos, que resultaban, en cierto modo, divergentes.

Esta adaptación voluntaria y no espontánea dió buenos frutos en las novelas históricas, en los volúmenes que forman el ciclo *Una época,* gracias al cemento de la historia, que amalgamaba y confundía uno en otro sus respectivos trabajos. Pero fué menos feliz en las otras novelas aparecidas bajo su doble firma. Hay

libros de ese período que figuran bajo el nombre de los hermanos Margueritte y son completamente obra de Paul. Otros pertenecen por entero a Víctor.

Sólo faltaba un pretexto público para romper la asociación. Paul era poco afecto a la política: no le interesaban sus luchas y sus intrigas. Víctor, más aficionado a la acción y de carácter más expansivo, se sintió tentado en 1907 por la gloria parlamentaria, presentando su candidatura a senador por las Ardennes. Su hermano se separó entonces de él, declarando que sólo quería ser escritor.

*

Al quedar solo, como al principio de su carrera literaria, Paul Margueritte produjo nuevas obras.

La primera fué *La llama,* la más sentimental y psicológica de sus novelas, que obtuvo un gran éxito.

La guerra inspiró nuevos libros a este autor fecundo: *El emboscado, ¡Por ti, Patria!* y *Gozar...*

En las noelas de Paul Margueritte—dice Anatole France—no hay nada de excesivo, nada de invenciones extraordinarias. Ninguna rebusca aparente, ninguna predilección por lo falsamente trágico y lo maravilloso. Pero en todas ellas se encuentra lo patético de las circunstancias comunes, lo exquisito en lo que a primera vista parece ordinario. Margueritte nos muestra cosas que hemos visto todos los días, y sin embargo nos interesamos por ellas como si las viésemos por primera vez.

Edmundo Pilou dice en un estudio sobre sus obras:

Margueritte ha llegado a poseer por entero esa maestría, esa gracia singular que hacen de él un novelista nostálgico, cuyo talento se asemeja a los paisajes de otoño que le inspiran, a las almas heridas de los amantes que describe, a los ojos lánguidos de las mujeres resucitadas por su evocación de escritor.

Paul Margueritte se casó tres veces. Este artista, que tanto ha escrito sobre la mujer, sólo comprendía el amor seguido de la existencia en común, de la paz del hogar y de los hijos. Los hijos fueron su preocupación dominante, tal vez porque lamentaba la escasa natalidad de Francia. En casi todas sus novelas, el amor da frutos y va más allá del idilio poético e infecundo.

De su primer matrimonio tuvo dos hijas, Eva y Lucía, hermosas,

inteligentes, distinguidas, y escritoras las dos. La mayor, Eva, ha producido algunas novelas de viajes, y contribuye al intercambio literario traduciendo obras inglesas, que aparecen en los folletones de *Le Temps* y otros diarios importantes. La menor, Lucía, ha heredado las finas condiciones psicológicas del padre. Es autora de volúmenes de exquisitas poesías y de varias novelas de asombrosa observación. Como mujer, le es más fácil describir los pensamientos femeninos que a un novelista hombre, por adivinador que éste sea. Su novela *El camino más largo* tiene algunos capítulos que transcurren en Madrid, y es obra digna de ser conocida por el público de habla española.

De su tercer matrimonio, este escritor de cincuenta y ocho años, con la cabellera blanca, tuvo hijos pequeños, que alegraron con su charla pueril el otoño de su vida.

Su residencia parisién era en el barrio de Passy, pero pasaba la mayor parte del año en las Landas, entre Burdeos y Bayona, en una casa rodeada de pinares, al borde de un lago salado que invade el Océano con sus mareas. En este caserío de Hossegor no le faltaba el trato con varios compañeros de profesión. Otros novelistas vivían cerca de él. Uno de sus vecinos era Rosny, el más joven de los dos hermanos.

En mayo de 1918 vi por última vez a Margueritte. El vivía en Niza y yo estaba en Cap-Ferrat. Vino a despedirse de mí, algo fatigado, con una palidez en el rostro de mal augurio. Estaba enfermo del corazón, pero seguía trabajando animosamente y hablaba con entusiasmo de sus novelas futuras. La pluma era el único medio de subsistencia para él y su numerosa familia.

—Hasta el próximo invierno—me dijo, abrazándome.

Iba a pasar el verano en su pequeña propiedad de Hossegor.

Pero llegó el invierno sin que él volviese. Seguía trabajando en su casita rodeada de pinos.

Y el último día del año de la Victoria, el 31 de diciembre de 1918, estando en la casa de su compañero y vecino Rosny, falleció repentinamente, por haber dejado de funcionar su corazón.

El hijo del héroe de Sedán murió después de haber presenciado el glorioso término de una guerra que tanto le preocupaba.

Vicente Blasco Ibáñez.

París, agosto, 1919.

PERU Y CHILE

JUSTIFICACION MORAL DEL TRATADO DE ALIANZA DEFENSIVA ENTRE EL PERU Y BOLIVIA


N la revista CUBA CONTEMPORÁNEA, correspondiente al mes de agosto último, aparece un artículo del señor Félix Nieto del Río en el que hace una serie de cargos infundados acerca de los procedimientos de la diplomacia peruana.

He creído de mi deber refutar las aseveraciones del citado escritor, no sólo por el motivo expresado, sino también porque la redacción de CUBA CONTEMPORÁNEA abre hidalgamente sus columnas a los peruanos que deseen defender a su patria. Tal actitud imparcial merece un sincero aplauso, pues evita que la opinión cubana sea influída por la propaganda chilena, en positivo detrimento de nuestra justa causa.

Ante todo hay que dar un desmentido categórico a la afirmación de que la alianza defensiva entre el Perú y Bolivia fuera inmoral; por no desprenderse nada contra la moral, tanto del estudio del texto de las estipulaciones consignadas en ese pacto, cuanto por las circunstancias que precedieron a su origen, y por los acontecimientos realizados en época posterior.

Leyendo con cuidado los artículos del tratado de alianza, resalta no sólo su carácter netamente defensivo, sino también el espíritu de justicia con que se redactó: se proclama el arbitraje de una tercera potencia, con preferencia a cualquiera solución violenta; se establece que el pacto tiene por objeto la garantía de la independencia, soberanía e integridad de los territorios de las partes contratantes; se faculta a éstas para solicitar la adhesión

de uno u otros estados americanos al citado pacto; por último, a fin de no ligar a fardo cerrado, o injustamente, a una de las partes, se le reconoce el derecho de decidir si la ofensa recibida por la otra está o no comprendida en el tratado. Es absurdo, por lo tanto, concluir diciendo que la alianza se inspiraba en móviles agresivos. Tenía un único aspecto: el defensivo.

Si reseñamos a la ligera los sucesos que motivaron esa negociación entre el Perú y Bolivia, llegaremos de igual modo al convencimiento de que ella se impuso en vista de los continuos avances de Chile en territorio boliviano, por los grandes preparativos bélicos de esta nación, que no guardaban armonía con su situación económica, entonces en bastante mal estado (1), y por los manejos torcidos y maquiavélicos de la diplomacia chilena en daño del Perú.

La primera tentativa de Chile para ensanchar su dominio a expensas de Bolivia, data de 1842, fecha en que se encontraron depósitos de guano en el desierto de Atacama; en ese año el Congreso chileno dió una ley que prescribía lo siguiente: "Se declaran de propiedad nacional las guaneras que existen en las costas de la provincia de Coquimbo, en el litoral de Atacama y en las islas e islotes adyacentes." Naturalmente Bolivia no podía quedar indiferente al supuesto derecho, que se arrogaba Chile, de legislar atribuyéndose la propiedad de territorio que no le pertenecía; y el gobierno boliviano reclamó contra la disposición chilena. Todo fué en vano: Chile, a partir de entonces, inició su política de absorción contra Bolivia, política sustentada por una sucesión de actos de fuerza y que obtuvo franco éxito para Chile con el primer tratado de límites entre ambos países, en 10 de agosto de 1866, y con las ventajosísimas concesiones hechas por Bolivia posteriormente.

La diplomacia chilena aprovechó en esos instantes de la dictadura de Melgarejo en Bolivia, y también de lo que es moralmente más abominable: del peligro de las reivindicaciones españolas,

(1) Las finanzas de Chile, debido, entre otras causas, a los grandes gastos en armamentos, se mantuvieron en condición delicada cuando estalló la guerra. Un ejemplo en apoyo de este aserto lo encontramos en la página 212 de la *History of Chile*, por Scott Elliott. Aludiendo a las finanzas chilenas, dice: "Había una crisis financiera bastante seria en los años 1877-1879. Causaba gran ansiedad un déficit de 2.000,000 de dollares en los ingresos."

que entonces se cernía sobre las repúblicas del Pacífico. El tratado de 1866 suministró especialmente a Chile los dos siguientes resultados prácticos, según apunta el Dr. Isaac Alzamora en *La Cuestión Peruano-Chilena,* página 10:

1º · Que Chile consiguió su primer tratado de límites; única base jurídica de todos los derechos alegados posteriormente por ese país sobre el desierto de Atacama; 2º: que se estableció entre las dos repúblicas una comunidad de territorios, de aduanas marítimas y de productos de las minas, sumamente apropiada para servir de semillero de dificultades y pleitos de todo género.

Una prueba tangible, que sirve para corroborar las tendencias imperialistas de Chile, es el encargo de los blindados que mandó construir en 1871 en Europa, blindados que eran por cierto mucho más fuertes que los buques de la escuadra peruana (2). La medida indicada produjo, como es natural, sentimientos de recelo en el Perú y Bolivia, alarmados ya por la conducta de Chile, de que me he ocupado hasta ahora, y acerca de la cual seguiré refiriéndome más adelante.

He allí el motivo de la alianza defensiva, solicitada por Bolivia (3).

El Perú abrigaba temores sobre un probable ataque a su integridad, porque la continua invasión del territorio boliviano, rico en sustancias minerales, representaba un riesgo inminente para el Perú, dado que los caliches (salitre en bruto) de Tarapacá eran de calidad superior a los de Antofagasta (4), según dice un historiador chileno.

Encuadraba dentro de la lógica la suposición de que la codicia de Chile se avivaría aún más ante la idea de apoderarse de una zona de mayores riquezas que la de que ya se había adueñado, y cuyas perspectivas de rendimiento eran muy halagüeñas (5).

---

(2) Concuerda con lo escrito por el marino chileno Langlois en su libro titulado *Influencia del poder naval en la historia de Chile.*

(3) Ley de 8 de noviembre de 1872.

(4) *Las causas de la guerra entre Chile y el Perú,* por Gonzalo Bulnes. 1919.

(5) Un contraste se nos viene a la memoria. Al firmarse la paz entre Estados Unidos y México, en Guadalupe Hidalgo (2 de febrero de 1848), no se habían descubierto todavía las minas de California, Estado que, en virtud de las condiciones del Tratado que ponía término a las hostilidades, quedaba incorporado a la Gran República.

La exportación del salitre en Tarapacá, durante el decenio comprendido entre los años de 1860-1869, arrojaba un total de 19'587,390 quintales, suma que representaba un aumento considerable si se la compara con la de la época en que se inicia la explotación salitrera de ese departamento (1830). En el decenio 1830-1839 fué de 1'095,573 quintales (6). El incremento en la producción del salitre desde 1830 para adelante fué casi siempre en progresión ascendente, acusando un aumento de cerca de 18 veces en el transcurso de 39 años.

Pero hay más todavía: existía una causa que reforzaba la necesidad en que se veía el Perú de precaverse de Chile: el procedimiento de esta nación en sus relaciones con el Perú.

Vanamente se jactan los chilenos de haber contribuído a auxiliar al Perú en la guerra de independencia contra España, en la destrucción de la Confederación Perú-Boliviana, y por fin en la lucha contra las reivindicaciones españolas.

Conviene que se medite en la significación que hubiera tenido para Chile la prolongación del sometimiento del Perú a la dominación de la corona española: ello habría implicado la existencia de una espada de Damocles sobre Chile. Tal razón nos da la clave del dicho chileno: "La independencia del Perú es la independencia de Chile: mientras hubo en el Perú españoles en armas, Chile no podía considerarse libre." Sin embargo, si se considera la actuación de las tropas chilenas en la campaña de la independencia del Perú, veremos que por regla general fué desgraciada; allí están las batallas de Torata, Macacona y Moquegua, que fueron otros tantos desastres para las armas chilenas y que constituyeron uno de los motivos determinantes del regreso a Chile de los cuerpos que tomaron parte en esos encuentros. Poco después San Martín solicitó el envío de otros contingentes chilenos, y como Chile exigiera el pago de los gastos efectuados en la primera expedición, San Martín contestó indignado que "el Perú abonaría esos gastos cuando Chile practicase otro tanto con el de Buenos Aires, por los que erogó en la expedición que en 1817 libertó a este país". Por fin Chile mandó los nuevos con-

---

(6) *La industria salitrera del Perú antes de la guerra con Chile,* por Ricardo Madueño, página 4.

tingentes, pero llegaron tarde; y, a pesar de todo, el Perú pagó hasta el último centavo con intereses (7).

Respecto a la guerra declarada por Chile a la Confederación Perú-Boliviana, citaremos las elocuentes palabras de Markham, quien dice que la Confederación "tuvo en el gobierno de Chile un enemigo implacable", y que "Chile miraba con envidia la prosperidad de su vecino" (8).

El mismo historiador chileno Gonzalo Bulnes, en su *Historia de la Campaña del Perú,* confiesa que el principal objetivo de la expedición chilena no consistía en otra cosa que en destruir el poder militar de la Confederación.

Lo más grave de todo es el modo como Chile entró en acción, pues fletó dos buques destinados a apoderarse, en plena paz y durante la noche, de tres buques peruanos que se encontraban desmantelados en el Callao. El resultado de esta acción vergonzosa fué, en concepto de Bulnes, muy eficaz, porque permitió la entrada de Chile en la guerra con grandes perspectivas de éxito. Vicuña Mackenna, también historiador chileno, califica este hecho como "uno de los más odiosos actos que se registran en los anales de nuestras repúblicas". En cuanto a la declaratoria de guerra por parte de Chile, agrega el mencionado autor que la "guerra no sólo fué injusta, sino injustificable".

La primera expedición chilena, a las órdenes del general Blanco Encalada, fracasó; viéndose obligado a celebrar el tratado de Paucarpata (17 de noviembre de 1837), que establecía entre otras cláusulas la devolución de los buques que Chile había tomado al Perú, y también "el principio de la no intervención" en los asuntos de ambas naciones.

Markham se expresa de la siguiente manera respecto de la violación de ese pacto por Chile: "los chilenos no demoraron mucho en cubrirse de ignominia rehusando proceder conforme a lo pactado en el tratado de Paucarpata, y valiéndose de los mismos hombres que conforme a ese tratado fueron puestos en libertad".

Disuelta la Confederación con la batalla de Yungay, "los chilenos se retiraron satisfechos de su obra de destrucción", según la frase de Markham. Afirmación concordante con los alardes de

---

(7) Tomado de la *Narración histórica de la guerra entre el Perú y Bolivia contra Chile,* por Mariano Felipe Paz Soldán, páginas 3 y 4.

(8) En su *Historia del Perú,* páginas 217 y 218.

Bulnes, cuando manifiesta que el conflicto acabó sin que Chile se apoderara del más mínimo pedazo de territorio peruano. Evidente es que las adquisiciones territoriales en aquel entonces revestían importancia algo accesoria para Chile, si se tiene en cuenta que el estado de la industria salitrera era incipiente en Tarapacá, y que de otro lado no se habían descubierto aún depósitos de guano en el desierto de Atacama. De manera, pues, que no había incentivo para que se despertara la codicia de Chile, bastándole simplemente el derrumbe de la Confederación para saciar su inmoderado deseo de predominio político.

Decir que Chile se constituyó en defensor del Perú cuando España agredió a este último país, es sentar una falsedad: Chile asumió una actitud equívoca durante la contienda, y no declaró la guerra a España sino el 25 de septiembre de 1865, o sea cerca de año y medio después de la ocupación de las islas de Chincha por los españoles (14 de abril de 1864). Ahora bien, a raíz de la toma de posesión de dichas islas, el gobierno peruano solicitó del ministro de Chile el auxilio del buque de guerra *Esmeralda*, a cuyo pedido contestó el representante chileno dando órdenes a la citada nave de abandonar las aguas peruanas. Además Chile no procedió de acuerdo con los dictados de la buena fe; y aunque pretendió representar el papel de ángel tutelar del Perú, en realidad hizo lo opuesto, entrando *de facto* en tratos con España en contra de lo estipulado por la alianza.

Además, si se examina el tratado de alianza entre el Perú y Chile contra España, se llega al convencimiento de que ese pacto imponía cargas semejantes a las dos partes, advirtiéndose que el espíritu del convenio de alianza se mantuvo con fidelidad al cancelarse las deudas de las escuadras aliadas mediante el protocolo de 26 de junio de 1875.

Finalmente, para acabar de una vez con la jactancia chilena, citaremos los más resaltantes casos de deslealtad y perfidia que caracterizan la política general de Chile en sus relaciones con el Perú.

En 1829 Chile azuzó a Bolivia proponiéndole al general Santa Cruz la invasión del Perú (9).

(9) Véanse los párrafos de las cartas dirigidas por el Ministro Plenipotenciario del Perú en Bolivia al general don Agustín Gamarra, en la historia de Paz Soldán, página 7.

Cuando las reivindicaciones españolas en 1864, Chile aprovechó la *ocasión* y dió órdenes a su agente diplomático en el Ecuador, don Nicolás Hurtado, para que celebrara un tratado de alianza con esa nación, o contra el Perú, o contra España. El presidente del Ecuador, García Moreno, y Hurtado fijaron las bases preliminares del convenio dirigido contra el Perú (10).

El plenipotenciario de Chile, don Aniceto Vergara Albano, propuso en el año de 1866 al gobierno boliviano de Melgarejo un tratado en virtud del cual Bolivia cedía a Chile parte de su litoral, bajo el compromiso de otorgar la ayuda chilena para que Bolivia entrase en posesión de la costa peruana hasta el Morro de Sama. Melgarejo contestó con un perentorio rechazo a tan inicua demanda (11). No debe olvidarse que las intrigas chilenas en el Ecuador y en Bolivia, a que acabo de referirme, tenían la circunstancia agravante de realizarse justamente en los instantes de mayor peligro para el Perú por la amenaza de los ataques de los españoles.

Además de todos esos complots de Chile, es menester agregar otro acto de aquella nación que arroja luz sobre los propósitos que abrigaba respecto del Perú. A tenor del tratado de alianza celebrado por los dos países contra España, estaba vedado a cualquiera de las partes aliadas el intento de negociar con el enemigo; y a pesar de todo el gobierno chileno perfeccionó, por intervención de su representante en Londres, un convenio con el gobierno español a fin de que España sacase de los diques ingleses dos blindados, mientras que Chile obtenía en indéntica forma dos corbetas de madera. Fluye de la situación internacional de la época que esos aprestos no iban dirigidos sino única y exclusivamente contra el Perú.

Forma contraste con el proceder de Chile la manera como actuó el Perú en sus relaciones internacionales.

---

(10) En el apéndice de documentos contenidos en la mencionada obra de Paz Soldán, se halla en las páginas 769 a 779 el memorándum reservado dirigido por el representante peruano en el Ecuador, don Manuel B. Cisneros, al Ministro de Relaciones Exteriores del Perú, en el que relata los desleales manejos puestos en juego por el agente diplomático chileno.

(11) En el apéndice del libro de Paz Soldán, páginas 779 a 784, y en la *Cuestión del Pacífico* por V. M. Maúrtua, edición de 1919, se inserta una comunicación del diplomático boliviano don Mariano Muñoz, en la que se exhibe la propuesta de Chile a Bolivia.

En 1826 se reunió en Panamá, a iniciativa de Bolívar, un Congreso en el que estuvieron representadas Colombia, Centro América, Perú y México. Los fines propuestos en dicho Congreso no pueden ser más nobles: se proclamaba la Confederación de las repúblicas allí representadas, y punto muy importante consistía en el empleo de los medios pacíficos que se preconizaban para la solución de los conflictos antes de recurrir a la fuerza.

Siguiendo la tradición del Congreso de 1826, el de Lima de 1847-48, convocado por iniciativa del Gobierno del Perú, recomendaba el uso de procedimientos tendientes a evitar decisiones basadas en la violencia.

Otra iniciativa peruana es el Tratado Continental de 1856, imagen de la solidaridad de las naciones americanas.

El segundo Congreso de Lima, de 1864-1865, revistió carácter análogo a los anteriores; es decir, fué un lazo de unión para las repúblicas americanas, a la vez que un vehículo de pacifismo y de conciliación.

Si de los esfuerzos peruanos en pro de la paz y de la solidaridad americanas se pasa a su actitud en lo relativo a la defensa de las buenas causas, nos encontraremos con que el Perú ha seguido siempre una línea invariable en tal sentido. La protesta peruana contra la invasión de los filibusteros en la América Central, y su contribución eficaz en favor de la emancipación de Cuba, nos suministran ejemplos palpables de la rectitud y pureza de los móviles que lo animaban.

Está desprovisto de fundamento el achaque de que se valen los chilenos para hacer reproches al Perú, alegando que el mantenimiento en secreto del tratado equivalía a una señal inequívoca de hostilidad a Chile; porque, aunque fuese así, la índole del convenio exigía el secreto. Además, los usos de la diplomacia de entonces autorizaban tales prácticas. Testimonio es el Tratado de Alianza entre el Perú y Chile, de 23 de diciembre de 1822, que se mantuvo secreto por el espacio de diez años.

En un libro reciente del coronel prusiano Ekdahl (12), Director de la Academia de Guerra chilena, declara que no hay

---

(12) *Historia Militar de la Guerra del Pacífico*, página 38.

derecho para censurar a la diplomacia peruana por haber guardado reserva acerca del Tratado de Alianza con Bolivia.

A la inversa de lo afirmado por la Cancillería chilena, no faltan publicistas como el historiador boliviano Alberto Gutiérrez, quien citando páginas de Bulnes da pruebas incontrovertibles de que el Tratado era conocido de Chile a partir del 1º de noviembre de 1873 (13).

Un documento de peso en la dilucidación de este asunto es la publicación oficial americana titulada *Papers relating to the Foreign Relations of the United States,* de 1874. Se registra en la página 74 una comunicación fechada el 15 de enero de 1874, del Ministro americano en Río de Janeiro al Secretario de Estado americano, Mr. Fish, en la cual le dice que el Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil le había informado de que el Congreso Argentino discutía en sesión secreta el tratado de alianza con el Perú y Bolivia. Por fin, en la *Historia de Chile,* por Hancock, se afirma que Chile tenía conocimiento exacto del tratado de alianza Perú-Boliviano inmediatamente después de su celebración (14).

Pasando ahora al punto referente al escaso interés que el Perú podía tener en el usufructo proveniente de la adquisición de territorio de Chile, es suficiente indicar que allí la industria del salitre no existía cuando se firmó el tratado de alianza defensiva entre el Perú y Bolivia, y que fué sólo en 1878 cuando se descubrieron las salitreras de Taltal.

Carece también de justificativo el argumento, esgrimido por Chile, de que el monopolio del salitre, decretado por el gobierno del Perú, motivaba una política expansionista sobre el litoral situado al sur del Perú; porque el monopolio del salitre se estableció sólo en 1875, es decir cuando se había renunciado a la alianza del Perú y Bolivia con la Argentina, y justamente después de que Chile y Bolivia celebraron el tratado de 1874, que ampliaba todavía más que el de 1866 las concesiones materiales otorgadas a los chilenos.

---

(13) *La Guerra de 1879,* página 34.

(14) Todos los autores a que acabo de referirme los he tomado de la circular del Ministro de Relaciones Exteriores del Perú en su réplica a la Cancillería chilena (12 de enero de 1919).

En el mismo Chile no faltan escritores como Barros Arana que no atribuyen a las leyes peruanas sobre el estanco del salitre ninguna mira lesiva a los intereses chilenos (15).

Que el Perú no deseaba la guerra es algo evidente, porque hubiera podido aliarse con Bolivia y en seguida con la Argentina separadamente, dejando a la presión de los intereses de estas repúblicas, en oposición al imperialismo de Chile, el que la alianza se robusteciera (16). Habría pasado quizás cosa análoga al acercamiento de la Gran Bretaña y de Rusia: la primera de éstas tenía una entente con Francia y la segunda un tratado de alianza. No obstante el vínculo que ligaba a esas dos naciones a Francia, no existía verdadero acuerdo en la política internacional adoptada por ambas, hasta que llegaron a un convenio, en 1907, definiendo sus respectivas esferas de influencia en Persia. La rivalidad común con Alemania estrechó más los lazos entre Rusia y la Gran Bretaña, determinando la unión de éstas frente a aquélla al estallar la conflagración mundial.

Entre las afirmaciones del autor del artículo que refuto, se halla una concerniente a la manera cómo se condujeron los beligerantes durante la contienda del Pacífico (17). Dice el Sr. Nieto del Río: "la guerra del Pacífico no fué cruel ni benigna; fué una guerra ajustada estrictamente al derecho internacional". Bastará dar una ojeada al testimonio de publicistas neutrales como Markham, Scott Elliot, Enoch, Caivano; a los historiadores chilenos Barros Arana, Vicuña Mackenna y Bulnes; a las notas oficiales de los representantes americanos, testigos oculares de la obra de des-

---

(15) Véase la *Historia de la Guerra del Pacífico,* por Barros Arana. Tomo I, pág. 37.

(16) En el libro *La adhesión de la República Argentina al tratado de alianza Perú-Boliviano de 1873,* por Pedro Irigoyen, hay una nota reservada del Ministro del Perú en la Argentina, Sr. Manuel Irigoyen, en la que el Ministro de Relaciones Exteriores argentino, Sr. Tejedor, propone la alianza al Perú, prescindiendo de Bolivia (página 224).

En otra comunicación reservada indica el Sr. Irigoyen que el tratado de alianza no obtuvo la aprobación del Senado de la Argentina, sino únicamente por motivos de política interna (páginas 38 y 39).

(17) Digno de mención es un error de hecho del Sr. Nieto del Río: es el relativo a la ruptura de relaciones entre el Perú y Alemania, que el Congreso peruano aprobó no como él dice—por muchos votos en contra,—sino por 105 votos a favor y sólo 6 en contra. Puede verse *El Perú y la Gran Guerra,* por Juan B. de Lavalle, página 50, y el *Diario de los Debates* correspondiente a la fecha de la ruptura. Conviene anotar que la ruptura de relaciones con Alemania aconteció cuando los resultados de la guerra eran inciertos.

trucción chilena (18); sin excluir, por supuesto, a las numerosas personas que presenciaron las atrocidades y los horrores del ejército y de la marina de Chile, para convencerse de que esos excesos no se justificaban por necesidades de orden militar, ni mucho menos por las leyes de la guerra entre naciones civilizadas.

No cabe ninguna excusa en favor de Chile, si se analiza con minuciosidad los razonamientos desarrollados en esta sucinta exposición; y al contrario: un estudio detenido de la cuestión no hará sino convencer al lector imparcial de los fines de lucro que Chile perseguía al provocar la guerra, y la carencia en el Perú de interés que lo impeliera a la lucha.

¿Por qué están interrumpidas en la actualidad las relaciones diplomáticas entre el Perú y Chile, y por qué lo han estado anteriormente varias veces? Por las brutales medidas adoptadas en los territorios arrebatados al Perú en la guerra del 79, y por la falta de cumplimiento de los compromisos chilenos para la realización del plebiscito llamado a decidir acerca de la condición de las provincias de Tacna y Arica.

En vista del atropello que Chile ha irrogado al derecho, es natural que el veredicto de los neutrales le sea forzosamente hostil. Citaré nada más que algunas opiniones para no pecar de cansado. Tales son las de distinguidas personalidades colombianas, recopiladas por el Sr. Alberto Ulloa, durante su permanencia en Colombia como Ministro del Perú (19). La de Sir Thomas Barclay, Presidente del Instituto de Derecho Internacional, quien reconoce la justicia que asiste al Perú en su pleito con Chile. La del Profesor americano Edwin M. Bochard, que opina, en uno de sus escritos referentes a Tacna y Arica, por la devolución de esas provincias al Perú, sin necesidad de ningún plebiscito, puesto que Chile ha sido el culpable reiteradas veces de que éste no se haya efectuado.

¿Continúa en la actualidad Chile declarando, como lo hizo por boca de su agente diplomático König, que *"la victoria es la ley suprema de las naciones"*? La respuesta la obtendremos oyendo a un diplomático, muy al tanto de la situación internacional (20),

(18) Comunicaciones contenidas en el libro *Affairs in Chili, Peru, and Bolivia.*
(19 *La Opinión Colombiana y la Cuestión de Tacna y Arica,* por Alberto Ulloa.
(20) Francisco García Calderón en su prólogo al libro titulado *El Artículo III del Tratado de Ancón,* por Carlos Rey de Castro, página 7.

cuando se refiere a las declamaciones de Chile ante las naciones, al expresarse "que es manso, ingenuo, pacifista, que sufre persecuciones por la justicia. Nadie le cree y él insiste sin templanza y se convierte en cortesano de la victoria. A Bélgica, a Francia llegan sus declaraciones conmovidas. Las cancillerías sonríen porque no creyeron nunca que estadistas tan prudentes fueran capaces de tales travesuras."

EMILIO DEL SOLAR.

Londres, sept. 1919.

El señor del Solar es uno de los más conspícuos representantes de la nueva generación peruana. Joven, cultivado, con talento, ocupa un alto puesto en el cuerpo diplomático de su país: secretario de la Embajada peruana en Washington, en misión especial en Europa.

Desde Londres nos remite este artículo el cual hemos recibido con gran retraso, que CUBA CONTEMPORÁNEA agradece mucho porque permite a nuestros lectores, una vez más, considerar el aspecto peruano del litigio pendiente entre dos naciones amigas —Chile y Perú—con motivo de la debatida cuestión de Tacna y Arica, que vivamente deseamos se solucione en justicia y para siempre.

LA CARESTIA DE LA VIDA
Y EL AUMENTO DE LA PRODUCCION

(Discurso pronunciado el 9 de noviembre, en la Asociación de Hacendados y Colonos de Cuba).

E venido aquí en cumplimiento de un deber; porque los que pertenecemos, para honra nuestra, a la Asociación de Hacendados y Colonos de Cuba, somos, ante todo, soldados disciplinados para los cuales toda conveniencia personal debe desaparecer, y ha desaparecido ya, ante los intereses primordiales de la Asociación. Y es de esa manera, y a través de ese altruismo de que todos los miembros de la Asociación han hecho gala, que le ha sido dable a nuestra Patria contemplar lo que muchos creyeron siempre un sueño irrealizable: la fusión de intereses de hacendados y colonos, la reunión de esas dos ramas de la producción más importante nacional, y es de esta suerte que lo que siempre se consideró una utopia, es hoy, gracias al esfurzo de todos, una hermosa y tangible realidad.

Obedeciendo, pues, a una indicación del Presidente del Comité Gestor, el Sr. Alejo Carreño, del hombre en cuyo honor la Isla entera ha batido palmas esta tarde, por su conducta, por su alteza de miras, de la que con gusto diera fe con el ejemplo más levantado, vengo a ocupar esta tribuna, sólo por breves momentos, contando de antemano con vuestra inagotable, con vuestra desmedida benevolencia, de la que bien necesito, no sólo por lo notorio de mi insuficiencia, sino por lo arduo del tema a desarrollar.

El tema a mí encomendado se refiere a un problema tangible, y por desgracia bien experimentado por nosotros, y que se ha dado en llamar, con cierta impropiedad, el de la carestía de la vida.

Problema el más arduo de todos cuantos agitan el interés del hombre, problema complicado y de difícil solución, tan difícil que muchos lo tienen por insoluble, y desesperan de encontrarle una práctica salida.

Problema que ha traído, con otros muchos, la guerra, ese producto nefando de la autocracia, del militarismo y de la diplomacia secreta. No sufrieron los efectos de la inmensa conflagración los burgueses de Brujas, de Gante o de Lovaina, ni sólo la riente Soissons, o la histórica Rheims; ni los males por ella provocados se limitaron a las clases proletarias de Europa, sino que al mundo entero ha impuesto su tributo de sangre, de miseria y de dolores. ¿Quién puede asombrarse, pues, de que las clases proletarias del mundo entero traten de aspirar a su constante y progresivo mejoramiento? ¿Quién osará discutir al obrero su derecho a pedir por todos los medios, y en cualquier forma, el bienestar social, moral y económico de que en la actualidad carece?

Dos caminos se han presentado siempre a la clase proletaria a partir de la célebre conferencia de Suiza, que hizo desgajarse del árbol del Marxismo la rama próxima a morir, de Sergio Bakounine: el camino de la fuerza y el camino de la evolución. El camino de la fuerza ha sido, por desgracia, emprendido con resultados que podemos palpar, porque no hay régimen estable, no hay situación que pueda basarse en la violencia, porque a la violencia ha de rendirse en período más o menos largo; y es por esta razón que ya en Rusia está domeñada y vacilante esa situación de violencia planteada por el cerebro caldeado de unos cuantos insensatos.

Mas, así como nosotros debemos oponernos, y es preciso que nos opongamos por espíritu de conservación, contra la imposición por la fuerza, de ideas que están muy lejos de ser infalibles, así es también necesario y justo que ayudemos, por todos los medios a nuestro alcance, a que ese camino de prosperidad evolutiva, sea una vía franca y libre de obstáculos por la que pueda llegarse al mayor bienestar, del mayor número.

Y hablo de este problema proletario, en relación con el del encarecimiento de la vida, porque es, señores, el eje fundamental de ese progresivo e incesante encarecimiento. Se ha escrito y se habla tal vez demasiado de este problema sustancial, y cada uno, queriendo sentar plaza de original, ha puesto sobre una base an-

gular distinta, lo que en realidad no tiene más que una sola, ancha, vieja y muy conocida base.

El encarecimiento de la vida no reconoce otra causa que el encarecimiento de la producción. Los hombres que más a fondo y más de cerca han tratado este asunto, no tienen una opinión distinta. Mr. Hoover, en un reciente discurso al Instituto de Ingenieros de Minas y Metalurgias de los Estados Unidos, después de sentar esta premisa, como indiscutible, hizo constar que el encarecimiento de la producción se debe a la escala ascendente y no interrumpida de los jornales. Y es natural, como antes dije, que el obrero trate de obtener un salario cada vez mayor. Al iniciarse la Guerra, infinitos obreros fueron arrancados de los talleres y arrojados a las trincheras, y al mismo tiempo fué necesario que todos los países envueltos en el magno conflicto, trataran de organizar industrias para apoyar a los hombres que defendían el suelo patrio con el fusil en las manos; y la implantación de estas nuevas industrias, y la desaparición de estos millones de hombres era natural que trajera, como en efecto trajo, esta consecuencia: que los demás industriales, para proveerse de los obreros que necesitaban, ofrecieran un jornal mayor. Este fué el punto de aranque de la escala ascendente, porque, como es lógico, los industriales no pagaron con cargo a sus utilidades estos jornales más elevados, sino que los cobraron al consumidor, plus, un interés razonable; y claro está que ya desde aquel momento, que podemos llamar la segunda fase del problema, el obrero, al sentir encarecerse la vida, solicitó un jornal mayor, lo que volvió a repetir la misma historia. Así es evidente que el remedio para abaratar la vida, para conseguir por parte del obrero el mejoramiento de su condición actual, no es el salario cada vez mayor, porque más tarde o más temprano contribuye con lo que gasta a hacer inútil este propio salario aumentado.

Este es el problema. Nos hallamos frente a él y es necesario mirarlo cara a cara, si es que aspiramos a resolverlo. No es una solución sencilla, ni es una fácil y derecha vía que a la primera salida encontraremos, porque la solución de esta clase de problemas a veces no es sino uno o varios problemas distintos, igualmente complicados. Algo semejante a la explicación que la filosofía india da con encantadora sencillez de ciertos fenómenos, para ella

incomprensibles. El neófito pregunta: "¿En dónde descansa la tierra?" y el sacerdote de Brahma responde: "Sobre los lomos de un gran elefante." "¿Y el elefante, dónde descansa?", pregunta el neófito; y el sacerdote responde: "Sobre una ancha hoja de papiro." "Y el papiro, ¿dónde descansa?", y el sacerdote responde, como compendio y condensación de cuanto lleva dicho: "El papiro descansa sobre el inmenso Océano!" Volvemos, con esto, a colocar el problema sobre el primer término, porque no hay solución para este problema, según la filosofía india.

Pues bien: la solución del problema del encarecimiento de la vida es semejante a la contestación del Sacerdote Indio. Para abaratar la vida, no hay más que un solo camino: aumentar la producción. Ese es el secreto, esa es la solución del problema. Pero ahora, cualquiera podría preguntar. ¿Y qué haremos para aumentar la producción?

Por lo que a nosotros respecta, el aumento de producción tropieza con una gravísima dificultad: la falta de inmigración. Desde hace tiempo el río vigoroso de la inmigración no es sino un famélico arroyo, casi del todo exhausto; y sin embargo, la inmigración nos es de todo punto necesaria. No estamos en el momento de escoger tal o cual clase de inmigrantes; es necesario traer al que encontremos, porque, a falta de buenos brazos, todos los brazos son buenos. Necesitamos que se establezcan y que se fomenten grandes corrientes de inmigración de donde quiera que sea posible. Otra voz más autorizada que la mía os dará tal vez esta misma noche la solución de este magno asunto de la inmigración, y yo no quiero, ni debo, anticipar sobre la cuestión una palabra más, ya que basta para mi propósito sentar esta premisa: es posible aumentar la inmigración.

Al mismo tiempo es necesario perfeccionar y aumentar nuestra maquinaria agrícola e industrial. Nuestros campesinos han sido siempre refractarios al empleo de maquinarias agrícolas. Los aparatos de agricultura más comunes y generalizados en otros países, son sobre nuestros feraces campos si no unos intrusos, por lo menos unos extraños. Pero si queremos aumentar la producción no hay más remedio que acudir al empleo de esta maquinaria más perfecta y moderna, que ahorra brazos y hace posible el rendi-

miento de una más grande jornada de trabajo con un menor esfuerzo.

Nosotros nos encontramos ahora frente a una situación muy semejante a la que confrontaba el mundo en los días de la Gran Revolución Francesa. El eje de la cuestión era entonces el dominio de las tierras. El campesino vivía recluído en el fondo de las provincias, obligado a labrar sin descanso aquella tierra que no era suya, y que no podía abandonar sin permiso del señor; y si por azar se trasladaba a la ciudad con permiso de sus superiores, tenía que habitar en un barrio separado y coser en su burda chaqueta de paño, dos trozos de tela amarilla, uno delante y otro detrás. Mas, el período de bienestar que subsiguió a la Revolución Francesa no se debió únicamente a que el campesino entró en posesión de la tierra, y a que dejó de verse sujeto a impuestos y vejaciones, sino al descubrimiento del vapor, y a su aplicación a la gran industria, todo lo cual hizo posible el aumento considerable de la producción, en tan gran escala, que en los años que siguieron la historia económica nos relata las grandes ventajas y comodidades por todos obtenidas.

Es pues nuestro deber, deber más que de hombre de negocios, de cubanos y de patriotas, producir cuanto sea posible para llenar esa inmensa necesidad que en el mundo entero se siente, por lo que es necesario que juntemos todos nuestros esfuerzos para llegar a esa finalidad beneficiosa no tan sólo para nosotros, sino para toda la humanidad.

Claro está que no todos los obreros piensan de la propia manera. Los obreros sostienen que la industria los explota; que el capitalista toma una parte, la mayor y más segura, de lo que el trabajo produce; sostienen, los más avanzados, que la única fuerza productora es la del trabajo, que el capital nada debe tomar, porque nada produce, y que si toma algo, lo roba a los obreros, a quienes pertenece. Ellos concluyen, por tanto, exigiendo un aumento de los salarios.

Los industriales, por su parte, afirman que el estado actual de las industrias no consiente una nueva elevación de los salarios, y anuncia de antemano que cualquier aumento del costo de producción será cargado inmediatamente al público consumidor, por medio de un aumento de precio en los artículos.

¿Cómo solucionar esta discusión? ¿Cuál de los dos puntos es el justo? ¿Qué bando tiene la razón?

El obrero, impaciente, plantea por lo general el problema, y quiere resolverlo acudiendo a la huelga, como ya apuntaba el Dr. Felipe Camacho en su elocuente discurso de esta misma noche. Pero esto, en realidad, no produce otro efecto que el de agravar la cuestión. Porque el obrero podrá ganar la huelga, o no; el obrero podrá lograr el aumento de salarios que pide, con lo cual él cree resolver definitivamente la cuestión, que ya hemos visto que no es más, en todo caso, que una solución provisional, o podrá no lograr este aumento de salarios. Pero el resultado cierto, innegable, indiscutible e inmediato de una huelga es la paralización de la producción de todos aquellos artículos que directamente abarca, y por ende un encarecimiento inmediato del costo ordinario de la vida. Es, pues, un remedio contraproducente.

Para este mal de las huelgas, no hay nada que haya dado resultados prácticos, si no hacemos mención de los tribunales de arbitraje. Los tribunales de arbitraje, como el Dr. Felipe Camacho decía, han sido, hasta ahora, el único valladar que ha podido colocarse en el camino de las huelgas. Y en aquellos países en que el sistema de arbitraje está mejor organizado, es donde precisamente hay menos huelgas. Las huelgas se han hecho esporádicas, y aquellas que se han presentado han podido solucionarse mediante estos tribunales de arbitraje.

Es pues necesario organizar, con legislación realmente apropiada a nuestro medio y a nuestras necesidades, no copiando servilmente la ley francesa, o la ley belga, o la ley suiza, nuestros tribunales nacionales de arbitraje, nuestros consejos consultivos del trabajo, y nuestro consejo superior del trabajo.

Y hay otras soluciones, que, al lado de éstas, no tienen una capital importancia, pero que se han señalado y es justo hacer alguna mención de ellas, siquiera sea de pasada y ligeramente.

Se ha ensayado interesar a los obreros en las ganancias, y hay experiencias reales, ya verificadas, a este respecto. La Compañía de gas del Sud, de Londres, que interesó, a partir de 1908, a sus obreros en las ganancias de la Compañía, ha llegado a repartir en uno de los últimos años por concepto de utilidades, entre sus obreros, un millón ochocientos mil francos. Y se ha dado

este caso: cuantas veces los obreros han organizado una huelga, los de la fábrica indicada la han roto; porque, por encima de todos los intereses de la vida, está el interés personal.

Se ha ensayado, y trata de ensayarse en mayor escala, la participación del obrero en el manejo de las Compañías. Tan lejos se ha ido ahora, que en un libro, recientemente publicado, debido a la pluma del escritor americano Elmer Clarck, cuyo título *Social Studies of the War,* es quizás demasiado ampuloso, pero en cuyo libro se encuentran cosas ciertamente interesantes, se nos refiere cuál es la moderna aspiración del obrero Inglés. La rama avanzada, la rama roja del partido socialista en Inglaterra pretende nada menos que lo siguiente. Su bandera es: *A pound a day,* esto es: Una libra diaria, o sea, el jornal mínimo a que tiene derecho todo obrero. Y esta libra diaria debe ser garantizada por el Gobierno a todos los obreros, sin distinción de clases o de capacidades, y pagada efectivamente por medio de un sistema de conscripción de la riqueza. No importa que tal o cual industria no dé lo suficiente para pagar a todos los obreros empleados este jornal mínimo; el Gobierno pagará la diferencia. Piden también, o incluyen en su programa, una pensión vitalicia para todos los soldados y para todos los obreros que trabajaron en las industrias afines a la guerra. Y no se conforman con esto, sino que quieren también una pensión para las mujeres y las hijas de los soldados y de los obreros; y ya puestos a pedir, piden que se dote a las hijas, y que todo este inmenso caudal de pensiones y de salarios lo pague el Gobierno por medio de una confiscación general de todas las riquezas. Este programa no tiene, en realidad, más que una sola falta, pero es tan grave que echa a perderlo todo, porque, ¿de dónde ha de sacar el Gobierno esta inmensa cantidad de dinero que representan todas estas libras diarias y todas estas pensiones?

Los agitadores rojos del proletariado inglés no nos lo dicen; y como ellos no lo dicen, nadie ha podido averiguarlo.

Pero es necesario presentar a las masas una cierta razón, un cierto fundamento, que a manera de base pueda servir para argumentar la tesis; y los agitadores rojos dicen: "las industrias inglesas dan para eso, y mucho más". Pero es fácil ver la falacia del argumento, o que, al menos, andan muy equivocados, por esa

escala de reacciones económicas a que en los comienzos me refería. Porque esa libra diaria, y esas pensiones no las ha de pagar el capitalista únicamente; porque si las pagara se vería convertido, no en un proletario sino en algo peor, en un mendigo; y esto no traería más que una vuelta de la tortilla: que los capitalistas lleguen a ser proletarios, y los proletarios capitalistas; pero el problema social no desaparecería, porque se invirtieran únicamente los términos del mismo, o aun, mejor dicho, los representantes de los tèrminos.

Por otra parte, esta administración de las industrias nacionales por el Estado es una solución francamente utópica. El Estado es, por regla general, un administrador bastante malo. Yo recuerdo haber leído hace pocos años el presupuesto económico de un Ayuntamiento de un pueblo muy cercano a La Habana; y en este presupuesto había dos partidas muy curiosas, que llamaron desde luego mi atención. En la tabla de egresos existía esta partida: "Administración de los bienes propios del Municipio, $43,000.00"; y en la tabla de ingresos el presupuesto anunciaba a los contribuyentes de aquel Término que los bienes propios cuya administración costaba $43,000.000 solamente producirían $38,000.00. De manera que aquel modelo de Ayuntamientos gastaba cada año en administrar los bienes propios cinco mil pesos más que lo que los mismos bienes propios producían; y yo, al leer este gracioso Presupuesto, que no sé si en definitiva fué aprobado o no, ni nos interesa, pensé que era mejor negocio para los contribuyentes de aquel Municipio vender a cualquier precio, y aun regalar, los empecatados bienes propios y no gastar, cada año, $5,000 más de lo que los bienes propios producían, $5,000, que en una o en otra forma iban a pesar sobre las espaldas de los mismos contribuyentes.

Y no se crea que éste es un defecto de nuestro pueblo, que ésta es una falta en la que únicamente incurría el Ayuntamiento de aquel pequeño pueblo cercano a La Habana. Porque el Gobierno Federal de los Estados Unidos, la nación más competente en cuestiones económicas, porque es la nación donde hay más personas competentes en cuestiones económicas, ha fracasado de una manera patente y notoria en la administración de los ferrocarriles. Se calcula, y éste es un dato bastante conocido, que la administración de los Ferrocarriles Americanos, que habían sido siempre

para el pueblo americano no sólo una fuente poderosa de ingresos, sino un motivo de orgullo nacional, porque los ferrocarriles americanos eran los mejores del mundo, se ha traducido, en manos del Gobierno Federal, no sólo en un pésimo servicio, de lo cual hay aquí muchos testigos, sino en el gasto, como en el Ayuntamiento de aquel pueblo cercano a La Habana, de un millón de pesos diarios más, de lo que los mismos Ferrocarriles producían. Y ya se anuncia, no obstante este resultado, por los abogados del *Plumb plan,* que el control de los ferrocarriles debe quedar en manos del Gobierno, y que las "utilidades" (¿qué utilidades?) se repartirán en tres partes, una de las cuales será, evidentemente, para los obreros. A pesar de esta corriente, que se puede llamar formidable, porque hay muchos interesados, más o menos directamente, en que esta combinación se realice, a pesar de toda la fuerza del elemento proletario de los Estados Unidos, esta medida no ha cristalizado, ni puede cristalizar, ni cristalizará, porque significa sencillamente, en números redondos, que el pueblo americano gastará cada año trescientos sesenta y cinco millones de pesos más, sólo por el concepto de administración de ferrocarriles; déficit difícil de sobrellevar, aun por una nación tan grande como la nación norteamericana, y que en breves años la llevaría a una completa y decidida bancarrota. Y esto que para formular el actual cálculo de pérdidas se han tenido en cuenta los actuales jornales; jornales fácilmente aumentables cuando el manejo y el control de los ferrocarriles estén en manos de los mismos obreros, con un editor responsable enteramente anónimo, dispuesto a pagar todas las cuentas que se presenten.

Y si esto se dice de los ferrocarriles, dígase otro tanto de las demás industrias de cuya nacionalización se trata.

Concretando, y como resumen de cuanto he dicho de tan pobre manera, no hay más, señores, a mi juicio, que una solución para el problema de la carestía, o mejor dicho, del encarecimiento de la vida; una solución que no está en el terreno de las utopias, ni en el cerebro de un loco, o de un anarquista. Esta solución es el aumento constante, serio, progresivo, de la producción nacional, en todos los órdenes.

Los hombres que en los Estados Unidos llevan la voz cantante en materias económicas, el Presidente Wilson y Mr. Hoover, coin-

ciden en esta opinión, que es también la de los mejores elementos de la clase proletaria.

Voy a terminar, porque he abusado tal vez más de la cuenta, de la benevolencia que os pedí al principio, y que ya veis que realmente necesitaba, consignando en alta voz una esperanza: que la Asociación de Hacendados y Colonos de Cuba, que ha obtenido ya el resultado maravilloso que todos palpamos, que ha logrado unir y confundir en una sola rama estos brazos distintos, pero no divergentes de la producción, y que como el gigante de la mitología adquiere nuevas fuerzas con sólo tocar la tierra, y adquiere nuevos alientos con sólo afrontar los problemas, se apreste a estudiar la manera de resolver este problema tan grave y tan trascendental. Que si esto se hace, yo tengo la esperanza de que la solución se encontrará, porque en ella está interesada, señores, la civilización; y si ni autocracias, ni militarismos, ni diplomacias secretas lograron imponer a Europa y al mundo entero el férreo yugo de una nación esclavizadora y absolutista, ha sido solamente porque ello iba contra la civilización, ello se oponía a la marcha triunfadora de su carro. Este ha sido el secreto de la victoria de los países aliados: los países aliados representaban el triunfo de la civilización frente a la barbarie. Por consiguiente, donde las tendencias radicales proletarias vayan contra la marcha de la civilización y del progreso, acaso haya días de luto, acaso la sangre de los que combatan teñirá de rojo el camino, y se detendrá un momento el avance triunfador del carro; podrá un momento ocultarse, en días de tormenta, el claro azul del cielo; pero él está allí, y más tarde o más temprano, reaparecerá ante nuestra vista, para alentar nuestros espíritus y reavivar nuestras esperanzas.

José A. Martínez.

LO QUE YO QUIERO

Yo no sé lo que fuí ni lo que he sido
ni lo que habré de ser mañana mismo.
¡Nací para vivir! Ya está: he vivido
en la cumbre de luz y en el abismo.

*

Fuí rebelde en la escuela y en mi casa,
y díscolo, mujeriego y revoltoso.
Ya no soy como fuí, pues ya me abrasa
la llama que transforma al perezoso.

*

Inadaptable al medio, mis acciones
fueron las de un iluso sin sentido.
Hubo sangre en mi vida. ¡Mis canciones
son así por lo mucho que he sufrido!

*

Y renuncié al estudio y a mi tierra
y muy lejos huí con mis quimeras,
como aquel que en la ergástula se aferra
por ser como las aves volanderas.

*

Crucé los mares y viví de un modo
arbitrario y ridículo. Bohemio
fuí... y como tal lo esperé todo
fiando en los milagros de mi genio.

*

De dos retoños acusé a mi hombría
y fuí padre sin techo y sin granero.
¡Qué lamentable fué la vida mía
de Cyrano olvidado de su acero!

*

Un drama estrené al fin, que tenía cuatro
actos llenos de vida y movimiento;
y esperé de las glorias del teatro
la concreción feliz de mi talento.

*

¡Pero todo fué inútil! Mi cabeza
era una jaula llena de aleteos,
en que a cada final siempre se empieza
en una zarabanda de deseos.

*

Y dejé Buenos Aires, cuando era
llegada la ocasión de mi fortuna.
Y a París me marché, como si fuera
un tal cual "caballero de la luna".

*

Y tropecé en mi ruta. El torbellino
de mi desequilibrio de exulante
no me dió tiempo de elegir camino
y una voz me gritó: "Siempre adelante".

*

Ahora que ya he cumplido treinta años,
ahora que soy no más que periodista,
ahora puedo decir: los desengaños
no han desgastado mi ambición de artista.

*

Quiero triunfar y triunfaré. Yo siento
que lo que nació en mí no se ha extinguido.
No quiero arrastrar más ese tormento
del que quiere vencer y está vencido.

*

Y volveré a estrenar, y haré poesía
y en la novela plasmaré la vida.
¡Ansiosa de crear, la mente mía
surge de su letargo redimida!

*

...Y yo no sé qué soy ni lo que he sido
y quién seré yo no lo sé de cierto.
Pero sabed que ya no estoy dormido
y he de triunfar, puesto que estoy despierto.

*

Quise hacer mi retrato, y los pinceles
el lienzo emborronaron por capricho
quitando de mi frente los laureles.
¡Volvedlos a poner! Lo dicho, dicho...

RUY DE LUGO-VIÑA.

Presentar a quien por sí mismo se presenta en vibrantes estrofas, fragmento del libro próximo a publicarse *Epinicio de mis treinta años,* es tarea harto fácil.

Entusiasta, culto y batallador, es el joven Director de *Heraldo de Cuba* uno de esos espíritus inquietos que, a pesar de las candentes y un tanto áridas luchas políticas, aún hallan tiempo para rendir devoto culto a las Musas.

CUBA CONTEMPORÁNEA agradece en alto grado al Sr. Ruy de Lugo-Viña el envío de esas primicias poéticas.

MEDICO DE NIÑOS (*)

NOTAS DE LA DOCTORA FRANCISCA

A mi amiga, la doctora
Margarita Champendal.

12 de abril.



ERMINADA está mi visita. Mis diez pequeños neurópatas duermen todos. El día ha sido tranquilo. Las ayas están más contentas. He pasado por los dormitorios y por los cuartos en que están aislados los tres epilépticos. Anita está menos agitada. El baile de Sanvito que padece se ha calmado algo estos días. Alain, el de más edad, doce años, y el más educado, sueña con la boca abierta.

(*) Desde hace meses tenemos en poder nuestro esta bella traducción que de la novela *Médico de Niños,* por Noelle Roger, ha hecho el doctor Gonzalo Aróstegui, previa autorización de la autora.

Especialista en enfermedades de la infancia, a su vez, es el doctor Aróstegui una de las personas más ventajosamente conocidas en nuestro mundo social, científico y literario.

Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, en la actualidad, ha desempeñado u ostenta cargos tan importantes y honrosos como el de miembro de la Junta de Educación de la Habana, de la cual fué Presidente; médico, durante muchos años, de la Casa de Beneficencia y Maternidad; individuo de número de la Academia de Ciencias; miembro de la Asociación de la Prensa Médica y de la Sociedad de Estudios Clínicos, en esta ciudad; ha ocupado, además, la Presidencia de la Sociedad Filotécnica de París.

Es el continuador de la obra de Gonzalo de Quesada—su deudo—en todo lo relacionado con la publicación de los escritos de José Martí. El doctor Aróstegui es, también, autor de varios trabajos científicos muy interesantes, al igual que concienzudo traductor de diversos folletos y libros, entre los que se destaca *La vida sencilla,* por C. Wagner.

CUBA CONTEMPORÁNEA saluda al nuevo Secretario de Instrucción Pública, de quien espera una intensa labor de cubanización de la escuela privada y pública, y hace llegar hasta él las más expresivas gracias por su envío.

Cuando duerme casi es bonito. Su ingrato rostro se pierde en la sombra. Sus ojos horriblemente extraviados no dejan ver más que sus largas pestañas.

Después, como todas las noches, he seguido a lo largo del corredor que separa las dos alas del edificio: la clínica y la cuna. Y me he acercado a los nenés. Es el mejor momento del día. La sala está tranquila. Los niños duermen. Me detengo en cada cuna. Escucho la respiración igual de los niños. Todos esos pequeños, hijos de padres viciados, criminales, alcoholistas, histéricos, dementes, parecen sanos; la neurosis hereditaria no ha hecho todavía su aparición. Y trato, a fuerza de cuidados y de higiene, de preservarles de tales enfermedades. ¡Oh! cuán difícil hacer de ellos hombres fuertes...

Tan pronto como se ven libres de la pobreza, de la incuria de sus padres, de su ambiente de miseria, mejoran visiblemente; a los pocos meses, los veremos tornarse en niños hermosos semejantes a los niños normales, y vendrán sus madres a contemplarlos con exclamaciones de alegría.

¡Cuán gratos son! ¡Cuán gratos son a mi vista!

Y no obstante, cuántas desazones ya... Crecen... Llegan a los tres, a los cuatro años... época en que la tuberculosis se declara no se sabe por qué, ni se sabe cómo. Es preciso aislarlos en seguida. El año último, dos de ellos murieron de meningitis... otros dos de convulsiones; y la epilepsia atacó a mi Violetita, que me confiaron cuando tenía tres días... hace seis años... Los más fuertes, los más hermosos, los que han prosperado, se los llevan con mucha frecuencia.

Cecilia está de guardia esta noche. He visto en la sombra su frente pura y su delantal impecable. Me hace siempre pensar en una hoja de papel en la que nada se hubiese escrito. Sí, quizás... la palabra *deber* en lo alto de la página. ¿Escribirá la vida alguna otra palabra?

He atravesado la salita que sirve de enfermería a los nenés. Odeta no va bien. Su temperatura sube mucho durante la noche. Tiene los labios secos, los ojos tan hundidos, y la mirada indiferente, como un animalucho enfermo y perseguido, que se aban-

dona e implora auxilio. ¡Pobre niña! No habla todavía; pero ni todas las palabras ni todas las quejas podrán añadir nada a la angustia de esa mirada... Berta preparaba un baño; y me llamará si persiste la fiebre.

He vuelto al gabinete de trabajo, estrecho, retirado y tan tranquilo. Han separado los cojines de la silla de extensión; y lindas y frescas rosas se abren sobre la mesa. Adivino la mano delicada de mi nueva enfermera, Catalina. Siento su afección discreta en torno mío.

Pero antes de comenzar el trabajo, me detengo delante de la ventana abierta. El aire tibio esparce suaves perfumes, los perfumes de un pobre jardín de gran ciudad, jardín rodeado de muros, estrecho y profundo como un pozo en el fondo del cual se vieran las rosas. Pero más allá de los muros hay otros jardines en los suburbios, y más lejos el campo, y la brisa ha pasado por sobre todos los árboles en flor... es la primavera que todavía este año no había visto... ¡Ah!, creía seriamente haber desterrado la fantasía, el ensueño, los deseos indefinidos...

Me esperan mis notas. Las observaciones del mes último no están al día. Empecemos.

Ánimo... Estas horas de trabajo, cuando todos en la casa duermen y ya nadie viene a interrumpirme, son el mejor descanso.

Y todas estas cosas favorecen al recogimiento. Se han fijado mis ojos tantas veces en ellos! La biblioteca, los viejos sillones que estaban en el gabinete de consulta de mi padre... También él los contemplaba cuando se sentía rendido de fatiga, abrumado de enormes responsabilidades. Estaban a su alrededor, como están alrededor mío, en las solemnes horas en que se está solo enfrente de sí mismo, en que se prepara y se renueva la vida... Por eso tienen esa expresión amistosa, la dulzura de los antiguos compañeros... Son como una especie de asistencia personal. ¡Con qué cuidado he elegido los objetos que debían rodearlos! Esos grabados con sus marcos, el querubín de madera esculpida, la colgadura y ese tapiz color de musgo seco que se ajusta a los colores gastados, a los grandes ramajes de mis sillones.

Entrada el 7 de abril. Peso, 5 kilogramos 500...

Miguel acaba de llamarme.

He abierto la puerta. Estaba sentado en su cama. Su carita puntiaguda aparece cada vez más gris a la luz de las lámparas.

Me ha dicho en voz baja:

—Mamá... siéntate... en mi cama un momento, un momentico, para que yo pueda dormir bien.

Me senté. ¡Las enfermeras tienen razón cuando dicen que yo le mimo demasiado! Pero ¿podrán ellas comprender lo que es para mí ese pobrecito niño atacado de síndromes histéricos, que he salvado a fuerza de cuidados, que he adoptado... y de quien quiero hacer un hombre?... Tiene ocho años ya, la edad de mi clínica.

El mismo día que me instalé aquí, me lo entregó su madre, una miserable mujer de cara macilenta y arrugada.

Al entregarme el niño, me dijo:

—Puesto que usted recibe en esta casa niños enfermos, aquí tiene uno que no ha de molestarla mucho tiempo.

Y colocó en mis brazos un paquetico doliente, quejumbroso... de cinco o seis semanas... que apenas pesaba, y muy enfermizo. Y no ha vuelto, jamás ha preguntado por él; ha desaparecido... sin duda ha muerto.

Miguel fué mi primer pensionista. Qué tiempo aquel de incertidumbres y vacilaciones. Es una obra muy arriesgada: emprender el tratamiento de los neurópatas y la educación de los niños que nacen con un estigma probable. ¡Y los capitales de que disponía no eran míos!

Miguelito, ¿serás tú quien ha traído la dicha a mi casa?

Los enfermos han acudido. Recibo más peticiones que las que puedo atender. Y me veo obligada a negarme a extender mi clientela en la ciudad. Poco a poco saldaremos la deuda, recogiendo al mismo tiempo mayor número de niños pobres.

Miguelito, tú que fuiste mi primera esperanza, y a quien tanto he cuidado, por quien tanto he padecido... a ti debo un reconocimiento idolátrico. ¡Has estado tan enfermo! Esas crisis nerviosas tan persistentes... Sólo hace poco más de un año que las hemos dominado. Y luego, todo esto es poco todavía... Te amo porque eres mío... Tú estás solo como yo estoy sola... A nadie tienes más que a mí. Los demás tienen padres, tíos, tu-

tores... Tú sólo me tienes a mí. ¡Si supieras el bien que me hace en las horas de soledad tu afecto infantil y tan apasionado! Miguelito, he sentido suavizarse la pena que siempre late en el fondo de mi corazón... la tristeza de no tener hijos... Tú eres mi hijo.

Miguel ha dejado de entreabrir los párpados para ver si yo estaba siempre a su lado. Ha hundido su cabeza en la almohada con el gesto peculiar de los pajarillos al acurrucarse en el nido. Y poco a poco sus manecitas me han soltado...

Voy a dejar la puerta entreabierta para vigilar su respiración. Y ahora ¡a trabajar! He aquí la nota interrumpida:

...Alimento... cinco comidas en las veinticuatro horas. Dosis, 250 gramos. Aumento: Primera semana...

14 de abril.

Mi viejo amigo, el profesor Gaudin ha comido esta noche con nosotros. Le gusta hablar de mi padre, su compañero más querido, y me recuerda a cada rato mi infancia. Cuando le tengo a mi lado, cuando miro su cara con la barba blanca, que siempre veo igual, sus ojos tan expresivos entre los párpados fatigados, una gran parte de mi vida surge a nuestro derredor, resucita.

En el corredor nos aguardaban las enfermeras. Estaban allí las cuatro en pie, con su uniforme claro de tela azul: Cecilia, blanca y serena, muy seria para su edad, y de quien dice Gaudin que le intimida. Catalina, de veinte años, tan fina, tan encarnada, sonrojándose a cada momento, y con cierta reserva que oculta una apasionada sensibilidad. Berta y Mina, más jóvenes. risueñas, de caras redondas.

Catalina había dispuesto la mesa, cubierta toda de flores, con la gracia que ella sabe comunicar a cuanto toca. Gaudin charlaba y se mostraba alegre. Su cara gastada y curtida, erizada de vellos blancos, aparecía con cierta juventud. Recordó la época de mis primeros estudios. Se acuerda de que yo le había confiado mi proyecto de dirigir una clínica de niños; y con su voz, que adquiere acento tan áspero cuando se conmueve, dijo:

—Has ordenado bien tu vida. Es tal como la apetecías: muy bien empleada, y bienhechora.

Sí; he podido realizar mi sueño de la adolescencia. He tenido niños a mi alrededor, y la estimación de mis colegas, y el afecto de mis enfermeras. Y muy nobles amistades de hombres. Y luego este Miguelito... Jamás he lamentado la ausencia del amor: jamás he sentido esa atracción secreta y poderosa. Y tengo treinta y cinco años... Me basta con la amistad, con esas gratas comunicaciones espirituales que se completan unas a otras y que no se aplican a destruir exigiendo el uno del otro más de lo que puede dar. Mis buenas amistades... Gaudin, cuyo afecto me es tan particularmente dulce porque es un legado de mi padre. Novel, mi colega neurologista, un intelectual que investiga y que trabaja y os comunica una especie de efervescencia mental. Es el amigo de mi alma. Andrés Florance, un reciénvenido, nuestro niño mimado, tan vivo, tan alegre, cuya amistad halla siempre expresiones imprevistas, y comunica tanta alegría. Me parece haberle conocido siempre, y no obstante, apenas hace un año que una noche le presentó Gaudin. Es joven, no ha cumplido treinta años; es algo dilettante, le gusta la ciencia como artista, y los grandes viajes, la arqueología y la escultura.

Es un examen de conciencia el que voy a hacer esta noche. Contemplo a mi espalda mi juventud austera, pobre, sin otro goce que el estudio, mi juventud que no ha tenido tiempo para soñar, y que se va, que se ha escapado antes de tiempo, antes de que nadie lo advirtiera...

Pues bien: por grave y pesada que sea mi vida, con el peso de deberes y de responsabilidades que me encadenan, así la he querido yo, y no me echo nada de menos... excepto una sola cosa: no haber sido madre.

Ah! ese ensueño, mi único ensueño, me ha perseguido hasta en mi tarea misma y ha dirigido oscuramente mi vocación.

Jamás he podido tomar un niño en mis brazos sin sentir un secreto estremecimiento. Ese deseo es en mí como un dolor que al momento rechazo, y que vuelve siempre... un ser tierno que es vuestra misma carne más joven, y todo esperanzas, un hijo...

Siempre la misma obsesión. ¿No tienes tú, sin embargo, una maternidad infinita? ¿Todos esos niños confiados a tu custodia, que puedes amar, cuidar, salvar, no valen lo que un niño nacido

de ti? Sí; pero éstos se irán. Su verdadera madre se los llevará... Pues bien, tú tienes tu Miguel, que será el hijo de tu corazón y de tu alma. ¿No sientes sus brazos apretados en torno de tu cuello; sus besos infantiles, el tierno sér en fin, que se confía y que depende de ti? ¿No tienes todo eso? Sí, todo eso... Y entonces ¿qué?

20 de abril.

Hace algunos días Andrés Florance me dijo tímidamente, con un acento que no le es habitual, y en tono de broma:

—Deme un trabajo que pueda hacer por usted. Quiero ayudarla.

Muy asombrada, exclamé:

—Cómo!, ¿usted, Florance? ¿Y la arqueología, y sus excavaciones en el Asia Menor? ¿Y su libro? ¿Sería usted acaso nada más que un dilettante?

Protestó con vehemencia. No tiene ocasiones para hacer viajes. Sus anotaciones están al día. El problema de la herencia le ha llamado siempre la atención. Ha hecho sobre ese tema su tesis de doctorado en ciencias naturales. Yo olvidaba todo lo que él me ha referido. Y él repetía:

—Tengo tiempo... Ocúpeme en algo!

Entonces le dije:

—Pues bien, vea al Dr. Novel de parte mía. Estudie los niños anormales. Trate de encontrar en su ascendencia la razón de su neurosis. Quizás podría usted encargarse de algunas de las encuestas del doctor.

¿Se aburrirá en su círculo, en su ambiente, ese buen muchacho, rico, libre de hacer su voluntad, de seguir sus gustos e inclinaciones, tan inteligente, tan seductor y mimado por la vida?

Al mediodía vino Novel a hacer a mis niños su acostumbrada visita mensual. Florance le acompañaba. No pude contener la risa.

—Cómo! ¿Esto va de veras? ¿Trabajar usted con el doctor Novel? Florance me respondió; y había en su queja cierta dolorosa vibración:

—¿Por qué se empeña usted siempre en negarme seriedad? Ya parece ser el brazo derecho de mi sabio colega.

Novel encontró modo de decirme en voz baja, con esa sonrisa indulgente que tan bien oculta bajo su recio bigote entrecano:

—Bien... muy bien... ¡Cuánto fervor!

Y Novel jamás hace celebraciones. Es pesimista y discreto. Sospecho que Florance está enamorado de una de mis asistentes.

Hemos asistido a la merienda de los niños.

Detrás de la puerta oíase su confusa algarabía. Callaron súbitamente, volviendo hacia nosotros sus rostros enrojecidos, alargados o abotagados, los seis muchachitos con sus cabezas rapadas y las cuatro niñitas con sus trenzas caídas sobre las espaldas: Anita agitada por el corea, el pobre Alain tan desgraciado, con su cara regordeta y descolorida y sus ojos trastornados, Gastón, con la boca torcida por el tic: todos tenían la apariencia de niños juiciosos, y todos son igualmente aterradores cuando la crisis histérica o el ataque de epilepsia les acomete haciéndoles rodar a nuestros pies, rechinando los dientes, en las convulsiones de sus pobres nervios exasperados.

Quieren mucho al Dr. Novel. Su voz ruda no les infunde miedo.

—Vamos, son bastante juiciosos todos estos niños. Concluyan la colación; e iremos a jugar al patio!

Volvió a comenzar el ruído, algo más sordo. Y Novel se acercó a las dos ayas, a quienes interrogó.

Observé en el acto la presencia de Catalina, inclinada entre los dos más pequeños, a quienes ayudaba para que comieran. Se acercó a mí y se excusó, roja de confusión.

—Doctora, no estaba de guardia en la cuna hoy al mediodía. Y cuando estoy libre, me gusta tanto venir aquí...

La miré emocionada e intenté reñirla.

—Va usted a enfermarse! Odeta la ha tenido levantada toda la noche...

—Oh! doctora, mi descanso es estar con vuestros niños!

Tuve ganas de besarla. Me creo en ciertos modos la madre de esa muchacha... Disimuladamente miré a Florance. Al lado de Novel, estaba tomando notas.

Hemos asistido en el patio a los juegos, juegos tranquilos, pues es menester evitar a toda costa excitar esos seres desequilibrados. Es un espectáculo lastimoso, al cual debería estar habituada: ese andar inseguro, esos movimientos súbitamente desencajados, esas caras sin expresión, y las otras por el contrario, demasiado emotivas, que ríen y lloran a la vez.

Anita y la pequeñita Violeta no soltaban la saya de Catalina. Novel examinaba los niños unos después de otros. Y yo pensaba en lo compleja y misteriosa que es esa incomprensible ley de la herencia. Así este Alain, de movimientos tan pesados, el más instintivo de todos, el más próximo a la bestia, es hijo de una gran dama epiléptica, y su pensión basta para sufragar los gastos de tres niños de borrachos, arrojados al arroyo. Veo siempre el hermoso rostro de su madre empapado en lágrimas al entregármelo. Y más allá, esa pequeñita hija de la miseria, esa niña de seis años, Violeta, que sigue a Catalina como su sombra, tiene grandes ojos, delicadas extremidades, una gracia de princesita... Y Miguel, tan instintivo y tierno, ¿no es también hijo de una desgraciada?

Justamente, Miguel, que volvía de la escuela, ha atravesado el patio para abrazarme. Le he mandado a su cuarto. Ahora que ya está curado, le separo de los otros.

La profesora, Juana, ha comenzado la lección. ¡Con cuánta paciencia esa apacible mujer, con sus discretas actitudes y movimientos que revelan y confirman una dulce voluntad, interroga a cada niño! Novel ha quedado sorprendido de sus progresos. No ha habido escena alguna de cólera o de impaciencia. Le he enseñado el cuaderno de notas, escritas todas las noches. Y hemos comprobado juntos que las crisis son menos frecuentes. Poco a poco, los más excitados se someten a nuestra disciplina suave y estricta. Se calman. Engordan. Nos manifiestan su afección. Sus extrañas susceptibilidades, sus manías, su egoísmo, parecen atenuarse. Tratamos de desarrollar en ellos una preocupación altruista que llegue a ser como un derivativo. En ocasiones, cuando se prepara un acceso, Juana me lleva el niño a mi habitación. Y allí, a solas, lucho con él: trato con toda mi fuerza y todo mi amor, de apagar la irritabilidad de ese pobre organismo. Me dirijo a esa vacilante voluntad que estamos empeñados en volver a crear.

De ese apego violento que muchos me han consagrado, me sirvo para despertar su conciencia... Pobres enfermitos que se nos escapan, que se escapan a sí mismos, y en quienes el instinto predomina con toda la violencia del cuerpo...

Charlábamos, sentados en un banco, siguiendo con la vista a los niños, que ejecutaban todos a un tiempo movimientos rítmicos frente a la maestra.

Florance dijo:

—Ha reformado usted una familia cuya madre es usted... Y por eso logra un resultado que no se obtiene generalmente en los asilos y en las escuelas de anormales. Su amor maternal vuelve a crear la vida, y suple cuanto hay de precario en la existencia física de estos niños.

Y añadió, con voz conmovida, que no le había oído nunca:

—Su amor maternal hace milagros.

Volvióse después a Novel, y dijo alegremente:

—Observe, doctor, que seguimos aquí un maravilloso experimento humano. La doctora va a derrotar la sentencia terrible de la herencia...

No tuve valor para reirme. Con fervor, y como quien ora pensé:

—Si fuera cierto! ¡Oh! ¡si pudiera ser cierto!

18 de abril.

Andrés Florance ha cenado esta noche con nosotros. Las enfermeras estaban todas, las azulitas, como él las llama. La presencia de este joven me sosiega. Nos hace reir; rebosa de alegría, de la alegría de estar allí, sencillamente, con nosotras. Tiene el aspecto de un adolescente, con su bello rostro afeitado, sus cabellos rizados sobre la frente y su risa sonora.

—¡Qué bien me siento!—decía recorriendo con la vista la mesa tan alegre, rodeada de muchachas.

El amplio comedor, en el que los pesados armarios saboyanos se perdían en la sombra de las molduras oscuras, me pareció de repente iluminado.

—Paréceme que soy una de las azulitas... Viene a mí un precioso espíritu, color de cielo de abril, el que palidece en cuanto

me separo de aquí. ¿No es cierto, señorita Cecilia, que todo el día he estado lavando pañales con usted? Y si usted no me ha visto es porque estaba usted demasiado absorta en esa deliciosa faena...

Cecilia, un tanto asombrada, levantó la cara enrojecida.

—Y Catalina sabe muy bien que yo la ayudaba, cuando ella bañaba hoy tan meticulosamente un miserable pequeñuelo, un verdadero bicho. Sólo que cuando me pongo el uniforme de ustedes me toman por una de tantas...

Las asistentas protestaban en coro. Catalina, mucho más grave, dijo encarándoseme:

—Ante todo, está prohibido dar tan feo nombre a nuestros nenes.

El continuó chanceándose:

—Ah! Las azulitas, las enfermeras, saben lo que es bueno! Si la doctora quisiera contratarme, ¡qué modelo de enfermeras tendría! Pero en esta casa creen que yo no sirvo más que para escribir libros anodinos o para viajar. Y Miguel es aquí el único que me hace justicia!

Un día Andrés me dijo:

—Ya usted comprende... no tengo a nadie. Jamás he tenido a nadie.

Le respondí:

—Vamos! tiene usted muchos amigos! El ruido de sus éxitos mundanos ha llegado hasta aquí. Todos los salones se lo disputan a usted.

Miróme entonces. Sus negros ojos tornáronse de momento tristes y fijos. Y repitió:

—Amigos...

No me atreví a añadir:

—Y su madre!

Porque jamás habla de ella...

Y sin embargo, su madre debe adorarle. ¡Oh! cómo debe quererle, tan hermoso, tan zalamero!

Hemos pasado la noche en el salón y ha referido sus viajes.

Mientras hablaba, evocaba mi espíritu, a pesar mío, la embriaguez de los viajes, de las sorpresas, las tierras luminosas, ese

prestigioso Oriente que jamás conoceré, y todos los horizontes del espíritu, que por siempre me estarán cerrados.

¡Ah! no sabe él cuán pesada es la cadena de los que deben fijarse en un solo punto de la ciencia, y cerrar voluntariamente los ojos, su inteligencia, su corazón, a fin de concentrarse por completo en alguna pequeña obra oscura. No lo sabe; porque es libre.

Le dije:

—Florance! usted ama muchas cosas diversas y con el mismo fervor.

Me preguntó:

—¿Son tan diferentes esas cosas?

Se quedó un instante meditativo, inclinado sobre el ramillete de lilas, aspirando su perfume con los ojos cerrados. Y continuó:

—En el museo de Constantinopla pude contemplar una estatua griega encontrada recientemente. Es un mármol de los mejores tiempos: un pastor adolescente, de pie, envuelto en un manto flotante, muy cándido, muy sencillo, y de muy sana juventud... Pues bien, sí, Doctora, entre usted y el artista desconocido que la esculpió establezco una relación; sí, una relación estrechísima. Pues, es muy sencillo: con el mármol creaba él belleza, salud, juventud. Y usted crea belleza, salud, juventud y alegría con esos pobres animalillos humanos y mal venidos al mundo. También usted les infunde un alma.

Reía. Pero bruscamente cesó de reir. La cafetera hervía en el otro extremo del salón, donde se afanaban Cecilia y Berta. Florance las miró y súbitamente me dijo, en voz queda:

—Y yo... yo también me he acercado a usted como un pobre.

Al oir esa frase inesperada que tomé por un capricho, solté una carcajada. ¡Él, el hombre privilegiado! Pero él replicó con dura mirada:

—Sí, como un pobre.

Las pequeñuelas se acercaban con su taza de te. Él calló. Después púsose a bromear con ellas. De pronto vi a Cecilia que le contemplaba, una Cecilia transfigurada. Yo no le conocía aquella sonrisa tan emocionada y tan viva. Y cuando se hubo levantado, cuando empezó a andar, parecíame que revoloteaba y que

toda la luz del salón se confundía en los pliegues de su vestido. Le ama... seguramente le ama.

Observo a Cecilia, que está de guardia esta semana en la consulta para los nenes. Es ella la que pesa el niño y me lo trae envuelto en los pañales. Con su voz tranquila me lee los números. Es tan asidua y exacta como de costumbre. Y sin embargo, noto que algo ha cambiado en ella... Qué? Acaso la mirada más luminosa, la sonrisa que permanece, sus cabellos castaños más ligeros alrededor de la frente.

Yo habría preferido que Andrés se inclinara a Catalina...

Es ella mi preferida... Cuando la contemplo, todos sus gestos me atraen. Su sensibilidad, exageradamente delicada, se nota en sus ojos que os interrogan, que sonríen o se entristecen; se adivina en el ligero estremecimiento de sus nerviosas manos, en la piel que se enrojece y palidece de momento. En Catalina, ¡cuánta ternura, qué necesidad de amor! Y esa ternura nunca es egoísta, ni celosa; jamás piensa en sí, esa chiquilla... A veces me asusta: la encuentro demasiado exquisita para la vida. Cuando se apodera de un enfermito, pone tanto amor en su actitud, en sus ojos... Cumple con amor y con delicia, los actos que Cecilia realiza por deber, con una constancia meticulosa. Catalina... no conozco más que a Andrés que pueda poseer, sin lastimarle, tan delicado corazón...

20 de abril.

Hemos pasado una noche penosa. Por poco perdemos a Odeta. Encontrándola muy mal, ayer al mediodía mandé a buscar a su madre, una buena mujer que prepara legías y que pasa grandes trabajos en la vida; el marido murió en un acceso de *delirium tremens*.

Ni Catalina ni yo nos hemos acostado. Odeta se puso completamente azul. Esperaba su fin por momentos; una vez la creí muerta.

Ha pasado la crisis; y duerme apaciblemente.

¡Oh!, con qué cariño me ha apretado las manos esa pobre mujer, con qué entusiasmo me las ha besado, me ha besado las manos que habían salvado a su hijita.

22 de abril.

He anunciado a la madre que Odeta entra en la convalecencia y oí que decía:

—¡Qué buenos estregones voy a dar a la ropa!

Andrés ha venido para el almuerzo, y le he dicho:

—Estamos al unísono de alegría con usted.

Miróme entonces, y bruscamente me replicó:

—Pues bien, yo no estoy alegre.

En la mesa exclamó repentinamente:

—Es preciso que usted me dé un consejo, querida amiga. Oh! no se trata de un consejo médico. Se trata de una decisión que quiero tomar.

—¡Se trata de su matrimonio, sin duda! ¿Y quiere usted que lo discutamos, así en familia?

—No, repuso; aguardaré al café.

Dejé de reir. El café lo tomamos en mi gabinete, y las muchachas nos dejan solos, una vez que lo han servido.

Pero, agregó, como a su pesar:

—Me propone un amigo que le acompañe al Asia, a la meseta de Pamyr, donde va a estudiar la fauna... Y me veo perplejo, no sé lo que debo hacer...

Se cruzaron algunas exclamaciones:

—Pamyr!

—¡No acepte! Eso es muy lejos! Y usted olvidaría su risa...

—Seremos nosotras las que nos olvidaremos de reir.

Él entretanto explicaba que, después de todo, era una excelente oportunidad. Dos años antes habría aceptado con alegría, cuando emprendía sus investigaciones arqueológicas.

—Pues entonces, si es ese su ideal...

Miré a Cecilia. Estaba más blanca que de costumbre. Y se esforzaba para impedir que sus manos temblaran.

Dije entonces, terminando:

—Es menester aceptar.

Me dirigió una mirada llena de amargura.

—Es tan lejos; y me he de sentir allí tan solo!

Más tarde, cuando estuvimos solos en el gabinete de trabajo, me suplicó:

—Aconséjeme usted.

Y repliqué:

—Yo iría sin vacilar, gustándole como le gustan a usted tanto los viajes.

—¿Y mi trabajo sobre la herencia?

—Esperará.

—¡Y yo que me imaginaba que le era tan necesario a usted! repuso en tono tan lastimero que no pude contener la risa.

Suspiró, y después añadió:

—Entonces, iré.

—Pero ¿qué dice a eso su señora madre?

Sólo dijo estas palabras:

—¡Oh! mi madre!...

La amargura de su voz me hizo mal.

Entonces murmuró, y era la primera vez que hablaba de ella:

—Ella no sabe qué cosa es el amor maternal.

Y añadió:

—Es demasiado joven...

Evoqué en el momento su figura, tal como la vi el otro día: una mujer joven, elegante y pintada, todavía bella, y a quien nadie podría suponer la edad que tiene. Me vinieron a la memoria algunas palabras de Gaudin, que la conocía un poco. Y lo comprendí todo. Es una mujer que ha tenido aventuras, y su hijo las ha descubierto...

Andrés añadió también, y yo desvié mi vista de sus ojos fijos que parecían escudriñar los míos:

—La he adorado hasta la edad de quince años... y después... después he dejado de comprenderla...

Calló entonces, y ahora comprendo su oculto sufrir y su vergüenza, y por qué se vuelve hacia la vida con tan extremado ardor, y por qué trata con tanta violencia de olvidar.

Esa mujer que tiene tal hijo... un hijo... como Andrés...

Se levantó, me saludó y se fué.

Cecilia acaba de entrar en mi cuarto, y de repente ha empezado a llorar.

—Doctora, impida usted que se vaya, ¡se lo ruego!

Su semblante siempre inmóvil, tan lánguido y tan blanco, estaba demudado. La atraje muy cerca de mí, y tiernamente fuí

interrogándole. Pobrecita; le ama. Pero ¿y él?... Quizás... ¿Por qué no? Esta partida anunciada de ese modo, esa tristeza...

Traté de tranquilizar a Cecilia. La hice comprender su vida de enfermera tan activa, tan honrosa. Pero, ella movía su cabeza obstinadamente.

—Es bueno que se vaya, hija mía. Porque si él no la ama a usted, usted sufriría mucho.

Entonces ella añadió, tímida y encendida:

—¿Y si me ama?...

Yo lo sabré. Es preferible colocarse siempre ante la verdad. He hablado con firmeza a Cecilia, y me ha prometido ser razonable. ¡Cuántas veces me ha besado!...

He tenido una decepción, y me siento algo triste. Cecilia... La creía una santita, una hermanita de los pobres. Y su juventud protesta. Ella no ha sido feliz en su familia.

Qué desquite de la vida, el amor de ese joven!

25 de abril.

He acabado la consulta de los niños más pequeños. Fatigada, me he asomado a la ventana. He mirado a la calle, y he visto dirigirse hacia acá a Andrés. Marchaba de prisa. Su cara iluminada por el sol, parecía más joven. La calle estaba llena de perfumes. El cielo azul se difundía sobre los techos, bañaba las chimeneas, suavizaba todas las sombras. Andrés se detuvo delante de mi puerta. Parecióme que entraba la dicha; la dicha de Cecilia quizás.

Volvió a salir en el acto. Traía un libro prometido a Miguel. Y le he visto marcharse.

8 de mayo.

Paso actualmente por una de las fases más dolorosas y difíciles de mi vida. No he tenido valor para escribir nada, y espero, trémula, el terrible acontecimiento.

Y ya esta noche está próxima.

Hace hoy nueve días que Catalina ha ido a cuidar a un niño epiléptico, cuya madre, aunque muy pobre y por un raro capricho, no ha querido confiarnos.

Catalina ha vuelto trastornada, diciéndome que había encontrado a la madre en cama, muy mal, con la cara tumefacta, y delirando. Catalina la ha atendido lo mejor que ha podido, ha tendido la cama, cambiado las sábanas y tomado la temperatura. Y ha vuelto a buscarme.

He salido inmediatamente; y he diagnosticado viruelas. Esa misma mañana, los periódicos habían señalado un caso, y yo había anunciado a las enfermeras mis deseos de vacunarlas. He dispuesto todo lo necesario, y he enviado la enferma y su hijo al hospital. Después, a la habitación de Catalina.

—¿Será esto muy grave?—preguntóme, sorprendida de la mirada que fijé en ella. Pero yo no podía articular una sola palabra, ni separar mi vista de ella. Esa joven es hija única de padres riquísimos que se oponían a su vocación. Ella alcanzó la victoria, poniendo en su trabajo toda la intensidad de su amante naturaleza, su delicada intuición y su gracia. Quizás esté condenada a muerte ya en este momento.

—Catalina,—la dije al fin,—¿cuánto tiempo permaneció usted cerca de esa mujer?

—Doctora, solamente el tiempo necesario para atenderla un poco... media hora, quizás tres cuartos de hora... Tenía fiebre muy alta... Le preparé una tisana... Fué menester encender la chimenea... ¿Se trata de algo muy grave?—preguntó de nuevo fijándome la vista.

No he querido impresionarla. Le recomendé que se desinfectara y enviara sus vestidos a la desinfección. Y la aconsejé que se estuviera recogida en la habitación durante algunos días. Después me dijo:

—No se angustie usted, doctora. Quizás no haya contraído yo esa enfermedad, que adivino. Y si la he adquirido, quizás me cure. Y si la he adquirido... Pues bien, esos son los riesgos de este bello oficio que tanto amo... ¿No es cierto?

A lo cual repliqué:

—Ah! hija mía... la necesitamos mucho a usted... Dios no lo permitirá.

¡Dios!... ¿Por qué he hablado de Dios? ¿No sé yo que él permite injusticias y que acepta víctimas tan puras como esa

heroica niña?... Catalina me miró con esa sonrisa que tanto me agrada y me dijo:

—Estamos en sus manos...

He esperado todos estos días. La estudiaba sin proferir una palabra. Ya me parecía que había escapado. La mujer ha muerto en el hospital, y el niño está enfermo.

Hace una hora que Catalina ha hecho que me llamen. Estaba en el lecho, las mejillas encendidas por la fiebre, los ojos brillantes. Me ha enseñado las manchas rojas en sus brazos.

—Ya está aquí, doctora, dijo, lo que temíamos.

Pude reprimirme en su presencia. Y ella continuó:

—Es preciso telefonear a mis padres en el acto... que vengan a buscarme en coche y me lleven al hospital. Usted les explicará... ¿no es verdad?... pues no debe contaminarse la casa... las criadas... En el hospital ha habido ya algunos casos... Tienen pabellones de aislamiento.

Quise interrumpirla, pero ella prosiguió:

—¡Oh! no, doctora, quedarme aquí es imposible. Piense en los niños, en la cuna... en su clientela... no, no... Es preciso que me saquen de aquí lo más pronto posible. No, no se acerque usted... no permanezca a mi lado... no quiero... es inútil...

Fuí al teléfono, después volví, y para obedecer a sus ruegos, me quedé en el umbral de la puerta. Ni un momento se ha desmentido su sangre fría.

—Doctora, no se entristezca de ese modo, quizás me cure... Y además, usted lo sabe, todo mi deseo estribaba en que usted me considerara como una buena auxiliar...

¡Oh!, esa mirada de amor que en mí fijaba, esos ojos, esos hermosos ojos que jamás volvería a ver, sin duda alguna... ese rostro puro que iba a desfigurarse. No he podido conservar la calma, contestarle... asegurarle mi ternura.

La fiebre subía cada vez más. No hablaba ya, se había postrado. Permanecimos mudas contemplándonos. Fué nuestra última entrevista, pero todavía pudo agregar:

—Será necesario quemar todos mis recuerdos...

Recorrió con la vista su cuarto tan limpio, en el que se respiran cuidados refinados, en el que los más pequeños objetos son selectos: el tocador, el escritorio, los libros.

Esas fueron sus últimas palabras. Después tuve que recibir a sus padres que llegaron trastornados, al mismo tiempo que el coche del hospital, y ponerlos al corriente con palabras entrecortadas. Estaba ya muy mal para poder hablar. La vi partir de ese modo... en brazos de las enfermeras... y después a ocuparme de la desinfección, confortar a las demás... emprender de nuevo la tarea... ¡Oh! qué noche!... ¡qué noche! Tengo siempre ante mí aquellos bellos ojos de niña que me contemplaban. No profirió una queja... y, sin embargo, qué vida la que abandona: Unos padres que la idolatran. Parecía predestinada a la felicidad. Habría alcanzado el amor...

Pero Catalina no puede morir... ¡Oh!, Dios mío!

NOELLE ROGER.

(Continuará.)

La autora de esta sentimental y conmovedora novela es una distinguida escritora nacida en Suiza.

Ha escrito varias obras, entre la que se destaca la titulada *Apaisement (Apaciguamiento)*, que fué muy comentada en la época de su aparición.

Colaboradora asidua en los principales periódicos de Ginebra, goza de envidiable renombre literario, no sólo en la República Helvética, sino en París.

En *La Revue hebdomadaire*, afamada publicación francesa, apareció, hace años, el original de la obra que hoy damos a conocer, y que fué recogida, después, en el volumen *Apaciguamiento*.

EL PADRE COLOMA

NTRE los escritores españoles que a fines de la anterior centuria y en lo que va corrido del presente siglo llamaron la atención del público, ninguno alcanzó quizá en un momento dado tanta nombradía y quedó consagrado con caracteres tan firmes, como el novelista jerezano Luis Coloma, miembro de la Compañía de Jesús.

Fué la suya una gloria algo tardía, pero nacida en un instante y de una vez definitiva. Puede decirse que iba él acumulando materiales, ahorrando vigor intelectual, para concretar luego todo eso en una obra que lo sacaría de una discreta penumbra y lo colocaría en la más alta cima de la notoriedad.

El caso del Padre Coloma no es único tal vez, pero sí poco frecuente.

Esbocemos ahora su figura de artista y hagamos algunas observaciones acerca de personalidad tan discutida.

Nacido en un pueblo de Andalucía, Jerez de la Frontera, se fué a estudiar el bachillerato y derecho canónigo a Sevilla. Él mismo nos ha narrado en un libro precioso—*Recuerdos de Fernán Caballero*—su vida regocijada de estudiante, a la que va unida de una manera indeleble la memoria de la genial costumbrista, la egregia autora de *Clemencia* y *La Gaviota*. Es esa biografía un animado trazo de Fernán Caballero, la mujer que ejerció durante un tiempo influencia decisiva en el espíritu de Luis Coloma, y de la cual—para su provecho—no se alejó éste nunca en el curso de sus años. La Condesa de Arco Hermoso, a quien debe considerarse sin género de duda como padre del realismo español en la pasada centuria, antecesor de Trueba y de Pereda, le dejó con el ejemplo vivo de sus obras la enseñanza de que a la realidad es necesario verla de frente, sin escrúpulos ni remilgos necios, para conocerla mejor. Cierto que en las novelas de Fernán no luce un realismo crudo y desapacible; pero la muestra está dada ya, y

el tiempo, nuevas lecturas y otras circunstancias, se encargaron de ampliar todavía más aquel concepto y obtener del discípulo una aplicación segura y continuada.

Por eso, en *Pequeñeces,* el Padre Coloma mostró dotes de agudo observador y penetró con pulso firme en el corazón de una sociedad.

Esa novela consagró su fama. En un momento el autor, casi desconocido antes, se encontró célebre y colmado de elogios, pasto de todas las conversaciones y blanco de todas las miradas. Él pudo decir como Byron, en ocasión excepcional: "I awoke famous".

El año de 1891, fecha de su salida, marca por consiguiente en los anales de la novela castellana un punto memorable; no hay para qué recordar aquí con exclamaciones huecas la polvareda que levantó *Pequeñeces.* Fué un hermoso éxito de librería, de que existen escasos ejemplos en España. Curioso es observar que la gran masa, la masa anónima de lectores, y aun cierta clase de crítica, se dejan guiar con más frecuencia del fondo esencial, de la tesis, que de las condiciones estéticas de la obra. A nuestra mente vienen los nombres de *Gloria* y de *Electra,* que son los libros de Galdós que alcanzaron mayor boga en breve tiempo, debido al pensamiento que los animaba. La crítica seria y una mediana dosis de serenidad en los ánimos han dado a cada uno el sitio correspondiente. *Gloria* salió triunfante de la prueba, porque, no obstante deber su fama a las circunstancias de la hora y a la tecla—de suyo delicada—que tocó, es una obra que revela aptitudes extraordinarias, y a quien salva y protege la excelencia de la forma. No así *Electra,* que resulta por contraste irrisorio—el drama más endeble de Galdós, el que menos añade a su prestigio de literato. *El Escándalo,* de Alarcón, también ocasionó una tempestad en la prensa, y los elementos avanzados en política y religión lanzaron a la cara del valiente novelista el cargo de apóstata y traidor. Acababa de consumarse el desmoronamiento del trono de Isabel II; quedaba aún en el aire el eco de los discursos del 69; y aquel libro que venía a contrariar en cierto sentido la labor de la revolución, vencida por las armas, pero dominante en los espíritus, hería en lo más sensible la fibra nacional y tenía que suscitar airadas protestas. Alarcón, para defenderse del calificativo de veleidoso, contestó que no era él quien había cambiado, sino

la época. Y decía verdad. La crítica, por boca del más autorizado de sus maestros, don Manuel de la Revilla, formuló un juicio que bien puede sintetizar el de la mayoría del público. Ese juicio, en extremo favorable y encomiástico para el artista, que ponía a salvo y aun acrecentaba la reputación del escritor, condenaba sobremanera la doctrina sustentada. *Pequeñeces,* como *Gloria* y *El Escándalo,* era una obra de combate, y venía dirigida nada menos que contra aquella clase de la sociedad que goza de impunidad absoluta, aunque se haga acreedora a la censura por sus vicios; contra la aristocracia y la nobleza, que en las sociedades caducas, ofrece el espectáculo moral más lamentable.

La novela del austero jesuíta cayó como una bomba. Sembróse la alarma en el corazón de las personas que se creían dibujadas allí, y otras dieron en la flor de decir que cuando el autor hablaba de tales cosas era porque se había mezclado en ellas. La circunstancia de pertenecer aquél a la Compañía de Loyola no influyó menos en el ruido que se formó. Y lo cierto era que el Padre Coloma no hablaba de oídas: él conocía a maravilla el medio que retrataba, por no haber sido extraño en sus mocedades a los placeres de una vida social intensa. Su alejamiento de esa vida inspira algún interés: en un duelo personal que tuvo, su contendor le infirió tan grave herida en el pecho, que lo puso muy cerca de la tumba. Restablecido del golpe, tomó una resolución inquebrantable: entrar como novicio en la Congregación de los hijos de San Ignacio, a pesar de las súplicas de su familia y allegados, y en especial de su madre. Refiere él cómo Fernán Caballero se empeñó por disuadirlo de su deseo, recelosa, quizá, de la firmeza de aquella vocación, ya que ninguna otra sospecha cabe admitir en un alma tan cristiana y sumisa a las disciplinas eclesiásticas como la de la amena escritora andaluza. Sin escuchar consejos de sus parientes, el Padre Coloma marchó para la frontera francesa, donde debía hacer el noviciado. Desde entonces—según lo cuenta él mismo—no volvió a ver a su anciana e ilustre amiga, y sólo de tarde en tarde se comunicaba con ella por medio de alguna carta. Murió Fernán en 1877; y en esta fecha ya el futuro autor de *Pequeñeces* tenía adquirido algún nombre, siquiera fuese en el estrecho recinto andaluz, y señaladamente en Sevilla, en que sus relaciones amistosas con la notable costumbrista se

habían dado a conocer de todos. Sus primeras producciones serias vieron la luz en el *Mensajero,* hoja religiosa que se editaba en Bilbao, y en la que siguió colaborando hasta poco antes de su muerte. Artículos de costumbres, novelitas, cuentos, fueron las primicas de su ingenio. Nadie hubiera sospechado en esos ensayos amenos y simpáticos, hondamente realistas algunos, pero desprovistos de cierta savia que da a la labor humana un carácter perdurable, al tremendo ironista de *Pequeñeces,* al escritor valeroso que nos puso al vivo las llagas de una época corrompida. Es *Pequeñeces,* en efecto, una novela realista, de un realismo más subido todavía que el de Pereda y Palacio Valdés. Algunos creyeron que se trataba de un nuevo discípulo de Zola, de cuyos procedimientos artísticos había hecho brillante apología Doña Emilia Pardo Bazán en *La Cuestión Palpitante.* No resultó exacta la observación. Del realismo al naturalismo va una considerable distancia. No se distinguen sólo en la exageración del mismo concepto, hasta tocar en exclusivista, que el segundo practica; sino en el matiz marcadamente científico que el creador de los *Rougon-Macquart* consideró ligado a su escuela.

Currita Albornoz—así se llamaba la protagonista de *Pequeñeces*—es tipo de la mujer de gran mundo, coqueta, superficial, refinada. Su conducta es escandalosa; sus salones, centro de buen gusto, de elegancia y de impudor.

Después de largos años de vivir así, de ser galanteada por la sociedad entera de la corte, comienza a sentir las torceduras del remordimiento. Entonces *Currita*—paralítico su marido, en garras casi de la misma muerte—se acoge a la sombra de un convento. Quiso el Padre Coloma ponderar la calidad de la educación moral que proporcionan los jesuítas, al ofrecernos en Diógenes—igual que en *Currita*—un ejemplo de cuánto puede el sentimiento religioso en las almas en que ha penetrado con fuerza una vez sola. Cuanta tesis esboce el Padre Coloma, está bien; de algún lado es natural que se incline si abriga determinadas ideas y vibra al calor de las pasiones humanas. Lo menos censurable en un artista es la finalidad de su obra; si logra comunicarnos la emoción estética, ha hecho mucho, y ello basta. Al Arte no debe exigírsele enseñanzas, pensamientos ni teorías; sólo que nos produzca sensaciones, tocándonos el sentimiento; o nos deslumbre la mente,

hiriéndonos la fantasía, es bastante para que su acción perdure.

En *Pequeñeces* existen elementos de belleza que no pueden perecer; la exactitud de algunas pinturas que nosotros no apreciamos en su justo valor por estar a una larga distancia de tiempo, es asombrosa, admirable. El Padre Coloma sobresale, a nuestro juicio, como retratista, como pintor de hechos aislados y breves; por eso en unas pocas líneas diseña un personaje y anima una narración. Retratos hay allí que no se olvidan fácilmente: el cuadro de los salones de *Currita,* a donde cae Velarde ciego por el lujo y esplendor, la marquesa de Villasis, el marqués de Butrón y otros muchos.

Los defectos serios de la novela provienen del plan que se siguió desde un comienzo. El recargo de episodios, que debilita la idea central hasta destruirla a veces, hace perder el hilo del relato y engendra el artificio y la confusión. Pero estos lunares de *Pequeñeces* se originan, aunque resulte paradójico, de las cualidades excelentes que posee el autor para el cultivo del cuento y la novela corta. No siempre andan juntas las facultades del novelista y las del narrador de acciones menudas o cuentista. El defecto grave de *Pequeñeces,* sin embargo, es el desenlace. El Padre Coloma pudo buscar otro desenlace menos forzado, más natural y lógico. Se conoce que, atento a la *tesis* que venía desarrollando, falseó completamente la naturaleza humana. De otro modo, ¿cómo explicarse aquel hecho, hijo del azar, casi de lo inverosímil, de la cadena religiosa que une los cuerpos y las almas de los dos niños que un momento antes entraban en mortal refriega?

El estilo dista mucho de ser aliñado ni castizo. Es resuelto, deleitoso, elegante. *Pequeñeces,* que ostenta condiciones estimables, elementos de legítima belleza, está muy lejos de llegar a obra maestra. En la historia de la novela castellana ocupará un sitio inferior a *Pepita Jiménez* y a *El Sombrero de tres picos,* verdaderas joyas de arte.

La biografía fué otro género literario que cultivó el Padre Coloma. De ese género nos ha dejado *La Reina Mártir, Jeromín, San Francisco* y algunas otras.

Tiene el dón de poetizar sus héroes, de comunicarles hondo y singular atractivo. No es posible leer esos libros sin sentirse

poseído de un extraño amor hacia aquellos personajes, que el Padre Coloma retrata con intenso colorido, aunque sin herir los fueros de la verdad histórica. No cambia él la faz de los hechos; levanta el velo del pasado, lo estudia detenidamente y luego trata de evocarlo con la magia vigorosa de su fantasía. Hay que anotar, sin embargo, un lunar de consideración en esas obras del Padre Coloma: es el entusiasmo que embarga su espíritu, y que se trasluce en sus páginas, al ofrecer los objetos con proporciones crecidas. Hace ver las cosas con vidrio de aumento. Tales son los efectos de su imaginación. No se necesita torcer el curso de los acontecimientos que se narran para provocar en los lectores una visión falsa de la realidad: no se origina el error en este caso de ignorancia o conocimiento imperfecto del hecho: resulta él del punto de vista nada sereno en que se sitúe el historiador.

En *La Reina Mártir,* por ejemplo, el Padre Coloma, con todo su respeto a la verdad, y ateniéndose a documentos fidedignos, nos da una impresión distinta de la que en justicia corresponde a la infortunada reina de Escocia.

Quien estudie con ánimo frío la vida de esa reina encontrará exagerado el marco que el Padre Coloma asigna a la fisonomía moral de la víctima de Isabel.

Sufre uno también tantos desengaños con los héroes de la historia como con las personas vulgares que nos rodean a menudo. Cada día se descubren en aquéllos nuevos aspectos; de súbito, un historiador indiscreto aporta datos desconocidos antes, que truecan por entero o desfiguran notablemente los rasgos fisonómicos del personaje.

Entonces, precisa confesarlo, si se ha encariñado uno con ellos, y el dato es desfavorable, se desvanecen las ilusiones y nos sentimos afectados de dolor. En el caso contrario, tal vez se verifique un cambio laudable en nuestro pensamiento, y nos acerquemos de este modo a la verdad completa. Eso ocurre a diario, y no ha sido menos diversamente interpretada María Estuardo. Su actuación como católica, su martirio horrendo, han contribuído poderosamente a que se idealice su figura, y se borren los contornos que pudieran lastimar el conjunto. Será muy noble la tarea del Padre Coloma en su condición de católico; no es, no cabe serlo para quien se entregue al estudio con ansia de llegar a una meta definitiva.

La fisonomía del Rey Prudente ha pasado asimismo por un tamiz muy severo; y un carácter de pequeñez y de ruindad (momentáneo, desde luego) debe manchar el alma de aquel grave monarca, cuando un historiador como el Padre Coloma no justifica del todo la conducta que respecto de su hermano, Don Juan de Austria, exhibiera Felipe Segundo.

Dos personajes de gran relieve se destacan en *Jeromín:* el hijo bastardo de Carlos Quinto y su hermano mayor, rey de España. Aunque la obra está dedicada a la vida del primero, son muchas también las personalidades de la época que allí se mueven. Resaltan el príncipe Don Carlos, al que una leyenda misteriosa sigue envolviendo todavía; Don Luis Quijada y Doña Magdalena de Ulloa, Ruy Gómez de Silva, la Princesa de Éboli y el funesto Antonio Pérez.

Leyendo algunos capítulos de *Jeromín,* el vencedor de Lepanto se nos aparece rodeado de una aureola cuasi divina; y seduce sobremanera, después de todo, esa admiración sin límites que el Padre Coloma siente por el héroe incomparable de la cristiandad. Considéralo como hombre providencial, como el ser destinado por Dios para salvar en Europa la civilización cristiana de la amenaza turca.

Pocos libros tan hermosos del insigne jesuíta como *Jeromín;* a su valor histórico positivo se auna la forma literaria excelente, más aliñada que en *Pequeñeces,* y de un aroma gratísimo, inconfundible.

La biografía del *Marqués de Mora* es viva muestra del estrago que en la juventud española causaban las doctrinas libres de la Enciclopedia. Son breves, pero sabrosas páginas las que traza el Padre Coloma sobre aquel joven volteriano que cayó en las redes de la sociedad francesa de fines de ese siglo. Tal semblanza del *Marqués de Mora* sugiere ya la España liberal de la centuria posterior.

San Francisco quedó, por desdicha, truncado. Es sumamente doloroso que el Padre Coloma muriera antes de dar cumplido término a la vida del gran Cardenal, porque tal obra, por la trasparencia de su fondo, estaba llamada a sobresalir entre las del eximio escritor y entre las más interesantes narraciones de nuestro tiempo.

Cuando examinamos los sucesos en que intervino como actor principal el Cardenal Cisneros, un sentimiento de reverente admiración invade nuestro espíritu. Le vemos como Arzobispo de Toledo emprender la reforma de las Ordenes religiosas, secundado eficazmente por la reina Isabel; le contemplamos atónitos cuando toma a su cargo la conquista de Orán y comunica su entusiasmo a los soldados que comanda Pedro Navarro; le aplaudimos luego cuando coarta en parte la autoridad temible del preceptor Adriano, y nos entristece de modo señalado su triste fallecimiento, en los instantes mismos en que se avecinaban grandes disturbios que a su visión política no se habían ocultado.

Involuntariamente acuden a nuestra memoria, cuando del Cardenal Cisneros se trata, dos varones egregios de la historia de Francia: Mazarino y Richelieu. Pero sin que nos vicie nada el amor a la raza hispana, declaramos que ni en la austeridad de vida—de que carecieron en absoluto los cardenales franceses—ni en la visión clara de político, ni en firmeza de voluntad, ni en habilidad de estadista, igualan aquéllos al glorioso regente de España.

Habrá que lamentar de todas veras que el Padre Coloma no terminara *San Francisco;* de una manera más segura perduraría su nombre de escritor y de patriota.

Hemos hablado de los libros más conocidos del novelista andaluz; es una labor sana y noble que no dejará empañar su gloria por los años.

Sin ser un prosista rígidamente correcto, sin haber sufrido las inquietudes de aquel demonio interior de la forma, que aquejaba a Flaubert y a los Goncourt, el Padre Coloma llena una página elocuente de la historia literaria de España. No podrá olvidársele; ni por el pensamiento que entrañan sus obras, siempre elevado y generoso, ni por la gracia y la frescura que brotan a raudales de su estilo.

FERNANDO DE LA VEGA.

Pertenece a la nueva generación intelectual de Colombia. Ha colaborado en algunas buenas revistas de España y América, y el Dr. Enrique José Varona prologó,—hace pocos años,—un libro suyo.

A pesar de su juventud desempeña, con gran lucimiento, la cátedra de Literatura española y de Retórica, en la Universidad de Cartagena de Indias.

CUBA CONTEMPORÁNEA agradece en alto grado al Sr. Fernando de la Vega el envío de su interesante estudio sobre la labor literaria del Padre Coloma.

POLITICA INTERNACIONAL EUROPEA

FIUME

RES meses han transcurrido desde que d'Annunzio se apoderó de Fiume y aun sigue sin resolverse el problema. Parece casi increíble que en estos días un hombre al frente de un puñado de rebeldes, pueda mantenerse contra un gobierno y frente a las más fuertes potencias de Europa. Y sin embargo, no otra cosa ha hecho este capitán poeta. Eran tropas regulares del ejército italiano las que siguieron la bandera de d'Annunzio y como muchos pensaron que aquello no podía pasar de ser una nueva excentricidad de este hombre extraordinario, las grandes potencias europeas delegaron en Italia para que ésta solucionara el problema, reduciendo nuevamente a la disciplina a sus rebeldes y exaltados hijos.

Ha sido una actitud discreta y comedida, pues con perfecto derecho pudieron haber atacado a la guarnición de Fiume que de tal manera desobedecía los mandatos de las Conferencias de la Paz. Serbia, mientras tanto, aguarda lo que en definitiva se resuelva, confiando en que se le devolverá lo que los magnates congregados en París le asignaron.

Pero esa misma actitud de Europa de dejar a Italia para resolver el problema, ha demorado la solución, pues aquélla no ha encontrado una fórmula satisfactoria. Mientras por una parte tiene el deber ineludible de proceder enérgicamente para hacer cumplir en todas sus partes un tratado en cuya redacción intervino de manera tan principal, por la otra se halla en situación embarazosa, pues comprende que el puñado de aventureros que se lanzaron a la conquista de la ciudad del otro lado del Adriático, re-

presenta el sentimiento nacional italiano. Verdadero conflicto, pues, era para la corte de Roma asumir una u otra actitud. Si se dejaba guiar por las aspiraciones nacionales y apoyaba el golpe de d'Annunzio, se vería frente a sus aliados de ayer y su buena fe internacional saldría profundamente quebrantada de la empresa acometida por sus hijos rebeldes. Los de Roma, no tendrían derecho a hablar, como sus antecesores del mundo antiguo, con altivo desdén de la *fe púnica,* porque el papel de Italia hubiera resultado muy poco airoso, y quizás si la frase de *fe italiana* hubiera pasado a la Historia con triste celebridad.

Pero en cambio, enviar fuerzas contra las tropas de Fiume era provocar una lucha fratricida; sangre italiana hubiera corrido bajo el golpe de las armas de Italia, aparte de que no ha debido sentirse muy seguro el gobierno del Quirinal de que sus leales hubieran cumplido sus órdenes.

Los poetas sienten con mayor intensidad las pasiones de su grupo o de su época, y quizás esa sensibilidad exquisita es lo que ha dado tanta confianza en su propia causa a d'Annunzio: se sentía el intérprete del patriotismo italiano. A la intimación que hizo a los oficiales el coronel Rondaglia, amenazándolos con considerarlos como enemigos si persistían en permanecer en Fiume, contestó con arrogancia grande en nombre de sus soldados:

> Casi todos estamos heridos y mutilados, muchas veces condecorados por nuestro valor, orgullosos de haber dedicado a nuestra patria nuestra infatigable devoción desde el primer día de la guerra hasta esta empresa que estimamos como la más noble y pura de todas.

Y como seguro del sentimiento de sus conciudadanos de la península añadió, con altivez:

> Tened cuidado. Italia está conmigo, con nosotros, la verdadera, la eterna Italia.

El segundo ultimátum del Gobierno italiano, en que se le ordenaba regresar a Roma con sus fuerzas, fué igualmente desobedecido. Sabía él que el pueblo italiano simpatizaba con él, que él había interpretado sus sentimientos y aspiraciones, y que más fácil era que surgiese una revolución en el reino, que verse atacado por sus hermanos. En una de sus proclamas decía que no

habría conflictos con las tropas italianas, pues no creía que hubiera un solo soldado que hiciera fuego contra sus hombres. Todos estaban dispuestos a morir por la causa, y que en cuanto a él, no abandonaría Fiume ni vivo ni muerto.

He escogido ya en un hermoso cementerio, sombreado por cipreses, una pequeña colina, desde donde se divisa el mar, cubierta con laureles, en que deseo ser enterrado.

Y su amor hacia aquella tierra por la que lucha lo llevaba a pedir nuevamente, en otro documento, ser enterrado en Fiume para fundirse con su sagrado suelo.

La corte de Roma, entre tanto, nada podía hacer, sintiendo sobre sus hombros el peso de sus compromisos para con los aliados y bajo sus pies un volcán que podía estallar a cada instante. Pensó entonces en que los demás Estados enviaran fuerzas aliadas, con exclusión de la italiana, para resolver la situación.

El ministro Tittoni se expresó siempre en el sentido de que Italia debía permanecer unida a sus aliados, pues otra cosa implicaría su separación de aquéllos y quizás la pérdida de la ventaja obtenida con la paz. Bissolati, en cambio, se expresó en el sentido de que Italia debía conservar Fiume, anexándoselo.

En Fiume mismo se produjo un cierto movimiento contrario a d'Annunzio, quien en octubre se separó del profesor Zanella que representa esa tendencia anti-anexionista. Zanella y los suyos combatían la idea de anexión a Italia, pidiendo en cambio un simple protectorado que conservase a la ciudad su autonomía.

Sin embargo, a pesar de esta disidencia, el poeta siguió manteniéndose firme y hasta ampliando su primer plan con el proyecto de conquistar la Dalmacia. A los habitantes de esta región les envió un mensaje en que les decía que de ellos no se había olvidado, que tuvieran confianza en lo que por ellos haría el ejército de Fiume.

Se quiso organizar un gobierno provisional dentro de la ciudad. El 27 de octubre se celebraron las elecciones que iban a decidir de la suerte futura, pues se disputaban el triunfo los anexionistas, o sea los partidarios de d'Annunzio, y los secuaces del profesor Zanella, que perseguían un ideal de autonomía. Mas según las noticias que hasta nosotros han llegado, aquellas elecciones, como

tantas otras, resultaron una farsa, gobernada como estaba la ciudad por las bayonetas de las tropas de ocupación. Todo aquel que no consideraba a Fiume como *italianissima città,* era estimado como enemigo. Para asegurar más el triunfo de su partido, se cuenta que se interceptó el paso por el puente de Sushak, que comunica la ciudad con el barrio de los croatas, con el fin de excluir a éstos de la votación. Claro está que con tales procedimientos una mayoría abrumadora dió el triunfo a los d'Annunzianos.

En una entrevista con el corresponsal del *New York World,* habló ampliamente sobre sus fines territoriales, y en ellos se ve cómo va persiguiendo una finalidad estratégica, para proteger a Italia contra el nuevo Estado serbio-croata-esloveno. Dominando en Fiume y la Dalmacia Italia, el Adriático se convierte casi en un mar territorial al cual quizás puedan llamar los italianos *mare nostrum,* como llamaban los romanos al Mediterráneo. Quizás hay cierto sentimentalismo personal en ese deseo de d'Annunzio de hacer del Adriático un dominio de Italia, ya que nació en un barco que cruzaba las ondas tranquilas del mar azul.

En los primeros días de noviembre se levantó oficialmente el bloqueo de la ciudad, bloqueo más aparente que real, llevado a cabo por el Quirinal para cubrir las formas. A partir de entonces se restableció el comercio exterior y entraron las provisiones libremente en Fiume. Días más tarde, ocurrió un nuevo incidente de esta singular aventura. En la madrugada del 15 de noviembre, embarcó d'Annunzio a bordo del torpedero *Nullo,* y seguido de la flota del almirante Millo, desembarcó en Zara, haciendo una entrada triunfal en esta ciudad. Regresó el 16 a Fiume, pero aquella expedición llevó la alarma a los círculos oficiales que no saben hasta dónde puede llegar el espíritu aventurero del dictador de Fiume. Según despachos de origen balcánico, la tropas italianas que ocuparon la ciudad de Zara cometieron infinidad de desmanes, y como se temiera un ataque de estas tropas, se envió un cuerpo de ejército serbio de doce mil hombres para reforzar la guarnición de Spalato.

En Roma parece que ha llegado a temerse que, en su ardor patriótico y en su afán de gloria y excentricidad, pueda el capitán d'Annunzio hasta intentar una expedición contra la propia Italia.

Ya en unas declaraciones hechas por él en octubre, dijo que si nadie lo atacaba en Fiume, él marcharía sobre Roma.

Queremos,—dijo—encender un fuego que arda muy alto. Despertará las esperanzas burladas de los pueblos oprimidos y ningún poder de armas o de dinero será bastante para apagarlo.

Ya Europa parece que se va cansando de la aventura, que, si de momento interesó como algo nuevo, al par que alarmaba por las consecuencias, exige que se resuelva, para acabar con una situación insostenible. Las grandes potencias buscan la manera de resolverla, y d'Annunzio, según dicen los cables, confía en que se resolverá favorablemente para Italia. Esto es muy posible, estableciendo, desde luego, compensaciones a favor de Serbia. Pero quedará el precedente funesto de que, apenas nacida la Liga de Naciones y aprobado el Tratado de Paz, una de las grandes potencias signatarias acepta la conquista hecha por un hijo suyo contra las leyes internacionales y los sagrados convenios aceptados libremente por el Reino de Italia.

EL TRATADO ANGLO-PERSA

Hace dos meses, la prensa mundial, especialmente la francesa, dió cuenta sucinta de un tratado que la Gran Bretaña acababa de celebrar con Persia. Una protesta general se levantó en Europa contra aquel nuevo acto de la Cancillería de St. James, y acerbas críticas expuso la opinión pública en Francia, que quizás se sintió lastimada ante aquella negociación que tiene indudablemente una gran importancia.

Las naciones sin conciencia nacional vigorosa, que se entregan a la más completa indiferencia esperando que vengan de fuera a resolverles sus problemas y dificultades interiores, acaban por ser la presa de la primera potencia que tiene la habilidad de dar algún consejo o de ofrecer determinado apoyo para la gobernación del país.

No conocíamos aun el tratado al cual se acusaba de violar el pacto de la Liga de las Naciones, especialmente el artículo X.

En agosto 9 el Primer Ministro persa y el Ministro británico en Teheran, Sir Percy Cox, firmaron un convenio por el cual In-

glaterra se compromete a ayudar a Persia a reorganizarse interiormente, levantar un ejército capaz de mantener el orden interior y la seguridad de las fronteras. Para ello Inglaterra se compromete a facilitar al Gobierno de Persia costeados por éste,

> los servicios de todos los expertos que, después de ser consultados ambos Gobiernos, se estimen necesarios para los diversos departamentos de la administración persa. Estos consejeros serán empleados de acuerdo con contratos y revestidos con poderes adecuados, cuya naturaleza será materia de acuerdo entre el Gobierno persa y sus consejeros.

El gobierno inglés facilitará además, de acuerdo con otra cláusula, pagados siempre por Persia, los oficiales, municiones y equipos modernos que se estimen necesarios por una comisión mixta de expertos militares de Inglaterra y Persia. Se esboza también la ampliación de los ferrocarriles y medios de comunicación en el territorio persa.

La Gran Bretaña, además, ofrece gestionar un empréstito suficiente para los gastos que se originen. Por otro acuerdo de la misma fecha, se concede un empréstito de dos millones de libras al 7%, que deberán reembolsarse en la forma que disponga el gobierno persa después que se haya designado el experto financiero inglés que le servirá de asesor.

Por la cláusula 6 del primer tratado, los dos gobiernos acuerdan nombrar una comisión compuesta de expertos para el examen y revisión de las tarifas aduaneras existentes, con el fin de rehacerlas sobre una base que las haga compatibles con los intereses legítimos del país y para promover su prosperidad.

El tratado se inicia con una declaración sobre la independencia de Persia. Dice así:

> El Gobierno inglés reitera, en la forma más categórica, la declaración que ha hecho repetidas veces, de respetar absolutamente la independencia y la integridad de Persia.

De este artículo se han valido los ingleses para defender el tratado, alegando que si en él se hace tal declaración, es inútil pensar que puede violar el artículo X de la Liga de las Naciones. Pero es necesario ser demasiado inocente para no comprender que a pesar de esta declaración categórica, Persia va a sufrir un pro-

tectorado inglés, desde el momento que utilizará consejeros y oficiales ingleses exclusivamente, y en que otorga a comisiones mixtas de nacionales e ingleses el poder de intervenir en cuestiones de índole interior.

Los empréstitos son la brecha por donde entran las grandes potencias en los pueblos débiles de vida interior poco vigorosa. Entra ahora Persia en el grupo en que la han precedido China y Santo Domingo.

Nada importa que se declare expresamente que se respeta la independencia e integridad de un pueblo, si este pueblo, en el mismo documento, entrega algunos de sus atributos en cláusulas que interpretadas literalmente quizás nada entrañan, pero que vistas a la luz de la experiencia internacional significan mucho.

La suspicacia de las naciones europeas se levantó con el tratado, especialmente en Francia donde se combatió lo hecho por Inglaterra en nombre de los principios de Wilson y de la Liga de las Naciones. Quizás en el fondo ha habido un poco de malestar al ver la nueva tajada que se llevaba el vecino, y que hubiera querido tener cada una para sí.

Sólo el tiempo podrá decir si esto es un simple tratado de generosa ayuda que se presta a una nación amiga, o si, por el contrario, es el principio de la creación de un Egipto en Persia, como ya se ha dicho. El periódico inglés *The Daily News,* al comentar las sospechas que ha producido el tratado termina diciendo:

La sospecha puede carecer de fundamento—mucho nos alegraríamos de que se nos convenciera que es así—pero pocos acuerdos han presentado un aspecto tan feo como éste.

ERNESTO DIHIGO.

La Habana, noviembre de 1919.

BIBLIOGRAFIA (*)

Max Henríquez Ureña. Los Estados Unidos y la República Dominicana. La verdad de los hechos comprobada por datos y documentos oficiales. Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1919. 4º, 208 p.

Entre las protestas formuladas por los pueblos americanos ninguna ha habido más enérgica y sostenida que la de Cuba. No se concibe la ocupación militar de un país que se desenvuelve pacíficamente en existencia constitucional y honorable. Y eso fué lo que realizó el capitán norteamericano Knapp el día 29 de noviembre de 1916, obedeciendo órdenes del Gobierno de Wilson. La digna administración del Presidente Henríquez Carvajal, iniciada el 31 de julio por acuerdo libre del Congreso de la República Dominicana, cayó así a los cuatro meses escasos de gobierno, y cayó honrosamente, porque no podía subsistir mientras se mantuviera aquella situacón ilegal de fuerza.

El lector del libro escrito por el Dr. Max Henríquez Ureña, Secretario de la Presidencia durante el mencionado período, comprende que los dominicanos, como los cubanos, como los panameños, como los mexicanos y como casi todos los ciudadanos de algunas otras Repúblicas de América, son culpables—aunque no en su totalidad—de la situación caótica a que llegó Santo Domingo. Son culpables por imprevisión, sobre todo; por una imprevisión increíble, que hace creer fundadamente en que ellos creen vivir en países lejanos, sin nexo con el resto del mundo, sin preocupaciones acerca de cuanto se piense de su conducta. Son culpables por ambición, que los ha impelido a la rebelión armada numerosas veces; a la insurrección personalista infamante; a la asonada

---

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

militar peligrosa; a los atentados y a los excesos más vituperables. Son también culpables por indisciplina, por falta de educación, y por todos los defectos que están haciendo vacilar a muchos de nuestros pueblos tan amados y tan merecedores de otros hombres representativos.

Pero si reconoce culpabilidad en los dominicanos, el lector advierte una injusticia tremenda, una incomprensible contradicción en la actitud del Gobierno presidido por Mr. Wilson, insigne defensor en Europa de las nacionalidades pequeñas, que dispone la ocupación militar de un país regido por un grupo de hombres patriotas, sabios, intachables, que cumplían el mandato de su Constitución, de sus leyes, y que daban al mundo un ejemplo admirable de desinterés al seguir gobernando sin percibir emolumentos, por haberse negado la Receptoría norteamericana a sufragar los gastos del Estado. Esa resolución del Presidente Wilson es una amenaza para las pequeñas naciones de la América. Los miembros de la familia americana pertenecientes a esas naciones, han sentido como suyo el peligro, y sin titubeos han protestado y unido su voz indignada a la de los atropellados dominicanos. Y también han pedido que sin tardanza sea restablecida la soberanía de la República hermana, entristecida por los férreos procedimientos de un gobierno militar extraño.

Eugenio Leante. LA EDUCACIÓN. Prólogo de la profesora Dolores Borrero de Matamoros. Epílogo de Carlos Loveira. Habana. Imprenta "El Siglo XX", de la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea. Teniente Rey 27. 1919. 8º, 232 p.

Tratar de educación y decir algo que no sea un despropósito o una copia, es, en estos tiempos, una labor difícil que muy pocos acometen con éxito. En la bibliografía cubana el libro del Sr. Leante puede ser tenido como uno de los que estudian los problemas educacionales de acuerdo con nuestro ambiente y teniendo en cuenta la idiosincrasia de los cubanos, dentro de la sociedad mundial. Sencillamente pero con seguridad y firmeza de convicción, el Sr. Leante va examinando todas las cuestiones pedagógicas, las más abstractas y delicadas, las más complejas; y desde el estudio del niño hasta el método que debe emplearse para la educación de la infancia, todo se encuentra en su libro.

El autor ha presentado muchos aspectos del proceso educacional, y algunos de sus capítulos, como el del pupilaje, son verdaderos aciertos. Claro es que no hay en ellos tecnicismos ni profundos conceptos filosóficos o de alta psicología, pero sí hay calor de humanidad y una buena orientación, un sano espíritu de reforma que hacen útil este volumen, que está avalorado por un jugoso prólogo de la distinguida Profesora Dolores Borrero de Matamoros, y por un epílogo del novelista cubano Carlos Loveira.

Víctor Muñoz (Attaché). JUNTO AL CAPITOLIO. (Croquis de la vida americana.) Prólogo de Manuel Sanguily. La Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1919. 8º, 336 p.

Víctor Muñoz, periodista multiforme, de asombrosa fecundidad, ha publicado un libro humano, lleno de interés, en el que están contenidos muchos aspectos de la variadísima vida norteamericana. El estilo suelto, la filosofía amable, la seguridad en los juicios, son las características del escritor que un día inició desde *El Mundo* estas crónicas, sin dejar por ello de hablar en largas parrafadas de las diferentes peripecias del *base-ball* habanero.

Es un desdoblamiento curioso el de *Attaché* y *Frangipane,* y los más entendidos en asuntos literarios no pudieron reconocer en el autor de los artículos amenos del uno al mismo que regocijaba a los *fanáticos* de los deportes con su bilingüe y típico lenguaje. No era admisible la idea de que fuera el mismo el periodista alegre creador de "Margot Chaleco" y el melancólico cronista de "Mi clavel blanco". Y sin embargo, la realidad fué imponiendo día por día una cosa increíble, y Víctor Muñoz logró el éxito único a que se puede llegar entre nosotros: a alcanzar un poco de admiración, mayor respeto y algún estímulo.

Todos los trabajos de *Junto al Capitolio* tenen la misma factura e idéntica claridad. Muñoz escribe siempre con sencillez, con una sencillez grata a las personas cultas y a las que por su educación, sus ocupaciones o su nivel intelectual no conocen de las bellezas del arte o las exquisiteces de la literatura. De una ojeada abarca y presenta el asunto de cada crónica, y el lector, después de leído el resumen inicial, quiere saber los detalles y saborear las reflexiones que sugiere el tema al psicólogo que se esconde detrás de aquella límpida prosa. En los cincuenta y tres artículos no se advierte la identidad del procedimiento; no se siente cansancio en su lectura, atraído el ánimo por el espectáculo que le presenta el autor de la vida norteamericana, de la multitud de sucesos y de las complejidades de ese gran pueblo, siempre expeditivo, que hoy es el árbitro del mundo.

Vicente Pardo Suárez. LADRONES DE TIERRAS. Habana. Imprenta y Papelería de Rambla, Bouza y Ca. Pi y Margall, núms. 33 y 35. 1918. 8º, 324 p.

El Sr. Pardo Suárez se refiere en este nuevo libro suyo a las tendencias imperialistas de Alemania, determinadas en las obras de algunos célebres autores tudescos: Bernhardi, Bulow, etc., que marcaron la orientación del pueblo derrotado en 1918 por los aliados.

Después de un examen detallado de esos propósitos germanos—fe-

lizmente contenidos—, copia el Sr. Pardo Suárez las declaraciones de guerra hechas por nuestros países americanos a Alemania.

Alicia Peón y Varona. SOMBRA Y LUZ. (Ensayo de novela.) Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1919. 8º, 144 p.

Es un delicioso cuento infantil, una bella narración que esta niña ha escuchado tal vez, que ha imaginado acaso en los momentos de ensueños en que las mariposillas del alma vuelan por maravillosos cielos guiadas por la fantasía. En forma autobiográfica la autora cuenta cómo su protagonista, a pesar de ser hija de condes, figuró entre los artistas del circo Falcón por haber sido robada y entregada al director de la hueste peregrina. Todo es interesante: el hallazgo del nobilísimo Antonio, que la protege y la mima y que es la única persona, en aquel grupo de titereros, en que encuentra el calor paternal tan necesario para los niños; el intento de fuga y la despedida de Antonio; la amistad y el amor de Gastón, el compañerito de trabajos; la rivalidad de Sarah; el eterno viajar de pueblo en pueblo; los alegres retornos a París; la asechanza del abogado, cazador de sociedad; el amor de Alfredo Newton, amigo de la infancia que al través de los años se siente atraído por la aristocrática joven; su matrimonio con él y la vuelta al hogar de los padres, que habían vivido o despecho del dolor y esperaban siempre la felicidad. Todo como en un dulce cuento: hasta los dolores son en este libro algo que no hace mella en el espíritu infantil de la autora de quince años floridos, risueños, que sin duda desconoce la tristeza y los desencantos del vivir.

Biblioteca Ayacucho. Bajo la dirección de Don Rufino Blanco-Fombona. San Martín. SU CORRESPONDENCIA. (1823-1850.) Editorial-América. Madrid. 1919. Concesionaria exclusiva para la venta: Sociedad Española de Librería. Ferraz, 21. 4º, 368 p.

Sin odios, sin pasiones, aunque de acuerdo con la verdad, los escritores de América van haciendo nuestra historia. Pasan por esos volúmenes los héroes, los próceres, los que fundaron nacionalidades con los elementos de la enorme factoría colonal, con hordas incultas, con muchedumbres ineducadas; pasan los tiranos, los sátrapas, los torpes explotadores de la ignorancia; los constructores de pueblos, los apóstoles, los precursores de la América nueva, de la que consolidaron Sarmiento y Juárez, Batle Ordóñez y Montes. Y todos los detalles, todas las figuras, todos los sucesos, son aprovechados para que de su estudio sereno resulte la relación de nuestro pasado. Con el culto a Bolívar,

a San Martín, a Sucre, a Martí, a Céspedes, a O'Higgins y a cuantos fueron brazo o pensamiento de la epopeya libertadora, se está haciendo un archivo en el que las cartas del gran guerrero San Martín han de ocupar sitio importante por el número de noticias que contienen y por la gran suma de datos que dan acerca del carácter de aquel insigne patriota.

San Martín vivió muchos años y, afortunadamente para él y para su fama, los vió transcurrir lejos de la América, fuera de la vorágine de pasiones que fué nuestro continente en todo el último siglo. ¿Se habría librado el gran argentino de caer en ella y de ser uno más en el hervidero de odios? Es probable que sí, porque tenía voluntad y recto sentimiento de la justicia y del honor. Pero la duda sigue en pie para el que lee su correspondencia con Rosas desde 1838 hasta 1850, en que puede apreciarse la cordialidad de sus relaciones con el mencionado gobernante, tan combatido aun hoy por sus propios conterráneos. A pesar de ello, la probidad y el buen nombre de San Martín quedan limpios: su vida pobre y digna los defiende. Y su ejemplo de desinterés y heroísmo es uno de los orgullos del mundo americano.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, noviembre, 1919.

NOTAS EDITORIALES

OCHO AÑOS...

Cuba Contemporánea, pese a las dificultades del momento, a despecho de esa especie de demencia colectiva que se ha apoderado de la conciencia de los hombres, después de la cruenta y asoladora campaña que tuvo su epílogo aparente, allá lejos, en Francia, el 11 de noviembre de 1918, ha entrado en el octavo año de su vida con este número de enero.

Ni el encarecimiento de la materia prima, ni el aumento progresivo y ya casi insoportable de la mano de obra, han podido detener, hasta la fecha, la marcha ascendente de una revista que aspira a seguir representando a la porción más equilibrada y tolerante de la sociedad cubana.

En medio de una labor política, social y administrativa un tanto disolvente y peligrosísima; en un ambiente de violencias e intolerancias recíprocas, en el cual, socapa de campañas partidaristas, se olvidan los más elementales respetos que en toda sociedad culta y civilizada deben guardarse hombres del mismo origen y educación; en torno de esa atmósfera caldeada y asfixiante, Cuba Contemporánea, ecuánime y serena, ha proseguido su camino y ha cumplido, al pie de la letra, el amplio y cubanísimo programa que se trazó desde su aparición en 1913.

Obra, no de la iniciativa de un hombre, sino de la cristalización de un concurso de voluntades mantenido a pesar de los claros abiertos por la muerte, o de las vicisitudes de la hora actual, Cuba Contemporánea, sin tener en cuenta sordas hostilidades ni desvíos y frialdades mal encubiertos, ha abierto un surco profundo en nuestra vida intelectual y ha servido de faro y guía en el intenso movimiento que en el orden de las ideas se viene operando en nuestro país, de cierto tiempo a la fecha.

Agrupando en torno suyo a una pléyade de jóvenes animosos y bien preparados, ha difundido por todo el Continente americano sanas ideas de acercamiento intelectual entre pueblos del mismo origen y lenguaje, y, en la actualidad, es Cuba Contemporánea el vehículo de que se valen peruanos y chilenos, colombianos y acuatorianos, argentinos y uruguayos, para ventilar en sus páginas

candentes polémicas de orden internacional, o amables prédicas de confraternidad panamericana.

Colocada Cuba casi a la entrada del canal de Panamá, entre dos continentes y dos civilizaciones, es natural que publicaciones de la índole de esta revista, sean los voceros apropiados para poner en contacto a pueblos que, hasta hace poco, tenían noticia de su existencia, pero apenas se conocían y estimaban.

Cuba Contemporánea, estimulada por el concurso de hombres eminentes que como Enrique José Varona y Antonio Sánchez de Bustamante, nunca le han negado su valiosísimo apoyo espiritual, y animada por su creciente éxito en el exterior, no desmaya y sigue por la ruta emprendida, aspirando, tan sólo, a que los cubanos, percatándose de los peligros que encierra el actual momento histórico, se mantengan unidos y ecuánimes, en espera de que el sol de la bonanza brille de nuevo para bien del mundo y gloria de la humanidad...

JOSE ANTONIO RAMOS

Surgiendo de las olas, cual nuevo Neptuno, ha pasado fugazmente por La Habana, José Antonio Ramos, amigo muy querido y redactor de Cuba Contemporánea.

Procedente de Vigo, en donde desempeñaba el cargo de Cónsul, ha seguido para Nueva York, en cuya ciudad ocupará el puesto de Vicecónsul.

Cuba Contemporánea saluda y despide, al mismo tiempo, a su redactor, deseándole grandes éxitos en su nuevo destino.

GRACIAS A TODOS

El Director interino de Cuba Contemporánea hace presente por este medio, su más intenso agradecimiento a todas las personas que, con motivo de una reciente pérdida de familia, le han expresado, ya de palabra o por escrito, su condolencia.

J. V.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO VIII

Tomo XXII. La Habana, febrero 1920. Núm. 86.

JOSE MORALES LEMUS (*)



I hablar de Domingo Goicouría, con los datos que poseemos, es tarea difícil, según expuso días pasados, en su notable disertación, mi queridísimo amigo Rafael Guas, quizás más difícil resulte—sobre todo tratándose de mí—hablaros de José Morales Lemus, el hombre a quien sólo el recuerdo de su amigo Enrique Piñeyro dedicó una ofrenda cariñosa con todo el primor y lozanía de su estilo.

Una verdadera labor de investigación, no completa, desde luego; tomando frases de aquí y de allá, opiniones más o menos exactas, datos más o menos directos acerca de su personalidad, y la aplicación de una lógica rigorista para deducir nuestras conclusiones, han sido necesarias a fin de destacar, en un cuadro interesantísimo de nuestra Historia, la figura principal, por muchos conceptos, de José Morales Lemus.

En mi ayuda ha venido, con sus indicaciones bibliográficas, el Sr. Luis Marino Pérez, cuya brillante labor intelectual todos conocemos, a quien deseo hacer público mi agradecimiento.

(*) Conferencia de la serie "Grandes Hombres de Cuba", organizada por la Sección de Ciencias Históricas del Ateneo de la Habana.

El presente estudio pudiera, más bien, titularse *Ideas políticas de J. Morales Lemus*, pues, realmente, no constituye una biografía del mismo. Para esto último sólo hubiéramos necesitado repetir lo dicho por Enrique Piñeyro en su ensayo *Morales Lemus y la revolución cubana* publicado en New York en 1871. (N. del A.)

I

Ejercía José Morales Lemus su profesión de abogado en La Habana, con todo el éxito que necesariamente le habían de proporcionar su inteligencia, su honradez y su cultura, cuando ocurrieron, en enero de 1869, los sangrientos sucesos de Villanueva y el Louvre y el asalto a la casa de Aldama, de tan triste recordación. Estos hechos se señalan como decisivos, y así son las apariencias, en el pensamiento y la actuación política de nuestro personaje, quien, sólo entonces, abraza la causa de la revolución y comienza sus gestiones, erróneas o acertadas, en los Estados Unidos. Transición rápida, como se ve, impulsada por la actividad bélica de los voluntarios, producto de la necesidad de escapar a otras semejantes tropelías.

Tal es la opinión de José de Armas y Céspedes en alguno de sus artículos publicados en *La Patria* de New Orleans, de Carlos del Castillo en su carta fechada en Londres el 28 de noviembre de 1875 y dirigida a Juan Bellido de Luna, director de *La Independencia,* de Nueva York, y de Ricardo Estevan en su folleto *Revista general de la situación de Cuba en los cinco años de guerra,* dado a luz en Nueva York en 1872.

Parece, sin embargo, que dichos comentadores de nuestros sucesos, seguramente por no formar parte del grupo de laborantes de La Habana, a que pertenecía Morales Lemus, no conocían los trabajos de aquél en sentido revolucionario, muy anteriores a la revolución de Yara, y a los que no era ajeno, pues que se le señala como su jefe, nuestro biografiado. Es cierto que la llamada Junta de la Habana, según nuestros datos, que aparece actuando en todas las conspiraciones de nuestro país hacia mediados del siglo XIX, no tenía una organización fija, determinada y permanente y que sus labores eran, más bien, las de cada uno de sus miembros, aisladamente considerados, que las de un organismo colectivo, guardándose el secreto en sus deliberaciones y la prudencia en su actuación, que son razones más que suficientes para que se desconozca su obra, como ocurre a los citados comentadores; pero no faltan datos ciertos que la explican y la enaltecen y de los cuales se deduce que su traslación casi íntegra a los Estados Unidos para

defender la revolución de Yara, constituyendo la Central de Cuba y Puerto Rico con Morales Lemus de presidente, no fué el producto del momento, la consecuencia del miedo, una escapatoria a los desmanes de los voluntarios, sino el efecto ineludible de su anterior labor, conscientemente buscado y anhelosamente querido desde que el fracaso de Pintó, desde el punto de vista anexionista, y de la Junta de Información, desde el punto de vista reformista, habían sintetizado el problema cubano en la siguiente fórmula: Revolución.

Lo que antecede, quizá más propio del final que del comienzo de nuestra disertación, debe servirnos, sin embargo, de punto de partida para su ulterior desarrollo tendiente a demostrar, como tesis general, que la vida de Morales Lemus en relación con los asuntos políticos de Cuba, presenta la más consciente actuación respecto de ellos y el más exacto conocimiento de los mismos; consecuencia de sus ideas siempre fijas en el bienestar de la patria.

De modo que no obra ocasionalmente, apasionadamente, sino con reflexión, conociendo las causas de sus actos, convencido de que ellos conspiran al bienestar de la patria. Si esto es así ¿cabe negarle patriotismo? ¿cabe negarle un puesto importante entre nuestros próceres?

La prueba de esas afirmaciones, si pensamos lógicamente como pensaba él—se encuentra en el curso de este escrito; la de su egoísmo, la de su oposición a los insurrectos, la de su falso auxilio a los mismos, en ninguna parte. Y es ésta una conclusión a que se llega con sólo comprender, en una ojeada, el desenvolvimiento armónico de su vida y, en ella, el ligamen causal de los acontecimientos, sin necesidad de que nos apasione su magnanimidad, porque liberta a sus esclavos; su arrogancia, porque desobedece a Lersundi; su energía, porque por la desgracia y por la edad cansado, como diría Quintana, (1) marcha a Norte América a trabajar sin descanso por la libertad de Cuba, para morir, desengañado y triste, sin ver cumplidas sus esperanzas.

Francisco Javier Cisneros en su folleto *La Verdad histórica so-*

---

(1) Carta de Morales Lemus a Miguel Aldama, fechada en Madrid el 27 de diciembre 1866, publicada en la *Revista de Historia Cubana y Americana,* de septiembre-octubre de 1916.

bre sucesos de Cuba, se encarga de refutar, con datos copiosísimos, la afirmación con que comienza nuestro estudio.

Desde marzo del 68 le encarga Morales Lemus recorrer la Isla a fin de conocer el estado de ánimo de sus habitantes respecto a la revolución; en noviembre, que se traslade a Nueva York para cooperar desde allí con la Junta de la Habana al auxilio de la insurrección, después que la prisión de Agustín Santa Rosa en Candelaria había hecho abortar el plan de levantamiento en Vuelta Abajo; el 12 de enero del 69 escribe a Carlos M. de Céspedes acerca de la misión pacifista de Armas, Tamayo y Rodríguez Correa, comisionados de Dulce, dando aliento a los insurrectos orientales que habían de recibir armas y municiones enviadas en la goleta "Mary Lowel". La actitud de Morales Lemus, como se ve, es francamente revolucionaria, no necesitando multiplicar los descargos para comprobar la inexactitud de la opinión contraria, mucho menos si en el folleto de Cisneros se encuentran numerosos y a plena satisfacción de quien los desee. Veremos, además, que no se trata de compensar la acusación con la defensa y hallar un margen favorable a nuestra tesis, sino de llegar lógicamente, estudiando su vida, a esta conclusión: Morales Lemus, en 1868, ve en el separatismo un ideal, lo cree probable y trabaja por alcanzarlo; es el *climax* de su evolución ideológica. Quizás no pierda de vista el anexionismo como una aspiración secundaria, como una salvaguardia de nuestra independencia; interna, visto el ejemplo de Hispanoamérica; externa, conocida la política de Norteamérica desde principios del siglo XIX.

II

ANEXION

No parecía destinado el que vino a la vida pobremente, casi arrojado como un náufrago en las costas de Gibara, a ser un jefe natural de sus contemporáneos, consultado, admirado, discutido, a tal extremo que concentra en su figura toda la historia política de Cuba en ese período de incertidumbre, de sombra y luz, cuyo comienzo puede verse en Narciso López y cuyo fin marca la genial audacia de Carlos Manuel de Céspedes.

Creció Morales Lemus al amparo de varios paisanos de sus padres, naturales de Canarias, triste y solo, sin otras perspectivas que "un cielo azul, un horizonte gris y andar, andar". (2) Así su vida corre paralela con la estrechez y el trabajo, hasta que uno de aquellos protectores, a quien administraba sus bienes—sin duda, porque méritos tendría para ello—le nombra su heredero, dándole la posición independiente que determinará, en su día, un centro motor de la política cubana y pondrá siempre a salvo su rectitud.

Recibido de abogado en Camagüey en 1835, adquiere pronto relieve su figura, pues que en el ejercicio profesional obtiene el prestigio y la estimación de que vivirá siempre rodeado. Por eso es el amigo de los españoles, ricos e influyentes, y de los cubanos, parias del régimen colonial, a quienes aspira a emancipar, como ya lo ha hecho con sus esclavos. Su posición económica y social no le rinde en las dulzuras de Capua; antes bien, parece que redobla su actividad. Labora tenazmente, en un sentido o en otro, por redimir a sus compatriotas.

Anexionista, reformista o separatista, según la viabilidad de estas ideas, su gestión siempre estará informada por este cuidado: los cubanos necesitan derechos, necesitan ser elevados a la categoría de ciudadanos, necesitan poner a tono la realidad con los principios políticos del siglo, desarrollar sus fuerzas individuales y colectivas, económicas y de otro linaje, libres de trabas y prejuicios, sin menoscabo de su dignidad ni detrimento de algo que ya se siente y presiente: la patria cubana. A lograrlo se encaminan los hombres de la época por distintas sendas que siempre coinciden en un lugar común: cambio de régimen. Morales Lemus es probablemente de esos hombres el que más interés ofrece a la consideración histórica.

Conocida es de todos la política de los Estados Unidos, casi desde su constitución, con respecto a Cuba. Expresada con fijeza en los mensajes de 1823, dirigido por Adams al ministro norteamericano en Madrid; de 1840, enviado por el secretario Forsyth al Encargado de negocios en la misma ciudad, y de Buchanan en 1848 con el mismo destino, iba siempre encaminada a la anexión de la Isla, a su mantenimiento bajo el poder de España mientras no

(2) Parodiamos a Bécquer.

fuese viable la anterior finalidad, o a su compra, como un medio hábil de no proceder abiertamente contra la ex metrópoli. Además, el principio básico y general de la política de aquella nación, la doctrina Monroe, ofrecía cierta justificación teórica para la obtención de aquel fin, aprovechando cualquier oportunidad que se presentara. Por otra parte, el poderío de la nación vecina cuya intervención—en un sentido o en otro—había de ser decisiva en los asuntos de Cuba; la admiración que sus instituciones políticas y su progreso creciente producían; la ninguna preparación del pueblo de Cuba para el gobierno propio; la complicación enorme que representaba el régimen esclavista, factor, a su vez, esencial en la política preconizada por los estados del Sur, fueron causas de la primera aspiración política, de probable éxito, que tuvieron nuestros compatriotas, la cual imponía, como una necesidad, la anexión a los Estados Unidos.

Desde luego, el régimen colonial constituía un factor permanente, pues que para librarse de él precisaba la unión con Norteamérica.

La concesión de facultades omnímodas a los Capitanes generales, la expulsión de los diputados cubanos de las Cortes españolas, el régimen excepcional aplicado a las colonias y, sobre todo, los gobiernos tiránicos y concupiscentes de Tacón, O'Donnell y Roncali, delinearon perfectamente la anexión a los Estados Unidos como un ideal.

En medio de esta corriente de opinión, dirigiéndola y encauzándola, se encuentra Morales Lemus.

Muy pronto el problema cubano se ofrece a su consideración; seguramente, lo estudia, lo medita, como hombre de gabinete, y se pronuncia por los oprimidos, lo cual no es poca cosa y suficiente para que hoy se le recuerde y se le admire.

En efecto, Morales Lemus tuvo, probablemente, el mejor bufete de su época; depositario de los intereses de muchos, en su mayor parte españoles; respetado y querido por éstos; ocupando una posición social de las más elevadas; gozando de la confianza de los capitanes generales; comprometido, por todas esas razones, y por su interés, en primer término, con el elemento gobernante, conservador e integrista, se dedica, sin embargo, a conspirar contra España, se mezcla en todas aquellas gestiones que puedan conducir

a una reforma en la administración, favorable a los nativos y perjudicial a los intereses que le están confiados. No es extraño, por tanto, que, desde el punto de vista español, los historiadores Pirala y Zaragoza y el Capitán general Domingo Dulce lo califiquen casi de traidor a la causa de España; de anónimo predicador, mediante la prensa, de sus ideales antiespañoles (3), de constante perturbador de los asuntos españoles en Cuba (4), de culpable del crimen de traición, porque se puede incluir entre los que

con solapada humildad y rastrera hipocresía demandaron derechos políticos como el único remedio a nuestras discordias y respondieron, cuando les fueron concedido, con providencial ingratitud,

según rezaba la proclama contestación de Dulce al manifiesto de la Junta de Nueva York, de primero de abril de 1869, firmado por Morales Lemus y Bassora.

La conspiración de Narciso López, fuerte movimiento anexionista, a pesar de lo que dijo Betancourt Cisneros en New Orleans (5), y de la carta de Juan M. Macías a Juan Bellido de Luna, responde ya a un estado de la opinión en la Isla; opinión consciente y reflexiva de la que participan todos los cubanos ilustres de la época, a cuyo frente podemos colocar a Morales Lemus.

El Sr. Guas, en su trabajo sobre Goicouría, ya citado, justifica plenamente, desde el punto de vista patriótico, aquella opinión, como lo ha hecho José Ignacio Rodríguez (6), en su conocido libro.

Nosotros, hace un momento, al señalar las causas de la opinión anexionista en Cuba, dejamos entrever una explicación racional, fundada en los hechos, a nuestro juicio, exacta, de la misma, que la comprende en los límites de la necesidad.

La independencia de las colonias españolas de América, a principios del siglo XIX, y la proclamación de la célebre doctrina Monroe, provocada por Jorge Canning (7), pero mantenida por los

(3) A. Pirala. "Historia de la Guerra de Cuba". Tomo I.

(4) Justo Zaragoza "Las Insurrecciones en Cuba". Tomo I.

(5) Véase el artículo de Manuel Sanguily "El Ideal Político de Narciso López", publicado en el Tomo IV de las *Hojas Literarias,* págs. 33 y sigtes.

(6) "Historia del origen etc. de la idea de la Anexión de Cuba a los E. U".—Habana 1900.

(7) F. García Calderón insiste en que los discursos de Henry Clay constituyen un antecedente preciso de la doctrina. Véase su trabajo publicado en CUBA CONTEMPORÁNEA.—T. XII, octubre, 1916, págs. 126-178.

Estados Unidos, son dos hechos que originan conjuntamente esta idea política respecto a los futuros destinos de Cuba: emancipación del poder español con la salvaguardia, con la protección—empleando esta palabra en un sentido no técnico—de los Estados Unidos (lo que al fin, ha sucedido).

Esa era la aspiración anexionista, esa la fórmula de independencia. Enrique Piñeyro lo dice con estas palabras: posibilidad de aplicar a Cuba la doctrina Monroe.

¿Por qué? Precisaría un estudio sociológico y de política internacional, interno y externo, que nosotros no podemos, por ahora, realizar, para contestar cumplidamente esa interrogación. La tesis general, sin embargo, puede resumirse en pocas palabras: porque las colonias españolas de América, después de cuatro siglos de opresión, necesitaban, a más de su emancipación por la guerra, su emancipación en la paz; porque la independencia de Suramérica no quedó completamente consumada en Ayacucho; porque

cierta tutela pesaba sobre las nuevas naciones, derivada de su debilidad, de la flojedad de sus vínculos de unión interna, de su incompleto proceso de nacionalización y estratificación; tutela, no por indirecta, menos apreciable y causa suficiente de peligros, de intranquilidad y de recelo por la suerte de sus futuros destinos (8).

El ejemplo de las nuevas naciones, donde imperaban la desorganización del régimen político, la lucha partidaria, el caciquismo, la dictadura, el desbarajuste administrativo y social, hacían prever una situación idéntica para las que se independizaran; mucho más si en ellas imperaba el régimen esclavista, como en Cuba, y existía una población heterogénea, de diversos sentimientos, ideales y aspiraciones que casi siempre sellaba con sangre la oposición irreducible entre dos bandos, españoles y cubanos.

Por otra parte, la Geografía y la política hacían buenas aquellas palabras de Adams:

Hay leyes de gravitación política como las hay de gravitación física: y así como una manzana separada de su árbol por la fuerza del viento, no puede, aunque quiera, dejar de caer en el suelo, así Cuba, una vez

---

(8) La tesis ha sido expuesta con cierta amplitud en un trabajo titulado "Emancipación Pacífica de la América Latina" que leímos en la sesión universitaria de la Sociedad Cubana de Derecho Internacional, correspondiente a su sesión anual de 1918. Puede verse en el Anuario de la misma, correspondiente a ese año.

separada de España y rota la conexión artificial que la liga con ella, e incapaz de sostenerse por sí sola, tiene que gravitar necesariamente hacia la Unión americana, y hacia ella va exclusivamente, mientras que a la Unión misma, en virtud de la propia ley, le será imposible dejar de admitirla en su seno;

mucho más si los gobernantes españoles exasperaban a los nativos con su arbitrario proceder, poniendo sus omnímodas facultades al servicio del mal.

Lo que antecede es la justificación y el fundamento objetivos de la anexión; subjetivamente, pudiera decirse, la materia ha sido tratada admirablemente por Rafael Guas, quizás condensada en esta fórmula: la anexión fué un medio y no un fin. Nos eximimos, por tanto, de abordar el asunto desde este punto de vista.

Ahora bien; siendo la verdad de los hechos como ha quedado expuesta, los cubanos que tuvieran conocimiento de ella, más o menos completo, debían pronunciarse, lógicamente, por la anexión. Así sucede con José Morales Lemus; pues su vida de estudio, de retraimiento, de gabinete (9), le había de dar, necesariamente, como antes indicábamos, un exacto conocimiento de nuestros asuntos y provocar una actuación consciente respecto de ellos.

El hecho de intervenir, en no pequeña escala, en la conspiración de Narciso López, en la de Pintó, de quien fué consejero, al decir de Piñeyro, parece comprobarlo.

Y como la situación indicada no desaparece en 1868, la gestión de Morales Lemus en Washington como representante del Gobierno de Cuba puede estar, en parte, informada por esas ideas, las que no le impiden, como pudiera suponerse y algunos creen, mantener con tesón la independencia absoluta, al extremo de precipitar su muerte la no realización de sus esperanzas.

La situación de hecho, objetiva, que hemos visto servir de fundamento a la idea anexionista, todavía no cambia en 1895, y son los mismos hechos posteriores a esa fecha los que abonan la exactitud de nuestra tesis. La situación subjetiva, en cambio, es muy distinta, pues no en balde la palabra persuasiva de José Martí habla a los cubanos de República con todos y para todos, cuando ya se define nuestro espíritu nacional.

---

(9) V. el trabajo de Piñeyro.

Pero, ¡oh lógica de los acontecimientos!, con la guerra de independencia fúndese la hispanoamericana y la bandera de las barras y las estrellas sustituye a la española en nuestra isla, y la constitución cubana se adiciona con la llamada Enmienda Platt. ¿Qué significa todo esto? No otra cosa que la aplicación a Cuba de la doctrina Monroe; no otra cosa que la salvaguardia, la protección—sin tecnicismo—a que debía ligarse nuestra independencia para no perecer; no otra cosa que la fórmula ingeniosa de un ilustre estadista para resolver un problema que agitó la política americana durante todo el siglo XIX, respetando los esfuerzos de nuestros guerreros, salvando el honor cubano, manteniendo los principios de la justicia internacional; es la fórmula, pudiéramos decir, de nuestra emancipación pacífica.

Ella no pudo ser prevista, porque fué producto de las circunstancias—quizás presión de Inglaterra, quizás magnanimidad de Roosevelt—, por los que aspiraban a la aplicación en Cuba de la doctrina Monroe, que no alcanzaron a ver fuera de la fórmula anexionista. Piñeyro lo dice expresamente refiriéndose a Morales Lemus, y el juicio es exacto respecto a los demás anexionistas cubanos. No trabajan, sin embargo, Morales Lemus y sus compañeros por la anexión en 1868, según veremos, aunque quizás, con conocimiento de causa, previeran la imposibilidad de evitarla y de mantener a Cuba independiente sin el apoyo de los Estados Unidos; creencia a que no eran ajenos los que entonces luchaban por la libertad en los campos de Cuba. Nosotros no podemos hacer un examen de la Enmienda Platt dentro de los límites de este trabajo; pero sí comprobar, como hemos dicho, que es una aplicación de la doctrina Monroe, una salvaguardia de nuestra independencia y una fórmula de nuestra emancipación pacífica, es decir, una aplicación práctica de las ideas preconizadas por los anexionistas cubanos, no en su forma más intensa de incorporación a los Estados Unidos, sino como una necesidad para mantener la independencia de Cuba.

Dentro de la amplitud que se le ha dado a la doctrina Monroe, comprendiendo en ella, puede decirse, toda la política americana, los Estados Unidos no tienen sólo el derecho de impedir toda intromisión europea en los asuntos americanos, sino de evitar que los países americanos provoquen esa intromisión, legitimándola y

haciendo imposible la aplicación de aquélla. Es esta la llamada política de vigilancia que se ejerce sobre aquellos estados americanos que no ofrecen una absoluta garantía, a juicio de los Estados Unidos, para el cumplimiento de sus deberes internacionales. Si alguno de ellos se negara, por ejemplo, a pagar sus deudas públicas, el cobro de ellas podría originar una ocupación parcial de su territorio, lo que violaría la doctrina Monroe. Por esto debe evitarse (tratamos el aspecto americano de la cuestión) que contraiga deudas

para el pago de cuyos intereses y amortización definitiva, después de cubiertos los gastos corrientes del gobierno, resulten inadecuados los ingresos ordinarios,

como es el caso de la Enmienda Platt, aplicación de la doctrina Monroe (10).

Que dicha enmienda es una salvaguardia de nuestra independencia, de nuestra organización política, apenas hay que demostrarlo. Ella provee directamente a su mantenimiento en los artículos 1 y 3, y prácticamente se ha comprobado la bondad de la misma a este respecto en las dos revoluciones que hemos tenido, pues sin ella nos hubiéramos aniquilado en luchas fratricidas, una vez roto el dique de nuestras pasiones. Es la Enmienda Platt una verdadera cláusula de garantía idéntica a la que existe en los diversos estados de la Unión en relación con el gobierno central, según la opinión de nuestro querido profesor de Derecho Administrativo.

Por último, la enmienda Platt es la fórmula de nuestra emancipación pacífica, porque expresa, en su conjunto, una serie de requisitos, de funciones de gobierno, que no poseemos y que por ese medio se nos suple, al propio tiempo que expresa la necesidad en que estamos de poseerlos para evitar que nos sean suministrados, para evitar una tutela, no por indirecta, menos apreciable. Si los cubanos lograran borrar esa necesidad, la Enmienda Platt caería por su base, porque se habría consumado nuestra emancipación pacífica. Por esto nuestro problema, hoy, es interno, de educación, de armonía política, de fortificación del es-

(10) V. nuestro trabajo antes citado.

píritu nacional, de paz permanente. Así se hace letra muerta de la Enmienda Platt.

La digresión que acabamos de hacer nos parece de todo punto necesaria para demostrar cómo los hechos actuales caen dentro del campo ideológico de los antiguos anexionistas. Son muy distintos de los que ellos previeron, pero son una consecuencia lógica de los antecedentes sociológicos y políticos, internos y externos, que obran en la independencia de Cuba; siendo cierto que el interés esclavista de los estados del Sur hacía ver a los anexionistas de entonces, como única solución del problema, la incorporación de Cuba a los Estados Unidos. Pronto veremos que al desaparecer ese interés con la victoria de los *yankees,* las aspiraciones cubanas evolucionan hacia el Reformismo (11).

Si lo dicho en este capítulo es verdad, él constituirá una justificación completa, basada escuetamente en los hechos, de los que prohijaron las empresas de Narciso López y de Pintó; concretamente, una alabanza merecida a José Morales Lemus, dentro del amplio círculo de sus actividades políticas.

III

REFORMISMO

Después del fracaso de Pintó, la política cubana sufrió un cambio, alimentado, a la sazón, por los gobernantes españoles Serrano y Dulce, que dió lugar a la formación del partido reformista, a las tareas de la Junta de Información y a un nuevo fracaso en definitiva.

El nuevo vigor que adquirió la idea anexionista en 1854, a causa de las tendencias abolicionistas de los progresistas españoles, acogidas por Pezuela en Cuba—teniendo en cuenta que era la esclavitud el factor esencial para la anexión—y que produjo la conspiración de Pintó, había desaparecido (12). La guerra de secesión fué como una señal para abandonar todo intento en ese

---

(11) Para muchos de los hombres de aquella época es un renacimiento de las ideas reformistas, que desde principios del siglo contaba numerosos adeptos. Véase la conferencia sobre La Junta de Información de 1866-67 pronunciada por Dn. Rafael Montoro en el Ateneo de la Habana y publicada en CUBA CONTEMPORÁNEA, número de junio de 1913, pág. 89.

(12) Trabajo de Piñeyro.

sentido. Los cubanos, descorazonados en cuanto al éxito de sus ideas anexionistas, dirigieron su política, siempre liberal, por el camino de las reformas. *El Siglo,* revivido por Morales Lemus y dirigido por Pozos Dulces, fué la floración magnífica de la nueva idea y su artículo de 25 de marzo de 1865, como todos sabéis, el germen del nuevo partido.

¿Era patriótica, era digna, era sabia la actitud reformista en la que se halló envuelto de lleno Morales Lemus? Desde luego que sí; y vamos a justificarla, como hemos hecho con la anexionista, para que ella sea un nuevo y sólido cimiento en el pedestal de gloria sobre que debe asentarse su personalidad.

La justificación en este caso ha de ser, más bien, subjetiva; pues que objetivamente reconoce las mismas causas internas que la anexión, y esta es, a su vez, una de ellas.

Los mismos peligros en que podría verse envuelta nuestra naciente independencia, ya señalados en el capítulo anterior, hicieron pensar a muchos que no era un rápido cambio en nuestro régimen, un solo paso de la colonia a la República, lo más conveniente para los intereses de la patria, sino que era necesaria una gradual evolución social y política, una abolición progresiva de las instituciones—la esclavitud por ejemplo—, una educación mayor en nuestro pueblo, para que éste adquiriera los elementos ineludibles de una nacionalidad estable y vigorosa. El camino para llegar a esta finalidad eran las reformas.

Además, algunos desconfiaban de los Estados Unidos y no veían en la anexión el remedio a nuestras desdichas ni el marco propio de nuestras libertades. Pensaban que con España y por España debían y podían obtenerse todas aquellas reformas que, lenta, pero incesantemente, conducirían a la independencia o a una autonomía lo suficientemente amplia para el desenvolvimiento libre de nuestra personalidad. De estas ideas, en toda su pureza, participaban, a nuestro juicio, José Antonio Saco, el Conde de Pozos Dulces y, especialmente, Nicolás Azcárate (13). Reformistas de menos fe en las reformas; reformistas separatistas, según el criterio de los

---

(13) Del citado trabajo de Montoro parece deducirse que el Conde de Pozos Dulces no era de los reformistas *puros* (pág. 106). Creemos, sin embargo, lo contrario, y un estudio concreto de la cuestión, probablemente, nos confirmaría en nuestra opinión.

historiadores españoles; reformistas que dudaban mucho de las concesiones que pudieran venir de España, eran, en primer término, Morales Lemus; José Manuel Mestre, quien no aspiraba en política más que a ser un soldado del anterior (14) y José Antonio Echeverría. Seguramente que estos últimos tenían razón en desconfiar de España, y los hechos vinieron a demostrarlo.

El reformismo, más que el anexionismo, era un medio y no un fin, y respondía mejor al espíritu nacional, entonces más español que cubano, laborando tanto por el bien de España como por el de Cuba. Fué una oportunidad magnífica de que pudo valerse la metrópoli para neutralizar, de un modo previo, todo intento revolucionario. No lo hizo así y el resultado fué la revolución del 68, primero, y la del 95 después.

Antes al contrario, al partido reformista se opuso el español sin condiciones, y a las campañas de *El Siglo* las del *Diario de la Marina,* que pidió para el gran periódico cubano la "hopa ensangrentada de los criminales" (15).

Los reformistas no desmayaron, a pesar de la oposición que encontraban, en sus peticiones, y dieron a sus contemporáneos un ejemplo de prudencia, de tacto, de tenacidad, de sabiduría política que preparó al país para la lucha temeraria y estoica de los diez años.

F. J. Cisneros, en su ya citado folleto, nos da una justificación de la aspiración reformista con estas bellas palabras:

Ningún hombre honrado debe avergonzarse de haber pedido para su país los derechos de que careciera; antes bien, debe vanagloriarse por no haberse detenido ante tan enojosa tarea en época en que nada se hacía por sacar al país del estado de abatimiento y desencanto a que lo llevaron los fracasos de Narciso López, Joaquín Agüero, Francisco Estrampes y Ramón Pintó.

---

(14) V. "Vida de José M. Mestre", por José Ignacio Rodríguez, publicada en La Habana en 1909.

(15) Debemos hacer una salvedad, a nuestro juicio, necesaria. En el curso de este trabajo se encuentran frases y citas, como la que acabamos de hacer, nada favorables para nuestros antiguos dominadores. Ellas deben retrotraerse a la época a que se refiere nuestro estudio, ya por fortuna bien hundida en el pasado. No son motivadas por el odio ni por el rencor, ni su finalidad consiste en herir sentimientos muy respetables; pues nosotros pensamos que hoy el interés de Cuba consiste en hacer de sus habitantes una población homogénea, de su suelo una nueva patria para los extranjeros y no una tierra de maldición.

En cuanto al reformismo que pudiera llamarse puro, él está expresado en estas palabras de Nicolás Azcárate: el pueblo cubano no está preparado para la independencia ni aun después de cinco generaciones que nos sucedan (16); y puede que no le faltara razón. La realidad presente es muy triste y ni aun el fantasma de la Enmienda Platt y sus posibles derivaciones, han impedido nuestras discordias.

Esa especie de reformismo probablemente se encuentre en los escritos de Saco—que no podemos ahora analizar—y subsiste hasta y después de la revolución. La célebre Junta del 24 de octubre de 1868 en el palacio de la Plaza de Armas y las reunidas en las moradas de José Valdés Fauli y del marqués de Campo Florido, lo demuestran. Por cierto que el hecho de haber asistido a la primera y a una de las últimas, ha servido para lanzar una acusación contra Morales Lemus, que pronto habremos de desvirtuar.

Carlos del Castillo en su carta de 28 de septiembre de 1874 dirigida a Juan Bellido de Luna, haciendo una crítica furibunda de las gestiones de la Junta de New York, dice:

> Al decir Junta me refiero a los que (como otro ha dicho) intentan alzarse con el santo y la limosna y recolectar para sí el diezmo y las primicias de la revolución que pugnaron por ahogar en su cuna... los que levantaron la bandera reformista con el lema de "todo por España y con España"... los que hará cinco años se reunieron un día en casa de... para acordar los términos del manifiesto que idearon publicar proclamando que ellos eran los únicos genuinos representantes del pueblo cubano y como tales condenaban y rechazaban las doctrinas perniciosas de *La Voz de América*, que aconsejaba la insurrección; los que por ese tiempo hicieron fracasar los planes de Quesada; los que después desahuciaron a Figueredo y trataron de desanimar al marqués de Santa Lucía; los que concurrieron a la memorable sesión del 24 de octubre en el palacio de Lersundi; los que a fines de enero de 1869 se congregaban en casa del marqués de Campo-Florido para pedir la autonomía con bandera española... los que impidieron el alzamiento de Occidente en los primeros días de la Revolución y han estorbado después que el Ejército Libertador recibiera los auxilios que sin ellos hubiera recibido...

Estas acusaciones, que van dirigidas, en primer término, contra Morales Lemus, no le alcanzan, sin embargo, como no dañan el

(16) V. Pirala. T. II.

prestigio de sus compañeros. A nosotros nos toca recogerlas en este capítulo en cuanto se refieren al reformismo de Morales.

Es un hecho que el llamado presidente de la Junta de La Habana acogió las reformas con poca fe, y, aun consciente de que ellas representaban una necesidad para la preparación política de nuestro pueblo, siempre desconfió de su éxito. Agotó todos los recursos de la paciencia dentro de esa orientación y no dejó de coadyuvar a su posible, aunque problemático éxito. Pensó que se debían agotar las vías amistosas, armónicas, para dar plena justificación a la guerra que se avecinaba, hasta llegar al convencimiento de si nuestro problema podía resolverse sin violencias, sin derramamiento de sangre, sin destruir nuestra riqueza. Llegó, como veremos en seguida, a convencerse de lo contrario y esto sirvió de base a su separatismo.

Enrique Piñeyro, su secretario en los Estados Unidos, cuyas palabras tienen el gran valor probatorio (valga el tecnicismo jurídico de que hacía uso días pasados mi querido amigo Enrique Larrondo) de provenir de un testigo presencial y que deben tenerse por muy ciertas cuando no se trata de ensalzar al biografiado, en lo que sí puede influir el apasionamiento, dice:

> Del artículo del 25 de marzo de 1865, surgió el partido reformista de cuya inutilidad para obtener los fines que perseguía, sabía Morales Lemus... Si el resultado era cual lo temía, serviría de último desengaño y justificaría ante el mundo cualquier acto posterior de desesperación.

En cuanto a la corriente de armonía hispano-cubana, que tan efusivamente se expresó en el banquete dado a Dn. Eduardo Asquerino, en esta ciudad, la que puede sintetizarse en la frase "todo por España y todo con España", y que significa, como dijimos antes, el lema del reformismo puro, para nada tiene que ver con Morales Lemus, pues éste no asistió al mismo (17).

En cuanto

> a los que hará cinco años se reunieron en casa de... para condenar la propaganda de *La Voz de América,* que aconsejaba la insurrección...

(17) Una minuciosa reseña de ese banquete puede verse en *Vida de J. M. Mestre.* Apéndices.

nada diremos concretamente, porque no hemos podido comprobar a qué reunión se refería el autor; pero es indudable que cinco años antes se reunía la Junta de Información—pues Castillo escribió esas palabras en 1871—(18). Llegamos, por tanto, a ese original episodio de nuestra Historia en el que tan importante papel hizo Morales Lemus.

¿Y cuál fué su actitud en la célebre Junta? Ah!, es otro sólido cimiento para el pedestal de su gloria.

Representó con Echeverría y Ruiz Belvis, al decir de Zaragoza y Pirala, la tendencia separatista de la información, en frente de los reformistas de buena fe: Azcárate, Pozos Dulces, Terry; quiere decir que se mostró más celoso defensor de los intereses cubanos—actitud estimada por los citados historiadores como separatista—que cualquier otro de los comisionados.

Protestó, al comenzar las sesiones, del sistema de interrogatorios, procurando que los cubanos abandonaran toda ulterior gestión; presentó un notable trabajo moción en 19 de febrero de 1867 en el que se contiene, al par que una protesta contra el decreto del 12 del mismo mes que creaba un impuesto directo del diez por ciento sobre la renta, cínicamente atribuído a los comisionados, una matemática demostración de los perjuicios que había de ocasionar. Absuelve el interrogatorio político con un proyecto de autonomía, que, (19) según expresión de Piñeyro, es muy superior al de 1897, y del que no podemos hacer ahora un minucioso estudio, como es nuestro deseo, porque este trabajo adquiriría proporciones enormes. Entrega, por último, para el ministro de Ultramar un *memorandum* en el que se permite dar consejos y hacer indicaciones al gobierno español respecto a lo que debe hacerse en Cuba, que es, a juicio de Dn. Justo Zaragoza, la última expresión de los impacientes por la independencia de Cuba, y al que acompaña un informe sobre la necesidad de dividir las haciendas comuneras (20).

Además, durante el período de la Información, Morales Lemus demuestra que sólo la admite por cubrir ese que pudiéramos llamar

(18) Así se dice en la citada carta.

(19) Todos los documentos citados pueden verse en la "Información sobre Reformas en Cuba y Pto. Rico" que aparece publicada en New York (aunque lo fué clandestinamente en La Habana) en 1867.

(20) V. la conferencia de Rafael Montoro.

trámite previo de la revolución, para justificar ésta; pues después del fracaso de la Junta no quedará otro recurso a los cubanos, y son muy pocos los que no se convencen de ello, que la guerra. Morales Lemus era un hombre prudente, de un carácter irresoluto y ya de bastante edad; tranquilo, reposado, conocidísimo en La Habana por todos los bandos, depositario de los intereses de muchos a quienes combatía; no era lógico, pues, que se pusiera abiertamente en contra de la corriente reformista; mucho menos cuando su deseo evidente era forzar la máquina de las concesiones españolas para desengañarse y desengañar a los demás que con la metrópoli no se iba a ninguna parte.

Su actitud en la Junta de Información, que ya hemos visto calificada de separatista y que tratamos de explicar suficientemente, parece comprobada por documentos fehacientes.

En la carta que escribió a Dn. Miguel Aldama en 28 de noviembre de 1867 desde Madrid (21) refiriéndose al proyecto de fundar un periódico en aquella ciudad, dice:

> De usted depende ahora, amigo, y de los demás buenos patricios de ahí, el que se realice este pensamiento si es que no lo encuentran desacertado. ¿Perderán ustedes el ánimo en los momentos decisivos? No lo creo, pues sé lo que aman a nuestra patria y que aun cuando quizá teman que nada logren aquí nuestros esfuerzos, comprenden que no debemos excusar ninguno para que se nos haga justicia. Así alejaremos de nosotros toda responsabilidad en las consecuencias que acaso traiga la inconcebible obstinación de los enemigos del bienestar y el progreso de Cuba.

En la de 11 de febrero de 1867 al mismo Aldama, dice:

> Comprendo que no siendo usted reformista de los puros, esto es, de los que esperan mucho de las referidas reformas, esté más dispuesto que otro a exasperarse, pero tenga usted en cuenta que a la mayor parte de los que aquí estamos nos sucede lo mismo y que, sin embargo, aquí hemos venido y aquí nos encontramos clamando a grito herido por reformas como si tuviéramos fe en ellas. No sé la opinión íntima de los demás: la mía ha sido siempre, usted lo sabe, que nada se obtendrá digno de tomarse en consideración y que quizá nos pondrán peor de lo que estamos a título de reforma; sin embargo, he abandonado mi modesto y pacífico hogar, mi familia, mis amigos y todo lo

(21) V. en el No. de julio-agosto de 1916 de la "Rev. de Hist. Cubana y Americana".

más caro al hombre, en edad ya provecta y debilitado por los achaques, para venir a buscar un capítulo más en la ya larga historia de nuestros desengaños. Se me dijo que así convenía a la santa causa de la patria y acepté sin titubear. Al llegar aquí creí comprometida la dignidad y hasta el bienestar de nuestro país por el modo con que se presentaron los interrogatorios y determiné renunciar para, o bien obligar al gobierno a que siguiese la marcha regular, o bien rechazar toda complicidad con aquella subversión del orden lógico y del orden establecido en el decreto convocatoria. Me dijeron los amigos que yo no tenía razón, que debía desistir y quedarme, y desistí y me quedé y aquí he estado, estoy y estaré sufriendo inmensos disgustos por las groserías e insultos de los antireformistas, y por el progresivo convencimiento de que nada bueno obtendremos en definitiva. Esto no lo recuerdo ni por recomendarme, ni por hacer cargos: una y otra cosa están muy fuera de su lugar en todos casos y mucho más dirigiéndome a usted. Lo digo sólo para comprobar hasta dónde llega mi convicción de que estamos en el período de la paciencia y que es preciso que todos la tengamos...

Otros datos pueden encontrarse en esas y otras dos cartas también a Aldama dirigidas (22) para comprobar nuestra opinión.

Si todo lo dicho no fuera bastante para ver en el reformista Morales Lemus un separatista, un revolucionario, y lo incluímos entre los reformistas puros, que tanto critica Castillo, él y sus compañeros no dejan de ser ejemplares patriotas cuando contestan en una de las sesiones, por el verbo elocuente de Nicolás Azcárate, a la petición de un viva a la reina, de esta guisa:

Cuando hayáis hecho justicia a nuestras reclamaciones, cuando nos hayáis equiparado en derechos a los demás españoles, cuando Cuba sea una provincia de la nación, liberalmente gobernada, como las demás, y no la mísera colonia humillada y maltratada, ese grito que ahora dais, brotará espontáneamente de nuestros corazones agradecidos. Mientras esto no suceda, en vano intentaréis que nos asociemos a él (23).

Estas palabras, dichas después de Yara, no valen nada; pero en la ocasión en que lo fueron, salvan el buen nombre de los reformistas.

Nos hemos alejado bastante, por lo que se ve, de aquellas palabras de Carlos del Castillo que veníamos comentando, pues la

(22) V. la misma Rev. de septiembre-octubre 1916 y la conferencia de Montoro en la que hace relación a la carta de Morales Lemus de 15 de marzo de 1869 y pone como ejemplo de la poca fe de Morales Lemus la supresión de *El Siglo*.

(23) V. Pirala. T. II.

Junta de Información lo requería, y nos precisa ahora volver a ellas, porque nos sirven de pauta para la exposición y justificación de las ideas reformistas de Morales Lemus, al par que refutamos acusaciones injustas.

Continúa, pues, Castillo refiriéndose a los que concurrieron el 24 de octubre a la reunión en el palacio de Lersundi, entre los que se encontraba Morales Lemus. Aparte de que la reunión no tiene la importancia que aquél y otros señores parecen concederle, pues surgió inesperada y espontáneamente, sin ninguna finalidad concreta, tal como se explica por José I. Rodríguez en su *Vida de J. M. Mestre;* en ella, más bien, se hizo alarde de separatismo que de otra cosa, por parte del elemento cubano, al extremo de que el capitán general comparó el lenguaje de Modet y Mestre al de los insurgentes de Yara y disolvió la reunión. En cuanto a Morales Lemus, su intervención fué extra-junta, para decir a Lersundi que las palabras de aquéllos no tenían el alcance que él les atribuía, a lo que replicó Lersundi que el remedio de aquello era que *El País* condenara la revolución. ¿Lo hizo acaso Morales Lemus, uno de los inspiradores de aquel periódico? Antes al contrario, con fecha 10 de octubre y, por consiguiente, sin que se supiera en La Habana el levantamiento de Yara, *El País* había publicado un suelto bajo este epígrafe: *Cada cosa en su lugar,* que rezaba así:

> Por lo que pueda importar, habremos de advertir al público que no hay un solo hecho por el cual pueda asentarse que *El País* sea un periódico reformista. Lo fué *El Siglo,* sólo en la época de las reformas; pero *El País* no lo es ni lo ha sido.

Y se nos ocurre preguntar ¿qué era entonces *El País*?

El propio Morales Lemus, en la carta que dirigió a Dn. Nicolás Azcárate desde New York, en 15 de mayo de 1869, disculpa involuntariamente, desde luego, porque estaba a mucha distancia de ella, sus gestiones en la Junta del 24 de octubre, cuando dice que por ellas se le llegó a amenazar, no con mucho embozo, de fusilamiento (24). Algún picante debían tener aquellas amonestaciones dirigidas al capitán general.

Y continúa Castillo acusando a los que en enero de 1869 se

---

(24) V. dicha carta en "Vida de J. M. Mestre". Apéndices.

reunieron en casa del marqués de Campo-Florido para pedir la autonomía con la bandera española.

Morales Lemus asistió a una de aquellas reuniones para exponer ideas tan avanzadas que hicieron abandonar al partido español todo intento de autonomía (25). De manera que aquellas reuniones le sirvieron para convencer a muchos de que ya la época de las reformas había pasado (26).

En cuanto a la frase "los que impidieron el alzamiento de Occidente en los primeros días de la revolución", ya hemos visto al comienzo cómo fué Morales Lemus, precisamente, el que preparó ese alzamiento y suministró con José Manuel Mestre los primeros elementos con que verificarlo.

Respecto a los otros cargos que se contienen en la epístola de Carlos del Castillo, son más bien para refutarlos en el Capítulo que sigue.

IV

SEPARATISMO

Hemos llegado a la última etapa de nuestro estudio; al través del mismo puede observarse aquella evolución normal de las ideas, aquel exacto conocimiento de nuestros asuntos, aquella consciente actuación, de que antes se hizo mérito, como cuadro general de la vida política de José Morales Lemus: Anexionismo primero, de 1836 a 1855, aproximadamente; reformismo (con poca fe) hasta 1867; separatismo, por último, como consecuencia lógica del fracaso de aquellas ideas. Nos toca, por tanto, comprobar la exactitud de nuestra tesis, en cuanto a la última fase de esa gradación.

Los datos aportados en los capítulos precedentes y la aplicación de la lógica a nuestro discurso, llevan sin más argumentos a la conclusión dicha.

Es indudable, nadie opina lo contrario, que después del fracaso de la Junta de Información, la revolución fué un hecho. Es,

(25) V. el citado folleto de F. J. Cisneros.

(26) Para comprobar este extremo, véanse las cartas de J. M. Mestre insertas en la penúltima de las obras citadas, en las que se explica su evolución del reformismo a la revolución.

como dice Piñeyro, el período de año y medio, gobernando Lersundi, de conspiración callada y de preparación para el recurso final de los despojados. Sería casi del género tonto pensar que Morales Lemus pudo sustraerse a ese movimiento; si bien la fecha exacta en que no sólo intervino en él, sino lo impulsó decididamente, se desconoce.

Parece cierto que en octubre de 1867, Pedro Figueredo vino a La Habana a solicitar su concurso para la revolución y Morales Lemus *no se mostró de acuerdo con su proyecto.* (Ténganse muy en cuenta estas palabras, porque expresan la verdad de los hechos.) Carlos del Castillo en su carta, ya vista; Cirilo Villaverde en un informe sobre *La revolución de Cuba vista desde New York,* publicado en aquella ciudad en 1869; Vidal Morales, en su *Biografía de Rafael Morales y González* afirman ese hecho; los dos primeros como prueba del españolismo de Morales Lemus y en el sentido de una negativa de auxilio pecuniario, de un estorbo a la revolución, ya en marcha; el último, en su verdadero sentido, como no aceptación de un plan revolucionario que no pasaba de ser un buen deseo, según sus palabras. Francisco J. Cisneros refuta ese cargo contra Morales Lemus diciendo que cuando Figueredo vino a La Habana no estaban constituídos los laborantes y que no pidió armas y dinero, sino propuso un plan revolucionario que no era viable. La acusación, como se ve, queda desvirtuada, aun cuando los hechos posteriores no vinieran a garantizar la actuación revolucionaria de Morales Lemus.

En efecto, aunque C. del Castillo diga lo contrario, Morales Lemus le brinda su entero concurso a Salvador Cisneros, animándole a la revolución para que dé alientos a los orientales y ofreciéndole el apoyo de los villareños. A éstos, representados por Miguel Jerónimo Gutiérrez y Eduardo Machado, les presta su concurso en tal forma que el levantamiento de las Villas queda subordinado a las órdenes de la Junta de La Habana (27).

Ya por entonces, dice Vidal Morales en su obra citada, Morales Lemus no pensaba como cuando Pedro Figueredo vino a solicitar su concurso. Sus evoluciones en *El Siglo* y todos sus actos posteriores revelaban que las cosas habían tomado un nuevo rumbo

---

(27) V. "Biografía de Miguel G. Gutiérrez", por Luis Marino Pérez. Habana 1912.

y que la conspiración había empezado a organizarse en La Habana. La Junta de laborantes aparece organizada en el mes de noviembre del 68 y es en su última reunión, el 8 de enero de 1869, cuando se acuerda la traslación a los Estados Unidos de Morales Lemus, echando a tierra la afirmación de algunos según la cual su viaje fué motivado por la amenaza de los voluntarios.

De sus gestiones para insurreccionar Vuelta Abajo y de su carta a Carlos Manuel de Céspedes deteniendo el pacifismo de Dulce, ya tenemos noticias.

En cuanto a los auxilios que prestara la Junta de La Habana a la insurrección, negados por algunos, basta recordar la expedición del general Quesada, que arribó a Cuba el 27 de diciembre de 1868 y en la que, a más de los auxilios económicos, se ofrecía a la Revolución la sangre generosa de más de ochenta jóvenes habaneros, de posición y de cultura, como Rafael Morales y González, los hermanos Betancourt, Antonio Zambrana, Joaquín de Ayestarán, Julio Sanguily, a quienes parecen dedicados estos versos con que termina una décima criolla,

son pocos, pero valientes,
porque cuando se equiparon
antes de embarcar, juraron
ver a Cuba independiente.

Su gestión en New York al frente de la Junta revolucionaria de Cuba y Puerto Rico y como representante del gobierno de Cuba, puede ser materia para un estudio más amplio y más extenso que el realizado hasta ahora por nosotros, tomando como punto central del mismo la figura de Morales Lemus.

En general, su obra es muy censurada sobre las bases de su ineptitud para el cargo, de sus antecedentes reformistas y anexionistas, de sus miras particulares.

Acusaciones abundantísimas se encuentran en las cartas de Carlos del Castillo dirigidas a Juan Bellido de Luna, de 28 de septiembre de 1874 y de igual fecha del 75, y a Carlos M. de Céspedes, de 17 de septiembre de 1869 (28); en alguno de los escritos del segundo de los nombrados, director de *La Independencia* de

(28) Puede verse en los Apéndices del Tomo II de Zaragoza.

Nueva York; en los ya citados de José de Armas; en el informe, también citado, de Cirilo Villaverde y en el folleto *Revista General de la Situación de Cuba en los cinco años de guerra,* publicado por Ricardo Estevan en Nueva York en 1872. Argumentos defensivos, también abundantes, y convincentes, se encuentran en los folletos de Francisco J. Cisneros a que tantas veces nos hemos referido; en el trabajo de Piñeyro; en el de José I. Rodríguez sobre José Manuel Mestre; en las cartas dirigidas desde Nueva York por el propio Morales Lemus con fechas 15 de mayo y agosto 29 de 1869, especialmente en esta última, a Nicolás Azcárate; y en los hechos y razones que llevamos expuestos en este trabajo. De un modo indirecto, en las obras generales de Historia de Cuba.

Sobre todo, no se trata, como antes dijimos, de contrabalancear la acusación con la defensa, sino de llegar a lógicas conclusiones después de establecer premisas de verdad inconmovibles.

Nosotros podríamos hacer una completa refutación de los cargos, más o menos directos, que se hacen a Morales Lemus como presidente de la Junta de New York y en su carácter de representante del gobierno de Céspedes, no muy graves, por cierto, pues que descansan en su negligencia, en su culpa, más que en su dolo; pero ello significaría darle una desproporcionada extensión a nuestro trabajo.

Una de las afirmaciones de Juan Bellido de Luna, contenida en la frase siguiente,

"los que se alzaron con el diezmo y las primicias de la revolución",

y quizás en alguna otra más grave, parece insinuar el manejo, en provecho propio, de los fondos de la Junta. Ella no tiene ninguna prueba en su abono, por lo que se reduce a una afirmación de las corrientemente llamadas gratuitas; existiendo, en cambio, pruebas evidentes del empleo de aquellos fondos (29) y antecedentes indudables de que no era Morales Lemus un hombre capaz de llegar a tales bajezas. Su posición económica le llevaba a contribuir pródigamente a los gastos de la insurrección y excluía toda posibilidad de que necesitara de ella para vivir. Su desin-

---

(29) V. "Relación documentada de cinco expediciones", por F. J. Cisneros. Nueva York, 1870.

terés es característico; abandona todos sus asuntos de bufete, todas sus relaciones en la Habana donde era abogado hasta de la marquesa de Santovenia, esposa del capitán general, para irse a New York; sus puestos oficiales los troca, por causa de sus manifestaciones, en una destitución y en un embargo completo de sus bienes y los de su esposa; siendo cierto que murió en esa situación, pudiendo haber recobrado su antigua preponderancia con sólo haber admitido las proposiciones de Becerra y los consejos de Azcárate.

Queremos recoger, además, las siguientes palabras de Cirilo Villaverde. Refiriéndose a los que integraban la Junta de Nueva York, dice:

> Ellos, al contrario, legítimos representantes del principio conservador de todos los pueblos, no son hoy sino el núcleo de un partido que a su debido tiempo se desarrollará en Cuba (alguien ha escrito al margen, esta palabra: autonomista) porque ese es el partido congénito con los movimientos políticos de América..., el que hizo la guerra al general Narciso López y desbarató todos sus planes revolucionarios; en suma, el que trabaja por la anexión de Cuba a los Estados Unidos.

Villaverde censura en este folleto lo que alguien califica, al margen del mismo, de inocencia cubana al confiar en los Estados Unidos; pero él, a su vez, peca de inocente.

Aparte de que, como veremos después, la actuación de Morales Lemus en los Estados Unidos tiene por finalidad la independencia, él no desconoce, como probablemente ninguno de los revolucionarios de la época, aquellas condiciones objetivas, ya señaladas, dentro de las cuales el pueblo cubano luchaba por su redención. El no dejaba de ver, como todos los revolucionarios, conscientes de la situación, que sin el apoyo de los Estados Unidos era muy difícil el triunfo de la insurrección. Quizás estuviera equivocado, porque, según dice el propio Villaverde...

> ...a pesar de que desde el año 24 han sacrificado (los Estados Unidos) nuestras más caras y legítimas esperanzas a sus miras egoístas e inhumanas, aquí es adonde venimos a buscar ayuda y protección, a poner en sus manos la suerte de la patria.

Pero es indudable que esa equivocación la sufrieron muchos y que ella puede ser más desde un punto de vista ideal que real. No hay más que recordar la Geografía y la Historia de Cuba en

relación con los Estados Unidos y conocer el Apéndice de nuestra constitución actual para darse cuenta de ello.

Además, ya hemos indicado que el separatismo de los revolucionarios del 68 no es absoluto como en el 95, sino que tiene en cuenta la anexión como algo, desde luego, secundario, impuesto por la necesidad. Los hombres del 95 no vislumbraban esa realidad; pero ella al fin se impuso en esa fórmula ingeniosa de la Enmienda Platt, que por no ser, en el fondo, sino una cláusula de garantía para nuestra nacionalidad, no hiere nuestros sentimientos con la intensidad de una fórmula anexionista.

Sabido es que ni los mismos hombres que peleaban en los campos de batalla del 68 escaparon a la tendencia anexionista—ya se ha dicho—como un medio de derrocar el poder español.

La carta de Céspedes a José Valiente, de 3 de enero de 1869 y la que más tarde dirigiera a Grant, en sentido anexionista (30); las dirigidas al mismo Grant y a Mr. Banks por la Asamblea del Centro (31), y el acuerdo de la Asamblea de Guáimaro, después del brillante discurso de Zambrana, aun cuando obedeciera a las causas que señala el gran patriota Fernando Figueredo Socarrás, lo comprueban. Esto no puede disminuir, en lo más mínimo, la gloria de aquellos patriotas ni empañar sus ideales de libertad. Ellos aspiraban a la independencia absoluta, cuanto más absoluta mejor; pero, a veces, comprendieron—y nótese que aquella revolución fué hecha por la población ilustrada del país—que sus ideales tenían un límite en la necesidad y no estaban en el caso de desdeñar el medio de satisfacerla, o sea, de arrojar a los españoles de Cuba. En cuanto a Morales Lemus, veamos, a grandes rasgos, cuál fué su manera de proceder.

A poco de trasladarse a New York, y a más de prestar los auxilios que Francisco J. Cisneros comprueba documentalmente (32), se dedica a gestionar del gobierno de Washington el reconocimiento de beligerancia para los cubanos. Se relacionó, mediante Domingo Ruiz—lo que para algunos significa que el esfuerzo allí realizado se debe a éste—con Hamilton Fish, secretario de Estado, y Grant, y, mediante su médico el Dr. Bliss, con John

(30) V. el libro sobre la anexión, de José I. Rodríguez.
(31) V. "Biografía de Mig. J. Gutiérrez", por L. M. Pérez.
(32) V. "Relación de cinco expediciones".

Rawlins, Secretario de la Guerra. De la influencia de ambos Secretarios en el Gabinete y de sus intenciones respecto a la cuestión de Cuba, nos informan diversos autores.

El primeramente nombrado, hace suyo el viejo proyecto de la compra de Cuba, revivido después de la guerra de secesión; y el segundo aboga por la independencia de esta isla con un fervor y un entusiasmo tan intensos como el del primero de nuestros patriotas.

La intención del primero llega a conocimiento de Morales Lemus desnaturalizada por la voluntad del mismo Fish, por lo que el primer ministro de la República en los Estados Unidos encontraba el ambiente muy propicio para el logro de sus deseos, teniendo en cuenta que la opinión del pueblo norteamericano era favorable a nuestra causa y que el mismo Grant en la primera entrevista que con él celebrara le dijo:

> Manteneos durante algún tiempo y obtendréis mucho más de lo que pedís.

Morales Lemus creía, por tanto, obtener la independencia completa para Cuba. Tan cierto es esto que Cirilo Villaverde, de cuyas críticas desfavorables ya nos hemos percatado, dice que

> Morales Lemus estaba convencido del éxito de la negociación de la venta (a Cuba, se entiende), porque si España se negaba a tratar, los Estados Unidos reconocerían la independencia y así decía que en diciembre estaríamos en Cuba comiendo lechón tostado y buñuelos... de viento.

Después agrega que ya en octubre Morales Lemus se ha dado cuenta del engaño de que ha sido víctima y dicen que exclama: "El general Grant me ha engañado como a un negro". Después dice que Morales Lemus no obra de acuerdo con las instrucciones de Céspedes, sino con sus miras particulares, y es lo cierto que dichas instrucciones consistían en procurar obtener

> no sólo el reconocimiento de la independencia, sino todos los auxilios morales y materiales que condujesen *a librar a Cuba del dominio español y llevar a rápido término la guerra* (33).

---

(33) V. Pirala. T. I.

Efectivamente, Fish engañó al representante de Céspedes pues nunca le expuso el plan en toda su integridad, sino como algo ajeno a la intervención de los Estados Unidos. Las proposiciones que le presentó para ser enviadas a Madrid, decían:

I.—España reconocerá la independencia de la isla de Cuba. II.—*Cuba* pagará a España en la forma y plazos que se acuerden, una suma equivalente al definitivo y completo abandono por parte de la segunda de todos sus derechos sobre la isla, incluyendo propiedades públicas de toda especie. Si Cuba no pudiere pagar la suma al contado, de una vez, los plazos futuros y sus intereses se asegurarán en los productos de las aduanas, conforme al convenio que acuerden las partes. III.—La abolición de la esclavitud en la isla de Cuba. IV.—Un armisticio durante las negociaciones.

En ellas no aparece la garantía que debían dar a la negociación los Estados Unidos, al parecer ocultada intencionalmente por Fish, después que había reforzado su actitud hipócrita no dejando salir las carboneras españolas que se hallaban en Nueva York, por no estorbar la insurrección, según declaró *The Herald,* y mostrádose en un todo inocente de la prisión ordenada contra los miembros de la Junta, a instancias del ministro español y díchole—a Morales Lemus—que la mediación era un medio para el reconocimiento.

Al propio tiempo la actitud de Rawlins parecía garantizar a Morales Lemus el reconocimiento de la independencia de Cuba.

Aquel gran amigo de los cubanos logró que la cancillería americana llegara a redactar la proclama reconociendo la independencia de Cuba (34), la que no llegó a promulgarse por la muerte de su instigador. Es probable que a esos proyectos de Rawlins, dada su influencia con Grant, se debiera el que Hamilton Fish planteara a Morales Lemus el asunto sin mencionar para nada los Estados Unidos.

Tan sincero era el afecto de Rawlins hacia Cuba, no dando lugar a dudas respecto de sus intenciones, que sus palabras al morir fueron dedicadas a este país. Dirigiéndose a Mr. Creswel, ministro de Correos, le dice:

Recomiendo a usted la pobre y martirizada Cuba. Permanezca usted siempre en favor de los cubanos. Cuba debe ser libre y su tiránico

(34) V. "Vida de J. M. Mestre", la obra de Pirala y el trabajo de Piñeyro, ya citados.

enemigo debe ser lanzado de su suelo. Nuestro país tiene sobre sí esa responsabilidad.

Era lógico que Morales dijera las palabras de regocijo que le atribuye Cirilo Villaverde, al propio tiempo que la Junta declaraba absurda la venta de Cuba por España cuando gran parte del territorio de aquélla estaba bajo el control de los insurrectos reconocidos por varios países (35).

No cabe dudar de esas convicciones de Morales Lemus respecto al porvenir de Cuba, cuando él mismo lo declara en carta que le dirige a Nicolás Azcárate, fechada en Nueva York el 29 de agosto de 1869, en la que se expresa así, contestando a las proposiciones de autonomía hechas por Becerra:

> Me participa usted que el Ministro de Ultramar estaría dispuesto a dar a Cuba toda la autonomía del Canadá, si los cubanos aceptasen tal arreglo y partiese de ellos la iniciativa, y me consulta mi opinión imparcial... es imposible todo arreglo que no esté basado en el reconocimiento de la independencia de Cuba... el reconocimiento de la independencia de la isla es hoy el único camino que puede conducir al restablecimiento de la paz... No puede haber paz duradera en nuestra patria hasta que Cuba no sea gobernada *exclusivamente* por los cubanos.

Sabido es que el desengaño sufrido a manos de Fish, las discordias entre los mismos emigrados, que confirmaban a Mestre en su anexionismo, el mensaje de Grant de 13 de junio de 1870, el derrumbe de sus esperanzas, le llevaron a la tumba el 28 de ese mes, después que enfermó de cuerpo y espíritu, por la tristeza y por la edad cansado, iba, sin embargo, a despecho del agua y de la nieve, de casa en casa recolectando dinero para auxiliar a sus hermanos de Cuba.

Murió cuando llegaba a sus oídos la calumnia odiosa y la lucha se entronizaba en el seno de la emigración. Hubiera podido exclamar como el genio del Renacimiento:

> *"Mentre che'l danno e la vergogna dura,*
> *non veder, non sentir ne gran ventura"...*

ALBERTO BLANCO.

---

(35) Pirala. T. I.

Joven, culto, estudioso, es el Dr. Alberto Blanco uno de los más distinguidos representantes de esa porción de la juventud cubana de cuya labor tanto espera, para bien de la patria, el Dr. Sánchez de Bustamante, como hubo de decirlo en reciente y memorable brindis.

Desde la docta tribuna del Ateneo de La Habana, dió a conocer el joven abogado esta interesante y bien documentada conferencia, en la cual se estudia uno de los más brillantes caracteres de la pasada generación: José Morales Lemus, figura de las más prestigiosas de nuestro mundo revolucionario.

Cuba Contemporánea hace llegar hasta el Sr. Blanco las más expresivas gracias por su envío.

CON EL ESLABON

Tercer apéndice

LOS enemigos de Apuleyo, el del Asno, le echaban en cara su afición a mirarse al espejo. Sin duda el maleante escritor se parecería bien a sí mismo. ¿Quieren decirme esos catones majaderos, quién no? El más humilde, en las entretelas de su corazón, encuentra algo que admirarse. Sentado en su muladar, cualquier Job del yermo, que no hablaba sino con las golondrinas, se tenía por un Adonis espiritual.

*

La tiranía de las reglas de buena sociedad me impide hablar de mí mismo a los otros. Dura mordaza. Así me condena a la chismografía. O a escribir mis memorias.

*

El que dijo a un descontentadizo, ante la Helena de Zeuxis: "Mírala, con mis ojos, y te parecerá divina", ése, formuló la regla única, inapelable y definitiva de toda crítica.

*

¡Lo que vale un adjetivo! Los críticos de la historia eclesiástica hablan a cada paso, con cierta amable condescendencia, de fraudes piadosos. Son robos discretos, en que lo ágilmente escamoteado no es sino la verdad.

*

Hay un océano sin límites, ni fondo conocidos, que bucea sin cesar la credulidad humana: lo pasado.

*

Lamartine, tratando de un poema de Laprade, no sé si por alabarlo o criticarlo, lo califica de metafísico. Desde luego, no toda poesía, ni lo mejor de la poesía, se mete en esas honduras; pero lo mejòr de la metafísica ¿qué es sino poesía?

—¿Y lo peor?

—Majadería.

*

Nada tan terrible en el hombre como su facultad de inventar frases, que sirven de frontispicio afiligranado a su ferocidad nativa. ¿Hay antífrasis comparable a ésta: las *leyes* de la guerra?

*

¡La verdad! No existe la verdad. Existen mi verdad, tu verdad, su verdad. Y debemos temblar, con temblor de muerte, al reconocerlo.

*

La ociosidad es un veneno lento, pero seguro. Vale más coleccionar sellos usados, monedas viejas o piedras de rayo, que desenmarañar la madeja infinita de las horas en blanco.

*

Cuenta Aulo Gelio que habiendo vencido a Menandro en varios concursos su rival Filemón, por medios subterráneos muy sutiles, que todavía no han caído en desuso, el perdidoso soltó un día al ganancioso esta pulla: cuando tú me ganas, ¿no te pones colorado? *quum me vincis, non erubescis?*

Hábil poeta sería el buen Menandro, pero se acreditó de bien pobre psicólogo. Ni entonces, ni después, ni ahora se ha corrido, ni se corre el que gana. El que pierde sí se corre, y lo corren.

*

El viejo sacerdote que trataba, cuando era yo niño, de poner a mi alcance los misterios de la fe, se hacía tres pliegues en la

sotana, y me decía: ¿Ves? son tres pliegues y es una sola tela; así mismo son tres dioses y es un solo dios. Yo lo miraba muy serio, y no entendía palabra.

He leído después muchas sutiles explicaciones de lo inexplicable; y me he acordado siempre del buen hombre, de su sotana y de mi seriedad, y he seguido en mi supina ignorancia.

*

No os destrocéis, grita un bien intencionado; llamad por juez del campo al derecho.

—Y ¿en qué consiste el derecho? pregunta un nuevo Pilatos.

—En dar a cada uno lo que es suyo.

—Pues *aquí finca el punto.* Que tú reconozcas como mío lo que yo tengo por tal. Porque, hasta ahora, tú aflojas cuando yo estiro y estiras cuando yo aflojo.

*

El gran cardumen de nuestros periódicos trae muchas ventajas, mas, para las letras, una positiva desventaja. Difícil era que un periodista tuviese tiempo de ser literato; pero a estas alturas, el repórter, ayuno de toda literatura, va acabando con el periodista. *Figaro ici, Figaro lá,* y Fígaro triunfa en toda la línea.

*

Leibniz me parece a ratos cándido o que se hace tal. El extracto concentrado de su famosa Teodicea se reduce a afirmar que la bondad divina no sufre menoscabo con la existencia del mal, pues de éste puede resultar y resulta muchas veces mayor bien. Gran consuelo, desde luego, para la víctima del mal menor, de donde ha de derivar su vecino o su descendiente, o el descendiente de su descendiente, un bien sumo.

—Pero ¿qué quieres, cazador de gollerías? ¿qué no exista el mal?

—No quiero nada; sino que no pretendan que bailemos como peonzas, después de apaleados como paño de batán.

*

No tienen fama de agudos los holandeses, y no pasan por imaginativos los comerciantes, sean de los Países Bajos o de los altos; pero no conozco rasgo de imaginación más agudo que el de un comerciante holandés del siglo diez y siete, quien, como muestra de su tienda, hizo pintar un cementerio, y encima el rótulo "A la paz perpetua."

*

¡La papisa Juana! ¿No conoces la historia de esta fábula? Pues es la historia de todas las historias. Unos la echaron por el mundo, otros contradijeron a los primeros, vinieron luego quienes se opusieron a los otros, ésos fueron rectificados, y al fin apareció un poeta, Casti, que ha hecho vivir en sus versos maliciosos a la

viril giovanna,
Che s'assise di Pier sovra la scranna.

*

Admiremos el candor del bueno de Leibniz; su dios permite el mal, sin quererlo. Esto me recuerda al chicuelo de mi vecino, el cual hace una trastada, y luego grita: fué sin querer, papá, fué sin querer.

*

Estoy contemplando, grabado por supuesto, el monumento verdaderamente artístico que han erigido los franceses "a la gloria de sus muertos". Y no sé si indignarme o lastimarme por esta glorificación anónima, con la cual se sienten tan satisfechos y descansados los vivos.

*

Después de la guerra, dijo Mr. Wilson, algo magistralmente, al rey Jorge: "Todos hemos empleado grandes palabras; ahora no sólo debemos comprender su significado, sino obrar en consecuencia."

No es pequeña ilusión la de este rector y pastor de hombres. Porque todos, grandes y pequeños, nos pasamos la vida tratando

de atrapar el sentido de las palabras, lo más flúido de la tierra, y de proceder según su tenor. Y no lo logramos; porque el resorte que nos mueve no está en la inteligencia, sino en el corazón.

*

Hemos descubierto, es decir, han descubierto que Voltaire es un pensador muy superficial. El doctor Pangloss sí se va a fondo. Y allá se queda.

*

Me hacen sonreir los inocentes artificios de que se vale el ingenioso M. Maeterlinck, para insinuar que podríamos creer en los espíritus. "No sabemos con certeza, pero por ciertos indicios, hay esperanzas de saber." Muy bien; pues aguardemos a que esos indicios se desprendan de su fluidez, y se concreten en pruebas.

*

Una excursión por el enmarañado laberinto de las discusiones teológicas, en los buenos tiempos en que éstas privaban, lo deja a uno estupefacto. En uno de los siglos más luminosos de la historia, Lutero, por ejemplo, en su libro sobre el siervo arbitrio, afirma acerca de la potestad divina de condenar a los inocentes, *inmeritos,* cosas tan estupendas, que dejan pequeñito el *certum est, quia impossibile* de Tertuliano.

*

La fe, según la teología: la facultad de digerir lo absurdo.

*

¡La *chicane!* ¿No arrasa esta plaga sino con los legistas? Léanse las inacabables disertaciones de los filósofos teologizantes, como Leibniz y Bayle, y ya se verá lo que es sutilizar y embrollar con la punta de aguja de las palabras.

*

—Si el hombre no es libre, no es culpable; si no es culpable, no lo debes castigar.

—Escrupulosillo andas. Y ¿por qué castigas con freno, espuela y látigo a tu caballo? ¿de qué lo culpas?

—No confundamos. Del caballo al hombre...

—No te escabullas. ¿De qué lo culpas?

—No lo culpo, lo adiestro.

—Pues así tratas de adiestrar al caballo hombre, para que tire del carro o la carreta social.

*

La inextricable selva de las herejías, tanta inconcebible sutileza, tan pueriles distingos, causarían asombro y risa, si no se pensara luego con espanto en la ferocidad implacable con que cada ortodoxia se ha empapado de sangre por esas minucias. El hombre, inquisidor nato.

*

Derramar sangre, ¿eso te asusta? ¿Pues no hemos convenido en que el superhombre del siglo veinte no se ha de parar en tales fruslerías? Se ahorra la sangre en las operaciones quirúrgicas, pero no en las operaciones sociales.

*

Habla un optimista:

—Este mundo es menos que una gota en el océano del universo. Tú, hombre, menos que una brizna en la plenitud del mundo. Fracción infinitesimal de átomo, ¿de qué te quejas?

—De que *mi* dolor *me* duele, como si yo fuera un entero inconmensurable.

*

No se mueve la hoja sin la voluntad divina.

¿Y la lengüecilla de la víbora?

*

Vive un quídam muchos años consigo mismo; se conoce por fuera; mal o bien, antes mal que bien, se conoce por dentro; y, con todo eso, resulta testigo deslumbrado y juez distraído de sí propio seis veces en diez. Pues este tal cree conocer al dedillo

a Napoleón, a Federico II, a Carlos V, a Carlomagno, a Julio César, y, si lo dejan, a Nabucodonosor y hasta a Nemrod. ¡Saludemos a la omnisciente ilusión!

*

Los antiguos casuistas nos previenen contra el juicio temerario. Llaman tal a aquel en que juzgamos al prójimo sin verdaderas pruebas. De donde concluyo que todos nuestros juicios morales son temerarios.

*

Dios: la mullida almohada de nuestra ignorancia.

*

Gregorio de Rimini, general de los agustinos, fué apodado el verdugo de los niños, *tortor infantum;* no porque el buen padre se aplicara amablemente a torcerles el pescuezo, sino porque creía, con el bondadoso San Agustín, que los niños muertos sin bautismo van a zabullirse en las ardientes pailas de Pedro Botero. Benditas almas, el general y el obispo, que no debían hacer muy dulce la vida a los talluditos, súbditos suyos.

*

Santa Brígida puso orden en ese desaguisado de los agustinos, probándonos, con sus revelaciones, la existencia del limbo. Respiren los pobrecitos, salvados de las llamas por el corazón maternal de la monja princesa.

*

Dice el optimista, recogiendo los labios: "No me hables de este mundo, que es un granito de arena." Y luego, hinchando los carrillos: "En la plenitud del universo es donde resplandece la bondad infinita de su creador." Y el microbio en el granito cierra los ojillos beatíficamente.

*

Atomo, hay que mirar las cosas en grande, decía muy orondo el gran Leibniz.

*

En la mente de ciertos filósofos andan a trompicones la presciencia y la omnipotencia divinas con la libertad humana; y para concertarlas tienen que apabullar a las unas o a la otra.

*

¡Qué trabajo le cuesta al hombre estudioso digerir el *ignorabimus* del francote Du Bois-Reymond! Bueno; pues dejemos el futuro, y contentémonos con confesar hoy: *ignoramus.*

—Y ¿mañana?

—Podremos repetir el mismo acto de contrición.

*

"No veas, no oigas, no digas lo malo", proclaman los tres monos sabios, encima de la puerta del templo de Jysyasu.

Muy cuerdo el consejo; digno de un sabio que no sea mono. Pero... ¿qué es lo malo? ¿No cambia de frontera a frontera, y hasta de hombre a hombre?

*

Contra el desbocamiento de los metafísicos no hay freno mental como el *aguanta* de los pirronianos. Que es gran retranca, aun fuera del campo de la especulación. Una parada en firme nos ahorra descalabraduras.

*

Lo desconocido está allí, a pocos pasos; te ronda, te acecha. En vano le opones la regularidad cronométrica de tu vida; en vano te encoges, recortas tus deseos. Llega el momento, y zas; te atrapa en su ratonera invisible y trituradora.

*

El untuoso Leibniz quiere que la historia y la poesía sirvan de consuno para llevarnos a la virtud y apartarnos del vicio. Esta historia *ad usum Delphini,* va muy bien ayuntada con esa poesía *ad usum scholæ.*

*

Los teólogos y sus primos los filósofos son de lo más campechano. Tratan a su dios de tú por tú, y leen de corrida en lo más

recóndito de su pensamiento. Cómo se conoce que ellos mismos ponen los sellos y los quitan!

*

Las palabras más penetrantes, las decisivas, sobre todas las discusiones y su sustancia, las pronunció Hamlet: palabras, palabras, palabras...

*

Llamamos filosofía el arte de paralogizar.

—Bien. Y ¿a qué llamas paralogizar?

—A inflar las palabras, como pompas de jabón, translúcidas, frágiles e irisadas.

*

Entretenimientos y rompecabezas ultrafilosóficos: casar y concertar los atributos de la divinidad, cuadrar el círculo, probar la unidad de la especie humana, dar con el primer móvil, realizar el movimiento perpetuo, y los que caigan.

*

¡O fuerza del juramento! Cardan, ya viejo, juraba que no se cambiaría por ningún jóven. ¿Hay quien se permita dudarlo? Pero seguro estoy de que, sin juramento, ningún joven se cambiaba por Cardan.

*

Madrastra llama Plinio a la madre natura. No falta quien se indigne. Como si la madraza más blanda no tuviera sus cuartos de hora de aspereza. Y con el geniecito que se gasta la buena señora!

*

"Parece escrito para hoy", exclama un cándido, leyendo las declamaciones de un antiguo contra las picardías de su tiempo. Desde luego, amigo, para ayer, para hoy y para mañana. La forma cambia, pero el fondo subsiste. Y el fondo es pésimo. Algo contundente, moliente o aplastante.

*

Qué discurso tan patriótico y qué orador tan poco patriota. Qué fuego en el Sinaí de la tribuna, qué témpano de hielo abajo. Me recuerda lo que solía decirse de los Fray Gerundios de antaño, todo eso es *per la predica.*

*

¡Lo que sabían los teólogos! El célebre Fechtius, de Rostock, escribió un libro sobre el estado de los réprobos, donde los atenacea hasta lo infinito con celo infinito. No hay remisión, viene a decir; cuando el pecador muere, Dios cierra la puerta de la gracia, pero no la de la justicia. Fechtius, naturalmente, se consideraba por lo menos acólito del portero, y conocía cuanto pasaba de puertas adentro.

*

Los cristianos echan en cara a los mahometanos las inepcias del Corán; los mahometanos zahieren a los cristianos por los absurdos de la Bíblia. Y este fuego graneado se repite desde los demás campos de sectarios. Como si cada fiel no leyese el texto de sus libros santos a la luz de su deseo y con los espejuelos de su imaginación.

*

¡El tribunal de la historia! Tal vez Schiller lo conocería, él que lo llamó así. Aunque todo bien pesado, nosotros lo conocemos también: sus jueces son los siete durmientes, soñando en alta voz.

*

En los juicios de cada hombre se resume su vida. Su círculo mental tiene el mismo radio de su experiencia.

*

La moral ¡ay! no es un traje hecho, a pesar de exhibirla en sus escaparates los moralistas. Cada cual se corta la suya. Los unos, los más, muy ancha; los otros muy estrecha. Y a todos parece mal la que viste el vecino.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Dic. 1919.

RELACIONES DIPLOMATICAS DE COLOMBIA Y ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA DE INDEPENDENCIA

LOS distintos gobiernos seccionales que surgieron en el territorio de la actual República de Colombia, no pensaron, en el primer momento de la revolución emancipadora, en enviar agentes diplomáticos a gestionar ante las naciones del mundo la aceptación de la independencia que perseguían. Quizá la circunstancia de ser la capital de la colonia una ciudad mediterránea, apartada de las corrientes internacionales por centenares de leguas de un camino dificultoso y agrio, desvió las miradas de nuestros primeros gobernantes de cuestiones de tanto monto en la sociedad y vida de los estados. La desorganización y debilidad en que se mantuvieron todos los gobiernos generales del antiguo Reino hasta la llegada del Pacificador que volvió el territorio a la antigua sujeción, y las terribles guerras que se vieron precisados a sostener contra Cundinamarca ávida de absorber en su poderosa vitalidad el resto del país, fueron otras tantas causas para apartar del exterior la atención de los poderes públicos federales de la Nueva Granada. Algunas comisiones en busca de elementos de guerra y el envío de comisionados al Congreso de Chatillón, donde no se les oyó por cierto, fué todo lo más que se hizo en materia de relaciones exteriores en el período conocido con el característico nombre de la *Patria Boba.* Las relaciones diplomáticas de Colombia nacen, pues, en nuestro país con el triunfo de Boyacá.

En lo que atañe a la amistad con los Estados Unidos, la iniciativa partió de la antigua Capitanía General de Venezuela. El

año de 1810, a poco de haberse constituído la junta de gobierno el día 19 de abril de ese año, el gobierno de Caracas nombró misiones diplomáticas para Europa y los Estados Unidos de Norte América. Para esta república fueron enviados D. Juan Vicente Bolívar y D. Teléforo Orea en calidad de comisionados y D. José Rafael Revenga como secretario. Mr. R. Smith, Secretario de Estado de la Unión en el despacho de relaciones exteriores, recibió con benevolencia la misión venezolana, aprobó la actitud de la Junta de gobierno de Caracas y ofreció tomar alguna decisión favorable a las pretensiones del nuevo estado: a poco envió a Venezuela con el carácter de agente comercial a Mr. Robert Lowry.

La misión no produjo otra cosa de momento, y en distintos barcos regresaban a la patria Orea y Revenga, y D. Juan Vicente: en el que venía éste naufragó y en la catástrofe pereció el único hermano varón del Libertador.

Vino luego la reconquista española, guiada por Monteverde con tanta suerte como ferocidad, a interrumpir las tentativas de la naciente diplomacia venezolana. El fugaz y brillante gobierno del Libertador de 1813 a 1814, no tuvo ocasión para emprender otra gestión diplomática que la fracasada pretensión de hacerse oir en el Congreso internacional de Chatillon.

En 1817 el gobierno de facto establecido en Pampatar a consecuencia de la irregular reunión del Congresillo de Cariaco, dirigió, con la firma del pseudo Presidente Francisco Javier Maiz, un oficio el 22 de mayo al Presidente de los Estados Unidos, en el que después de hacer una rápida ojeada a los sucesos políticos de Venezuela y recordar la misión del año diez, anuncia el envío del ciudadano Dr. José Cortés Madariaga en visita diplomática para gestionar la celebración de pactos y convenios de amistad y el reconocimiento de la independencia de la república. Madariaga siguió hasta Kingston en el mes de noviembre, mas como la obra insegura del Congresillo fué desautorizada y anulada por el Libertador, el canónigo diplomático permaneció en la nombrada ciudad antillana hasta que por ella pasó con rumbo a las costas granadinas en el año de 1820 el General Mariano Montilla cumpiendo órdenes directas del Libertador.

Bolívar, o porque no había creído oportuno gestionar todavía el

reconocimiento de la independencia y el consiguiente establecimiento de relaciones amistosas con las naciones extranjeras, o porque la dirección de la campaña en épocas tan aciagas para las armas de la revolución absorbía todas sus facultades; ningún paso dió en busca de amistades internacionales en el trancurso de esos años.

Mas el vigoroso impulso que la voluntad del Libertador imprimía a la guerra despertaba ya la admiración fuera de las fronteras patrias. En la Legislatura del Estado de Kentucky se aprobaron en enero de 1818 sendas mociones del senador Bledson y del representante Bibb. La del Senado, después de declarar que el pueblo de ese Estado

mira con la emoción más tierna las luchas patrióticas de sus hermanos los republicanos de la América del Sur, para sacudir y despedazar el yugo del despotismo español,

afirma que es propio de una política ilustrada y justiciera de parte de los Estados Unidos reconocer la independencia de aquellas colonias españolas que hubieran manifestado su capacidad para la vindicación y el sostenimiento de sus derechos, e insinúa que una estricta neutralidad no obliga a detener a los individuos o elementos de guerra que pasen por el territorio de la Unión con destino al socorro de los revolucionarios del Sur.

La moción de la Cámara declara enfáticamente que

la lucha de los patriotas de la América del Sur por el derecho de gobernarse por sí mismos, está justificada por las leyes de Dios y de la naturaleza, y sancionada por los derechos imprescriptibles del hombre,

y agrega luego con franqueza

que es la opinión de esta asamblea general que aquellas provincias de la América del Sur, que se han declarado independientes y libres, y han manifestado una razonable habilidad para mantener su independencia, deben ser reconocidas luego por el gobierno general de los Estados Unidos de la América del Norte como potencias soberanas e independientes, deben ser tratadas como a tales e introducidas a las otras potencias soberanas de la tierra.

La prensa de los Estados Unidos también prestaba su apoyo

a los americanos del Sur con energía y decisión. Jefferson publicaba a principios del año de 1819 un periódico titulado el *Censor de Maryland,* en el que hizo repetidas veces la defensa de nuestra causa; la *Aurora,* de Filadelfia, abundaba en iguales ideas, y muchos hombres eminentes de aquel país abogaron por la libertad de las colonias hispanoamericanas. *El Correo del Orinoco,* periódico patriota y semioficial que se publicaba en Angostura, repetía con encomio los nombres de los ciudadanos estadounidenses Robertson, Clinton, Trimble, Bledson, Bibb, Irvine y Skinner.

No era posible que con tantas muestras de una simpatía notoria hacia la causa de la independencia suramericana, el Libertador dejase de hacer gestiones oficiales para alcanzar el reconocimiento de la soberanía de Venezuela, tan pronto como los primeros buenos éxitos de sus armas le asegurasen alguna estabilidad a su gobierno. En el curso del año de 1818 despachó con credenciales diplomáticas de Ministro al General Lino de Clemente, quien tuvo el poco tacto diplomático de hacer publicaciones ofensivas para el Presidente Monroe relacionadas con la desagradable cuestión de la isla Amelia, y en unión de Pedro Gual, que se titulaba comisionado de la Nueva Granada, y de Martín Thompson, que diz que representaba al Río de la Plata, dió, públicamente, autorización a Mac Gregor para ocupar las partes oriental y occidental de la Florida, territorio que ambicionaban obtener los Estados Unidos. Tan precipitado proceder impidió que el General de Clemente fuese recibido en su carácter de Ministro de la República de Venezuela por el gobierno de los Estados del Norte. El Secretario Adams no adujo otras razones en su negativa, lo que prueba que desde entonces había la intención en el gobierno de la Unión de reconocer la independencia de las colonias españolas insurrectas. El deseo de elevar al General de Clemente, miembro de su familia, indujo a Bolívar a confiarle una misión tan delicada sin reconocerle las condiciones necesarias para su desempeño.

La campaña de los Llanos del Apure, que emprende el Libertador en los primeros meses de 1819, y la de la Nueva Granada, que sigue inmediatamente a aquélla, apartan las miradas de Bolívar de las cuestiones internacionales. Y todavía el año de 1820 transcurre sin que se cumpla ningún acontecimiento tras-

cendental en este sentido; pero a principios de 1821 y como consecuencia de la manifiesta prosperidad de las armas de la Revolución, a la Cámara y al Senado de los Estados Unidos son presentadas mociones dirigidas a arrastrar al Ejecutivo de la Unión a reconocer la independencia de los nuevos estados. La presentada por Mr. Nelson se limitó a solicitar del Presidente los informes ilustrativos sobre la situación política de las colonias hispanas insurreccionadas; pero la de Mr. Trimble en la Cámara fué derecha a ordenar el reconocimiento:

Se resuelve por el Senado y la Cámara de representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso:

Que se requiera y autorice al Presidente de los Estados Unidos para reconocer la independencia de la República de Colombia, y a establecer las relaciones políticas de aquel país, sobre un pie igual con las demás naciones libres, soberanas e independientes, nombrando y recibiendo ministros acreditados.

....

Para atender a la solicitud que envolvía la moción de Mr. Nelson, el Presidente Monroe pasó a la Cámara el Mensaje de 8 de marzo, en el que, después de historiar la actitud observada por el Ejecutivo a su cargo en presencia de la revolución americana, siempre ajustada a la más exigente neutralidad, agrega al examinar la situación de los pueblos revelados:

Las provincias que componen la República de Colombia, después de haber declarado cada una de por sí su independencia, se unieron por una ley fundamental el 17 de diciembre de 1819. Una fuerza considerable ocupaba en aquel tiempo ciertas partes de su territorio. Y hacía una guerra destructiva. Aquel ejército ha sido repetidamente derrotado, y todos sus soldados han sido muertos, hechos prisioneros, o expelidos del país a excepción de algunos cuantos que se hallan bloqueados en dos fuertes...

Agrega a continuación algunas reflexiones sobre el derecho que asiste a los revolucionarios para que se les reconociera como Estados constituídos, toda vez que se hallaban bien organizados y que resalta la impotencia de España para volverlos a su dominación. Dice de ésta que no había recibido en los últimos días informaciones respecto al espíritu que preponderaba en relación con la cuestión americana; pero que era presumible que los progresos de la Revolución convencieran a los mandatarios peninsulares de

su incapacidad para contenerla y de la conveniencia que redundaría a su patria de adoptar una política de conciliación. Añade que las demás naciones no seguían con tanta atención el desarrollo de los sucesos aquende los mares y aún hasta los desconocían en absoluto; pero que ello era explicable por la distancia que separa los dos mundos. Y termina el Mensaje proponiendo el reconocimiento de la independencia de todas las antiguas colonias españolas que a la fecha estaban constituídas en Estados independientes.

El jueves 28 de marzo de 1822, la Cámara de representantes de los Estados Unidos se reunió en comisión para resolver el informe que sobre el Mensaje presidencial había presentado ya la Comisión de Negocios Extranjeros. De la resolución que presentó la expresada comisión, tomamos lo pertinente:

Resuelto.—Que la Cámara de Representantes conviene en la opinión expresada por el Presidente, en su Mensaje de 8 de marzo de 1822, de que las provincias americanas antes españolas, que han declarado su independencia y permanecen gozando de ella, deben ser reconocidas por los Estados Unidos, como naciones independientes.

Resuelto.—Que se instruya de esto a la Comisión de Medios y Arbitrios, para que redacte un decreto, destinando una suma que no exceda de cien mil pesos, a fin de que el Presidente de los Estados Unidos pueda llevar a efecto este reconocimiento.

Ocurrió una discusión sobre la palabra "provincias", que algunos querían sustituir con "naciones" y otros con "gobiernos". Al cabo se sustituyó esa parte con esta frase:

las provincias americanas últimamente separadas de la España.

Sólo el representante Mr. Garnett votó negativamente.

El Senado, antes de aprobar resoluciones de tanta trascendencia, solicitó del Ejecutivo, el 25 de abril, algunos informes sobre la actitud del Gobierno de España en relación con los preparativos que se hacían para el reconocimiento de sus colonias insurreccionadas, y el Presidente Monroe envió copia de un oficio que D. Joaquín de Anduaga, embajador español en Washington, había dirigido quejándose de la doctrina del Mensaje presidencial de 8 de marzo último y recalcando sobre la trascendencia internacional que tenía tal documento. El diplomático español decía, después

de un recuento de los motivos de agradecimiento que los Estados Unidos tenían para con España, que se veía en el caso de protestar contra la tendencia notoria del gobierno de Monroe de llegar al reconocimiento de la independencia de las insurrectas colonias hispánicas.

También remitió el Ejecutivo federal una copia de la nota del Secretario Adams en respuesta a la del Ministro español, de la que entresacamos este interesante párrafo:

No será preciso entrar aquí en un detalle de hechos, sobre los que los informes de usted parecen diferir materialmente de los que han sido comunicados a este Gobierno, y que son bien conocidos del público; ni tampoco discutir sobre lo apropiado de las denominaciones que usted da a los habitantes de las provincias del Sur de la América. No dudamos que su Gobierno tomará muy pronto otro modo de ver más correcto del punto en cuestión, y que tanto él, como los demás gobiernos europeos, mostrarán su respeto por el ejemplo que han dado los Estados Unidos, y que usted urge como un deber o política de los Estados Unidos en favor suyo. El efecto que tiene el ejemplo de una nación independiente sobre los consejos y medidas de otro, no es justo más que en proporción de lo voluntario que es; y como los Estados Unidos desean que su ejemplo sea adoptado, no piensan seguir el de otras naciones sino bajo aquel mismo principio. Confían en que el tiempo no está lejos cuando otros gobiernos europeos en amistad con España, y la misma España, no sólo concurrirán en el reconocimiento de la independencia de las naciones americanas, pero en el sentimiento de que nada tenderá más eficazmente al bienestar y dicha de España, que la concurrencia universal en este reconocimiento.

El 4 de mayo, reunidas en Congreso las dos cámaras legislativas de la Unión, aprobaron esto:

El Senado y Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América reunidos en Congreso, resuelven, que para las legaciones que el Presidente de los Estados Unidos tenga a bien enviar a las naciones independientes del continente americano, se asigna una suma que no exceda de cien mil pesos, que se pagará del dinero de tesorería, que no esté destinado a otra inversión.

Washington, mayo 4 de 1822.

Aprobado,

JAMES MONROE.

Desde principios del año el Gobierno de Colombia había autorizado con el carácter de Encargado de Negocios ante el de los

Estados Unidos, al señor Manuel Torres. Este, hábil negociador y estadista, procedió con acierto en sus representaciones y solicitudes, granjeándose además la estimación del personal del Ejecutivo de la Unión. El 23 de mayo, Adams, de orden del Presidente Monroe, escribió a Torres que se hallaba enfermo en Hamiltonville, cerca a Filadelfia, un oficio en que lo llamaba para que presentase sus credenciales y para hacerle la recepción oficial. A pesar del mal estado de la salud de Torres, tan achacosa que pocos días después falleció (14 de julio), éste acudió al llamamiento y el 19 de junio fué reconocido en su condición de Ministro de Colombia.

Al saberse en Bogotá la muerte de Torres, el gobierno nombró para reemplazarlo al Dr. José María Salazar, quien presentó sus credenciales el 17 de junio del siguiente año de 1823.

Para diciembre de 1822 había llegado a la capital de Colombia el Capitán Carlos S. Todd, comisionado por el Gobierno de los Estados Unidos para presentar al de Bogotá las piezas diplomáticas que encerraban el reconocimiento de la independencia de este país.

Cuatro días después de su nota de protesta por los pasos que el Gobierno de la Unión estaba dando para efectuar el reconocimiento de la independencia de las colonias españolas insurreccionadas, el 12 de marzo de 1822, el Ministro de España se dirigió a la Cancillería de su país para enviarle copia del Mensaje de Monroe y de la citada protesta. Informó a la vez que el intento del Gobierno de los Estados Unidos era mirado con un aplauso difícil de describir de parte del pueblo de la Unión.

El Secretario Adams a su turno informó al Ministro americano en Madrid, John Forsyth, de lo que se proyectaba con respecto a los nuevos estados, y le envió copia del Mensaje de 8 de marzo e instrucciones para que, no obstante tales sucesos y aun por ellos mismos, ratificara a la Corte española los sentimientos de amistad del Gobierno de Washington, que no habían sido aminorados por un paso a que forzaban la justicia y las circunstancias.

Francisco Martínez de la Rosa, Ministro de Relaciones Exteriores de España a la sazón, no consideró buenas las causas aducidas por Monroe en su Mensaje y se quejó *con mucho calor,* se-

gún frase de Forsyth, de la conducta observada por el Gobierno de Washington.

A su turno el Canciller español dió instrucciones a los embajadores y ministros acreditados por su país ante las cortes europeas, para que protestaran de los pasos que iba dando el Gobierno de la Unión en el camino del reconocimiento de la independencia americana. Esos diplomáticos hicieron circular un papel titulado *Bosquejo de la condición en que están las Provincias de Hispano-América, según los informes más recientes,* cuyas afirmaciones tendían a desvanecer las aseveraciones del Mensaje de Monroe.

Los monarcas absolutos de Europa (Rusia, Austria y Prusia), a quienes se unió el de Francia, idearon por ese tiempo una federación dirigida a detener el progreso de las ideas liberales que iban tomando cuerpo y amenazaban ya la solidez de los tronos. En octubre de 1822 se reunió en Verona un congreso de plenipotenciarios de estas potencias, en el que se discutió sobre la llamada cuestión española, o sea la existencia del gobierno constitucional formado allí a consecuencia del golpe dado por Riego en las Cabezas de San Juan el 1º de enero de 1820. Quedó acordado que Francia llevase un ejército a la Península para restablecer a Fernando en el disfrute de su poder omnímodo. El día 7 de abril de 1823 los franceses pasaron el Bidasoa con cinco cuerpos de ejército, a cargo respectivamente del Duque de Reggio, el Conde de Molitor, el Príncipe Hohenlohe, el General Moncey y el Conde Bordessoulle y mandados en jefe por el Duque de Angulema. Los constitucionales españoles, debilitados por la discordia y la anarquía, ofrecieron escasa resistencia al invasor, y el 1º de octubre Fernando recibía la libertad y el gobierno absoluto.

Hasta ese momento Inglaterra había mirado con relativa indiferencia la cuestión americana; pero cuando la actitud resuelta de la Santa Alianza dejó comprender que podía llevar su acometividad hasta la América misma, porque Francia podía reclamar como pago de sus servicios al absolutismo español la cesión de las colonias insurreccionadas, entonces la Cancillería inglesa comenzó a sentirse preocupada y a temer que la flota francesa marchase para el Nuevo Mundo con rumbos de conquista.

En agosto de 1823, cuando ya las operaciones de los *cien mil*

hijos de San Luis en el territorio de la Península ibérica no dejaban duda acerca del final de la campaña, Canning llamó a Mr. Rusch, embajador de los Estados Unidos, y le propuso celebrar entre los dos Estados un convenio para impedir cualesquiera determinaciones de las potencias absolutistas de Europa respecto a la suerte futura de las naciones americanas. Rusch, que no tenía instrucciones sobre el particular; pero que conocía hasta dónde podía llegar la acción de su Gobierno en ese sentido, asintió en principio a la idea del Canciller británico y solicitó autorizaciones de su Gobierno.

El Presidente de la Unión consultó el caso con los ex Presidentes Jefferson y Madison. De la respuesta del primero transcribimos estos párrafos:

Nuestra máxima fundamental, y la primera de todas, deberá ser no complicarnos en las discordias de Europa; la segunda, no permitir que Europa se mezcle en asuntos americanos. América, así la del Norte como la del Sur, posee un conjunto de intereses distintos de los europeos y enteramente peculiares. Debería tener, por consiguiente, un sistema separado, propio, distinto del de Europa.

Fundado en opiniones tan autorizadas como esta de Jefferson, y en la de Madison, que fué más lejos, Monroe no tuvo vacilaciones y en el Mensaje que dirigió al Congreso de la Unión el 2 de diciembre de 1823, consignó estas declaraciones que constituyen la famosa doctrina que lleva su nombre:

Al principio de la última sesión se dijo que en España y Portugal se hacían los mayores esfuerzos para mejorar la condición de aquellos pueblos; y que parecía se conducían con extraordinaria moderación. Casi es inútil observar que el resultado ha sido muy diferente del que entonces pronosticamos. Siempre hemos sido unos espectadores solícitos e interesados en los acontecimientos de aquella parte del globo, con que tantas relaciones tenemos, y de donde derivamos nuestro origen.

Los ciudadanos de los Estados Unidos abrigan los sentimientos más amigables a favor de la libertad y felicidad de sus cohermanos en aquel lado del Atlántico. En las guerras de las potencias europeas, y sobre asuntos que les conciernen, jamás hemos tomado parte, ni el tomarla se conformaría con nuestra política. Sólo cuando se invaden nuestros derechos, o se amenaza seriamente, es que nos resentimos de la injuria, o nos preparamos a la defensa. En los movimientos de este hemisferio necesariamente tomamos un interés más inmediato, y esto por causas

que deben ser muy obvias a todos los observadores ilustrados e imparciales. El sistema político de las potencias aliadas es, bajo este aspecto, esencialmente diferente del de la América. Esta diferencia procede de la que existe en sus gobiernos respectivos; y por lo que respecta a la defensa de los nuestros, que han sido aquiridos a costa de tanta sangre y tesoros, y madurados por la sabiduría de sus más ilustres ciudadanos, y bajo los cuales hemos disfrutado de una felicidad sin ejemplo, la nación toda se consagra a ella. Debemos por tanto al candor, y a las relaciones amigables existentes entre los Estados Unidos y aquellas potencias, el declarar, que nosotros consideramos cualquiera tentativa de su parte para extender su sistema a cualquiera porción de este hemisferio, como peligrosa a nuestra paz y seguridad. Nada tenemos que ver, ni nos mezclaremos, con las colonias existentes o dependencias de las potencias europeas, mas respecto de los gobiernos que han declarado su independencia, y sustentádola, y cuya independencia hemos reconocido después de mucha consideración y sobre principios justos, no podemos mirar cualquiera interposición con el objeto de oprimirlos, o contrariar de cualquier modo que sea sus destinos, por parte de cualquiera de las potencias europeas, bajo otro aspecto, que como la manifestación de unas disposiciones nada amigables respecto de los Estados Unidos. En la guerra entre aquellos nuevos gobiernos y España, y al tiempo de su reconocimiento, nosotros hemos declarado nuestra neutralidad, de la cual no nos hemos desviado, ni nos desviaremos, con tal que no ocurra novedad que, a juicio de las competentes autoridades de este Gobierno, haga necesaria otra novedad correspondiente por parte de los Estados Unidos, como necesaria para su seguridad.

Los últimos sucesos de España y Portugal manifiestan que la Europa está aun conmovida. Ninguna prueba más clara de este hecho importante, que el que las potencias aliadas hayan creído necesaria, por principios para ellas satisfactorios, su interposición por la fuerza en los asuntos interiores de España. Hasta qué distancia podrá llevarse semejante interposición, según los mismos principios, es una cuestión en que se interesan todas las potencias independientes cuyos gobiernos difieren de los suyos; aun aquellos más distantes, y ciertamente ninguna más que los Estados Unidos. Nuestra política respecto de Europa, adoptada desde el principio de las guerras que por tan largo tiempo han agitado aquella parte del mundo, permanece sin embargo la misma; la cual es no intervenir en los asuntos internos de cualquiera de sus potencias; considerar los gobiernos *de facto* como legítimos para nosotros: cultivar relaciones de amistad con ellos, conservando dicha amistad por medio de una política franca, firme y varonil: acogiendo los justos reclamos de todas, y sufriendo injuria de ninguna. Pero respecto de aquellos continentes, las circunstancias son muy diversas. Es imposible que las potencias aliadas extendiesen su sistema político a cual-

quier punto de uno u otro continente americano, sin amenazar nuestra paz y felicidad: ni habrá quien crea que nuestros hermanos del Sur, dejados a sí mismos, lo adoptaría voluntariamente. Es igualmente imposible por lo tanto, que nosotros viésemos con indiferencia semejante interposición, bajo cualquier forma que sea; y si consideramos comparativamente las fuerzas y recursos de España y de aquellos nuevos gobiernos, y la distancia que los separa, es cosa clara que ella (la España) jamás podrá subyugarlos. La verdadera política de los Estados Unidos consiste aun en dejar las partes entre sí, pero con la esperanza de que las otras potencias observarán la misma conducta.

Pero el proyectado convenio con Inglaterra no llegó a efectuarse nunca. Canning, al par que un gran estadista, era un hábil diplomático: viendo la posibilidad de firmar con Francia un acuerdo beneficioso para su país y que alejaba la posibilidad de una intromisión francesa en las cosas de América, descuidó proseguir el iniciado arreglo con los Estados Unidos, confiando en el entusiasmo de Rusch y en la resonancia de sus primeras insinuaciones en Washington. Los Estados Unidos no eran todavía la colosal potencia que decide hoy las guerras internacionales.

Desde el 27 de mayo había entregado Adams a Mr. Richard C. Anderson, Ministro nombrado para ante el Gobierno de Colombia, las instrucciones sobre la política que debía desarrollar. En ellas dice el Canciller de la Unión que la actitud de ésta durante la guerra de emancipación americana había sido de estricta neutralidad, porque aun cuando sus simpatías los impulsaban a trabajar en favor de los pueblos revolucionados, la amistad con España reclamaba sus fueros y los obligaba a mantenerse en expectativa del desarrollo de los acontecimientos; pero ahora que los virreyes, gobernadores y capitanes generales habían firmado tratados con los insurgentes en que virtualmente (1) se reconocía la independencia de los nuevos gobiernos, los Estados Unidos no tenían por qué excusarse de hacer lo mismo. Hablaba también Adams de las labores realizadas por la diplomacia de la Unión para alcanzar de las naciones europeas el reconocimiento de la independencia de los pueblos americanos, y aseguraba que miraría con gusto la

---

(1) Y hasta de un modo explícito, como en el armisticio y el tratado de regularización de la guerra firmados entre Bolívar y Morillo en Trujillo los días 25 y 26 de noviembre de 1820.

proyectada confederación de estos países si ella tendía a formar del americano un sistema distinto y diferente del europeo.

El 16 de diciembre a las once y media de la mañana, Anderson concurrió al Palacio de San Carlos a presentar al Vicepresidente Santander sus credenciales. El Ministro concretó las instrucciones de su gobierno en estas palabras:

El Presidente de los Estados Unidos, animado del más ardiente deseo de continuar las relaciones de perfecta armonía y generosa amistad entre nuestros países respectivos, me ha ordenado exponer muy satisfactoriamente los sentimientos liberales que le animarán siempre y al pueblo de los Estados Unidos, hacia las instituciones libres de todos los países. Yo os ofrezco sus sinceros deseos por la restauración de la paz en esta república y por la mayor prosperidad de sus ciudadanos.

Mi propia admiración de las instituciones libres de Colombia y del modo glorioso con que ellas han sido creadas y sostenidas, ofrece la prenda más segura de la sinceridad de mis sentimientos. Si esta misión produjese los medios felices de dar solidez y estabilidad a los sentimientos armoniosos de nuestros compatriotas, será ella un manantial de alegría para todos los amigos de los gobiernos libres.

Es en este Continente y en este siglo, señor Presidente, que el hombre ha vuelto a descubrir aquella verdad largo tiempo perdida: "que bajo los cielos, él es capaz de gobernarse a sí mismo; que Dios no le ha dado en vano el entendimiento de un ser humano".

Todos los motivos que pueden obrar sobre el hombre bueno, le urgen a querer las instituciones fundadas sobre el desarrollo de aquellas verdades y a alimentar los principios que pueden solamente sostenerlas. El más sublime espectáculo que podemos gozar, es contemplar a nuestros semejantes explicándoles con razón y argumentos esta verdad "que el consentimiento voluntario es la sola fuente del poder político". Cuando una nación está penetrada de esta verdad, su libertad se halla colocada fuera de los tiros de la fuerza o del fraude.

Bajo tales gobiernos nosotros podemos con fundamento esperar ver al pueblo de este continente consagrado solamente a aquellas artes que ofrecen aliento y satisfacción a la vida doméstica, y el mayor lustre a los progresos intelectuales, y que absteniéndose de toda cosa vil y grosera, dedica sus potencias al adelantamiento de sí mismo y de la patria. Por largo tiempo ha sido la doctrina de los déspotas, que las artes de la paz no eran suficientes para llenar las ocupaciones del hombre y su sinceridad en esta doctrina ha sido ilustrada con la matanza de muchos millones de individuos. Es, pues, el alto deber de aquellos que guían los destinos de las hermosas repúblicas de América, manifestar la falsedad de una doctrina tan mortificante a los buenos hombres y consoladora solamente a los tiranos. El tiempo no nos ha permitido

todavía mirar en su plena extensión, el efecto que los principios de gobierno desenvueltos en este Continente puedan tener sobre los hábitos y sobre las prácticas de los hombres, pero se ha descubierto ya lo bastante para alegrar a los amigos de la paz y animarles a renovar su vigilancia en el sostenimiento de aquellos principios que abjuran la guerra y el derramamiento de sangre, y conducen solamente a la paz.

En conclusión, señor Presidente, permítaseme decir que como el establecimiento de esta república ofrece al mundo el más brillante ejemplo del triunfo de la virtud y del valor, así continúe ella siendo por generaciones un instrumento ilustrado de la omnipotencia de la verdad y de la buena causa.

Santander en su respuesta dijo:

que así como los Estados Unidos habían sido siempre el gran luminar que habían tenido a la vista en sus conflictos los habitantes de esta parte de la América, ellos y particularmente el Gobierno y el pueblo de la República de Colombia se esforzarían ahora, en la paz, en acreditar al país clásico de la libertad americana el alto aprecio que hacían de su gobierno y de sus instituciones políticas, y sus deseos de adelantar y estrechar cada vez más las relaciones amistosas que felizmente existen entre ambas naciones.

El Gobierno de Colombia miró con mucha satisfacción el estrechamiento de las relaciones amistosas con el de Washington. En su Mensaje al Congreso de 1824, decía el Vicepresidente:

La residencia en esta capital del Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos debe facilitarnos los medios de estrechar las relaciones de amistad que existen entre los dos gobiernos y fomentar los intereses de la república. El Ministro de Colombia fué admitido en Washington con las consideraciones que exige su carácter, y la identidad de principios de ambos pueblos. El Presidente de los Estados Unidos acaba de señalar su administración con un acto eminentemente justo y digno de la tierra clásica de la libertad. En su último Mensaje al Congreso ha declarado que "mira cualquiera intervención de alguna potencia europea dirigida a oprimir y violentar los destinos de los gobiernos independientes de América, como una manifestación de disposiciones enemigas hacia los Estados Unidos. Aquel gobierno considera cualquier intento de parte de las potencias aliadas para extender su sistema a cualquiera porción del hemisferio americano, como peligrosa a la paz y seguridad de dichos Estados". Semejante política, consoladora del género humano, pudiera valer a Colombia un aliado poderoso, en el caso de que su independencia y libertad fuesen amenazadas por las potencias aliadas. El Ejecutivo, no pudiendo ser indiferente a la marcha

que ha tomado la política de los Estados Unidos, se ocupa eficazmente en reducir la cuestión a puntos terminantes y decisivos. La República de Colombia no tiene que sufrir cargo alguno de parte de las potencias aliadas; ella y su Gobierno han respetado altamente los derechos de los soberanos y los de sus súbditos. Pronta a abrir a todas las naciones las fuentes de su riqueza nacional, no les exige otro deber sino el de que respeten su independencia y sus instituciones; pero si el genio del mal pudiera suscitarnos nuevos enemigos, el tiempo probaría si el gobierno y los colombianos teníamos bastante patriotismo para hacer por nuestra indepenencia y libertad, los más costosos sacrificios. En la parte mercantil, he procurado facilitar con los Estados Unidos nuestras relaciones y la protección de nuestro comercio por medio del nombramiento de cónsules y agentes, y haciendo difundir y observar escrupulosamente nuestras leyes y estatutos.

Esas mutuas manifestaciones de simpatía culminaron en el tratado del 3 de octubre de 1824, firmado en Bogotá entre el Dr. Pedro Gual, Secretario de Relaciones Exteriores investido de plenos poderes para negociar, de parte de Colombia, y Ricardo Clough Anderson, Ministro Plenipotenciario de los Estados Unidos.

En él se acordó paz perpetua, firme e inviolable y amistad sincera entre los dos países (artículo 1º); igualdad de concesiones a la de cualesquiera pactos o privilegios que alguna de las dos naciones concediera a otra por medio de tratados públicos, (artículo 2º); libertad de comercio en el territorio de cada Estado, para los naturales del otro, (artículos 3º, 4º y 5º); derecho de asilo marítimo en los puertos de la una para los marinos de la otra, (artículo 6º); y el de restitución de los efectos o embarcaciones apresados por piratas, (artículo 7º); protección en los casos de naufragio, (artículo 8º); disfrute de derechos civiles a los ciudadanos del uno en el territorio del otro contratante, (artículos 10 y 11); derecho de comercio a los ciudadanos de cada Estado con las naciones que estuviesen en guerra con el otro, aun saliendo de puertos de esta última, y aceptándose el principio de que el pabellón cubre la mercancía, en toda su plenitud, (artículos 12 y 15); pero sin extenderse a la protección de mercaderías neutrales halladas en barcos enemigos, salvo en los casos de que hubieran sido colocadas allí antes de estallar la guerra o ignorándose que eso hubiera sucedido, (artículos 14 y 16); concesiones especiales sobre devolución de buques concurrentes a puertos bloqueados,

visitas de embarcaciones en tiempo de guerra, presas marítimas, etc., (artículos 17, 18, 19, 20 y 21); garantía de no permitirse a los ciudadanos de un país servir en guerra a los enemigos del otro, (artículo 22); plazo de seis meses y un año a los comerciantes para dejar el territorio de una de las dos naciones si desgraciadamente declarase la guerra a la otra, (artículo 23); garantía de no ser secuestrados los fondos privados en la misma eventualidad a que se refiere el artículo anterior, (artículo 24); exenciones a los diplomáticos de cada país en el territorio del otro, (artículo 25); admisión de cónsules y vicecónsules, (artículo 26); exenciones y prerrogativas para éstos, (artículos 27 y 28); acuerdo sobre la celebración de una convención consular, (artículo 30); y, para hacer más valedero el tratado, una reafirmación de su vigor, inviolabilidad y persistencia en estipulaciones especiales del artículo 31. Tal fué en síntesis este primer pacto de Colombia con la gran república del Norte. Aquellos eran tiempos de sincera amistad, en que los Estados Unidos miraban estas noveles repúblicas, y particularmente a Colombia la grande, con deferencia de hermanas en la causa y como sólido fundamento para la formación de un sistema americano que invalidara por su coherencia y afinidad de tendencias, la potente alianza de los tronos europeos. Después...

El 26 de marzo de 1825, luego de haber sido examinado por el Congreso como lo prevenía la Constitución, el tratado fué aprobado por el Poder Ejecutivo colombiano.

Para poner un sello de glorias a estas relaciones de amistad entre las dos naciones más poderosas de la América en aquel entonces, ocurrieron dos sucesos memorables: al visitar el General Lafayette los Estados Unidos en los años de 1824 a 1825, en un gran banquete con que obsequió el Congreso de la Unión a su ilustre huésped, éste, a la hora de los brindis hizo el siguiente:

por Bolívar, el Washington de la América del Sur, y por la República de Colombia.

Los seiscientos concurrentes a aquella fiesta oficial prorrumpieron en vítores a los dos famosos nombres y a la creación excelsa del Libertador.

Poco después, y cuando el gran ciudadano francés se disponía

a abandonar la patria de Washington, quiso visitar en Mount Vernon la tumba de este patricio eminente y a la familia de él que allí residía. De ella recibió Lafayette honores personales y la comisión de hacer llegar a manos del Libertador del Sur un retrato del Libertador del Norte con esta inscripción:

Auctoris Libertatis americanæ in septentrione hanc imaginem dat filius ejus (Pater patriæ). Adoptatus illi qui gloriam similem in austro deptus est.

Ese retrato lo usó siempre el Libertador en su uniforme de parada y con él fué sepultado cuando la preciosa existencia del más grande de los americanos se desvaneció por obra de las ingratitudes de sus conciudadanos y de las penalidades que soportó por darles el más precioso de todos los beneficios: la libertad.

Gabriel Porras Troconis.

Cartagena de Indias, junio de 1919.

H. G. WELLS (*)



L nombre y gran parte de la obra de este ilustre escritor inglés son casi familiares a los lectores de lengua española; y sin embargo, tememos que muy pocos tengan un concepto crítico de la significación de su esfuerzo. He aquí el feo revés de la popularidad... La facultad cardinal de su talento—la fantasía—ha ocupado por modo exclusivo el primer plano de esa observación somera que suelen los espíritus poco pertinaces dedicar al enjuiciamiento de cuanto no está directamente vinculado al problema cotidiano; y para otras potencias del espíritu, acaso menos básicas pero desarrolladas con lozanía maravillosa en Heriberto Jorge Wells, no ha quedado apenas atención.

Similitudes puramente externas lo emparejan a veces en la prosa improvisada del temible periodismo literario al bondadoso taumaturgo de Amiens, Julio Verne. Pero no precisa extrema sagacidad para percibir diferencias mucho más numerosas que las semejanzas, entre ambos escritores: el autor de *Veinte mil leguas de viaje submarino* se apoya en mecánicas posibilidades para forzar a seres desprovistos de toda levadura humana a perseguir absurdos caprichos; el autor de *When the Sleeper Wakes* toma pretexto en desenvolvimientos del progreso mecánico para proyectar modalidades del espíritu humano con un rigor y una acuidad de psicólogo no menos metódicamente inducidas que las líneas generales de sus hipótesis científicas. Esto puede establecerse limitando el paralelo a obras en las cuales, por virtud de la fantasía, se aparta Wells de las realidades presentes. En cuanto a las otras,

(*) Prólogo de la obra *El país de los ciegos.*

muchas de carácter novelesco y algunas de carácter puramente especulativo, la superioridad mental del escritor británico no encuentra en la bibliografía del francés ni siquiera pretexto para prolongar el parangón. Sintetizando el juicio puede decirse que la labor del delicioso creador de tantas maravillas—sobre todo en el recuerdo—como deleitaron y espolearon nuestra imaginación infantil, no puede ser leído cuando ya la vida nos destiló la acritud de sus frutos. Verne recrea, distrae; se siente al través de sus páginas este propósito dominante; Wells es un preocupado que nos infunde sus preocupaciones ligándonos a ellas con la inconsútil cadena de una imaginación poderosa, removedora, de cuyas dos alas una está siempre rozando la realidad y la otra las altas quimeras posibles.

J. B. Beresford, que ha publicado en la colección titulada "Writers of the day" (1) un librito lleno de datos, vibrante de fervorosa admiración y rico en agudos juicios sobre Wells, puntualiza este su noble empeño de no escribir jamás guiado por el propósito menguado de engañar los ajenos ocios, diciendo que todas sus obras parecen responder a una interrogación formada tras meditativas inquietudes en el espíritu del escritor. ¿Qué sucedería si descendieran a la tierra habitantes de otro planeta donde el progreso mecánico hubiese alcanzado el *summum* de potencia terrible? ¿Qué le ocurriría a un hombre dotado de vista si se hallara de súbito entre un pueblo donde el sentido de la visión se hubiera abolido desde luengos años? ¿De qué le serviría a un hombre ser invisible? Estas preguntas pudieran prolongarse numerosamente; y de seguro, aun en las obras que menos parecen responder a tal sistema creador, hallaríamos más de una preocupación, más de un tanteo en las sombras que nos ocultan siempre el futuro, con frecuencia el pasado y, muchas más veces de cuantas suponemos, el presente... Con ser tan copiosa la obra de Wells, el escritor, en el sentido genérico de la palabra—con todos los tristes defectos de una profesión donde la vanidad parece estar siempre en carne viva—, apenas aparece; mientras el hombre sincero, anhelante de conocer, exponer y curar los males del mundo, muéstrase henchido de simpatía humana. Su imaginación no

---

(1) Nisbet and Co., London, 1915, 2 s.

se lanza nunca a la altura sin haber observado antes a flor de tierra; porque ama a los hombres mira al cielo, porque ama la luz busca en las sombras. La inventiva y la fantasía tejen el puente por donde van los sueños a buscar la atención distraída o dispersa de las gentes; mas el viajero maravilloso que va por ese puente, es su amor a los hombres, su anhelo activo de suavizar las asperezas de la vida y de contribuir a la creación de un mundo donde los goces y los infortunios estén repartidos con menos indignadora desigualdad.

A los lectores de lengua española sólo se les ha ofrecido, y no siempre en condiciones propicias a apreciar la extensión y calidad del talento literario de Wells, las obras en que la inventiva apoyábase en hipótesis de orden quimérico, en descubrimientos de índole mecánica, química o biológica, en las cuales el ágil vuelo de Ariel o el filosófico inquirir envuélvense en el solemne aparato de un cientifismo lindante con la taumaturgia. Digamos que con ser tan extraordinario el atractivo de ese ciclo de obras y tan elevado su mérito, no representan el máximum de las cualidades del escritor ni siquiera las características cardinales de su personalidad. Socialista entusiasta, generoso hombre de acción e investigador cauteloso, ha reservado para sus ensayos sociales lo mejor de su genio, y se ha servido de su fantasía—tan sajona en la alianza del sentido práctico con los más inesperados funambulismos—para preservarlos del pecado de aridez que hacen tantas obras generatrices, sólo asequibles a entendimientos preparados y dotados de una capacidad de atención raras veces puesta en la lectura. Sus opiniones, sus especulaciones, sus polémicas, revelan al hombre consciente de los más altos deberes de ciudadanía universal, sabedor de que la inteligencia tiene junto a grandes privilegios arduos tributos. Y su labor crecerá en el tiempo por haber sabido ahincar en los dolores humanos, sin dejar de mirar al cielo, el arado agudo del espíritu.

La entrada de Wells en las letras británicas recuerda un meteoro de esos que él describe con tan vívidas luces: nutrido de disciplinas serias, sin exponerse a malograr en juveniles intentos, más hechos de vanidad que de necesidad, sus grandes dotes, no se decide a salir del anónimo sino después de conocer la vida y de haber acendrado en ella experiencias de la más varia índole.

En enero de 1895 nadie conoce al humilde profesor de la *Henley House School,* a pesar de colaborar desde hacía ya tiempo en la *Pall Mall Gazette,* y en diciembre del mismo año, luego de haber publicado el delicioso boceto *The man of the Year Million, Select conversations with an Uncle, The Time Machine, The Stolen Bacillus and Other Stories* y *The Wonderful Visit* es ya célebre. A partir de este año ninguno ha dejado de contribuir con obras siempre interesantes y a menudo maestras al enriquecimiento de la literatura británica. Los más varios problemas han suscitado su atención, y de seguro no significan menor agilidad imaginativa las obras de carácter social como *New Worlds for Old, Anticipations, First and last Things, The Discovery of the Future, A Modern Utopia, Socialism and Marriage* y *An Englishman looks at the World,* por no citar más, que las dramáticas peripecias del pobre hombre invisible, las aventuras del experimentador proyectado por la violencia de un explosivo hasta la cuarta dimensión, el portentoso descubrimiento hecho por el anticuario Cave en un esferoide de cristal o los milagros de pesadilla conseguidos merced a la vivisección por el Dr. Moreau en su isla desierta...

A pesar de no caber en la extensión de esta nota ni de entrar en el propósito de quien la escribe la pretensión de abarcar, siquiera sea en una síntesis crítica que exigiría mayor espacio y, sobre todo, mayores reflexiones y estudio, obra tan vasta y tan compleja, debe insistirse en que los caracteres antedichos no excluyen de la novelística de Heriberto Wells las pasiones humanas que alimentan la comedia y el drama cotidianos. El amor, la ambición, la envidia, el miedo, la generosidad—en muchas de sus desviaciones e injertaciones—han sido estudiadas por él y expuestas en forma a veces inolvidable. De todas ellas abundan imágenes ya patéticas, ya cómicas, ya felices, ya desventuradas en sus páginas; y no creemos incurrir en hipérbole al decir que este escritor clasificado casi exclusivamente de fantástico, ha escrito algunas de las más bellas escenas naturalistas de la literatura contemporánea. Aspectos interesantísimos de la cuestión sexual están fijados en *Ann Veronica, Tono-Bungay, The New Machiavelli* y *The Pasionate Friends,* y vestigios de su propia vida se traslucen en la deleitosa *History of Mr. Polly* y en *Kipps.* Mas ha de entenderse que tanto en estas obras como en aquellas donde la fan-

tasía muéstrase más aventurera, aparecen siempre los rasgos humanos dibujados con mano segura y animados por espíritus en que el sedimento de arcilla y la chispa divina se sienten vivir en proporciones varias que los hacen ser buenos o malos, bellos o caricaturales, pero nunca abortados monstruos.

De la difícil ponderación de sus aptitudes da idea práctica lo lejos que han quedado de él sus imitadores innumerables. En los cuentos y las novelas cortas las facultades de Heriberto Wells lucen esplendorosamente. El volumen donde ha recopilado los mejores de sus libros *The Stolen Bacillus and Other Stories, The Plattner Story, Twelve Stories and a Dream* y *Tales of Space and Time* bajo el título de *The Country of the Blind,* publicado por el editor Nelson en 1911, se abre con un prefacio donde Wells explica su concepción de este género que tanto conviene a la naturaleza de su talento y a las condiciones de nuestra época en cuya divisa parece escrita la palabra *rapidez.* Las traducidas aquí, no por granjear nombradía o lucro sino por rendir tributo de admiración al escritor a quien tantas horas de provechosa lectura debemos, son sin duda de las mejores. Cada una de las cinco ofrece una faceta diferente de las que parecen, sin embargo, irradiar las luces todas de una luminosísima inteligencia. La fantasía, el humorismo, el sentimentalismo, la observación minuciosa, la deducción intelectual, la proporción entre los asuntos, la forma y las dimensiones, culminan de tan perfecto modo, que la preferencia se hace difícil. Algunas de las más bellas han quedado fuera del volumen, mas no tardarán en aparecer traducidas por la misma mano, ya que "Atenea" se propone ofrecer al público de España y América cuantas obras del autor de *The War of the Worlds* no se tradujeron hasta hoy. Por fortuna Mr. Wells es joven—nació en Bormley, Kent, el día 21 de septiembre de 1866—, y su talento, en plenitud funcional, no dejará de aprovechar la remoción poderosa que tanto en la ideología como en las industrias del mundo ha producido el ariete terrible de Marte, para proyectar su espíritu sagaz, fraternal y curioso hacia las sombras que nos circundan.

Si estas líneas no se dirigiesen a un público de selección, temeríamos que la figura del gran escritor quedase esfumada. Acaso debiera insistirse sobre la agilidad de su inventiva, sobre la rectitud

de su conciencia, sobre la claridad y euritmia de su prosa. Otros novelistas de la Inglaterra presente podrán superarlo en tal o cual aspecto del arte; sin disputa Tomás Hardy le aventaja en la perfección clásica del estilo, y Kipling, que ha aportado además del poder exaltador del britanismo, la jerga, las costumbres y los ensueños de "los flecos del Imperio", posee sobre él un vigoroso sentido de las potencias de la naturaleza, perdurablemente plasmado en esas dos joyas que se titulan *The Jungle Book* y *Kim*. Mas en la totalidad de la obra, en la calidad y eficacia del esfuerzo, ninguno le excede. Heriberto Wells es un escritor que honra a la literatura inglesa y un hombre que honra al pensamiento universal. Cuando pasen los años y muchas de sus anticipaciones científicas hayan sido sobrepasadas por las realidades, aun se hallará enseñanza y deleite en sus libros, porque en ellos podrá siempre identificarse mucho de cuanto tiene el hombre de eterno en sus anhelos y en sus incertidumbres.

A. HERNÁNDEZ CATÁ.

MEDICO DE NIÑOS

II

9 de mayo.

AUDIN ha venido hoy por la mañana. No he tenido valor para verle. Abatida, con una fuerte jaqueca, y cuando acababa la consulta, ha entrado bruscamente el padre de Catalina.

Estaba blanco como la pared. Prorrumpió en injurias. ¡Oh! qué escena más espantosa! Ese hombre, de aspecto tan correcto, ha proferido las palabras más duras y los más amargos cargos. Todo era culpa mía, había sorprendido su buena fe y expuesto a su hija en los barrios más pobres; yo la había matado... Los ojos se le salían de las órbitas. No he respondido nada... ¿Qué habría podido contestar? Sus quejas no podían aumentar mi dolor. Las comprendía y las escusaba... eran la voz de la desesperación. Me producían quizás menos daño que si hubiera venido a llorar conmigo...

Sólo que después, algo más tarde, sobrevino la reacción física inevitable. Pobres nervios míos de mujer... he podido someteros a severas disciplinas... habituaros a permanecer en calma... Esta vez, era demasiado... he cedido a una de esas crisis nerviosas mudas, que abaten y agotan.

Todo el día he estado postrada... Pero no puedo, yo no tengo derecho para eso... Tengo visitas que hacer y muchos cuidados; mis enfermos, mis niños... mis enfermeras... ¿Tendré siquiera el derecho de tener nervios?... ¿Tendré acaso el derecho de sentir una desazón personal? No, ¿no es verdad? Pues enton-

ces... Pero hoy... yo no puedo... no sé nada. Estas responsabilidades pesan demasiado, y estoy completamente sola... ¡Ah!, si tuviera un colega cerca de mí... que fuera un apoyo... que viniera a decirme: "¡Valor!" Un amigo que pusiera las cosas en su punto con su recta razón de hombre... un colega... pero ¿cuál? Aquellos colegas, que son al mismo tiempo amigos míos, no vendrán... no podrán venir... siguen distintos caminos. ¡Oh! necesito un amigo que me ayude a sobrellevar la vida...

Escribo para tratar de distraer mi pensamiento. El crepúsculo de verano desaparece a lo largo del cortinaje. Oigo las voces de las enfermeras que acaban de comer. Estoy sola. El ruido me exaspera y la luz me hace daño.

Miguel duerme aquí a mi lado. He empujado la puerta entreabierta, y me he acercado a besarle. Pero, ni sus besos mismos podrían nada para aliviar tal angustia, tamaña desazón... Catalina, mi otra hija, mi hija de elección, esa preciosa niña de la que era responsable... He contemplado a Miguel durante mucho tiempo dormir.

Miguel, si tuvieras más edad... A veces me dice: "Cuando sea grande, quiero ser médico, para ayudarte... madre mía". ¡Qué ilusión! Pero eres tan niño todavía... ¡Cuántos años de soledad!

De repente, una mano ligera y firme ha llamado.

Había prohibido la entrada, y no quería decir: "Adelante".

Y he visto a Andrés que se acercaba.

Ha venido a sentarse cerca de mí. Lo sabía todo. Y estaba tan atormentada por la soledad que le he dejado entrever mi angustia. Ha sido bueno... Se ha revelado como otro hombre, muy grave y muy tierno: hubiérase dicho que se habían trocado los papeles. Era él quien tomaba el acento maternal.

Aquel a quien yo trataba como a un niño, asumía de repente el mando y la dirección.

Y me repetía:

—No se avergüence de su aflicción; cálmese un poco... No importa que sea usted un gran médico; es también una mujer... una mujer que necesita ser mimada y cuidada... Y está usted

sola... Apóyese en mí; yo no soy el compañero frívolo que usted imagina... también yo soy un triste. Pero soy fuerte. He dominado mis nervios por mi voluntad de hombre. ¡Ah! yo puedo llevar todas las cargas... Déjeme ayudarla a llevar la que la rinde...

Y después, cambiando de tono:

—Apostaría a que no ha comido usted desde ayer.

Y como yo afirmara con una señal de cabeza, añadió.

—Déjeme hacer. Hoy soy yo quien la cuida a usted.

Y se retiró, volviendo poco después con las manos llenas de paquetes... y con un ramo de rosas blancas. Trajo un velador y sirvió la colación. No pude menos que sonreir. Y él me decía:

—¡Vaya! ¿No sé yo arreglar una mesa?

Colocó las flores, las frutas, los platos ligeros y un buen vino. Me obligaba a comer, cortando los bocados y acercando el vaso a mis labios. Después me obligó a que me echara en el sofá y se sentó cerca de mí.

—Bien, no nos diremos nada. Trate de no pensar, trate de dormir...

¡Qué buena y hermosa esa solicitud, tan nueva para mí! La brisa de verano que entraba en mi habitación, me traía tal dulzura, que me eché a llorar súbitamente, a pesar de mi vergüenza y de mis esfuerzos.

Andrés me decía dulcemente:

—Llore... No trate de reprimirse... eso le hará bien...

Cuánto ha debido sufrir este joven para comprender tan bien...

Permanecimos así durante mucho, mucho tiempo. Me quedé dormida. Cuando volví a abrir los ojos ya él no estaba allí. Y he creído que había soñado.

10 de mayo.

No; no había soñado... fué Cecilia la que me dió la certidumbre. Esta mañana, no obstante mi angustia, conservaba toda la dulzura de ayer. He podido volver a mi trabajo y a mis visitas. En el momento en que iba a entrar a dar la consulta, Cecilia solicitó hablar conmigo un instante.

La encontré en mi alcoba. Tenía una cara de piedra, y la mirada fija. Me ha participado, con voz sorda y premiosa, su intención de partir inmediatamente.

—¿Usted, Cecilia?,—la dije muy sorprendida.

Y después exclamé espantada:

—¿Se siente usted enferma?

Movió ella la cabeza con gestos de obstinación. No, no estaba enferma; quería marcharse.

—Pero, Cecilia, usted no puede abandonarme así... Usted, que es mi enfermera más antigua, la que dirige la cuna... ¿Cómo quiere usted que Berta y Mina hagan todo el trabajo?

Contestóme con tono indiferente, que todo le era igual y que partiría hoy mismo.

Entonces, de repente dejóse dominar por la cólera que la embargaba y se puso a hablar muy rápidamente. Decía cosas descompuestas que me herían... Y yo no llegaba a comprenderla. Me hacía el efecto de estar diciéndome injurias en una lengua extraña. La contemplé estupefacta. ¿Qué me censuraba ella? ¿Qué podía tener contra mí para insultarme de ese modo?

Y repetía:

Usted me lo ha robado... Usted me lo ha robado... ¡Oh! ¡Jamás hubiera creído esto de usted, yo que la amaba tanto! Y a usted ¿qué le importa? mientras que yo... ¡Oh! cuando le vi ayer tarde pasar con sus rosas... y los ojos que tenía, aquellos ojos que no veían nada... Entonces comprendí que la amaba a usted... y que usted me había robado su amor... ¡a mí que le amaba desde hace tanto tiempo!

Todo se aclaraba, y empecé a comprender su absurdo agravio.

Quizás debí haber razonado, haberla explicado hasta qué punto se engañaba... Pero ella no cesaba de acusarme.

—Usted me ha engañado... robado... desolado...

Sentí entonces un frío glacial en mi corazón. Y repliqué con calma:

—Usted delira, pobre hija mía... Creo, en efecto, que lo mejor que usted puede hacer es partir inmediatamente.

Mi voz helada interrumpió el torrente de sus palabras. Volvió a poner su cara de piedra y abandonó la alcoba.

Cecilia... a quien yo miraba como una hermanita de los po-

bres, con su hermosa frente pura, y sus ojos tan dulces... ¡Cómo se había transformado su cara hasta el punto de hacerse odiosa... mala!... Ya nada quedaba de su vida de abnegación, de ternura, nada, absolutamente nada... Ama, y no es ya más que una mujer celosa... que sufre y quiere vengarse... Pobre niña... Y lo que la transforma de ese modo y lo que la hace tan injusta y sufrir tanto, es el amor...

El amor.

Me estremezco súbitamente. ¿Qué ha dicho, pues, esa desgraciada, esa pobre loca que nos ha espiado ayer tarde? Ha dicho que Andrés me ama.

¡Qué irrisión! Yo no soy una mujer a quien se pueda amar... Y ese joven que puede elegir entre las muchachas más brillantes y más amadas...Ese joven que era amigo de Catalina, de Cecilia, ¡sería a mí a quien amaría! Me he reído, sí, me he reído en alta voz. Me he levantado después y he ido al espejo.

Treinta y cinco años... Ni alta ni baja... Un cuerpo delgado, sobre el cual flotan mis vestidos sastre sin fantasía, una cara enjuta, muy pálida, los cabellos abundantes pero recogidos hacia atrás y apretados, lo que sienta bien a mi rostro firme y preciso... No, yo no soy una mujer a quien un hombre pueda amar con amor... Jamás he tratado de agradar... Siempre he preferido los vestidos sencillos, rectos, fáciles de poner. Mi única coquetería es la limpieza minuciosa, quizás maníaca... La ropa interior cambiada todos los días... Mi única fantasía son los cuellitos impecables, las corbatas ligeras que dan cierta alegría a mis vestidos obscuros, reemplazadas por la noche por otras de encajes.

Yo no soy una mujer... Yo vivo por mi voluntad en tensión; soy una máquina bien montada, que va de un deber a otro, a hora fija.

Yo lo he querido así. Y esos deberes los amo con una ternura que es la única poesía de mi vida... Ternura para mi Miguel, para mis nenés, mis enfermitos, mis enfermeras... Una ternura imperiosa que abarca todo mi corazón, todo mi sér y no deja más que pequeño lugar a la amistad.

No me hago ilusiones; sé bien cómo soy. Mi única belleza son mis ojos grises, sombríos, ojos graves que raras veces se

alegran, ojos que miran bien de frente y no se bajan ante otros ojos...

Pero no son ojos que puedan conquistar el corazón de los hombres. Cecilia, en su cólera, se ha engañado completamente, la pobrecilla. Andrés no ama a nadie... O, si acaso, a alguna gran señora casada de quien quiera huir...

Y no obstante... no obstante... hay en mí como una certidumbre que se establece lentamente, una certidumbre que es dulce y cálida como ese rayo de sol en mi oscuro gabinete...

Han llamado a la puerta, y María ha dicho:

—Señora, es la señorita Cecilia que se va... Ha pedido que vayan a buscarle un coche.

He respondido:

—Está bien. Vaya usted a buscar el coche.

Y la partida de Cecilia me ha parecido la cosa más natural del mundo, decidida hacía ya mucho tiempo.

Si viniera esta noche—y seguro es que vendrá—, será necesario que le haga entrar en razón... Le diré: amigo mío, viene usted con mucha frecuencia... Es preciso que no venga tan amenudo...

Y si ciertamente... me ama... será preciso que le diga: "Amigo mío, ¿por qué obstinarse? No hay que hacerse ilusiones. Usted toma por amor lo que sólo es una amistad generosa y entusiasta. Es necesario poner las cosas en su punto... huir... trabajar... olvidarme. Usted lo ve bien. No hay lugar en mi vida para un sentimiento tan exclusivo y absorbente... Mi vida está organizada, y ha entrado en una ruta que seguiré hasta la muerte... No tengo el derecho de permitirme una distracción, unas vacaciones, semanas de olvido, algo, en fin, de las alegrías que sólo a mi afectasen. Mis hijos están allí... Miguel... Odeta... y todos los demás, nuestros nenés, y todos nuestros pobres degenerados que tanta necesidad tienen de mí. Yo me he entregado a ellos. Y, por otra parte, no soy una mujer capaz de hacer la felicidad de un hombre. Soy muy poco hábil para las cosas del sentimiento... Soy una voluntad en tensión... un cerebro que trabaja... un corazón que se ha entregado ya... y que no tiene lugar para más...

Sí, esto es todo lo que le diría, si ciertamente me amara... Pero él no me ama.

Hoy al medio día, Gaudin me ha traído noticias de Catalina. El estado es el mismo... ¡Ah! no puedo perder toda esperanza... Si al menos pudiera cuidarla yo misma. Paréceme que mi afecto la salvaría.

Andrés vino por la noche. Yo estaba en el gabinete de trabajo, poniendo en orden mis notas. Entró. Me cogió las manos para besarlas, y después se sentó cerca de mí en la silla baja que tanto le gusta. No he dicho una sola palabra; le miraba. Y mientras le miraba, he adquirido súbitamente una convicción... y he oído mi voz, mi propia voz, completamente cambiada, profundamente tierna, y que decía:

"¡Andrés!"...

Y mi mano, que él tenía sujeta y que soltó de momento, tocó ligeramente sus cabellos.

¡Oh! la mirada que me ha dirigido, la mirada de aquellos ojos negros...

No ha respondido nada; y hemos permanecido allí los dos en silencio.

Me he dicho a mí misma: "Le hablaré al momento... Le diré todo lo que había preparado." Pero no me he encontrado con valor para interrumpir ese delicioso silencio, en el que me parecía que mi amistad consolaba su amor.

Y en el acto, como movido por un resorte, me saludó y se fué.

Andrés...

¡Oh! esto no es más que una tregua en la lucha cotidiana, en medio de una de las penas más grandes de mi vida.

Pero esa tregua no ha de durar. Hay que desechar lo imprevisto, y yo merodeo en viña prohibida... Pero quiero gustar ese fruto un instante... Un instante no más... ser amada... Soy amada... En lo adelante, venga lo que quiera, habré conocido ese consuelo, tan poderoso y tan dulce. Pero es menester que ahora le diga que no me ame.

Ha vuelto hoy; y hemos hablado extensamente.

Me ha referido su vida, su infancia en una familia rica, a la

vez adulado y solitario. Su madre le colmaba de pasteles, de juguetes costosos, pero no salía con él. ¡La había amado tanto, la encontraba tan bella! Tocaba sus vestidos, y se deslizaba en su alcoba, con el corazón palpitante. Ella le acariciaba, pero no tenía tiempo para ocuparse de él; muchos amigos y muchas diversiones mundanas la llamaban fuera del hogar. Recordaba en particular una noche: la había llamado en vano gritando espantado, obsedido por una pesadilla, mientras oía abajo el piano y voces, la voz de su madre. Durante una de sus enfermedades de niño, jamás la había visto a su cabecera. Había crecido y había llegado a ser un joven que a su vez se divertía... Había galanteado, y echando flores, ahogaba la burla que subía a sus labios. ¡Esas mujeres! ¿conocerán esas mujeres el amor? ¿Amarán al prometido, al novio, al hijo? ¡Ah! ¡no! no amarán en el mundo más que a sí mismas: sus cuerpos y sus trajes. El sabía todo esto... Ahora, su madre, envejecía y sufría tanto viéndose envejecer! Andrés experimentaba por ella una gran piedad y la perdonaba su infancia malograda. Se había quedado sola muy joven, con un niño demasiado pequeño... Pero no perdonaba a las otras mujeres su primera decepción de amor. Le inspiraban desconfianza y menosprecio. Y más tarde, me ha encontrado en su camino, me ha visto coger un niñito en mis brazos... Entonces me amó... me ama...

Interrumpióse, llenos los ojos de lágrimas, y sentí que todo su contenido sufrimiento venía hacia mí. ¡Pobre hijo mío! He tratado maternalmente de hacerle entrar en razón. No quiere oir nada.

—Ahora que lo sabe usted todo, no puede negarme... ¡le pido tan poca cosa!

Venir, traerme flores, proporcionarme alegrías... y un poco de ensueños en mi vida austera. Y por esto renuncia a todos sus proyectos, a su viaje, no pide nada más... que un lugarcito en mi gabinete de trabajo, por la tarde, de vez en cuando. Y añadía:

—Usted puede concederme esto muy bien... Si la fatigo, no nos diremos nada; usted me dejará allí, cerca de usted... sencillamente... Yo no la comprometo. ¿No es así? Usted recibe muchos colegas...

Sonreía algo irónicamente:

—¡Oh! No, efectivamente... Yo no soy una mujer a quien pueda comprometerse... ¡Soy tan poco mujer! Una profesional, una doctora...

¿Por qué experimentaría yo dolor tan punzante al decir esa palabra que siempre fué mi orgullo?

Pero él me ha corregido:

—Es usted una mujer diferente de las otras... Pero he aquí por qué la amo de distinta manera que a las otras... y con un amor que nada puede cambiar.

Cuando me habla así... ¿puedo decirle que no me ame? Dios mío, y si pudiera lograrlo, ¿querría yo acaso que me amase?

Ha partido. Y de nuevo vuelve mi angustia... y sufro remordimientos por haber dejado vagar un instante mis pensamientos.

17 de mayo.

Catalina ha muerto hoy por la mañana. He recibido el telefonema en pleno corazón, en mitad de la consulta. He tenido que dominarme, calmar el temblor de mis manos y ocuparme de la enferma que me hablaba de sus males. Solamente después que ésta hubo salido, entré un instante en mi gabinete, y encontré a Andrés que me aguardaba. Comprendí por qué había venido. Se adelantó hacia mí y me cogió las manos. Me hizo sentar. Estaba casi molesta de encontrarle allí, pues tenía necesidad de reconcentrarme en mí misma... El me hablaba; no recuerdo lo que me decía. Pero poco a poco el sonido de su voz me hizo bien.

Fué preciso que le interrumpiera, y que me levantara, cuando me sentí más tranquila.

—Los enfermos esperan...

—¡Ah! sí; es cierto,—dijo—, es la hora de la consulta. Usted no tiene siquiera el derecho de sufrir como los otros...

La amargura de su voz me conmovió.

—Escuche, replicó, permítame que venga esta tarde en automóvil para llevarla al campo. Esto le hará bien. Oiga: ¡llevaremos a Miguel!

Yo negaba con la cabeza, y dije:

—¡Oh! no esta tarde, Andrés, no esta tarde...

—Entonces, permítame que vuelva esta tarde. ¡Oh! sencillamente para impedirle que esté sola. Haremos números, si usted quiere. Yo le ayudaré a poner sus notas en orden...

Mayo.

El trabajo cotidiano me cuesta tal esfuerzo que no puedo ya escribir... Lo único que me conforta es el afecto de Andrés.

¡Oh! escuchar esas palabras que tengo tanta necesidad de oir... Es como una lluvia tibia que cayera sobre mi árido corazón.

Pienso en esa madre y en ese padre.

Mayo.

Gaudin me ha encontrado una enfermera de mediana edad para dirigir la cuna.

Mayo.

Catalina... Santita mía...

Mayo.

En el fondo de mi sér llevo una herida que jamás se cicatrizará.

Y, ahora, es preciso que vuelva a empezar la vida. Vivir con una puñalada en el corazón...

Escucho allá abajo la risa de Miguel; su risa exuberante y comunicativa me hace bien. La vida está allí todavía: los niños, la ternura... Pero si me acerco a los nenés, la evocación de Catalina, con su bata blanca, llega a adquirir tal precisión que me apresuro a salir precipitadamente para que mis enfermeras no me vean llorar...

29 de mayo.

Andrés me ha llevado al cementerio en automóvil; había puesto detrás de nosotros brazadas de flores, todas blancas, lilas, rosas, ramilletes de lirio que exhalaban fuertes olores. Todos los jar-

dines estaban florecidos. Las casas ostentaban sus fachadas cubiertas de rosas. Y esos perfumes que nos envolvían al pasar, y los que con nosotros llevábamos, y el aire libre al que no estaba habituada, la velocidad, el deslumbramiento del sol, me aturdían. Parecíame vivir un triste ensueño conmovedor y, sin embargo, dulce.

El cementerio parecía un jardín más adornado que los otros, en el que las flores escogidas y los mármoles daban, con palabras diferentes, un sonido igual, de amor, de dolor y de esperanza. Mi pena se aliviaba un tanto. Nos detuvimos. Era allí. Los duros terrones removidos estaban medio ocultos por las flores que empezaban a marchitarse bajo el sol ardiente. Apilamos las nuestras retrasadas. Y la tumba de Catalina apareció a nuestra vista como un montículo de blancura.

Oh ¡quién pudiera no oir continuamente los cargos de ese padre!...

Junio.

Todas las noches, Andrés me envía rosas. Ha descubierto que me gustan las rosas de Bengala, esas intrépidas rositas, que tan pronto se deshojan, generosas y abiertas hasta el fin del otoño. Al lado del ramillete de rosas de Francia o del Mariscal Niel, hay siempre un ramo de rosas de Bengala, que Mina coloca sobre mi mesa. Y tenemos rosas en todas las habitaciones; y aun damos a los pobres que vienen a la consulta.

Junio.

¿Será el sufrimiento lo que me hace tan sensible a tantos hechos que antes pasaban inadvertidos en mi vida preocupada? La afección apasionada de Miguel paréceme cosa nueva. El amor de Andrés se me hace cada día más caro. A veces mi dolor se atenúa, como si se fundiera en una increíble ternura.

Junio.

Por primera vez, he oído esta noche el canto del ruiseñor. Antes decía yo: "El ruiseñor... He aquí el verano". Y no

pensaba más en ello. Pero esta noche me he puesto a escucharle... He escuchado ese llamamiento vertiginoso, doloroso a fuerza de ser intenso, que os penetra...

Julio.

Hay en el fondo de mi sér una dicha muda, en la cual me refugio.

Julio.

Paréceme que lo mejor de mi sér está continuamente en ese delicioso retraimiento.

14 de agosto.

"¿Y qué es lo que puede impedirle a usted casarse conmigo?" ¡Cómo y con cuánta ternura ha dicho esta frase!

Era al mediodía de ayer. Estábamos en el terrado de una venta en lo alto del Ródano. El había venido a buscarme cerca de las tres. He hecho la visita. Los niños jugaban en el patio. Los más pequeños acababan de tomar su baño de sol. Todo marchaba bien. Y Miguel estaba loco de alegría de salir conmigo. Después he subido al automóvil. Andrés se ha colocado a mi lado y hemos puesto a Miguel enfrente de nosotros en un cojín. Andrés me hacía esta explicación:

He tomado un *chauffeur* para no tener el cuidado de guiar... Podremos charlar mejor.

Y hemos partido.

Todo el campo estaba verde y dorado: el verde apagado, y el dorado ceniza de la mies. Daba la impresión de una obra terminada, de un gran reposo. Decir que estas cosas están siempre, que siempre están allí, tan hermosas, tan emocionantes; esas quintas, esos árboles, esas flores al sol, y la dulzura de las sombras sobre los campos, y decir que nos privamos de ellas, cuando podríamos descansar en su paz nuestros miembros, nuestro espíritu, todo nuestro sér desazonado. ¡Oh! Cómo me evadía de mis cadenas, cómo me refugiaba bajo las cúpulas de los castaños, sobre

el césped de aquel parque, al borde de aquel río sombreado; en aquellas ruinas cuyos peldaños de piedra están cubiertos de geranio. Irse de allí... Irse de allí...

Andrés me decía:

—Amiga mía, estoy seguro de que jamás ha visto usted el verano...

—No, es cierto; jamás hábía visto el verano, ni el otoño... ni la primavera...

—Amiga mía, usted sale siempre en coche cerrado por los barrios pobres y no conoce la hermosura de los campos.

Y yo repetía.

—Sí, son muy hermosos los campos...

Ciertamente... desde mi adolescencia, empleada en estudiar, mi juventud consumida en la Escuela de Medicina, en el Hospital y en la pequeña habitación en que trabajaba hasta muy tarde en la noche, ¿he tenido alguna vez descanso y alegría?

—¡Oh! grave amiga mía, cómo quisiera yo proporcionarle en lo adelante hermosos veranos...

Y yo pensaba:

"Sin embargo, noto que mi juventud se me escapa... me he privado siempre de todo, he trabajado siempre más allá de lo que mis fuerzas permitían, he dominado siempre el cansancio, mis caprichos, mis deseos, a tal punto de que ya no los siento. He tratado de cumplir mi deber, sí... Pero ¿la dicha? Jamás he tenido sino la dicha grave, dolorosa, compuesta de responsabilidades... mi profesión, mis enfermos, Miguel."

Nos hemos detenido en un viejo caserío dividido por el Ródano. En lo alto del albergue se ostentaba todavía el rótulo antiguo: "Alojamiento para hombres y animales". Tomamos el te en la galería, mirando correr el agua gris. Las olas jugaban, se perseguían, y otras venían continuamente. Y bajo esa superficie serena, agitada lentamente, sentíase la fuerza secreta de las corrientes que nada puede vencer. Iguales a los monstruos de las leyendas, imperceptibles e irreducibles, nos arrastrarían como arrastran esos pétalos de rosas, caídos de mi pecho y que florecen el agua por un minuto.

Miguel tenía sueño. Cerraba a medias los ojos. Andrés lo ha llevado a la sala y lo ha acostado en el sofá. ¡Me sentía con-

movida al ver esos cuidados! Después se ha acercado a mí; y allí, inclinado sobre la corriente, ha murmurado estas palabras, que oigo siempre acompañadas del ruido de las olas y con la visión del cielo rojo, en el que el crepúsculo comenzaba a ascender.

—Amiga mía, ¿por qué no se casaría usted conmigo?

Tuve un pequeño sobresalto.

—¡Qué! ¡Qué dice usted! ¡Pero eso sería una locura! ¡Casi un crimen!

—Ante todo, le prohibo que llame usted crimen lo que le pido con todo mi corazón... Con mi alma... con todo mi sér...

—¡Eh, Andrés, yo soy más vieja que usted!

—¿Qué son cinco años?

—Aun teniendo su edad, aun teniendo dos años menos, tendría más edad que usted... Vamos, Andrés, usted sabe bien...

—Sí, yo sé que usted ha tenido una vida difícil, que la ha dado gran experiencia, pero usted sabe que yo también he sufrido...

¡Oh! cuando me habla con aquella voz y me mira con aquellos ojos...

Después le he dejado hablar. El desarrollaba todo un loco sueño. Sí, casarse conmigo. Yo podría continuar la misma vida; sólo que él estaría allí, cerca de mí, para ayudarme. Aparentemente nada cambiaría... Excepto que yo podría ensanchar la clínica y trasladarla si quisiera al campo. El compraría una posesión. La cuna tendría más sol, y yo sería siempre la Doctora Francisca. Solamente que él velaría por mi dicha íntima. Me proporcionaría descanso, diversiones y junto a esa existencia profesional, tan libre y ocupada como hoy, tendríamos nuestra vida maravillosa y secreta...

Con qué ternura hacía caso omiso de su persona, no exigiendo nada más que la alegría de estar allí, en la sombra, a mi lado.

—Pero, Andrés,—balbuceaba yo—, ¿y usted? ¿usted, que no está hecho para permanecer sujeto, privarse así, adquirir deberes, preocupaciones, tristezas, de las cuales ya quizás comience a darse idea...?

Interrumpióme entonces:

—¡Oh! si usted consintiera... mi corazón no sería bastante grande para contener mi dicha.

—Pero Andrés, ¿cómo es que me ama usted a mí que no tengo nada de lo que tienen las otras mujeres?

Y me ha respondido:

—Justamente, por eso es por lo que la amo a usted... Hay muchas mujeres como las que usted dice... y usted, usted es la única diferente... Y es usted la que amo.

Cuántas cosas más me ha dicho todavía...

El Ródano corría a nuestros pies, dejando ver algo del cielo rosado en las amplias manchas grises. Y yo escuchaba esas palabras como la dicha mayor que hubiera podido soñar.

Ya no hablaba. Alrededor de mi talle sentí su brazo. Inclinóse y acercó sus labios a mi frente, tan dulcemente, que no intenté defenderme. Se deslizaron por mis mejillas, y súbitamente se detuvieron en los míos. Experimenté el sentimiento extraño y nuevo de una debilidad desconocida, y la alegría de ser débil. Sentí aquella voluntad de hombre sustituirse a mi voluntad. Tuve entonces conciencia de ello y me estremecí. El supo que yo también le amaba... ¡Oh! estaba dispuesto a darle cuanto me pidiese. Los sufrimientos y los sacrificios serían alegrías para mí.

Me pasó por la mente la idea de un hijo suyo... Un hijo. Nuestro hijo.

Separéme entonces de los brazos de Andrés y volví a la sala para abrazar a Miguel dormido, como si le debiera una justa reparación. He visto, en la sombra, sus ojos brillantes.

Quizás adivinaba...

Cuando quise levantarle para llevarle al automóvil, se separó de mí; se puso en pie y me dijo con su brusca vocecita que conozco muy bien, como reveladora de sus sufrimientos:

—Ya no duermo... Puedo andar.

Durante la carrera, se esforzaba por permanecer despierto y separaba de mí sus pies y sus manos. Nos hemos reído de esa chiquillada, y continuábamos escuchando en el silencio, nuestras palabras de amor. Andrés nos ha acompañado hasta la puerta...

¡Si él hubiera sospechado lo que me esperaba! Odeta en la agonía, y su madre a su cabecera, retorciéndose los brazos y llamándome; la señorita Regnier sin saber qué hacer; y las pobres enfermeras, locas, telefoneando a todas partes sin resultado.

La niña tenía ya lo estertores de la agonía. No había nada que hacer. Y nos hemos quedado, la madre y yo a cada lado de la cabecera.

Experimentaba un extraño sentimiento. Ese blanco aposento a donde habían transportado la camita, ese aposento en que he pasado tan a menudo noches angustiosas a la cabecera de un niño que desesperaba de salvar, parecíame completamente extraño. Sentía a Odeta muy lejos y como separada de mí. Sí, estaba muriéndose... ¡Y bien! yo había cumplido mi deber. Expliqué a la madre que mi presencia no hubiera retardado un solo instante la agonía y que temía y estaba prevista esa crisis.

Cuando todo hubo concluído, cogí las manos de la pobre mujer. Las palabras de consuelo salían automáticamente de mis labios; pero me parecía que hablaba en sueños y que mi corazón, durante todo ese tiempo, estaba ocupado en otra parte, con una alegría imprevista de la cual nada podía apartarle. Ella clavaba en mí sus ojos secos y hostiles. Mis palabras no la impresionaban.

Por último, pude dejarla a la señorita Regnier y retirarme a mi habitación.

¡Oh! ¡estar sola... con él!

Pero Miguel tosía; había cogido frío. Lo cuidé bien o mal, sin inquietarme como me inquietaba antes.

Y ahora, en vez de acostarme, me siento a mi mesa de trabajo. El alba conmienza a blanquear ya los tejados.

¡Andrés!...

Y lo que volvía siempre a mi corazón y a mis oídos, no eran los estertores de la niña, ni las palabras de la madre... ni la tos de Miguel, que da vueltas febrilmente. Es la frase que oigo siempre como una deliciosa obsesión:

—Amiga mía... ¿Por qué no se casaría usted conmigo?

Agosto.

Un día le dije:

—Usted sería como todos los hombres; usted también... Ahora usted no tiene celos, le gustan los niños, Miguel, todo aquello que está en mi vida. Pero, después, usted le tomará odio a mi profesión, que forzosamente me alejaría ds usted. Y entonces cuánto hemos de sufrir...

Pero él protestó:

—Yo no la quiero a usted distinta de lo que es. Me gusta usted así, grave, absorta; jamás he de pedirle que abandone su tarea. Amiguita mía, tan sabia, permítame que le bese esas preciosas manos que saben curar... y que me gustan hasta en sus faenas curanderas. Acepto que no me conceda usted de sí misma más que una leve parte... Jamás hablaré como dueño, ni reclamaré nunca nada más.

—Pero, si a pesar de esto, lo veo yo sufrir...

—Pero ¿por qué he de sufrir? Y quiero que sea usted un gran médico, admirado y adorado. No seré torpemente celoso. Usted ve bien cuánto amo a su Miguel... Y si tuviéramos un hijo, no podría amarlo mucho más de lo que amo a ese pequeño que usted ha salvado y alegra todos los días, ese niño que es su obra y su afecto.

Esas palabras me hacían extremecer hondamente...

El continuó:

—Usted es la que cura, la que sostiene, la que consuela... Y yo seré el que la consuele a usted, quien la de un poco de alegría y de amor en medio de sus duras ocupaciones. Vea usted cuán poco le exijo, Francisca... Imagine qué hermosa ha de ser la vida nuestra...

¿Qué responderle cuando se engolfa así?

Y añadía con su irresistible sonrisa:

—Usted sabe bien cuánto tiempo he sentido no ser médico. Pues bien, llegaré a serlo algo oscuramente yo también, puesto que ayudaré al médico a vivir y le proporcionaré la dicha... es decir, las fuerzas...

¿Qué replicar oyendo tan absoluta abnegación?...

Todo lo que él arroja en mi camino: su vida, su talento, su fortuna... su amor... ¡Ah! su amor, y qué amor... desinteresado, tan puro, sin celos, sin mezquindades, sin egoismo... Y yo no le doy nada, nada, a no ser la alegría de su consagración.

Todavía no he dicho que sí... Pero no digo no de modo tan categórico Poco a poco esa locura me aparece como una cosa razonable... bella... feliz. Le pido solamente un poco de tiempo para reponerme y habituarme. Yo pido... ¿y él, qué cosa no me otorgaría?

Septiembre.

Andrés ha comido con nosotros anoche. Hace mucho tiempo que no había venido "ostensiblemente". Me ha dicho muy quedo:

—Este ambiente será mi ambiente un día... ¡Qué bien me siento!

He contemplado toda la mesa. Berta, Mina, Alicita, una recién llegada algo tímida, pero llena de buena voluntad, y la señorita Regnier, siempre seria y pálida y a quien las locuras de Andrés desconciertan un tanto. Pero yo evocaba a las otras... a las que faltan... a Catalina... Cómo se mezcla la dicha más grande: una escapada, una ventana abierta al cielo, en la que puede una inclinarse un minuto... Y después, es preciso volver a entrar en el aposento, evocar los recuerdos, las penas, los duelos...

En la mesa reinaba la alegría. Andrés trataba de conquistar la amistad de Alicia. A los postres, había conseguido también la de la señorita Regnier. ¡Oh! el seductor.

Septiembre.

Miguel no ha recobrado el apetito desde el día del paseo en que cogió el catarro. Encuentro siempre fijos en mí sus grandes ojos tristes. Debe comprender que algo pasa... Tiene tal intuición de mis sentimientos... Cuántas veces ha entrado sin ruido en mi gabinete y me ha besado:

—He comprendido muy bien que estabas triste hoy, mamá...

Mucho mejor que Berta y Mina, él me adivina siempre.

Esta mañana he sentido, al cruzarse nuestras miradas, que leía en mis ojos.

Sería preferible prevenirle.

Y por eso esta noche le he traído a mi habitación para desvestirle. Es tan raro que pueda proporcionar a los dos esa alegría.

Lo tenía sobre mis rodillas. El apoyaba su cabeza en mi hombro acariciándolo... y me miraba. Parecíame encontrar en sus carnes ajadas la marca de dolores muy antiguos, de desgastes y de miserias, que él no ha conocido y que no obstante se prolongan hasta él. ¡Qué misterio en sus negros ojos! ¡Ah! si pudiera ese angelito decir todo lo que siente... Adivínase la pasión que

truena en él, que hunde sus ojos y hace palidecer o enrojecer súbitamente su rostro.

—¡Mamá, mamá!...

¡Oh! qué palabra ¡cuánta ternura pone en esa palabra!...

Mi afecto es lo que hace vivir a ese pequeñuelo; y si yo llegara a faltarle...

Pero ahora le ha venido otro afecto igualmente tierno y fuerte, que, si fuese necesario, reemplazaría al mío. Pero él no lo ha comprendido aún. A veces pienso que se obstina en no comprenderlo.

—Miguel, Miguelito mío...

Busqué palabras muy dulces para no amedrentarlo. El me estrechaba siempre. Y sentí sobre mi pecho su cuerpecito cálido que se entregaba.

—Miguel... tengo que decirte...

En el acto sintió la tensión involuntaria de mi voz. Se irguió y se apartó un poco de mi lado.

—Miguel, ¿has pensado acaso... te has llegado a figurar alguna vez que quizás yo podría llegar a casarme?

Sentí el salto hacia atrás de su endeble cuerpo. Pero lo mantuve a pesar suyo, añadiendo suavemente:

—Sería esto muy bueno para tí, Miguelito mío, pues en vez de tener solamente una mamá, tendrías también un papá... Un papá, que te consentiría también, te besaría y tendría mucho más tiempo que tu mamá para jugar contigo...

Tuve que callarme en el acto, pues sentí en mis ojos, como una quemadura, la mirada negra, dura, acerada de Miguel, que me hacía daño.

El sufrimiento que veía en su mirada me cohibía, y buscaba palabras y vacilaba.

—Vamos, Miguel... Déjame explicarte. Déjame decirte...

Se separó de mis brazos. Y entonces de pie ante mí, con una ironía penetrante, que contrastaba con su endeble persona y su pobre carita de ocho años, me dijo duramente:

—No tienes necesidad de decirme... Lo sé... Sé con quién... Y sé que todo está ya decidido...

Se escapó de mis manos dejándomelas extendidas. Se marchó a su habitación, y oí que se desvestía él solo.

—Miguel... ¿Quieres que te acompañe para que "juntos hagamos tu oración?"

No obtuve respuesta. Por la puerta entreabierta vi que apagaba la vela. Entonces, en la oscuridad, me acerqué todavía a él y le dije en tono tierno y quejoso:

—Miguelito, ¿no estarías tu contento viendo muy feliz a tu mamá?

Me dijo, por último, con la misma voz sorda, que súbitamente flaqueó en la última palabra:

—¿No eras tú feliz... antes... con nosotros... conmigo...?

¡Cuánto deseé que hubiese llorado! Porque entonces, lo habría cogido en mis brazos y él se habría dejado consolar. Pero no flaqueó ni un minuto. Se volvió hacia la pared, y me dijo con una calma extraordinaria:

—Ahora, quiero dormir.

Muchas veces, he ido a verle. Siempre le encontré con los ojos cerrados. Pero tan pronto como volvía a mi gabinete sentía, a través de la oscuridad, y de un cuarto a otro, sus ojos negros fijos en mí.

Septiembre.

Andrés me ha tranquilizado, diciéndome:

—Ya verá usted: le curaremos poco a poco a fuerza de ternura. Jamás existirá en nosotros el sentimiento de que él esté de más entre los dos...

No creo que Andrés se dé cuenta hasta qué punto es apasionado mi pobre Miguelito, hasta qué punto sus nervios presienten, sufren, se exasperan... Y, sin embargo, jamás se ha visto desgraciado, puesto que me le trajeron pequeñito y ha sido mucho más amado y mimado que los otros. ¿Tendrá acaso oscura conciencia de las miserias de los que le han puesto en el mundo? ¿Qué reminiscencia de dolor le habrá transmitido su madre, al transmitir ese desequilibrio a su pobre organismo? ¿Qué remota lacra expiará Miguel? Pero acabaremos su curación. Siento mis fuerzas multiplicadas para el porvenir. En lo adelante...

Septiembre.

Miguel conserva su gestecillo hostil y cerrado; se separa de mí y desaparece en cuanto ve a Andrés. Esta noche cuando Andrés hubo entrado en el gabinete de trabajo, cerré la puerta de comunicación. Y hemos bajado la voz. Miguelito me inspira una gran zozobra...

Más tarde.

Pero cuando Andrés está allí todas mis zozobras se disipan. Me parece que ya no existen...

Septiembre.

¡Ah! cuántas cosas que antes no veía, se me revelan ahora y despiertan en mí extrañas resonancias. A cada instante me detengo, sorprendida, emocionada. Paréceme descubrir a la vez el mundo exterior y todo un mundo de sentimientos no sospechado antes. Me sorprendo soñando, recogiendo todas esas emociones que quisiera entregarle como un ramo de flores. El crepúsculo es muy suave esta tarde... La ventana abierta me atrae; y olvido la calle, el ruido, toda la vida.

El cielo está matizado delicadamente. Cuánta ternura en lo alto... Y la primera estrella centellea, prolongando en mí como una vibración luminosa. Mis ojos están arrasados de lágrimas. Dilátase mi sér; y me figuro que se difunde a través de esa dulzura melancólica.

Inclinada sobre la mesa, me esfuerzo por trabajar. Ya mis dedos alcanzan esos crisantemos color de carne, los estropeo apretándolos sobre mis labios, los paseo por toda mi cara encendida y experimento la sensación de una caricia inefable, que me hace estremecer deliciosamente.

¡Qué sentimiento es ese que da vida a todas las cosas, que presta pasión en torno vuestro al mundo exterior, y os detiene, trémula, ante una flor, un cielo donde muere la luz, y se desprende de los otros, de todos los que antes amárais!...

Andrés, Andrés, tú sólo me interesas ya, tú y yo misma, que pienso en ti...

Lleno mis deberes de una manera meticulosa y como automáticamente, pero me pesan y mi corazón está ausente.

23 de septiembre.

Es de tarde; Juana me ha traído a Alain. Tenía esos ojos fijos y esa boca torcida que anuncian el acceso de cólera desencadenado al menor pretexto. El acceso que es preciso evitar a toda costa, porque provoca la temible crisis. Y se pierde todo el terreno ganado.

Juana nos ha dejado solos.

Cuántas veces lo he hecho sentar así, frente a mí, envolviéndole con mi mirada, con mis brazos y con toda mi ternura. Hablaba yo entonces dulcemente; y me parecía que con toda mi voluntad de amor me apoderaba de ese pobrecillo y lo calmaba. Poco a poco se deslizaba a mis rodillas, acudían las lágrimas a sus ojos, las buenas lágrimas, y lo volvía a llevar a su cuarto dócil y calmado. Lo acostaba traquilizándole, después le propinaba una bebida calmante, y luego venía el sueño. Habíamos evitado el peligro.

Pero hoy, por mucho que repitiera los movimientos habituales, y dijera las palabras acostumbradas, Alain conservaba su cara dura y macilenta, sus ojos bajos y su voluntarioso mutismo. No obtuve una sola mirada, ni una sílaba, y empezaba a sentir extraña impaciencia. Le examinaba implacable con implacable lucidez, irritada con clarividencia. Y le veía en toda su fealdad, con su cara brutal y sombría, y llegaba a repugnarme el niño... Y, súbitamente, oí el sonido de mi voz, seca y autoritaria:

—¡Vamos, Alain, concluyamos! Ve a pedir perdón a la señora Juana, o serás castigado.

Aquella carita se puso roja. Levantó el niño los puños y estalló en palabras violentas:

—Quiero irme de aquí... ¡Soy muy desgraciado! Quiero estar con mi mamá... con mi mamá...

En vano traté de reprimirle:

Empezaron los gritos, los movimientos convulsivos, el rechinamiento de los dientes. Toqué el timbre. Entró la señora Juana,

observó la fisonomía trastornada, la frente que azuleaba y fijó en mí su mirada llena de asombro.

Mi actitud de impaciencia debió sorprenderla.

—¡Ah! ¡qué quiere usted, no he conseguido nada!

Le llevamos a la enfermería:

¿Qué ha ocurrido? He perdido mi imperio sobre Alain. Sí, eso es... Mi alma no estaba allí. Yo no le amaba ya. Me siento humillada, decaída, y la irritación crece en mí.

¡Ah! cuánto me importuna todo esto, a cada momento: los niños, la clínica... No pertenecerse nunca a sí misma, no estar jamás sola y tranquila; todas las horas son otros tantos deberes imperiosos que me arrancan a mis más preciados sentimientos, me impiden soñar y alejan de mí la figura del bien amado.

¡Oh! Andrés, Andrés. Qué distinta mujer nace en mí, cansada de lo que antes amaba, muy cansada...

30 de septiembre.

Alain pasa de una crisis a otra. Son ya terribles. Su estado es muy inquietante. Paréceme que me ha tomado aversión. Mi presencia lo excita más. Me veo obligada a confiarlo completamente a la señora Juana, y nunca deja de estar con él una de las enfermeras más jóvenes.

Y Miguel sigue siempre enfurruñado. Un malestar general pesa sobre toda la casa.

3 de octubre.

Después de una serie de visitas, he experimentado irresistible necesidad de aspirar el aire libre, y dejando el coche, he entrado en un jardín público. Rayos oblícuos bañaban los macizos de crisantemos y las salvias escarlatas. En los bancos, algunas mujeres leían o cosían, vigilando sus hijos que jugaban. El ruido monótono del chorro de agua hacía más profundo el silencio. Bajo las hojas caídas aparecía el césped como un terciopelo. Qué reposo... Qué frescura!

Una mujer joven, dejando caer su libro, sonreía a su niño. Detuve el paso y pude oir que le decía:

—Muy pronto, hijito mío, será tiempo de volver a casa.

Mi pensamiento evocó un estrecho e íntimo alojamiento, el niño dormido en la habitación, la cena preparada, el padre esperando...

"Muy pronto hijito mío, será tiempo de volver a casa".

Entonces, con pasos precipitados, me escapé, como si estuviese herida, sintiéndome mal, llevándome conmigo ese agudo pesar. Acaso yo también llegue a conocer la dicha de tener un hijo que me diga "Mamá". Pero yo no podré, como todas esas madres, pasar con él largas horas, mirándole vivir y alegrarse al sol; yo no podré estar allí, cerca de él, en cada minuto, para recoger sus sonrisas, sus progresos, sus pensamientos balbuceantes. ¡Ah! cómo envidio esas madres que no tienen oficio...

¡Oh! ser una mujer como todas las otras mujeres... Una mujer que pueda dejar al amor entrar como amo en su vida, saqueándolo todo... No tener por horizonte más que el hogar estrecho en que se esperan los pasos del bien amado, vivir todo el día por el instante en que él repose la cabeza en nuestro regazo. Y cuando el hijo sea venido, dividirse entre esos dos amores.

A veces me sorprendo soñando con vestidos ligeros y transparentes que me parecen bien. Quisiera adornarme, hacerme bella y preciosa y misteriosa para él. Pero me figuro que si abandonara mi traje severo, mi traje profesional que llevo como un uniforme, sería casi una cobardía, sería como si abandonara mi clínica.

¿Podré confesar aquí que he tenido esa tentación? Abandonar mi clínica. Pero en seguida sube la protesta de lo más íntimo de mi sér. Comprendo perfectamente que no podré ya vivir sin ella. Sí, quizás algún tiempo. Pero veo con toda lucidez que con el despertar había de venir el sentimiento y la nostalgia de mis enfermos. Amo a Andrés más, porque ni siquiera ha pensado en pedirme ese abandono.

8 de octubre.

He hecho venir a la madre de Alain y la he dicho que no podía cuidar a su hijo por más tiempo. Su estado se agrava. Tiene necesidad de ser atendido solo, en aislamiento y silencio completos. Me ha escuchado con estupor, levantando hacia mí su

pálido rostro, que se contraía. Es una mujer inteligente y buena, y que ama a su hijo con frenesí.

Me dijo:

—¡Oh! Doctora, doctora, yo no tengo confianza en nadie más que en usted! Y usted había hecho ya un milagro, pues el niño había mejorado.

Le contesté:

—No puedo hacer nada más por él.

Trató de convencerme con súplicas; y yo repetía siempre con la misma calma, sorprendida en mi interior de no enternecerme:

—Más tarde, quizás pueda encargarme nuevamente de su asistencia. Pero ahora necesita otra dirección. La mía es deficiente. Sea razonable, señora. Usted es más feliz que otras muchas madres. Su posición le permite proporcionarle todo lo que su estado reclama; y cuando esté mejor, puede usted ensayar el cambio de aire, un viaje...

Ella murmuró:

—¡Ah! Tenía yo tal confianza en usted.

Hablé mucho más tiempo todavía. Y parecíame que era otra persona la que pronunciaba por mí aquellas palabras mesuradas, que no encontraban el camino del corazón maternal. Comprendí que aquella mujer se sentía chasqueada e infeliz.

Y terminé:

—¿Qué quiere usted, señora? Hay casos muy difíciles. Ya yo he hecho cuanto he podido. Hay que emplear otros medios.

Se marchó. Alain se irá mañana.

Experimento el sentimiento de una derrota... Pero de una derrota que me deja indiferente...

NOELLE ROGER.

(Concluirá).

(Trad. del Dr. G. Aróstegui.)

EL TEATRO DE RAMOS

I

INQUIETO, nervioso, incansable para la lucha, no concibe José Antonio Ramos la distancia entre la idea y la acción. Piensa y ejecuta con una acometividad que desmiente la vulgar tradición de la pereza en el trópico. Ha librado en Cuba—su patria—campañas memorables en favor de la elevación artística de nuestro teatro estancado en absurdas pantomimas de sainetes groseros. Ha sido periodista, dramaturgo, novelista y ensayista. Bajo todos estos aspectos se ha ocultado siempre el polemista; un polemista formidable, irreducible, cuyo fin ha sido encauzar, organizar el espíritu nacional. Para muchos ha sido tan sólo un ideólogo apasionado, discordante con el medio y con su época. El silencio hostil rodeó, a veces, su obra. La prensa y la crítica, salvo raras excepciones, le combatió ciegamente cuando creó la Sociedad de Fomento del Teatro, cobrando en buenas monedas su artera campaña. Los intereses de ciertos grupos exigían esta anulación de sus nobles empeños. De entonces datan sus primeras campañas periodísticas en *La Prensa* y *El Fígaro*. Dió conferencias, se angustió, luchó, sufrió, y terminó ingresando en la carrera consular, apremiado por la dura necesidad de vivir, sintiendo expatriarse en los momentos en que Cuba más necesitaba del esfuerzo y la cooperación de sus hombres de pensamiento...

Vino a conquistar un puesto de honor entre la intelectualidad cubana de nuestros días, después de agotar una buena parte del capital heredado de su padre, en viajes por Europa, anheloso de

dar una sólida base a la cultura que se organizó él mismo. Ha dado a su profesión de escritor el alto y sereno sentido que tiene en los grandes centros literarios. Desdeña la improvisación, el artículo frágil, el periodismo que agota. Para él, además, ser escritor es contraer con su época un compromiso de solvencia intelectual y moral; elevarse sobre el nivel corriente de sus contemporáneos, para señalarles horizontes de luz. Aborrece el bizantinismo lo mismo que la literatura por la literatura. Y quiere darle a su profesión un sentido real, humano.

El escritor se debe a su época. Él es el llamado a auscultar el corazón de las multitudes, a confundirse con ellas para sentir el latido íntimo que se pierde en la masa compacta de la muchedumbre. Los filósofos, los poetas, los novelistas, del pasado, prepararon la llama purificadora que tuvo en el verbo de Martí, de Figueroa, de Sanguily, de Varona y de Antonio Zambrana, estremecimientos precursores de la Epopeya. Cumplieron así el deber ineludible de darse a su época y a su pueblo. Muchos, como Martí y Sanguily, se improvisaron soldados. Sembraron, crearon. Con Céspedes, con Agramonte, con Maceo, con Calixto García, con Máximo Gómez, arrebataron al látigo de la colonia la carne adolorida y esclava. La tragedia inevitable tuvo un escenario de sangre y una cortina de fuego. Consumió la juventud, la energía, la vida muchas veces. Dieron ellos ejemplo inolvidable de amor, de fe, de honradez humana y heroica. Fundaron una nación y la organizaron. Terminaron una labor que habían de continuar los otros, los nuevos, los que nacieron en los días del sobresalto, de la espera angustiosa, de la incertidumbre que fué estoicismo en las mujeres; en aquellas mujeres, fuertes como sus hombres, que predicaban en el hogar la fe de ellos, mientras bordaban banderas, alentando la llama purificadora. ¿Cómo no sentir, pues, la noción siquiera de una responsabilidad, de un deber que nos exige cooperación, esfuerzo cultivador de cuanto noble y puro nos legaran estos hombres sublimes como dioses?

Si; hay un deber de escritor para nosotros más bello y más admirable que todos: el deber de ser portavoz, amigo y maestro de su época. Cuando se han leído los fragmentos de la historia patria, aun inconexos y desperdigados; cuando se sabe que hombres, jóvenes como nosotros, expiaron cruelmente su pecado de

libertad y de justicia; cuando se piensa en que la *manigua* y las sabanas, hoy sajadas por las conquistas de la vida moderna, fueron el único asiento para esos hombres que, durante diez años primero y cinco después, no tuvieron más amor que su patria, ni más deseo que la libertad; cuando aun se escuchan las ovaciones fervientes de muchos de ellos, una voz, que a veces parece venir de lo alto y otras surgir de la tierra donde bregaron y sufrieron, nos dice extenuada y anhelante que el sacrificio de ellos exige el esfuerzo y hasta el sacrificio de los que hoy disfrutamos de la libertad que nos dieron sus sueños, sus energías, sus vidas...

Ramos sintió desde los primeros años de su vocación, el imperativo de nuestra historia. Los hombres-columnas, los hombres-bases, habían creado con ardor de iluminados, la patria a la cual él iba a ofrendar su corazón, su pensamiento y su arte. El pasado le miraba. ¿Qué hacer? ¿Cuál es tu papel? ¿Lo ignoras acaso? Estas interrogaciones lo impulsaron a descender a la vida, a observar y a actuar.

Así surgieron sus primeros artículos comentando los diversos problemas nacionales que recopilados más tarde en un volumen (1) pueden considerarse como los primeros tanteos de su vasto plan de reorganización nacional apuntado después en su folleto *La Senaduría Corporativa,* que precedió a la publicación de su *Manual del Perfecto Fulanista,* obra fundamental en donde analiza y estudia, con la austeridad de un sociólogo desapasionado, todos los aspectos de nuestra dinámica político social...

II

El teatro de José Antonio Ramos ha dividido siempre la opinión. De una parte están los apegados a los viejos moldes y a las falsas interpretaciones de un clasicismo mal definido. De la otra, se encuentran los revolucionarios, los que aspiran a dar al teatro contemporáneo una orientación amplia, trascendental, identificándolo, casi siempre, con nuestras inquietudes, nuestros problemas, nuestros desperezos individuales, nuestras luchas en donde lo psíquico y lo físico pugnan por vencer los errores de constitución y de

(1) Entreactos.

doctrina imperantes al mundo externo. Los primeros reducen el teatro a un simple juego de fantoches cuyo radio de acción no va más allá de las baterías luminosas. Los segundos establecen un nexo formidable entre el escenario y la vida, respondiendo así al criterio de evolución que va a concluir en un perfeccionamiento, más o menos hipotético, pero perfeccionamiento al fin...

Nuestra existencia se desliza entre dos interrogaciones abiertas, sobre lo que ha sido y lo que puede ser. Los axiomas filosóficos, consecuencia natural del análisis, han querido sintetizar esa eterna correlación del pasado y el porvenir, unidos por el presente, punto intermedio de dos eternidades que se funden. Obedecemos a una ley de causalidad inmutable. Algo desconocido nos impulsa. Cuando nos detenemos surgen afirmaciones o negaciones informes. Como aquellos ciegos de Maeterlinck hemos perdido el guía. Acaso no lo hayamos tenido nunca; y rodeados de una vaguedad angustiosa pretendemos analizar el misterio.

Esta sensación es lo que ha ido modificando, a menudo, nuestros ideales, nuestras ansias, mucho más profundas y mucho más sutiles, a medida que escudriñamos los mil incidentes de nuestra conciencia subjetiva. De esta perpetua paradoja han nacido el análisis, la pregunta, el desencanto o la acción. La humanidad presurosa, quiso descubrir una razón, un principio y un fin. Desesperanzada de no hacer sonreir a la Esfinge, busca una orientación después de analizarse a sí misma. Este afán, esta lucha en donde sólo presentimos el fin, tenía forzosamente que reflejarse en el teatro.

El perfeccionamiento supone evolución. Y dentro de esa evolución surgen problemas. La moral, las pasiones, el instinto, nuestro *yo* rebelde, se increpan, se discuten unos a otros, se dominan o se libertan. Una perpetua dualidad, una contradicción persistente, originan este fenómeno complejo. Y el teatro tenía que reflejarlo, porque el hombre en su afán de perfeccionamiento, ha buscado en casi todas las manifestaciones del arte o del intelecto, una forma de comunicación colectiva. Surgió el llamado teatro de ideas, como surgió el realismo o el naturalismo en la novela: obedeciendo al principio de evolución. Su importancia reside en lo que expresa, no para llegar a conclusiones dogmáticas, sino para producir en el público una impresión que es la

base de ulteriores consideraciones acerca de cualquier problema capital, afecto al individuo y al medio.

Olvidado el teatro romántico, desacreditado el teatro sentimental donde ya no queda por descubrir ni una sola complicación amorosa, el presente y el porvenir pertenecen al nuevo teatro. Su influencia es más decisiva de lo que imagina la crítica indocumentada y fugaz. La obra de Ibsen, más que la de Bjœrnson, da los cimientos para esa orientación. Hauptmann le sigue. Tras él, o con él, surgen algunos nombres que luchan por reafirmar esa tendencia en cuya característica se funden ideas, poesía, realidad y emoción...

Entre estos aparece el de José Antonio Ramos.

III

Algunos han querido ver en su teatro un prurito de forzada originalidad. Sus detractores juzgaron acaso con demasiada mala fe, todas esas obras que hoy él mismo denomina "ensayos de la adolescencia": *Nanda, La Hidra, Una bala perdida* y *Almas Rebeldes.* Con ellas Ramos iniciaba su carrera literaria. Muy recientes entonces sus lecturas en donde alternaban con Ibsen y Bjœrnson, Hauptmann, Sudermann, Tolstoï y Strindberg, la influencia de estos autores iba a reflejarse en esas obras de una manera, tal vez un poco violenta, en el sentido de exagerar el valor de alguna situación escénica, queriendo caracterizar con detalles de forma, lo que es unidad fundamental o concepto intrínseco. Siempre los primeros tanteos de un escritor se resienten de esa rara influencia en donde no se sintetizan con serenidad los propósitos de una escuela o las aspiraciones de algunos autores que con sus métodos y hasta con sus ideas, contribuyen a la formación de una nueva figura intelectual. La fiebre de esas primeras lecturas imposibilita el esfuerzo propio. Unos imitan servilmente, otros pierden, en su entusiasmo de discípulos, el sentido de la compensación y fuerzan algunos valores, sin dañar las iniciativas que más tarde han de constituir el carácter, la personalidad de un escritor a quien la crítica ofrezca verdadera consideración. Los primeros son los eternos principiantes, los que nada significan pasado el minuto de actualidad que señala un triunfo

momentáneo. Los segundos son los que constituyen el grupo representativo de un país determinado. Con frecuencia aparecen dentro de ese grupo una o dos figuras, notablemente precisadas, que inician una orientación o crean una tendencia. Y estos son los que después se ven erigidos (o se erigen) en jefes de esa orientación, tendencia o escuela.

Tal es el caso de José Antonio Ramos. Con él aparece, dentro de la literatura cubana, el teatro franca e interesantemente realista a la manera de Ibsen.

Aquí, donde no puede decirse que exista un teatro, un verdadero teatro, resulta curiosa esta innovación. No es una lucha contra una tendencia primitiva, o existente y definida, porque en la historia de nuestra literatura, son escasos los escritores que intentaron dicho género, y nuestro teatro era, y es, un teatro incipiente, en donde a veces hubo el oropel romántico que muere en la bufonada atrabiliaria y grotesca de la actualidad. La innovación es, más bien, una reacción contra el teatro que recibimos de fuera. Se dirá que esa reacción se verifica trayendo otro elemento externo. Pero si en nuestro teatro, casi todo está por crear, ¿no es más elevado y trascendental, encauzarlo dentro de los cánones más puros, más artísticos y más humanos?

Esto que concede a Ramos una alta significación en nuestra literatura, es lo que puede llegar a darle carácter verdaderamente internacional a su personalidad. No importa que haya estrenado poco, aun. En esta clase de teatro, la consideración y la importancia no derivan muchas veces, de los escenarios. Además, "los buenos dramas—como ha dicho José de Armas—no necesitan representarse para vivir". Y estas figuras que se levantan convencidas de su significación, aspirando a colocarse en ese plano superior que no reconoce fronteras porque guarda un espacio para cada hombre que algo es, y mucho más puede ser, tienen el prestigio de esa significación que si llega a universalizarse, resulta una ofrenda para la patria que los vió formarse, aspirar y luchar...

IV

Las características de lo que ha llegado a ser el teatro de Ramos, se bocetan en sus primeros dramas. Afiliado a una determinada tendencia, no ha hecho otra cosa que perfeccionarse dentro de ella, robusteciendo su propio valer y aceptando la disposición de unos cánones ya prefijados. Tenaz en su empeño, su obra puede considerarse dividida en dos etapas que compendian la imprecisión o gestación de los primeros años de labor, y la concisión definitiva que se admira en *Liberta, Satanás* y sus obras más recientes.

La influencia ibseniana que se observa, aunque algo mistificada, en su primer drama—*Almas rebeldes*—se torna más vigorosa, más decisiva en *Nanda, Una bala perdida* y *La Hidra.* Con el dramaturgo noruego comparten esa influencia otros autores. Pero es más bien un predominio circunstancial, perdido en alguna escena. La influencia que a través de toda su obra se presiente, se percibe y se afirma, es la del autor de *Casa de muñecas.* Ibsen dirige y encauza su labor. *La Hidra* es, dentro de nuestro medio social, un asunto que encierra una concepción que recuerda a la de *Los Espectros.* Osvaldo, idiotizado, pidiendo el sol, y Gustavo, borracho, abrazando a Don Fernando ante la mirada de imbécil de Teófilo, el hermano menor—la víctima—son símbolos que se tocan, seres encontrados en la vida misma, y sobre los cuales parece gravitar una sombra. El capitán Alving y don Fernando "bebedor consuetudinario y mujeriego", son dos fuentes malditas de donde brotan la miseria y la vida.

Ramos en esta obra muestra un temperamento de observador, y sobre todo, un gran dominio de los resortes escénicos. No obstante, entiendo que *Una bala perdida,* es superior. Como lo es también *Nanda.* En esa primera etapa, son estas dos obras las que más nos anuncian su personalidad de hoy. A *La Hidra,* considerada desde el punto de vista artístico, le sobran multitud de precisiones patológicas que no deben pasar de velados matices comprensibles para el espectador. *Nanda* y *Una bala perdida,* sobre todo, poseen la intensidad, la difícil concreción de arte, de sentimiento y de verismo que han de llegar, en sus obras posteriores, al más alto grado de refinamiento y perfección...

Después de *La Hidra,* Ramos publicó una novela: *Humberto Fabra.* Y esta obra en donde se aunaron de modo admirable la filosofía y el arte, fué un paréntesis en su labor de escritor dramático. A seguidas aparecen *Liberta,* novela escénica en cuatro jornadas; *Cuando el amor muere...,* comedia mundana; y los dramas *Satanás, Caliban Rex, El Traidor, El Hombre Fuerte* y *Tembladera...*

V

¿Qué evolución nos muestra esta segunda etapa del joven dramaturgo? ¿A qué aspira su teatro?...

Desde la aparición de *Liberta,* vemos al escritor moverse libremente dentro de la tendencia que preside la creación de sus obras. Quien hizo *Una bala perdida* tenía que llegar a esta seguridad, a esta noble intensidad que todo lo concentra por medio de una admirable selección de valores. Su desenfado no es audacia, sino sinceridad. Mercedes Morel, en *Liberta,* y Esteban Manzano, en *Satanás,* son la encarnación de dos ideas, originadas por dos de los muchos problemas que amenazan la cristiana tradición moral. Instinto, fe, amor, deseo, todo cuanto crea nuestro individualismo, o cuanto le asalta, parece sometido a las acechanzas de un organismo invisible y tentacular.

Ramos no ha hecho otra cosa que sorprender en Mercedes, como en Esteban, el antagonismo, la tragedia interior, la perpetua ansiedad de un más allá perfecto, acaso realizable, contra el cual siempre se levantará nuestro dualismo. La humanidad no es unilateral. Si lo fuese, un solo pensamiento nivelaría los esfuerzos bajo los esplendores de un solo ideal. El obstáculo contra toda filosofía, es nuestro individualismo más o menos disfrazado. Y la humanidad fatigada, ha concluído por declarar que todos, y cada uno, tienen razón...

Olvida entonces el dramaturgo estas luchas de ideas. Piensa, y no sin razón, que nuestro pueblo no necesita, por el momento, disputas filosóficas, sino ímpetu constructivo. El mejor postulado se condensa en una sola palabra: hacer. Para esto es necesario bucear en la conciencia colectiva, buscar la llaga que amenaza la vida, ser médico y poeta a un tiempo, sajar la carne adolorida

y componer un poema a cuanto de noble y de grande existe en nuestra historia. Fustigar, besar, señalar mil veces el peligro, ser implacable y al mismo tiempo derramar la ternura que conforta y hace, con lágrimas, purificar el alma contaminada de su época.

De acuerdo con estos principios, *Caliban Rex, El Hombre Fuerte* y *Tembladera,* son dramas destinados a grabar en la imaginación popular los más intensos motivos del *Manual del Perfecto Fulanista.* No prescindirá por ello de los cánones literarios dentro de los cuales siempre ha desenvuelto su teatro. Si la lucha de encontrados ideales filosóficos lo ha hecho analizar un poco, el porvenir de su patria lo ha hecho meditar mucho más. Anhela remover la conciencia cubana, despertar a los hombres de su generación; ser soldado o caudillo—le da lo mismo—de una de las batallas más memorables después de las dos guerras libertadoras: la reconstrucción nacional. Su teatro aspira a mostrarnos, adaptando a los cánones de un emocionante realismo artístico, la nobleza de este ideal. Incita a la lucha, a la conquista, a la acción que armoniza, política y filosóficamente, mil aspectos de la vida. Desde un punto de vista estético, no es el discípulo que, ciego en su fe, amplifica valores. Es el artista definitivo que descubre eternos raudales de verdad y de poesía, adivinando en todas partes, entre ansiedades y miserias, el fulgor que conforta. Es la idea frente a la fuerza del error; la floración vigorosa de un perpetuo *devenir;* el precursor, entre otros, de la generación que amará en su patria a los grandes profesores de austeridad y de energía...

Bernardo G. Barros.

La Habana, 1919.

UN PROBLEMA LITERARIO

¿BRYANT TRADUJO LA ODA AL NIAGARA, DE HEREDIA?


S cosa admitida por todos los críticos e historiadores literarios que el célebre poeta norteamericano William Cullen Bryant tradujo al inglés la oda al Niágara de José María Heredia, y, por lo tanto, nadie, hasta ahora, había expresado la más pequeña duda acerca de este punto de historia literaria. Pero para E. C. Hills, de la Universidad de Indiana, dicha atribución no está completamente evidenciada. En el número correspondiente a diciembre último de la revista *Modern language notes,* tan estimada por los eruditos, dicho profesor, con argumentos no exentos de algún valor, examina el problema, concluyendo en que no hay evidencia patente de que sea de Bryant la traducción en verso inglés que como de tal autor conocen todos los que de Heredia se han ocupado.

A continuación traducimos la nota que con el título *Did Bryant translate Heredia's ode to Niagara?,* publica la revista anteriormente citada y suscrita por dicho Mr. E. C. Hills:

La oda *Al Niágara* escrita por el poeta cubano José María Heredia (1803-1839), es probablemente la más bella composición poética que haya inspirado la famosa catarata. Es bien sabido que esta oda se publicó por primera vez en la edición de 1825 de Nueva York de las poesías de Heredia, y que el poeta la corrigió y volvió a insertarla en la edición que de sus poesías hizo en Toluca (1832). La mayor parte de los críticos literarios prefieren la primitiva versión de la oda, a la corregida, así es que Menéndez y Pelayo en su *Antología de poetas hispano-americanos* la reproduce (1), haciendo lo mismo Fitzmaurice-

(1) Efectivamente Menéndez y Pelayo reproduce la versión primitiva, pero en notas publica las variantes de la edición de Toluca.

Kelly en *The Oxford book of Spanish verse* (Oxford, 1913). Sin embargo, Elías Zerolo en su edición de las poesías de Heredia (París, Garnier, 1893), escoge la versión corregida.

Recientemente al leer la traducción en verso inglés de esta oda atribuída a William Cullen Bryant (lo que es accesible en la valiosa *Literary history of Spanish America* del Dr. Alfred Coester), me pareció curioso indagar cuál de las dos versiones escogió Bryant para su traducción. Una comparación de ésta con los dos textos españoles, muestra en seguida que Bryant utilizó la primitiva lección. Conocido esto, surge la cuestión de que si Bryant escogió la versión primitiva porque la prefiriera, o si lo hizo porque tradujo la poesía antes de que fuera publicada en la forma corregida.

En mi afán por descubrir la fecha de la primera publicación del trabajo de Bryant, examiné varias colecciones de las obras de dicho poeta y quedé confundido por el hecho de que ninguna contenía el *Niágara.* Contestando a una consulta mía sobre el particular, el Dr. Axel Moth, de la Biblioteca Pública de New York, me ha escrito lo que sigue: "Uno de mis auxiliares ha examinado veinte y cinco ediciones de las obras de Bryant sin hallar la traducción de los versos de Heredia al Niágara".

Al mismo tiempo mi colega, el profesor Frank G. Senour, llamó mi atención hacia un volumen de su biblioteca particular titulado *The poets and poetry of Europa,* por Henry W. Longfellow, Philadelphia, 1845. Este volumen en sus páginas 728-729 contiene la traducción en verso inglés del *Niágara* de Heredia, atribuída a Bryant, pero sin que aparezca el nombre de este poeta, ni se exprese quién sea el traductor. En el sumario del libro se manifiesta que los versos se han reproducido de la *United States review and literary gazette,* pero sin mencionar el número de la revista. Los Sres. C. K. Jones y F. S. Hellman, de la Biblioteca del Congreso de Washington, bondadosamente y a mis instancias, examinaron la colección de dicha revista y hallaron la traducción del *Niágara* en la entrega correspondiente a enero de 1827, volumen I, páginas 283-286, pero sin firma. La traducción se halla en la sección del periódico titulada *Original poetry,* y es la única composición poética que en la sección está sin firmar. Las poesías que en dicha sección son de Bryant están firmadas por una B. Los directores de la revista eran William Cullen Bryant y Charles Folsom. El nombre del traductor, como hemos dicho, no figura en la traducción, pero alguien al margen de la misma ha escrito con lápiz: *Bryant and somebody else* [Bryant y algún otro]. La Biblioteca del Congreso posee un ejemplar duplicado del mismo número de la revista y también al margen de la poesía e igualmente escrito con lápiz se lee: *Part of it translated by W. C. Bryant.* [En parte traducida por Bryant].

Este hallazgo aclara un punto en la cuestión: el de que el traductor no escogió la primitiva versión del *Niágara* de Heredia porque la pre-

firiera, sino porque era la única que en la época existía, pues la traducción inglesa fué publicada dos años después de la aparición de la poesía en castellano y cinco antes que la versión corregida publicada en México (1832). Pero esto no resuelve el asunto de cómo fué hecha la traducción. Si Bryant la hizo toda o parte de ella sus razones tendría para no dar su nombre o para no incluirla en sus obras publicadas y cuando Longfellow formó la antología que antes he mencionado no atribuyó a Bryant la traducción del *Niágara.*

La primera vez que aparece el nombre de Bryant como traductor de Heredia, a lo menos que yo sepa, es en el libro *Selections from the best Spanish poets,* publicado en New York por F. J. Vingut en 1856.

Cuando Mr. Godwin coleccionó y publicó las obras de William Cullen Bryant no incluyó la traducción del *Niágara,* y sin embargo la mayoría de las personas que conocen la composición la atribuyen a dicho poeta norteamericano. No sé la causa de esto, a menos que exista una tradición oral sobre la materia o se presuma que siendo Bryant director de la revista donde se publicó, sea él el autor. Así es que hasta ahora no hallo evidencia completa de que Bryant haya traducido la oda de Heredia *Al Niágara.*

Hasta aquí Mr. Hills. Sus argumentos no me han convencido, sino en parte. Sigo creyendo que Bryant tradujo la gran composición de Heredia, pero no hay duda de que el hecho de no incluirse la traducción en las numerosas ediciones del notable poeta norteamericano, el haberse publicado la primera vez en la revista en que era co-director, sin expresar su nombre, y las indicaciones manuscritas en los ejemplares de la *United States review,* de la Biblioteca del Congreso, me hacen suponer que la traducción no la hizo él solo y que por escrúpulos no consideró la traducción suya, creyendo justo dejar la gloria que pudiera caberle a su colaborador. En ediciones de Bryant he visto reproducida su traducción de *La Tempestad* de Heredia y de otros poetas castellanos. Estas traducciones fueron hechas por él solo: por esto se reproducen en sus obras completas. Mientras no haya argumentos que prueben indubitablemente que él no sea el traductor del *Niágara,* seguiré teniéndolo por tal, adjudicándole un colaborador. La mano que en los ejemplares de la *United States review* escribió "Bryant and somebody else" y "Part of it translated by W. C. Bryant" creo que estaba en lo cierto. El que escribió esas frases, algo sabía del asunto.

LUCIANO DE ACEVEDO.

POLITICA INTERNACIONAL AMERICANA

LA PAZ CON ALEMANIA

L diez de enero próximo pasado, en la histórica Sala del Reloj del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia, se reunieron los representantes de Alemania, Bélgica, Brasil, Bolivia, Checoeslovaquia, Francia, Guatemala, Inglaterra, Italia, Panamá, Perú, Polonia, Siam y Uruguay, y firmaron la ratificación del tratado de paz concertado en París el 28 de junio anterior. M. Clemenceau, que presidía, puso fin a la breve y sencilla ceremonia con estas palabras:

El Protocolo entre los Poderes Aliados y Asociados y Alemania ha sido firmado. Las ratificaciones del Tratado han sido depositadas (1) y desde este momento entra en vigor. Será cumplido fielmente en todas sus partes.

Y con esa última frase, que para los delegados alemanes era a la vez una promesa y una amenaza, quedó definitivamente cerrado el largo paréntesis de horrores que la guerra comenzada en 1914 abrió en la evolución social, económica y política del mundo.

Trece Naciones Asociadas faltaron en la ceremonia, y muchas de ellas se hallan aún, por tanto, nominalmente en estado de guerra con Alemania. Estas naciones son China, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, Grecia, Haití, Hedjaz, Honduras, Liberia, Nicaragua, Portugal, Rumania y los Serbo-Croata-Eslovenos.

Al salir del salón uno de los embajadores alemanes, el Barón

---

(1) El *procès verbal* de la ratificación dispone que los documentos acreditativos de la misma quedarán depositados en el Ministerio francés de Relaciones Exteriores, el cual recibirá igualmente las ratificaciones subsiguientes, comunicándolo en cada caso a los otros Poderes firmantes.

Von Lersner, expresó a los periodistas que le interrogaron la profunda pena que embargaba a su patria por el hecho de permanecer aún en guerra con los Estados Unidos; la cortesía diplomática no bastó para hacer que el delegado alemán recordara siquiera a los doce Estados restantes, absorbida como estaba su atención por la ausencia de su colega norteamericano.

Me siento—dijo Von Lersner—, feliz al pensar que ya la paz ha adquirido existencia real. Mi gran dolor es que los Estados Unidos sean *el único* país con el cual estamos aún en guerra; pero espero que esta situación será breve.

El cumplimiento del Tratado de Versalles impone a Alemania los más duros sacrificios que puede sobrellevar una nación en los tiempos modernos; hemos perdido territorios que pertenecieron durante siglos a Prusia y hemos asumido enormes compromisos económicos, pero celebro de todas maneras que se haya restablecido la paz, porque así serán devueltos a Alemania sus hijos queridísimos que están aun prisioneros.

En cuanto a la ejecución de los términos del Tratado, Alemania hará un esfuerzo supremo. Hemos entregado ya, sin estar todavía obligados a ello, una cantidad considerable de productos diversos, incluyendo entre ellos dos millones y medio de toneladas de carbón a Francia. Se avecinan tiempos muy duros para nosotros, pero espero que con el ardor y el empeño que pondremos en el trabajo y en la producción, haremos frente a cualquier emergencia.

Dadas las grandes dificultades económicas que amenazan a Europa, a los Poderes de la Entente interesa tanto como a nosotros mismos nuestro resurgimiento económico. Es obvio que, en cuanto a Francia por lo menos, su prosperidad depende del recobramiento económico de Alemania.

Por su parte, el Gobierno de Washington se limitó a anunciar en un breve *comuniqué* oficial, el propio día diez de enero, que no habiendo ratificado aun el Tratado, la situación entre Alemania y los Estados Unidos seguía siendo regida por los términos del armisticio de 11 de noviembre de 1918.

La rivalidad política interna entre los demócratas, mantenedores del idealismo pacifista wilsoniano, y los republicanos, defensores de la vieja política nacionalista norteamericana, han sido causantes del estado en que aún se encuentra el Tratado en los Estados Unidos. Cuatro o cinco factores distintos conspiran en el Senado contra la ratificación: los imperialistas oponiéndose abiertamente al artículo 21, que no consideran bastante explícito puesto

que no establece el derecho exclusivo a favor de los Estados Unidos, de interpretación de la Doctrina de Monroe (2) ; los congresistas, celosos de sus atribuciones constitucionales, que rechazan el artículo 10 si en él no se aclara de manera terminante que la Liga no tendrá, de acuerdo con dicho artículo, facultades de ninguna especie para exigir a los Estados Unidos la adopción de medidas de guerra que sólo el Congreso por medio de una *joint resolution* está autorizado para decretar; los alemanes, que se oponen a que el Gobierno norteamericano sancione el juicio criminal del ex Kaiser y que piden la admisión de Alemania en la Liga de Naciones; los irlandeses, que aspiran a convertir la Liga en instrumento de la liberación de su patria; y hasta los anarquistas, que combaten el Tratado porque entienden que constituye una alianza de los Gobiernos capitalistas contra el régimen bolsheviqui. Por todas estas causas, y otras más de importancia secundaria, es de temerse que las vicisitudes por que habrá de pasar el Tratado antes de su ratificación por el Senado americano sean muchas todavía.

En Cuba, por el contrario, ambas Cámaras dieron fácilmente su sanción, sin discutirlo y casi por unanimidad, al Tratado. Enviado al Congreso por medio de un mensaje presidencial en el que se pedía su aprobación, fué ratificado en su integridad, sin reservas de ninguna clase, tal como había sido suscrito en París, por el Delegado de Cuba, el 28 de junio del año anterior.

Ignoramos las causas, muy poderosas sin duda, que puedan haber inducido al Congreso cubano a una ratificación que aparentemente pudiera juzgarse festinada; y ha sido en verdad una decepción para nosotros, que esperábamos asistir a algunos interesantísimos debates parlamentarios relacionados con los diversos problemas que en conexión con Cuba parecía envolver el articulado del Pacto de la Liga de Naciones.

El asombro producido en la opinión pública cubana por la repentina sanción prestada por el Congreso al Tratado ha sido tanto mayor, cuanto que ni aún las reservas formuladas por el

---

(2) El senador Lodge presentó una reserva en el sentido de que la Cancillería de Washington se consideraba la única facultada para interpretar, en caso de duda, el sentido y el alcance de su política tradicional en relación con los problemas americanos y la Doctrina de Monroe.

doctor Bustamante al tiempo de suscribirlo fueron mantenidas. Se referían estas reservas, según se afirma, a las partes Novena y Décima del Tratado de París, que regulan la navegación aérea y los problemas obreros respectivamente, y se basaban en razones muy atendibles sin duda alguna.

Por otra parte, y aún desechando las reservas citadas, que aunque justificadísimas tenían un carácter más bien técnico que de interés político positivo, otros graves problemas merecían ciertamente nuestra mayor atención.

En efecto: ¿la obligación que Cuba se crea mediante la aprobación sin reservas del texto del artículo décimo, según el cual

Los miembros de la Liga se obligan a respetar y *mantener* contra toda agresión externa la integridad territorial y la actual independencia política de todos los miembros de la Liga.

es compatible con el Tratado Permanente entre Cuba y los Estados Unidos? ¿Si llegara a ser preciso que, de acuerdo con las decisiones del Consejo Ejecutivo de la Liga, permitiésemos el desembarco de tropas extranjeras en nuestro territorio—con el propósito de asegurar la actual independencia política de un Estado centroamericano por ejemplo—, no estaría ello en pugna con el Tratado de 1904? Es preciso recordar que según los términos del convenio citado

El Gobierno de Cuba nunca celebrará con ningún Poder o Poderes extranjeros ningún Tratado u otro pacto que menoscabe o tienda a menoscabar la independencia de Cuba, ni en manera alguna autorice o permita a ningún Poder o Poderes extranjeros obtener por colonización o para propósitos navales o militares o de otra manera, asiento en o jurisdicción sobre ninguna porción de dicha Isla.

¿Y bien—nos preguntamos—es que el Pacto de la Liga de Naciones no crea en cierto modo un poder superior y extraño a la soberanía absoluta de cada uno de los miembros de la misma, especie de fuerza soberana internacional, que si no menoscaba tiende cuando menos a limitar la acción independiente de cada uno de ellos?

La vida del hombre en sociedad requiere indispensablemente el sacrificio de una parte de su libertad en aras de la paz y del

bien comunes; la constitución efectiva de una sociedad jurídica internacional necesita, igualmente, la limitación de la independencia de los Estados que deban integrarla. Siendo ello así, parece manifiesta la incompatibilidad entre el compromiso adquirido en 1904 con los Estados Unidos, por Cuba, y el articulado del Pacto de la Liga de Naciones que nuestro Congreso acaba de ratificar.

Otros dos problemas de vital importancia ofrecía para Cuba el Tratado de París: eran estos la Parte Séptima del Tratado, en la que dispone el proceso criminal que deberá seguirse contra Guillermo de Hohenzollern, y el artículo vigésimo primero, en el que se consagran los principios contenidos en la Doctrina de Monroe. En nuestra crónica de diciembre último, con motivo de una reserva que se dijo había sido hecha en París por el Delegado cubano, expusimos ya nuestra opinión en relación con el primero de estos dos problemas, francamente contraria a que Cuba prestara su concurso y su sanción a tal proceso. En cuanto al segundo, la aceptación por Cuba de la Doctrina de Monroe sin limitaciones o aclaraciones, es materia demasiado extensa y difícil para ser considerada en los límites estrechísimos de este trabajo; pero debió constituir sin duda alguna motivo suficiente para un amplio y detenido estudio por parte de los miembros de las Comisiones de Relaciones Exteriores del Congreso.

JUAN CLEMENTE ZAMORA.

La Habana, enero, 1920.

BIBLIOGRAFIA (*)

Alfredo González Flores. MANIFIESTO A MIS COMPATRIOTAS. Noviembre de 1919. Imprenta Minerva. [San José, Costa Rica] 8º, 16 p.

Es admirable en serenidad y en patriotismo el manifiesto que a sus compatriotas dirige el Presidente de Costa Rica, derrocado por su Secretario de Guerra coronel Tinoco. Quien lea el folleto del Sr. González Flores comprenderá que la justicia está de su parte.

Después de exponer las causas vergonzosas del golpe de estado: la corrupción de funcionarios del Gobierno costarricense por la compañía del petróleo, la "oposición de un poderoso grupo del Congreso entonces a la legislación que yo proponía, y su conducta en relación con la concesión del petróleo", agrega:

"Sin un Congreso honrado, la seguridad del país contra la codicia del capital extranjero, y la seguridad del Gobierno mismo, son imposibles."

En la historia de América hay, por desgracia, numerosos casos como el de Costa Rica. La ambición y la soberbia son plantas que han crecido lozanas en la gran patria de Bolívar. Es de esperar que el nuevo Gobierno de aquella nación sea, como lo pide el Sr. González Flores, "francamente revolucionario en la fisonomía política de los hombres que llame a colaborar en sus tareas, sin que esto no obste que sea al propio tiempo un Gobierno nacional en el sentido de gobernar para la nación, haciendo a todos justicia y brindando a todos la protección del Gobierno en sus intereses, sus garantías, sus derechos y sus vidas."

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

Biblioteca de autores mexicanos modernos. Carlos González Peña. LA FUGA DE LA QUIMERA. Novela. México. Ediciones México Moderno. MCMXIX. 8º, 254 p.

En la primera página el autor ha puesto este pensamiento melancólico de Maeterlinck:

"Quién sabe si es lícito despertar a los que duermen, y más cuando el sueño es inocente y dulce".

Y eso es todo en la obra: un despertar de almas que dormían, que soñaban; una fuga de quimeras. La taquígrafa, mujer espléndida, ha ascendido a esposa de su jefe. Ya terminaron las penalidades de una vida de trabajo. Con aquel hombre de sesenta años, fuerte y joven todavía, la garrida moza pensaba ir por el mundo a la conquista de la sociedad, de la admiración, del lujo y de cuantos anhelos le habían nacido con la lectura de sus novelas. Vinieron las riquezas, los bailes, los paseos, la vida ficticia, la ostentación, y con ellos la falta. La ex-taquígrafa causó la desolación en dos familias con su amor por el novio de su hijastra, pasión loca en que concentró su juventud, su ideal de felicidad y sus esperanzas. El drama fué la consecuencia: la hermana de la infiel ocultó en un convento su dolor, para lo cual hizo renuncia de sus ensueños matrimoniales; la doncella burlada buscó la muerte en un instante de desesperación, al saber que su padre no ignoraba la deshonra que había atraído sobre el hogar con sus amores seniles; el pobre anciano traicionado encontró en la hemiplegia la inmovilidad, cuando sus manos iban a cortar la vida de aquella mujer adorada, cuando sus dedos empezaban a apretar el cuello, por él tan besado, de la adúltera.

A esa trágica fuga de la quimera ha puesto González Peña como marco el período turbulento de la historia mexicana que principia con el derrocamiento de Porfirio Díaz y termina con la muerte de Madero. Poco tiempo después de celebrar con fastuosa solemnidad el Centenario de la Independencia, vino abajo el edificio que Díaz construyó en la arena y que hermoseó cuidadosamente en los detalles y en lo aparatoso pero sin preocuparse de los cimientos. A la dictadura de treinta años sucedió el gobierno democrático y, a la sombra de éste, la traición produjo el caos.

Jorge Bazán, el diputado maderista, convertido en campeón revolucionario después de la victoria, es uno de los personajes representativos de la política al uso en nuestros pueblos: buen mozo, inteligente, audaz, sin escrúpulos, no vacila en aprovechar las oportunidades y, así como representó papel importante en las fiestas diplomáticas del Centenario, protegido por el dictador, y luego fué uno de sus enemigos, lo mismo enamora a Sofía, la mujer de su futuro suegro, y burla a su novia.

El senador Ondarza y Perrín es otro tipo del oportunista, del que

en todas las situaciones, tanto imperando la reacción como dominando la libertad, medra y goza del respeto de los gobernantes.

Julia Bringas, la novia de Bazán, y Rosa María Lavín, la hermana de Sofía, son, con el padre de la primera, las tres víctimas del amor al lujo y del afán de ostentación y de brillo social que atosiga a la culpable. Sus caracteres son diáfanos, humanos, de nobleza recta y pura. Julia es la mujer inteligente, leal compañera del hombre; Rosa María es la sumisa y laboriosa obrera, capaz de todas las abnegaciones; don Miguel Bringas es el honrado hombre de negocios, que prefiere el sendero llano y legal y se casa con su taquígrafa cuando había podido hacer de ella una amante.

Todas las demás personas están bien delineadas. Sofía, que es el centro de la novela, es una síntesis de nuestras mujeres ineducadas pero con un barniz de sociabilidad, astutas cuando ascienden un peldaño y tienen en lo íntimo el ansia de seguir subiendo, insatisfechas, embaucadoras si de obtener sus caprichos se trata. De construcción moral endeble, son sensibles a las sugestiones y al contagio, y provocan innúmeras catástrofes en las familias.

González Peña se muestra novelista, y novelista completo, en *La fuga de la quimera*: en el modo de conducir la trama, de presentar los cuadros, de describir estados de alma y escenas interesantes de la sociedad mexicana, de introducir un Sixto Beltrán que despertara a las durmientes doncellas del sueño ilusionado en que vivían. Sólo un reparo: las cartas de Julia y la única de Rosa María no son cartas de mujeres: denotan la factura masculina del autor, que no ha acertado a darles el sabor femenino de las adorables misivas de mujer.

·

Mario Guiral Moreno. LA DICTADURA DEL PROLETARIADO. Publicado en "Cuba Contemporánea". Julio de 1919. La Habana. Imprenta "El Siglo XX" de la Sociedad Editorial Cuba Contemporánea. Teniente Rey, 27. 1919. 4º, 28 p.

Los lectores de esta revista conocen ya *La dictadura del proletariado,* artículo que publicó CUBA CONTEMPORÁNEA en su número de julio de 1919 y que su autor reeditó más tarde en un folleto. No es buena la dictadura del proletario, como tampoco lo es la del capitalista o la de cualquier clase social. No es beneficiosa, ni con mucho, la costumbre de recurrir a medios extremos para reclamar aumentos de jornales que han de pesar de modo directo sobre los mismos que los piden. Son otras las soluciones que debe exigir el obrero, para llegar a vivir de manera más civilizada y conveniente para sus familias y para el porvenir de la patria, a que pertenece. Las soluciones son estas: "una legislación adecuada que satisfaga las aspiraciones, justas, del proletariado"; garantías para "sus condiciones de trabajo en todas las

industrias y talleres, desde el punto de vista higiénico, que tanta importancia tiene para la salud del obrero;" evitar "la explotación de los asalariados, especialmente de la mujer y del niño;" establecer "tribunales de arbitraje para la solución pacífica de las diferencias que surjan entre patronos y obreros, cuyos intereses son comunes aunque en apariencia resulten opuestos;" regular "las relaciones entre el capital y el trabajo, en evitación de graves conflictos;" y hacer "obligatoria la enseñanza en todos los talleres y fábricas, sin excepción alguna, de un cierto número de aprendices, para impedir que continúe la irritante exclusión de los mismos en provecho de un número fijo de artesanos en cada oficio, temerosos de la competencia que pudieran hacerles nuevos y más aptos trabajadores."

De *La dictadura del proletariado* ha hecho el distinguido publicista norteamericano Sr. Goldsmith una traducción para la revista *Inter-América,* que él dirige, la cual la insertó en su edición correspondiente al mes de octubre último.

José Ma. Salaverría. LA INTIMIDAD LITERARIA. MCMXIX. Editorial "Saturnino Calleja" S. A. Casa fundada en el año 1876. Madrid. 8º, 310 p.

"Quiere ser este libro una cosa libre y nada ritual donde se contengan las singularidades y tal vez las amarguras del oficio literario y de la vida del escritor." Y eso es: un diario o libro de meditaciones de un pensador artista y que como tal ve la existencia al través de un dorado polvillo, generador de ensueños y de melancolías.

Produce grandes satisfacciones y acarrea no pocas pesadumbres la profesión de escritor. De las primeras es la más pura y definitiva la expresión de los sentimientos. Ya manifestada una idea, descrito un carácter, llevada al papel una emoción, el primer espectador, el escritor mismo, se aplaude o se condena. Sólo el juicio unánime de la crítica y del público puede hacerle dudar y reflexionar acerca de sus cualidades. A veces la opinión de los otros le causa la más triste de las pesadumbres: la incomprensión, que se traduce en esa muerte anticipada conocida con el nombre de olvido.

De todo ese drama intenso que ocurre a diario en cada una de las partes del mundo; de la tragedia silenciosa que es el panorama íntimo de la vida del escritor, desarrollado dentro de la comba del cráneo; de todo cuanto él y otros han vivido en la meditación solitaria; de eso habla Salaverría en este libro, que tiene una fuerte unidad, que parece escrito de una sola vez.

Biblioteca de autores mexicanos modernos. Antonio Caso. Profesor de Filosofía y Sociología de la Universidad Nacional, Asociado del Instituto Internacional de Sociología. LA EXISTENCIA COMO ECONOMÍA, COMO DESINTERÉS Y COMO CARIDAD. México. Ediciones México Moderno. MCMXIX.

Biblioteca Paraguaya del Centro de Estudiantes de Derecho. Manuel Domínguez. EL ALMA DE LA RAZA. Prólogo de Juan E. O'Leary. Asunción. Casa editora de Cándido Zamphirópolos. Villarrica y Convención. 1918. 8º, 344 p.

EL RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL Y LOS ESPAÑOLES RESIDENTES EN LA REPÚBLICA MEXICANA. México. 1920. 8º, 40 p.

LA POESÍA RELIGIOSA EN MÉXICO. (Siglos XVI a XIX). Selección y Notas del Pbro. Jesús García Gutiérrez. Cultura. Tomo XI No. 1. 1919. 8º, 192 p.

Segundo de Ispizúa. LOS VASCOS EN AMÉRICA. Historia de América. Vol. VI. Venezuela. Tomo III. La ascendencia vasca de Simón Bolívar, Libertador de América. Ilustraciones: Firmas autógrafas de todos los Bolíbar. Dos retratos del Libertador. Plano de la puebla de Bolíbar en Vizcaya, cuna de los ascendientes del Libertador. Vista del ex palacio de los Bolíbar. Detalle del mismo con la fecha de su construcción. Objetos del tiempo en que marchó a América el primer Bolíbar, progenitor del Libertador. Escudos de armas, a colores, de los Bolíbar de Vizcaya y los Bolíbar de Venezuela, que prueban su idéntica troncalidad. Lápida sepulcral de un Bolíbar, del siglo XI o XII, etc. 1919. Artes Gráficas Mateu. Paseo del Prado, núm. 34. Madrid. 8º, 244 p.

Ligue Française de Propagande du Comité France-Amérique. LES ÉTABLISSEMENTS FRANÇAIS D'ENSEIGNEMENT. 1re. Edition française. Siège social: 21, Rue Cassette, Paris. [1919] 8º, 24 p.

Petite collection France-Amérique. Armand Petitjean. Chef du Service de l'Amérique Latine au Commissariat Général de la Propagande. LA CONCURRENCE INTERNATIONALE ET LES SYMPATHIES FRANÇAISES EN AMÉRIQUE LATINE. Imprimerie Nationale. 1918. Cahier V. 8º, 32 p.

Rómulo Tovar. EN EL TALLER DEL PLATERO. García Monge y Cía., Editores. San José de Costa Rica, C. A. 1919. 8º, 56 p.

UN RUIDOSO ASUNTO DIPLOMÁTICO. Las cartas del ex-Presidente Roca y la guerra del Pacífico. D. Agustín Arroyo en la picota. Lima. Imprenta del Estado, Núñez 206. 1919. 8º, 64 p.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, enero 1920.

NOTAS EDITORIALES

FEDERACION UNIVERSITARIA

Convocados por el doctor Antonio Sánchez de Bustamante, catedrático de Derecho internacional de la Universidad Nacional, y una de sus más prestigiosas figuras, se reunieron en su bufete de abogado, en la tarde del 17 de noviembre último, los señores Claudio G. de Mendoza, Jesús María Barraqué, Antonio L. Valverde, Carlos Fonts Sterling, Carlos M. Alzugaray, Bernardo Latour, Gustavo Gutiérrez, Oscar de Barinaga, Emilio Roig, Mario Lamar y Julio Villoldo.

El Dr. Bustamante, con su elocuente palabra, expuso a los concurrentes que la reunión tenía por objeto un cambio de impresiones para constituir una Comisión de Graduados de la Facultad de Derecho, plan que obedecía a un gran movimiento iniciado por profesores, graduados y estudiantes para unir alrededor de la Universidad todos los componentes de las distintas facultades que integran ese Centro docente.

A petición del Dr. Bustamante expusieron sus puntos de vista todos los presentes, quienes quedaron citados para nuevas y más fructíferas reuniones.

Cuba Contemporánea, integrada casi en su totalidad por graduados de la Universidad Nacional, acoge con entusiasmo la idea de la proyectada federación universitaria, y brinda su concurso para obra tan levantada y necesaria.

J. V.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO VIII

Tomo XXII. La Habana, marzo 1920. Núm. 87.

LA EPOCA REVOLUCIONARIA



N la "convención de París", dos semanas antes de que la gran guerra comenzara, los socialistas franceses insistieron en conjurar todas las ramas de la "Internacional", en una formidable acción revolucionaria, en el caso de que la movilización del Ejército se decretara. Era fácil ver, dice Trotzky, que este radicalismo de los socialistas franceses en materias internacionales, tenía raíces más profundas en el sentimiento nacional, y en los intereses nacionales, que en los intereses del proletariado mundial; y resultaba evidente que lo que el Partido Socialista Francés perseguía en aquellos momentos, era atender a la más eficaz defensa del suelo de la patria, amenazado en 1914, como en 1870, por la planta aleve del invasor teutón (1). Mas el Partido Social Democrático Alemán rehusó abiertamente entrar en semejante conjura, aun cuando Bebel insistió en que la adhesión del Partido Social Democrático a la súplica de los hermanos franceses, no implicaría la necesidad de cumplir el pacto, cuando el momento decisivo llegase...

El gran conflicto pudo, pues, surgir ante la pasividad, y aun la complicidad, de las clases proletarias del mundo, que acudieron al reclamo de las naciones, llenas del más ciego y ardiente patrio-

(1) *The Bolsheviki and World Peace* by Leon Trotzky. Introduction by Lincoln Steffens. Boni and Liveright. New York. 1918.

tismo; y con esta deserción de las filas de la "Internacional", vino el colapso de las viejas teorías oportunistas que aconsejaban se aprovechara el momento y la hora, para extender los horrores de una revolución de carácter social.

Es sobradamente conocido que el socialismo, como fuerza, surgió con Karl Marx. Marx nació en 1818, en Trèves, en las provincias Rhinanas. Fué su padre un judío, que nominalmente había aceptado el Cristianismo. La carrera de Marx fué una peregrinación de una en otra de las universidades alemanas, de todas las cuales era invariablemente expulsado, a causa de sus escritos revolucionarios. En 1847 fué encargado por la Liga Comunista Alemana de redactar un manifiesto que apareció en enero de 1848 (2), y que es comunmente conocido con el nombre de "Manifiesto Comunista". En este documento se encuentra por vez primera un sistema coherente de las teorías socialistas. Lo esencial de las doctrinas del marxismo puede reducirse a tres puntos cardinales: primero, lo que Marx llama "la interpretación materialista de la historia"; segundo, "la ley de la concentración del capital"; y tercero, "la guerra de clases".

La primera de estas doctrinas, de acuerdo con Marx, se prueba por los cambios constantes de la sociedad, testificados por una incursión en los documentos históricos. Por "cambio", Marx entiende "revolución". Todo el movimiento de la historia lo tiene él como necesario, como el efecto de las causas materiales sobre los seres humanos. No tanto defiende en esta parte de sus doctrinas la revolución social, como la predice, viéndola inevitablemente traída por los acontecimientos que se realizarían en el mundo. Es imposible no reconocer la clara visión del porvenir que iluminaba la mente del escritor .

En la segunda de sus doctrinas, Marx prevé la concentración de los negocios en enormes "trusts", cuyo objeto es evitar la competencia entre los capitalistas. Estos "trusts", dice Marx, pondrán de mayor relieve los males de la organización social actual.

---

(2) El "Manifiesto Comunista", aunque generalmente atribuído a Marx, fué redactado por este en colaboración con Engels, con quien Marx venía asociado íntimamente desde su primer encuentro en París. La obra más importante y conocida de Marx, es, sin duda alguna, *Das Kapital,* cuyo primer volumen apareció en 1867.

Traerán el malestar social a un campo fuertemente iluminado, en donde todos podrán ver claramente cuáles son las causas de dicho malestar.

En cuanto a la tercera de sus doctrinas, Marx predice que andando el tiempo se efectuará una radical separación de la sociedad en dos clases antagónicas: el proletariado y la burguesía; y que tan pronto como el proletariado se organice internacionalmente, tomará fácilmente el control de la sociedad, y llevará a cabo la abolición de todas las clases.

El manifiesto termina con un llamamiento a los trabajadores del mundo, a fin de que se levanten en beneficio del comunismo.

Los comunistas desdeñan ocultar sus puntos de vista y sus propósitos—dice—. Ellos declaran abiertamente que sus fines sólo pueden ser obtenidos destruyendo por la fuerza las condiciones sociales actuales. Dejad que tiemblen las clases directoras ante la amenaza de una revolución comunista. Los proletarios no tienen otra cosa que perder, sino las cadenas que hoy los atan. Por el contrario, tienen un Mundo que ganar. Trabajadores de todos los países, uníos!

El fracaso de la Segunda Internacional, hizo posible la Guerra. Un huelga general en todos los países envueltos en el conflicto, en los momentos en que el conflicto estallaba, habría traído a los estadistas del mundo a sus sentidos, y habría hecho imposible la enorme catástrofe. Morris Hillquit, el jefe del ala derecha del partido socialista en los Estados Unidos, sostenía esta opinión en un artículo recientemente publicado en *The New York Call.* Esta afirmación tiene grave importancia porque Morris Hillquit es el Secretario Internacional del Partido Socialista de América. Y León Trotzky, en su libro publicado en Suiza en 1918, *Los Bolshevikies y la Paz del Mundo,* ya había sostenido una opinión totalmente idéntica (3).

Del caos de la guerra, de las cenizas ensangrentadas del magno conflicto, una nueva Internacional va a surgir, y en algunos países ha surgido ya. Las derechas de todos los partidos socialistas opinan que es necesario organizar la nueva Internacional. Las izquierdas creen que la forma ha sido encontrada por los bolshevikies

---

(3) Loc. cit. Cap. VII. *The Collapse of the International,* pg. 172.

en Rusia, los espartacos en Alemania, y los comunistas en Hungría. "La necesidad no reconoce ley", había dicho el Canciller Imperial el 4 de agosto de 1914; y este mismo grito soberbio, consagración del derecho de la Fuerza por encima de todos los demás derechos y como creador de todos ellos, es hoy el grito de los trabajadores frente a los que ellos llaman con absoluto desprecio "leyes de la burguesía". El agotamiento económico general de Europa ha afectado las clases proletarias más inmediatamente y más severamente que otra alguna. Los recursos materiales de los Estados Europeos se han gastado totalmente en la pasada guerra, y la posibilidad de satisfacer las crecientes demandas de las clases proletarias es, por tanto, muy limitada. ¿Esto conducirá de manera inevitable a conflictos políticos cada vez más anchos y profundos, los cuales tomarán el carácter de una revolución social cuya marcha y desarrollo total nadie puede por el momento prever?

Los marxistas revolucionarios declaran abiertamente que no tienen causa para desesperarse. Llaman a la época actual "nuestra época", y sostienen que el marxismo se levantará triunfante en todas partes; afirman que el mundo capitalista no tiene más que un dilema: "Guerra permanente, o Revolución. Pasada la guerra, ha llegado la época revolucionaria". Con estas palabras y con esta arenga termina el libro de Trotzky, que es la Biblia hoy de las izquierdas rojas en el mundo entero.

No es unánime, sin embargo, esta creencia, aun dentro de los mismos partidos socialistas. En el partido socialista norteamericano se distinguen fuertemente dos grupos antagónicos; y aun podríamos decir tres grupos, porque existe también, claramente definido y organizado, el grupo Centrista.

La ruptura entre las dos facciones extremistas se efectuó hace poco más de un año, cuando la delegación socialista compuesta de siete miembros en el *Board of Aldermen*, capitaneada por Algernon Lee, votó en favor del Cuarto Empréstito de la Libertad. Esta decisión fué en realidad la primera grave escisión, por cuanto, desde la Convención de San Luis, el partido socialista norteamericano se había mantenido opuesto a la guerra, no obstante la defección parcial de alguno de sus miembros. El 9 de abril de 1918, marca, pues, el principio de la división entre las dos alas extremistas. Los siete miembros que en dicho día votaron en favor

del Cuarto Empréstito de la Libertad, fueron unánimemente condenados por sus compañeros socialistas, quienes llegaron a solicitar la expulsión de los llamados traidores. Poco tiempo después un grupo de miembros del *Local New York*, capitaneado por "Jim" Larkin, Eamonn Mac Alpine, Louis Fraina y "John" Reed, dió a luz un documento que fué titulado *Manifiesto y Programa del ala izquierda del Partido Socialista.* De acuerdo con estos extremistas, los socialistas de la derecha, no merecen el nombre de tales socialistas. Son revolucionarios sólo en el nombre; usan los términos y la fraseología consagrada, pero no la sienten. Buscan sólo un efecto en la opinión pública, y bajo el manto del socialismo, son burgueses disfrazados, "lobos con piel de ovejas". Caminan irresolutos y vacilantes por una senda en la que sólo es posible andar de prisa.

Por lo demás, el "Manifiesto" del ala izquierda no contiene novedad alguna importante. Resultará, no obstante, de interés en estos momentos, conocer alguno de sus párrafos.

Antes del mes de agosto de 1914, dice, las naciones del mundo vivían sobre un volcán. Violentas erupciones habían dado de tiempo en tiempo avisos del inminente cataclismo, pero los diplomáticos y estadistas del mundo se habían arreglado para localizar los conflictos, y las masas, momentáneamente excitadas, habían vuelto a caer en su acostumbrado letargo, llenas de dudas y de falsas interpretaciones, mientras las corrientes subterráneas continuaban preparando el estallido. Muchos ciegamente confiaban: algunos en la sapiencia de sus hombres de Estado; otros en el poder cohesivo del Cristianismo, su religión común; y otros, finalmente, en la fuerza creciente del movimiento Socialista Internacional. ¿No llegaron a cambiarse dramáticos telegramas entre el Partido Social Democrático Alemán, y el Partido Socialista Francés, comprometiéndose a no pelear en el caso de que sus Gobiernos respectivos se declarasen la guerra? Una huelga general de trabajadores, dirigida por estos determinados socialistas, habría traído a los gobiernos del mundo a sus sentidos. ¡Pero el socialismo revolucionario no estaba destinado a permanecer inerte por mucho tiempo! ¡En Alemania Karl Liebknecht, Franz Mehring, Rosa Luxembourg, y Otto Ruhle, organizaron el Grupo Espartaco; pero sus voces fueron ahogadas por el tronar de los cañones, y los gritos de los heridos y moribundos!

Mas ahora que la guerra ha terminado, ¿qué debe hacerse? Los extremistas norteamericanos creen que es necesario acentuar

cada vez más una "intranquilidad industrial" (4). Creen que es necesario desarrollar esta "intranquilidad industrial" hasta llegar a una revolución general. La Liga de las Naciones merece especiales ataques de estos extremistas. Es esta liga, dicen, una nueva forma del "imperialismo capitalista". Es una nueva "Reforma Burguesa". Las "Reformas Burguesas", son, según ellos, todas aquellas tentativas de la sociedad por mejorar la condición de las clases proletarias. Su objeto, afirman, es distraer la atención de los trabajadores del mundo del ideal revolucionario. Las clases capitalistas de América sólo tratan de usar el trabajo organizado para sus propósitos imperialistas.

Pronto veremos a los capitalistas, siguiendo la moda de Bismarck, pedir leyes obreras, pensiones a los viejos trabajadores, seguro a los no empleados, beneficios a los enfermos, y toda esa basura de reformas burguesas, encaminadas a conseguir que los trabajadores produzcan los mayores beneficios, con la mayor celeridad posible.

El manifiesto sostiene, en consecuencia, que el único papel de los socialistas en los Parlamentos capitalistas, es hacer objeciones, oponerse a todo, y no tomar parte en la votación de leyes, ni "fruslerías" por el estilo. El programa de un Partido Socialista Revolucionario debe ser dirigir las luchas del proletariado, y formular un índice de lo que hay que hacer cuando la crisis culminante llegue. La propaganda debe dirigirse a preparar a las clases trabajadoras para que, cuando llegue el momento, puedan desarrollar un programa del siguiente carácter:

(a) La organización de los consejos de trabajadores; reconocimiento y propagación de estas organizaciones en masa, como instrumentos para la conquista del poder, y para el establecimiento de las bases del nuevo estado proletario de los productores organizados, y la Dictadura del Proletariado. (b) Control, por los trabajadores, de todas las industrias, el cual será ejercido por medio de las organizaciones industriales (uniones industriales o soviets) de los trabajadores, contra la propiedad por el Estado, o el Gobierno, de las industrias. (c) Repudiación de todas las deudas nacionales, con provisiones para salvaguardar a los pequeños capitalistas. (d) Expropiación de los Bancos, como una medida

(4) *Industrial unrest.*

preliminar para la completa expropiación del capital. (e) Expropiación de los Ferrocarriles y de todas las grandes organizaciones del capital (trusts); nada de compensaciones, puesto que la "compra" a los capitalistas actuales significaría la continuación de la explotación de los trabajadores; se harán provisiones, sin embargo, durante el período de transición, para la protección de los pequeños tenedores de stock. (f) La socialización del comercio extranjero. Nada de compromisos o arreglos con los capitalistas, sino lucha revolucionaria contra el Estado y el capitalismo que asegure a la clase proletaria la conquista del poder, a través de una revolución de las masas. Es necesario el establecimiento de un nuevo Estado "soviet" de los productores organizados, la Dictadura del Proletariado; todo a través de una revolución social, cuyo objeto será la expropiación del capital y la introducción del comunismo socialista.

Esta es la posición, expuesta claramente y sin rodeos, del ala izquierda del partido socialista norteamericano. Y debe llamarse la atención sobre la circunstancia de que ahora, como en el período de incubación de la revolución roja en Rusia, la minoría izquierda por su agresividad y sus métodos de ataque y lucha, va ganando la mano a la mayoría derecha, a los que ya empiezan llamando "socialistas reaccionarios". A la edición del manifiesto, cuyo contenido hemos ligeramente examinado, siguió la publicación en Nueva York de un periódico rojo, *El Comunista,* cuyo primer número vió la luz a principios de abril del año pasado. Una de las razones principales dadas por sus editores, de la aparición del periódico, fué que los reaccionarios controlaban el periódico socialista *The Call,* en el cual no tenían espacio los "verdaderos socialistas". A *El Comunista,* editado por John Reed, siguió *El Libertador,* editado por Max Eastman, y *La Edad Revolucionaria,* editada por Luis Fraina.

La mayoría derecha rechaza por su parte el calificativo de "derechistas".

Las derechas socialistas, dice, apoyaron la guerra en Europa, y nosotros hemos sido y somos contrarios a estas guerras imperialistas.

Entrevistado Mr. Algernon Lee, el jefe de la derecha socia-

lista, por Mr. Louis Kantor, del *New York Tribune,* comenzó por declinar el hacer manifestación alguna.

Nosotros los socialistas, dijo, no deseamos hacer de la prensa capilista la arena de nuestras dificultades domésticas.

Esta contestación era en un todo semejante a la que sobre el mismo tema había dado anteriormente John Reed, el jefe de la izquierda. Accediendo, al cabo, a hacer algunas manifestaciones, dijo:

El Partido Socialista es franca y decididamente un partido revolucionario en sus ideales y en sus aspiraciones. Lo que desea es un cambio fundamental y completo en la estructura social. Nuestro orden social se basa al presente, en la propiedad individual, por una parte del pueblo, de la producción de las riquezas que son debidas al trabajo de otra parte del pueblo y que son, por su naturaleza, necesarias a la vida de la sociedad. Este sistema envuelve necesariamente, una división de clases, y la explotación de la clase proletaria por los capitalistas. El propósito de los Partidos socialistas del mundo es hacer que todas estas industrias sean poseídas por el pueblo que las trabaja. Esta es la más radical transformación que se ha ideado nunca. ¿Cómo se efectuará este cambio tan radical? Los socialistas no creen que este cambio pueda lograrse por la acción de unos pocos. Debe ser obtenido mediante el propósito consciente de una inmensa mayoría del pueblo en los principales países del mundo. Con este objeto realizamos nuestra activa propaganda, y nuestros trabajos de educación, recompensados cada año por la evidencia de que nuestro trabajo no es baldío. Si el trabajo fuera solamente nuestro, no podríamos quizás obtener tan grandes adelantos; pero los Morgans, los Rockefellers, los Roots, y los Overmans, los Wilsons y los Clemenceau, están siempre inconscientemente ayudándonos a sembrar las semillas del descontento, y dándonos lecciones objetivas que ayudan poderosamente nuestras lecciones orales o escritas. Los socialistas del mundo esperan y desean ardientemente la dictadura del proletariado, tal como Marx la había concebido; a saber: el triunfante despertar de la clase trabajadora del mundo.

Como se ve, las doctrinas de la derecha socialista no difieren sustancialmente de aquellas que sostienen los extremistas del ala izquierda. No hay, en realidad, más que una sola divergencia. La derecha socialista parece esperar más de los medios evolutivos, aun cuando no desdeña mirar la revolución como un ideal. Por el contrario, las izquierdas desean "acción inmediata", y acusan a

los derechistas de tibieza en los procedimientos y aun de traición a la causa (5).

Los socialistas ortodoxos, por boca de su jefe más caracterizado, Mr. John Spargo, condenan el bolshevismo como opuesto en principio y en acción a las teorías de Carlos Marx.

Según Mr. Spargo el Comunismo Revolucionario es una amenaza a la civilización.

En todos los países, escribe (6), encontramos largas masas de hombres listos para revolverse contra el orden social existente, con el propósito de establecer una tiranía brutal, basada en la fuerza despótica más formidable que jamás intentaron los Hapsburgos, los Hohenzollern, o los Romanoff. Como todos sus predecesores, los creadores de esta nueva tiranía nos hacen encantadoras promesas de libertad, bienestar y felicidad. Pero en sus experimentos sobre el cuerpo vivo de las sociedades humanas, sólo destruyen las instituciones y las costumbres que únicamente pueden hacer posible el ordenado desenvolvimiento de la humanidad hacia un ideal libremente escogido. Si debemos triunfar de este nuevo peligro, si la civilización debe ser conservada, es necesario que entendamos no sólo el programa de estos nuevos tiranos, sino el espíritu, y por decirlo así, el proceso mental que ha precedido al desenvolvimiento de este mismo programa. Mis estudios del problema social desde hace largo tiempo me han convencido de que la socialización de la vida económica debe depender últimamente de la socialización del pensamiento y del carácter humano. Una conducta antisocial, bien sea de parte de un individuo o de una masa de individuos, no puede hacer avanzar el socialismo genuino. Ningún estado social puede ser más fuerte que sus cimientos humanos. Sólo los hombres y las mujeres cuyas vidas estén gobernadas por una conciencia social, pueden levantar y mantener una sociedad verdaderamente socializada. El bolshevismo se equivoca porque es antisocial. Porque sus ideales y sus métodos son egoístas y tiránicos, como los del capitalismo sin restricciones, o los del mismo Czarismo. El bolshevismo emula las peores y más opresivas pólizas de las pasadas opresiones, con el propósito de traernos una mentida libertad. Y el bolshevismo no es, siquiera, una teoría original o nueva. Nada es original en sus predicaciones; todas sus enseñanzas han sido extraídas de la voluminosa literatura socialista, anarquista o sindicalista. Lenine, el más notable teorista bolsheviki, el único digno de atraer nuestra atención, no es siquiera un pensador original. Todas sus ideas, y su fraseología misma, han sido tomadas

(5) *The left wing bolts, splitting the Socialist Party,* by Louis Kantor. *The New York Tribune,* June 29, 1919.

(6) *Bolshevism a caricature of Marx's Theories* by John Spargo *The World's Work.* November 1919, pg. 28.

a Marx. Generalizaciones marxianas, con fraseología marxiana, es todo cuanto constituye su equipo intelectual. Aun en el campo de la política práctica, carece en lo absoluto de inventiva, o de originalidad; su programa es un resumen de copias serviles. Esto explica la facilidad con que muchos se imaginan comprender las teorías del bolshevismo. Y sin embargo, aunque parezca paradoja, marxismo y bolshevismo tienen pocos puntos de contacto. Lo que Lenine nos presenta en nombre de Marx, no es más que una caricatura del verdadero pensamiento marxiano. El nombre y las palabras de Marx están en sus labios, pero su espíritu está ausente. Los bolshevistas pretenden establecer la "Dictadura del Proletariado" de que Marx hablaba hace setenta y dos años. Mas para entender el pensamiento de Marx, es necesario que conozcamos lo que quería decir con la palabra "proletariado". Marx fué influenciado fuertemente por Barnave y otros intelectuales de la Revolución Francesa, y usaba evidentemente el término "proletario" en el sentido en que aquellos lo usaron. Así entendida, la palabra sirve para significar una clase social cercana a la esclavitud, desprovista hasta de los derechos de ciudadanía. En la sociedad romana el término se aplicaba a una larga clase dominada por la fuerza, compuesta de campesinos, jornaleros y otros individuos sin capital, sin propiedades, sin conocidos medios de apoyo, que sólo contribuían a la comunidad con la aportación de la "prole", es decir, de los hijos, para la guerra (7). El estado de "proletario" no significaba simplemente pobreza, sino incapacidad política. Esto entendido, es evidente que la inmensa mayoría de las clases obreras del mundo no pueden ser comprendidas dentro del término "proletarias".

Cuando Marx escribió su "Manifiesto Comunista", la clase obrera del mundo era "proletaria" en el sentido que Marx escribía. No fué sino muchos años más tarde que las clases obreras del mundo obtuvieron el derecho de sufragio, y pudieron enviar a los parlamentos sus representantes. Marx entendía que cuando este sufragio fuera alcanzado, las clases proletarias podrían gobernar por la fuerza del número. Finalmente, Marx creía que la opresión de una clase por la otra había de cesar, y que en lugar de esta injusta situación se establecería una fraternal democracia cooperativa. ¿Qué relación puede haber entre esta teoría y la insoportable tiranía de una minoría iliterata y violenta, tal como

---

(7) *Proletarius, a, um,* adj. Fes. Pobre, de baja condición. *Proletarii,* Gel. Proletarios, las gentes pobres de Roma, que no contribuían a la República más que con los hijos para la guerra. *Novísimo Diccionario Latino Español,* de Salvá. París, Garnier, 1895, pg. 815.

la que Lenine y sus colegas han impuesto sobre millones de rusos?

La filosofía de los Comunistas rusos, tan popular fuera de Rusia, gracias a su disfraz marxiano, es esencialmente pre-marxiana y aun anti-marxiana. Y los que aceptan, como inspiradas en Marx, las teorías bolhevistas, no conocen, ni aun remotamente, las teorías marxianas. Es importante recordar que Karl Marx, por ejemplo, fué siempre un mortal enemigo de la anarquía. En 1850, dos años después de la publicación del célebre "Manifiesto Comunista", surgió una facción en el Comité Central, la que deseaba una "acción revolucionaria" mediante la cual fuera posible apoderarse de las riendas del gobierno por un atrevido *coup de surprise,* con objeto de establecer la "dictadura del proletariado". Marx se opuso violentamente a la adopción de estas medidas revolucionarias, y denunció a los que las predicaban. La aventura se repite; el encono de los bolshevistas en cada país es mayor contra los socialistas no bolshevistas que contra los mismos capitalistas, o los mantenedores políticos del viejo régimen. Ninguna teoría es más irreconciliable con el bolshevismo que el socialismo propiamente entendido; y a medida que más claramente se entienden las doctrinas socialistas, más se separan y divergen de las teorías bolshevistas.

La reconstrucción de la sociedad sobre una base socialista es un programa verdaderamente formidable; su realización, aun suponiendo las más favorables condiciones, ha de tomar muchos años. La sociedad no puede ser socializada más rápidamente que lo sean los miembros humanos que la componen. Las formas sociales cambian muy lentamente, como consecuencia de los trabajos de propaganda y del empleo de fuerzas idealísticas.

Los medios violentos empleados por Lenine y sus secuaces no pueden dar frutos perdurables. La anarquía, la pobreza más espantosa y el más atroz desorden reinan en Rusia. Sólo un país acostumbrado secularmente a la opresión y a la tiranía es capaz de soportar lo que el pueblo ruso ha venido soportando bajo el yugo bolshevista. Los millones de vidas inmoladas en el altar de este nuevo Moloch bárbaro, la riqueza entera de una nación de más de cien millones de súbditos, el bienestar de todo un pueblo sojuzgado y sometido a una minoría insoportable, debe ser

una elocuente lección a los demás pueblos de la tierra. Los trabajadores y los gobiernos del mundo deben lucrar de esta lección, que por fortuna se presenta en un pueblo distante. Antes de seguir adelante, unos y otros, en el camino que fatalmente conduce a un tan horrible precipicio, deben estudiarse los resultados obtenidos por un régimen tiránico en la infeliz Rusia. ¿Ha mejorado allí la condición de las clases trabajadoras? Aun cuando en Rusia la condición de los trabajadores era infinitamente peor que en el resto del mundo civilizado bajo el gobierno de los Czares, no hay término de comparación con su actual miserable estado. Las industrias totalmente paralizadas; la agricultura soportando escasamente las necesidades de una población diezmada y famélica, acostumbrada a todo género de privaciones; la iniciativa privada muerta y desaparecida, Rusia vive hoy devorando sus propias entrañas. ¿Cuánto tiempo durará esta terrible experiencia? Si fuera posible hacer en Rusia un plebiscito sobre el régimen actual, la experiencia terminaría el mismo día en que el plebiscito se realizara; si fuera posible sacudir el férreo yugo de las bayonetas que apoyan al actual régimen, poco tiempo duraría también. De una manera o de otra, el régimen bolsheviki en Rusia está destinado fatalmente a desaparecer; es sólo cuestión de tiempo. Lo importante es impedir que esta nueva peste roja trascienda a los países no contaminados aún. Todos los esfuerzos de los gobiernos y de los pueblos deben encaminarse a este fin; y mediante estos esfuerzos la época revolucionaria profetizada por Trotzky pasará como un terrible sueño, dejando en el rastro una serie inacabable de víctimas, la inmensa mayoría de las cuales pertenecen a esa misma sufrida clase obrera en cuyo nombre pretenden hablar unos cuantos egoístas, ambiciosos de lucro.

José Agustín Martínez.

GAMBETTA (*)

ESDE el momento en que el pueblo francés supo, emocionado, la noticia del trágico accidente de la herida que originó la muerte de Gambetta, comenzó la fantasía de los eternos forjadores de romances a tejer la novela que es complemento obligado de la existencia de los grandes hombres.

La extraña naturaleza del accidente, un disparo de pistola cuyo proyectil había atravesado la palma de la mano derecha del tribuno, ofreció amplio y fecundo campo a las imaginaciones para reconstruir la escena; el gran patriota agredido había querido arrancar el arma homicida de manos de su agresor, y al desviarla no había podido impedir que el disparo le alcanzara.

El escenario donde el supuesto drama se había desarrollado, su retiro solitario y agreste de Ville d'Avray—la antigua residencia de Balzac, aquel gran conocedor del alma humana—contribuía a acentuar aun más los caracteres misteriosos y romancescos de la aventura.

El amor; la eterna, imperecedera causa generadora de todas las tragedias, había armado el brazo de la protagonista. Celosa o desdeñada, ¿había querido vengarse de los desdenes del tribuno, asesinándole en el propio nido de sus pasados amores, y al pretender Gambetta defenderse había recibido el disparo en la mano? O bien, ¿decepcionada y abatida, deseando morir antes que resignarse a renunciar al amor, antes fogoso y ahora voluble, del tribuno, había querido sacrificar su vida en presencia del sér amado, ofreciéndole, como postrer homenaje, el espectáculo de su propia

(*) Capítulo último del libro así titulado, próximo a ver la luz pública en Madrid.

muerte, y Gambetta, al pretender arrebatarle el arma, había sido herido por la bala que la desesperada amante destinaba a concluir sus penas?

¿Tentativa de asesinato? ¿Intento de amoroso suicidio?

Ambas versiones se disputaban encarnizadamente la supremacía. Verdad es que, como en las viejas comedias de encantamientos y de magia, el personaje principal no había sido visto; que los sirvientes que al ruido del disparo habían acudido apresuradamente, no encontraron por parte alguna la sombría protagonista que aun debía empuñar, airadamente, la pistola. Pero ¿qué importa ese *detalle* para la pródiga imaginación que inventa, forja y compone una novela de los actos más vulgares y más sencillos de la vida? ¿No desaparecen en los teatros, por el escotillón, ante el asombro del espectador, los personajes a quienes el autor quiere sustraer a la mirada de sus perseguidores? Pues de manera idéntica, por milagrosos procedimientos, la dama misteriosa, la incógnita agresora, había podido evadirse, esfumarse y desaparecer ante los ojos de los atónitos servidores del tribuno...

De igual modo que en el caso del accidente sufrido por Gambetta en su niñez y que determinó la pérdida de uno de sus ojos, la leyenda y la fantasía, que atribuyeron arbitrariamente a móviles absurdos e inverosímiles aquel triste involuntario suceso, han sido contradichos y desmentidos por la realidad; así, en este caso, testimonios irrefutables y veraces han restablecido cumplidamente la verdad histórica.

He aquí la forma en que uno de sus más ilustres biógrafos, el Dr. Laborde (1), refiere el accidente que originó la muerte de Gambetta.

Es un hecho bien conocido de sus amigos—dice—y de todos cuantos estaban al corriente de sus costumbres, que Gambetta alimentaba una afición particular por el ejercicio del tiro a la pistola. Diariamente y a ciertas horas se entregaba a esa práctica, especialmente después de almorzar, con una asiduidad y una fidelidad extremadas. Su habilidad y destreza en el manejo de esa arma le enorgullecía, y su preocupación —casi pudiéramos decir, su ambición, que, con su proverbial franqueza, no ocultaba—era la de igualar la fuerza y la superioridad excepcionales,

---

(1) *Leon Gambetta.*—Biographie psichologique. Histoire authentique de la maladie et de la mort.

y generalmente conocidas, de su amigo (al menos durante un determinado período de su vida política) Monsieur Clemenceau.

En el día en que el accidente se desarrolló, Gambetta acababa de recibir como regalo del renombrado fabricante de armas, M. Ferdinand Claudin, un revólver de nuevo modelo. Gambetta, con juvenil impaciencia, había tenido al alcance de su mano—durante el almuerzo—el revólver y se impacientaba por terminar, para conocer y ensayar su mecanismo (2). Al levantarse de la mesa, Gambetta empuñó el revólver, en cuyo interior estaba incompletamente introducida una cápsula. El tribuno, asiendo con su mano izquierda la empuñadura del revólver, intentó abrirlo, teniendo apoyada su mano derecha en la extremidad de la boca del cañón del arma. Con la presión que hizo, provocó el disparo, y el proyectil, atravesándole la palma de la mano, siguió su trayectoria, en dirección de abajo a arriba, recorriendo en forma oblicua el antebrazo para salir al nivel del codo.

Los doctores Gilles, del Hospital Brezin, y Guerdat, de Ville d'Avray, fueron los primeros en asistirle, en vendar la herida y detener la hemorragia que de ella brotaba.

Los días que transcurrieron entre el accidente y la muerte de Gambetta, fueron de grandes alternativas y hondas y encontradas emociones. Cuidadosamente atendido, desde el primer instante, por M.M. Siredey, su médico habitual, y Tieuzal, su amigo; por el Dr. Laborde y por los doctores—antes citados—Gilles y Guerdat, asidua y solícitamente cuidado por tres internos de los hospitales, M.M. Walther, Berne y Martinet, encargados de velar por el estricto cumplimiento de las prescripciones médicas, pareció, en determinados momentos, que la lesión no entrañaría fatales consecuencias y que todo peligro de posibles complicaciones, de otro orden, se había desvanecido.

El domingo 3 de diciembre—primero del mes en que el herido había de sucumbir—el boletín médico, expedido y firmado después de un examen detenido y previa consulta de los doctores Verneuil y Trelat, decía así:

El estado de M. Gambetta es absolutamente satisfactorio bajo todos aspectos; el estado general de su salud no deja nada que desear, y la herida toca al término de su curación (3).

---

(2) El Dr. Tieuzal, amigo íntimo de Gambetta, que almorzó ese día con él, ha confirmado con su autorizado testimonio todos estos detalles.

(3) Consulta y dictamen de los señores Profesores Verneuil y Trelat y de los doctores Siredey, Tieuzal, Gilles, Guerdat y Lannelongue.

El domingo 31 de diciembre de 1882, a las once de la noche, exhalaba Gambetta su último suspiro.

La emoción que produjo la noticia fué inmensa. Amigos y adversarios se inclinaban respetuosos y reverentes ante la majestad suprema de la muerte. Jules Ferry prorrumpía en sollozos. Clemenceau declaraba que su pérdida constituía una desgracia nacional. Déroulède la consideraba como una derrota de Francia.

En Alemania se proclamaba unánimemente la importancia capital que esa muerte ejercería en los desenvolvimientos de la política francesa, y se rendía un tributo de justicia a la memoria del enemigo ilustre.

Alemania—decía la *National Zeitung*—acaba de perder a un gran enemigo.

M. Gambetta—decía el *Tageblatt*—el hombre de la Revanche, ha muerto. Su desaparición nos asegura la paz más de lo que hubieran podido garantizárnosla las más sólidas alianzas.

El fin prematuro de Gambetta—comentaba el *Boersen Courier*—quita a Alemania un enemigo irreconciliable.

El "*Cladderadasch*" de Berlín, decía:

Ha caído el hombre del que la historia guardará un recuerdo. El nombre de ese hombre lleno de valor en los días de duelo, que ha servido resuelta y fielmente a su patria, será siempre grande entre sus contemporáneos.

Ahora que ha desaparecido, se nos presenta, tal cual era, delante de su patria vencida, irguiéndose para protegerla con su espada y su coraza, con toda la obstinación de su juventud. Cada vez que se hinchaban las olas del combate, él era el enemigo temible de nuestras victorias, como ha sido el guardador de los rencores en la paz. Su genio ardiente, dirigido por su encono, esperaba aún ver el día en que resplandeciera otra vez la gloria de su patria (4).

Pero donde la trágica e imprevista muerte de Gambetta produjo una sensación inmensa e indefinible de abatimiento y de

---

(4) Del crédito que disfrutaba Gambetta en Alemania y del reconocimiento que los directores de su política hacían de su grandeza y de su genio, da idea esta anécdota que refiere Henri Galli en su bello libro, varias veces citado. Asistía el Emperador Guillermo I a una representación de *Juana de Arco*, en Berlín, pocos días después de la guerra del 70, y observó que varios personajes de su cortejo se encogían desdeñosamente de hombros al oir que la heroina de la obra decía esta frase: "Yo he golpeado con el pie en el suelo y los ejércitos brotaron de la tierra". Yo he conocido a un hombre que ha hecho eso—dijo el Emperador—. Y ese hombre fué Gambetta.

dolor, fué en las provincias cedidas, en la Alsacia y Lorena. Gambetta había sido durante la guerra el alma de aquellas gloriosas regiones. En la paz era su esperanza y su sostén. Su desaparición implicaba algo peor que la derrota: el abandono de la vindicación y del desquite (5).

El homenaje de Francia al cadáver de Gambetta, revistió los caracteres de la apoteosis. Envuelto en el único sagrado sudario que correspondía a su patriotismo y su grandeza—en el pabellón tricolor de la República y la patria—fué expuesto al pueblo en la sala de fiestas del Palacio Borbón. Montañas de flores rodeaban el féretro. Y toda la Francia oprimida, emocionada, palpitante, respetuosa, angustiada, desfiló silenciosamente por la mortuoria estancia, para dar un supremo adiós al gran tribuno.

Los funerales de Gambetta en París y en Niza no han tenido ni precedentes en el recuerdo ni iguales en la historia. Fueron el testimonio del dolor unánime de todo un pueblo. Francia entera seguía llorosa y desolada el féretro. La Alsacia y la Lorena, enlutadas, mostraban la intensidad de su duelo. Las representaciones oficiales, las del Ejército, las Corporaciones, el pueblo, todos, confundíanse identificados en la comunidad del mismo sentimiento, en la fraternidad suprema del dolor. Y para que al duelo oficial, para que al sentimiento popular, para que a la universal pena se añadiese una nota aún más conmovedora y delicada, inspiradora de todas las piedades y todos los respetos, dos ancianos, encorvados más aún por el peso del dolor que por el de los años, reprimían sus lágrimas, mientras flaqueaban al andar sus piernas,

---

(5) La Alsacia y la Lorena fueron representadas en los funerales de Gambetta por numerosos delegados, portadores de magníficas coronas, de Metz, Colmar, Mulhause, Ribeauville, Saverne, Bitche, Strasbourg, etc. La corona del Liceo Luis el Grande llevaba esta inscripción: "Al hombre de la revanche". Tras el convoy fúnebre iban los antiguos diputados de las provincias anexadas; la Asociación general de la Alsacia-Lorena; la Logia de Alsacia; la Sociedad Coral Alsaciana; el Círculo Alsaciano-Lorenés; la Escuela Alsaciana; la redacción de *La Alsacia-Lorena;* los delegados de Bâle, de Bône y de otras ciudades de Francia y Argelia.

En nombre de todos los delegados, y especialmente de los representantes de las provincias anexadas, M. Chauffur, después de hacer el elogio fúnebre del gran patriota, dijo: "Durante la guerra fué para nosotros el alma misma de la patria. Después de la derrota los departamentos que debían ser el precio del rescate de Francia, lo eligieron como su Diputado. Allí, en la Asamblea de Versalles, él fué el representante de sus dolores, el autor de su apelación desesperada al derecho y a la justicia. Consumada la mutilación, continuó siendo el representante de su invencible esperanza." *Henri Galli.* Obra citada.

acompañaban también silenciosamente el fúnebre cortejo. Esos dos ancianos, ante los cuales la multitud se inclinaba reverente, eran el padre y el tío de Gambetta. El venerable caballero italiano que había dado a Francia el más glorioso e ilustre de sus hijos, no había querido que el cadáver de éste reposase en el *Panteón* de los grandes hombres, de aquellos a quienes una declaración oficial proclama dignos de ese dictado. Gambetta había sido declarado *grande,* no por la opinión de un pueblo, sino por la conciencia universal. Y si en vida habían sido la patria, la política, la lucha, la tribuna las que habían absorbido, aprisionado, recogido todas las manifestaciones de aquella existencia vigorosa y fecunda, muerto, el triste padre reivindicaba su derecho y recogía el cadáver para volverle al seno de la familia, al panteón humilde que ya guardaba la sepultura de su madre y a donde él mismo había de reunírsele en un breve plazo para dormir unidos, padre e hijo, en una sola fosa...

*

Tal fué el hombre cuya existencia llena las páginas de uno de los períodos más dolorosos, y, acaso por ello mismo, más bellas, interesantes e inmortales de la historia de Francia.

Gambetta—declaraba al conocer su muerte desde la tribuna de la Cámara griega M. Tricoupis, Ministro de Negocios Extranjeros—, no fué solamente el gran ciudadano de Francia, sino el defensor de la libertad y de la justicia universales.

Tan bello y alto juicio es de una plena exactitud.

Los dos grandes ideales que llenaron el alma y la existencia de Gambetta fueron inspirados por los dos más puros y elevados sentimientos que pueden apasionar el corazón de un hombre: el amor a la patria, y el culto de la justicia y del derecho.

El sentimiento de la justicia fué el que convirtiéndole en el paladín más esforzado de las ideas democráticas y los derechos populares, le condujo a ser el adversario más formidable y poderoso del Imperio, cuyo bastardo origen repugnaba a la rectitud de su carácter y cuyas transgresiones de la ley sublevaban la pureza de su espíritu. El amor a la patria—amor inmenso, de inspirado, de apóstol, de luchador, de mártir—, transformándole primero en el

campeón de la resistencia y luego en el heraldo anunciador de la *revanche,* fué el que le condujo a sentir, durante la guerra, la *sublime* locura que salvó el honor y el nombre de Francia, y a alimentar en la paz el culto fervoroso del ideal reivindicador, cuya consagración gloriosa no la verían sus ojos, pero cuya victoria cierta la presentía su alma.

La labor política de Gambetta es, en ese doble aspecto, de una rectitud perfecta. Nada hay tortuoso ni equívoco en ella.

Cuando la guerra concluyó por el desventurado pacto que arrancó del territorio nacional la Alsacia y la Lorena, Gambetta no tuvo en toda su actuación política más que un solo pensamiento y un solo propósito: rescatarlas del vencedor para unirlas de nuevo a Francia. Por ello cuando, en 1878, las grandes dificultades que ensombrecen el horizonte de Europa sugieren la posibilidad de una inteligencia con Bismarck, Gambetta sólo consiente en entablar conversaciones con "*el monstruo*" a condición de plantear la cuestión de la Alsacia-Lorena.

Esos proyectos, reiterados y frustrados siempre, de entrevista entre Bismarck y Gambetta, han llenado interesantes capítulos de la historia de la política de su época.

Las primeras relaciones—si así puede calificárselas—entre el gran Canciller y el gran patriota, se derivaron de coincidencias en la apreciación de los problemas religiosos, y fueron conducidas por un devoto agente del Canciller, el Conde Henkel. El Conde Herbert de Bismarck, hijo del Canciller, escribía al Conde de Henkel en 30 de octubre de 1877:

Las relaciones que vos sosteneis con Gambetta son del más alto interés para mi padre (6). Nada puede ser más ventajoso para el desenvolvimiento y la prosperidad de ambos países, que el que un hombre político tan influyente y considerable como Gambetta esté persuadido de que el pueblo alemán desea la paz y trate de transmitir esa convicción a sus conciudadanos. Como vos sabeis, Sr. Conde, en el pensamiento de mi padre la forma republicana, tal como ella se desenvolvía apaciblemente en Francia hasta el 16 de mayo, es la única que puede hacer posible un carácter pacífico permanente de las relaciones de ese país con Alemania.

---

(6) Jaccques Barbille.—*La Republique de Bismarck.*

El segundo proyecto de entrevista entre los dos grandes hombres de Estado surgió con motivo de un discurso sensacional de Bismarck, pronunciado el 19 de febrero de 1878, respecto a la situación general de la política europea.

Yo creo—decía Gambetta al comentar ese discurso—que es el momento propicio para aprovechar las circunstancias favorables que nos ofrecen las ambiciones rivales para plantear francamente nuestras justas reivindicaciones y fundar de acuerdo con él (con Bismarck) el nuevo orden de cosas.

Por conducto del Conde Henkel la entrevista fué sugerida por Bismarck. Convenida, en principio, dentro del recíproco compromiso del secreto más riguroso, el Conde de Henkel se apresuró a anunciarla al Canciller, fijando para ella la fecha del domingo 28 de abril. Gambetta creyó que un deber de lealtad le imponía consultar con alguno de sus más íntimos amigos. La opinión de los amigos consultados fué contraria al proyecto, y Gambetta, alegando la necesidad de acudir al Parlamento para asistir a una trascendental discusión relativa a asuntos del Ministerio de la Guerra, se excusó de asistir a la entrevista.

Con el Rey Víctor Manuel de Italia y con el futuro Monarca de Inglaterra, Eduardo VII—entonces Príncipe de Gales—celebró Gambetta importantes conferencias. Su gran sagacidad política le había hecho ver en el futuro soberano inglés un buen y constante amigo de Francia, y su clara y justa visión del porvenir le llevaba a considerar la utilidad y a proclamar la conveniencia para Francia de la alianza inglesa. La idea de una inteligencia que asociara los intereses políticos británicos y franceses en una acción común, fué la tesis de su último discurso.

En lo que atañe a las orientaciones y a los desenvolvimientos de la política interior, es interesante señalar en la vida pública y la labor parlamentaria y gubernativa de Gambetta, dentro de la unidad inalterable de su concepción y sus propósitos, la bella y grande evolución de sus procedimientos, que le conduce, en progresión siempre ascendente, desde un extremo radicalismo intransigente y exaltado a una elevada, prudente y conciliadora política de atracción y desagravio—inspirada, lo mismo que su primitiva actuación, en la defensa esforzada de la intangibilidad del ideal

y de la institución republicanos, pero dirigida en sus desenvolvimientos posteriores a sumar por la persuasión y encaminada a atraer por la confianza a su servicio, junto a los que fueran sus partidarios fervorosos y sus devotos irreducibles, a los que, o las combatieron por convicciones diferentes, o les temían por su interés amenazado.

Gambetta se dió exacta y cabal cuenta de esta gran verdad, que ya hoy reconocen y proclaman los hombres de las antiguas y caducas organizaciones políticas: que no existen ni pueden existir *partidos*—en el concepto arcaico que tiene esa palabra—cuyos programas, de afirmaciones vagas y de generalidades imprecisas, contengan las soluciones concretas, efectivas y adecuadas para la resolución positiva y eficaz de los problemas imprevistos que las realidades de la vida nacional presentan a cada paso a los directores de la política de los pueblos. Su genio comprendió que en el gobierno y la dirección de las naciones cada instante demanda una actitud distinta, cada cuestión inesperada requiere una solución debida, cada ocasión y cada momento determinan una diversa conveniencia pública. Y esa fué su política; de atención eficaz y cuidadoso estudio del problema presente, no aspirando a resolverlo con vanas fórmulas previa y arbitrariamente establecidas, sino a aplicarle los remedios adecuados que la índole del caso y la naturaleza de la dificultad aconsejasen. Esa es la política *oportunista,* es decir, la política única y racional que hoy el mundo practica. De ella fué Gambetta no el creador, porque las realidades nacionales, más poderosas que los convencionalismos de los hombres públicos, la han impuesto y practicado siempre; pero sí el político sincero, el estadista leal, el gobernante honrado, que tuvo el acierto de formularla como norma de criterio y como regla de acción ante su país.

Un monumento, debido al cincel de Falguière, fué erigido en 1884 a Gambetta en Cahors, su ciudad natal. En 1888, sobre la plaza del Carrousel, el escultor Aubé y el arquitecto Boileau reproducían en otro monumento la figura gloriosa del tribuno, reviviéndole en la actitud severa e imponente que cuadra a su grandeza.

Pero no han sido el bronce y el granito los que dicen el testimonio de su gloria. Es el Tratado de Versalles de 1919; son

la Alsacia y la Lorena reintegradas a la patria francesa; es el poder militar prusiano abatido y su imperio deshecho; es la *revanche* sagrada; el ideal glorioso de reivindicación y de justicia conseguido, lo que constituye la ejecutoria de grandeza de Gambetta.

En la región heroica cuyos hijos llevaron, durante cuarenta años, unidos en un mismo culto y en un mismo amor, los nombres de Francia y de Gambetta, ya ha comenzado a enaltecerse su memoria.

Ha habido durante esta última terrible lucha que ha devastado a Europa y estremecido al mundo, un hombre a quien la admiración de sus conciudadanos y el pavor de sus adversarios, asombrados, han apellidado unánimemente *el tigre,* porque, a despecho de sus años, sus energías indomables le han permitido, organizando la victoria, clavar sus garras en la recia armadura del imperio germano y arrancar de él los dos jirones palpitantes del corazón francés, que oprimía y guardaba su férrea coraza. Ese hombre es uno de los supervivientes de la Asamblea de Burdeos, que concertó la paz; y uno, también, de los que se asociaron a la protesta épica e inflamada de Gambetta. Ese hombre es Clemenceau.

Pues bien, la Alsacia, libre y redimida; la Alsacia reintegrada a la patria, ha creído que ese hombre era acreedor al más alto de los honores y al más grande y mejor de los tributos; y su homenaje ha consistido en ofrecerle en su candidatura el puesto que en su lista electoral había ocupado León Gambetta en las últimas elecciones de la Alsacia francesa; en aquellas que designaron la Asamblea de Burdeos, en la que fué votada su entrega al enemigo.

¿Verdad que es delicado, que es alto y que es hermoso el pensamiento?

La comunicación del Congreso del partido republicano y radical-socialista del Bajo Rhin, dice así:

Al ciudadano Georges Clemenceau, Presidente del Consejo de Ministros, Ministro de la Guerra. París.

Los miembros del Congreso republicano radical y radical-socialista del Bajo Rhin, reunidos el 26 de octubre de 1919 en Strasbourg, guardando en sus corazones el recuerdo del día en que los republicanos de la Asamblea Nacional, en nombre de la República, prometieron una reivindicación eterna a los hijos de la Alsacia y la Lorena, dirigen al ciudadano Georges Clemenceau, último superviviente de aquel grupo

valeroso, la expresión de su gratitud emocionada, y saludan respetuosamente la memoria de los que perecieron, ofreciéndole en el primer lugar de la lista republicana del Bajo Rhin el puesto que ocupó, en 1875, *Gambetta* diputado del Bajo Rhin, deseando unir en el mismo pensamiento al hombre que dirigió la resistencia de 1870 y que protestó en nuestro nombre en los días de dolor, y al hombre que, habiéndonos entonces tendido su mano, ha conducido medio siglo después la Francia a la victoria y la Alsacia-Lorena a la liberación (7).

Para honrar la figura, enaltecer el recuerdo y exaltar la gloria del gran patriota y excelso tribuno, mantenedor irreducible y defensor infatigable de la unidad francesa basta con exponer su vida y estudiar su obra. Al terminar la última página de este sencillo y sentido relato de su existencia y su labor, reiteramos aquella afirmación y repetimos el voto que inspiró nuestro pensamiento y nuestro anhelo al escribirlo: que sean su nombre luminoso y su benéfica enseñanza provechosos a todos los hombres que lleven en su alma, como supremo sentimiento, el santo amor y el sagrado culto de la patria.

MARIO GARCÍA KOHLY.

En la capital de España entregó personalmente el Sr. García Kohly al Director de CUBA CONTEMPORÁNEA este interesante capítulo—el último—de la nueva obra que el ilustre Representante de Cuba ante el Gobierno Español publicará en breve en Madrid acerca de la vida del insigne repúblico francés Leon Gambetta. *Gambetta* será el título de ese libro cuyas primicias ofrecemos hoy a nuestros lectores, lamentando que las deficiencias todavía existentes en las comunicaciones hayan hecho llegar con retraso a nuestras manos las cuartillas con que nos honra el famoso orador que es en la actualidad Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la República de Cuba en España, y a cuyas iniciativas, aquí, cuando fué Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes, tanto debe nuestro país en el orden cultural.

---

(7) La respuesta de M. Clemenceau, decidido a retirarse de la vida política, ha sido la siguiente:

"No puedo expresaros, mis queridos conciudadanos, cuánto es mi agradecimiento por vuestro amistoso ofrecimiento de colocarme, como sucesor de Gambetta, a la cabeza de vuestra lista de candidatos a diputados por el Bajo Rhin.

Aceptaría este puesto con el mayor orgullo, si no fuera por estar completamente convencido de que ha llegado para mí la hora del descanso, del cual no gozo hace mucho tiempo.

Yo he tenido la inmensa alegría de presenciar la victoria, y mi edad y mi estado de salud me obligan a retirarme de la vida política.

Os hago presente mi vivo sentimiento y tened la seguridad de que he de ser vuestro representante moral y me consagraré en la medida de mis fuerzas a la defensa de los intereses alsacianos cuando me hagáis el honor de encargármelos. Os saluda muy afectuosamente.—CLEMENCEAU".

¿ES POSIBLE UNA CONFEDERACION SUDAMERICANA?


LGUNOS escritores norteamericanos suelen manifestar sospechas de que el llamado latino-americanismo sea una fórmula destinada a contrarrestar el poder y las influencias de los Estados Unidos en el Continente Americano. Se ha dicho que el "latinoamericanismo" es producto moderno de la propaganda germánica para fomentar la unión material de las Repúblicas americanas contra los Estados Unidos (1).

Con esto se pretende dos cosas: a) desnaturalizar el concepto histórico del latinoamericanismo y, b) presentarlo como un fenómeno de ocasión, provocado durante la guerra última.

Otros escritores han creído que el "latinoamericanismo" envuelve necesariamente la Unión política de las Repúblicas indoibéricas, y han fabricado antojadizas combinaciones de países, que estarían destinadas a formar una o dos soberanías en la América Austral.

Entretanto el latinoamericanismo es una denominación étnicogeográfica que abarca todos los países desde México a Chile y que es tan antigua como la independencia de esos pueblos. La comunidad de origen, de desarrollo, de problemas y de lenguaje ha creado entre esos pueblos un lazo de unión moral que la historia y la literatura han estrechado hasta hacerlo fraternal, pero que nunca ha servido para plataforma de una fusión política.

---

(1) Pan-Latinism versus Pan Americanism, William Gates, *World's Work,* marzo 1919, pag. 570.

"...The United States government must soon decide whether it will take vigorous steps to meet the Central American menace, which is really the heart of an intrigue aimed to unit against the United States those Latin American States which did not enter the War against Germany". *The New York Globe,* marzo 13, 1919.

Aun en la América Central, donde esa fusión se ha intentado prácticamente y donde acaso la unidad de soberanía sería más natural el simple concepto del latinoamericanismo ha sido insuficiente para sostener la unificación.

Tomando en cuenta sólo la América del Sur, voy a examinar si la Confederación Sudamericana se justifica por alguno de los motivos siguientes: la historia, la conveniencia, la necesidad, la posibilidad material, la opinión pública.

Todos los grandes libertadores de la América del Sur, Bolívar, venezolano, San Martín, argentino, O'Higgins, chileno, pensaron bajo las circunstancias del momento, que las tierras por ellos substraídas al dominio de la corona española debían ser una, o, a lo más, dos naciones. El ejemplo de los Estados Unidos del Norte ejercía una profunda influencia en el ánimo de los libertadores del Sur aunque, lejos de ser convencidos republicanos, pretendieron implantar el sistema de gobierno monárquico en manos de príncipes importados de Europa. Bolívar fué, de todos, el que con mayor ahinco promovió el espíritu unionista sin lograr jamás la cohesión de las provincias que hoy son Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Todo el inmenso prestigio de Bolívar fué ineficaz para amarrar con un pacto federativo a pueblos separados por la naturaleza y por sus intereses locales. Este hombre vió desmoronarse su obra entre los escombros de la anarquía y murió vaticinando días negros para esos nuevos países.

Al consumarse las guerras de la independencia sudamericana con el esfuerzo individual de cada nación o grupos de naciones, acentuóse el nombre de cada país, destacóse la personalidad de los jefes y se formó en cada punto un orgullo patrio definido. Unos pueblos hicieron más sacrificios que otros; éste ejército corrió en auxilio de aquél, haciendo sentir el mérito del socorro; la guerra puso en evidencia y cohesionó en cada país a las familias dirigentes que entregaron brazos y dinero al servicio de la causa, sabiendo que el triunfo les daría preponderancia social y política en sus patrias respectivas. En Venezuela, en Buenos Aires, en el Perú, en Nueva Granada, existían desde antaño núcleos de gente cuyas tradiciones e intereses giraban exclusivamente dentro de los límites de esas jurisdicciones de manera que hasta los más añejos adictos a la corona española profesaban cier-

to regionalismo y afecto especial por el país donde habían nacido o fundado sus hogares y adquirido riquezas e influencias.

Las rivalidades del Coloniaje entre las diversas capitanías y virreinatos, subsistieron al través de la lucha. Las mismas contiendas de competencia que tan frecuentes fueron entre las autoridades coloniales, contribuyeron también a puntualizar las jurisdicciones y, por ende, las bases de futuras nacionalidades.

Las costumbres mismas variaban por causa del clima, de las mezclas de razas y de la topografía. No podían desarrollarse iguales costumbres en los distritos calientes de Nueva Granada y del Perú, que en las regiones templadas de Chile o del Río de la Plata. Las facilidades de vida en las feraces tierras que producen sin cultivo especial el coco y la banana crearon cierta indolencia en sus habitantes, mientras las Pampas y las agrestes serranías del Sur suscitaron en los hombres el espíritu de trabajo y de aventura.

Hasta los prejuicios provinciales de España, fueron trasplantados a los diversos pueblos de América: El castellano despreciaba al gallego; el vasco laborioso evitaba la compañía del andaluz hablador e imaginativo. Del mismo modo, el catalán de hoy sabe que a su esfuerzo debe España el resurgimiento económico.

Durante el siglo último, las Repúblicas Americanas en vez de procurar su unión política por medio de hechos positivos han puesto obstáculos a ella. Puede decirse que han trabajado para aniquilar cualquiera probabilidad de alcanzarla.

La bandera nacional, las medallas conmemorativas, las pequeñas vanidades de los héroes, los trofeos, la literatura patriótica, todo tendía desde un principio a moldear diferencias entre un país y otro.

Una tentativa del dictador Santa Cruz para unir por la fuerza las Repúblicas del Perú y de Bolivia, en 1836, provocó la indignación de la parte más considerable del pueblo peruano, que solicitó el auxilio de Chile contra esa confederación basada en la tiranía.

La conservación de la nacionalidad uruguaya, fué motivo de dos guerras entre la Argentina y el Brasil. El Paraguay defendió durante muchos años su integridad sacrificando casi la totalidad de sus hombres.

Desde 1810 hasta 1920, la historia de la América del Sur, está llena de actos contradictorios respecto de la idea de Unión.

Mientras los filósofos, poetas y publicistas han sublimizado la Unión Sudamericana, los militares, los políticos y los mismos intelectuales han fomentado el espíritu nacionalista y han sostenido con vigoroso empuje los derechos de cada país contra el vecino. Toda la literatura, los discursos, las arengas y los mensajes de carácter internacional, han respetado el principio unionista. Nadie se ha atrevido a reprobarlo. Pero los actos de los gobernantes y de los pueblos han sido siempre inspirados en la conveniencia a veces ciega de su nacionalidad y no en el interés de una posible Unión Federal.

Hanse escrito volúmenes unionistas, pero nunca se ha llegado siquiera a establecer un "zollverein aduanero" ni otras franquicias mutuas. Ha sido necesario renunciar a la construcción de algunos ferrocarriles internacionales por falta de convenios comerciales satisfactorios y hasta por temor de invasiones militares.

Nuestros estadistas, educados a la europea y empapados en la historia de la diplomacia de Europa, han trasladado al Continente Sudamericano los procedimientos y el escenario del Viejo Mundo. De esta suerte, sin ser todavía mayores de edad, nuestros países han cultivado las intrigas, las rivalidades y los enconos de las antiguas cortes, adoptando maravillosamente el estilo y los misterios de un diplomacia caduca.

Las controversias y hasta los odios personales de ciertos tiranuelos se han solucionado a la europea: con ejércitos y batallas, con tratados secretos y coaliciones. Generales que sabían mucho de Gladstone, de Talleyrand y de Bismarck, han creído poder aplicar sus principios y métodos sobre pueblos que estaban recién nacidos a la libertad en medio de una pobreza y de una ignorancia lamentables.

La cuestión de fronteras ha sido en la América del Sur la más fecunda, aunque la menos cruenta, fuente de desconciertos.

Cuando las colonias españolas se convirtieron en Estados independientes sus límites eran vagos porque España no pudo nunca fijarlos con exactitud para el efecto de las jurisdicciones. Adoptaron entonces las nuevas Repúblicas el principio romano del *uti possedetis*, de donde surgieron copiosos e intrincados con-

flictos que, prolongados de generación en generación, sirvieron para mantener el fuego de las luchas intestinas y para atizar querellas internacionales. Si bien es cierto que estas cuestiones rara vez han llevado aparejadas la guerra, en cambio han determinado odios, represalias y perpetuo malestar.

Aun los países más progresistas, como la Argentina y Chile, sostuvieron por cerca de medio siglo una controversia de fronteras llena de alternativas, que estuvo a punto de resolverse en conflicto armado (1898). Por suerte, la alta cultura de esas dos naciones evitó una guerra que habría sido la bancarrota del progreso sudamericano. Cuando los ejércitos estaban listos y las escuadras movilizadas, el buen juicio inspiró el arbitraje. Aun más, los dos gobiernos convinieron un pacto de limitación de armamentos (1901) que es un modelo en el Digesto de los Tratados Internacionales. Tan honrosa fué la reconciliación de esos dos pueblos que, a pesar de haber sufrido Chile una evidente merma de sus derechos territoriales, ambos erigieron en la cumbre de los Andes un monumento simbólico al Cristo Redentor como garantía de la paz inalterable que ha de reinar en esas fronteras.

No todos los países sudamericanos han orientado por ese camino su política. En 1874, el Perú firmó con Bolivia un tratado secreto cuyo espíritu era preparar un golpe contra Chile, país al cual ambos debían viejos y señalados servicios. No satisfechos con esa coalición, los gobiernos del Perú y de Bolivia quisieron arrastrar también a la Argentina. El fruto de ese pacto fué provocar a Chile a la guerra. Fué aquella una guerra deplorable en que Chile alcanzó la victoria con terribles sacrificios. El Perú, culpable directo de la guerra, nunca se ha conformado con la derrota y hasta hoy fomenta la discordia en Sudamérica sin querer liquidar en forma conciliadora la cuestión de Tacna y Arica.

El mismo Perú en su frontera Norte pretende anexarse la mitad de la República del Ecuador y un trozo de Colombia. Estas ambiciones exageradas han perjudicado grandemente las relaciones del Perú con esos dos países.

Bolivia, que, incitada por el Perú, violó los tratados que tenía vigentes con Chile y entró en la guerra de 1879, perdió para siempre su litoral marítimo de Antofagasta a cambio de compensaciones que Chile le acordó en 1904. No obstante esto, en Chile

hay una fuerte opinión en favor de satisfacer las aspiraciones de Bolivia; pero el Perú se opone a la solución razonable que sería, por parte del Perú, renunciar a sus expectativas sobre Arica, dejando que Chile se acomode con Bolivia como mejor cuadre a sus mutuos intereses.

El más pacífico de todos los pleitos de límites es el de Bolivia con el Paraguay.

¿Hay en todos estos hechos algún indicio unionista?

Un proverbio dice: *La ou il y a deux polonais, il y a trois opinions.* Lo mismo diríamos de los Latinoamericanos en cuestiones políticas. Una tentativa de acercamiento político entre la Argentina, el Brasil y Chile (1915) que se materializó en un tratado de conciliación internacional (el A. B. C.) fué mal apreciado por los países restantes, que vieron un germen de imperialismo por parte de las tres principales Repúblicas del Continente. El celo de las cancillerías y de la prensa sudamericana se insinuó contra esa combinación que era un comienzo de solidaridad continental para la solución amigable de todo conflicto por medio de un tribunal mixto de plenipotenciarios.

En cambio, varios gobiernos que hicieron oposición al A. B. C. se apresuraron a aceptar el proyecto de Pacto propuesto por el Secretario Bryan (1914) cuyo inmediato efecto era restar soberanía a todos los pueblos latinoamericanos.

Si de las dificultades internacionales pasamos a considerar las diferencias de cultura política entre los pueblos sudamericanos, veremos que unos se han desarrollado en un ambiente pacífico, con gobiernos civiles y estatutos sólidos, mientras otros han sobrellevado una tormentosa vida de dictaduras militares, de tiranías oprobiosas y de relajación administrativa, cuyo efecto ha sido la estagnación moral y económica de esas naciones.

Mientras la Argentina, el Brasil y Chile surgían por el orden y el respeto a las instituciones hasta llegar a su rango actual, el Perú, Venezuela y otros pueblos consumían su sangre en estériles revoluciones motivadas por los más insignificantes pretextos o por la ambición de sus caudillos.

El Uruguay y Colombia avanzan, desde hace diez años, redimidos de sus luchas internas; en cambio el Perú da por centésima vez el espectáculo de un "cuartelazo" el propio día 4 de julio de

1919, y derriba a un Presidente Constitucional honesto y progresista, inaugurando así una era de persecuciones personales y reanudando las actividades del caudillaje en un país que lleva ya un siglo de histerismo político.

Si pasamos ahora al campo económico y financiero, las diferencias son igualmente hondas.

La historia económica de Sudamérica marca niveles muy distintos al crédito público de cada país. Revela capacidades e incapacidades en el manejo de las finanzas y en el aprovechamiento de los caudales públicos.

Con algunos países ha sido menester intentar la fuerza bruta o la presión diplomática para obligarlos a pagar los réditos de sus empréstitos, absorvidos estérilmente por el desorden de la administración. En cambio Chile presenta el caso único de que durante su única guerra civil (1891) los dos partidos beligerantes se resolvieron, cada cual por medio de sus agentes, a pagar los intereses y amortización de la deuda nacional.

Mientras algunos gobiernos usaban las rentas del país en beneficio de protegidos y en sofocar rebeliones militares, otros las gastaban en obras públicas remunerativas, en la defensa nacional, en el fomento de la cultura y de la industria. Mientras las obligaciones de un país se han cotizado con el treinta o el cuarenta por ciento de descuento, las de otros han estado casi a la par. Mientras unos tienen hipotecadas sus aduanas, sus dársenas y hasta algunas contribuciones, otros nunca han necesitado reconocer gravámenes para garantir su crédito.

¿Qué conveniencia hay en la Unión? No se divisa ninguna, ni colectiva ni individual. Mejor dicho, los beneficios no deben esperarse de la unidad de soberanía sino de los convenios comerciales y del estrechamiento de relaciones políticas e intelectuales. La Confederación no sólo no añadiría nada al progreso social humano, sino que lo perjudicaría gravemente. Supuesto que Sudamérica se constituyese en una sola gran República, nacería sin los recursos suficientes para sostener su grandeza y para satisfacer sus naturales ambiciones de figurar entre los pueblos poderosos. Aparecería con vicios ingénitos difícilmente extirpables. Se relajaría el control en los Estados secundarios. El sentimiento de responsabilidad se debilitaría. La actual emulación entre los paí-

ses libres, que ha hecho progresar notablemente a muchos de ellos, perdería en parte su fuerza.

La Unión tampoco responde a ninguna necesidad actual o probable. Primero, porque no hay peligro de que las naciones sudamericanas se vean amenazadas en su integridad por ninguna potencia extranjera. Europa está inhabilitada por muchos años para emprender conquistas y, aunque no lo estuviera, es improbable que tuviese el propósito de aventuras descabelladas. Inglaterra, por ejemplo, en lugar de crearse nuevas colonias, está dando la mayor suma de autonomía a sus dominios. España ha ganado con perder la América. Rusia está desmenuzada. Francia sólo busca la expansión moral y comercial.

Quedarían el Japón y los Estados Unidos. De aquél no sería difícil deshacerse; y, en cuanto a los Estados Unidos, si de buena fe sostienen que la Doctrina de Monroe es el guardián de los pueblos débiles de la América Latina, en lugar de ser una amenaza serán una garantía permanente, siempre que se abandone el principio de intervención que en los últimos años se ha ejercido con alguna frecuencia.

En segundo lugar, tampoco hay en la América del Sur posibilidad de absorción de un país débil por otro más fuerte; ni uno o dos fuertes podrían realizar la conquista de los demás.

Desde el punto de vista económico, ya hemos visto que si no hay conveniencia, menos habrá necesidad de formar la Confederación. Cada uno de esos países tiene elementos de riqueza suficientes para surgir.

Materialmente hablando todo se opone a la Unión. La América del Sur con su territorio como el doble del de los Estados Unidos, carece de comunicaciones y de población. Un gobierno que intentase imperar sobre esa extensión inmensa de territorio, estaría desprovisto de elementos y sería incapaz de hacerse respetar.

Por otra parte, la raza indolatina es más difícil de disciplinar que la raza anglosajona. Somos más individualistas. Nos ocupamos mucho de política. Los negocios y la industria no absorben lo suficiente a las masas para que los gobiernos puedan operar con libertad y rapidez, como sucede en los Estados Unidos. Y, aunque nos ocupamos mucho de la política, no la entendemos en

su verdadero sentido sino más bien bajo su aspecto de partidarismos y candidatos. Está muy desarrollado en nuestro país la manía de los empleos fiscales, que es un viejo vicio español; y esto dificulta la libertad de acción de los gobernantes que se ven acosados de empeños e influencias. Con estos elementos, júzguese qué desastrosa sería una administración colectiva de la América del Sur. Calcúlese cuán utópicos son los sueños de esos escritores que aun creen en la posibilidad de fundar la Confederación Sudamericana con una Constitución general para naciones de índole cada día más acentuadas.

Confunden estos escritores, como al principio decía, el "latinoamericanismo", o sea la solidaridad moral de esos pueblos producida por el origen, la lengua y la raza, con la Unión formal de ellos. El "Latinoamericanismo" es un concepto existente de sobra conocido, que no se opone al "Panamericanismo" y que no será reemplazado por él. Es un hecho histórico, un sentimiento que cultivamos con satisfacción, como algún día cultivaremos el Panamericanismo, si es que llegan a compenetrarse honrada y profundamente los intereses morales y materiales de todos los países del Continente de Colón.

Por último, la Confederación Sudamericana no es pedida por la opinión pública. Un plebiscito arrojaría muy pocos votos en su favor. La Confederación Sudamericana es un absurdo histórico, político y económico.

FÉLIX NIETO DEL RÍO.

LA VUELTA DEL DESTIERRO

HAY en la Biblia dos libros que ningún desterrado que pise de nuevo el suelo patrio podrá leer sin melancolía.

Sus autores, Ezra y Nehemías, compartieron con sus hermanos judíos la cautividad de Babilonia.

Lo que para ese privilegiado grupo de la familia de Israel significaron los setenta años que duró la forzosa transmigración, con harta elocuencia nos lo dicen todavía estas tristes palabras del Salmo CXXXVII:

Junto a los ríos de Babilonia allí nos sentamos: también lloramos acordándonos de Sión.

2. Sobre los sauces *que están* en medio de ella colgamos nuestras arpas.

3. Cuando nos pedían allí, los que nos cautivaron, las palabras de la canción, colgadas nuestras arpas de alegría: Cantadnos de las canciones de Sión.

4. ¿Cómo cantaremos canción de Jehová en tierra de extraños?

5. Si me olvidare de ti, ¡oh Jerusalén! mi diestra sea olvidada.

Nunca, ni en las horas de mayor incertidumbre y aflicción, el arpa hebrea emitió sones semejantes. La cautividad le daba una cuerda nueva, para expresar con ella un sentimiento también nuevo en aquel pueblo: la nostalgia.

La realidad presente sofocaba todo orgullo, toda confianza en la propia fuerza; y boca alguna era capaz de entonar ahora el canto extraño y terrible de la iluminada Débora. La hermosa región prometida en el concierto ancestral, dejó de ser la de los abundantes frutos y el creciente poderío, para convertirse en el

país de los amados recuerdos, en la verdadera patria, donde cada piedra, cada árbol, cada pulgada estéril o feraz, hablaba al pobre prisionero la lengua inconfundible de las cosas que no podían separarse de su vida. Allí, en el ensueño que del dolor nacía y con el dolor se alimentaba, la imaginación negaba sitio a las supuestas causas de la catástrofe y concedía derecho de residencia perpetua a un conjunto de virtudes que sólo por breves momentos y en circunstancias anormales logra formarse.

De esos nostálgicos visionarios fueron Ezra y Nehemías. Aunque no hay ninguna manifestación concreta que permita afirmarlo, su activa participación en los sucesos que siguieron a la repatriación, alejando la posibilidad de una edad sumamente longeva, inducen a creer que habían nacido en el destierro. De familias principales ambos, gozaron de gran predicamento en la corte persa. Nehemías era copero del rey Artajerjes. Ezra dice de sí mismo:

Este Ezra subió de Babilonia, el cual era escriba diligente delante de la ley de Moisés, que dió Jehová Dios de Israel: y concedióle el rey según la mano de Jehová su Dios sobre él, todo lo que pidió.

La repatriación había comenzado antes de ellos, en el año 536 antes de J. C., que se supone ser el primero del reinado de Ciro, a cuyo poder pasaron los judíos al adueñarse aquél rey del imperio de Asiria, que los había dominado. Ciro no sólo otorgó el permiso para el regreso, sino que hizo devolver treinta tazones de oro, mil de plata, veintinueve cuchillos, treinta lebrillos de oro, cuatrocientos diez de plata y cinco mil vasos de oro y plata, que Nabucodonosor había tomado del templo de Jerusalén y se conservaban en Babilonia. Zorobabel encabezaba la expedición, que la componían 49,697 personas, de las cuales 7,337 eran siervos, y llevaban consigo 736 caballos, 245 mulos, 435 camellos y 6,720 asnos. La colecta entre ellos, para la reedificación del templo de Jerusalén, arrojó la cifra de 61,000 dracmas de oro y 5,000 libras de plata, más 100 túnicas sacerdotales. Antes de la salida, todos los judíos, respondiendo al requerimiento de los cabezas de familia de Judá y Benjamín y de los sacerdotes y levitas, habían contribuído, según sus fuerzas, quien con vasos de oro o de plata, quien con efectivo, quien con bestias, quien con cosas preciosas; eso, sin contar lo que espontáneamente ofrecieron.

Cada repatriado fué a residir a la ciudad de su origen. Tiempos después, para poblar a Jerusalén, donde estaban los sacerdotes y familias principales, fué necesario que en las restantes ciudades echaran suerte para que una persona de cada diez con que contaran fuera a establecerse en la arruinada capital.

De momento, no se atrevieron a comenzar las obras del templo, "porque tenían miedo de los pueblos de las tierras", es decir: de los que no pertenecían a la nación hebrea, muchos de los cuales habían sido llevados por los dominadores asirios para que ahogasen entre ellos el espíritu inconquistable de los nativos descendientes de Jacob. Pero sobre las antiguas bases levantaron de nuevo el altar, y mañana y tarde ofrecieron holocaustos, restableciendo la solemnidad de las cabañas, las nuevas lunas, los sacrificios particulares y todas las antiguas fiestas sagradas.

Al siguiente año contrataron carpinteros y otros artesanos, y dieron comida, bebida y aceite a gente de Tiro y Sidón para que en el puerto de Joppe (hoy Jafa) les entregasen cedros del Líbano. Entonces, en el segundo mes de ese segundo año del regreso, Zorobabel y los que lo acompañaban dieron principio a las obras del templo. La colocación de las primeras piedras por los albañiles, dió motivo a escenas conmovedoras. Todo el pueblo asistió al acto, y unos llenos de júbilo, daban gritos de alegría; pero otros, los viejos, los que habían visto la casa primera, lloraban a gran voz.

Muchos que no eran judíos, aunque adoraban al Dios de éstos, se brindaron a cooperar en aquella obra; pero Zorobabel y los demás notables rechazaron el ofrecimiento, por rencor y porque querían para ellos solos la honra de acometer la empresa. Los trabajos adelantaban lentamente, porque "el pueblo de la tierra debilitaba las manos del pueblo de Judá, y los perturbaba de edificar." Al cabo se paralizaron por completo, y así quedaron durante el resto del reinado de Ciro y el de sus dos sucesores, Cambises y Smerdis el Mago. En el de Darío los reanudaron. Thathanai, que ejercía su autoridad a la otra parte del Jordán, les demandó el permiso, y ellos adujeron el obtenido de Ciro. Por fortuna, Thathanai no exigió la suspensión de la obra, sino que se limitó a someter el caso a Darío, quien encontró en los archivos

la autorización primitiva y la confirmó, siguiéndose entonces sin interrupción hasta terminarla en el sexto año de su reinado.

Mucho después, Ezra, escriba residente en Babilonia, como ya se indicó, obtuvo de Artajerjes el consentimiento necesario para repatriar un nuevo grupo de judíos. Aunque la carta real que nos ofrece en su libro tiene pocos visos de autenticidad, es admisible que en su esencia contenga datos verídicos respecto a lo mucho que el rey le concediera. En ella lo autorizaba para ir a Judea y a Jerusalén con los que quisieran seguirlo, y llevando la plata y el oro que el propio Artajerjes y sus consultores donaban al Dios de Israel, así como lo que voluntariamente ofreciese el pueblo, facultándolo para cargar al regio tesoro cuanto más fuese necesario para la casa de Dios. A la vez, eximía a los sacerdotes, levitas, cantores, porteros, natineos y ministros del altar, de todo tributo, o pecho, o renta; confería a Ezra autoridad para poner jueces y gobernadores en la otra parte del Jordán, y disponía que prestamente fuese juzgado y condenado a muerte o "desarraigamiento" todo el que no hiciere la ley del Dios de los judíos y la del rey.

Reunió Ezra unos 1,800 hombres junto al río que pasaba por Ahava, y allí se detuvo tres días, disponiendo un ayuno general para que Dios le concediese un viaje sin tropiezos; según él mismo se expresa:

> Porque tuve vergüenza de pedir al rey ejército y gente de a caballo, que nos defendiese en el camino: porque habíamos dicho al rey, diciendo: La mano de nuestro Dios es sobre todos los que le buscan para bien; mas su fortaleza y su furor sobre todos los que lo dejan.

Llegaron a Jerusalén con toda felicidad, entregando, previo conteo y anotación escrita, las riquezas de que eran portadores para el templo, y mostraron los privilegios del rey a los gobernadores y capitanes de la otra parte del río.

Quien procedía con tanta pulcritud en cuestiones de intereses materiales y con tanta consecuencia respecto a sus principios religiosos, hallóse de buenas a primeras con un estado de cosas muy distinto al que sus anhelos patrióticos le hacían esperar. Dejémosle la palabra:

Y acabadas estas cosas, los príncipes se llegaron a mí, diciendo: No se han apartado el pueblo de Israel y los sacerdotes y levitas, de los pueblos de las tierras, de los Chananeos, Hettheos, Pherezeos, Jebuseos, Ammonitas, y Moabitas, Egipcios, y Amorrheos, *haciendo* conforme a sus abominaciones.

2. Porque han tomado de sus hijas para sí, y para sus hijos: y la simiente santa es mezclada con los pueblos de las tierras: y la mano de los príncipes y de los gobernantes ha sido la primera en esta prevaricación.

3. Lo cual oyendo yo, rompí mi vestido y mi manto, y arranqué de los cabellos de mi cabeza, y mi barba, y sentéme atónito.

4. Y juntáronse a mí todos los temerosos de las palabras del Dios de Israel a causa de la prevaricación *de los* de la transmigración: mas yo estuve sentado atónito hasta el sacrificio de la tarde.

5. Y al sacrificio de la tarde levantéme de mi aflicción; y habiendo rompido mi vestido y mi manto, arrodilléme sobre mis rodillas, y extendí mis palmas a Jehová mi Dios.

6. Y dije: Dios mío, confuso y avergonzado estoy para levantar, Dios mío, mi rostro a tí: porque nuestras iniquidades se han multiplicado sobre la cabeza, y nuestros delitos han crecido hasta el cielo.

7. Desde los días de nuestros padres hasta este día hemos sido en delito grande; y por nuestras iniquidades habemos sido entregados nosotros, nuestros reyes, y nuestros sacerdotes en manos de los reyes de las tierras, a espada, a cautiverio, y a robo, y a confusión de rostros, como este día.

8. Y ahora un pequeño momento fué la misericordia de Jehová nuestro Dios, para hacer que nos quedase escapada, y nos diese estaca en el lugar de su santuario, para alumbrar nuestros ojos nuestro Dios, y darnos un poco de vida en nuestra servidumbre.

9. Porque siervos éramos más en nuestra servidumbre no nos desamparó nuestro Dios: antes inclinó sobre nosotros misericordia delante de los reyes de Persia, para que nos diese vida para alzar la casa de nuestro Dios, y para hacer restaurar sus asolamientos, y para darnos vallado en Judá y en Jerusalén.

10. Más ahora ¿qué diremos, oh Dios nuestro, después de esto?...

El mal era demasiado grave y estaba demasiado extendido para que la voluntad de un solo hombre pudiera cortarlo. Pero se juntó el pueblo, se juramentaron los personajes influyentes y los ancianos, se convocó por medio de pregón a los de la transmigración en toda Judá para que se presentasen en Jerusalén dentro de tres días, so pena, al que no concurriera, de perder su hacienda y ser separado de la congregación.

Acudieron todos, y en un día pluvioso se reunieron en la plaza

del templo. Pero como la tarea no era de un día ni de dos, por ser muchos los que habían prevaricado, fueron designados Jonatán y Jaazías, auxiliados por Mesullan y Sebethai, para que juzgasen. La lista de los culpables es larga y a nada conduciría su reproducción. Basta saber que se separaron de sus "mujeres extranjeras" y de los hijos tenidos con ellas, y que cada uno, como expiación, ofreció un carnero.

Nehemías estaba en Susa, ciudad en que los reyes persas tenían sus palacios de invierno, cuando fué a verlo su hermano Hanani con otros judíos. Preguntóles por los que habían quedado de la cautividad y por Jerusalén, y afligióse en gran manera al enterarse de que los que no habían sido transmigrados estaban en Judá "en gran mal y vergüenza", y que las murallas de Jerusalén habían sido derribadas y sus puertas consumidas por el fuego.

Era él, como ya dije, copero de Artajerjes, quien andaba en el vigésimo año de su reinado. Un día, al dar vino al monarca, que estaba a la mesa teniendo junto a sí a la reina (*), oyó que le preguntaba: "¿Por qué es triste tu rostro, pues no estás enfermo? No es esto sino mal de corazón." Nehemías, aunque en alto grado temeroso, contestó: "El rey viva para siempre: ¿por qué no será triste mi rostro, pues que la ciudad, *que es* casa de los sepulcros de mis padres, es desierta, y sus puertas consumidas por el fuego?" Artajerjes volvió a preguntar: "¿Por qué cosa demandas?", y Nehemías replicó: "Si al rey place, y si agrada tu siervo delante de tí, demando que me envíes en Judá a la ciudad de los sepulcros de mis padres, y reedificarla he". Obtuvo el consentimiento, después de prometer que regresaría en plazo que él mismo fijó. Pero no se satisfizo con lo que había conseguido, y agregó: "Si place al rey, dénseme cartas para los capitanes del otro lado del río, que me hagan pasar hasta que venga a Judá. Y carta para Asaph, guarda del bosque del rey, que me dé madera para enmaderar los portales del palacio de la casa, y el muro de la ciudad, y la casa donde entraré." En todo quedó complacido.

Partió para Jerusalén con una escolta de "príncipes del ejér-

---

(*) Nehemías no dice el nombre de esta reina. ¿Sería Esther, la sobrina de Mardoqueo, a quien se nos presenta como esposa de un Asuero que históricamente no ha existido? Así tendría explicación cumplida la excesiva benevolencia de Artajerjes con los judíos, y hasta el hecho mismo de ocupar Nehemías un cargo de tanta confianza.

cito, y gente de a caballo", que el rey le mandó a dar. Al llegar, no habló a nadie del objeto de su viaje; pero a los tres días salió de noche a caballo y estuvo recorriendo y examinando las ruinas del muro en toda su extensión, y en seguida llamó a todos para empezar los trabajos. Entre funcionarios y familias distinguidas se repartieron los tramos a construir; los comerciantes se hicieron cargo de uno y en otro cooperaron con los plateros.

No obstante el real privilegio, los que no eran judíos veían con recelo levantarse de nuevo aquellas temibles paredes, y ya amenazando, ya burlándose, procuraban impedir el progreso de la obra. A la postre, cuando ya estaban a punto de cerrarse los portillos, decidieron emplear la fuerza y acometer por sorpresa; pero prevenido a tiempo Nehemías, armó como pudo a todo el mundo y frustró el malévolo intento. Desde ese día, la mitad de los hombres trabajaba y la otra estaba de guardia, aquéllos sin abandonar la espada y éstos con lanzas, escudos, arcos y corazas, dispuestos todos a acudir a donde los llamase la corneta y prestando de noche el servicio de centinela. Nehemías, sus hermanos, sus mozos y la escolta judía que lo acompañaba, no se desnudaron una sola vez mientras subsistió el peligro.

Hondas decepciones recompensarían sus desvelos y servicios. Oigámoslo:

> Entonces fué el clamor del pueblo y de sus mujeres grande contra los Judíos sus hermanos.
> 2. Y había quien decía: Nuestros hijos, y nuestras hijas, y nosotros, *somos* muchos: y hemos comprado grano para comer y vivir.
> 3. Y había *otros* que decían: Nuestras tierras, y nuestras viñas, y nuestras casas hemos empeñado, para comprar grano en la hambre.
> 4. Y había *otros* que decían: hemos tomado emprestado dinero para el tributo del rey sobre nuestras tierras y nuestras viñas.
> 5. Y ahora como la carne de nuestros hermanos *es* nuestra carne, como sus hijos *son también* nuestros hijos: y, he aquí que nosotros sujetamos nuestros hijos y nuestras hijas en servidumbre, y hay *algunas* de nuestras hijas sujetas, y no hay facultad en nuestras manos para rescatarlas; y nuestras tierras y nuestras viñas *son* de otros.

Mucho enojo produjo a Nehemías el enterarse de esas cosas. Reprendió duramente a los principales y a los magistrados, y en una junta magna les dijo:

Nosotros rescatamos a nuestros hermanos judíos, que eran vendidos a las gentes, conforme a la facultad que *había* en nosotros: ¿y vosotros aun vendéis a vuestros hermanos, y serán vendidos a nosotros? No es bien lo que hacéis: ¿No andaréis en temor de Dios por la vergüenza de las gentes nuestras enemigas? Ruégoos que les volváis hoy sus tierras, sus viñas, sus olivares, y sus casas, y la centésima parte del dinero, y del grano, del vino, y del aceite que demandáis de ellos.

No se conformó con la promesa de que se haría como aconsejaba, sino que juramentó a los sacerdotes y maldijo a todo el que no cumpliera lo acordado.

Como a Pablo siglos después, la codicia de los otros le lleva a hablar de su desprendimiento:

14. También desde el día que me mandó *el rey* que fuese capitán de ellos en la tierra de Judá, desde el año veinte del rey Artajerjes hasta el año treinta y dos, doce años, ni yo ni mis hermanos comimos el pan del capitán.

15 Mas los primeros capitanes que *fueron* antes de mí, cargaron al pueblo, y tomaron de ellos por el pan y por el vino sobre cuarenta pesos de plata; además de esto, sus criados se enseñoreaban sobre el pueblo; mas yo no hice así a causa del temor de Dios.

16. Además de esto en la obra de este muro instauré, ni compramos heredad: y todos mis criados juntos estaban allí a la obra.

17. Item, los Judíos y los magistrados, ciento y cincuenta varones, y los que venían a nosotros de las gentes que *están* en nuestros al derredores, *estaban* a mi mesa.

18. Y lo que se aderezaba para cada día *era* un buey, y seis ovejas escogidas; y aves también se aparejaban para mí: y cada diez días vino en toda abundancia: y con esto nunca busqué el pan del capitán, porque la servidumbre de este pueblo era grave.

Fuera de la ciudad, ya terminado el muro, seguían los enemigos amenazando. Dos de ellos, Sanaballat y Gessem, lo mandaron a buscar cuatro veces, con promesa de celebrar un concierto, pero en realidad con propósito de hacerle daño. Luego lo amenazaron con denunciarlo al rey, porque la gente andaba titulándolo rey de Judá. Semaias quería que se encerrara en el templo, anunciándole que aquella misma noche irían varios a matarlo. Nehemías rechazó el consejo: "¿Varón como yo ha de huir? No entraré." Luego supo que aquel falso amigo estaba vendido a sus contrarios, y tuvo sus razones para desconfiar también de la

lealtad de la profetisa Noadías y de otros profetas que trataban de infundirle temor. Pero lo más amargo para su corazón era que de los principales de Judá había algunos carteándose durante esos días con el enemigo y llevaban y traían las palabras del uno al otro y viceversa.

Aun le aguardaban pesadumbres. A los doce años de ausencia de la corte fué a ver al rey Artajerjes. Cuando regresó a Jerusalén, se encontró con que Tobías había tomado para vivienda suya el departamento del templo destinado a depósito del perfume, los vasos, etc. Tuvo que echarlo de allí, arrojándole los muebles, y mandar a limpiar el local para restituirlo a su uso legítimo.

También se enteró de que "las partes de los Levitas no habían sido dadas: y que cada uno se había huído a su heredad, los Levitas y los cantores que hacían la obra", con lo cual dejaban abandonado el templo.

En aquellos días, escribe más adelante, ví en Judá *algunos* que pisaban lagares en sábado, y que traían los montones, y que cargaban asnos de vino, y de uvas, y de higos y toda carga, y traían a Jerusalén en día de sábado: y hice testigos el día que vendían el mantenimiento. También estaban en ella Tyrios que traían pescado, y toda mercadería: y vendían en sábado a los hijos de Judá en Jerusalén.

Como verdadero hombre de acción que era, no se ciñó a reprender, sino que al obscurecer del viernes obligó a cerrar las puertas de la ciudad y puso en ellas algunos de sus criados para que no entrase carga al día siguiente. Y cuando por tres sábados sucesivos vió que los vendedores y demás negociantes se quedaban al exterior junto a los muros, los amenazó con meter mano en ellos, y cortó el mal de raíz. Desde entonces ordenó que los levitas guardasen las puertas en ese día.

Los judíos volvieron a infringir la ley enlazándose con mujeres de Azoto, con las ammonitas y moabitas, tenidas siempre por extranjeras. Riñó con ellos, los maldijo, hirió a algunos y les arrancó los cabellos. No era una victoria fácil, porque entre los infractores se contaba un hijo del gran sacerdote, casado nada menos que con una hija de su enemigo Sanaballat. Con razón imploraba Nehemías: "Acuérdate de ellos, Dios mío, contra los

que contaminaron el sacerdocio, y el pacto del sacerdocio, y de los Levitas."

Estas luchas desconsuelan; porque no son las de un hombre contra un medio determinado, sino las del ideal, siempre ¡ay! vencido, contra las frías y compactas realidades de la vida.

Ezra y Nehemías soñaron con otra Jerusalén, otra Judea, otra patria muy distinta a la que encontraron en la tierra de sus padres. Por ese solo hecho, merecerían toda nuestra fervorosa simpatía.

Pero no se resignaron al fracaso, no transigieron con las impurezas en que sus ilusiones atormentadas se extinguían, y se irguieron, y bregaron titánicamente, sin descanso, para que no pereciera todo en el derrumbe moral, para que no afrentasen a lo que siempre amaban, para poder confesarse en la conciencia y sin palabras repetir eternamente: ¡Fuimos sinceros! Y de ese modo tienen derecho sagrado a la ofrenda de nuestro amor, como guías abnegados en sendas por donde todavía marcha la humanidad hacia cumbres inaccesibles y atrayentes.

FRANCISCO DÍAZ SILVEIRA.

La Habana.

EL PAIS DE LOS CIEGOS

(Traducción de Alfonso Hernández Catá)

I

ROXIMAMENTE a trescientas millas del Chimborazo y a cien de las nieves del Cotopaxi, en la región más desierta de los Andes ecuatoriales, ábrese el valle misterioso donde existe el país de los ciegos.

Hace cuatro siglos todavía era el valle asequible, aun cuando siempre insondables precipicios y peligrosos ventisqueros lo rodearon casi totalmente. Y tal vez entonces fué cuando algunas familias de indígenas peruanos se refugiaron en él para huir de la tiranía de los colonizadores españoles. Sobrevino después la terrible erupción del Mindovamba que hundió durante diez y siete días a Quito en las tinieblas; y desde los manantiales hervorosos de Yaguaxi hasta Guayaquil, flotaron sobre todos los ríos peces muertos. No hubo parte en la vertiente del Pacífico donde no se registraran desprendimientos formidables, súbitos deshielos que originaran inundaciones; y la antigua cúspide montañosa del Arauca rodó por la vertiente de la cordillera con ruido infinitamente multiplicado de catarata, cegó los caminos, y formó para siempre una barrera infranqueable entre el país de los ciegos y el resto del mundo.

En el momento de producirse este horror geológico, uno de los primeros colonos del valle había partido hacia las lejanas comarcas habitadas, con una delicada misión; y como al regreso no pudiera encontrar el camino ni abrirse ruta alguna, vióse forzado a dar por muertos a su mujer, a su hijo y a cuantos había

dejado en la montaña, y a crearse una existencia nueva; pero las dolencias y la ceguera lo envejecieron en pocos años, y al cabo fué a terminar sus días obscuramente en una mina.

¿Por qué causa abandonó el refugio a donde fuera transportado muy niño, envuelto en harapos, sobre el lomo de una llama? La versión que dió de su peregrinación y de la vida de sus compañeros en el retiro inaccesible, constituyó el origen de una leyenda perpetuada hasta nuestros días en toda la cordillera andina. El valle, según él, gozaba de un clima benigno y contenía cuanto puede necesitar el hombre: agua dulce, jugosos pastos, abundantes repechos de tierra rica en materias azoadas y cubiertas de coposos frutales. De un lado contenían los aludes vastos pinares, y de los otros altas murallas rocosas siempre crestadas de nieve, defendían el valle. Los torrentes del deshielo no llegaban a él, precipitándose hacia las llanuras por otros declives; sin embargo, a largos intervalos, enormes masas arborescentes, desprendidas de las cimas, pasaban cerca del vallecillo, donde nunca nevaba ni llovía, a pesar de lo cual su vegetación estaba siempre regada por canales dispuestos por el sabio capricho de la naturaleza. Todo esto hacía que los rebaños se multiplicaran y que los hombres vivieran en aquel oasis vida próspera; pero honda preocupación nublaba su dicha: una plaga extraña no sólo hacía nacer sin vista a todos sus hijos, sino que se las hacía perder a cuantos niños de edad tierna habían traído con ellos en su éxodo. Y fué precisamente en busca de un ensalmo o una droga contra tan terrible enfermedad, por lo que el viajero a quien se debe la leyenda, afrontó las fatigas, las zozobras y los riesgos de aventurarse por gargantas y desfiladeros hacia la llanura.

En aquellos tiempos ignoraban los hombres aún la existencia de los microbios y el poder contagioso de la infección, y creían que sus grandes males eran castigo a sus pecados. Según el cándido emisario, aquella aflictiva ceguera provenía de que los primeros fugitivos, privados de la compañía y el consejo de un sacerdote, omitieron al tomar posesión del valle erigir un altar a la divinidad; y el objeto de su viaje era adquirir uno que, no siendo demasiado caro, satisfaciese la exigencia divina; también quería comprar reliquias, medallas y cuantos talismanes pudieran contribuir a mitigar el celestial enojo. En su bolso de viaje llevaba

para pago del santo remedio contra la ceguera, una barra de plata virgen cuyo origen se negó a explicar; y aunque con la tozudez de un mentiroso torpe aseguró al principio que ni vestigios del precioso metal existían en el remoto vallecillo, acosado, declaró al fin, con falsía evidente, que sus compañeros de retiro y él, que para nada necesitaban allí de las cifras de riqueza tan ambicionadas por los demás hombres, habían fundido cuantas monedas les quedaban, para fabricar aquel lingote, al través del cual debían recibir el favor del cielo.

Basta un leve esfuerzo de imaginación para figurarse al pobre enviado de la montaña con los ojos ya casi obscuros, calcinados del sol y de los reflejos de la nieve, inquieto y torpe entre los hombres comunes, extraños y ya casi nuevos para él, mientras torpemente, volteando entre las manos su sombrero, contaba la historia a un sacerdote que lo escuchaba con atención donde la sorpresa iba venciendo a la incredulidad. Nos lo figuramos anheloso de emprender otra vez la ascensión hacia su país, lleno el saco de las piadosas panaceas; y después, cuando estaba ya a medio camino, feliz con el resultado de su misión, suponemos el desencadenamiento de la catástrofe y su horrendo drama al ver cerrados inexorablemente por el cataclismo cuantos caminos lo podían llevar al lugar donde sus compañeros lo aguardaban ansiosamente.

Nada volvió a saberse de sus infortunios, a no ser su muerte después de haber rondado en tentativas varias y estériles el edén de donde no había sido expulsado por la espada flamígera del ángel, sino por las nieves infranquables. El torrente que antaño bajaba a la llanura en anchurosa vena desciende hoy repartido por entre rocosas hendiduras, y el recuerdo, transmitido de generación a generación, de las palabras torpes y sugeridoras del desterrado, creó la leyenda de que una raza de hombres ciegos existía en un lugar arcano de la montaña; leyenda que se hubiera convertido en mito si una casualidad milagrosa no la hubiese hace poco revelado en todo su horror.

Mientras tanto, la misteriosa enfermedad siguió con el curso terrible de sus estragos afligiendo a los habitantes de la aislada colonia. La vista de los ancianos se debilitó hasta obligarlos a ayudarse con el tacto para todos sus menesteres; la de los jóvenes

fué decreciendo y tornándose confusa, y los recién nacidos vinieron ya al mundo sin vista. Sin embargo, la vida era fácil en el solitario vallecillo: orillado de nieves y desprovisto de espinosos arbustos e insectos venenosos, sólo pastaban en él los apacibles llamas que, traídos por los primeros moradores, se habían multiplicado y circunscrito a vivir en la planicie cercados por los enhiestos hielos y asustados por las insondables torrenteras. La lenta gradación del mal impedía casi a los desventurados darse cuenta de su infortunio; y estos primeros atacados de la plaga sirvieron de guía a los niños ciegos, quienes merced a ellos, conocieron hasta los más recónditos repliegues del valle. Y cuando, muertos los ancianos, no quedó ni uno sólo que pudiese ver el esplendor del mundo, la vida de la remota colonia no siguió por eso un curso menos plácido y laborioso.

El fuego fué conservado y transmitido de padres a hijos en hornillos de piedra. Aunque al principio los ciegos fueron gentes de tosco entendimiento, apenas pulidos con un tenue barniz de civilización ibérica, conservaron puro el idioma y vivas las tradiciones y el sentido de la inmemorial filosofía peruana. Si bien olvidaron muchas costumbres, crearon otras; y en su aislamiento llegaron por completo a perder la noción del mundo, que pasó a ser un ensueño cada vez más borroso, hasta abolirse en su conciencia. Para toda labor que no exigiese de insustituíble modo el sentido de la vista, eran habilísimos; y al cabo surgió entre ellos un hombre emprendedor, inteligente y persuasivo, que impuso las primeras normas de una organización acomodada a la nueva naturaleza; más tarde nació y creció otro, que murió también cual su predecesor, y merced a los continuos esfuerzos de los superiores y a la disciplina de todos, la colmena ciega se multiplicó rigiéndose en las cosas fundamentales por principios justos, de modo que, al comenzar la quincuagésima generación a contar desde el antepasado que habiendo partido hacia las llanuras con una barra de plata para comprar el socorro de Dios, fué bloqueado por el cataclismo y no pudo volver, el mundo ignoraba por completo la existencia de aquella agrupación humana perdida sin vista entre los hielos. Y fué entonces cuando desde el mundo exterior, por azar, llegó al país de los ciegos el hombre cuyas aventuras vamos a referir.

Núñez era nativo de los alrededores de Quito. Andariego y emprendedor, había leído libros y recorrido todo el país hasta el mar, sacando de viajes y lecturas un caudal de perspicaz osadía. Varios ingleses que iban a intentar la excursión a diversos picos de los Andes lo contrataron para sustituir a uno de sus tres guías suizos que cayó enfermo; y envalentonados por el éxito de algunas ascensiones bastante peligrosas, decidieron acometer la del altísimo Parascotopetl, durante la cual desapareció Núñez. El relato del accidente se ha escrito lo menos una docena de veces, y en la versión de Pointer, superior sin duda a las otras, tiene acento dramático y verídico. El narrador dice que, después de una subida casi vertical con riesgo constante de caer en el abismo, llegaron al borde de la última y más honda de las simas que los separaban de la cúspide y edificaron para pasar la noche una especie de cabaña en un saliente de la roca. De pronto se dieron cuenta de que Núñez no estaba junto a ellos y, llenos de presentimientos pavorosos, lo llamaron a grandes voces que se alejaban en el vasto silencio sin hallar respuesta... Durante toda la noche renovaron sus inútiles tentativas unas veces gritando y otras silbando para ser oídos por el ausente; y sólo cuando la luz del alba les permitió descubrir las huellas de la caída, comprendieron que toda esperanza era vana: Núñez había resbalado en el declive de la vertiente patinando durante una extensión enorme y oblicua en la cual el peso de su cuerpo imprimió un hondo surco y suscitó un alud. La estela iba a perderse en una sima tras la cual la vista ya no podía distinguir nada; y en el fondo, después de largo y fatigoso escrutar a causa de las reverberaciones, creyeron entrever indeterminadas por la bruma, las copas de unos árboles emergiendo de una cañada angosta; el país de los ciegos. Mas como ignoraban la proximidad y aun casi la existencia de esta comarca legendaria, apenas se fijaron en aquel accidente del paisaje y, decepcionados por el revés, renunciaron el mismo día a la ascensión. Pointer hubo de regresar a su patria sin acometer nuevas empresas; todavía hoy el Parascotopetl yergue hasta el cielo su cabeza inconquistada, y la gruta edificada por los exploradores debió desaparecer bajo las nieves sin que jamás ningún otro hombre volviese a refugiarse en ella.

Y, sin embargo, el guía que todos dieran por muerto sobrevivió;

al resbalar sintióse ir envuelto en torbellinos de nieve por un plano inclinado de más de mil pies hasta el borde de un precipicio, desde el cual volvió a caer por otra pendiente, aturdido y casi insensible; y de caída en caída llegó al cabo a un lugar donde su cuerpo se detuvo adolorido pero milagrosamente ileso, envuelto en la bola de nieve que lo había acompañado y salvado convirtiéndose en su vehículo. Cuando recobró el conocimiento tuvo la ilusión de estar enfermo, acostado en su cama; pero pronto su larga experiencia de excursionista de las montañas le impuso, aunque confusamente, la realidad. Poco a poco, para reponerse, se fué librando de su tutelar envoltura y vió en lo alto rutilar las estrellas. Durante mucho tiempo quedó inmóvil, preguntándose en qué región apartada de la tierra se hallaba; luego continuó sus investigaciones, y palpándose los miembros comprobó que su chaqueta, algunos de cuyos botones habían saltado en la violencia de las caídas, habíasele arrollado en el cuello envolviéndole casi la cabeza. El bolsillo donde guardaba la navaja estaba vacío y también había perdido el pico y el sombrero, a pesar de llevarlo atado con un barboquejo. Esta última circunstancia le recordó que en el momento de resbalar estaba sacando pedazos de roca para levantar el techo de la gruta. Sólo entonces dióse exacta cuenta de su caída; y alzando la cabeza miró, bajo el lívido claror de la luna naciente que amplificaba las distancias, parte del largo camino recorrido. Sus ojos extáticos contemplaron la inmensa y pálida montaña que, de instante en instante, según avanzaba la luna hacia el cenit, destacaba de las tinieblas su masa formidable; y la belleza fantástica y misteriosa del paisaje y el recuerdo y la soledad y la desesperanza, le oprimieron tanto el corazón que un acceso convulso de sollozos y de risa se apoderó de él.

Largo rato permaneció así. Después se dió cuenta de que su cuerpo había llegado hasta el límite de las nieves; y más abajo, al término de un suave declive practicable, percibió espacios obscuros que debían ser musgosos llanos. A pesar de tener adolorido el cuerpo y anquilosadas las articulaciones, hizo el esfuerzo de incorporarse trabajosamente, y dejándose deslizar llegó hasta el lecho vegetal; luego de sacar de su chaleco interior la cantim-

plora de agua y vaciarla de un trago, se acostó de nuevo y cayó casi en seguida en sueño densísimo.

El canto de los pájaros en la arboleda lo despertó muchas horas después, y trató de orientarse: encontrábase sobre una meseta triangular al pie de un vasto precipicio abierto en la última vertiente que había recorrido en su caída; ante él una mole rocosa surcada por desfiladeros elevábase a gran altura de Este a Oeste; los rayos del sol doraban esa mole en toda su extensión. Del lado libre abríase un precipicio igualmente abrupto, pero, fijándose bien, Núñez descubrió entre las junturas de la roca una especie de túnel cubierto de nieve a medio deshelar, por el cual, arriesgándose a todo, emprendió el camino.

El descenso fué menos difícil de lo que supuso y pronto se halló en otra segunda meseta desde la cual, tras corta ascensión nada peligrosa, pudo llegar a una rápida pendiente cubierta de arbolado. Desde allí vió que todos los desfiladeros desembocaban en anchas y verdes praderas, en cuyo fondo distinguió claramente un caserío de extraña forma. Muy poco a poco, pues su avance dada la fatiga y las anfractuosidades del terreno era lento, siguió avanzando; mas antes de llegar a la planicie el sol se ocultó, cesaron los cantos de los pájaros y el aire pasó ruidoso y frío por la pétrea garganta. Desde la gélida obscuridad el valle parecía, a lo lejos, más luminoso con su ondulada fragancia y su grupo de viviendas; pasos después el terreno aceleraba su descenso en suaves declives, y entre la hendidura de las rocas, Núñez, buen observador, vió una gramínea para él desconocida. Impulsado por el hambre arrancó varias hojas y se puso a mascarlas con avidez.

Sería ya medio día cuando reconfortado algo con el jugo de la planta y con la esperanza, encontróse al fin en el límite del desfiladero y pudo dilatar su vista por la llanura clara de sol. Y como si de pronto todos los dolores y las fatigas de su carne, casi suspensas en la zozobra, surgiesen en el instante de salvación, sintió la necesidad de llenar en un manantial su cantimplora vacía y de acostarse un rato a reposar junto a un árbol, antes de dirigirse hacia las casas.

Aquellas casas tenían un aspecto muy extraño, y a medida que Núñez observaba, dábase cuenta de que no eran las cosas solas, sino el valle entero lo que parecía insólito. Todo él estaba

dividido en parcelas lozanas recamadas de flores y regadas con cuidado delator de un método estricto. A media pendiente, rodeando el valle, erguíase un murallón del que partía un canal subdividido al llegar al llano en numerosas acequias. Más lejos rebaños de llamas pastaban pacíficamente y, de tramo en tramo de la muralla, veíanse tejadizos que debían servir a los animales de refugio.

Las acequias convergían en el centro del valle para formar un canal más ancho orillado por barandales de piedra casi tan altos como un hombre; y tanto estos canales como los numerosos caminos de piedras blancas y negras y estrechas aceras muy cuidadas, daban en su entrecruzamiento geométrico, un carácter extraordinariamente urbanizado al vallecillo. Las viviendas en nada recordaban las desordenadas aglomeraciones andinas familiares a Núñez: elevadas en filas a ambos lados de la calle central, limpia como un espejo, sorprendían por la total ausencia de ventanas y por la falta de armonía entre sus colores. Ya desde más cerca, pudo ver Núñez que estaban enjalbegadas con una especie de yeso a veces gris, marrón y hasta color pizarra y negro. Y ante esta ornamentación fantástica, acudió por primera vez la palabra *ciego* al pensamiento del extraviado, que se dijo:

—El pobre albañil que revoca aquí las fachadas debe ser más ciego que un topo.

Descendió por el último repecho abrupto y se detuvo a cierta distancia de la muralla que circuía la ciudadela, cerca del sitio donde las acequias desaguaban el sobrante de su caudal en una cascada trémula y espumosa que iba a perderse en las profundidades. Desde allí distinguió en un sitio apartado del valle un grupo de hombres y mujeres que parecían dormir la siesta al amparo de altos haces de heno; a la entrada del pueblecillo algunos niños yacían también acostados sobre el césped; y no lejos del sitio desde donde Núñez los observaba, tres hombres cargados con cubos pendientes de una especie de yugo sujeto a los hombros, seguían un sendero que iba hasta el caserío. Estos hombres iban vestidos de piel de llama, botas y cinturones de cuero y tocados con gorras de tela burda que les cubría la nuca y las orejas. Marchaban uno tras otro, despacio, bostezando cual si hubieran dormido poco; y producía su aspecto una sensación tan tranquilizadora

de prosperidad y hombría de bien que, después de un instante de duda, Núñez, irguiéndose para ser mejor visto reunió sus fuerzas y lanzó un grito que el eco multiplicó en las sinuosidades del valle.

Los tres hombres se detuvieron moviendo en gesto unánime las cabezas cual si quisieran ver en torno, mas sin detener la atención en el lugar en que Núñez gesticulaba anhelosamente. A pesar de la viveza de su mímica no parecían verlo, pues mirando hacia las montañas le respondieron con tales gritos, que Núñez, sin dejar de llamarlos a su vez y de multiplicar sus ademanes, sintió que por segunda vez la palabra ciego acudía a su mente.

—Esos idiotas no deben ver—pensó. Y cuando después de nuevas voces y una crisis de irritación traspuso el canal por un puentecillo que daba a una puerta abierta en la muralla y se acercó a los tres hombres, comprobó que, en efecto, no veían; entonces tuvo la certidumbre súbita de haber llegado al país legendario de los ciegos. Y junto con esta convicción penetró en su alma una irreflexiva alegría: la alegría del aventurero que se siente al principio de una nueva aventura.

Aun cuando no podían verlo aproximarse, los tres hombres tendieron hacia él las cabezas cual si percibieran desde lejos el ruido de pasos desconocidos, y se juntaron medrosamente. Núñez contempló sus párpados espesos, fundidos casi, tras los cuales no debía existir ya globo ocular, y pudo ver la inquietud pintarse en sus rostros.

—¡Un hombre!... Es un hombre o un espíritu que desciende por el roquedo—dijo uno de ellos en castellano arcaico.

Núñez avanzaba a pasos confiados, como el adolescente seguro de sus fuerzas avanza por la vida. Todas las narraciones dispersas relativas al sepultado valle y al país de los ciegos, concentrábanse en su memoria, y como síntesis jovial acudió a sus labios el refrán: "En tierra de ciegos el tuerto es rey". Al estar junto al grupo saludó con gran cortesía.

—¿De dónde viene, hermano Pedro?—preguntó uno de los ciegos a otro.

Del lado de allá de las montañas—respondió Núñez—; de las comarcas distantes donde todos los hombres ven... Vengo de Bogotá, ciudad que tiene miles y miles de habitantes; y he cruzado los altos montes que no os dejan ver el mundo.

—¿Qué es eso de ver?—murmuró Pedro...— ¿Qué quiere decir ver?

—Viene de la rocas—dijo el ciego que había interpelado a Pedro.

Estaba Núñez fijándose en la diversidad curiosa de las costuras que unían las pieles, cuando los tres ciegos tendieron hacia él las manos con un simultáneo ademán que lo hizo retroceder inquieto ante los dedos ávidos.

—Deténgase—ordenó el ciego que no había aun hablado, avanzando hacia él y sujetándolo para palparle lentamente por todas partes, en silencio.

—¡Cuidado!—dijo Núñez al sentir dos dedos apoyarse duramente en uno de sus ojos.

Sin duda este órgano con sus párpados movibles debió parecerles algo anormal, pues lo tocaron de nuevo atentamente, y el llamado Pedro comentó:

—Extraña criatura; fijaos en que tiene el cabello áspero como pelo de llama.

—Conserva aun la rudeza de las rocas de donde sale; pero quién sabe si se afine después—respondió el segundo ciego tacteando con mano suave y viscosa que se adaptaba a las menores arrugas, la barbilla sin rasurar de Núñez, quien trataba en vano de esquivarse a los dedos tenaces.

—¡Cuidado!—volvió a decir.

—¡Y habla! Sin duda es un hombre.

—Sí—murmuró Pedro luego de examinar la tela de la chaqueta; y volviéndose solemnemente a Núñez:—¡Acabas de entrar en el mundo!

—De salir de él—rectificó el guía—. De este lado de los nevados picos se está fuera de la verdadera tierra y casi a medio camino del sol... Del otro lado es donde está el vasto mundo que va hasta el Océano después de doce días de marcha.

Los ciegos apenas escuchaban.

—Nuestros padres nos enseñaron que el hombre puede también ser creado por las fuerzas de la naturaleza—continuó el ciego más viejo—, por el calor, la humedad y aun por la podredumbre.

—Llevémoslo a donde están los ancianos—propuso Pedro.

—Gritemos primero—dijo el segundo ciego—, no vayan los niños a asustarse. ¡Es un acontecimiento tan extraño!

Los tres ciegos comenzaron a gritar y, en seguida Pedro le cogió de la mano y abrió la marcha hacia el pueblecillo; Núñez, rechazando el ademán tutelar, indicó:

—No hace falta que me lleven: veo perfectamente.

—¿Qué ves?...

—Sí, veo todo cuanto me rodea—repuso, chocando sin querer al volverse con uno de los cubos que llevaban a hombros.

—Sus sentidos son todavía rudimentarios—dijo entonces el ciego más joven en tono de disculpa—. Fijaos cómo tropieza y dice palabras faltas de sentido. Vuélvalo a coger de la mano, Pedro.

—Como queráis—respondió Núñez sonriente, dejándose llevar convencido ya de que carecían hasta de la menor noción del supremo sentido de la vista. Y no deseando perder nada de la aventura, se dijo: "¡Bah! cuando llegue la hora ya les explicaré".

Oyó voces y vió que la gente se agolpaba en la calle principal. A medida que se acercaba, el pueblecillo le parecía más importante, y las fachadas de las casas se precisaban en toda su arbitrariedad decorativa. El primer contacto con los habitantes del país de los ciegos puso sus nervios y su paciencia a prueba. Una multitud de hombres y mujeres lo rodeó palpándolo con manos suaves y curiosas, oliéndolo, escuchando y repitiendo cada una de sus frases. Observó con placer que, a pesar de sus ojos muertos, la mayor parte de las mujeres tenían rostros agraciados. Los niños y las muchachas, amedrentados quizá, no osaban acercarse; y aun cuando él procuraba dulcificar su voz, no podía igualar las inflexiones cantarinas de los ciegos. Bien pronto el roce de tantas manos se le hizo intolerable.

Sus tres guías permanecían junto a él como propietarios conscientes de la responsabilidad de exhibir un sér raro, y repetían cada vez que un nuevo ciego se aproximaba:

—Es un hombre salvaje que viene de las rocas.

—De Bogotá—dijo Núñez—; del otro lado de las montañas.

—Un hombre salvaje que dice palabras vacías—explicó Pedro—. ¿No lo oyen? "¡Bogotá!..." Su inteligencia no está aún formada y sólo posee rudimentos del lenguaje.

Un niño travieso lo pellizcó en una mano y dijo burlón:

—¡Bogotá! ¡Bogotá!

—Sí, Bogotá. Una ciudad inmensa en comparación a vuestra aldea... Vengo del vasto mundo donde todos los hombres tienen ojos y ven.

—Se llama Bogotá—repetían muchos en el grupo.

—Ha tropezado dos veces mientras veníamos.

—Llevémosle a que lo escuchen los ancianos.

Y súbitamente lo empujaron hacia una puerta que daba entrada a una estancia totalmente obscura, en cuyo fondo brillaba débilmente un hornillo. La multitud agolpóse detrás de él obstruyendo por completo la puerta; y antes que pudiera detenerse, Núñez tropezó con las piernas de un hombre que debía estar sentado, y sus brazos, al adelantarse en el movimiento instintivo de proteger el cuerpo en la caída, fueron a golpear un rostro en la sombra. Una interjección de cólera siguió al choque, y durante un momento trató de desasirse de las numerosas manos que lo aprisionaban. El combate era demasiado desigual y, comprendiéndolo, el viajero permaneció quieto y explicó.

—Es que me he caído; como no se ve nada...

Sus palabras se desvanecieron en el silencio cual si todos los seres invisibles en torno suyo se esforzaran en comprenderle. La voz de su conocido Pedro fué la primera en elevarse.

—Está aún tan tierno que tropieza al andar y mezcla a cuanto dice sílabas sin sentido.

Y otras voces dijeron también cosas que no entendió completamente. Al fin, en un intervalo del diálogo, preguntó:

—¿Puedo levantarme? Os prometo no haceros mal.

Después de corta deliberación le consintieron levantarse. La voz de uno de los viejos inició un interrogatorio, y en poco tiempo Núñez expuso a los ancianos del país de los ciegos, sentados en la sombra, las maravillas del inmenso mundo: el cielo, las montañas, las flores... Mas ellos no quisieron aceptar ninguna de sus verdades, rechazándolas con obstinada incredulidad que empezó a exasperar al guía. Ni siquiera comprendieron el sentido de gran número de sus palabras: separados por catorce generaciones del universo visible, cuantos vocablos tenían relación con el sentido abolido en ellos, habían desaparecido de su léxico; y

los recuerdos de la vida externa habíanse atenuado hasta convertirse primero en consejas infantiles y desaparecer al fin. El interés de aquellas gentes concluía en el cinturón de montañas que aprisionaba el valle; y los dos ciegos geniales nacidos en los primeros siglos de su aislamiento, comprendiendo que los vestigios de creencias y tradiciones heredadas de los primitivos colonos sembraban la duda y la incertidumbre en los espíritus, las reemplazaron con explicaciones que siendo ilusorias eran, sin embargo, más exactas para sus posibilidades de relacionarse con el mundo. Toda una parte de su poder imaginativo habíase atrofiado con la pérdida de los ojos y, en cambio, nuevos dones adaptados a su oído y a su tacto, habían surgido en ellos.

Lentamente comprendió Núñez que era necio esperar que su origen y la superioridad indudable de ver, le granjearan respeto y estimación. Al ver rechazar sus tentativas de demostrar que veía, cual si fueran balbuceos torpes de un sér recién nacido, se resignó; y mitad triste, mitad irónico,dispúsose a escuchar la lección de los ciegos sin rebatirla. El más anciano explanó una teoría de la vida, de la filosofía y de la religión, según la cual el mundo, es decir el valle sepulto en el anillo de montañas, no fué en el génesis sino hueco vacío entre las rocas, que comenzó a poblarse tras lenta gestación, primero de seres desprovistos de vida sensorial y luego de llamas y otras diversas criaturas poco inteligentes; hasta que más tarde los hombres y después los ángeles—cuyos cantos y alado paso percibían sin poder alcanzarlos jamás—aparecieron. Este último detalle intrigó vivamente a Núñez, y tardó mucho en comprender que el anciano se refería a los pájaros.

El sabio ciego le enseñó también que el tiempo se dividía en dos grandes porciones: el calor y el frío—equivalentes, según él coligió, al día y a la noche—; y que debía reposarse durante el calor y trabajar durante el frío, de tal modo que de no haber él surgido inopinadamente, toda la población dormiría en aquel momento mientras el sol flameaba esplendoroso en la altura. Finalmente, demostró que Núñez había sido creado para adquirir la sabiduría y observar sus reglas, por lo cual, a pesar de su incoherencia ideológica y su andar inseguro, debía no desmayar y tratar de instruirse cuanto antes... Al oir estas palabras subió

de la multitud, que había permanecido silenciosa, un murmullo de simpatía.

Entonces el viejo declaró que ya estaba muy entrado el calor, y que convenía a todos retirarse a dormir; luego preguntó a Núñez si sabía dormir. Este le respondió que sí estaba iniciado en tan reparador misterio, pero que antes necesitaba comer algo. Trajéronle leche de llama en una cuenca y pan muy salado, y lo condujeron a un lugar fuera del caserío en donde pudiera comer y dormir solo, hasta que el frío, cayendo con la noche de las montañas, despertara a todos los habitantes del país de los ciegos para empezar la invertida jornada de trabajo.

Pero Núñez no pudo dormir: sentado en el mismo sitio donde lo dejaron, se puso mientras reposaban sus miembros tronchados de fatiga, a meditar en las imprevistas circunstancias de su llegada; y tan pronto una sonrisa burlona entreabría sus labios como una arruga de contrariedad fruncía su ceño.

—¿De modo que inteligencia informe y sentidos sin afinar?—se decía—. ¡No saben que han insultado al rey y al dominador que el cielo les manda!... Va a ser preciso recabar con un triunfo indiscutible la soberanía... Reflexionemos, reflexionemos...

Y cuando se puso el sol y empezó a removerse la vida en la aldea, reflexionaba aún.

Núñez era sensible a la belleza de las cosas, y el reflejo de la luz en las pendientes nevadas y en los audaces picos de hielo que rodeaban el valle, atraía su mirar como un espectáculo jamás contemplado. Sus ojos iban ya a las inaccesibles cumbres, ya al pueblecito y a las florestas circundantes, rápidamente desvanecidas en la penumbra crepuscular. Y de pronto, al totalizarse las sombras, una emoción férvida penetró en su sér y desde el fondo de su corazón dió gracias al creador por haberle conservado el don de la vista.

Una voz empezó a llamarle desde el límite del pueblecillo:

—¡Eh, eh, Bogotá!... ¡Acérquese!

Al oirla, Núñez se levantó con burlona sonrisa. De una vez iba a enseñar a los ciegos la utilidad que los ojos reportan al hombre. Le bastaba esconderse para que no dieran con él.

—¿Por qué no se mueve, Bogotá?—insistió la voz.

Riendo en silencio, Núñez anduvo cuatro o cinco pasos sobre las puntas de los pies, y en seguida la voz le advirtió en tono acre:

—¡Bogotá, está prohibido andar sobre la hierba!

Ni siquiera él mismo había oído sus propios pasos; así que se detuvo de repente, asustado; y como el ciego que lo interpelaba llegaba ya por el camino adonde también él había vuelto, le dijo:

—Aquí estoy.

—¿Por qué no vino cuando le llamé?—reconvino el ciego—. ¿Va a ser necesario llevarlo siempre cómo a un niño? ¿Es que no puede *oir el camino* cuando anda?

Núñez repuso echándose a reir:

—Puedo verlo.

—Ver, ver... Eso no significa nada. Déjese de tonterías y siga el ruido de mis pasos.

Núñez obedeció contrariado, diciéndose:

—Ya llegará mi hora.

—Poco a poco se corregirá usted—dijo el ciego con benevolencia—. Tiene aún mucho que aprender en el mundo.

—¿Es que nunca ha oído decir—le preguntó Núñez—que en tierra de ciegos el tuerto es rey?

—¿Qué es eso de ciego?—preguntó el otro encogiéndose de hombros con tal tono de tremenda ignorancia, que a Núñez le dió frío.

H. G. Wells.

(Concluirá.)

PEDAGOGIA PENAL

(CONCEPTOS PEDAGÓGICOS DE LA PENA.)

L mundo que viven los niños es completamente aparte, y nosotros con el paso de nuestra vida vamos olvidándolo del todo.

Y es por la idea que tenemos de que a los niños no vale la pena de tomarlos en cuenta, o mejor dicho, porque no acertamos a comprender que ellos en su ingenuidad son los mejores maestros que podemos seguir y observar en todos sus conceptos de justicia, solidaridad y grandeza de alma.

En efecto: en un círculo de niños que juegan, si alguno de ellos comete una falta, se decreta su separación, diciéndole: nosotros no jugamos contigo hasta tanto no nos prometas portarte mejor. Si el requerido acepta, bueno, y se emprende de nuevo el juego con el compañerito.

Como se nota, existe entre ellos la verdadera idea de justicia, la humana, la racional.

No se aplica una pena. Ellos no conocen ese término, ni saben lo que quiere decir.

Pero sí se decreta su separación, hasta tanto el niño no vuelva sobre sus pasos y satisfaga a los demás con la promesa de no causar desorden.

Esa idea benefactora del derecho penal, nos la dicen los niños en sus juegos y es la que débemos aplicar.

El error de los legisladores ha consistido entonces en hacer las leyes, sin rememorar aquella época generosa y feliz de la infancia.

Todos los esfuerzos de los filósofos y socialistas consisten en recuperar para el mundo una época de felicidad y de sinceridad,

que es precisamente la que sólo vivimos en la niñez y la que perdemos cuando entramos en la vida social.

Es en esa preciosa época de la infancia, en la que salimos de la mano de nuestro padre, al paseo, que es como un reconocimiento de nuestras posesiones, porque todo nos pertenece, porque vemos a nuestro padre como un amable *cicerone*, como un guía, que cariñosamente nos explica todo lo que nuestra curiosidad, siempre despierta, le interroga, y a quien hacemos partícipe de nuestros desprendimientos, diciéndole por ejemplo: ese palacio, esa casa, ese monumento, se los regalo, son suyos; pero es porque antes hemos hecho nuestros el caballo que pasa, el coche que se detiene, todo, todo lo que nuestros ojos han visto con la avidez del que está apenas conociendo.

En esa edad, digo, las lágrimas nos saltan, cuando no se nos apea la luna, para llevarla bajo el brazo y jugar después con ella.

No sabemos de discreciones de ninguna especie: ni nos damos cuenta del pesar que causamos y con ello de la trascendencia de nuestros actos: cogemos la fruta del cercado ajeno para apagar nuestra sed, como decimos las verdades claras y desnudas o lanzamos la piedra contra el compañerito, porque no nos dió de la golosina que trajo para el recreo. En todos esos actos, nuestra voluntad fué libre, espontánea y sus resultados después nos extrañan y no comprendemos el porqué de los regaños y los castigos.

¡Ah! pero después empezamos a oir voces que con suma amabilidad nos dicen lo que creen sean nuestros defectos; voces que por todas partes nos reprenden y que poco a poco van arrebatando la libertad y disminuyendo la zona de nuestras alegrías y actividades, del mismo modo que el ternerillo alocado y brincador ve detenida su felicidad con el peso del yugo o la punzada del chuzo.

En la casa, en la escuela, en la calle, en todas partes, se escuchan las voces de reproche, con que el mundo conflagrado contra el niño, le advierte que la infancia dura lo que dura un sueño, y que es preciso que despierte, a la vida, a la vida social del derecho y del deber. Y ese derecho y ese deber constituyen el yugo con que nosotros también entramos en el mundo; en ese mundo en que nos hieren y nos maltratan, más que a las bestias con el chuzo, porque éstas ven su herida cicatrizada y nosotros morimos con el dolor de haberla sentido y sufrido.

Ya en la sociedad, nos dicen que hay leyes, que hay códigos que encierran las leyes; que hay policía, que hay penas, que hay presidios; que hay el qué dirán y muchas otras cosas que nos desconsuelan y nos aflijen.

Nos amenazan de todos modos y nos hacen sentir el peso de la vida.

Cuando abrimos los ojos, cuando vemos claro, nos encontramos atados completamente; sólo nuestra imaginación, nuestra fantasía puede como la "loca de la casa", que decía Galdós, jugar libremente y echar de menos el tiempo pasado.

Esta acción paulatina del medio en que vivimos, nos va amoldando a él, a las conveniencias sociales y nos prepara también para la defensa contra el hombre, nuestro común enemigo.

Aparece entonces el concepto social, con todo su cortejo de inconvenientes y sinsabores.

Aprendemos a conocer lo que significa la idea de solidaridad humana y también nos extrañamos de que después de tantas prédicas, en el hogar, en la escuela y en la calle, veamos que en nombre de esa solidaridad los hombres se maten los unos a los otros.

La educación entonces es un fracaso. Antes de desarrollar esta idea, sigamos con la sucesión de las anteriores.

Los niños, mejor dotados, se adaptan mejor a la vida social.

No se va registrando en sus pequeñas existencias ninguna falta que reprocharles.

Ante el mundo por lo menos, son los mejores. Quizás en sus conciencias exista algún germen o más bien haya desarrollado el arte del disimulo o de la simulación en la lucha por la vida.

Tal vez en su casa ha oído, en las conversaciones, el "no conviene que se diga", el "cuidado como repite usted lo que ha oído"; el "cuidado como nos va a poner en mal".

Y así el niño aprende que una cosa es en la casa y otra en la calle.

El alcance de aquellas prohibiciones, no las sabe, pero como se le dice que no lo diga, cumple el mandato, quedando mientras tanto en su corazón el germen de la hipocresía y el de la mentira.

Porque si alguien le pregunta: ¿en tu casa qué dijeron de tal cosa? él contestará acordándose de la prohibición: nada, nada:

o bien dirá la respuesta que para el caso previsto le enseñaron en la casa.

Así educamos.

Decía pues, que el niño inteligente, se adapta, siguiendo las sugestiones recibidas, al medio social en que vive, *y llega con el tiempo a ser un buen elemento, un hombre útil.*

En la Escuela, *queda bien.* Unos cuantos plagios al compañero y unas copias en los libros que se presentan al maestro, le darán la ilusión de que es estudioso, inteligente y aprovechado sobre todo.

Así surgen los simuladores del talento, que más tarde, en tribunas, cátedras o periódicos, brillarán, cuando en el fondo no son más que repetidores muchas veces inconscientes, de lo que han oído, escuchado o copiado.

Todo iría a pedir de boca, si no fuera porque el resultado de tal educación, es en definitiva el mismo de las pompas de jabón, o del algodón azúcar de la centrífuga que nos vendían en las fiestas, o la aparición continua del inmortal Pacheco, de que nos habla Eça de Queiroz en el Epistolario de Fradique Mendes. Nada, en resumen.

Así vemos también aparecer escritores, poetas, filósofos, verdaderos exponentes de su época, que pasaron por el mundo sin dejar nada.

Un poco de pirotecnia, que ilumina el cielo el tiempo que duró la pólvora en gastarse.

Y esto indudablemente acusa un defecto grave en la educación.

En esa ciencia del niño, se prescinde del niño. Como antes en el tratamiento de las enfermedades, se prescindía del enfermo; o en la ciencia penal, del delincuente.

Creemos haber enseñado, cuando lo que hemos hecho es aprender a acaparar teorías inaplicables; creemos dirigir al niño, cuando en realidad le llenamos el cerebro de conocimientos inútiles; o mal digeridos aun por los mismos que los enseñaron.

Yo no soy ningún pedagogo; pero creo, me lo dice el sentido común, que todos tenemos, que el *quid* está en despertar en el niño la iniciativa y provocar el aparecimiento de la voluntad, que no sólo alimente esa iniciativa, sino que la haga desarrollar y crecer con tanta más potencia, cuanto más grande y vinculado

esté en él el concepto y el aprecio por su propia personalidad.

El maestro debe reflejar en su enseñanza y en el ejemplo de su vida, la posesión de su ciencia.

Y como tal hecho no se ha conseguido, sino con raras excepciones, por ejemplo: don José de la Luz y Caballero, en Cuba: Sarmiento en Argentina; Varela en el Uruguay, etc., de ahí que en general la educación sea el fracaso de que antes hablé.

Fracaso que se hace sentir en lo intelectual, con la inhabilidad del joven salido de la escuela para enfrentarse a la lucha de la vida. Con la duda hasta de sus propias aspiraciones. En lo moral, con la debilidad y aun la atrofia de facultades, que lo harán más tarde delinquir. En lo social, se presentará en el mundo como un sér raro, extraño a toda idea de orden, como un inadaptado.

A consecuencia de esta educación mal dirigida, en cualquier medio en que se desarrolle el niño se produce el delito. O mejor dicho: el delito es la expresión de defectos en la pedagogía aplicada.

Notamos inmediatamente, en las estadísticas, que ahí en donde hay menos medios educativos, es en donde se produce más el delincuente, acusando con ello la deficiencia.

En las ciudades es más bajo el promedio de criminalidad, que en los campos.

Es también un hecho que evidencia el desequilibrio parcial de las facultades del criminal, la circunstancia de que los reincidentes lo son generalmente de un mismo delito.

El que hurta, siempre hurta y le tiene horror a la sangre.

El que hiere no hurta, y tiene como gran desprestigio el ser ladrón.

El violador, no estafa ni falsifica, y así en general ocurre con los diversos delincuentes.

Yo creo por consiguiente, que el criminal es en realidad un hombre que no ha salido de la infancia, que tiene los conceptos de sociedad, de propiedad, de la vida humana, en estado rudimentario, como el niño que llora porque no le apean la luna; o que tira la piedra porque no lo hacen partícipe de la golosina.

Y así como hay los raquíticos del pensamiento, también existen los raquíticos de moralidad, porque no han tenido en su vida

una disciplina que despierte y desarrolle las aptitudes para la moralidad.

Un ratero, constante reincidente en el delito de hurto, ¿no es un niño en el concepto de la propiedad? ¿no se cree dueño del mundo entero, y reparte como lo hiciera un millonario?

¿Sufre acaso con la pena que se le impone? No. La pena para él es algo extraño que no comprende, pero que acepta como que la fuerza lo obliga a aceptarla.

El que hiere o mata por un motivo fútil e irrisorio, ¿no es como el niño que golpea al compañerito porque no le prestó el lápiz o no le dió el cromo cuya vista despertó su codicia?

El delincuente contra el pudor, ¿no es como el niño, que no sabiendo lo que aquella palabra significa, besa y acaricia a la amiguita del vecindario?

Si los delitos son una resultante de la falta de educación, debe haber entonces una pedagogía penal que sea para los defectuosos la llamada a corregirlos.

La Cárcel, es una escuela.

El delincuente debe entrar en ella—no como en un lugar de castigo, sino de instrucción.

Conocida la enfermedad, es más fácil sanar al enfermo.

Cada criminal que entra en la Cárcel, con su delito dice el mal que padece y debe corregírsele, para devolverlo sano a la sociedad.

La pena pierde su condición de castigo para transformarse en disciplina mental.

Y ha de llegarse a la época en que tengamos un derecho o pedagogía penal, sin delito y sin pena.

Porque concluída la educación o reeducación del delincuente, durante el término de la prisión preventiva, ¿qué objeto tiene la pena? Ninguno. La sociedad recibirá en su seno buenamente al delincuente saneado, y la pena en este caso vendría a destruir la obra alcanzada en la Cárcel-Escuela.

La pena debe suprimirse, cuando es inútil. Siempre, por supuesto, que prevalezca la idea de que ella se impone como medida correctiva, o mejor dicho: como pretexto para detener al reo el tiempo que sea necesario para su regeneración.

El concepto de las penas indeterminadas y la individualizada,

se armoniza perfectamente con el nuevo concepto de la pedagogía penal.

Las ideas de individualización de la pena y la de pena indeterminada se armoniza con el nuevo concepto pedagógico del derecho penal, y es porque tales avances llevaban implícita, quizás sin sospecharlo los autores criminólogos, aquella tendencia salvadora.

De manera que es forzoso creer que la evolución operada en la ciencia penal venía dirigida a considerar como necesaria la reeducación del hoy llamado delincuente.

Lo que hace falta ahora es abolir la idea de pena, porque esta no se compagina de ninguna manera con las tendencias claramente manifestadas, y decir por ejemplo: individualización e indeterminación del régimen pedagógico adoptado para la reeducación del agente perturbador del orden social.

Las penas de tiempo fijo no existirían, porque debe darse a los jueces la facultad o bien de acortar o de alargar la pena impuesta, o también de suprimirla cuando el caso lo requiera.

Por ejemplo: alguien roba. Entra en la Cárcel. Allí, con la prédica constante del respeto a la propiedad ajena, del mal nombre que adquiriría con su delito, si no se corrige; de las ventajas que le vendrán si se corrige, pues en definitiva hasta se le dará una recomendación para colocarse y trabajar; con el aprendizaje de un oficio, etc., etc., el reo se transforma. Da prueba evidente de ello con su conducta observada, con el aprovechamiento demostrado, y mientras tanto el proceso, con su andar lento, y lleno de procedimientos, no se acaba, no viene la sentencia que el reo espera y espera. Pero, ¿para qué? Ya no tiene objeto ninguno. ¿Cabría aplicarla? No: de ninguna manera, porque con ella, como he dicho, se destruiría la tarea benefactora lograda durante el tiempo de la prisión preventiva.

El Juez suspende la condena o bien declara que no la aplica en virtud de consideraciones basadas en la prueba de la regeneración moral e intelectual del delincuente.

O bien suspendiéndola, ordena que no se anote en registro o Archivo alguno, para que más adelante no sea el hecho de su falta estorbo para su progreso personal y en cualquier orden en que ejercite su actividad.

Es decir, aquella regeneración crea el olvido, y no el olvido puramente personal, sino el legal.

Nadie puede hacer uso; ni sacar certificación o documento, perteneciente al proceso.

De ese modo sí podrían regenerarse y seguir viviendo una vida de sociedad los delincuentes, porque es evidente que la pena, tal como hoy se la considera, degrada a tal extremo, que obliga al delincuente a seguir la pendiente del vicio y del crimen.

La sociedad no le abre sus puertas.

En la pedagogía penal, la ley no sería más que el mandato obligatorio para el ingreso en la Escuela-Cárcel, en donde se corrijan los defectos y se desarrollen las facultades debilitadas por la carencia de educación o deficiencia del medio en que se vivía.

La acción educadora de la pedagogía penal sería beneficiosa hasta para la sociedad en general, porque si el criminal es el producto del medio en que se desarrolló, con su reeducación aquella sociedad lograría normalizarse por lo menos en cuanto aquel individuo va a formar parte de ella, ya corregido. Y así desaparecerían precisamente los gérmenes que hacían tener como nocivo el medio en que el criminal se formó.

La ley sería entonces salvadora y no destructora.

Sería considerada como una amiga que se acerca bondadosa y tiende la mano al caído, y no como una enemiga vengadora que aniquila moralmente.

El reo entonces comprendería que su estada en la Cárcel puede o ser transitoria, porque la detención puede prolongarse el tiempo que la peligrosidad o temibilidad lo exijan, y comprendiendo tal hecho tendría necesariamente interés en su regeneración pronta, porque la adquisición de la libertad estaría para él en razón directa de su reeducación.

Comprenderá entonces el reo que si la ley lo recluye, no es con la intención de hacerle sufrir y de que la sociedad contemple impasible esa tortura; que no es para que el proceso camine y venga lo más pronto posible la sentencia para salir, sino para que durante todo el tiempo de la prisión preventiva, piense y medite su falta; se examine y grite el *surge et ambula* a su voluntad, y dirija toda su fuerza interna, toda su acometividad, hacia el bien propio; para que comprenda la importancia de su delito

y sobre todo lo necesario de su regeneración; para que sepa en fin que la sociedad lo recibirá más tarde con el abrazo del padre a su hijo pródigo.

Y a esa labor tendrán que ayudar no sólo los jueces que conozcan de los hechos, sino también los jefes y directores del establecimiento penal, que no será una clínica, sino un instituto.

La pedagogía penal sustituirá a la ciencia criminal.

El carcelero entregará las llaves al maestro.

El Juez será el Profesor que individualice la pena, como se individualizará la enseñanza en el niño.

El criminal es la caricatura del hombre normal. Así como esudiamos un aspecto patológico de la mente humana para comprender mejor su disuelta armonía, así deberíamos ver más de cerca al infractor de la ley, que regula el orden social no sólo como fenómeno de inadaptabilidad al medio, sino como prueba elocuente y clara de la medida que se hace necesario emplear para corregirlo y devolverlo a la misma sociedad.

Debemos abandonar la idea de que nuestros fallos son la expresión de la justicia.

"La Justicia es la eterna armonía entre la libertad de las acciones y la fatalidad de los acontecimientos."

Los actos humanos no tienen en realidad más sanción que la eterna Justicia, que hace que cada uno recoja el fruto de lo que sembró.

Los delitos son momentos de libertad perdida. ¿Y quién puede juzgar de esos momentos?

Sólo la educación los atisba para corregir el organismo que flaqueó.

LUIS CASTRO SABORÍO.

MEDICO DE NIÑOS

III

(Finaliza)

15 de octubre.

NDRES viene esta noche.

Después de la comida, cuando Andrés ha de venir, me encierro en mi habitación. ¡Ah! la clínica, la cuna, la visita cotidiana, nada existe entonces para mí. Miguel mismo se escapa de mi pensamiento. Cierro la puerta celosamente como si quisiera arrojar a todos los indiscretos que me rodean. No pertenezco ya más que a ese minuto delicioso de la espera. Es él... No, todavía. ¿Estarán bien frescas estas flores? ¿Esparcirán a mi alrededor la gracia que redime? Sí, que redime mi traje negro, sombrío, tan masculino. Es él, son sus pasos en la calle. Vendrá, y ya nada existe para mí. Estoy ausente de mi casa, de mi existencia, del mundo entero. Ya viene... Y con él, la alegría, la vida. Sus ojos en los míos, mis manos en las suyas. ¡Ah!, no pensar, ni tener voluntad, ser amada. Andrés...

Dios mío, en vano me he esforzado por amar, como mujer razonable. En vano. Ya ni lo intento más; es este un extraño desquite de todo mi sér comprimido durante tanto tiempo, que se lanza a la dicha.

Paréceme que en ocasiones me ahoga la felicidad; y entonces me callo para que no lo adivine. El otro día me preguntó por qué estaban llenos de lágrimas mis ojos... No respondí...

22 de octubre.

Por sus pasos conocí en seguida que estaba triste. Y su primera mirada me lo indicó.

—Andrés, ¿qué va usted a decir?

Se sentó al lado mío. Cogió mis manos dulcemente. Y me pareció que yo lo sabía todo ya.

Su madre está enferma en Menton. Escribió a su hijo, pidiéndole que fuera a pasar algunas semanas en su compañía.

Permanecimos en silencio y sentí en el corazón un dolor físico.

—Andrés... ¿cuándo?

Y me respondió abrumado:

—Muy pronto... Pasado mañana.

No pude articular una palabra. El replicó con viveza:

—Volveré a menudo... Menton no está lejos.

De pronto, dije, irresistiblemente compelida a evocar ante nosotros una imagen feliz que nos infundiera valor:

—Dos meses... estará usted ausente dos meses, Andrés, ¡y anunciaremos la boda para Navidad!

Permaneció mudo por un minuto, y vi que sus hermosos y tiernos ojos se humedecían. Después, rió alegremente; reía como un muchacho.

—¡Nuestra boda, nuestra boda! ¿No es verdad que vendrá usted a Menton algunos días por Navidad?

¡Algunos días de vacaciones para los dos exclusivamente allá, lejos de todo!

Hermoso ensueño... Durante un minuto lo he visto a mi lado, al sol, en la montaña, en la playa, y libremente correteábamos, lejos de todo cuidado. ¡Las vacaciones... las vacaciones con él! Pero hemos vuelto a caer en la tristeza del presente.

—¿Quedamos, pues, amiga mía, en que me concederá usted la última visita?

23 de octubre.

He encontrado sobre mi mesa una carta de Miguel.

"Mi querida mamá:

"Perdóname las veces que me he portado tan mal contigo.

Es porque te quería demasiado. ¡Oh! Cómo he sentido no haber querido besarte el otro día.

"Este círculo, sobre el papel, es un beso que he puesto ahí.

"Tu Miguelito".

Pero estaba tan abstraída por la marcha de Andrés, que sólo he pensado esto:

—Más tarde me ocuparé de Miguel...

Esta última noche, estaba triste Andrés... Y sólo yo trataba de reir.

—Volverá usted dentro de quince días, Andrés!

Después dejé que se sentara muy cerca de mí. Me puso en sus piernas y me sentía cogida en sus fuertes brazos como si fuese un niño. Apoyé mi cabeza sobre su pecho. ¡Oh! ¡qué refugio, ese pecho de hombre! ¡Cómo olvidaba allí todas mis angustias...

El me decía:

—Deme un beso... amiga mía... un beso, que mañana no podrá ser...

Yo era débil en sus brazos. Pero él es tan tierno y tan respetuoso y teme tanto disgustarme... En el momento de la partida, eran las doce de la noche y parecía que no podíamos separarnos ya.

—Un beso más... Un momento más... Piense en todo lo que puede ocurrir. Los accidentes del ferrocarril... Los...

Exhalé tal grito de angustia, que él tuvo miedo:

—No, amiga mía, perdóneme, son bromas... ¡Oh! ¡qué imbécil soy! Le he hecho daño. Vamos, amiga mía, tan juiciosa, esta noche está usted mal de los nervios...

—¡Oh! murmuré, con la cara oculta en su pecho. Andrés, si le perdiese a usted...

—No; siempre estaré contigo, Francisca...

El me miraba, y nuestro abrazo se hizo más estrecho.

Nuestros seres protestaban de antemano contra el desgarramiento de la separación. En el momento en que iba a alejarse, cogí su cabeza entre mis manos. Cómo lo he besado, Dios mío...

24 de octubre.

Está en el wagón... Llega... Está junto a su madre. Es tan diferente de él su madre, que las palabras, las sonrisas, los movimientos, todo en ella le desagrada...

No puedo separar mi pensamiento de él. Y le doy cuenta de mi soledad y de mi ternura. Soy inhábil para expresar mis sentimientos. Quizás le amo demasiado.

Miguel ha entrado hace un momento. Por primera vez desde hace muchos días ha venido espontáneamente a besarme.

Le he dicho:

—Miguelito, me estás dando que sentir.

Me contempló un momento con los ojos arrasados en lágrimas. Y me compadecí al ver su pobre carita que parecía aún más chica.

—Miguel, yo sé todo lo que sufres para dominarte y no amarle. Y él te quiere tanto...

En seguida se separó con marcada hostilidad.

—Entonces, Miguel, ¿por qué vienes a abrazarme? Tú sabes muy bien que él ha de volver... Miguel... Andrés... mis dos amores... ¿Podré algún día estrecharos a los dos al mismo tiempo sobre mi corazón?

27 de octubre.

Cuatro días solamente. Los días son tristes. Y por la noche me encierro con sus recuerdos. Le he escrito.

"Andrés, jamás le he dejado comprender a usted hasta qué punto le amo. ¿Por qué? Por el vago temor de perderle, acaso. Y también, estoy tan acostumbrada al silencio... No sé expresar mis sentimientos. ¡Es una especie de pudor muy difícil de vencer! Si usted pudiera leer entre líneas, sabría, Andrés, que la ternura maternal de los primeros meses se ha transformado en otra ternura, cuya violencia me asusta..."

2 de noviembre.

¿Podré escribir estas cosas?

El día declinaba. Reposé algunos instantes después de la consulta de la tarde, antes de hacer una visita tardía. Berta ha en-

treabierto la puerta, muy asustada. Una mujer de extraño aspecto luchaba por entrar, no obstante la consigna. Quería hablarme de todas maneras.

Yo estaba ya enferma, abatida por la jaqueca, en tensión la voluntad para cobrar fuerzas y acabar el día. Sin embargo, con vaga inquietud, dije:

—Que entre...

Berta alumbró el gabinete de trabajo. Y a través del parpadeo de mis ojos cansados, ví aparecer una mujer mal vestida, de semblante pálido, que marchaba con seguros pasos. Sus cabellos entrecanos caían en mechones bajo el sombrero redondo de cintas deslucidas. ¿Dónde había visto yo antes aquellas facciones duras, aquellos labios pálidos, aquellos ojos negros, bajo cejas rojas? Acaso en alguna prisión; porque yo la reconocía: aquella mujer la había visto yo en alguna parte. Y su voz despertó en mí una oscura reminiscencia, cuando dijo:

—¿Usted me reconoce, no es así, señora?

Yo la miraba, apretado el corazón por no sé qué angustia.

—Efectivamente, paréceme haberla visto a usted.

Pero no le brindé que se sentara.

—Hará ocho años que vine aquí, murmuró mirando en torno de nosotras, a esta misma sala... Había en ella algunas cajas... usted acababa de mudarse...

Yo la contemplaba suspensa por su mirada y por su voz.

—Sí... Sí... balbuceé.

—Yo le traía mi hijito...

—¡Ah! exclamé, poniéndome súbitamente en pié, espantada, usted es la madre de Miguel...

No oí lo que contestó. La sala daba vueltas a mi alrededor. Esa mujer, que yo había creído desaparecida, muerta, reaparecía como una pesadilla.

Ella seguía hablando. Yo oía su voz como a través de un muro, floja, indistinta. Parecíame tener los oídos llenos de algodón.

De repente percibí estas palabras que debió repetir muchas veces, porque se precisaban poco a poco, y volvían, siempre las mismas, y entraban súbitamente en mí semejantes a puñaladas.

—Vengo a llevármelo.

Me levanté dispuesta a defender esa criatura, que había llegado a ser como mi hijo.

—Llevároslo... queréis llevároslo, ¿a dónde queréis llevarle?

Y me respondió:

—Para América. Me he casado con un emigrante. Y vengo a buscar el muchacho.

Instintivamente, y para ganar tiempo, para reponerme, para encontrarme lúcida y poder luchar, le pregunté:

—Pero ¿qué ha sido de usted? ¿Por qué no ha dado señales de vida? ¿Dónde se hallaba durante toda la infancia de Miguel?

Tuvo un gesto indefinido.

—Aquí... allá... He tenido muchas desgracias... Después he estado enferma... muy lejos de aquí...

Y mientras ella hablaba, observaba yo su cara macilenta en la que veía la huella de inconfesables miserias. ¿Qué terribles recuerdos se evocaban bajo aquella frente, ante aquellos ojos? Se enfadó súbitamente y gritó con aire brutal:

—¿Qué le importa a usted lo que yo haya hecho? Estoy aquí. Quiero a mi hijo. ¿Lo oye usted? Es mi derecho.

Viendo entonces que era menester apaciguarla a toda costa, la dije:

—Ha estado muy enfermo... y durante mucho tiempo. Lo hemos cuidado mucho... y curado. Su salud es delicada todavía... Haría usted bien en dejárnoslo más tiempo.

Tuvo una sonrisa diabólica.

—Vivirá en el campo. El trabajo le fortalecerá.

Empleé otro argumento. Hablé de la inteligencia de Miguel, de sus estudios, de aquella ocasión única que tenía. Yo le haría médico; tendría una hermosa carrera. Ella estaría orgullosa de él. Pero ella movía la cabeza obstinadamente.

—Será campesino... Trabajará con nosotros... Ya es tiempo de que nos ayude... Hágale usted venir.

Todavía ensayé nuevos recursos: traté de ofrecerle dinero; a la primera palabra me contuvo. No, no quería dinero. No me atreví a insistir... turbada, torpe... ¡Oh! fuí muy torpe. Debí haber ofrecido desde el principio una cantidad que la dejara estupefacta.

La oí que repetía:

—He perdido mi otro hijo. Quiero éste. Quiero tenerle con nosotros.

Recobré un tanto la serenidad.

—Veamos, la dije, yo no puedo entregarle el niño así, sin saber nada. Necesito algunos datos, conocer el nuevo nombre de usted, sus medios de subsistencia. Usted lo había abandonado... Y es preciso que yo esté segura...

Me interrumpió después de abrir un paquete envuelto en un diario. Y me enseñó sus papeles en regla, el certificado de su matrimonio con un obrero de campo, la fe de bautismo de Miguel, sus pasaportes, su boleta de viaje, una libreta de emigrante con destino a Nueva York.

Comprendí entonces que nada podía hacer. Las paredes seguían dando vueltas en torno mío, cuando ella me sacó de mi estupor.

—Quisiera verle...

Viéndome sin defensa, llamé y dije:

—Traigan a Miguel...

Entró: tenía la cara pálida y dura de sus días malos. Y en tanto se mantenía allí, en el marco de la puerta, fija la mirada en el suelo, sentí un golpe en el corazón, al descubrir en su pequeño rostro algo de la cara materna: aquella cara angulosa y descolorida, aquella mirada negra que llega a hacerse tan dura.

Pero yo le he creado un alma nueva...

En voz baja, muy rápidamente, murmuré:

—Sea usted prudente. Es muy sensible!

Pero ella le llamó:

—Miguel!

Y su voz temblaba algo al concluir:

—Tu verdadera madre soy yo.

—Tu verdadera madre soy yo.

El dudó un instante, en pie ante esa mujer tan diferente de las demás mujeres que ve todos los días. Y yo esperaba enternecida, y acechaba el grito de amor y de rebeldía que iba a arrojarle en mis brazos. El, sin embargo, permanecía callado. Entonces ella se inclinó y le cogió con las dos manos, con el movimiento instintivo de la hembra que recobra su pequeño. Estaba casi hermosa en ese momento, y tuve la certidumbre de que le amaba. El se dejó

conducir; devolvió el beso; no tuvo una sola palabra para mí. Pero de pronto, mientras se volvía a medias, sentí que su mirada me espiaba. Quería vengarse... Imaginaba que su mamaíta no le amaba ya... no le amaba ya como él quería ser amado, que cedía su lugar a otro... Se vengaba.

Ella le dijo:

—Vendrás con nosotros, chiquito mío. Iremos en un buque por el mar...

El seguía con la cabeza baja. Estaba blanco como una sábana. Y oí su débil voz que decía:

—Sí...

Todo había concluído. El aceptaba. El silencio me sorprendió. Parecíame que debía oirse el ruido del desgarramiento que se hacía en mi corazón.

—Bueno. ¡Ven! Vamos, marchemos, dijo ella.

Recobré entonces la voz.

—Usted no puede llevárselo así en seguida. Déjeme preparar su equipaje, su pequeña maleta. Observe que ya oscurece. Déjelo esta noche todavía.

Yo no hubiera querido suplicarla, y sin embargo, el acento de mi voz me daba miedo.

—Pues bien, mañana por la mañana.

Le besó una vez más y se fué.

Y nos quedamos solos, Miguel y yo, sin articular una palabra; yo le contemplaba. Esperaba... ¿Qué? llantos, besos, una rebelión. Pero él permanecía en pié, inmóvil, fijos los ojos en la alfombra, y conservando siempre su carita de piedra.

No he podido soportar más. Creo que abrí una ventana, porque me ahogaba; y después me volví hacia él.

—Vamos, Miguel, tú no me dejarás así, sin decirme una palabra...

Me faltó la voz, y repuse:

—Sin decirme nada, a mí, a tu mamaíta...

Pero nada replicó. De repente, el teléfono sonó sobre la mesa. Maquinalmente cogí el receptor.

¿La visita? ¡Ah! sí... la visita prometida, la había olvidado. Me llamaban.

—Está bien. Voy inmediatamente.

Y es preciso ir, estar lúcida... decidir...

Cuando volví, ya Miguel estaba acostado. Se había echado el cobertor sobre la cara. Percibí su respiración muy igual. Fingía dormir; y yo murmuré muy bajo:

—Miguel... Miguelito mío...

Nada respondió. Me acosté sin saber lo que hacía. Una frase giraba, siempre la misma, en mi pensamiento.

—Su última noche, su última noche...

Súbitamente, en medio de una vaga pesadilla que, aun despierta, me perseguía, oí el ruido de una queja ahogada.

—¡Miguel!

Me levanté y corrí. Seguía con el cobertor echado sobre la cara. Y yo oía que trataba de sofocar sus gritos. Entonces me arrodillé, le hablé de mi amor, de mi ternura, de mi pesar. Quise cogerle en mis brazos.

Pero él se apartaba. Sus músculos se han vuelto de acero, ya conozco esto. Sus bracitos son como barras de hierro. He vuelto a ver otras escenas, otros actos de desesperación de su infancia. El sollozaba y yo también sollozaba. Y el cobertor separaba nuestras caras. Eramos como dos extraños.

El cansancio le rindió, y acabó por dormirse. Descubrí su pobre carita, roja e hinchada, que muy pronto se puso muy pálida, muy pálida... Y toda la noche permanecí a su lado viéndole dormir. A veces se quejaba y se volvía en el lecho. Al amanecer vino a calmarse y durmió profundamente. Y entonces fuí a tenderme en mi cama.

Hoy a las diez de la mañana ha venido la madre. Yo misma he preparado la ropa de Miguel; he permanecido muy tranquila ante las enfermeras espantadas. Y esperé en mi gabinete mientras Miguel en el piso bajo se despedía. Ellas me han dicho después, que no ha llorado. Más tarde entró la madre cogido Miguel de la mano.

Y me dijo:

—Doy a usted las gracias por todo lo que ha hecho...

Correcta y política, añadió:

—Si alguna vez hacemos fortuna allá, la indemnizaremos...

Mi ademán la interrumpió, y ella acabó:

—Por su obra de caridad.

Yo no encontraba palabras.

Me miró algo sorprendida; y entonces dijo esta frase que era casi una excusa:

—Usted ha visto la fecha... en la boleta... Nos embarcamos pasado mañana... y era necesario apresurarse.

De repente, como si despertara sobresaltada, la contemplé fijamente. No, no tenía el aspecto de una mala mujer, a pesar de los estigmas de su rostro, de su vejez prematura, del cerco amoratado de sus ojos. Quizás quiera ella empezar una nueva vida. Y murmuré, suplicante, cogiéndola ambas manos:

—Usted lo cuidará mucho.

Ella esperaba, de pie, cerca de la puerta. Y yo tendí mis brazos a Miguel.

¡Oh! ¡cómo se arrojó sobre mí! Siento todavía en mi cuello la quemadura de sus manos crispadas. Sus labios recorrían toda mi cara, y murmuraba:

—Mamá, oh! Mamá!

Parecía que no podía ya soltar sus brazos. Y mientras yo le tenía apretado contra mi seno, comprendí que todo había concluído... todo... Le arrancaban de mi lado...

—Miguel... Miguel, me escribirás... no me olvidarás... ¡Oh! tú has de volver... Miguel.

En este momento, su madre verdadera le llamó.

He sentido aflojarse su apretado abrazo. Sus bracitos caían. Se fué. En el umbral volvióse una vez más. ¡Oh! qué mirada tan implorante y desesperada...

Todo ha concluído. Se ha marchado, y yo le he dejado marcharse. Nada he intentado. Estaba como una imbécil, tocada de estupor. ¡Oh! Andrés sí habría encontrado algo qué hacer. Pero yo no he hecho nada. Tenía el presentimiento de que todas las tentativas serían inútiles, y que ello era ineludible, preparado de antemano por no sé qué fuerza oscura y malévola. Y ya ha partido y no sé dónde está, ni podré siquiera correr en busca suya y verle una vez más. Quizás si se hubiese rebelado, si hubiese llorado y suplicado, la madre se habría dejado enternecer...

Ahora es cuando empiezo a comprender... Me han quitado a Miguel. No volveré a verle. Le prohibirán que me escriba. Le he perdido.

Lo que agrava más mi tristeza es el pensar que estaba resentido de mí.

¡Oh! Miguel, ¿qué va a ser de tí? Si en este ambiente donde se te amaba, has hallado modo de sufrir hasta ese punto, ¿qué no sufrirás junto a esos seres que no pueden comprenderte? Veo siempre tus ojos que me acusan. Tus ojos que me decían: "Me voy de aquí... Pero, en realidad, eres tú quien me ha arrojado el día en que amaste a otro más que a mí... Ya se me había echado".

Miguel. Si al menos me hubieses hablado antes del último minuto, si me hubieses abierto tu pobre corazón rebosante...

Mediodía:

Suena el timbre del comedor. Las enfermeras, la mesa servida, el sitio de Miguel vacío... a mi lado...

Imposible, no puedo bajar. La señorita Regnier me ha servido aquí la comida, que he dejado intacta.

La señorita Regnier, asustada al ver mi cara, ha llamado a Gaudin por teléfono. Y por la noche, le he visto entrar, paternal y mal humorado. Me ha llamado a la razón, diciéndome:

—Llore, mujer, llore. No me gusta esa muda desesperación.

Y me repetía:

—Esto es quizás un bien para ese niño: usted estaba haciendo de él un sentimental. En lo adelante vivirá entre personas más sencillas, en un ambiente sano... Y puesto que esa mujer se ha negado a aceptar el dinero, puede ser que le ame; después de todo, es su madre!

¡Pobre Gaudin! Sus inhábiles frases de consuelo me irritaban. Y como está al corriente de nuestros proyectos, de Andrés y míos, añadía:

—Déjeme ser brutal para con usted, hija mía; la verdad hace siempre bien. Este triste acontecimiento quizás sea provechoso. ¿Qué quiere usted? Usted va a casarse, quizás tenga hijos. Y entonces ese niño... sufriría con su corazón tan sensible demasiado. ¡Bah! no proteste. En vano le había amado usted; no es la misma cosa, ¿verdad? La vida lo separa del camino de usted;

sí, ya sé que es muy duro, usted le quiere... Pero quizás sea un bien...

Por fin calló, y se fué.

He vuelto a encontrarme sola junto a la camita vacía... Si al menos pudiese llorar.

4 de noviembre.

No hay palabras que puedan explicar mi pena. Paréceme que no sufriría tanto sabiendo que había muerto...

Estoy distraída en mis visitas, en mis consultas, en mi trabajo; estoy ausente de mí misma. Pasado mañana volverá Andrés. Me había olvidado de pensar en su regreso. Berta se ha encargado de comunicarle... Yo no habría tenido valor para ello. Tengo casi miedo de mí misma.

6 de noviembre.

Andrés ha entrado. Yo estaba sola. Me he levantado. Y no nos hemos dicho nada. Mi cabeza ha encontrado refugio en su pecho. Su ternura ha ensanchado mi corazón. He podido llorar.

Viene todas las noches, siempre encuentra palabras bienhechoras. Trata de apaciguar mis remordimientos, y todos los cargos que me hago.

Me asegura que no es posible intentar nada. Sabremos el camino seguido por Miguel en la oficina de emigrantes. Ha comenzado una serie de gestiones. Podremos saber dónde está. Pero yo he perdido toda esperanza.

El me repite sin cansarse:

—Ha hecho usted por él todo lo que podía, todo lo que podía hacerse: su vida, su salud, su dicha, todo se lo debía a usted.

Pobrecito... su dicha...

7 de noviembre.

Le he dicho esta noche.

—Andrés, nuestros proyectos... es preciso que los aplacemos para más tarde.

En seguida me ha interrumpido de este modo:

—Amiga mía, no hablemos del porvenir. Nos debemos por completo a este momento, a nuestra pena. Francisca, qué desfigurada está usted, deje que la cuide un poco...

¡Qué bueno es... qué bien comprende!

Se suceden los días. Y siempre igual: nada. Este gran silencio es peor que el de la muerte... Estoy continuamente ansiosa. Mi corazón está trémulo... He hecho que me sustituyan en las visitas de la tarde en la calle. Gaudin viene a ver los niños todos los días.

Me irritan los que pretenden distraerme de mi idea fija. Trato de no ver a Gaudin. ¡Ah! Sé de antemano todo lo que ha de decirme. Andrés mismo no sabe ya tranquilizarme.

Cuando viene por las noches, miro la puerta de Miguel, que ahora dejamos abierta, y el pequeño lecho vacío que aparece en la sombra, y mi pesar se aumenta.

10 de noviembre.

Andrés me dice:

—Deje la clínica, Francisca, ya ve que no puede trabajar. Venga conmigo al Sur. Gaudin la reemplazará. Ya reanudará su obra más tarde, cuando esté mejor.

Pero le contesto obstinadamente que no.

Asisto, impotente y débil, a no sé qué inexplicable cosa que ocurre en mí. En las horas de desesperación, no me refugio en el pensamiento de nuestro amor, a fin de buscar algún descanso y olvido. Paréceme, a veces, por las noches, que la clínica me llama, la clínica que me cansaba y me era repulsiva hace algunas semanas. Una necesidad de trabajo se apodera de mí, me empuja a las salas, a la cabecera de los niños. Me figuro que allí me aguarda todavía un poco de esperanza, la posibilidad de vivir.

Trabajar... ¡Oh! si la cabeza y el corazón no me doliesen tanto!

13 de noviembre.

Hemos sostenido hoy, Andrés y yo, una extraña discusión. El quería escribir a su madre, diciéndola que prolongaba su estancia aquí. Y casi me he incomodado.

—El deber de usted es estar a su lado, Andrés!

—Pero usted sufre y yo no puedo abandonarla en este momento.

Mi inexplicable irritación aumentaba.

—Andrés, es necesario que vaya usted junto a ella. ¿Usted cree que no pueda yo pasar algunas semanas lejos de usted? Yo tengo mi trabajo, usted lo sabe, un trabajo absorbente. Es preciso volver a él; estaré más tranquila. Sí, menos cansada, si puedo entregarme a él sin reservas.

Le he dicho estas cosas tan crueles. ¿Por qué?

15 de noviembre.

Se ha marchado de nuevo... Estoy completamente sola. Así lo he querido Y no sé por qué lo he querido...

¡Qué angustias por la noche! Oigo a Miguel que me llama. Sufre. Está enfermo.

Noviembre.

Tengo la certeza de que Miguel está enfermo.

18 de noviembre.

Ya hace quince días que me llevaron a Miguel.

He vuelto a ver su carta, su pobre cartita, que había leído tan distraídamente... Miguel ¿no volverás a escribirme nunca más?

20 de noviembre.

He vuelto a tomar la dirección de la casa, a hacer las comidas, en común, a dar las consultas de los más pequeños.

Es menester que trate de distraerme a fuerza de trabajo.

22 de noviembre.

Andrés me escribe. Yo le contesto en muy breves líneas. Parece que me han vaciado el corazón. Los nenés no me inte-

resan ya. Y luego, ¿a qué preparar vidas para tales sufrimientos? Me pesa la existencia. Todo está gris, como ese cielo de otoño, de donde cae la lluvia tan copiosamente.

23 de noviembre.

Estoy completamente sola en mi cuarto. No tengo valor para escribir. Pero, ahí están las cuartillas aguardándome. Llueve. La puerta de Miguel está entreabierta. Esa camita vacía que no he dejado que se lleven...

Andrés, qué falta me hace usted esta noche; su voz tierna, su mirada, sus manos, en las que se posan las mías, distendidas por fin.

Hay extrañas coincidencias. María acaba de llamar. Me ha entregado una carta de él. Una carta tan tierna que ha hecho brotar mis lágrimas mientras la leía...

Me escribe que la Sra. Florance irá a pasar el fin del invierno a casa de una hermana, en Argelia. Y le insta para que la acompañe y se agregue a unos amigos que preparan una expedición científica por el Sur Argelino.

25 de noviembre.

"Amiga mía, qué hombre tan distinto ha hecho usted de mí. El año pasado, esa perspectiva me habría llenado de alegría: el desierto, el viaje en condiciones excepcionales, la posibilidad de emprender excavaciones, la fiebre de los descubrimientos, la alegría de las marchas al acaso. Y ahora, vea usted, nada de eso me incita. Soy feliz, feliz, porque al fin voy a poder reunirme a usted, a verla otra vez todos los días. ¡Oh, nuestras hermosas veladas de septiembre!

"Amiga mía, cuando pienso que para Navidad tendré quizás... quizás, el derecho de estar siempre junto a usted, y de consolar su pena todo lo más que yo pueda... Quizás... ¡Ah! ¿qué podría ofrecérseme en cambio? El viaje más hermoso, milagrosas excavaciones, la gloria, qué significa todo esto para mí, que no pido en la vida más que una cosa: estar en su querido saloncito cerca de usted... y secar las lágrimas de sus ojos, tan amados, verla sonreir."

Y continuaba así en muchas páginas.

¡Oh! romántico... ¡Oh! sentimental... tan distinto de los otros hombres... Tenerlo aquí, cerca de mí, cuando mi corazón está tan cargado... ¡Oh! la mirada de Andrés cerca de mí, y no la mirada llena de quejas de Miguelito, la cara febril de Catalina... Andrés, Andrés, todo mi corazón y mi espíritu le llaman a usted y mis labios... y mi frente que no saben ya dónde apoyarse.

¿Por qué, pues, le he contestado esto?

"Amigo mío, usted sabe bien cuán preciosa y cara me es la simpatía que le inspiro. Y no obstante... No vaya a reñirme. No sufra, sobre todo, ¡oh! ¡no vaya a sufrir!, pues usted comprenderá, usted que lo comprende todo. Y sin embargo, le digo: "Acepte. Acepte por usted y también por mí... "No, no me mire con tan tristes ojos. Voy a decírselo todo. La Navidad, ya ve usted, está muy cerca. No tengo fuerzas para cambiar nada en mi existencia todavía. Estoy muy cansada. Esperemos, se lo suplico, a que recupere yo más fuerzas y salud para que nuestras vidas reunidas resulten algo hermoso y sólido. Una tristeza tan grande nublaría nuestros primeros meses. Y para que yo recobre mi energía déjeme decirle, amigo mío, que es preferible que esté lejos de usted. Su ternura tan dulce me absorbe, y debo prescindir de ella para continuar mi trabajo. Y sufro, y lucho, ¡y estoy tan cansada!... Tengamos confianza: poco a poco renacerá la vida. Por el momento, yo no puedo, aun ejerciendo toda mi voluntad, llenar mis pequeños deberes de cada día.

"Ya ve usted, el trabajo es la salud para su amiga, no venga a distraerla, ni aun con un poco de felicidad...

"Y para usted, amigo mío, me parece que ese viaje le ofrece una ocasión providencial. ¿Qué mejor empleo para estos meses de espera? También usted trabajará. Mi pensamiento le seguirá por el mar, por el desierto, por donde quiera que vaya".

Y esta carta, tan diferente de la que tenía en mi corazón una hora antes, me ha dado un poco de quietud.

La perspectiva de tener algunos meses para recobrar las fuerzas, quizás. Y terminaba.

"En nombre de nuestro amor... de nuestra felicidad, para

que no nos hagamos sufrir mutuamente, consienta en mi petición, Andrés. Y dará usted una gran prueba de amor a su amiga,

Francisca".

He franqueado la carta y la he entregado a María.

Después me he acostado. Y esta noche he podido dormir durante algunas horas, sin calmantes.

Hoy por la mañana he ido a las cunas, sin saber por qué. Me he sentado entre ellas. Las jóvenes enfermeras iban y venían a mi alrededor. Sentía placer al verlas. Berta enseñaba a la novicia la manera de lavar los nenés. Yo seguía sus movimientos. Estaba como una convaleciente que aún no puede hacer nada; pero a quien la actividad de los otros es bienhechora. Me he interesado por cada baño. La pequeña del número siete comienza a caminar. Se arrastraba por el suelo y se le escapaba a Berta, que quería desvestirla. Se ha enderezado sujetándose a mi traje y levantando hacia mí su carita espantada. Tiene la cabeza demasiado pequeña, la boca grande y la expresión recelosa, desengañada ya. Hija de alcoholistas... ¿Qué habrá recogido de la desoladora herencia? Me ha interesado en el acto. Mina se acercaba.

—Doctora, doctora, ¡vea cuánto ha mejorado el niño del quince!

¡Oh! sí, ha mejorado mucho. ¿Es este verdaderamente el que entró hace tres meses, tan delgaducho y miserable que no teníamos esperanzas de salvarle? Su cuerpecito demasiado débil parecía flotar en su piel gris y fláccida. Tengo en mi gabinete la lista de sus pesos. Pero no me daba cuenta: me parecía ser esa la primera vez que veía aquel hermoso niño sonrosado, que volvía hacia mí sus grandes ojos, algo vagos... y me sonríe. ¡Oh como me ha sonreído! Le he cogido su cabeza, que oscilaba en mis brazos. Y de pronto he sentido aquella palpitación profunda, que experimentaba antes cuando tenía en mis brazos a los pequeñitos. He mirado su cuerpecillo rollizo agitarse en el agua tibia, sus movimientos de bienestar. Y después, en la cuna, ¡qué aire de beatitud cuando Berta le dió el biberón! Me parecía volver de un viaje... de un largo viaje, en el que no era yo misma, en el que los diferentes países me hubiesen cambiado...

Paso en la cuna todos los instantes libres.

Tomo por pretexto el cuidado de formar la nueva enfermera. Pero sintiendo en torno mío esa vida tan bien arreglada, tan bien ordenada, entre esas existencias animales, gozo de cierta paz.

Estaba allí el otro día cuando vino la madre del pequeñito del quince. Se detuvo ante la cuna, y verdaderamente, no reconoció a su hijo. Después lo tomó, le estrechó contra su pecho y no se cansaba de mirarle, de admirarle. De repente volvióse a mí, y me dijo:

—¡Oh! Doctora... doctora...

Las palabras se ahogaban en su garganta.

Y las lágrimas venían a nuestros ojos al mismo tiempo.

Berta, inquieta, quería alejarla, so pretexto de llevar el niño al jardín. Pero la hice seña de dejarla. No me avergonzaba de mis lágrimas.

30 de noviembre.

La respuesta de Andrés...

Tengo su carta en mis manos. Y experimento como una sombra de irritación. Yo estaba tranquila, casi serena, estos dos días últimos. Será preciso que salga de esta atmósfera, pensar en otra cosa... en mí... en él... en nuestros sentimientos.

He acabado la consulta y después he abierto el sobre.

Andrés me escribe:

"Amiga mía, ¿qué he hecho a usted? ¿Está enojada? ¿No habré sabido decirle toda mi ternura y todo mi amor? Parecíame al leer su carta leer las palabras de una extraña".

Y continúa lo mismo en ocho páginas de quejas, de dudas... ¡Oh! no quisiera hacerle sufrir, a él que lo daría todo por ahorrarme un sufrimiento...

Sin embargo... ¿qué contestarle?

Esperaré uno o dos días.

2 de diciembre.

Una mujer ha traído un niño, un pobre sér tan delgado, tan blanco, con el color lívido de los niños que no han de vivir.

He sido yo quien le ha tomado para pesarle. Con qué mirada seguía la madre mis movimientos, y mientras yo examinaba al niño y le auscultaba, he sentido que en ese minuto pertenecía al niño por completo, y que prestaría mis mayores cuidados, mis esfuerzos, mi amor, para conservar aquella tierna vida. Estaba sola en presencia de ella sin ningún otro pensamiento.

3 de diciembre.

He vuelto a mis visitas de la clientela.

Aunque muy cansada todavía, agotada por el menor esfuerzo cerebral, encuentro en esto cierto apaciguamiento.

5 de diciembre.

Acabo de asistir a una niña en la agonía.

Cuando todo hubo concluído, cogí las manos de la madre. ¡Ah! yo sentía a través de ella, comunicaba con ella todo mi dolor que sangraba! Y decía: también yo, también yo he perdido el tierno sér que amaba... Hemos llorado juntas, ella lloraba el mío con la suya... Y yo lloraba por su hija muerta.

¡Ah! cuando nuestro dolor nos permite ayudar a los otros a sufrir, encontramos en ese sentimiento un horizonte que se abre, una posibilidad de vivir. El dolor establece entre los hombres el contacto más profundo, el más divino. Antes, creía yo compartir sus dolores; pero ahora, sus dolores son el mío. Ya no distingo; sufro en ellos. Y habré de mostrarles los caminos de apaciguamiento que se descubren, y que entreveo.

6 de diciembre.

Estaba por la noche sola en mi habitación cuando de repente unos pasos bien conocidos me hicieron estremecer. Una mano llamó. Andrés estaba ante mí: Me levanté sobrecogida, de tal manera asombrada que creía soñar.

—¡Andrés ¡ha venido usted!

Me dijo con cierta amargura:

—Usted quiere que parta. ¿Y de veras cree usted que me hubiese ausentado durante tres meses, sin decirle adiós?

Añadió tristemente:

—¡Oh! no permaneceré mucho tiempo aquí. Volveré a tomar el expreso esta noche. Mi madre se embarcará pasado mañana...

—¡Andrés!—le supliqué,—¡diga que me comprende!

Y comencé a enumerar todas mis razones, la necesidad de trabajo, del trabajo que es todo el reposo de mi espíritu. El me dijo:

—Francisca, me inclino ante su voluntad. Pero tengo algo mejor que proponerle, si usted quisiese.

—¿Qué es?

—Usted está enferma. Tiene necesidad de un cambio de vida. Me la llevaré, vendrá conmigo a donde quiera, al mar, al sol, a Grecia... a Egipto, a Constantinopla. ¡Oh! diga ¿quiere?

Se había levantado. Hablaba con voz ardiente. Su rostro se inclinaba hacia mí; y con toda su alma trataba de convencerme. Y yo me sentía tan distante de su pensamiento. Estaba convencida de que la imagen de Miguelito me seguiría por todas partes... que, por todas partes le oiría llamándome, y también el llamamiento de mis otros niños. Parecíame, al escuchar la súplica de Andrés, que a mi desolado corazón no podía bastar en lo adelante un solo amor. Necesito, para poder vivir, un amor más vasto en que perderme.

Calló Andrés. Yo moví lentamente la cabeza. Una inmensa tristeza caía sobre nosotros. Y con esfuerzo dije:

—Andrés, cuando usted vuelva estaré mejor, sin duda alguna. ¿Qué son tres meses?

Una queja desgarradora salió de sus labios.

—¡Oh! ¡es usted quien puede decir eso!

Hice un esfuerzo para dominar la emoción. Y traté de chancear.

—Vamos, Andrés, niñito mimado, pronto pasarán esos tres meses. Va usted a hacer un hermoso viaje. Confiese que esa perspectiva le seduce un tanto.

Fijó sobre mí su mirada que, por primera vez, me pareció dura, y respondió bruscamente:

—No. Le he dicho que no.

Volvió a reinar el silencio. Y era tan nueva, tan aflictiva aquella situación embarazosa, entre nosotros, que no pude menos de decirle:

—Si hemos de separarnos de este modo, preferible hubiera sido no volver a vernos.

El exclamó:

—¡Perdóneme, Francisca! Pero no es culpa mía el estar triste.

Hemos tratado de conversar como otras veces. Volvimos a hablarnos con ternura; y, sin embargo, a los dos nos parecía que algo había cambiado. Me hago cargo completamente de su secreta queja. No soy ya toda suya... No puedo serlo ya. Creo que no lo seré ya jamás.

14 de diciembre.

Hace una semana que he empezado a ocuparme nuevamente de los mayores. Temía volver a verlos. ¿Temería yo acaso a sus inocentes preguntas, a los consuelos torpes de las enfermeras? Quizás algunas siluetas evoquen de un modo demasiado intenso los gestos y actitudes de Miguel. ¿Por qué serán los recuerdos que nos traen las cosas externas los más desgarradores, aquellos que no pueden soportarse?... El primer día, los niños han demostrado una sencilla alegría que fué la más cruel de las acusaciones. Gastón se apresuró a buscarme una silla. Anita, en su emoción, me ha tuteado: "¡Hacía tanto tiempo que no se te veía!"

Sin embargo, tratábanme como a una extraña. Estaban más tímidos. Habían perdido la costumbre de verme mezclada a su vida. Pero ya empiezan a tener más confianza.

Todas las tardes, como antes, me siento en el patio, mientras ellos travesean. Sigo sus movimientos mal ordenados y su andar vacilante. Uno tras otro se acercan a mí, y charlamos.

Por momentos, experimento la sensación extrañamente dulce de que Miguel está con nosotros. Distingo claramente su carita pálida. Y su mirada que acaricia la mía es tan tierna como antes. Me siento perdonada.

Al mediodía he sentado a Violeta en mis piernas. Al principio se defendía temerosa, después se ha entregado; y me ha parecido oir la voz de Miguel que murmuraba:

—Cuando coges a esos niños en tus brazos es como si me cogieses a mí también.

20 de diciembre.

Pasan los días. Temo la fecha de Navidad, la evocación demasiado intensa de nuestra fiesta, tan alegre el año último, con los niños agrupados en derredor del árbol, a mi lado Catalina, y la encendida carita de Miguel y sus gritos y sus risas.

Novel me ha traído una niña que había sido maltratada por sus padres en la miseria; un padre que volvió a casarse; no sé qué lamentable historia. La niña es anormal, y está completamente inerte. Guarda un silencio pertinaz. Parece que existe entre ella y los demás una distancia misteriosa que nada en el mundo permite franquear. Iba a decir a Novel que no podía encargarme de ese caso especialísimo, que requiere un tratamiento particular. Las enfermeras están ya sobrecargadas. Pero súbitamente he cambiado de pensamiento y he dicho:

—Yo misma me ocuparé de ella.

Desde entonces está siempre allí esa pequeña, en su silla baja, muda, y pálida. He ordenado que se le ponga un lecho en mi cuarto. Y paso todos los días muchas horas a su lado, tratando de obtener una reacción cualquiera. Por las noches me despierto para verla dormir.

23 de diciembre.

He sorprendido sus negros ojos fijos en mí, siguiendo todos mis movimientos.

28 de diciembre.

Ha pasado la Noche Buena, y respiro mejor.

Ayer, al besarla, sonrió. A pesar mío, me interesa y me preocupa.

Enero.

Matilde empieza a salir de su estupor. Vuelve a encontrar las palabras. Trata de recordar. Por la mañana me ha dicho:

—Mi primera mamá era muy buena. Cuando yo no hacía sino pequeñas tonterías, no me daba sino algunos golpecitos...

Enero.

¡Cómo he trabajado estas últimas semanas, sin cesar y sin reposo! Ahora me atrevo a examinarme.

Por las noches me siento tan cansada, que no puedo escribir a Andrés extensas cartas. El se inquieta, se queja; amenaza con volver... ¿Por qué se inquieta? Puesto que sabe que le amo. ¡Oh! Le amo; sólo que no debo pensar en él.

Febrero.

Matilde me sigue como una pequeña sombra. Pero no habla sino cuando estamos solas. Tiene palabras raras, bruscas, efusiones de ternura, al instante reprimidas. Anoche, antes de dormirse, me dijo:

—Querría... ¡querría que fueses mi mamá!

Y le respondí:

—Si, yo soy tu mamá...

Febrero.

Es preciso que escriba a Andrés esta noche... Hace muchos días que no he contestado la carta dolorosa y loca en que me suplica que fije para Pascuas la época de nuestra boda. Sufre... trabaja a disgusto; y me escribe:

"Tengo la nostalgia de sus nenés, de ese olor de farmacia que he acabado por adorar, de las enfermeras vestidas de azul, de todo lo que la rodea, ingrata amiga... Estoy enfermo de usted...

"Mi querido Andrés:

"Perdóneme su inquietud. No quisiera inquietarle. He tardado antes de escribirle extensamente; pues, como usted sabe, tenía absoluta necesidad de calmarme. Es menester que me entregue de nuevo a mi trabajo. Andrés... es mi única esperanza de salud, y para entregarme a él necesito no pensar mucho en usted... Estas palabras le harán daño también... Pero, amigo mío, piense que yo lucho contra mí misma, y que si no le amara hasta ese extremo, no tendría necesidad de hacerme ninguna violencia. Así, pues, ¿para qué amar a una mujer médico, obli-

gada a anteponer al amor una serie de cuidados y de preocupaciones? Sé bien que usted lo ha aceptado así y que me oculta cuánto le hago sufrir... pero sepa que lo adivino... y que también sufro.

"¡Ah! cuánto más razonable hubiera sido que hubiésemos seguido siendo amigos, como antes, buenos camaradas que de vez en cuando se ven, se dan un apretón de manos, un poco de aliento, una alegría delicada, pero que no tienen esa necesidad imperiosa el uno del otro y no sufren con tal obsesión.

"Andrés, yo debería decirle seriamente, dulcemente, con estos ojos que tanto le gustan fijos en el fondo de los suyos: Andrés, volvamos a ser amigos como antes. Ya ve usted, yo no soy un médico al igual de tantos otros que pueden a hora fija deponer el peso de sus preocupaciones. Yo debo a mis niños no solamente mis cuidados, mi pensamiento constante, sino sobre todo mi ternura, mi ternura es lo que puede hacerles vivir. Y cuando está usted presente, usted a quien amo con tan imperioso y extraño amor, todo el resto parece borrarse, pasar a segundo plano, desaparecer. No soy entonces más que un autómata cumpliendo maquinales deberes....

"¿Será mi corazón tan estrecho que no pueda contener a la vez esos dos amores tan diferentes? Andrés, si yo tuviese un hijo, ¡cómo se sobrepondría esa maternidad real a la otra! Pero es a estos pequeños a los que me había consagrado. A veces he tenido el deseo cobarde de abandonarlo todo, de vivir para usted sólo, como cualquiera otra mujer. Pero usted sabe bien, Andrés, que yo no podría ser entonces feliz; le ocultaría mis penas; ¡y cuánto sufriría usted! Su amor, tan grande, y tan bello, por absoluto y por durable que fuera, como quiero creerlo, no podría llenar ya mi vida entera, y usted lo ha comprendido tan bien, que no me ha pedido ese sacrificio. Por esto la solución me parece sencilla, aunque muy dolorosa...

"Pero no se la propongo, Andrés, porque le amo demasiado... y no puedo quitar este amor de mi corazón. Probaremos: yo lucharé por arrancarme de usted, por entregarle de todos modos a mis pequeños el amor que necesitan. Me sentiré continuamente desgarrado el pecho, como lo presiento ya, en este instante... Pero si veo esta perspectiva es porque le amo.

"Solo hé de pedirle que espere un poco. Necesito afirmarme de nuevo en vivir. Le pediría que no fijase una fecha... ¡Una fecha! es el punto hacia el cual se corre vertiginosamente, y eso enloquece..."

He guardado esta carta en mi pupitre sin volver a leerla. La acabaré esta noche. Me expresaré en ella con más ternura. Y, sin embargo, es menester que se dé cuenta y que sepa a dónde vamos.

¡Dios mío! si estuviera aquí esta noche... cómo volvería a apoderarse de todo mi sér... cómo volvería a ser suya...

No me atrevo a pensar en ese amor. Me causa miedo; es tan absorbente y delicioso, que me hace olvidar esta vida que no tengo ya derecho a olvidar.

¿Será por haber sido yo tan poco amada y mimada que tiene sobre mí tal imperio? ¿Será el desquite de toda una juventud comprimida? ¡Estoy tan atrasada de felicidad!

¡Andrés!... ¿Puede soñarse un amor más dulce y más espontáneo, más desinteresado, más jubiloso?

Rechazar todo esto...

Heme aquí agitada, débil... Reaparece la vida nuevamente como un fastidioso esfuerzo en las tinieblas, un esfuerzo que no alcanza su fin. ¡Qué vana fatiga! Y la pérdida de Miguelito sangra más dolorosamente cada vez.

Voy a la cuna.

Todos los nenés duermen. La lamparilla despide una luz atenuada, y en el cuarto vecino, Mina dosifica sin ruido la leche.

Me siento. Como de costumbre, el orden y la limpieza de este aposento han traído la calma a mi espíritu; las pilas de pequeños objetos clínicos, que esperan en los anaqueles, y las cunas iguales todas, que acaban de arreglarse, los cobertores bien doblados, los nenés frescos y tranquilos después del baño, con sus largas cabecitas hundidas en la almohada.

Me he levantado, y suavemente he ido a mirar cada niño, cada pequeño perfil lleno de confianza; aquellas respiraciones iguales subían hasta mí, calmándome poco a poco. Todos esos niñitos, a quienes preparo la existencia, la salud, la fuerza... esos peque-

ñitos de quienes soy la mamá... como si fuesen míos; en ellos considero el porvenir, les veo crecer, aprender a sufrir, a luchar por una migaja de felicidad, y llevando durante toda su vida el poco de fuerza que les he transmitido.

Parecíame que mi corazón se escapaba de mí, iba a esparcirse por todas las cunas, apoderábase de cada niño y le mecía en su amor, y descansaba un instante cerca de él.

¡Oh! soy una madre completa; ¿no tengo todos estos niños?

¿Qué cosa es el sentimiento materno, mucho más semejante al instinto, el sentimiento que yo experimentaría por un hijo nacido de mí, comparado con este amor infinito? Hijos míos, hijos míos, quiero conservar mi corazón para vosotros.

Y allí, en medio de ellos, súbitamente, me he sentido transformada en otra mujer. La dicha, el amor, el deseo de la maternidad, todos los sentimientos personales desaparecían poco a poco, se debilitaban como una música embriagadora que se alejara. Ellos, los otros, mis pequeños, se imponían solos, imperiosamente. Y recobradas mis fuerzas me entregaba a ellos por completo. Oh, no, yo no puedo compartirme. En lo adelante seré para ellos. Y he sentido de una manera irrevocable que es ya tarde para cambiar de vida.

Y acabé la carta de este modo:

"Andrés, el pesar me ha hecho perspicaz. El pesar me ha demostrado de un golpe lo que poco a poco habría descubierto... y entonces mi error hubiese sido irreparable.

"Andrés, vengo a pedirle la prueba más grande de amor... y usted, tan generoso y tan dispuesto por mí al sacrificio, me la concederá.

"No piense más en mí como en la que sería su mujer.

"Ya usted ve, no puedo. Y es porque le amo demasiado apasionadamente por lo que no puedo.

"Y si usted me ama, como yo creo que me ama, no tratará de hacer que vuelva sobre esta decisión. Andrés, usted aceptará.

"Usted tiene su trabajo. El sufrimiento se lo hará más caro. El sufrimiento multiplicará su vida.

"Usted dice que no podrá olvidarme... Sea. Quede nuestro amor como los seres amados que hemos perdido. Los llevamos

vivos en nuestras almas, sin esperanza de volver a estrecharlos en nuestros brazos de carne... y a través de nuestro mismo sufrimiento nos comunican ellos más fuerza y más amor... y están con nosotros por todo el término de nuestra vida.

"Si yo hubiese muerto, sería así como usted me amaría.

"Andrés, ámeme como si estuviese muerta. Y así me amará usted bien.

"Su Francisca".

He cerrado el sobre, me he echado una capa y he ido a llevar la carta al correo.

Está hecho.

Soplaba un viento helado y me ha hecho sentir que mis mejillas estaban inundadas de lágrimas. El viento las ha secado.

Estoy completamente tranquila.

Voy a acostarme y a tratar de dormir. Porque es muy posible que me llamen esta noche...

Noelle Roger.

(Trad. del Dr. G. Aróstegui.)

POLITICA INTERNACIONAL EUROPEA

EL CASTIGO A LOS CULPABLES

A entrega a Alemania del que los teutones han dado en llamar "El Libro del Odio", levantó no pocas protestas en el ex imperio y dió lugar a un interesante cambio de notas entre su gobierno y los Aliados.

En abril del pasado año manifestaron los vencedores, en el curso de las negociaciones de paz, su intención de imponer ejemplar castigo a los que, al amparo de actos de guerra, habían violado los más elementales principios de humanidad, horrorizando al mundo neutral con sus atrocidades. Su comportamiento no podría justificarse de ninguna manera. Cuando un hombre lucha por su honor, venga graves ofensas que se le han inferido o su hogar destrozado, o lucha por su patria invadida, vejada, maltrecha por un invasor brutal, se comprende que se rebele contra su victimario y que, exasperado por el dolor, pase el límite que la razón marca y se deje arrastrar a actos que pugnan con nuestros sentimientos humanitarios; pero no sentimos la misma benevolencia para el que sólo persigue un fin de opresión y de conquista, ya odioso de por sí, que se hace más odioso cada vez que por alcanzarlo se comete un acto de crueldad.

Este es el caso en que los Aliados estimaban que se encontraban los Alemanes, que tan abiertamente habían violado los sagrados principios del derecho de gentes con sus crueldades constantes. Eran doblemente culpables, pues no sólo habían indignado al mundo con todos sus atropellos, sino que los habían cometido sin preocuparse de guardar las apariencias, lo que en cuestiones diplomáticas es casi tan grave como el hecho mismo.

Consecuentes con lo anunciado por ellos, los Aliados incluyeron en el Tratado de Versalles las cláusulas necesarias para obligar a Alemania a entregar a los que fuesen designados como reos de actos de crueldad, con el fin de que se les juzgase e impusiera la pena correspondiente. Alemania aceptó esta condición, como tantas otras, y su delegado en París, el barón Kurt von Lersner, recibió el 3 de febrero la lista oficial de los acusados que comprende 890 nombres. Inglaterra reclama por ella 97 individuos, entre los cuales se encuentra el Almirante Von Tirpitz a consecuencia de la campaña submarina que él dirigió; Italia presentó 29 nombres de los cuales cinco son de generales; Polonia reclama 51, Rumanía 41, Yugo-Eslavia 4 y Francia y Bélgica 334 cada una, entre los que figuran el príncipe heredero del Imperio, tres príncipes de la sangre, el de Baviera, el de Sajonia y el que fué Canciller Bethmann-Hollweg.

Si todo el proceso de la extradición del Kaiser había movido la opinión pública alemana en sentido de protesta, fácil es suponer la impresión que debe haber causado la noticia de que casi novecientos individuos, desde el Kronprinz hasta aquel barón Von der Lacken a quien se imputa la muerte de Edith Cavell, debían ser entregados en manos de los enemigos victoriosos para ser sometidos a un juicio que para ellos no debe ofrecer muchas dudas respecto a sus resultados y desde el punto de vista teutón no es más que el aspecto personal de la venganza, lo que a juicio de los Aliados sólo es un acto de justicia universal, necesario para la mayor tranquilidad del mundo.

El Encargado de Negocios de Alemania se negó a aceptar la nota y presentó la renuncia de su cargo. En su nota a Millerand expresaba que no quería ser instrumento para que llegara a realizarse la extradición, y que por lo tanto le devolvía la nota contentiva de los nombres de los reclamados y se retiraba a su país. Fué M. Marcilly, el Encargado de Negocios de Francia, quien entregó días más tarde la nota al Canciller Bauer. Dos días después contestaba éste que su Gobierno sostendría la afirmación de que la entrega de los reclamados para ser juzgados por un tribunal aliado era una "imposibilidad física y material". Los periódicos iniciaron la campaña en contra de la entrega, respondiendo a la opinión general, y el mismo Noske, Ministro de Defensa, dijo que la entrega era virtualmente imposible, y calificó la pretensión de los Aliados como

"un acto de venganza peor que el de Shylock"; añadió que, aun en el caso de que se pudiera llegar a detener a todos los acusados, el tren en que se les remitiese a Francia no lograría cruzar la frontera y él no podía mandar alemanes para que fusilasen a otros alemanes a fin de que otros compatriotas fueran entregados a la venganza de sus enemigos. La opinión pública se manifestaba en sentido análogo: no era posible condenar a los reclamados por los delitos que se les imputaban, porque, aun concediendo que los hubieran cometido, lo hicieron en cumplimiento del deber de pelear por su patria, porque lo estimaron necesario para el triunfo de su bandera.

A pesar de encontrarse respaldados por ese clamor general, muchos de los acusados prefirieron ponerse a salvo, y pronto se tuvo noticia de que comenzaron a llegar algunos de los más significados a Suiza, que vió con manifiesto desagrado la estancia en su territorio de aquellos individuos que podían crearle con la Entente una situación análoga a la de Holanda con el Kaiser.

No podía solucionar el conflicto la oferta del príncipe heredero de la corona de ocupar el lugar de todos los acusados, según expresó en carta dirigida al Presidente Wilson el 9 de febrero desde la Isla de Wieringen. Si él era uno de los incluídos en la lista, no podía ofrecerse como la única víctima propiciatoria.

La Entente se encontró ante un problema difícil. No se trataba ya de que sufriesen la pena merecida los que se habían hecho acreedores a ella, sino que la negativa de Alemania de entregar a los culpables tiene una significación mucho mayor y una gran transcendencia. En efecto, se trata del cumplimiento del Tratado de Versalles. Ahora, basado en un sentimentalismo más o menos sincero, pero de efecto, el Gobierno alemán rehusa cumplir sus compromisos formalmente adquiridos, alegando que es para él una imposibilidad física o moral. En este caso cualquier transacción por parte de la Entente tiene el carácter de un rasgo de benevolencia, pero no es igual la situación cuando el mismo problema surja en relación con compromisos de mayor importancia para los vencedores. Ante la declaración de los alemanes de que no pueden cumplir, no hay más medio que la fuerza para obligarlos, y no sería extraño que los miembros del Supremo Consejo Aliado dudaran antes de recurrir a este extremo por temor de que los resultados no fue-

ran los apetecidos y su posición ventajosa se mermara un tanto. La estrecha alianza que unió a las naciones victoriosas durante toda la campaña, parece cada vez menos vigorosa y no puede contarse mucho con su efectividad.

Así debieron comprenderlo las naciones de la Entente, y en 16 de febrero contestaron a Alemania aceptando la proposición que ésta había hecho de someter a los culpables al juicio de un tribunal que actuará en Leipzig, pero sin que puedan entenderse renunciados los derechos que les otorgan los artículos 228 al 230 del Tratado de Versalles, absteniéndose de toda intervención en el desarrollo del proceso con el fín de dejar toda la responsabilidad de los resultados a Alemania. Ellos juzgarán por esos resultados de la buena fe que ha inspirado todo el juicio y decidirán lo que estimen conveniente. A esta nota contestó Alemania mostrando su agradecimiento por habérsele facilitado la manera de resolver el conflicto.

Por otra parte Holanda, fiel a su política tradicional, ha negado la extradición de Guillermo de Hohenzollern y parece todo indicar que al fin los Aliados se contentarán con la promesa de vigilancia que deberá ejercer Holanda, si es que el ex emperador se decide a retirarse por el resto de su vida a la pequeña ciudad de Doorn.

Ya desde estas mismas páginas se ha hablado del problema del juicio del Kaiser; y como, a pesar de que se le pudieran imputar los crímenes de que se le dice autor, ese juicio sería improcedente de acuerdo con los más elementales principios de derecho público, así lo entendió la delegación cubana en las Conferencias de París y formuló una reserva en ese sentido.

La solución que se ha dado a toda esta cuestión parece ser satisfactoria para ambas partes. Alemania por un lado no se ve compelida a entregar en manos de sus vencedores a aquellos individuos que, cualesquiera que puedan haber sido sus actos, fueron sus defensores, sus más prominentes figuras dentro de la política internacional y de la guerra. Debe, sin embargo, tener interés en que ese tribunal que va a reunirse en Leipzig actúe justicieramente, porque de esa manera podrá reivindicar su nombre de muchas de las inculpaciones que se le hacen, y demostrará su buena intención de dedicarse a reconstruir sus fuerzas en el límite que marca el estado social contemporáneo. Los Aliados a su vez demuestran con esa actitud que no los anima ningún deseo de venganza, sino

tan sólo la firme creencia de que la guerra no puede en ningún caso autorizar actos que la civilización actual condena; que la defensa de los intereses más vitales debe llevarse a cabo en la forma adecuada a pueblos civilizados.

UN OCASO

No de otro modo puede considerarse el resultado de las elecciones presidenciales efectuadas en el Congreso de Francia el 17 de enero. Salió electo Paul Deschanel. Su contrario fué Clemenceau.

Curioso hecho éste que es digno de estudio y consideración. La aureola que rodeaba, con justicia, al viejo Tigre, su admirable actuación durante las Conferencias de la Paz, sus maravillosas condiciones de hombre de gobierno y el tesón con que defendió los intereses y la gloria de su Francia inmortal, a pesar de sus años y de las heridas morales y materiales que se le infirieran, parecían títulos bastantes para que subiera a la Presidencia de la República con objeto de que pudiera guiarla en esta nueva paz que él ayudó a concertar.

Mas lo imprevisto surge; y en vez de ser designado Clemenceau, se elige a Deschanel por una mayoría de 734 votos de un total de 889. ¿Imprevisto? Para muchos lo será sin duda, pero puede muy bien estimarse como un acto previsor. Los hombres tienen su momento preciso; pretender prolongarlo es exponerse al desaire.

Nadie duda que Clemenceau ha sido el alma de Francia en esta última jornada, que en los instantes de angustia suprema supo con mano firme y habilidad grande llevarla adelante, que en la hora del arreglo universal de las Conferencias luchó denodadamente por que el tratado otorgase todo aquello a que creía tener derecho, y quizás un poco más. Su carácter fuerte, su palabra dura, a veces, y oportuna, clara y concisa siempre, fueron las armas que le permitieron alcanzar la paz ansiada, y con su gesto hosco y su semblante severo presidió el más grande de los congresos de paz que el mundo ha contemplado. En el espíritu del tratado de Versalles puede advertirse la huella que le imprimió este luchador infatigable, forjado en varias décadas de constante brega, quizás un tanto influída por el anhelo de *revanche* que ha sido el sueño dorado

de los franceses del final del pasado siglo y de los años que de éste han transcurrido. Quizás también esté demasiado identificado con los principios que han regido el mundo hasta ahora.

La paz parece anunciar una nueva era y estos años primeros serán de oscilaciones entre los viejos moldes y los que ya se están fundiendo. Precisaba, por tanto, buscar un espíritu más dúctil, que supiera mantener lo necesario y útil de lo que existe, mas presto a adoptar cuanto la evolución social y política del mundo demande. Y cayó Clemenceau; su error fué no retirarse a tiempo, con su época.

Para descansar de las fatigas que le ha producido su cargo de *Premier,* en que lo sustituyó M. Millerand, ha marchado a Egipto; y sería curioso saber porqué ha elegido las márgenes del padre Nilo para refrescar su espíritu. Nos rejuvenecemos al ponernos en contacto con cuanto nos recuerda nuestro pasado de juventud. Al contemplar las grandiosas ruinas de la más antigua civilización histórica, ¡cuantos pensamientos cruzarán sin duda por su cerebro! La Esfinge sonreirá enigmáticamente al contemplar al hombre que fué uno de los ejes de la vida mundial de estos últimos tiempos, ella que ha visto sucederse tantas ideas y pueblos, divisando quizás, detrás de Clemenceau, allá, a lo lejos, el despuntar de las nuevas ideas que pretenden encauzar a la humanidad por otros derroteros.

ERNESTO DIHIGO.

La Habana, febrero de 1920.

BIBLIOGRAFIA (*)

Doctor Diego Carbonell. Rector de la Universidad de los Andes. Los médicos de Bolívar. Suplemento del número VI de "Cultura Venezolana". Tip. "Cultura Venezolana". Caracas. 1919, 4º, 24 p.

El Libertador tuvo varios médicos, pero a ninguno hizo caso, pues los consideraba como "muebles de lujo". El Dr. Diego Carbonell habla en este folleto de los facultativos que asistieron a Bolívar durante su permanencia en Europa y sus luchas en América. El conocedor de nuestra historia ve con gusto pasar las figuras ya familiares de los doctores Alamo, Vargas, Foley, Roulin, Espinar, Moore, Arganil—"el bien conocido y a un tiempo ignorado Arganil", como dice Carbonell—, y Reverend, que asistió al Héroe en su enfermedad de Santa Marta.

La República Dominicana y los Estados Unidos. La soberanía de las pequeñas naciones. Por B. González Arrili. Edición de la "Revista Nacional". Zelaya 3166, Buenos Aires. 1919. 8º, 32 p.

En la República Argentina, como en toda la América, la ocupación militar de Santo Domingo, llevada a efecto por los norteamericanos en 1916 y que aún gobierna en aquel país hermano—contra todo derecho, caso inexplicable ante la justicia y ante la Historia—, produjo una vibrante protesta entre los escritores. Enérgica ha sido la del Sr. González Arrili, que en su ferviente americanismo llega a hacer esta aventurada afirmación: "Quien conozca el estado actual de la isla heroica, lastimada y llorosa bajo el látigo de un invasor, no ha de titubear en

---

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

pedir para ella, en estas horas que vivimos, justicia, la necesaria justicia, de que creemos es, por hoy, el más acertado paladín el mismo Wilson, siempre que no desvirtúe su labor en Europa con la repetición o la continuación de los bárbaros atropellos de que son víctimas indefensas pueblos de América que no tienen otra culpa que la de estar demasiado cerca del *coloso...*"

Afirmación aventurada, que sólo puede hacerla quien por la distancia no ha podido conocer los antecedentes. Culpables son, y mucho, nuestros países de la situación difícil en que están con respecto a la nación fuerte del Norte. No puede pedirse a un extraño que sienta amor por la Patria, si los nacionales la deshonran y la perturban. Ese es el delito de nuestras clases directoras. La ocupación norteamericana de Santo Domingo es inconcebible. Ha producido más indignación porque fué hecha cuando el país se había dado un Gobierno digno, honrado, capaz de lograr un largo período de tranquilidad y de progreso. Ha causado estupor y recelo porque fué el efecto de la negativa del Presidente Henríquez a aceptar un tratado que mermaba la soberanía dominicana. Pero tuvo una causa anterior: la imprevisión de todos, la ambición, la indisciplina y las infinitas máculas que nos hacen dar traspies diariamente en la vida particular e internacional. La culpa mayor es de nosotros, que no atendemos a los peligros máximos y gastamos nuestras energías en salvar las pequeñas dificultades. No desapareceremos porque tenemos vitalidad, pero tardaremos más en obtener la realización de los ideales de todos los grandes hombres de América.

EVANGELINA. Cuento de Acadia por Henry W. Longfellow. Traducido por Rafael M. Merchán. García Monge y Cía., Editores. San José de Costa Rica, A. C. 1918. 8º, 116 p.

Tres cubanos, todos ilustres: Martí, Rafael M. Marchán y el Dr. Juan M. Dihigo, han dado su contribución a la formación de este volumen que contiene el poema *Evangelina* de Longfellow. Merchán tradujo la triste historia que han leído en su juvenud cuantos conocen el idioma inglés, y ella ha servido a *El Convivio* para uno de sus interesantes tomos. De Martí se incluye el pequeño y hermoso estudio hecho en 1882, a raíz de la muerte de Longfellow. Y del Dr. Dihigo, dos cartas a García Monge y un fragmento de su conferencia acerca de Merchán, publicada en CUBA CONTEMPORÁNEA en los números de mayo y junio de 1915.

El poema *Evangelina* es el doloroso relato de la separación de dos jóvenes el día mismo de su matrimonio y de las andanzas por el mundo, de ambos, hasta que al fin se encuentran en un hospital en que él, ya anciano, fué a buscar salud para su cuerpo. La amada, enfermera, lo cuida en sus momentos últimos, y es ella quien le da valor para afrontar la muerte. El traductor, literato insigne, hizo su labor con entusiasmo y con

honradez. En su prosa se encuentra todo el perfume de poesía que en el original puso Longfellow, según el testimonio del Dr. Dihigo. El lector sigue emocionado todas las peripecias que sufren Evangelina y Gabriel, peregrinos de amor, distanciados por la torpeza de un gobierno cruel que bárbaramente dispersó a los habitantes de una comarca del Canadá, pretextando sospechas de tratos con los enemigos.

Ramón S. Varona. CON TODOS Y PARA TODOS. Drama episódico. En tres actos y en prosa. Habana. Mestre y Martinica. Establecimiento tipográfico. Bernaza No. 27. 1919. 4º, 26 p.

Varona ha querido rendir el homenaje de esta obra teatral a la memoria del Maestro, de Martí, "ahora que todo se nos va por el despeñadero de nuestros propios errores". Y consigue su propósito plenamente: el Apóstol predicó amor, sacrificio, respeto; fué el propagandista de doctrinas de paz y de compenetración; hizo la guerra por deber y por necesidad, pero nunca olvidó su misión noble, evangélica. Este drama de Ramón Varona es una síntesis del apostolado del bien que fué cumpliendo Martí en sus peregrinaciones por el mundo y que troncharon las balas enemigas en Dos Ríos. Una familia de mambises, reconcentrada, un español hidalgo, unos cubanos patriotas y nobles y un criollo indigno, rastrero, son los elementos de la obra. Con ellos el autor llega a momentos de intensidad y de verismo, que consolidan su posición entre los escritores teatrales cubanos.

La pasión, ese factor muy importante que ha de tener en cuenta el dramaturgo, la utiliza Varona con naturalidad y certeza. Por la pasión sabe jugar con sus *muñecos* y llevarlos hacia donde quiere, sin esfuerzo visible. El teniente español Castellano, generoso, valiente y honrado, es un personaje dificil de pintar, por la posibilidad de cargar los colores en unos aspectos o de empalidecer su figura en otros. Pero los escollos han sido sorteados hábilmente. Rivaliza con él en nobleza, en dignidad y gallardía el insurrecto Carlos, novio de Carmen, que es asediada además por el teniente y por el traidor Pedro. En un campo de reconcentración una guajira bonita, un *práctico* venal y libidinoso y un jefe militar enamorado son suficientes personas para un drama.

En *Con todos y para todos* ha usado Varona la ponunciación típica del cubano; cada uno de los personajes habla como acostumbra a hacerlo en la vida: suprimiendo las letras fuertes del idioma o dejando de emitir las terminaciones de ciertas palabras. Sólo el español Castellano habla con la debida propiedad.

Nuestro pueblo comprendió y aplaudió el drama tanto en la noche del estreno como en las otras—muy pocas—en que ha ido a la escena. Y es lástima que esta producción, en que la tesis patriótica produce naturalmente entusiasmo en el espectador, no haya sido representada un

número mayor de veces, ahora que "es preciso comenzar de nuevo" la labor constructiva de la Patria.

DISCURSO DE BOLÍVAR EN EI CONGRESO DE ANGOSTURA (15 de febrero de 1819). Reproducción ordenada por el Gobierno de los Estados Unidos de Venezuela, en conmemoración del primer centenario de la instalación de la Asamblea. Caracas. 1919. 4º, 42 p.

LAS UNIVERSIDADES. Datos históricos. Orientaciones. Conferencia leída en la inauguración de la Academia de Derecho de la Universidad de la Habana el 25 de octubre de 1919 por el Dr. F. Carrera Jústiz. Profesor de la Facultad de Derecho. Habana. Imprenta "La Propagandista", Monte 87 y 89. Gutiérrez y Comp. S. en C. 1919, 8º, 112 p.

Félix Hidalgo. GEMAS LÍRICAS. Habana. Imprenta "El Siglo XX". Teniente Rey 27. 1919. 8º, 192 p.

Moisés Kantor. SANDRO BOTICELLI. Drama en 3 actos de la época del Renacimiento. GRISELDA. Leyenda dramática en 1 acto de la Edad Media. NOCHE DE RESURRECCIÓN. Drama en 3 actos de la época moderna. Edición de "Nosotros". Buenos Aires. 1919. 8º, 180 p.

Francisco Soler. EL ULTIMO MADRIGAL. San José, Costa Rica. 1919. 8º, 48 p.

Ramón Zelaya. UNA PRISIÓN HONROSA. Bocetos raros. San José de Costa Rica. Imprenta, Librería y Encuadernación Alsina. 1919. 4º, 272 p.

ENRIQUE GAY CALBÓ.

La Habana, feb. 1920.

NOTAS EDITORIALES

EL DIRECTOR DE "CUBA CONTEMPORANEA"

Después de seis meses y medio de permanencia en el extranjero, durante los cuales visitó Estados Unidos de Norteamérica, Francia, España, Italia y Suiza, regresó a Cuba el 20 del pasado mes de febrero el Director de Cuba Contemporánea, Carlos de Velasco, quien ha vuelto a ocupar ese puesto y el de Gerente General de la *Sociedad Editorial Cuba Contemporánea,* desempeñados ambos cargos, durante su ausencia, por el Dr. Julio Villoldo, Vicepresidente de la Empresa.

El Director de esta revista viene muy satisfecho de su viaje, que ha aprovechado no sólo para visitar principales ciudades de los países que recorrió, sino cuanto de notable hay en ellas en el orden artístico, y para fortalecer personalmente los lazos de afecto y aprecio intelectual que de antiguo existían entre muchos colaboradores y amigos de Cuba Contemporánea residentes en Europa y Estados Unidos, al propio tiempo que ha creado otros nuevos, muy provechosos también, y ha podido apreciar mejor el crédito de que goza esta publicación en el exterior.

Mientras aparece un libro en que contará sus impresiones de viajero en época tan interesante para el mundo como la actual, el Director de Cuba Contemporánea desea hacer llegar de nuevo, desde estas páginas, la expresión de su reconocimiento a todos los compañeros, amigos y funcionarios que tan amablemente le atendieron, entre los cuales quiere ahora mencionar a los Sres. Peter H. Goldsmith, Director de *Inter-América,* y Felipe Taboada, Cónsul de Cuba, en Nueva York; Félix Nieto del Río y Manuel F. Cestero, escritores residentes en dicha ciudad; Ventura García Calderón y Benjamín Barrios, Directores de *América Latina* en París; Gonzalo Zaldumbide, Hugo D. Barbagelata, A. Zérega-Fombona y Carlos A. Villanueva, literatos residentes en la capital francesa; Ernest Martinenche, profesor en la Sorbona; Eugenio Garzón, redactor de *Le Figaro;* Pedro Estévez Abreu y Dr. E. de la Calle, miembros distinguidísimos de la colonia cubana en París; al Ministro de Cuba en esa capital, Dr. Rafael Martínez Ortiz, y a los Secretarios de Legación Dres. Manuel Tejedor, Miguel Angel Campa y Rafael de la Torre, así como al ex Secretario de la Delegación Cubana en las Conferencias de París, Guillermo de Blanck; a D. Adolfo Bonilla y San Martín, catedrático de la Universidad Central, Alfonso Reyes, escritor, y Rufino Blanco-Fombona, Director de la *Editorial América,* en Madrid; al Ministro de Cuba en la capital española, Dr. Mario García Kohly, y a los Dres. Manuel S. Pichardo y José María Chacón, Secretarios de la Legación; a Alfonso Hernández Catá, redactor de esta revista y Cónsul de Cuba en Madrid; a Jaime Claramunt, Jefe de Redacción de *El Diluvio,* en Barcelona; al Ministro Cubano en Roma, Dr. Antonio Martín Rivero, y al Canciller de la Legación, Sr. Enrique López; al Cónsul nuestro en la propia ciudad, Sr. Mario del Pino; al conde y a la condesa Di Capello y al escultor Giovanni Nicolini, también residentes en dicha ciudad; al Cónsul de Cuba en Milán y al Canciller, Sres. Antonio Ros y Emiliano Fuentes; y al hoy Cónsul General de Cuba en Rotterdam y redactor de esta revista, Luis Rodríguez-Émbil.

Gracias a todos.

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

Cuba Contemporánea

AÑO VIII

Tomo XXII. La Habana, abril 1920. Núm. 88.

LA NEUTRALIDAD DE CHILE DURANTE LA GUERRA EUROPEA

The basis of Neutrality is not indifference; it is not self-interest. The basis of neutrality is simpathy for mankind. It is fairness. It is good will at bottom. It is impartiality of spirit and of judgment.—WOODROW WILSON. *Address at a meeting of the Associated Press at New York, April 20, 1915.*

The neutral is something more than an onlooker. His acts of omission or commission may have an influence—indirect, but tangible—on a war actually in progress; whilst, on the other hand, he may suffer from the exigencies of the belligerents.—JOHN HAY. *Circular of the Secretary of State, of October 21, 1904, to the representatives of the United States accredited to each of the Governments signatories to the Acts of The Hague Conference, 1899.*

INTRODUCCIÓN



SI la neutralidad de Chile ha de considerarse con juicio sereno dentro de la realidad de la Historia, ella nada tiene de sorprendente en el período que media entre el estallido de la guerra europea y la fecha en que los Estados Unidos asumieron la beligerancia, es decir, desde abril de 1917. Digo que nada tiene de sorprendente, pues Chile no neutral sería inconcebible en aquella etapa de la guerra, de-

bido a las circunstancias que entonces dominaban en nuestro hemisferio. A partir de esta última fecha, la neutralidad de Chile, si bien mucho menos laboriosa, pasa a ser un hecho más singular, porque varios países latinoamericanos siguieron "técnicamente" la actitud de los Estados Unidos, declarando la guerra al Imperio Alemán, mientras otro grupo de esos países se limitó a romper las relaciones diplomáticas con dicha Potencia. De las siete Repúblicas que prolongaron su neutralidad hasta el fin, Chile fué, sin duda, la que necesitó emplear mayor celo para mantenerse dentro del Derecho y para corresponder a la confianza que le habían dispensado siempre las más poderosas naciones del mundo.

He dicho que la neutralidad de Chile hasta el 2 de abril de 1917 no constituye un fenómeno histórico extraño, porque todo el Continente Americano se decidió francamente por la neutralidad desde que la guerra estalló. Ningún tratadista serio podría vituperar esta actitud con argumentos atendibles, ni valdría contra ella toda la elocuencia de los sentimientos.

La América entera sabía que la situación de Europa era ya casi insostenible a causa de las rivalidades políticas y militares de las grandes naciones y como consecuencia directa de anteriores guerras que habían originado lo que Lord Grey llamó "Paz de Hierro" y León Bourgeois "Paz sin Justicia". El conflicto no era un misterio, sino una certidumbre; era materia que se trataba con desenvoltura en libros y periódicos en aquellos países que no abrigaban propósitos sanguinarios. De ello habían dado múltiples pruebas las crisis penosamente conjuradas, merced, unas veces, a sacrificios generosos de parte de Francia y otras veces porque faltó un agresor.

Lo que no estaba en el campo de la previsión humana era la forma brutal con que había de precipitarse la catástrofe, ni su magnitud, ni su duración, ni su trascendencia.

En un principio, fué convicción general que la guerra sería corta y, por lo tanto, proporcionales sus desastres. Nunca se supuso que hubiera de necesitarse el esfuerzo combinado de todos los grandes ejércitos del mundo, de todos los recursos financieros disponibles y de todas las fuentes de producción, para ponerle término, no sin haber hipotecado el porvenir. Consecuentemente, tampoco cruzó la mente de estadista alguno de Europa o de Amé-

rica la idea de que fuese imperativa, no digo la ayuda teórica, pero ni aun la ayuda positiva de los pueblos latinoamericanos a la causa aliada.

Bien sabían las potencias dueñas del mar que los productos del Continente Americano estaban a su disposición, y también sabían, sin necesidad de expresa declaración, que en la América Latina era ya vieja la influencia inglesa y francesa, cuando comenzó su obra la alemana.

La literatura europea anterior a 1917, aun la más apasionada, no se escandalizaba de la neutralidad de la América Latina. Era tan fácil discurrir en favor de esta neutralidad y explicarla como una cosa lógica, y habría sido tan insólito pretender que nuestra obligación era seguir sin causal perentoria la suerte de uno de los beligerantes, que nadie se ocupó de resolver este claro problema.

Por otra parte, contemplando la realidad de los hechos, era insensato suponer que naciones débiles e indefensas se hubiesen expuesto a los ataques de un enemigo poderoso en una época en que todavía las escuadras beligerantes de Europa navegaban por mares remotos disputándose su dominio. Habría sido un acto jactancioso e inútil que cualquiera de nuestros países, movido por un arrebato de hidalguía sin precedentes en la historia universal, hubiese declarado la guerra a Alemania cuando este Imperio mantenía aún su escuadra de acorazados en nuestras costas. Comprometerse en una aventura semejante, mientras la única nación grande de América no lo hacía porque no se habían acumulado las razones, y porque no disponía de los elementos efectivos que dieran valor al acto, hubiera significado que en América no existía ninguna especie de equilibrio político internacional, pues cualquier país pequeño era capaz de romperlo con graves consecuencias. Admitiendo esta hipótesis, una división naval alemana habría podido abrir las hostilidades contra el minúsculo beligerante, y, entonces, los Estados Unidos hubiéranse visto obligados a poner en vigor la Doctrina de Monroe, movilizando su flota, perturbando su situación política y, a la postre, comprometiendo seguramente los acontecimientos que después de 1917 hemos visto realizados. Si entre los años de 14 y 15 algún gobierno latinoamericano comete por propio consejo el error de mezclarse

en la guerra europea, o abandona su neutralidad por medio de actos expresos, habría perjudicado seriamente los intereses de quienes intentó favorecer.

Tomemos ahora la cuestión desde otro punto de vista.

No es una novedad que los Estados Unidos ejercen y han ejercido siempre una profunda influencia moral en la política de los países latinoamericanos, sobre todo en aquellos más cultos y prósperos, que son los que reciben esta influencia sin anular su personalidad y antes bien robusteciéndola. Desde los tiempos de Washington, los austeros principios de la democracia norteamericana han sido el ejemplo de nuestros organismos públicos. Si intelectualmente hemos sido hijos de Europa, constitucionalmente hemos seguido la evolución de Norteamérica. Ha habido desinteligencias, malquerencias, recelos y hasta crisis entre los Estados Unidos y la América Latina, pero todo esto no destruye el hecho inevitable: que una nación enorme, organizada y rica, necesariamente ejerce autoridad sobre un sistema de pequeñas naciones entre las cuales no son muchas las que han alcanzado soberanía moral perfecta.

Tampoco es nuevo decir que durante los últimos años ha prosperado lo que algunos llaman "Política Panamericana", esto es, una tentativa de interpenetración material y moral en el Nuevo Mundo basada en la solidaridad. Esta nueva "política", cuya plataforma está ya construída, soportará con el tiempo un majestuoso edificio.

¿Para qué demostrar que los Estados Unidos son el eje de esta política y que de su rectitud moral para impulsarla depende la colaboración o abstención de los países latinoamericanos?

Ya Roosevelt dijo, durante su viaje a la América del Sur, que el Brasil, la Argentina y Chile eran las Repúblicas mayores donde la obra americanista sentaba su apoyo austral.

Ahora bien, por esta razón, la neutralidad de Chile, en lo que llamaré su primer período (1914-1917), no puede ser juzgada sin examinar la neutralidad de los Estados Unidos, nación que por su grandeza misma estaba en la órbita del conflicto.

Chile miraba, sin la menor duda, la neutralidad del gobierno de Washington como la expresión más honesta del Derecho de las Naciones. De igual manera Chile ha reconocido que eran

justas y agotadas las razones que produjeron la intervención de los Estados Unidos. Recíprocamente, los Estados Unidos deben reconocer que las razones que ellos tuvieron para permanecer neutrales hasta abril de 1917, son las mismas o menores que las que Chile tuvo para permanecer neutral.

En aquellos días de angustia, cuando el choque de las grandes naciones pareció que aplastaba el derecho de las naciones débiles, la palabra del Presidente de los Estados Unidos tomó mayor prestigio que nunca en la América Latina, porque, en la cooperación para la defensa continental, el mayor aporte tenía que ser el de los Estados Unidos.

El 18 de agosto de 1914, el Presidente Wilson advertía en una proclama al pueblo americano:

Todo aquel que afectivamente ama a los Estados Unidos, deberá obrar y hablar dentro del verdadero espíritu de la neutralidad, que es el espíritu de la imparcialidad, justicia y amistad hacia todos los beligerantes... Me atrevo, por consiguiente, compatriotas, a pronunciar una solemne advertencia contra aquel profundo y sutil y esencial quebrantamiento de la neutralidad que resulta del partidarismo apasionado. Los Estados Unidos deben ser neutrales tanto en el hecho como en el nombre durante estos días de prueba para el alma humana. Debemos ser imparciales en pensamiento y en acción; nuestro deber es evitar todo acto que signifique preferencia entre uno u otro de los partidos en lucha.

El 20 de abril de 1915, en una reunión de la "Associated Press", en New York, el Presidente Wilson se expresaba de esta manera:

La base de la neutralidad no es indiferencia, no es interés propio. La base de la neutralidad es simpatía hacia la humanidad. Es justicia, es buena voluntad, en el fondo. Es imparcialidad de espíritu y de juicio.

Y añadió:

Nosotros somos la nación mediadora del mundo... Somos, por lo tanto, capaces de entender a todas las naciones. Me interesa la neutralidad porque hay algo que hacer en ella mucho más grandioso que luchar: hay algo que ninguna nación ha obtenido todavía. Es el distintivo del absoluto *self-control* y dominio de sí misma.

El 6 de diciembre de 1915, en su Mensaje al Congreso, sobre los atentados alemanes y las intrigas de los germanoamericanos, decía:

> Hemos permanecido alejados, estudiadamente neutrales. Era nuestro deber manifiesto actuar así. No sólo no teníamos parte o interés en la política que parece haber provocado el conflicto; era necesario, además, para evitar una catástrofe universal, que se pusiese un límite a la ola destructiva de la guerra y que una parte de la gran familia de las naciones mantuviese viva la tradición de la paz. Evidentemente, el deber de las naciones soberanas de este hemisferio era equilibrar la balanza de las pérdidas económicas y de la confusión en el otro hemisferio, ya que no podrían hacer otra cosa.

Esto último lo sostenía el Presidente Wilson cuando algunos individuos estaban introduciendo el pánico en las industrias esenciales de los Estados Unidos por medio de incendios, atentados dinamiteros, destrucción de barcos y organización de espionaje; cuando ya se habían producido la expulsión del Embajador austriaco Dumba y la de Herr Dernburg, la prisión del Teniente Fay y de sus 25 compañeros; el proceso contra la Hamburg-Amerika, el complot de San Francisco, lo del Canal Welland, lo del Teniente Wolf von Ygel, etc. También ya habían sido torpedeados entonces, con daño para los Estados Unidos, los vapores *William Freye, Falaba, Aguila, Cushing, Gulflight, Lusitania, Armenian, Orduña, Lelanaw, Arabic, Hesperian,* etc. Ya habían sido apresados los barcos petroleros americanos *Portland, Lama* y *Vico.*

Muchas otras ofensas directas al derecho y a los intereses de los Estados Unidos, y al derecho Internacional, se sucedieron hasta abril de 1917, antes de que se extinguiera la paciencia de este país.

Todavía en marzo de ese año el Presidente Wilson, al presentarse al Congreso para hacerse cargo de su segunda investidura presidencial, afirmaba, refiriéndose a los treinta y un meses transcurridos desde el estallido de la guerra:

> Sin embargo, durante todo el tiempo, hemos tenido plena conciencia de que el conflicto no nos afectaba.

Hasta entonces los Estados Unidos habían avanzado, a pesar suyo, un paso al frente: entraban en la neutralidad armada, que,

en ese mismo discurso, el Presidente Wilson definía con frases llenas de sentimiento:

Nos hemos visto obligados a armarnos para sostener nuestro clamor a cierto mínimum de derecho y de libertad. Adoptamos con decisión la neutralidad armada, puesto que parece que no de otra manera podemos demostrar lo que ella es. Insistimos en ella y no podemos abandonarla. Podemos aún ser arrastrados por las circunstancias, no por nuestros propios deseos y propósitos, hacia una protección activa de nuestros derechos, como nosotros los apreciamos, y hacia una inmediata asociación con la lucha misma.

Y al pedir la guerra, el 2 de abril, el Presidente Wilson decía en su célebre mensaje al Congreso:

Nuestra querella no es con el pueblo alemán. Para él no tenemos sino sentimientos de simpatía y amistad. El pueblo alemán no impulsó al gobierno alemán para que precipitara la guerra, ni tampoco le prestó su previo conocimiento o aprobación.

Tan honda era la comprensión que de sus deberes tenía el gobierno norteamericano y tan grave era su resolución de romper una neutralidad que hubiera deseado guardar siempre, que el 14 de junio de 1917, o sea dos meses después de haber declarado la guerra, el Presidente todavía creía conveniente explicar y justificar cuáles fueron las causas trascendentales y repetidas que condujeron a la declaración del 2 de abril. En su "Address on Flag Day", dijo:

Entramos en la guerra por causas bastante claras. Los inusitados insultos y las agresiones del Gobierno Imperial Alemán no dejaron a nuestra dignidad otro camino que el de tomar las armas en defensa de nuestros derechos como pueblo libre y de nuestro honor como Gobierno soberano. El militarismo alemán nos negó el derecho a ser neutrales. Diseminó en nuestro incauto pueblo una nube de conspiradores y de malévolos espías y pensó así conquistar, corrompiéndola, la opinión de nuestra colectividad.

Si los Estados Unidos, con todo su formidable poder, sólo entraron en la guerra después de numerosas provocaciones directas e indirectas, sosteniendo hasta el fin el principio de neutralidad como un deber sagrado, ¿es lógico pensar que un país débil como

Chile, incapaz de allegar ninguna fuerza ponderable a la causa aliada, sin haber sufrido daño alguno grave e inmediato por obra de Alemania en su soberanía e intereses, estuviera en la precisión de hacer lo mismo? ¿Era digno de los antecedentes de Chile, que en otros tiempos supo defender generosamente la libertad del Perú contra la agresión de España, haber tomado una actitud bélica ficticia en una simple hoja de papel, sin afrontar sacrificio alguno de hombres o dinero, o sea, declarar la guerra y no hacer la guerra? ¿Cuál habría sido el fundamento jurídico, el pretexto razonable de semejante ficción?

Se dirá—y lo han dicho propagandistas baratos—que pudo coadyuvar asfixiando con medidas legislativas el comercio alemán dentro de sus fronteras, no permitiendo ninguna manifestación de la opinión alemana, confiscando los bienes de los alemanes. A lo cual se puede contestar diciendo, ante todo, que el comercio alemán cayó en la inacción por medio del bloqueo de Alemania y de las listas negras. Los comerciantes que pudieron sostenerse lo hacían traficando con artículos de procedencia norteamericana. A lo segundo, diré que la opinión alemana no era grande en Chile y que, por otra parte, no fué ni pudo ser acallada en los países latinoamericanos que declararon hallarse en estado de guerra con Alemania. La confiscación no habría podido ejercitarse con beneficios para el país o para la causa sino sobre los barcos alemanes internados o refugiados, y éstos estaban por lo general fuera de uso por daños que habían sufrido en las máquinas. Alemania, por su parte, se habría compensado de esta pérdida confiscando los depósitos de oro fiscal chileno en bancos alemanes y desconociendo algunos créditos cuantiosos que empresas chilenas tenían contra firmas alemanas. Es digno de advertirse, además, que ninguno de los países latinoamericanos que adoptaron la ficción de la guerra usó el recurso de la confiscación, el cual es aprovechable sólo cuando la guerra es efectiva y por lo tanto onerosa.

En cambio, Chile, proporcionando íntegra su producción de nitratos a los Estados Unidos y a Inglaterra, como lo veremos más adelante, alimentaba de materia prima las fábricas de explosivos, sin comprometer su neutralidad.

Examinaré primero a la luz de los documentos públicos cuál fué la actitud de Chile durante el conflicto, para demostrar, des-

pués, que la neutralidad de mi país ha merecido el encomio de las grandes potencias vencedoras, sin haber herido los sentimientos del pueblo alemán.

Primer período. Desde agosto de 1914, hasta abril de 1917

El 3 de agosto de 1914 el Gobierno de Chile fué informado por la Legación imperial alemana en Santiago de que el Imperio alemán se encontraba en guerra con Rusia desde el 1º de agosto. El mismo día 3 el Ministro de Relaciones Exteriores notificó al Ministro alemán que Chile se conservaría estrictamente neutral durante ese conflicto. Igual respuesta se dió a las demás comunicaciones de otras Legaciones a medida que el conflicto se iba extendiendo en Europa y que se producían nuevos "estados de guerra".

El 7 de agosto, Chile declaró que, a pesar de no haberla ratificado, adoptaba la Convención de la Segunda Conferencia Internacional de La Haya relativa a los derechos y deberes de los neutrales en caso de guerra,

como la única norma autorizada a que debía ajustarse la conducta de las autoridades y habitantes de la República en la observancia de la neutralidad (1).

El 14 de agosto, un decreto del Ministerio de Relaciones Exteriores, comunicado al Ministerio de Marina, adoptó una resolución análoga con respecto a la Conferencia Naval de Londres, de 1909, cuya ratificación tampoco había ultimado el Gobierno de Chile.

Sobre estas dos bases jurídicas, y los principios generales del Derecho de Gentes, inició Chile su calidad de país neutral. Como desde un principio el Gobierno quiso poner todo su esmero en conservar ese carácter, ordenó que, dentro de lo posible, algunos buques de la Armada Nacional se estacionasen en los principales puertos de la República para hacer efectivo el cumplimiento de las reglas de neutralidad hasta donde lo permitieran los elementos a su alcance, según lo establece la Convención de La Haya.

(1) Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile, Dic. 1914, Dic. 1915. Santiago de Chile, 1918, págs. 83-84.

Diéronse instrucciones inmediatas a las autoridades para desplegar cuanto esfuerzo fuera exigible a fin de que los propósitos de neutralidad del Gobierno de Chile quedaran siempre manifiestos.

Durante los primeros meses de la guerra, el Gobierno de Chile dictó varios decretos con el mismo fin, y es satisfactorio constatar que los actos de las autoridades y de los ciudadanos se conformaron minuciosamente a ellos (2). El Gobierno recomendó a los empleados de la Nación que se abstuviesen de expresar en público opiniones desfavorables para algunos de los beligerantes, materia en la cual Chile no llegó tan allá como los Estados Unidos, donde el Presidente Wilson pidió la neutralidad de acción y de pensamiento no sólo a los funcionarios públicos, sino a todos los ciudadanos.

Chile, como las otras naciones marítimas de la América del Sur, comprendió que el resguardo de su neutralidad le impondría severos sacrificios, mayores tal vez que a otros países, por ser más dilatadas sus costas, por la dificultad de vigilar los archipiélagos del Sur y por tener bajo su jurisdicción el Estrecho de Magallanes, paso obligado de los barcos entre el Atlántico y el Pacífico.

Para evitar en lo posible las complicaciones derivadas de la presencia de unidades beligerantes en aguas sudamericanas, Chile dirigió sus gestiones amigables ante los demás gobiernos para inducirlos a adoptar uniformemente la Convención de La Haya concerniente a los derechos y deberes de los neutrales en caso de guerra marítima.

Entre las medidas de mayor trascendencia que el Gobierno de Chile adoptó al comenzar la guerra (3), debo mencionar la que prohibió en absoluto a toda nave mercante—conforme con la Convención Naval de Londres—, mientras permaneciese en aguas chilenas, el uso de telégrafo inalámbrico, debiendo desmontarse al-

(2) Un decreto que atrajo la atención fué el que declaró mar jurisdiccional de Chile, y por lo tanto neutral, las aguas interiores del Estrecho de Magallanes y de los canales australes aun en las partes en que las orillas disten más de seis millas una de otra. Esto dió ocasión a un cambio de notas con el Gobierno de la República Argentina, que se dió por satisfecho con las explicaciones de Chile.

(3) El Gobierno de Chile se preocupó inmediatamente de restringir los abusos de opinión en la prensa y en las manifestaciones públicas, de reglamentar las comunicaciones telegráficas con el exterior, de la correspondencia postal con los Imperios Centrales, las relaciones entre agentes diplomáticos extranjeros y funcionarios chilenos, la concesión de pasaportes, etc.

guna pieza esencial a fin de no hacer vana la prohibición (4) y debiendo quitarse las antenas de dichos aparatos, cuando un navío mercante, nacional o extranjero, tuviere que permanecer en un puerto de la República más de cuatro días (5).

La vigilancia de la extensa costa chilena exigió al Gobierno el uso constante de sus elementos navales. Ya que no se podía establecer un servicio permanente de patrulla a lo largo de la costa, se aceptó la idea de que los barcos mercantes extranjeros expuestos a captura o destrucción en sus movimientos de un puerto a otro de la República, aprovecharan ciertos viajes de la escuadra de guerra chilena, para navegar en convoy protegidos por ella.

También se procuró que las islas de Juan Fernández recibieran la vigilancia periódica de un navío chileno, a falta de estación naval fija que habría requerido elementos de que no se disponía. En casos particulares se concedió escolta especial a buques mercantes por cuya suerte se temía en las aguas jurisdiccionales.

Toda insinuación de un representante de las naciones en lucha, que significara la denuncia de infracciones a la neutralidad de Chile, fué materia de una orden para que, sin pérdida de tiempo, se instruyera el sumario o se levantara la investigación correspondiente a fin de aplicar la sanción. Se proveyó, asimismo, con escrupulosa diligencia, a que se evitaran las denuncias infundadas, y al efecto se pidió a los representantes diplomáticos que, al formular sus reclamos, indicaran, con la mayor aproximación posible, el origen y base de sus quejas.

En los casos de personas de doble personalidad, se resolvió

---

(4) Oficio del Ministerio de Relaciones Exteriores al de Marina, fecha 14 de agosto de 1914, inserto en la Memoria citada, págs. 84-85 86.

(5) Esta última disposición se adoptó en vista de una reclamación formulada por el Ministro de Francia el 8 de octubre de 1914, apoyada por el Ministro de la Gran Bretaña. El de Francia decía: "*Me rapportant à la conversation que j'eus l'honneur d'avoir avec V. E. le premier du mois courant, je crois de mon devoir de lui communiquer quelques nouvelles informations qui me sont parvenues relativement à l'emploi de la télégraphie sans fil qui, je crois, fonctionne au Chili au profit des forces navales allemandes, ce qui constitue une infraction aux règles de neutralité édictées par le Gouvernement de V. E.*

"*D'après ces observations qui peuvent faire l'objet d'une sérieuse investigation, non seulement des postes de télégraphie sans fil doivent fonctionner à Valparaíso entre les navires ancrés dans le port, mais aussi une station doit être installé à Valparaíso, station qu'on pourrait trouver soit à l'Hôpital Allemand situé dans la partie la plus élevée de la ville, soit au domicile même du Gérant de la Compagnie allemande Kosmos, dont la maison est située à Playa Ancha au sommet de la colline.*"

que el solicitante de pasaportes dejara constancia, en el mismo documento, de su carácter de tal, y se dispuso que los portadores de esos pasaportes no tendrían derecho a ser protegidos por Chile, si algún país beligerante los reclamaba como nacionales. A los chilenos naturalizados después de declarada la guerra, se les negó la concesión de pasaportes. También se suprimió la emisión de pasaportes chilenos a los ciudadanos extranjeros.

El aprovisionamiento de combustible para las naves de países beligerantes fué reglamentado por decreto de 15 de diciembre de 1914, después de haberse sometido a la consideración de los Estados Unidos y de algunos otros países de América un proyecto de acuerdo para generalizar ciertas disposiciones sobre esa materia en todo el continente americano.

El hecho de ser Chile país productor de carbón, le hizo comprender luego que su situación se haría embarazosa ante las autoridades marítimas de los beligerantes y que la Convención XIII de La Haya, en sus artículos relativos a la provisión de combustible, no sólo era inaplicable, sino inconveniente para la neutralidad y los intereses de Chile. En efecto, el artículo 19 de la referida Convención establece que las naves de guerra beligerantes podrán proveerse de combustible en puertos neutrales en la proporción suficiente para ganar el puerto más próximo de su país, y el artículo 20 agrega que dichas naves no podrán renovar su provisión sino después de tres meses en un puerto de la misma potencia.

Siendo evidente la inconveniencia práctica de estas disposiciones, que se prestaban para amparar graves abusos, el Gobierno de Chile, usando de la reserva de derechos que la Convención XIII de La Haya, en su considerando 5º, otorga a los países signatarios para modificar sus prescripciones en el curso de la guerra cuando la experiencia manifieste la necesidad de hacerlo, y teniendo en cuenta otras circunstancias, modificó su adhesión a la Convención citada. Por decreto de 15 de diciembre de 1914 se dispuso que los barcos de guerra beligerantes no recibieran en lo sucesivo sino el carbón necesario para llegar al primer puerto carbonero de la nación vecina. A los barcos mercantes se les limitó la provisión a la capacidad de sus carboneras ordinarias, o a lo que hubieran menester para un viaje directo a un puerto europeo, siem-

pre que dieran garantía de emplear el carbón precisamente en ese viaje.

El Secretario de Estado de los Estados Unidos estimó este decreto como un acto definido que podría servir de base a resoluciones de otros gobiernos (6).

Además se ordenó que, antes de efectuar la entrega del carbón a un barco de guerra beligerante, se pidiese autorización a la Dirección General de la Armada.

Este decreto mereció algunas observaciones del Almirantazgo británico en aquella parte que se relaciona con la provisión de carbón a los barcos mercantes. Por su lado el Gobierno alemán declaró que no podía reconocer el derecho del Gobierno de Chile para decretar que los buques de guerra beligerantes pudieran proveerse en puertos chilenos solamente del carbón necesario para llegar al puerto carbonero neutral más próximo.

Alemania consideró que esta medida innovaba las reglas de Derecho Internacional establecidas y que era favorable a los intereses de Inglaterra y Francia, con perjuicio de los de Alemania.

El Almirantazgo británico se dió por satisfecho tácitamente con las explicaciones que le dió el Gobierno de Chile y con las manifestaciones de buena voluntad protestadas por éste para evitar todo abuso que perjudicara a Inglaterra. El Ministro de Relaciones Exteriores, Sr. Alejandro Lira, dijo:

> El Gobierno de Chile no tiene, en las medidas que adopta, para mantener la neutralidad, otro propósito que el de proceder en justicia, sin causar a nadie ni a ningún país un perjuicio inmerecido; y cada vez que se ofrezca a su consideración nuevos antecedentes, bastantes para variar sus determinaciones, las estudiará con ánimo desapasionado.

En cuanto a los casos prácticos de barcos mercantes que habían abusado de su provisión de carbón, se dejó en claro que, o el abuso se había cometido antes de que el decreto estuviera en vigor, o había escapado a la buena fe y suma diligencia del Gobierno de Chile. También se comprobó que algunas denuncias fueron infundadas.

El aprovisionamiento de víveres se reglamentó bajo el sistema de cálculo de duración de víveres por día de consumo y número

---

(6) Memoria citada, pág. 116.

de los tripulantes, de manera que habiéndose aprovisionado un buque de guerra beligerante en un puerto chileno, no pudiera aprovisionarse en otro puerto del mismo país sino cuando sus víveres estuvieran agotados por el consumo ordinario del barco.

Respecto de las naves mercantes armadas para su propia defensa, el Gobierno de Chile formuló su criterio al contestar a una pregunta del Gobierno Británico:

Que, así como Chile no había tenido inconveniente para admitir en sus puertos, en calidad de mercantes, a buques que habían sido auxiliares de las fuerzas navales beligerantes, que habían vuelto a ser naves de comercio, tampoco tenía inconveniente para recibir a los navíos mercantes armados para su defensa, siempre que los gobiernos respectivos cumplieran los siguientes requisitos: (a): manifestar previamente al Gobierno de Chile el nombre del buque; (b): que del itinerario, rol de la tripulación, pasajeros, mercaderías, distribución y armamento del vapor, aparezca que en realidad se trata de una nave comercial. Si la nave llegare sin cumplirse ese aviso previo, sería tratada como sospechosa (7).

Habiendo pedido el Ministro alemán que el crucero inglés *Orama* fuese internado en Valparaíso por tener participación en el ataque al crucero alemán *Dresden* dentro del límite de las aguas chilenas, el Ministerio de Relaciones Exteriores, contestó:

que aún no estaba esclarecido el hecho de la violación de la neutralidad y que, además, el *Orama* había llegado a Valparaíso cumpliendo la humanitaria misión de traer a los heridos alemanes del *Dresden.*

Igual petición elevó el Ministro alemán respecto del crucero inglés *Kent,* que después del hundimiento del *Dresden* entró en Valparaíso y solicitó el dique de Talcahuano para efectuar reparaciones visiblemente necesarias. El Ministro de Relaciones Exteriores declaró que el caso del *Kent* estaba comprendido en el artículo 17 de la Convención XIII de la Segunda Conferencia de La Haya,

disposición, decía el Ministro, fundada en razones permanentes de elevado altruismo que deben primar sobre el transitorio objetivo de sanción que inspira el inciso 2 del artículo 9º, invocado por el representante de Alemania.

(7) Decreto del Ministerio de R. E. de 7 de julio de 1915.

Sin embargo, para prevenir casos futuros, se decretó que, en lo sucesivo, ningún buque beligerante culpable de haber violado las reglas de la neutralidad, sería admitido en los puertos de la República, salvo el caso de avería, contemplado en el artículo 17 de la Convención XIII antes referida.

Ahora voy a consignar un hecho que no puede pasar sin especial mención y que demuestra la entereza con que obraba nuestra Cancillería.

Cuando el Gobierno imperial alemán notificó a los neutrales el día 31 de enero de 1917 que en breve plazo quedaría fijada una zona marítima de bloqueo alrededor de Inglaterra, Francia, Italia y la parte occidental del Mediterráneo, donde sería hundido sin consideración alguna "cualquier buque, aunque fuese neutral", el Gobierno de Chile, aun cuando no temía por sus propios barcos, pues no los enviaría a esa zona, condenó abiertamente esa inhumana determinación, en términos inequívocos:

> Semejante medida, a juicio del Gobierno de Chile, importa una restricción a los derechos de los neutrales, que este país no puede acatar, porque contraría principios desde antiguo consagrados en beneficio de los países ajenos a las contiendas armadas. La aceptación por parte de Chile de la medida adoptada por Alemania, lo apartaría de la línea de estricta neutralidad que ha seguido durante el actual conflicto europeo. Chile, en consecuencia, se reserva su libertad de acción para reclamar el respeto de todos sus derechos, en el momento en que sea ejecutado cualquier acto de hostilidad en contra de sus naves.

Segundo período de la neutralidad de Chile. Desde el 2 de abril de 1917 en adelante.

Lo que se puede llamar el segundo período de la neutralidad de Chile, o sea desde la entrada de los Estados Unidos en la guerra, fué más fácil de afrontar, porque habiendo desaparecido desde tiempo atrás las actividades bélicas alemanas en el Pacífico y no temiéndose humanamente que retornaran, Chile tenía muy simplificada su tarea de vigilancia. El control de las personas sospechosas en nuestro territorio estaba ya perfectamente organizado por las autoridades chilenas y con el sistema establecido para la emisión y visación de pasaportes por los cónsules extranjeros a cuya responsabilidad quedaba la calidad del individuo.

Además, con el progreso de la guerra, los métodos de policía, de identificación personal y de movimiento de pasajeros estaban bastante perfeccionados para permitir una vigilancia casi completa.

Desde el punto de vista internacional político, algunos han interpretado la neutralidad de Chile, después de 1917, como una demostración de que los Estados Unidos no tuvieron bastante habilidad para llevar consigo a la guerra a los demás países americanos de capacidad relativa.

Otros han atribuído la neutralidad chilena y argentina a una fantástica influencia alemana, cuyo secreto nadie ha descubierto. La verdad es, entretanto, que Chile permaneció neutral por las mismas razones que hasta entonces lo había sido, es decir, porque no afectaba a Chile ninguna de las causas graves que determinaron la resolución de los Estados Unidos cuando la política alemana "les prohibió ser neutrales", según la expresión del Presidente Wilson. Hasta el fin de la guerra Chile no tuvo causa, ni siquiera pretexto serio, para hacer el supremo sacrificio de enviar a Europa sus soldados y gastar unos cuantos centenares de millones de dólares, que es tal vez como nosotros habríamos entendido la guerra, ya que en el Continente Americano no quedaba ni siquiera la tarea de patrullar el mar.

Para Chile, la neutralidad seguía siendo un deber.

"*It was our manifest duty to do so*", había dicho el Presidente Wilson, respecto de su país, en diciembre de 1915, y, a mi parecer, también era "un deber manifiesto" para Chile hacer lo mismo. Pero léase, además, lo que a continuación expresaba el Presidente de los Estados Unidos:

It was manifestly the duty of the self-governed nations of this hemisphere, to reddress, if possible, the balance of economic loss and confussion in the other, if they could do nothing more (8).

Según la sana doctrina del Presidente Wilson, no podía entrar en un conflicto de tamaña magnitud "por nuestro mero propósito o deseo", sino por las "circunstancias." (Discurso de marzo de 1917.)

---

(8) Mensaje al Congreso de los Estados Unidos, de 6 de dic. 1915.

Ahora bien, ¿qué *circunstancias* podían determinar un cambio de política por parte de Chile? Para nosotros, como para los Estados Unidos, no eran suficiente causa de guerra "el propósito o el simple deseo" de hacer la guerra, ni mucho menos el deseo de simular una guerra con el espíritu de obtener ventajas sin ningún sacrificio positivo.

Tampoco entró nunca en nuestro ánimo el temor al vencedor, porque nuestra neutralidad fué honesta, y porque no ha sido ni remotamente presumible el caso de una represalia contra el país que en un extremo silencioso del mundo se mantiene dentro del más estricto derecho.

Italia y China entraron en el conflicto, porque les afectaba vitalmente y porque tuvieron otras razones para ello. Rumania y Grecia, porque fueron solicitadas insistentemente y se vieron arrastradas en el torbellino, prestando valiosa cooperación. Portugal envió sus tropas al frente de batalla. El Brasil ayudó también en cierta proporción a guardar las aguas del Atlántico Ecuatorial. Cuba dió hombres (*).

Chile nunca fué solicitado ni compelido, porque no estaba envuelto en las causas políticas de la guerra ni en su esfera de acción, y porque nadie estimó que una nación tan alejada del teatro de las operaciones fuera útil como entidad militar o financiera, mientras lo era como factor de producción, para lo cual lo esencial era la paz.

Los Estados Unidos, una vez en la guerra, nunca insinuaron a Chile la conveniencia de abandonar su neutralidad. No creyeron que la América Latina estuviese comprometida en un "Casus Fœderis" derivado del Panamericanismo. No ejercieron presión alguna sobre Chile o sobre la República Argentina, para que esas dos naciones mayores del Sur hicieran propias las ofensas que Alemania había inferido a los intereses de los Estados Unidos.

Su campaña entre nosotros se limitó a demostrar a los gobiernos y a los pueblos, que los Estados Unidos hacían la guerra con justicia, y sin ambiciones de conquista o de indemnizaciones,

(*) Cuba no dió hombres; pero ofreció un contingente para combatir en Europa. Ese ofrecimiento, aunque agradecido, no fué aceptado por las razones contenidas en los documentos oficiales referentes al caso. Lo que sí dió, como Chile salitre, fué su azúcar al más bajo precio posible. (N. de la D. de *Cuba Contemporánea).*

guiados solamente por la necesidad de defender la causa de la democracia.

Tampoco entendían los Estados Unidos que la política Panamericana, cuyo programa se moldeó en el Primer Congreso Financiero Panamericano de Washington en 1915, se debilitara por el hecho de que en América hubiese países neutrales y no neutrales. Ya hemos visto que, hasta hoy, esa Política Panamericana no significa una alianza, sino la base de una interpenetración moral, sòcial y comercial derivada de la mutua inteligencia.

Es grato recordar que la neutralidad de Chile fué altamente apreciada por los Estados Unidos y que este país sigue considerando a Chile como un efectivo colaborador en la obra constructiva del Panamericanismo.

Violaciones de la neutralidad de Chile por parte de los beligerantes

El vapor inglés *Orita* fué detenido en alta mar por el crucero inglés *Glasgow* y obligado a entregar ciento trece valijas de correo destinadas a residentes nacionales y extranjeros de Chile. Entablada la reclamación fundándola en la Convención XI de La Haya, Inglaterra sostuvo que el derecho consagrado en esa Convención se refería únicamente a la correspondencia que se encontrara a bordo de un buque neutral o enemigo, pero no beligerante de su propia bandera, como era el *Orita*. Sin embargo, el Gobierno inglés declaró que, en ese caso especial, no deseaba insistir en lo que creía su derecho, y dió orden de devolver las valijas.

Las numerosas naves mercantes de bandera alemana que se encontraban en las costas de Chile al declararse la guerra, dieron motivo a varias complicaciones porque muchos de esos barcos se convirtieron en auxiliares de la escuadra alemana y fué necesario someterlos al tratamiento de navíos de guerra. En más de una ocasión los casos se prestaron a duda, pues el Gobierno alemán nunca notificó oficialmente el "status" de esos buques, y correspondió al Gobierno de Chile determinarlo en vista de sus propias investigaciones o de los antecedentes emanados de gobiernos vecinos. En la generalidad de los casos, al darse a estos barcos la

calificación de cruceros auxiliares, por infracción de la neutralidad chilena, se les notificó la obligación de dejar el puerto en que se encontraban anclados, dentro del plazo de veinticuatro horas. Los que no cumplieron esta orden, quedaron de hecho y por acto voluntario internados hasta el término de la guerra. Resolviendo la cuestión en la forma que lo ha hecho, dice la Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores (9):

El Gobierno de Chile dejó la cuestión planteada en los siguientes términos: o el Gobierno alemán acepta, como lo indicó su silencio, que estos barcos forman parte de la Armada Imperial Alemana, o les niega su calidad de tales, dejándolos en la condición de barcos de propiedad particular que realizan actos bélicos o que cooperan a ellos bajo su propia responsabilidad, lo que es propio de los buques denominados piratas, que son susceptibles de ser confiscados por el Estado en cuyo territorio se encuentran.

Los vapores de la Compañía "Kosmos" fueron los que con mayor frecuencia infringieron la neutralidad, y por ello se les declaró auxiliares de la Armada Imperial, siendo internados porque no abandonaron los puertos chilenos a las veinticuatro horas reglamentarias. Se les ordenó desembarcar sus provisiones de carbón, hasta no dejarles sino el necesario para los servicios de bahía. Cuando desapareció el poder naval alemán en las aguas del Pacífico, el Gobierno de Chile oyó las observaciones del Ministro alemán y mitigó el rigor de las medidas tomadas contra dichas naves. Se les concedió la libertad de salir a su propio riesgo, sometidas únicamente a las reglas generales de neutralidad que el Gobierno de Chile había decretado, sin perjuicio de circunstancias sobrevinientes que obligaran a renovar el rigor de los anteriores decretos. Las violaciones consumadas por los vapores *Santa Isabel, Rakotis, Luksor, Memphis, Amasis, Karnak* y *Goettingen,* fueron perfectamente definidas. Todas ellas consistieron en auxilios clandestinos prestados a la flota de guerra alemana.

La prensa de Chile publicó el día 20 de noviembre de 1914 una declaración atribuída al Gerente de la Compañía "Kosmos", según la cual

---

(9) 1914-1915, pág. 156.

todo vapor alemán, aunque pertenezca a compañías particulares, queda de hecho subordinado a las órdenes que imparta el Almirantazgo alemán. Los capitanes de vapores deben, ante todo, acatar las órdenes que reciban de los buques de guerra y, en este caso, proceder con entera independencia, aun sin dar aviso ninguno al Gerente de la Compañía.

Estas palabras explican claramente por qué los vapores mercantes alemanes violaron tantas veces la neutralidad de Chile.

Las violaciones cometidas por naves de guerra beligerantes corresponden a Alemania y a Inglaterra en la forma que paso a consignar:

Una división alemana, compuesta de doce unidades, permaneció en la isla de Pascua a fines de 1914 durante cinco días y tomó allí provisión de víveres superior a la normal de tiempo de paz, violando los artículos 12, 15 y 19 de la Convención XIII de La Haya. La isla de Pascua es una posesión chilena muy lejana, que geográficamente pertenece al sistema de los archipiélagos de Oceanía, y por lo tanto era casi imposible para Chile vigilar allí su neutralidad constantemente.

Otra división naval alemana, compuesta de siete unidades, permaneció durante siete días en una bahía de las islas de Juan Fernández, conduciendo tres presas (las barcas *Valentine,* francesa, *Helicon,* noruega y *Sacramento,* norteamericana), de las cuales trasladaron combustible y víveres.

El 6 de diciembre de 1914, el transporte de guerra *Prinz Eitel Friedrich* entró en el puerto de Papudo sin someterse a las prescripciones de reglamento de puertos y realizó el desembarque de 58 tripulantes del vapor inglés *Charcas,* que el mismo transporte alemán había hundido en las costas de Chile.

El 9 de marzo de 1915, el crucero alemán *Dresden* fondeó en la bahía de Cumberland (Islas de Juan Fernández) y solicitó permanecer durante ocho días en el puerto para efectuar reparaciones en las máquinas. El Gobernador Marítimo negó su autorización por encontrar sospechosa la solicitud, pues el crucero parecía tener sus máquinas en buen orden cuando entró en el puerto. La autoridad comprendió que era la falta de carbón lo que en realidad obligaba al crucero a esperar allí la llegada de algún barco auxiliar, y, en vista de esto, se le dió orden peren-

toria de abandonar la bahía en el plazo reglamentario. No cumplió la orden y se le notificó que quedaba internado.

La Isla de Pascua fué objeto de una nueva violación por parte del crucero auxiliar *Prinz Eitel Friedrich,* que echó anclas durante ocho días en la bahía de Angarroa. Allí tomó carbón del velero francés *Jean,* conducido en calidad de presa. También desembarcó tropa armada en un sitio desierto y estableció un puesto de observación sobre una colina.

Las protestas enérgicas que el Gobierno de Chile presentó al Gobierno Imperial alemán por estas cinco infracciones, fueron contestadas en forma que no dejó satisfecha del todo la opinión del Gobierno de Chile; y, en consecuencia, este Gobierno insistió en ellas, con mayor acopio de datos.

El canciller Zimmermann prometió algunas excusas por estos incidentes para el momento en que obtuviera las pruebas concluyentes de que la neutralidad de Chile había sido positivamente violada.

El crucero alemán *Dresden* fué atacado el día 14 de marzo de 1915 en su fondeadero de la bahía de Cumberland, a quinientos metros de la orilla, donde estaba internado, según se ha visto más arriba. El ataque lo efectuó una división naval inglesa compuesta por los cruceros *Glasgow* y *Kent* y por el auxiliar *Orama.* Desestimada por los atacantes la bandera de parlamento que izó el *Dresden,* y desoída su manifestación de estar en aguas neutrales, recibió la intimación de rendirse, que no fué obedecida. Entonces los barcos ingleses abrieron fuego sobre el *Dresden,* cuya tripulación hizo volar el navío.

El Gobierno de Chile, que ya había protestado por la presencia del *Dresden* en aguas territoriales, protestó a su vez ante el Gobierno británico el día 26 de marzo por el acto de violación cometido al atacar al crucero alemán en dichas circunstancias.

Sir Edward Grey contestó cuatro días depués exponiendo que lamentaba profundamente cualquiera desinteligencia con el Gobierno de Chile, y que basado en los hechos

tales como aparecen expuestos en la comunicación que se le ha dirigido, está dispuesto a ofrecer una satisfacción amplia y completa al Gobierno de Chile.

Sir Edward terminaba su nota diciendo:

Pero en vista de la extensión de tiempo que puede tomar la aclaración de todas las circunstancias y en vista de la comunicación que al Gobierno de Chile ha dirigido expresando la apreciación que con arreglo a sus informaciones le merecen las circunstancias, el Gobierno de Su Majestad no desea restringir la satisfacción que ahora le da al Gobierno de Chile.

Para terminar este apartado, advertiré que la tripulación del crucero alemán *Dresden,* hundido en Juan Fernández, fué internada por el Gobierno de Chile en la Isla de Santa María, fundándose en los artículos 57 a 60 de la Convención de La Haya, de 1899, sobre las leyes y usos de la guerra terrestre, y las disposiciones de las Convenciones V (cap. 2), X (arts. 14 y 15) y XIII (arts. 3, 21 y 24) de la Segunda Conferencia, cuya doctrina es: Toda fuerza armada beligerante que entra en territorio neutral, debe ser internada, así se trate de heridos, náufragos, o personas que hayan violado la neutralidad del Estado.

El Gobierno alemán declaró que esta internación era inadmisible porque la tripulación del *Dresden* se había visto compelida a pisar territorio nada más que a consecuencia de una violación del derecho internacional cometida por Inglaterra. Sostuvo Alemania que

ninguna de las prácticas o convenios internacionales eran aplicables al caso, ya que se trataba de un suceso no previsto en el Derecho Internacional (10).

Consultado el caso al Gobierno británico para facilitar un acuerdo que no quebrantara el principio sostenido por Chile, aquel Gobierno estimó que:

en vista de los sucesos ocurridos en los Estados Unidos (incendios, explosiones, etc.) era peligroso dejar en libertad a esa tripulación que podía dedicarse a dañar el comercio británico.

La tripulación del *Dresden* fué mantenida en internación hasta

(10) Nota de Von Eckert, Ministro alemán en Chile, contestando a una proposición de dejar en libertad, dentro del territorio, a los tripulantes del *Dresden* siempre que dieran su palabra de no volver a participar en las hostilidades.

el fin de la guerra, no sin nuevos incidentes, uno de los cuales originó el naufragio del transporte de la Armada Nacional *Casma,* enviado en persecución de algunos internados fugitivos. El *Casma* era un transporte de ocho mil toneladas y muy valioso en esos momentos para el país.

Además, el sostén de esa numerosa tripulación ha costado al Gobierno de Chile ingentes sumas que aun están por recuperarse.

Una reclamación de Francia

El Gobierno de Francia reclamó en términos severos al de Chile compensación de daños y perjuicios por la captura y destrucción de la barca francesa *Valentine,* que perpetró el crucero de la marina Imperial alemana *Leipzig* en aguas jurisdiccionales de Chile.

El Gobierno de Chile rechazó con energía la imputación de negligencia culpable en la observancia de la neutralidad que le hacía el Gobierno francés, y ordenó una investigación especial que no arrojó luz alguna acerca del sitio preciso en que se verificó el hundimiento del buque, a pesar de que la investigación se llevó a cabo con la ayuda del propio capitán del *Valentine.*

Expuesta la defensa del Gobierno de Chile contra el grave cargo que el Gobierno francés le dirigía, este último no insistió en su demanda.

Apreciaciones acerca de la neutralidad de Chile

Voy a transcribir aquí algunas de las apreciaciones que la escrupulosa actitud de Chile durante la guerra ha merecido del Gobierno de la Gran Bretaña, cuya amistad y cuyo conocimiento íntimo de mi país y de nuestra historia son tradicionales desde los tiempos en que el marino inglés Lord Cochrane fué el organizador y Almirante de la primera escuadra chilena, hace ya un siglo.

Conocedor, además, el Gobierno inglés, de que nuestras extensas costas—más de cuatro mil kilómetros—sólo podían ser guardadas en proporción a lo que "permiten los medios disponibles",

como dice el artículo 25 de la Convención XIII, Segunda Conferencia de La Haya, supo dar a nuestros esfuerzos todo el valor que tenían, pues en realidad superaron a "los medios disponibles" hasta llegar al sacrificio.

Tan bien reconoció esto el Gobierno británico, que durante la guerra obsequió a Chile una escuadrilla de submarinos y una flota aérea de cincuenta aviones de combate, con todos sus accesorios e instalaciones, como compensación extraordinaria por haber cedido Chile a Inglaterra dos poderosos dreadnoughts, varios destroyers y otros barcos menores que estábamos construyendo en astilleros ingleses.

El señor Alejandro Lira, Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, en la Memoria de su Departamento correspondiente a 1914-15, págs. 197, dice dirigiéndose al Ministro de Francia:

El esfuerzo desplegado por el Gobierno de Chile benefició especialmente al comercio marítimo británico en razón de que el movimiento de éste ha sido cien veces superior al de cualquiera otra bandera beligerante o neutral, inclusive la francesa. De inmenso valor es, por consiguiente, el juicio que ha merecido al gobierno más afectado en los intereses de sus nacionales, la actitud del Gobierno de Chile en el actual conflicto europeo.

En el mes de noviembre de 1914 el Ministro de Relaciones Exteriores de la Gran Bretaña, Sir Edward Grey, entregó a la prensa de Londres el siguiente comunicado oficial:

Han aparecido recientemente en la prensa británica declaraciones en el sentido de que Chile ha faltado a la observancia de las Leyes de la Neutralidad. *Estas declaraciones no están de acuerdo con los hechos, y no representan en forma alguna la opinión del Gobierno de Su Majestad Británica.*

Sir Francis Stronge, Ministro de Gran Bretaña en Chile, confirmó esta opinión de su Cancillería en diferentes comunicaciones oficiales al Departamento de Relaciones Exteriores de Chile, como lo voy a demostrar con algunas citas de los documentos.

Me permito agradecer a V. E. la prontitud que ha desplegado el Gobierno de Chile al tratar este asunto (las medidas para la observancia de la neutralidad) de lo cual he informado ya al Gobierno de Su Majestad. (Nota de fecha 15 de agosto de 1914.)

Reconozco plenamente que el Gobierno y las autoridades chilenas han demostrado gran celo y actividad en sus esfuerzos para resguardar la neutralidad de Chile. (Nota de fecha 6 de octubre de 1914.)

Anhelo poner en conocimiento de V. E. mi aprecio por la actitud del cañonero chileno al proteger en esta forma a un barco británico contra un ataque en aguas chilenas. (Nota de 1º de noviembre de 1914.)

El Almirantazgo confía en que las antiguas tradiciones de camaradería que unen a las armadas británica y chilena, moverán al Gobierno de Chile a hacer cuanto pueda dentro de los límites de la neutralidad para buscar y salvar a los oficiales y marineros náufragos en la costa e islas de Chile. Apenas necesito decir que cuando se despacharon estas instrucciones, Sir Edward Grey no había recibido todavía un telegrama mío en que le informaba de la acción rápida y generosa emprendida por el Gobierno de Chile, enviando un transporte al sitio de los recientes combates e impartiendo adecuadas instrucciones a las autoridades del litoral. (Nota del 7 de noviembre de 1914.)

Tengo el honor de expresar a V. E. mis sinceros agradecimientos por las rápidas medidas que ha tomado el Gobierno Chileno, despachando un buque de guerra con el objeto de evitar que el buque británico *Oronza,* fuese atacado en aguas territoriales. (Nota de 6 de noviembre de 1914.)

Sé demasiado bien que la aplicación de la neutralidad chilena ha impuesto una tarea demasiado pesada a las fuerzas navales chilenas y me siento algo cohibido al formular una petición que recargará sus labores. (Nota de 23 de noviembre de 1914.)

Tengo el honor de comunicar a V. E. que he recibido un telegrama de Sir Edward Grey en que me encarga manifestar al Gobierno Chileno la satisfacción que el de S. M. experimenta por las medidas que ha tomado para mantener su neutralidad deteniendo provisionalmente a los buques de la Compañía "Kosmos", e impidiendo hacer carbón. (Nota de 3 de diciembre de 1914.)

Posteriormente Chile ha recibido con frecuencia opiniones de altos personajes sobre su correcta neutralidad. Entre las más recientes, creo que merecen mención por su importancia las de Sir Maurice de Bunsen, que visitó la República de Chile como Embajador Especial en 1918, y la de Lord Curzon, Ministro de Relaciones de Inglaterra.

Sir Maurice manifestó sin reservas su admiración por la conducta de Chile durante la guerra y por la organización de nuestro país, asegurando que fué allí donde encontró un ambiente de más profunda simpatía hacia Inglaterra.

Lord Curzon, en un banquete dado en Londres hace pocos

meses en honor de la Embajada Especial de Chile, presidida por el Sr. Ismael Tocornal, pronunció un discurso lleno de las más gratas demostraciones de amistad para Chile y dijo que en todo el curso de las relaciones de Chile con Gran Bretaña no se había producido jamás un desacuerdo. Refiriéndose a nuestra neutralidad durante la guerra, la calificó de sabia y correcta y no exenta de benevolencia para la causa de los Aliados.

Chilè proveedor de la materia prima para las municiones

The National City Bank, de New York, en su informe sobre las condiciones económicas y financieras de Chile en noviembre de 1919, dice, al tratar del Salitre:

> La industria del Nitrato ha servido en una proporción no excedida por otra alguna en la guerra que terminó con la vindicación de la causa de la Libertad.

Esta frase no necesita comentario, si no tuviese que añadir una observación especial: que los nitratos son monopolio chileno, por ser el único país productor de esa sal en el mundo. En tiempo de paz, fertiliza los campos y ha salvado a muchos países del agotamiento agrícola; en tiempo de guerra, es la materia prima para los explosivos. No es exagerado creer que Alemania debió en parte su derrota a la imposibilidad de obtener materia prima abundante y barata para sus proyectiles. Al estallar la guerra, su *stock* de nitrato chileno no alcanzaba a un millón de toneladas, según se dice.

El químico alemán Ostwald, citado por Wäldemar Kaempffert, editor de *The Popular Science Monthly*, escribía algunos años antes de la guerra:

> Si hoy día estallase una gran guerra entre dos potencias de primer orden, una de las cuales lograra impedir la exportación salitrera de los puertos chilenos, reduciría a su enemigo a la imposibilidad de continuar la guerra más allá de lo que le durasen sus municiones actuales.

Ahora bien, sabiéndose que Chile no puso traba alguna al comercio del salitre, ni elevó sus precios en forma sensible, ¿podrían los más exigentes enemigos de la neutralidad desconocer

que por este solo hecho prestó Chile más asistencia que si hubiese entrado en la guerra sin motivo directo, exponiendo a un serio peligro de destrucción o de interrupción las plantas elaboradoras de salitre? (11).

La neutralidad no significa indiferencia

La neutralidad es un estado jurídico constituído por los deberes y los derechos especiales que la guerra crea entre los beligerantes y las demás naciones. Pero este estado jurídico no significa indiferencia, como dijo el Presidente Wilson, ni es "neutralidad ante el crimen", como han dicho los exaltados.

Chile, como colectividad social, manifestó un interés apasionado por los sucesos de la guerra: la invasión de Bélgica, y la suerte trágica de este país, excitó las simpatías más ardientes en la sociedad de mi patria, que en todo momento acompañó, según corresponde en las desgracias, a ese pueblo herido por la espada de una potencia militar aplastadora. No es del caso hablar de nuestra ayuda material a los dolores de Europa: baste saber que Chile es uno de los países latinoamericanos que más contribuyó a la Cruz Roja y a otras instituciones benéficas. Lucien Guitry escribió en *Le Figaro* de París un artículo hermosísimo para rendir un homenaje a la generosidad y nobleza de la sociedad chilena.

Creo establecer una verdad incontrovertible cuando afirmo que la neutralidad de Chile, legal y necesaria, correspondió a una medida de buen gobierno; pero también es un hecho que la ma-

---

(11) Mr. Bernard M. Baruch, Jefe de la División de Materias Primas del Departamento de Industrias de Guerra de los Estados Unidos, en su testimonio ante la Subcomisión de la Comisión Parlamentaria que investiga los gastos de guerra, declaró que la situación de los nitratos se hizo crítica para los aliados en la primavera de 1918. Dijo que en esa época una interrupción de treinta a sesenta días en la entrega de nitratos chilenos a las factorías de municiones de Inglaterra, Francia, Italia y los Estados Unidos, *hubiera causado el cierre de todas ellas.* "Si Alemania hubiese aprovechado su oportunidad, "añadió, y hubiese desmoralizado las salitreras chilenas haciendo parar sus faenas, *es "horrible considerar lo que hubiera podido suceder."* (Diarios de N. York, 11 de diciembre de 1919.)

Chile no dejó que Alemania gozara esta oportunidad; y, en cambio, el gobierno de Chile compró a los salitreros alemanes toda su producción de nitratos y la pagó con el oro que Chile tenía depositado en los bancos de Berlín y Dresden. Dicho salitre fué inmediatamente revendido a los aliados por el Gobierno de Chile.

yoría del pueblo de Chile, por sus sentimientos pacíficos, por sus tradiciones de cultura y sus viejas bases de formación intelectual, acompañó de corazón la caída del militarismo cuya primera víctima era el propio pueblo alemán.

Chile cumplió sus deberes de neutral sin ser indiferente.

BELTRÁN MATHIEU.

Nos distingue el ilustre Embajador de Chile en los Estados Unidos de Norteamérica eligiendo nuestras páginas para refutar algunas aseveraciones referentes a la neutralidad de su país durante la gran guerra. Mucho agradecemos al antiguo diplomático y político, que ha sido Ministro de su país en Centro América, en Bolivia y en Perú, y Ministro de Estado varias veces, su atención de enviarnos este trabajo. El Dr. Beltrán Mathieu es de los más hábiles estadistas chilenos; y de no pertenecer en política a uno de los partidos extremos—aunque son moderadas sus ideas personales—, con probabilidades de éxito habría figurado en alguna elección presidencial. La amistad chileno-boliviana debe mucho a la misión Mathieu, quien ha sido siempre, en la política internacional de Chile, brillante mantenedor de los arreglos pacíficos.

Y ahora, aunque no sea necesario, sí es conveniente decir aquí que Cuba declaró la guerra a Alemania sin que mediara ninguna habilidad por parte de los Estados Unidos norteamericanos, y que se incautó de barcos alemanes y austriacos que estaban en sus puertos cuando esa declaración de guerra; barcos que Cuba cedió a los Estados Unidos y fueron empleados por éstos como transportes.

LA EXPEDICION

(Fragmento de la novela de Carlos Loveira, *Generales y Doctores,* próxima a publicarse).


N la mañana, como a eso de las diez, nos despedían desde el muelle escasos grupos de hombres y mujeres. El barco era uno que todavía da tumbos por estos mares: el *Florida.* El cargamento incluía diez mil rifles *Springfield*—largos como espingardas, pesados como trabucos, y con unas balas espléndidas para estrellar huesos de elefantes—, doscientos mil tiros "surtidos"; dos cañones minúsculos; un lote de cajas de dinamita; mulos, machetes, medicinas y no sé cuántas "etcéteras" más. Expedicionarios: unos doscientos, decena de más o de menos.

En el muelle, un *gavroche* repartidor del *Cuba,* después de mucho preguntar dió conmigo, y me entregó una cajita que había venido por correo, con mi nombre, a la dirección de aquel histórico vocero revolucionario. La cajita contenía una escarapela mambisa, de seda, en cuyo reverso leíase, bordada en plata, esta dedicatoria: "Para Ignacio. Recuerdo de Teresa."

Las primeras horas que pasamos a bordo transcurrieron con una deliciosa tranquilidad de viaje de placer o de negocios totalmente pacíficos. Mientras no nos acercáramos mucho a las costas cubanas, al alcance de los barquitos españoles, podíamos filibusterear tan seguros de nuestra invulnerabilidad, como estaban, semanas después, Dewey y su gente, de la suya, cuando destruyeron la caricatura de escuadra enemiga en Cavite. Sólo una nota fuerte descomponía la placidez del ambiente, poniéndonos en

la realidad, con súbitas correntadas de pavor: el centinela que, arma al brazo, paseábase a proa, sobre un lote de cajas, que en letras rojas exhibían esta leyenda inquietante: *Dynamite.*

El *Florida,* con la proa al Oeste, sereno y humeante, cortaba las aguas, lisas como las de un lago, que espejeaban el añil puro del cielo, muy cerca de las costas floridanas, precioso anticipo de las de Cuba; por el esmeralda de los campos, tocado aquí y allá por la nota blanca de una casita y realzado, a trechos, por los brochazos maravillosos de los bambúes, cocoteros y platanales.

Aquel día, por presentaciones personales, o simplemente de vista, fuimos conociéndonos todos los que íbamos a bordo: el general Manuel Alfonso; Julito Sanguily; el andarín Carvajal. En un camarote, con el general Lacret, recluído a causa de un constipado, el general Julio Sanguily.

La comida de aquella tarde, fué la comida tipo de todo el viaje. De comandante para arriba, comida caliente, en el comedor, junto con el capitán y los oficiales de a bordo, en las mesas de aquéllos. De capitán para abajo, nos repartían, para cada cuatro hombres, una lata de azucaradas judías a la Boston, una lata de salchichas o de *jamón del diablo,* una lata de tomates de guisar, una lata de leche condensada y un paquete de *hard tax,* galletas insípidas y zapatudas, semejantes en la forma a las de soda. Estas servían de plato y cuchara, a los que no teníamos ninguna de las dos cosas.

Navegó el barco aquella noche con todas sus luces, y en el saloncito de primera se cantaron, acompañados al piano, "Los frijoles", "La mulata callejera" y puntos guajiros de corte ultrapatriótico.

Al otro día, como a las dos de la tarde, el *Florida* hacía círculos frente a un faro, que se alzaba sobre un caserío, allá en las lejanías de seis o siete millas. Era el Cayo, heroico y legendario. Hacia él enderezábanse los gemelos de los que estaban en el puente: el capitán, el general Castillo Duany, el piloto. Después de voltejear, como un tío vivo, más de dos horas, se vió a simple vista un bote blanquísimo que, proa a nosotros, jugueteaba sobre las olas. Cuando esta embarcación estaba cerca, vimos detrás, y no muy lejos de ella, dos botecitos más. ¿Autoridades americanas? ¿Expedicionarios procedentes del Cayo? Eso lo sabrían

los jefes, quienes asimismo sabrían para qué habíamos venido a dar vueltas por allí, al alcance visual de los vigías del Faro.

Poco a poco nos fuimos enterando por cuenta nuestra. En el bote delantero, manchas claras y oscuras, que luego fueron gente uniformada de blanco y señores vestidos de negro, y después oficiales de aduana y revolucionarios de nombres sonados; uno de ellos el tenaz, el fervoroso, el intachable Esteban Borrero Echevarría. En los botes de detrás, manchas polícromas, que luego fueron trajes y sombreros femeninos, y después unas cubanas, lindas, alegres, habladoras, simpáticas. Los señores del bote grande traían noticias e instrucciones, y se fueron directamente a las alturas de los jefes. Las muchachas venían a saludarnos, a poner un toque de alentador compatriotismo en nuestra heroica empresa, y. por la rigurosa disciplina expedicionaria, recibieron órdenes de permanecer en los botes, al costado del vapor. Nos traían regalos: cajas de guayaba, pomos de dulce en almíbar, cajitas de *sandwiches,* latería, frutas frescas, periódicos, escarapelas, pañuelos, flores. Los mismos expedicionarios, apiñados en aquella banda del barco, subíamos los regalos por medio de cordeles y sogas. Iban y venían saludos, sonrisas y exclamaciones de júbilo. La jugosa vena del choteo cubano manaba pródiga, rica en los giros, gracias y decires gráficos y chistosos del charlar criollo. Y—cosa digna de anotarse—en todo aquel noble comulgar de sentimientos e ideales, quedó fuera de circulación el frasear galante, inevitable en toda charla entre cubanas y cubanos. Eran frases cortas, diálogos plenos de sinceridad, de simpatía, de afectuosos recuerdos y adioses. Como de viejos amigos íntimos, de hermano a hermana, de madre a hijo.

Bajaron los que estaban en el puente. Hubo abrazos y apretones de manos entre los conocidos. Alguien empezó a teclear el Himno Bayamés en el piano del salón, y en aquel ambiente de sublimes entusiasmos, de corazones en místico arrebato, uno de los ciudadanos del Cayo, de pie sobre una silla de cubierta, agitando el pajilla en lo alto, dió un estentóreo "¡Viva Cuba Libre!" que, a voz en cuello, fué coreado por hombres y mujeres, por yanquis y cubanos, por los que se quedaban y los que nos íbamos.

Minutos después el *Florida* dejaba una estela de remolinos y espumarajos, y uno como abanico de largas olas, en cuyas combas

enormes parecían zozobrar los tres barquitos, que con aleteos de gorras, pañuelos y banderitas tricolores, nos daban un amoroso adiós.

Era una deliciosa tarde de los trópicos, alegre y templada. Había un cielo de añil, un cielo altísimo, y un océano de zafir, un oceáno aplanado y silente. Había oro en el rielar de las aguas; oro en los metales de puertas y pasamanos; oro que cegaba en los bruñidos tablones de la cubierta, y espolvoreo de oro era, allá detrás del barco, la franja reflejo del disco de oro fundido que esparcía aquella lujuriosa explosión de oro.

Este sol a espaldas nuestras, nos probaba a los estudiosos y observadores que era falsa la especie, echada a rodar por los jefes, de que habríamos de desembarcar, temerariamente, al rayar el día, en playas vecinas de Cárdenas; falsa especie que obedecía a la táctica de ocultar a los expedicionarios subalternos los movimientos del buque.

Al anochecer, después de desdeñar los fríos y desabridos comestibles de a bordo, y regalarnos con lo que nos obsequiaron las muchachas del Cayo; cuando el sol, siempre a popa, moría en una brillante paletada de colores, empezaron las precauciones de la noche, que nos impusieron de la creciente proximidad del peligro. Grupos a proa y a popa, que aseguraban, atándolos con calabrotes, cadenas y tornillos, dos relucientes cañoncitos de montaña. Tres marineros que ponían, en torno de la cubierta, una enorme lona gris. Oficiales que hacían circular la orden terminante de no fumar, hacer luz ni hablar alto después de oscurecer. Un centinela que escudriñaba el mar desde la alta gavia del trinquete.

En el camarote de Betancourt, que era el del Dr. Vega Lamar, de Córdova y mío, cubanamente desobedecíamos la consigna de oscuridad, con una linterna a media luz, envuelta en un periódico y metida debajo de una litera.

Córdova y yo dábamos vomitivos, a ver si Betancourt nos sacaba de dudas:

—No sé cómo vamos a desembarcar en la mañana, si no nos han repartido las armas.

—Mentira, muchacho.

—¡Claro que es mentira! ¡Vamos para Cárdenas, y navegamos al Este!

A lo que Betancourt daba unas respuestas por este tenor:

—¡Discreción, caballeros, discreción!

Hasta que nos acostamos, y quedamos en silencio; en un silencio que sólo era roto por el jadeo de las máquinas y el isócrono "*¡All is well!*" del marino que escudriñaba las sombras desde la gavia del trinquete.

Allá como a las once comencé a notar una claridad sospechosa, que se colaba por el redondo ventanillo del camarote. Me incorporé, saqué la cabeza por el aro frío y salitroso, y ví, a proa, un cuarto de luna que asomábase, peligrosa, por la orilla de un nubarrón, cercano al horizonte. Seguíamos rumbo al Este.

Me dormí.

Tres días después, allá como a las nueve de una mañana clarísima; cuando ya sabíamos los expedicionarios todo el código de timbrazos entre el puente y las máquinas, sentimos un toque de parada.

Inmediatamente salieron a cubierta todos los que no estaban en ella. Avidos de saber lo que ocurría, nos congregábamos tan pronto en una banda como en la otra. Después de preguntar al aire, advertimos que se entablaba un diálogo entre el capitán, que estaba en el puente, y el vigía de la gavia. Abrimos vorazmente los oídos, y pescamos esto:

—*Where is she?*

—*At port side*—replicó el vigía, que empuñaba un catalejo.

—*Where about?*

—*Right there, sir*—y apuntaba con el índice a un punto invisible en el horizonte.

—*All right! I see her*—replicó el capitán, que enfocaba su anteojo hacia el sitio indicado.

De pronto el *Florida* empezó a describir círculos, como lo había hecho frente al Cayo. Seguían las preguntas al aire y los comentarios al viento:

—Debe ser un buque español.

—En ese caso huiríamos, en vez de dar vueltas.

—Debe ser la expedición del general Emilio Núñez, que viene a juntarse con nosotros.

—Lo que va a ser es que nos van a achicharrar, sin siquiera tener el desquite de morir matando.

—¡Que nos den las armas!—se atrevió a gritar uno.

—¡Humo! ¡Se vé humo!—vociferó otro.

Una manchita gris, en la remota línea del horizonte, nos indicó la presencia de un vapor. Se aproximaba éste, y la gente subalterna, al ver la tranquilidad de los jefes, se fué tranquilizando. Pronto delineóse la forma de un remolcador, que avanzaba cortando triunfalmente las aguas. Cuando estuvo más cerca, el *Florida* dejó de dar vueltas. El remolcador tenía, a popa, con grandes letras blancas, este nombre histórico: OSCEOLA. De un puente a otro hubo un diálogo a bocina, que duró un cuarto de hora. Se fué el remolcador, y nosotros volvimos a dar vueltas. Y allí nos quedamos dando vueltas tres días interminables.

La tercera noche que llevábamos de noria, de voltear y voltear en el radio de una milla cuadrada, sentimos un timbrazo de parada, y en seguida el de marcha, y en el instante el de aumentar la velocidad. Aumentó el acezar de las máquinas. Sentimos, sobre cubierta, un sordo diálogo en inglés. Todo el que pudo sacar la cabeza por una ventana o rendija lo hizo, y asombrados vimos a popa unos como azulosos relámpagos que, por aquel rumbo, dominaban la pálida luz de la luna.

¡Un reflector! ¡Aquello era un reflector!

Seguimos navegando a toda máquina, sin que pareciera que disminuíamos la distancia entre los circulares ramalazos de luz y nosotros. Los ángulos que a cada rato hacía la estela y la posición de la luna, tan pronto a babor como a estribor, demostraban que hacíamos zigzags. Y la luz relampagueante, como si nos buscara o nos persiguiera, estuvo a nuestra vista hasta ya cerca de la madrugada, en que pareció cambiar de rumbo. Y fué disminuyendo hasta desaparecer totalmente.

Estuvimos, empero, haciendo zigzags toda la mañana, hasta que el timbre ordenó disminución de velocidad, y volvimos de nuevo a trazar círculos en menos de una milla cuadrada.

Por la tarde volvió el *Osceola;* hablaron los capitanes de puente a puente; se oyó claro un efusivo *Farewell,* y partieron los dos buques con rumbo totalmente opuesto.

Y así, a las cuatro de la tarde del quinto día de nuestra salida

de La Florida, nuestro barco navegaba rápido, con el sol a estribor.

Eran las cuatro de la tarde del día posterior al de nuestro último encuentro con el *Osceola,* cuando se nos congregó a todos en la cubierta del vapor, para el reparto de las armas. Los de la primera compañía alcanzamos rifles *Winchester,* ciento cincuenta tiros en sus cananas correspondientes y machetines *Collins,* ligeros y flamantes. Los de "la Segunda" cargaron con los tardíos y pesados *Springfield.* He usado el plural "alcanzamos", porque allí todos, jefes y oficiales, doctores y generales, además de los sendos revólvers, recibimos sendos rifles, para hacer más eficiente la defensa en la hora, que se aproximaba, suprema y peligrosa, del desembarco.

Minutos después del reparto, la cubierta era un afanoso taller de limpiar armas. Los que sabían manejarlas, daban explicaciones a los ignorantes. Había fuerte olor a grasa de ballena, un rayar calofriante de esmeril y belicosos tric tracs de gatillos y cerrojos.

De pronto: ¡Pum!

Una detonación, que nos parece un cañonazo, nos hace saltar y correr hacia la popa, de donde parten rotundos ternos y alaridos penetrantes. Somos tantos, y tanto nos embarazan los rifles, pistolas y machetes, que los de atrás nos quedamos sin ver lo que ocurre, apelotonados, nerviosos, ávidos de ver algo en que adivinamos la tragedia.

—Paso; abran paso, caballeros; que va un herido.

Abrimos calle, y vemos que dos hombres traen colgando, de hombros y pies, a otro que chorrea sangre abundante.

En seguida corre la voz:

—Es que limpiando el fusil se le escapó un tiro.

Es un muchacho flaco, mal vestido, que se muerde los labios sin sangre, contrae el amarillento rostro imberbe y pone los ojos en blanco, con una mueca de dolor y desesperación, a tiempo que clama, en quejidos que taladran el alma:

—¡Mi madre! ¡Mi mamaíta! ¡Se muere tu hijo!

Sí, se muere. Porque la chamusquina de la pólvora ha hecho una rueda enorme, mezcla de tizne y sangre en el lado izquierdo del pecho, un poco más abajo de la clavícula y rumbo a la aorta. El balazo tremendo del anticuado y bárbaro *Springfield,* tiene que haber hecho una horrible tronera en su endeble armazón de pre-

tuberculoso. La hemorragia deja un espeso reguero rojo, y los lamentos del desdichado van siendo cada vez más débiles, hasta que cesan totalmente, cuando una mesa de cocina, colocada en el fumadero, queda convertida en mesa de operaciones.

Trabajan los médicos y practicantes. Como somos muchos, no todos podemos prestar nuestros inútiles servicios profesionales, y yo, afortunadamente, quedo entre los que no tenemos otra cosa que hacer, que lamentar el triste suceso. Afortunadamente digo, porque tengo en los oídos, oprimiéndome el corazón y nublándome los ojos, aquel lamento angustioso:

—¡Mi madre! ¡Mi mamaíta! ¡Se muere tu hijo!

Súbita corre una interrogación. ¿Quién es ese muchacho? Nadie lo sabe. No tiene parientes, ni amigos, ni siquiera conocidos, en todo el barco. Habrá que pasar lista para saber el nombre, y borrarlo de la nómina de "la Segunda", como será borrado, quien lo llevaba, del misterioso libro de la vida.

Con aquel grito de agonía pegado en los oídos; de pie en la esquina del barandal de cubierta, allá por la popa, del lado de estribor, contemplo el sol, que baja al ocaso, derramando luz y vida sobre los seres y las cosas. En tanto que, con el último aliento de nuestra primera baja, se hiela también la flor de una ilusión: el poema de gloria, ideales y esperanzas, que aquel mártir anónimo, agonizante sobre una mesa de cocina, en el salón de fumar, venía a cantarle a Cuba, al amor de sus amores.

Y, muy a pesar mío, recuerdo a mi madre y pienso en Susana.

¡Así es la guerra! Sobre el comedor estaba el salón de fumar. En éste, aún sobre la mesa, en una atmósfera de ácido fénico; yerto, exangüe, enfundado en una sábana, yacía el cadáver del compañero infortunado. Debajo, con los oficiales de a bordo, como todas las tardes, comieron, habladores e indiferentes, los que ya sabían de la guerra; coroneles y generales, de corazón endurecido por la costumbre, para quienes un hombre que moría no era más que una "baja", una resta insignificante, uno de tantos accidentes habituales y de escasa importancia en la lucha. En la cubierta, por lo contrario, holgaba el apetito. A envenenar peces fueron las latas, mediadas de tomates, salchichas y frijoles. Se formaron corrillos en los que se hablaba en voz baja, y por tácito acuerdo

nadie se fué a dormir en aquella noche de velorio y del desembarco.

¡Así es la guerra! Allá como a las diez, corrió por todo el barco la noticia de que unos martillazos, sordos, agoreros, que oíanse por las entrañas del barco, significaban la hechura de una caja de muerto. En ésta, cuando se divisara la costa, sería echado al mar el cadáver del expedicionario. ¿Qué se ganaba con enterrarle? Una vez muerto, lo mismo daba agua que tierra. No estaban los jefes para empeñarse en que el mártir sin nombre fuera a dormir sueño eterno en la patria por la cual se da la vida; en un sitio en que la "mamaíta" del alma pudiera un día encontrar la tumba de su hijo, y doblar en ella la rodilla, y rezarle su dolor. Esos sentimentalismos eran improcedentes cuando sobraban trabajos y estorbos, en la hora riesgosa y decisiva del desembarco y el alijo. ¿Y si teníamos que combatir desesperadamente, con riesgo del precioso cargamento, con nuevas y copiosas muertes?

Allá como a las once, vimos, remota, pequeñita, a flor de agua, la luz de un faro, que levantó en mi mente un mundo de imágenes y recuerdos.

Allá como a las doce unas sombras salieron del fumadero, llevando en lo alto un bulto largo y oscuro, que se balanceaba imponente. Se dirigieron hacia la popa. Después se percibió un lento y sordo arrastrar de cadenas; el chirrido de un motón, y un grito de "¡A una!", seguido de un golpe siniestro en la haz de las aguas.

Una hora después divisábase a proa, como límite del mar, una franja larga y estrecha. Seguimos andando media hora más en línea recta, hasta que empezaron a delinearse los perfiles de la costa. Sonó entonces un timbrazo de parada por allá por las máquinas, y siguió el barco a impulsos de la velocidad adquirida. Era el momento de la expectación y del peligro. Había un silencio de muerte, roto únicamente por el secreteo conventual con que los jefes del barco y los de la expedición cambiaban impresiones y circulaban sus órdenes. Rodó la noticia de que iba a ser echado un bote, con diez hombres, para ir a explorar el puerto.

Era una misión arriesgadísima, de un heroismo suicida, esa de la exploración del puerto, que después supimos que era el de Banes. Tratábase de ir hacia la entrada de un estrecho brazo,

bogar a su largo y ver si no había en ella ningún cañonero enemigo, ni ninguna fuerza de tierra, acampada o destacada por los alrededores. Si no los había, haríanse señales con unas luces de bengala. Si los había, haríanse otras señales, si a tanto podía llegarse, y abandonando el bote salvaríase el que pudiera. Se dijo que irían, armados hasta los dientes, diez hombres que se ofrecieran voluntariamente. Nos ofrecimos todos; pero la versión era falsa, porque los diez hombres, fogueados, que supieran remar y aprovechar los tiros, estaban bien escogidos desde el día anterior.

Los vimos bajar dentro del bote, remar silenciosamente, y desaparecer en la distancia, al confundirse la gris manchita del barquito con la franja acerada de la costa.

Cuatro marineros vigilaban: uno en la proa, otro a popa, un tercero en lo alto del palo mayor, y el habitual de la gavia del trinquete. En la cubierta vigilábamos todos, ojeando la planicie del mar, los oídos atentos, en espera de cualquier ruido que pudiera venirnos del rumbo seguido por el bote explorador. Y así, ansiosa, inquieta y desesperadamente, estuvimos horas y horas, hasta que empezó a surgir, lenta y bella, de una belleza preñada de peligros, la blanca claridad del día por la parte de babor. Lenta y bellamente fueron presentándose las montañas, las palmas, las maniguas de la costa, desolada y silente. Acentuóse la salida del sol—sol de domingo—despaciosa, solemne, radiantemente, entre cendales rosas y nácares; trocando en verde la mancha gris de los campos, e irisando los rizos del mar con chispeantes lentejuelas.

Cuando ya la inquietante duda, por la suerte que pudiera haber corrido el bote, del cual no teníamos la menor señal, tornábasenos insufrible, lo vimos salir de la espesura, pequeñín, moviendo rápidos los diez remos, como un diminuto miriápodo. Se vió algo como un pañuelito blanco que nos llamaba premioso. Sonó el timbre; arrancó el vapor, enfilando la entrada que dibujábase franca en el verdor de la costa, y media hora después, siguiendo al botecito, muy despacio, sondeando cuidadosamente, el *Florida* entraba por el estrecho brazo de mar, rozando a veces la vegetación de la orilla, de un verde vivísimo; tupida, fragante y vigorosa.

A la media hora de anclados, sin ver señales de exploradores

o de avanzadas de fuerzas cubanas, que pudieran estar esperándonos, se oyó una voz regocijada que dijo:

—¡Un hombre!

—¿Dónde?

—Allí; en la lomita. ¿Lo ven? Escondido detrás de la güira.

—¡Ah, sí! Es un salinero—dijo, con seguridad indiscutible, el general Lacret, que en seguida vino por allí tan interesado como el que más en el descubrimiento.

El hombre se había quitado la camisa, y la tenía en la mano como bandera lista para hacer señales.

—Saquen una bandera cubana—ordenó el general Castillo Duany.

Se desplegó una hermosa bandera de seda, obsequio de las damas del Hotel Habana. En el momento el hombre corrió a campo abierto, rumbo a la playa, agitando su camisa y gritando algo que sólo llegó a nosotros con las sílabas finales:

—¡...ba... breee!

Un bote fué a buscar al insurrecto, y media hora después lo teníamos, indisciplinadamente, apretujado entre todos; blanco de nuestra curiosidad:

—¡Qué flaco está!

—No tiene más ropa que esos ripios de pantalón y camisa.

—Y zapatos de cinco puntas. Esos tienen la ventaja de que no se rompen.

—¡Cómo tiene "ñáñaras"—dijo un santiaguero que venía desde Nueva York.

—¿Y esas tres laticas en el sombrero?

—Sargento primero.

Por fin los generales se lo llevaron a una cámara. El sargento informó que por allí había estado un cañonero de los "soldaos" el día antes. El general Feria venía a recibir la expedición. Estaba al llegar. ¿Lluvias? ¡Uh! Muchas.

Cuando terminó su informe, recibió el hombre un par de huevos fritos, algunas lonjas de jamón, dos o tres papas salcochadas, café, pan y mantequilla. Se puso a devorar con un apetito que resultaba aterrador para los que, haciéndole corro, como los pilluelos de una aldea frente al manso elefante de un circo, le veíamos engullir afanosamente. Después empezamos a regalarle chuche-

rías, que él contemplaba entusiasmado, guardándolas luego en el "jolongo" que traía colgante de una mano.

—Tenga, fósforos.

—Tenga, unos zapatos usados.

—¿Quiere cigarros?

—¿Le doy unos, calcetines?

—No, señor "despedicionario"; mejor deme una camisa vieja, o cualquiera otra cosa que no estorbe.

Vino mi Teniente Coronel Betancourt, y me dijo:

—Váyase con el sargento salinero. Lleve a Córdova—y señalando al sargento: Él le enseñará los ranchos en que hay enfermos, para que les reparta quinina y yodoformo.

En seguida le dijo al salinero:

—Vaya usted, sargento, y vuelvan al mediodía, sin falta.

A la una de la tarde, después de repartir medicinas por los ranchos inópicos; de almorzar en uno de ellos (jutía ahumada y boniatos asados) entre el azoro de una chiquillería esquelética y semidesnuda, y atisbos y cuchicheos femeniles por detrás de las paredes de guano; después de matar millares de mosquitos y andar tres o cuatro leguas por pantanos y maniguales; después de un ensayo rudísimo en la vida insurrecta, el salinero nos puso en un trillo, que era bifurcación de una vereda cenagosa, y nos dijo:

—Vayan por aquí. No tienen "pérdida". Al salir al claro, cojan el trillo de la derecha, y darán con el campamento.

Tuvimos suerte; porque generalmente esos caminos "sin pérdida" de los guajiros, resultan un laberinto. "No se aparte del trillo", dicen; pero apenas se ha caminado media legua, ¡tate! el trillo se convierte en dos. Perplejidad, y escogida de uno de los dos. Media legua más y ¡ésta sí que es buena!, el camino muere en una T. Tomo a la derecha o a la izquierda? Hasta que por el camino "sin pérdida" va uno a parar a donde menos lo espera.

Pero...

Salimos al claro de monte. Del otro lado, frente a nosotros, se agitaron violentas unas malezas. Nos quedamos en suspenso. Córdova me preguntó con su voz más grave:

—¿Serán españoles?

A lo que contesté, súbito, para serenarle y serenarme:

—No; hombre. Si por aquí pudieran aparecerse los españoles, no nos habrían mandado solos, con tanta confianza...ni habría un solo rancho... ni nada.

—¿Quién va?—nos gritaron desde las malezas.

—¡Cuba!—repliqué.

Era una avanzada. Salieron dos hombres. Uno, mulato claro, era un centinela corpulento y andrajoso, que se presentaba con el rifle en posición amenazadora. El otro seguramente andaba recogiendo guayabas, porque traía media docena de ellas en las manos. Negro y brillante como ébano pulido, estaba mejor vestido que el mestizo y sólo cargaba revólver y machete. Cuando nos acercamos, vimos que exhibía tres estrellas en el sombrerón de guano.

—Oiga, amigo—le dije—¿Por dónde se va al campamento?

—¡Eh, eh! ¿Qué es eso de amigo? ¿Usted no ve las insignias?

—Perdone. Es que...

—Sí. Ya veo que son ustedes "despedicionarios" ¿no? Pues, a ver si se pierden por ahí. Mejor que vayan pal campamento. Y, pa otro día, ¡capitán!

Le expliqué de dónde veníamos. Nos dijo que él pertenecía a las fuerzas del general Feria, que estaban descargando la expedición. Fraternizamos, cuando le dije que "éramos" doctores, y fuimos con él hasta el puerto.

En éste se trabajaba afanosamente en la descarga del buque. Mulos que bajaban colgados de las grúas, como inmensas arañas negras penduleándose en sus telas gigantescas. Filas de hombres cargados, como regueros de hormigas presurosas y diligentes. Ir y venir de botes repletos de hombres y bultos. Reunión de generales en un almacén en ruinas, cerca de una vía angosta en desuso, enyerbada y torcida.

Al doblar un recodo de la playa, en busca de nuestro Teniente Coronel, tuvimos un encuentro maravilloso con un personaje que no habíamos logrado ver en todo el viaje. Tratábase de un hombre bien plantado, vestido de pantalón y guerrera blanquísimos, con tres estrellas de oro en cada lado del cuello. Tenía un hermoso y levantado bigote rubio, y una mirada brillante que humillaba la ajena. Jineteaba en un hermoso y saltarín caballo

negro; con la diestra en las riendas recogidas, y un bastón de angular empuñadura plateada, en la izquierda, con el regatón apoyado en una pierna rígida en el estribo. Erguido, marcial, fascinador, prototipo insuperable del guía de multitudes. Era el Mayor General Julio Sanguily. En su presencia SENTÍ la verdad—con toda su hipérbole de leyenda—de la famosa hazaña agramontina. Viéndole PRESENTÍ que, pesárale a ciertas historias, nadie sería osado de acercarse a él, como no fuese para acatarle y rendirle homenaje.

Del encanto nos sacó Betancourt. Teníamos que prepararnos a marchar en seguida. El general Feria quedaba con su gente a cargo del desembarco, mientras nosotros iríamos a pernoctar a no recuerdo cuántas leguas de allí, en un lugar llamado Bijarú, asiento de unas semirruinas de caserío, en donde algunos hallaríamos techo para pasar la noche.

Formamos y salimos. Caía un sol que tostaba y cegaba. Tomamos por una vereda fangosa, en la cual pasamos por todas las penalidades de la guerra en la manigua, menos la de pelear, que era la más benigna, por el contagio del valor y la vesania del combate. Marchamos con el lodo hasta las rodillas; abrumados por el peso de las armas, el parque y el bulto de ropas, que, en aquella iniciación dolorosa, cargamos todos, de capitán para abajo; las nubes de hambrientos mosquitos nos martirizaban horriblemente. Después el calor se hizo sofocante, al formarse una turbonada que se deshizo en un aguacero furioso y repentino. Al cesar éste, quedó una llovizna fría y pertinaz, que no dejaba que con el calor del cuerpo se secaran las ropas empapadas. La última legua de vereda la hicimos de noche; enterrándonos en las furnias; separados unos de otros; con las carnes arañadas por todos los ramajes, espinas y guijarros del camino.

Hasta las once no llegamos al viejo caserío derruído de Bijarú. Rendidos por el cansancio, sin fuerzas para más que matar la sed insoportable con enormes jarros de agua de pozo, gorda y salobre, nos tiramos por donde mejor pudimos. El techo prometido, sólo fué para los que no tuvieron la mala suerte de ir a las avanzadas. Estos durmieron sobre la hierba húmeda, de cara a un cielo plomizo, amenazante de nuevos aguaceros.

En el minuto en que, sin pensar en la hamaca, me tiré sobre

un viejo tablón, dispuesto a dormirme en seguida, declaro que tuve que recordar mis viejas lecturas de heroismos patrióticos para levantar mi fe y seguir adelante al día siguiente.

Porque, cuidado que era inquietante y descorazonadora esta pregunta:

—¿Y si en una hora como esta se aparecen los españoles?

CARLOS LOVEIRA.

La Habana, 1920.

LA VERSIFICACION IRREGULAR EN LA POESIA CASTELLANA

(De la obra próxima a publicarse en Madrid, en la colección del Centro de Estudios Históricos.)

INTRODUCCION

LA versificación castellana se considera, generalmente, como versificación *silábica,* al igual que la italiana o la francesa. En verdad, su fundamento primario es el hecho de que las sílabas castellanas son isócronas, o punto menos, y no cabe diferenciarlas en largas y breves para la métrica. De ahí se deriva el *isosilabismo,* es decir, el hecho, frecuente en todas las lenguas romances, de que cada tipo de verso tenga número fijo de sílabas; y el principio del isosilabismo se combina con el de los acentos *(el ictus):* uno, el final, como obligatorio; otro, los interiores, como necesarios o como voluntarios, según la longitud del renglón.

Pero si puede decirse, en términos generales, que la versificación castellana es *silábica* cuando sólo se quiere contraponerla a la *cuantitativa* de los griegos y de los latinos clásicos, sólo parcialmente cabe afirmar que es *isosilábica,* como la francesa, la provenzal o la italiana. La mayor parte de los versos escritos en nuestro idioma están gobernados por la igualdad de medida silábica, y en mayor o menor escala por el ritmo de acentos; pero existen otras formas de versificación donde el isosilabismo no aparece o apenas se insinúa (1).

(1) En rigor, después del movimiento *simbolista,* no es posible atribuir carácter de isosilabismo invariable a la poesía de ninguna lengua romance. Pero a lo menos era lícito treinta años atrás atribuirlo a la francesa, a la provenzal y a la italiana; no así a ninguno de los tres idiomas románicos de España: entre estos, el catalán es el que se ha mantenido más cerca del isosilabismo, pero la influencia española y portuguesa ha roto la uniformidad.

Una de estas formas es meramente artificial, y pertenece a la poesía de gabinete: son aquellos versos en que, desde el siglo XVI hasta el XX, se ha ensayado resucitar en castellano la métrica *cuantitativa* de la antigüedad clásica, y en particular el exámetro. No abundan estos ensayos, ni forman escuela; y, si se omiten unos cuantos, como los de Don Esteban Manuel de Villegas en el siglo XVII y los de Rubén Darío y Guillermo Valencia en el nuestro, poca es la importancia artística que cabe atribuirles.

Otra forma es la *amétrica:* versos cuya medida no es fija, sino que *fluctúa* entre determinados límites, entre once sílabas y dieciocho, por ejemplo, o entre siete y diez. En torno a esta versificación hay ahora divergencia de juicios.

Otra, en fin, es la versificación puramente *rítmica,* acentual, donde el número de sílabas *fluctúa* también pero la acentuación produce efectos bien definidos, relacionados con la música o al menos con el origen lírico de los versos (2).

La significación de la medida silábica es conocida en castellano desde que el autor del *Libro de Alejandro,* en el siglo XIII, definió su versificación—con más orgullo que verdad—como de "sílabas contadas". Si durante más de cien años no hallamos ninguna nueva alusión al cuento de sílabas, en cambio a través del siglo XV, hasta Juan del Encina, los poetas cultos declaran su adhesión al principio silábico, y aun expresan su desdén de quienes lo ignoran. El gran maestro del humanismo español, Nebrija, aunque lo reconoce también en la poesía de su tiempo, comienza a echarle sombra con su deseo de introducir el sistema cuantitativo en la lengua española. Todavía continúan viendo claro pre-

(2) El ritmo (si se toma el término en sentido general) es esencial en toda versificación, y se puede decir que toda versificación es rítmica, aunque sea de modo vago e imperfecto, como en el caso de la *amétrica.* Pero en este trabajo, a falta de otro término más específico, más restringido, usaré el de *versificación rítmica* para designar exclusivamente aquella que deriva su carácter peculiar de los *acentos* y no adopta el isosilabismo: así, clasifico entre los versos *silábicos* aun aquellos donde la acentuación tiene tanta importancia como el cuento de sílabas, como ocurre con nuestros endecasílabos yámbicos. Faltando la igualdad de medida silábica, los versos que llamo *rítmicos* se distinguen por la acentuación, que establece, ya pies o golpes (como en el metro de gaita gallega), ya alternancia de renglones largos y cortos (como en la seguidilla antigua). Comprendo que sería preferible, para evitar confusiones, designarlos con otro nombre más específico que el de *rítmicos* o el de *acentuales* (por ejemplo, *golpeados,* o *danzantes);* pero no he encontrado ninguno satisfactorio.

ceptistas como Rengifo y el sagaz Maestro Alonso López Pinciano, a fines del siglo XVI; pero el *fantasma de la cantidad,* evocado por la aberración de Nebrija, continúa reapareciendo y acaba por dominar, sobre todo en el siglo de los académicos, el XVIII. Sólo durante el siglo XIX se logra desterrarlo, especialmente desde que el fundador de la moderna gramática española, Andrés Bello, publica sus breves *Principios de ortología y métrica* (1835). Bello todavía emplea términos de la poética clásica,—el de *pie,* por ejemplo—, pero los moderniza; y, en general, restablece sobre sus verdaderos principios el estudio del verso español.

La importancia del principio silábico y del acentual, comprobado con la práctica de los poetas cultos durante los siglos XVIII y XIX, no ocultó a los ojos de Bello la existencia de metros castellanos que no cabían dentro de sus fórmulas: así, la versificación del *Cantar de Mio Cid* o la de *arte mayor.* En su tratado, corto, didáctico, no juzgó conveniente introducir la discusión de tales versos (sólo da explicaciones sobre las peculiaridades del *arte mayor),* puesto que no estaban en uso entre los hombres de letras contemporáneos suyos. En trabajos especiales sí expresó sus ideas sobre el verso épico (3).

Los preceptistas posteriores a Bello cayeron en el hábito de reducir la poesía castellana a los metros silábicos, de acuerdo con la práctica de los versificadores cultos del siglo XIX (así, a menudo se clasifica el verso de arte mayor como simple dodecasílabo); pero, a fines de la centuria, la simplificadora teoría se vió atacada por dos flancos. En primer lugar, los nuevos poetas de América, con Rubén Darío al frente, y luego los de España, se lanzaron a ensayar toda especie de formas métricas desusadas, hasta llegar al *verso libre;* al mismo tiempo, las investigaciones eruditas ponían a discusión los problemas relativos a la versificación amétrica de los castellanos medioevales y a la rítmica de los gallegos y portugueses.

Mucho queda por hacer, sin embargo: el estudio de la versificación castellana es mucho menos sencillo de lo que hasta hace

(3) *Obras completas* de Bello, publicadas en Santiago de Chile, 15 vols., 1881 a 1893: v. tomos segundo, sexto y octavo. Sobre el papel de Bello en el estudio de estas cuestiones, v. M. Menéndez y Pelayo, *Historia de la poesía hispano-americana,* Madrid, dos volúmenes, 1911-1913 (vol. I, páginas 367 a 371), y su prólogo a los *Diálogos literarios* de José Coll y Vehí.

poco parecía (4). No sólo hay que tomar en cuenta la versificación irregular, amétrica, cuyo análisis apasiona en estos momentos a cuantos se interesan en los viejos cantares épicos; hay que tomar en cuenta también el vasto cuerpo de poesía francamente rítmica, o a veces sólo irregular con tendencia rítmica, que se descubre en España desde el siglo XV y perdura hasta nuestros días entre el pueblo. De estos metros, solamente dos se han estudiado: el dodecasílabo y endecasílabo anapésticos, muy brevemente pero con gran precisión, por el insigne Milá y Fontanals; la seguidilla, con más extensión, y minuciosidad y destreza grandes, por el Dr. Hanssen. En el presente estudio aspiro a recoger, clasificándolas sumariamente, las manifestaciones de la poesía castellana fuera de los moldes del isosilabismo, y sólo omitiré los ensayos *cuantitativos* a la manera greco-latina.

Junto a la irregularidad del verso, se presenta otra, menor en importancia: la irregularidad de las combinaciones estróficas, en virtud de la cual no sólo se mezclan versos de diferentes medidas, sino que las estrofas, en vez de repetirse con arreglo al principio de la isometría, se suceden a veces en desorden.

CAPITULO I

LA VERSIFICACION IRREGULAR EN LA POESIA DE LA EDAD MEDIA

(1100-1400)

§ 1. Generalidad de la fluctuación en la medida del verso.—El *isosilabismo* no podía ser el punto de partida, sino la meta, para el verso español primitivo. Es de suponer que ninguna versificación alcanza, apenas nace, regularidad completa. De las formas imperfectas y vagas de su poesía primitiva, cada idioma escoge y define, de acuerdo con su propio *genio,* los tipos de su versificación.

Al leer la poesía española medioeval, la escrita hasta fines del siglo XIV, desde luego advertimos que nunca nos ofrece ab-

(4) V., por ejemplo, las cuestiones que toco en mi reciente trabajo sobre *El endecasílabo castellano* (en la *Revista de Filología Española,* 1919).

soluta regularidad silábica, absoluta precisión métrica, comparable a la de los poetas modernos, sino diversos grados de irregularidad, de *fluctuación,* que se escalonan desde la relativa anarquía del *Cantar de Mio Cid* hasta la uniformidad, punto menos que perfecta, de Berceo. Muchos de los manuscritos originarios nos inducen a pensar que la impericia de los copistas es causa de buena parte de las irregularidades métricas; pero no lo es, ni con mucho, de todas: no es lógico creer que, en un medio literario donde todos los poetas supiesen medir los versos, todos los copistas fuesen incapaces de atenerse a medidas silábicas justas; los manuscritos medioevales, en las demás lenguas romances, nos ofrecen testimonio abundante de lo contrario.

La irregularidad, generalmente, es mayor en la poesía más antigua que en la posterior; es mayor, así mismo, en la poesía juglaresca, escrita para todo el pueblo, que en las obras de los clérigos, escritas para lectores. Es lícito pensar que, a veces, los metros españoles medioevales son tipos de transición, que están pasando lentamente de la etapa *amétrica* a la etapa *silábica;* y es plausible la tesis de que la versificación española primitiva, anterior a la que conocemos, fué *amétrica.* Más allá del tipo primitivo, amétrico, y sin ser silábico tampoco, ni transición entre esos dos, existe todavía el tipo *rítmico,* en él, bajo la influencia de la música, el verso adquiere ritmo marcado, que se apoya en el acento. Comparados con el tipo silábico, los otros dos son *fluctuantes:* el número de sílabas nunca es fijo en ellos, sino que cambia con mayor o menor frecuencia, dentro de límites mayores o menores, también, según la longitud del paradigma silábico a que se aproximan.

A falta de conclusiones definitivas sobre los metros españoles medioevales, a lo menos hay ya el derecho de adoptar puntos de vista. Expondré sumariamente los míos.

§ 2. El verso épico.—El verso de la epopeya nacional parece haber sido amétrico desde su origen. En su forma más antigua fluctúa entre once y diez y ocho sílabas (el documento más arcaico va más lejos aún: entre diez y veinte): anarquía sobre la cual ejercen acción moderadora la asonancia, al final del renglón, y la cesura, hacia la mitad o poco antes.

Luchó por adquirir fijeza silábica durante largo tiempo; nunca

la alcanzó del todo. Podemos verlo, aspirando a definirse, durante el siglo XII, en el *Cantar de Mio Cid,* y todavía, durante el siglo XIII, en el fragmento de *Roncesvalles.* La fluctuación, en estos dos poemas, obedece a curiosa fórmula descubierta por Menéndez Pidal en los versos de medida segura: abriendo la serie con la medida que abunda más, las otras se seguirán alternándose, según el orden de frecuencia, con sorprendente regularidad matemática: 14, 15, 13, 17, 12, 18, 11,. Luego vemos al metro épico aproximarse al tipo de diez y seis sílabas, en los versos que se descubren a través de las prosificaciones de la *Crónica General* (siglo XIII) y sus derivadas (siglos XIV y XV), en el *Cantar de los Infantes de Lara,* y en el *Cantar de Rodrigo* (hacia 1400).

§ 3. El verso de los romances.—El octosílabo del romance, ya sea que proceda directamente del verso épico, por división, o ya sea que sólo en parte se derive de él (y en parte del octosílabo lírico), lo conocemos cuando se acerca al término de su evolución hacia el molde silábico:

...Vido venir un navío
navegando por la mare;
marinero que dentro viene
diziendo viene este cantare...

Aun los más viejos entre los *romances viejos* son, cuando mucho, de fines del siglo XIV; pero el tipo literario bien pudo existir desde la centuria anterior. A pesar de su reciente fecha, en los romances viejos se hallan muchas irregularidades ligeras. Tal es el caso hasta en los escritos por Carvajal, poeta de corte. Romances populares en que todos los versos tengan exactamente ocho sílabas no son fáciles de hallar hasta ya entrado el siglo XVI: la frecuente supresión o adición de una sílaba persistió, probablemente, porque así lo permitía la música con que se les cantaba.

§ 4. El alejandrino.—Cuando de la poesía considerada entonces *popular* pasamos a la *culta,* de la obra de los *juglares* a la de los *clérigos,* vemos que el alejandrino del *mester de clerecía* alcanzó, en manos de su principal cultivador Gonzalo de Berceo, uniformidad silábica, a pesar de ser aún relativamente nuevo, "nueva maestría", como se le llama en el anónimo *Libro de Apolonio:*

Quiero fer vna prosa en román paladino
en qual suele el pueblo fablar con su uezino,
ca non so tan letrado por fer otro latino:
bien ualdrá, como creo, un vaso de bon vino.

Las ocasionales desviaciones que se hallan en los poemas de Berceo no pueden considerarse como alteraciones del sistema, sino como descuidos momentáneos. A menudo el poeta obtiene la regularidad mediante el empleo del hiato, en forma artificial que no se halla, a mi juicio, en ningún otro poeta.

Pero el caso de Berceo es excepcional: es el único versificador que podemos declarar correcto, sin vacilaciones, en todo el trecho que va desde el *Cantar de Mio Cid* y el *Misterio de los Reyes Magos* hasta Don Pero López de Ayala. Fuera de Berceo, los alejandrinos del *mester de clerecía* presentan siempre irregularidades: uno de cada cuatro versos más o menos, es irregular. El alejandrino aparece en su época formativa en los más antiguos documentos donde se halla, el *Misterio de los Reyes Magos* y la *Disputa del alma y el cuerpo*, que pertenecen al siglo XII o a los comienzos del XIII.

Luego, en la época de Berceo, el poema que también se le quiere adjudicar hoy, el *Libro de Alejandro*, presenta un grado de irregularidad mucho mayor que la existente en las obras indiscutibles del Maestro. Y esto ocurre a pesar de que el autor proclama, en conocidísimo verso, el principio silábico: "sillauas cuntadas". Sus hemistiquios octosilábicos (alrededor de una cuarta parte del total, como ya se observa en la *Disputa*) podrían explicarse por influjo del octosilabismo que acaso comenzaría entonces a hacer papel importante en la epopeya, o por similitud con la anacrusis de la lírica galaico-portuguesa que ya se cultivaba entonces en Castilla; pero, aunque así fuera, otras desviaciones mayores indican verdadera impericia técnica.

La irregularidad es algo menor en el *Libro de Apolonio* (principios del siglo XIII). Es mayor, *prima facie*, en el *Poema de Fernán González* (escrito entre 1250 y 1271): la reconstrucción de Marden, tal vez sobrado rigurosa, reduce las desviaciones a poco menos de la vigésima parte del total; en ellas se nota la influencia del cantar épico que sirvió de base al *rifacimento* del poeta de clerecía. Hasta ahora, se atendía a la influencia épica

para explicar los hemistiquios octosilábicos del Poema, especialmente los que son fórmulas de epopeya; quizás ayude también a explicar los otros hemistiquios, más irregulares aún, irreducibles a eptasílabos.

El *Poema de José* y la *Vida de San Ildefonso,* que se sitúan entre el siglo XIII y el XIV, no indican ningún avance en precisión métrica; ni tampoco los *Proverbios en rimo del Sabio Salomón.* Sí hay alguna en la Descripción de batalla que forma parte de la traducción en prosa y verso de la *Crónica Troyana.*

Agradaría encontrar versificación justa en poeta de tantos dones como fué el Arcipreste de Hita; pero se ve que nunca le preocupó con relación a los alejandrinos: el octonario se mezcla con ellos constantemente. Sólo en la segunda mitad del siglo XIV volveremos a encontrar momentáneamente exactitud semejante a la de Berceo, en la última obra del *mester de clerecía,* el *Rimado de Palacio* de Don Pero López de Ayala: la exactitud existe tal vez en la primera parte de la obra (coplas 1 a 296); en lo demás, los manuscritos sufren la invasión del octonario, aunque mucho menos que en el caso del Arcipreste.

§ 5. El verso de arte mayor.—El *arte mayor,* que nace para Castilla en el siglo XIV y dura en auge hasta mediado el XVI, pertenece, en su pleno desarrollo, a la poesía posterior a 1400; pero aún puede aducirse como ejemplo de la *fluctuación* característica del verso español medioeval, puesto que ella lo afecta en sus comienzos. Es un tipo de versificación, no amétrica, sino rítmica, que se acerca mucho a la puramente silábica; probablemente no es otra cosa que evolución castellana de elementos rítmicos derivados de la poesía galaico-portuguesa (según la opinión de Santillana) o emparentados con ella estrechamente. Anunciado, de modo vago e imperfecto, en algunos de los dísticos *(ensiemplos)* que Don Juan Manuel insertó en su *Conde Lucanor,* y más todavía en algunas coplas del Arcipreste de Hita, ("Miércoles a tercia el cuerpo de Cristo...") aparece definido ya en un *dictado* de Don Pero López de Ayala ("La nao de Sant Pedro passa grant tormenta..."), en la *Danza de la muerte* y en la *Revelación de un ermitaño.* Luego lo emplean, y lo perfeccionan, muchos poetas del siglo XV; finalmente, muchos también, pero ya pocos de im-

portancia, lo manejan entre 1500 y 1550. Desde entonces pasa a la categoría de metro arcaico.

En manos de versificadores inhábiles, el arte mayor se convierte más de una vez en madeja informe de sílabas. En su pleno desarrollo, representado por Juan de Mena, consistía en dodecasílabos divididos en dos hemistiquios iguales, y combinados libremente con versos de una y aun dos sílabas menos (según el modo castellano de contarlas), pero de ritmo semejante, con cuatro acentos que pocas veces faltan. Muy de tarde en tarde se introducen también versos con una sílaba más al principio, y así resulta que, en virtud de la acentuación, se equivalen rítmicamente estos cuatro hemistiquios: "Aristótiles cerca...", "Con nuéstro Macías...", "Piedras y dárdos..."; y "Es a sabér..."

En la mayoría de los casos, la libertad rítmica se reduce a combinar los dodecasílabos con endecasílabos de gaita gallega, *anapésticos* (Bello y Hanssen prefieren llamarlos *dactílicos,* por el ictus frecuente en la primera sílaba):

Nin baten las alas ya los alciones,
nin tientan jugando de se rociar,
los quales amanzan la furia del mar
con sus cantares e lánguidos sones...
Los míseros cuerpos ya non respirauan,
mas so las aguas andauan ocultos...

La excepción, relativa, es el Marqués de Santillana, quien conocía mejor que nadie en su tiempo los primores de la versificación silábica; su verso de arte mayor tiene casi siempre doce sílabas, como el de los poetas que lo emplearon cuando dejó de estar en boga:

O lúcido Jove, la mi mano guía,
despierta el engenio, aviva la mente,
el rústico modo aparta e desvía,
e torna mi lengua, de ruda, eloquente...

§ 6. La polimetría del misterio de los Reyes Magos.—Hubo todavía otros metros, que los juglares o los clérigos usaron, sobre todo en la lírica: metros cortos que, antes del siglo XIV, extreman el carácter de *fluctuación* a veces en igual grado que el *Cantar de*

Mio Cid, y que, cuando sobreviven, se van haciendo más y más regulares.

El *Misterio de los Reyes Magos* (siglo XII), obra de clérigo, es caso especial. Junto con el alejandrino, presenta versos de nueve y de siete sílabas. Los escasos ejemplos de otras medidas (cuatro, cinco, seis, ocho) son mucho menos importantes: los tetrasílabos y pentasílabos son meros *quebrados* de los versos largos, y como tales se emplean, anunciando la futura *copla de pie quebrado;* los hexasílabos y octosílabos tal vez pudieran resolverse, mediante enmiendas, en versos de otras medidas, siete y nueve. En general, el autor del drama sabe medir, aunque no con mucha pericia, y conscientemente mezcla cuatro tipos de verso, cuando menos. Hasta donde lo permite el estado actual del texto, se discierne que el poeta buscó una variedad dentro de la cual había regularidad: cada una de las diversas combinaciones que introduce (excepto el pasaje extravagante de los versos 125 a 137) es más o menos regular en sí. El *Misterio* inicia, como dice Menéndez y Pelayo, "la tendencia polimétrica que siempre ha caracterizado al teatro español", la cual, sin embargo, tiene su origen en el drama latino-eclesiástico de la Edad Media.

§ 7. Los METROS CORTOS FLUCTUANTES.—La combinación de temas, o de poesías, intitulada *Razón de amor con los Denuestos del agua y el vino* (siglo XIII),—producción juglaresca—, presenta el fenómeno de la *fluctuación,* no la mezcla consciente de versos distintos en busca de variedad. Los versos son principalmente eneasílabos y octosílabos. Rara vez los hay menores de ocho; pero no escasean los de once y doce.

Menéndez Pidal considera el poemita juglaresco de *Elena y María,* la Cántica de velador ("Eya velar") inserta en el *Duelo de la Virgen* de Berceo, y la larga *Vida de Santa María Egipciaca* como ejemplos de verso francamente irregular. En el primero predomina el octosílabo; en las otras dos, el eneasílabo. La fluctuación tiene, en estos poemas, fórmulas curiosas, de alternancia y constraste, como en los poemas épicos. El eneasílabo predomina también en otra obra juglaresca de versificación muy ruda, el *Libro de los tres Reyes de Oriente.*

Durante el siglo XIV, la fluctuación comienza a disminuir. Los *ensiemplos* de Don Juan Manuel en *El Conde Lucanor* pre-

sentan varios tipos métricos; los únicos breves son los octosilábicos y los eptasilábicos, escritos como hemistiquios de los versos largos con rima interior. Los restantes van desde diez hasta quince sílabas. Todos fluctúan de modo muy curioso en cuanto a la acentuación interna, lo cual los separa de todo sistema *rítmico* o musical (excepto en los pocos ejemplos de *arte mayor);* pero el principio isosilábico se aplica con bastante exactitud: el autor debió de intentar aplicarlo conscientemente, puesto que el título de sus perdidas *Reglas de cómo se debe trovar* indica que conocía el arte trovadoresco.

No sucede igual cosa con los dísticos, enteramente amétricos, de Clemente Sánchez de Vercial en su *Libro de los ejemplos* (entre 1400 y 1420), ni con los versos del Arcipreste de Hita, cuya medida fluctúa, tanto en su *cuaderna vía* y su incipiente *arte mayor* como en sus canciones, donde se hallan desde los tetrasílabos hasta los eneasílabos. En las canciones, la fluctuación obedece a menudo a la práctica de la catalexis, derivada de los poetas galaico-portugueses, y especialmente a la licencia de igualar los versos agudos con los llanos de igual longitud numérica, *aritmética,* pero no *métrica* (ley de Mussafia):

> Por que en grand gloria
> estás e con plazer,
> yo en tu memoria
> algo quiero fazer...

Su octosílabo lírico está bien definido, aunque a ratos le falte o le sobre.

Todavía cabe hallar ejemplos de fluctuación de la medida en otras composiciones influidas por la lírica galaico-portuguesa, como el *cossante* rítmico de Don Diego Hurtado de Mendoza *el viejo,* almirante de Castilla (muerto en 1404):

> A aquel árbol que mueve la foxa...

y la *pregunta* de Fray Lope del Monte *(Cancionero de Baena,* núm. 345), en que predomina el decasílabo bipartito:

> El sol eclipsi, la luna llena...

§ 8. El octosílabo en la poesía lírica.—Junto al octosílabo

de los romances, al que es lícito atribuir origen épico, se impone el octosílabo lírico, desde mediados del siglo XIV. El *Poema de Alfonso XI* (de fines del siglo), especie de gesta híbrida, parece combinar las dos tradiciones.

Precisamente Alfonso X, el Sabio, y su nieto, el rey a quien canta aquel poema, aparecen como eslabones de la transición entre la poesía de Galicia y Portugal y la canción trovadoresca de Castilla. La composición atribuída a Alfonso el Sabio que comienza:

Senhora, por amor de Dios...

y la de Alfonso XI:

En un tiempo cogí flores...

escritas ambas en castellano mezclado de gallego, son las producciones más antiguas de carácter trovadoresco existentes en nuestro idioma: sus octosílabos, aunque no perfectos, tienden a mantenerse dentro de la medida, gracias al influjo de la versificación silábica del Occidente.

De ellos, a través del Arcipreste, y de los trozos líricos intercalados en la versión mixta de la *Crónica Troyana,* se pasa a López de Ayala y a los poetas del *Cancionero de Baena,* que pertenecen a los últimos años del siglo XIV y primeros del XV. Hay pocas vacilaciones en los octosílabos de Ayala, que él emplea, ya solos, ya en combinación con versos de diez y seis sílabas. Poquísimas vacilaciones en el gran *Cancionero:* allí los octosílabos, los *versos de redondilla mayor,* son ya la medida justa que recibió su perfección en manos del Marqués de Santillana e inundó el siglo XV.

Como es bien sabido, el octosílabo, ya sea en romances, ya sea en canciones líricas, es todavía hoy el metro popular por excelencia en el idioma castellano, y no ha perdido prestigio entre los hombres de letras.

§ 9. El eptasílabo.—El verso de siete sílabas, conocido ya por el autor del *Misterio,* reaparece, como vástago del alejandrino dividido por la rima, en los *Proverbios* del Rabí Santob (siglo XIV) y en la *Crónica Troyana* (primeros versos sobre Troilo y Briseida). Allí se desliza a veces hacia el octosílabo, como los hemistiquios del *mester de clerecía:*

Non me tengan por corto,
que mucho judío largo
non trahería lo que porto,
nin leuaría tanto cargo...

Apunta en Don Juan Manuel. En el Arcipreste aparece de cuando en cuando, mezclado con otros tipos para formar estrofas. Falta en el *Cancionero de Baena* y demás colecciones del siglo XV y principios del XVI; y no resurge sino cuando viene de Italia en compañía del endecasílabo. Apenas si, entre tanto, sobrevive en la poesía rítmica del pueblo; pero, dentro de ella, llega a hacerse importante en la seguidilla.

§ 10. El hexasílabo.—El verso de seis sílabas, por el contrario, si no muy abundante, persiste, desde su aparición en la cantiga de serrana:

Cerca la Tablada...

y en la cantiga de loores

Ventura astrosa...,

ambas del Arcipreste, quien lo maneja sin fluctuaciones apenas, mejor que ningún otro verso.

Formando contraste con los de Juan Ruiz, los hexasílabos de la *Serranilla de la zarzuela* (popular, de comienzos del siglo XV) fluctúan, hasta el punto de hacer pensar en las futuras seguidillas:

Yo me yva, mi madre,
a Villa Reale;
errara yo el camino
en fuerte lugare...
O será porquerizo
de Villa Real.

Encontramos el hexasílabo en unas cuantas poesías del *Cancionero de Baena;* de allí pasa al Marqués de Santillana, quien lo pule en sus incomparables Serranillas y lo trasmite a Alvarez Gato y a Juan del Encina. Paralelamente, se desarrolla entre el pueblo, que lo usa en villancicos y endechas.

§ 11. El pentasílabo y el tetrasílabo.—Los versos de cinco

y de cuatro sílabas se utilizan sólo como complementarios. Después del *Misterio,* el inevitable Arcipreste es el primero en usarlos:

Santa María
luz del día,
tú me guía
todavía.

El verso de cuatro sílabas, fluctuante a menudo entre seis y dos, se unió al de ocho para formar la única combinación de dos clases distintas de verso que adquiere importancia o logra persistir en la poesía castellana medioeval. Esta combinación, que en su forma típica recibe el nombre de *copla de pie quebrado,* se encuentra desde el siglo XVI en la *Doctrina cristiana* de Pedro de Veragüe, en la versión mixta de la *Crónica Troyana* (profecía de Casandra), y en el Arcipreste. En poetas posteriores llegó a ser uniforme y exacta respecto del verso más largo; pero hubo siempre más libertad (verdadero resto de la antigua *fluctuación)* respecto del más corto. Había, además, la sinalefa y la compensación entre el largo y el corto, si aquel terminaba en vocal o en rima aguda:

Cual nunca tuuo amador,
ni menos la voluntad
de tal manera...
Si presupongo c'os veo,
luego la tengo cobrada
y socorrida.

Ejemplos de varios grados de libertad pueden hallarse en el gran *Cancionero,* en poesías del coleccionador Juan Alfonso de Baena ("De vyl gente sarracena...") y de Villasandino (Generosa, muy fermosa..." y "Alvaro, señor, non vystes..."); luego, en el *Cancionero de Stúñiga* (coleccionado hacia la mitad del siglo XV): el *desir* de Moxica "Soys vos, desid, amigo..."

La copla de pie quebrado, perfeccionada por Santillana y los Manriques, subsistió a través del siglo XVI, y Tirso la usó todavía en sus comedias. Desde luego, a partir de Santillana, los versos adquieren fijeza silábica, y no se permite otra licencia que la del *enjambement* entre largo y corto.

§ 12. Resumen.—Hasta fines del siglo XIV, se ha visto, el fenómeno de la fluctuación existe, salvo excepciones bien contadas,

en toda la versificación española, pero con caracteres diversos y en grados distintos. Es general, eso sí: nos obliga a suponer que la irregularidad métrica estaba, como suele decirse, *en el ambiente*, en la urdimbre del mundo poético de la España medioeval, y no exclusivamente en los asendereados copistas.

La tradición *amétrica*, que según todos los indicios es nacional, castellana, influye en los poemas heroicos y en obras breves de carácter juglaresco, aunque sean imitaciones de poesía culta extranjera: así en el caso de *Elena y María*. Hoy mismo diríase que perdura en refranes del pueblo:

El que en gastos va muy lejos
no hará casa con azulejos...
Bocado de mal pan,
no lo comas ni lo des a tu can...

En aquellos siglos, la tradición amétrica persistía luchando con la tendencia isosilábica, procedente de la poesía culta, y acabó por ser vencida.

El tipo *rítmico* se halla en el arte mayor y en unos cuantos ejempos de poesía lírica: tiene parentesco con la poesía galaico-portuguesa.

Los otros tipos son *silábicos*, aunque al principio se les maneje con imperfección, mayor o menor, por influjo de la tradición amétrica. Dentro de su frecuente irregularidad, todos tienden hacia una medida ideal, un paradigma: de ocho sílabas, en el romance ya regularizado del siglo XV; de catorce en el alejandrino de la cuaderna vía; de ocho, siete, seis o cuatro en los metros líricos. El eneasílabo, abundante hasta el siglo XIV, no llega a alcanzar vida propia en la poesía culta cuando hubiera podido libertarse de la fluctuación: desaparece arrollado por el octosílabo.

La evolución general hacia el isosilabismo, estimulada por el ejemplo de las lenguas vecinas, llega a su término en los trovadores del *Cancionero de Baena*, en quienes se define y aclara el principio. Las masas anónimas lo adoptan a su vez, pero no de modo exclusivo: en la poesía popular, desde el siglo XV hasta nuestros días, el verso rítmico subsiste junto al silábico, y el único que desaparece es el amétrico.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

VIVOS QUE NO MUEREN

EL AGUSTINO DON ZACARIAS MARTINEZ NUÑEZ


UELE decirse que España es la nación más analfabeta de Europa, y que los españoles, como raza de conquista, ya sufren la degeneración de los pueblos que no lograron consolidar la estructura de los glóbulos rojos formados por la hemoglobina de muchos tipos étnicos. Esta idea acerca de la gloriosa tierra peninsular, parecería tener más de una confirmación cuando pensamos que pasando los Pirineos se cae en las pueblas por donde transitara nuestro señor Don Quijote; y, sobre todo, cuando se recuerda la especie de liga que contra el analfabetismo español constituyeron alguna vez el señor conde de Romanones, el doctor Santiago Ramón y Cajal y otros ilustres y generosos pensadores del Reino.

Debo advertir que cuando alguien me ha señalado como pruebas del atraso de España la creación de aquella liga, pensé de modo opuesto a como será la conclusión de los detractores del pueblo más viril que hayan visto los siglos; pensé, digo, que acaso fuera defecto o virtud de la gente hispana el amor a la franqueza tan exagerada, que en ocasiones le hará daño a ella misma. Porque, no debemos deducir de esto lo otro: instituir una liga contra el analfabetismo, podría indicar, simplemente, que se desea desterrar la ignorancia de una tierra de la cual dijo muy en razón el claro ingenio de don Marcelino Menéndez Pelayo: "No hay, no ha habido, ni habrá en la tierra pueblo que en una misma época presente en igual grado de desarrollo todas las ramas del árbol de la cultura".

Claro es que en estos tiempos, cuando los pueblos del norte de Europa han tenido un segundo Renacimiento que pudiera su-

perar al otro, si se compara la obra de la experimentación científica, España como si se hubiera rezagado en su poderosa mentalidad, hasta el punto de admitirse ahora que su labor intelectual no resistiría el análisis ante el fulgor de la sabiduría en otros pueblos. Y hasta gente hay que se hace esta reflexión: ¿será el aparente o real atraso de España obra de la "nueva raza" que se constituye con remotas fracciones de plasma heterogéneo y cuyas cualidades étnicas se hubieran perdido a través de los siglos?...

—En verdad que el problema no lo resuelve ni la misma Sociología; mas, para quienes hemos podido mirar a España desde otros pueblos antiguocontinentales, nos ha parecido que su progreso científico fuera prestado, y que hubiera cansancio en más de un representante de la Ciencia Española!... Esta es la opinión de observadores numerosos.

Me he preguntado, sin embargo, si el aparente atraso de la Península, el cual inspiró un piadoso volumen a *John Chamberlain,* no se deberá a que sus poderosas virtudes intelectuales se han condensado mucho más que en la época gloriosa de la Conquista, o que en la no menos grandiosa de la expulsión de la moruna: saturándose la sedimentación del genio, su cristalización no se habría hecho de manera difusa, sino por gracia de una sobresaturación, en bloques compactos y entre límites bien determinados. Apreciado así el proceso, la sedimentación no debió hacerse en cristales diminutos y múltiples, sino en piedras talladas y escasas. Esto es, la España antigua ha incubado su genialidad en moldes poco numerosos. Y así, por diez personajes ilustres de otras épocas, produce un Cajal que basta para honrarla; da un Carracido que es suficiente para enorgullecerla; arranca de su seno un Altamira que expresa la generosidad intelectual de España, y engendra por último un Zacarías Martínez Núñez que vale por todos los sacerdotes sabios que en tierras españolas prestaron grandeza a la Edad Media.

De este agustino y biólogo, que son dos cosas hasta opuestas, porque no es fácil imaginarnos a un sacerdote fuera de su radio piadoso, no se ha dicho lo que en verdad le corresponde como educador que no lanza anatemas, sino que se apresta en las justas del método crítico, y refuta con escrituras "jugosas y con hueso adentro", como en carta a propósito del castellano en América

me dijera alguna vez el eminente Rector de la Universidad salmanticense. Y es que en un país en donde parecería que la sinceridad del corazón iba a consumirse nomás que a los pies de María Santísima, no se esperaba que un agustino, rompiendo añejas costumbres, intentara demostrar al mundo que España continúa siendo un país sumiso a la Religión gracias a la cual la Reconquista fué un milagro, pero que también es capaz esa España, "ante el gran combate, veinte veces secular, de Satanás con la Iglesia", de afrontarse en la comprensión de los más hondos problemas de la Ciencia moderna, para valerse de estas armas y alistarse en la Verdad católica que es lo que más interesa al sabio del Escorial. Así, complace a quienes amamos el estudio por el alivio que él concede a nuestras almas, observar cómo el Padre Zacarías Martínez Núñez penetra hasta en los detalles más remotos del problema de la herencia, y ya informado de las graves cuestiones biológicas que lo integran, demuestra, o casi llega a demostrar, que el Aguila de Hipona fué creacionista y no generacionista, pues "con más razones cabe afirmar que fué partidario de la creación directa de las almas, infundidas por Dios en cada hombre que viene al mundo". Y válese el perspicaz teólogo español del propio haber de la Ciencia para advertirnos que "la trasmisión de la más tremenda, positiva y real de las propiedades hereditarias, es un misterio inaccesible al humano entendimiento". Lo cual, pensamos, se declara para concluir que bien perdonable es la ignorancia del Obispo de Hipona cuando no se definió en punto a creacionismo y generacionismo, aunque "más bien se inclina a lo segundo que a lo primero". O en otra forma: "San Agustín fué un escéptico muy sensato y prudente en aquella edad en que la Iglesia católica no había dicho cuál era el origen de las almas, y ante un problema que es un misterio impenetrable para los sabios de hoy, como lo fué para los de ayer".

El sabio agustino se refiere al "problema de la trasmisión del pecado original, esa funestísima propiedad hereditaria" (1). Aplícale algunas de las teorías propuestas para la explicación de la herencia, y, claro es, ninguna conviene al caso excepcional y paradisiaco... Acaso la teoría del plasma germinativo, pensamos,

(1) *Estudios Biológicos,* II Serie, Madrid, 1907.

pudiera, por lo de ancestral que en ella se expone, darnos la clave del funesto patrimonio aquel. Sin embargo, el problema de las almas es aún más complicado de lo que en realidad se cree: el Concilio de Letrán, en el siglo XIII, había decidido que cada alma es, o parece, creada por un acto especial de la potencia divina, en el instante de su introducción en el cuerpo. Santo Tomás, según Luis Bourdeau (2), afilióse a esta opinión transformada en artículo de fe, y trató de conciliar la dicha opinión con la doctrina aristotélica de la pluralidad de las almas. Según afirmaciones del Santo, el embrión posee, naturalmente, a partir de la concepción, un alma vegetativa, a la cual se añade en seguida otra senstiva, y finalmente recibe de Dios, en el cuadragésimo día, un alma intelectual que absorbe todas las otras... Todo este museo de almas aquineanas fué consagrado por el Concilio de Viena, en 1311.

El Padre Zacarías Martínez Núñez, con una erudición vasta y sólida, defiende el escepticismo de uno y la poderosa imaginación del otro. Emplea armas de elocuencia escolástica y de una muy curiosa serenidad naturalista. Mas, parecería olvidarse el agustino eminente, cuando se refiere a esta entera equis de las almas, de que Ernesto Haeckel expone la alta cuestión de la anfigonia psíquica, o fusión de las almas celulares: para Haeckel (3), existirían la citopsiquis, la cenopsiquis y la más evolucionada de todas, la neuropsiquis que no debe diferir mucho del alma intelectual, cuya aparición, al cuadragésimo día embriológico, fué aceptada por el célebre Concilio ya citado... Sería curioso saber hasta qué punto están en armonía la ley biogenética fundamental y la honda apreciación de Santo Tomás. Verdad que van por distintos senderos los creadores o pensadores: Haeckel pretende reconocer la historia morfológica en el rápido progreso evolutivo de un embrión; Santo Tomás pretende descubrir la historia "funcional" en el obscuro progreso de las tres almas, a partir del día cuadragésimo en la vida del embrión. Para el primero la ley biogenética pudiera tener una trascendencia morfológica; para el Santo, de haber existido aquella ley, habría tenido una importancia psíquica... Mas esta es cuestión difícil de resolver; es obra de reconstrucción hasta imposible, si recordamos que el Aguila de

(2) *La Mort.* París, 1904.
(3) *Les Enigmes de l'Univers,* París, Cap. VI.

Hipona titubeó alguna vez cuando quiso definir sus ideas en punto a creacionismo o a generacionismo. "La duda que lo atormentó siempre, según el Padre Zacarías, procedió de no poder explicarse la trasmisión del pecado original, que es un dogma de fe, y el más real y tremendo de los caracteres hereditarios; el más visible y notorio por sus terribles efectos, y signo de una *gran caída;* el legado anormal y patológico más claro y evidente que el de los restantes caracteres físicos, por las manifestaciones de la conscupiscencia, de esta fuerza que llevamos en las entrañas, causa y raíz de todos los males sin cuento que aquejan a la humanidad..." (4), y al cual debe esa misma humanidad, el "petróleo" que la impulsa en todas sus acciones!... Créamelo, Reverendo Padre Martínez Núñez, sin ser yo un "sicalíptico", el pecado original fué siempre el mejor incentivo en la lucha por la vida, en la lucha por los más altos principios... ¡Bendito y alabado sea por siempre aquel legado anormal y patológico que desde el santo Adán nos llega a los hombres en las sonrisas de una mujer, en la gracia de sus caricias y en la generosidad de sus palabras!...

Temiendo estoy que estas "confesiones" tan vulgares por sabidas, se ganen severa penitencia del doctísimo confesor del Escorial. Recuerdo que él arremete contra Metchnikoff y ataca de firme a Félix Le Dantec. Mas, justo es decir que si alguna vez aparece el sacerdote que condena, capaz de la excomunión *ab-irato,* se queda en la intención, y prefiere valerse siempre de la Ciencia por cuantos medios le fuere posible en la defensa del Dogma. Y es curioso observar cómo la propia Biología le presta armas, o aparentemente se las ofrece, para que hable largo y tendido acerca del pecado original como de una forma de herencia la más sólida y firme, la menos incierta que en forma de patrimonio paradisiaco haya recibido la pobre humanidad. Ni nuestros patrimonios "monoideos", o simios, contenidos en el plasma germinativo, weismanniano, del *Pithecantropus erectus,* estarían tan arraigados como lo está la primera culpa del pobre viejo Adán, cuando urgido por las formas núbiles de la apetitosa jovencita edénica, se comió de un tirón la manzana rosada!...

---

(4) Ob. cit., pág. 217.

Digo que el Padre Zacarías conserva toda su serenidad en el curso de sus refutaciones, aunque alguna vez trate de parangonar el criterio de Félix Le Dantec con el de un mediano alumno de Filosofía, sólo porque el ilustre biólogo de Francia dice que la vida consiste en una serie de fenómenos de nutrición y asimilación... Ahora bien, como al sabio agustino se le hace cuesta arriba, por penosa y escabrosa, darle su aprobación a esta verdad de bioquímica celular (entiéndase bien, de bioquímica celular), prefiere irse por el lado menos firme de las ciencias: el de las preguntas acerca del porqué de los misterios que aún no ha logrado esclarecer la Experimentación, la cual no puede, como sucede en Teología, declarar que esto o lo otro es artículo de fe... Y de una vez interroga, a propósito de aquella definición del eminente pensador de París: "¿por qué virtud tiene lugar o se realiza la asimilación en los seres vivos y nunca en los inertes?..."—Le Dantec podría contestar: "No lo sabemos, Bendito Padre; mas, el hecho de la vida celular, el fenómeno que sorprendió la Experimentación con los auxilios no de la Gracia, sino de nuestros pobres e inciertos medios sensoriales, consiste en aquello que llevo definido...

Justo es decir que el admirable sacerdote cumple, cuando critica cuestiones extrañas al Dogma y que parecerían revestirse de una lógica débil, contradictoria, "antilógica", con aquella advertencia del jesuíta Juan José Urráburu (5): "Es, por consiguiente, deber ineludible del polemista católico, no ceder un palmo de terreno mientras *sólidas* y *evidentes* razones no lo obliguen a ello..."

Ahora me pregunto: tendrán los sacerdotes cristianos el derecho para exigir a la Experimentación razones evidentes y sólidas? ¿Será siempre sólida y evidente la enseñanza religiosa o la historia del pueblo de Dios?... ¿Qué será lo sólido y evidente en el mundo!..., cuando se trata de teorías y abstracciones?... A otros que hagan la comparación y deduzcan lo que el mejor sentir o pensar les sugiera. Cuanto a mí, sí estaría dispuesto a defender la verdad científica en el sentido de la mayor liberalidad que existe entre los hombres sabios, aquellos que no

---

(5) *Antropología*, Madrid, 1901, pág. 303.

emplean los vocablos "evidente" y "sólido". Pues los sabios rara vez hablarán de aquellas razones a que se refiere el Padre Urráburu. Se exponen los hechos y se piensa que los días siguientes se encargarán de darles o no su colocación definitiva en los Anales de la Ciencia. Esta, pocas veces hablará con el carácter dogmático que necesitan para su existencia las religiones: cambia todo en la Ciencia y nada parecería inmutable; mas, también es razón de lógica y de prudencia el que se concediera a los hechos *actuales* la significación que ellos tienen en ciencia experimental. Y volviendo a la vida de la célula, no hay duda de que el fenómeno elemental consiste, experimentalmente, mientras no se ofrezca una explicación bioquímica mejor, en un proceso nutritivo, de asimilación. Por ese camino de las preguntas, sobre todo cuando la Biología no cuenta con artículos de fe que hayan solemnizado los Concilios, el sacerdote español podría componer una catena inmensa en el solo campo de las Ciencias Naturales!... El Padre Zacarías Martínez Núñez, a riesgo de que se le creyera un ortodoxo fascinado por la razón de toda las cosas, no acabaría nunca de preguntar en Biología: "¿A qué se debe el heliotropismo, el geotropismo, el quimiotropismo y todos los tropismos que desde el Amor hasta los más delicados y armoniosos movimientos de una Amiba son "misterios" que apenas si podríamos comprender o explicarnos?... ¿A qué se debe la fagocitosis, la inmunidad, la defensa y el triunfo en ese combate de la Fisiología y de la Patología?...—Misterios pueden ser, misterios son, de fijo; pero acepta la Ciencia, y no se enoja la Razón, teorías ingeniosas, aplicaciones de principios a hechos que casi, casi, desconocemos. Mas, de esto a lo otro; de esta luz pálida de ciertos fenómenos a la negación de esta luz, hay toda una laguna de prejuicios que la Ciencia rechaza. Y es que en los límites de la investigación no entra para nada la obra excelsa de los Escolásticos. La lógica nugatoria, contradictoria de los experimentadores, no es que esté reñida con la Filosofía, sino que no se sirve de ella ni se ocupa en aplicarla para sus conquistas. A este propósito, aquel francés ilustre, original, que se llamó Félix Le Dantec, ha escrito con mucha gracia estas frases: El lenguaje científico es demasiado preciso y demasiado neto; mediante él desaparece toda clase de misterio... Un profesor de filosofía

anotaba recientemente así una copia de uno de sus discípulos: "Demasiado claro: se comprende a la lectura". No se puede ser profundo si se es claro; es necesario dejar a las frases cierta vaguedad bajo la cual se adivinen los abismos del pensamiento... El hombre ama el misterio; la poesía que nos arrulló en la cuna tan deliciosamente, o que desarrolla en nosotros las más nobles aspiraciones, es lo más a menudo un montón de ficciones reconocidas como absurdas, y que nos emocionan sin embargo cuando son bien dichas, más que las grandes verdades de orden científico... (6).

De todo esto podríase concluir que hay señalada oposición entre el pensamiento de un filósofo y el de un experimentador científico. Aquel habla de ideas, y éste, aunque su obra sea hechura de las ideas, habla de hechos y parecería prestarle inferior importancia a lo demás: en esta, y sólo en esta oposición sorprendemos la causa de las discusiones bizantinas entre los llamados ateos y los sostenedores del culto o religión. Un caso nuestro, de nuestras polémicas, está indicando no precisamente ausencia de cultura en uno de los críticos, aunque no siempre abundara la buena educación, sino falta de amplitud o escasa "visión" para apreciar la obra más o menos escandalosa que pasa y se olvida: Don Luis Razetti expuso en la Academia de Medicina de Caracas los fundamentos del Materialismo científico, y entre sus críticos hubo más de uno que fué detractor hasta calumnioso. Y esto es de lamentar tanto más cuanto que el Padre Alvarez, o *Pepe Coloma,* fué sacerdote de vastos conocimientos biológicos y de otra suerte. Sin embargo, con ser sabio el sacerdote aquel, era más sacerdote que sabio: era intolerante!... Así, en el estudio del Padre Alvarez que editó el "Centro Católico Venezolano", advierte el autor, como "aclaratoria necesaria", que "al impugnar errores de fondo no hiere personalidades"..., y luego, en las páginas que siguen, habla de la "misión satánica del compatriota que quiere que el hombre viva sin ley moral, hundido en las profundidades del vicio y arrastrándose por el lodo como inmundo animal"... Y de seguida una letanía, de la cual se deduce que Razetti, dando rienda suelta a sus pasiones, tácitamente aconseja

(6) *Les influences ancestrales,* 1911, Cap. XV, pág. 233.

a sus discípulos el asesinato, el robo, la rebelión, la piromanía, el estupro y otras sandeces muy delicadas!... (7).

Felizmente, para gloria suya, don Zacarías Martínez Núñez no es comparable al ilustre académico de Caracas, ni mucho menos serán sus tendencias semejantes a las del Padre Alvarez, su hermano en Jesucristo.

DIEGO CARBONELL.

El doctor Carbonell no es un extraño en CUBA CONTEMPORÁNEA: recordarán nuestros lectores que desde Europa colaboró en nuestras columnas varias veces, cuando era Cónsul General de Venezuela en Francia. Ahora nuestro compañero y amigo ocupa la alta posición de Rector en la Universidad de los Andes. Este artículo es parte de una serie sobre personajes eminentes del mundo. Se trata de un biólogo español que es sacerdote y es sabio.

---

(7) *Ciencias Biológicas*, Caracas, 1904, pág. 33.

DMITRI IVANOVITCH

ARA escribir un juicio literario se necesita poseer erudición, buen gusto e imparcialidad. Y yo no tengo ninguna de esas cualidades. Por lo demás, quiero mucho a Dmitri Ivanovitch para conservarme sereno e imparcial ante sus versos, que también son míos, porque han sido forjados en horas que juntos hemos vivido.

Este prólogo no es un prólogo. Es un hilván de frases cariñosas sobre el hombre y el poeta.

EL HOMBRE

Dmitri es un corazón de niño dentro de un cuerpo de líneas fuertes que recuerdan los dorsos y los biceps de los discóbolos helénicos.

Es un niño-hombre que pasa por la vida sin enriquecer su acervo intelectual con el practicismo lamentable que caracteriza a la presente época.

El comercio de las ideas le causa horror. Es poeta que nació para cantar, como los pájaros, por amor al canto.

Amigo del pueblo, aprovecha todas las ocasiones para defenderlo de la tiranía del capitalista.

No es amigo de ningún gobierno. No ha vivido nunca de la política. Ha despreciado siempre todas las oportunidades que pudo haber utilizado para escalar una diputación o una secretaría.

Amigo de sus amigos, jamás ni nunca sabe ofenderlos ni mortificarlos. Eso sí, no le llevéis la contraria en sus opiniones, pues al punto perderá su habitual serenidad y echará mano de todos los argumentos, de todos los sofismas para sacar bien li-

bradas sus ideas. Y si la discusión sube de tono y se pasa de castaño obscuro, entonces os ofenderá de palabra, os dirá cuatro barbaridades, que media hora más tarde no recordará. Pero os seguirá queriendo como antes; os seguirá obsequiando con las mismas bondades.

Por encima de todas las cosas Dmitri ama sus versos, sin amarse a sí mismo. Despojado de vanidades, va por la vida cabizbajo y pensativo, soñando siempre con otros tiempos, otros seres y otras cosas.

Nunca le he visto gloriarse de sus versos ni de los aplausos con que generalmente los reciben sus amigos. Escribe para sentir el placer de leerse, para saborear los frutos de su huerto. Escribe para recitar esos mismos versos al oído de la inspiradora de sus cantos, que invariablemente es siempre una mujer.

No escribe para ganar fama. El no cree tampoco en la gloria. Escribe, porque escribir constituye una necesidad imperiosa de su espíritu. Cuando sus amigos se divierten en los salones de baile; cuando van al teatro o a la ópera; cuando gastan el tiempo en futilezas, encantadoras futilezas que son las cosas más interesantes de la vida, Dmitri se recluye en su guardilla, se sienta frente a su máquina de escribir, y hasta las altas horas de la noche está sonando la Hammond sin parar.

Despreocupado del mundo que le rodea, hace vida triste, alejado de todos. Dmitri no es sociable. La casaca, el cuello tieso, los chalecos rebajados, el corbatín blanco, los escarpines no se han hecho para él. Jamás, ni el día de su matrimonio, le vieron sus amigos en Colombia vestido a la moda.

Huye del ruido de los salones y gusta del rincón, de la penumbra, del escaño del parque, de una ventana donde, sentado cerca de un amigo o de una amiga, ponerse a recitar sus versos de amor.

Le gusta el cenáculo; detesta la asamblea, los congresos de todas clases y la manera cómo se devana actualmente la madeja de la vida.

No es un radical a usanza de los que se dan la mano con los nihilistas que aspiran a destruirlo todo; es un socialista de la escuela de Lenin en muchos de sus aspectos. Y no irá a Colombia, su patria, sino cuando allí impere un gobierno comunista Cuando

de versos trascendentales le hablan, de versos sociales, de literatura de tal o cual clase, protesta enérgicamente y dice en voz alta que la poesía no tiene otro papel que llenar en el mundo que el de deshojarse, como una margarita, a los pies de las mujeres. No hay versos tales ni cuáles, sino versos para ser ofrendados a Afrodita. Piensa del mismo modo que mi compatriota el gran poeta Fabio Fiallo, quien nunca ha escrito sino versos de amor.

Gusta de las cosas cómodas. Nada que lo oprima es santo de su devoción. Usa camisas burdas de colores obscuros, ropa ancha, zapatos un número mayor que el suyo, largos cabellos que rodean su cuello como una melena infantil y bigotes recortados en forma de media luna.

De una conformidad envidiable, lo mismo se le ve con cien duros en el bolsillo que sin un solo centavo. No conoce economía política y vive como San Agustín: en presente, sin que le preocupe ni le atemorice lo porvenir.

EL POETA

...Rotas yacen por el suelo las escalas; de las frondas ha huído el encanto del misterio, y las cosas no tienen alma. Ya nadie se suicida por la amada. Las amadas no remedan a Julieta, y todo lo ha matado el imperio de esta civilización de hierro.

En la alta noche, cuando se escucha el silencio profundo de la naturaleza, parece que del fondo del pasado salen voces desoladas, voces heroicas, voces místicas, voces renacentistas que reclaman su puesto, que piden a la noche un corazón que las comprenda y las emule. Es entonces cuando los poetas románticos, los místicos, los paganos, ierguen su penacho y cantan alejados del medio que los asfixia. Es entonces cuando cantan y encantan y brotan de sus liras todas las mieles de los rosales.

De estos nocharniegos adorables es Dmitri Ivanovitch uno de los que forman vanguardia.

Emerson dijo muchas cosas a medias. Tenía el defecto de observar las cosas por un solo lado de los muchos que ellas tienen. Pero en medio de esos pensamientos, de esas ideas incompletas, de los cuales se desentrañan verdades desde todo punto de vista pragmático, se catan observaciones de buena ley, como cuando

afirma que el hombre de veinte siglos atrás es superior al hombre moderno. La civilización, por cada cualidad buena que le ha dado al último, dice, le ha restado muchas otras que el primero tuvo.

Las tres épocas históricas que se conocen anteriores a la presente, valen más que ésta que nos toca en infortunio vivir.

En aquellas épocas las cosas tenían alma, y las almas, a manera de duendes milagrosos, viajaban, emigraban de un punto a otro de la tierra llenándola de encanto.

Este libro puede vivir cualquiera de las épocas citadas. Este libro es una vida dada íntegra al espíritu, a pesar de cierto romanticismo epidérmico que pugna por abrirse paso y triunfar. Cierto romanticismo que no es, dicho sea en honor del poeta, el alma constitucional de la poesía de Ivanovitch, alma pura y limpia de pecados carnales que se baña en las aguas lustrales de la eterna vigilia.

Este libro cuenta cómo una noche en que ambulaba el poeta por las desiertas calles de una ciudad que no es la suya, vió abrirse ante sus ojos una ventana,

y al mirarla sintió que ya no era
su abandono tan cruel: alguien estaba
también despierto en medio de la noche...

Y al pensarlo, la calle solitaria
se le antojó que estaba menos sola...

Y trémulas sus manos se tendían
a la ventana aquella, cual queriendo
asir el alma de su ayer en ella!

Cuenta cómo la lluvia le hace soñar con las manos de la amada:

Esta lluvia me hace soñar con tus manos: como ella
que encanta al resbalar en mi cristal, la alcoba,
tus suaves manos dejan sobre mi frente una
suavidad inefable de ensueño; es la vida
al contemplarla entonces una cosa lejana.

Narra y canta su amor de mariposa, que tan pronto se posa

sobre la frente suave de Helène de Sèves como sobre los labios encendidos de Katiuscha Marlowa.

Pero de todos los amores del poeta, sólo un amor grande, inmenso, profundo como los cielos, los mares y la tierra, ha hecho vibrar intensamente la lira romántica de Dmitri. Me refiero a la inspiradora de los Nocturnos y de algunos de los Crepúsculos, que son para mi juicio los mejores versos del volumen.

A la primera lectura la lira de Ivanovitch parece monocorde; pero después que se leen y releen estos versos, se nota cómo el poeta dispone de grandes recursos rítmicos para recorrer airosamente el pentagrama del verso.

Verso libre, verso libre con rima, versos asonantados, versos blancos, versos encendidos como rosas de sangre, forman este libro; y en todos hay envidiable espontaneidad, sencillez clásica que remeda a los grandes maestros de aquella edad de oro de la poesía castellana.

No le busquéis filiación con Bécquer, Heine o Musset. No la encontraréis sino con el primero, desde determinados puntos de vista, que son del dominio de la psicología. No busquéis en estos versos preciosismo, satanismo o modernismo, que toda esta poesía parece ajena por completo a ese gran movimiento de renovación poética que inició Rubén Darío en América y España.

Los versos que se leen más adelante merecen ser recibidos con amor por todos los que están interesados en este instante en el movimiento literario de nuestra América española.

Manuel F. Cestero.

Nueva York, enero 1920.

*

Las poesías que van a continuación forman parte del volumen de treinta y cuatro composiciones de Dmitri Ivanovitch, que con un prólogo de Manuel F. Cestero aparecerán en breve a la luz pública. El libro forma parte de las ediciones de *El Convivio*, que desde hace años viene publicando el eminente literato costarricense Joaquín García Monge, ex ministro de Instrucción Pública de Costa Rica.

LA VENTANA Y OTROS POEMAS

LA VENTANA

Para A. Torres Rioseco.

Vióla abrirse en la sombra de la calle
como una bienvenida. En torno suyo
estaba todo negro. Sin estrellas,
el cielo daba la impresión de un techo
próximo a desplomarse. El vagabundo
sentía la tristeza de su noche
sin hogar y sin pan, y ambulaba
con el aire extraviado de un sonámbulo
por las calles hostiles. De las casas
ningún rumor surgía, las aceras
ahuecaban los pasos ¡entre el sueño
de todos los humanos, sólo él iba,
con su hambre cruel y su dolor, despierto!

Vióla abrirse en la sombra de la calle,
y al mirarla sintió que ya no era
su abandono tan cruel: alguien estaba
también despierto en medio de la noche...
¿Era hombre? ¿Era mujer? ¿Adolescente
que el amor desvelara? ¿Viejo avaro
que con sórdido empeño apila cifras
cada una de las cuales representa
sangre, llanto, dolor de los rebaños
que embrutece el taller? ¿Oscuro apóstol
que en la vigilia de sus noches sueña
leyendo a Bakunín? El vagabundo
ignoraba quien fuese, mas sabía
que otro ser en la noche estaba en vela:
y al pensarlo, la calle solitaria
se le antojó que estaba menos sola...

La distante ventana iluminada
detúvose suspenso contemplando...
¡Cómo tornaban ahora los recuerdos!
Vióse niño, sentado
a la hora de la tarde en el regazo
de la abuelita que con voz gangosa
le iba contando un cuento.
Vióse mozo, en la reja

de la ventana nocturnal, hablando
de amor en esa villa de los trópicos
sobre cuyo silencio se tendía
el cielo tachonado de luceros.

Y como lo ganara poco a poco
esa embriaguez de lo pasado, luego
empezó a murmurar razones viejas...
¡y trémulas sus manos se tendían
a la ventana aquella, cual queriendo
asir el alma de su ayer en ella!

PRELUDIO

A Helène de Sèves.

Tú has sido en mi vida lo mismo que un claro preludio.
¡Que sean benditos tus ojos falaces y cándidos!
¡Que sean benditos tus labios que mienten y besan!
¡Y que sean diez veces benditas tus manos!
Porque has sido en mi vida lo mismo que un claro preludio lejano...

Con el ansia inmóvil
con que tiende su hilera de teclas un piano,
tendía mi alma sus sueños divinos e inútiles,
tendía mi carne sus hondos deseos frustrados.
Pero tú llegaste lo mismo que un claro preludio:
al evanescente temblor de los rápidos
arpegios que anuncian idilios se funde el sollozo
del acorde profundo en que treme la voz del pecado.
¡Que sea bendito tu cuerpo que exalta mis cinco sentidos!
¡Que sea bendita tu alma que con triple virtud me ha encantado!
¡Y bendita entre todas las otras mujeres seas tú por quien sufro!
¡Y bendita entre todas las otras mujeres seas tú por quien amo!
Porque has sido en mi vida lo mismo que un claro preludio lejano
que en mi vida despierta las notas dormidas de un aire de antaño...

Yo sé que tu vaga mirada profunda me daña
como la mirada de los precipicios, o como esos lagos
que en su fondo ocultan diabólico hechizo que arrastra
a los cazadores a morir ahogados;
yo sé que el angustia en tus besos de gloria se esconde
como un tósigo cruel en el vino dorado de un vaso;
yo sé que en las horas de suave abandono tendría
el dolor repentino y ardiente de hallar en tu cuerpo adorado
el rastro de besos ajenos, la marca de ajenas caricias

cual las huellas fangosas que profanan un atrio luciente de mármol...
Yo sé que tu amor es traidor—¡y te creo!
Yo sé que tu amor es dolor—¡y te amo!
Porque fuiste en mi vida lo mismo que un claro preludio gentil y lejano
que en mi vida despierta el florido sentir de los pródigos años.
¡Porque estaba escrito que a mi vida sin sueños llegases un día
y mi vida te amara cumpliendo el mandato fatal de los astros!

NOCTURNO IX

Dans un grand nonchaloir chargé de souvenir!
STÉPHANE MALLARMÉ.

Hacia un puerto distante que no conozco quiero
partir en el primer barco que salga.
Solo, bien solo, mientras que se queden
atrás las horas del pasado con sus lágrimas,
con sus anhelos, con sus desencantos
y con sus dichas, que también las hubo
en esas horas...

Más allá de los mares,
quiero ser como un hombre que naciera de nuevo.
Me olvidaré de todo cuanto he sido.
Me olvidaré de lo que pude ser
cuando maravillosa y optimista
al porvenir remoto me empujaba
la juventud...

Tú, que serás la última, ven a decirme adiós;
que tu pañuelo tiemble mientras yo parta,
que me diga: Buen viaje!

Me quiero ir solo, dulce, nada temas,
ya no te he de pedir que me acompañes.

En las horas penúltimas,
cuando toda la angustia del adiós
parece en un minuto concentrarse:
yo miraré tus ojos en silencio,
estrecharé tu mano finalmente
y no te pediré que me acompañes...

Ni tan siquiera pediré un rincón
en tus recuerdos. Todo lo que pido,
ya que me voy a despedir de todo,

es que la postrer cosa que de mí se despida
en la borrosa línea del horizonte sea tu pañuelo.
¡Ay, tu pañuelo, tu pañuelo blanco
que será como un alma que se arrepiente
y allá en la costa (cuando ya es tarde) grita:
Ven, que yo sí te quise, ven—no te vayas!

Mira: ya tengo el alma lista para ese viaje.
Como si fuese yo mi propia sombra,
recorrí con mis pasos o con mi pensamiento
todas las fechas, todos los lugares.

He vivido con esa turbadora
realidad del recuerdo lo pasado:
aun sentir en los labios me parece
el sabor de tus labios; de tus ojos
la claridad distante hasta mis ojos
llega no sé de dónde... Y estas manos,
las pobres manos que tú amaste un poco,
anticipadamente están sintiendo
el abandono de las tuyas... Mira,
al irme, en mi alma me lo llevo todo
—acaso hasta un pedazo de tu alma...

Y me voy resignado, me voy solo,
lleno desa dulzura nonchalante
de quien ya todo lo perdió, pensando
que acaso en este viaje compasiva
la suerte habrá de ser, y ya que nunca
me dió valor para cortar el nudo
de mi vida doliente con mis manos,
las suyas, invisibles y piadosas,
vendrán sin agonía a desatarlo.

Y ojalá pueda ser antes que llegue
la línea de la costa a divisarse,
para que así los marineros echen
mi cuerpo al mar, y de la mar profunda
las aguas guarden en su paz mi cuerpo
que vibró demasiado en esta vida;
para que así las olas de la mar
sobre mi cuerpo entonen, arrullándolo,
el himno al que yo hubiera
dado forma inmortal—de haber podido
frente a la mar y junto a ti cantarlo...

LANGOR

De las horas de amor que hemos vivido
quedóme una embriaguez tan venturosa
que ya mi corazón de toda cosa
ajena de tu amor se ha desasido.

Mi alma, que sin haberte conocido
ya te amaba en sus sueños, silenciosa
se abisma en ti con ansia tan dichosa
que casi pone del vivir olvido.

Tuyos hasta la médula, mis huesos
se regocijan si al hablar detienes
las miradas en mí, como dos besos...

Y cuando al peso del amor desmayas,
mira, dulce, te siento que en mí tienes
la paz del mar en las nocturnas playas...

MAGDALENA

Para Alfredo Ortiz Vargas.

Compañera, compañera
¡qué cruel es la noche afuera!
¡cómo silba el viento frío!
¡y qué bien estoy contigo
en este cuartito amigo
que ni es el tuyo, ni es mío!

Cuarto neutral de alquiler
por el que no más ayer
pasaron otros amantes;
en el que nos amaremos
una noche, y nos iremos
como otros se han ido antes...

¡Qué pensativa es tu frente!
¡Cómo se abre tu luciente
cabello de oro en la almohada!
¡Qué sugestión singular
de un largo viaje por mar
hace al mirar tu mirada!

¿No ves? Pasó ya el empeño
brutal que me hizo tu dueño;
de aquel abrazo sañudo
no quedan sino estos lazos
blandos que forman mis brazos
sobre tu cuerpo desnudo...

Del lecho en la paz profunda,
teniéndote así, me inunda
tan reposada delicia,
que por gozar de su calma
la carne se me hace alma
y el alma se hace caricia...

¿Recuerdas? Tu paso breve
sobre la nocturna nieve
alegre repiqueteo
puso en la dormida calle:
dábanse cita en tu talle
la tentación y el deseo.

Nos encontramos: dijiste
Tal vez... cuando sonreiste
en el manguito la faz
hundiendo a medias. Deshecho
viento, seguimos un trecho,
delante tú, yo detrás...

¡Oh romántica excursión!
Temblaba mi corazón
como en los tiempos mejores;
a ratos me parecía
que mientras yo te seguía
seguían detrás mis amores.

Al fin, Broadway: claridad;
en mí, vulgar ansiedad;
torpe descoco en tus ojos;
y el vil ajuste corriente
en que pensé tristemente:
¡Qué pena de labios rojos!

Y luego—pero ¿qué tienes?
¿qué peso abruma tus sienes?
vamos ¿qué tienes, pequeña?

¿Lloras? ¡pobrecilla mía!
Ven, no te pongas sombría,
ven... así... soñemos... ¡sueña!

¡Pobres los dos! Peregrinos
que por distintos caminos
nos encontramos; y presos,
en hambre tú, yo en lujuria,
nos hemos hecho la injuria
de traficar con los besos...

Vamos, ven, mira ¿qué haces?
¿por qué trémula deshaces
el tibio nudo tranquilo
con que mi brazo te asía?
¿qué buscas? ¿qué pena impía
turba tu ceño intranquilo?

¿Tu traje? Bueno—¡y qué hermosa
estás así: misteriosa,
deshecho el pelo, desnuda...
Pero ¿estás loca, pequeña?
¿por qué tu mano me enseña
el precio, y te quedas muda?

Esos billetes que oprimes—
¡Ah, los estrujas... y gimes...
y resueltamente luego
los quemas! Pobre alma mía...
¡cómo te quiero! Estás fría...
¡y qué calor da este fuego!

UNA CANCION A LILIANA

Liliana, Liliana,
tu voz es lejana
como la de un sueño...
¡Tu melancolía
ha de hacerme un día
tu dueño!

Liliana ¡qué raros
son tus ojos claros
que dejan pasar

cada pensamiento
con el movimiento
de un pez bajo el mar!

¡Qué suaves que son,
y qué tentación
me dan cuando besan
tus labios amados—
divinos pecados
que rezan!

¡Qué ritmos lejanos
encuentro en tus manos
alucinadoras;
en tu carne impura
que tiene blancura
de auroras!

Cuando me acaricias
prometes delicias—
y desasosiegas,
y te desvaneces...
Ofreces... Ofreces...
¡y nunca te entregas!

En la voluptuosa
sugestión mimosa
de los valses lentos,
tu carne encendida
tiembla poseída
de presentimientos...

Y cuando en la noche
va rodando el coche
por las calles solas
¡en mí te desmayas
igual que en las playas
las olas!

Liliana, Liliana
¡qué ansiedad lejana
la tuya y la mía!
Soñar y desear,
olvidar, amar
un día...

Mira mariposa
que es muy peligrosa
la luz de la llama:
se empieza jugando,
y sin saber cuándo
¡se ama!

Tendrá tu alma un peso...
Me darás un beso...
tal vez lloraremos:
luego al despertar
un vago dudar
tendremos...

Y a los ojos míos
tus ojos sombríos
de mujer rendida
les preguntarán—
Y ellos te dirán:
¡Por toda la vida!

DMITRI IVANOVITCH.

EL PAIS DE LOS CIEGOS

II

(Finaliza)

UATRO días transcurrieron así, y todavía al alborear el quinto el titulado rey de los ciegos permanecía torpe e inútil entre sus súbditos. Ya se había convencido de que no era tarea fácil imponer su dominio; y mientras urdía un golpe de Estado para adueñarse del poder, iba sensiblemente habituándose a recibir y cumplir las órdenes de todos y adaptándose a sus costumbres. Como para él trabajar durante la noche y dormir de día era un sistema harto incómodo, decidió que en cuanto estuviese en el trono ese cambio constituiría su primer acto de gobierno.

Los "súbditos dominadores" vivían una existencia laboriosa y sencilla, desarrollando cuantos elementos de dicha y virtud están al alcance del hombre. Trabajaban, pero sin dar al trabajo carácter opresivo; poseían vestiduras y alimentos bastantes a satisfacer sus necesidades, dividían el tiempo en jornadas alternativas de labor y reposo, distraían los ocios con la conversación y el canto, no ignoraban los tiernos deleites del amor, y atendían al desenvolvimiento mental y físico de sus hijos. Era maravilloso ver la confianza, la precisión con que todos seguían las normas establecidas; cada cosa se adaptaba en el valle a la idiosincrasia de aquella variedad humana que siendo secular era para Núñez tan nueva; los caminos que surcaban la planicie iban en continuo zig-zag y se diferenciaban por hendiduras de diversas formas abiertas en las aceras que los orillaban; los obstáculos e irregularidades de senderos y prados habían sido suprimidos desde hacía

mucho tiempo, y los sentidos, agudizados con el uso impuesto por la carencia de vista, permitíanles a una docena de pasos no sólo oir, sino hasta colegir los gestos. Las inflexiones de la voz habían reemplazado a las expresiones de la fisonomía, y la sensibilidad infinita del tacto acrecentaba sus facultades. Manejaban la azada, la pala y demás instrumentos de labranza con soltura de expertos jardineros; y su olfato, prodigiosamente sutil, discernía las diferencias de olores relativas a personas y a cosas como puede distinguirlos un buen alano. Pastoreaban con mucha pericia los rebaños de llamas, que bajaban durante la noche de las rocas en busca de pastos y abrigo.

Cuando Núñez decidió reivindicar su puesto de sér superior fué cuando se dió cabal cuenta del eficaz orden que presidía hasta las menores acciones de los ciegos. Antes de realizar tentativa alguna de violencia trató de persuadirlos renovando muchas veces sus fallidos intentos de hacerles comprender el sentido maravilloso y profundo de la palabra vista; y les decía:

—Hay una cosa en mí que ustedes no pueden comprender.

Pero no le prestaban oído. En varias ocasiones algunos parecieron interesarse por sus protestas, mas sólo con efímera atención, cual si se tratara de un sueño pintoresco. Sentados, con la cabeza inclinada y vueltos hacia él para oirle mejor, atendían; y él entonces se esforzaba en rasgar las inteligencias tenebrosas con un rayo de luz. Durante una de estas tentativas reparó en una muchacha cuyos párpados, menos rojos, espesos y cóncavos que los de los otros, daban la ilusión de que hubiese bajo ellos ojos capaces aún de despertar del eterno letargo; y a ella le dedicaba sus mejores descripciones y argumentos, con la esperanza de convencerla antes. Hablábale de las infinitas bellezas sólo perceptibles merced a la vista, del espectáculo de las montañas, de los esplendores del cielo, de las fiestas fastuosas de colores que el sol realiza al nacer y al ponerse. Y los ciegos lo escuchaban con incredulidad divertida, que iba poco a poco trocándose en desaprobación. En seguida cualquiera de ellos, apoyado por todos, le explicaba que en realidad no existían esas cosas llamadas por él montañas, y que los bordes del enorme embudo de rocas donde iban los llamas a correr, marcaban el límite del mundo, pues desde allí se elevaba una especie de tapadera inmensa, techo del orbe, de

donde caían el rocío y la lluvia. Cuando Núñez sostenía exaltado que el universo era infinito, y que ellos no tenían sino una mezquina idea de él, los ciegos ponían caras tristes o irritadas, diciéndole que procurase apartar de sí esas ideas perversas. El cielo, las nubes y los astros descritos por Núñez, parecíanles incomprensible y espantoso vacío: toda su cosmología estribaba en la pequeñez de un mundo cerrado y pulido, según percibíalo su tacto.

Núñez se dió cuenta de que continuar las discusiones lo exponía a chocar con ellos, y renunció a explicarles la utilidad abstracta y estética de la vista, limitándose de vez en cuando a insistir acerca de las ventajas prácticas. Una mañana vió a Pedro venir hacia el poblado por el sendero número XVII, y antes de que estuviera lo bastante cerca para que el oído y el olfato de los demás pudieran percibirlo, profetizó:

—Dentro de algunos minutos Pedro estará aquí.

Uno de los viejos lo reconvino asegurando que nada tenía que hacer Pedro a aquella hora en el término de la vereda número XVII, y en efecto, cual si Pedro quisiera desconcertar su vista y dar la razón al anciano, torció por una de las sendas laterales y, alejándose por la vereda número X, dirigióse al muro de la ciudadela. Fatigados de esperar la realización del vaticinio, los ciegos se burlaron de Núñez, quien para justificarse trató de interrogar a Pedro después, públicamente. Pero éste lo desmintió enfurruñado, y desde ese día le fué hostil.

Tras muchas súplicas obtuvo de los ciegos el ser sometido a otra prueba: partió en compañía de uno de ellos a situarse sobre una eminencia del prado, no lejos de la muralla, desde donde prometió descubrir lo que ocurriera en el caserío. Sin trabajo alguno pudo detallar cuantas evoluciones realizaron a la intemperie; mas como los hechos de trascendencia para ellos ocurrían en el obscuro interior de sus casas, obstináronse en que Núñez describiera gestos y hechos para él invisibles, y hubo de callar decepcionado, despechado, colérico...

Sólo después de esta abortada tentativa y de recibir los sarcasmos de todos, tomó Núñez el partido de la violencia y decidió armarse de una estaca y derribar en un dos por tres a los más discutidores, para convencerles de la ventaja de tener ojos. Pero en el momento de coger el palo descubrió en el fondo de su ser

un sentimiento nuevo de hidalga ternura: le era imposible maltratar a un ciego a mansalva.

Tuvo entonces un instante de duda, y con espanto advirtió que todos los ciegos estaban prevenidos, como si hubiesen visto su ademán: con las cabezas inclinadas y los puños crispados parecían esperarle, y uno de ellos le ordenó brevemente:

—¡Deje ese leño!

Núñez sintió un horror indecible debilitarle hasta la médula, y casi fascinado estuvo a punto de obedecer; mas reaccionando de súbito, empujó violentamente al ciego más cercano y salió corriendo enloquecido hasta trasponer la muralla... Corrió, corrió al través de las afelpadas praderas, y al fin lo detuvo la fatiga y se desplomó al borde de un camino presa de esa excitación que se apodera de los hombres al principio de todo combate. Con lucidez instantánea comprendió que para no ser en lo futuro un esclavo, le era forzoso pelear, demostrar su fuerza; mas aumentando su perplejidad ocurríasele que ni siquiera era posible reñir con gentes cuya base mental era tan diferente a la suya... En la lejanía aparecieron varios ciegos armados de garrotes, y bien pronto dejaron atrás las últimas casas, desplegándose en una fila envolvente por todos los senderos que llevaban a donde estaba el fugitivo. Avanzaban despacio, interpelándose con frecuencia y haciendo a cada rato simultáneas paradas para olfatear, cual si rastreasen una pista. Al ver sus gestos Núñez no pudo contener la risa; pero, poco a poco la carcajada fué trocándose en preocupación.

Uno de los ciegos descubrió su rastro en la hierba, y agachándose para olerla mejor, marchó hacia él. Núñez observó durante cinco minutos el lento despliegue de aquel cordón humano que iba poco a poco sitiándole, y su vago deseo de intentar la prueba decisiva convirtióse en frenesí perentorio. Se puso de pie y fué a pasos felinos hasta el muro; después desanduvo cauteloso el camino y halló todos los ciegos inmóviles, en acecho: Entonces se detuvo, y durante un largo minuto de ansiedad, apretó con fuerza el leño homicida. ¿Iba a acometer? La sangre que golpeaba rítmicamente sus sienes parecía acomodarse al tono de estas palabras que acudían de nuevo a su imaginación: "En tierra de ciegos el tuerto es rey..." Lanzó una mirada detrás de sí, con-

venciéndose de que era imposible rehuir el acoso, y un surco vertical ahondó su frente. ¿Iba a acometer? Una nueva fila de ciegos más lejana y vasta cubría la primera saliendo del caserío. ¡No había otro remedio!... Y recogiendo el cuerpo para tomar impulso, replegada la cabeza y crispadas las manos, se apercibió al ataque. Una voz detuvo su ímpetu:

—Bogotá—llamó uno de los ciegos—. ¿Qué hace usted?... Entréguese.

Núñez oprimió con más fuerza su arma y avanzó algunos pasos. Inmediatamente todos los ciegos convergieron hacia él.

—¡Al que me toque—juró—lo desnuco!... ¡Lo desnuco sin piedad!

Sin embargo, pasado un instante, juzgó útil parlamentar y dijo:

—Oid. ¡Es necesario que me dejéis hacer lo que me venga en gana!... ¿Sabéis? Quiero proceder a mi antojo y pasearme por donde quiera sin que nadie se meta conmigo.

Al oir su voz, los ciegos, sin responderle, adelantaron con los brazos tendidos, a pasos rápidos, cual si se tratara de un juego a la vez terrible y paradójico en el que los faltos de vista cazaran al dotado de ella.

—¡Cogedle!—mandó uno.

Núñez se encontró cercado del todo y gritó con voz que en vano quería mostrar imperio:

—¿Pero no comprendéis que vosotros sois ciegos y yo veo y puedo trituraros?... ¡Dejadme en paz!

—Bogotá, suelta ese leño y no andes sobre el césped—le respondió uno de los viejos, imperturbable.

Esta orden a la que el tono familiar añadía algo burlesco, desencadenó en Núñez la ira:

—¡Voy a descrismaros!—dijo sollozando de emoción—. ¡No me obliguéis a romperos el alma!

No sabiendo en qué sentido huir, echó a correr al acaso, sin lograr sobreponerse a la repugnancia de golpear a los ciegos. Decidido no obstante a escapar, bajó la cabeza y en carrera brusca dirigióse hacia el espacio más ancho entre dos de sus perseguidores; mas instantáneamente la fila de ciegos estrechóse para cerrarle el paso; y viendo que iba a ser cogido, alzó el arma y de-

jándola caer sobre uno, que herido en los brazos dió de bruces en tierra, siguió su carrera... ¡Había escapado!

Pero había escapado sólo a la primera fila de enemigos: otra hilera de ciegos armados de cayadas y aperos de labranza desplegábase ya con metódica rapidez para cortarle la huída, y por si esto fuera poco sintió que uno de los más ágiles y fornidos le iba al alcance. Entonces perdió todo escrúpulo, y de un colérico mandoble derribó al nuevo antagonista y huyó otra vez, exasperado, loco, sin rumbo, esforzándose en ver a la vez todos los peligros, hasta que en una de esas vueltas tropezó y cayó sobre la hierba. Los ciegos oyeron su caída.

Una de las puertas del muro ofreciósele a lo lejos como entrada de un cielo de salvación y, levantándose, enderezó hacia ella su carrera. Escaló un puente, gateó por las escarpadas rocas espantando a un llama que se alejó a saltos fantásticos, y al fin, sin aliento, pero libre, se dejó caer en tierra. Así terminó su tentativa de golpe de Estado.

Durante dos días y dos noches estuvo sin alimento y sin abrigo fuera del murado recinto; y en la inquieta soledad meditó mucho sobre las sorpresas de su aventura. Durante el curso de estos soliloquios repetíase con frecuencia y cada vez en un tono de burla más amargo, el proverbio ilusorio cuyo recuerdo le hiciese sonreir el primer día orgullosamente: "En tierra de ciegos el tuerto es rey". Reflexionaba sobre todo en la dificultad de hallar medios para combatir y someter a sus opresores, y poco a poco iba viendo que no disponía de ninguno practicable, pues carecía de armas y estaba en la imposibilidad de fabricárselas por sí mismo. Además, los escrúpulos morales volvían poco a poco, cual pájaros asustados, al nido de su mente: ¡No, no podía resolverse a asesinar a seres marcados por el infortunio! La llaga de la civilización le había contaminado... A no ser por esto—pensaba—y por la falta de armas, acaso el problema no fuera irresoluble: bastaba asesinar a tres o cuatro para dictar condiciones a los otros bajo la amenaza de una carnicería sistemática e impune; pero como también de matar se fatiga el hombre, y al cabo sería vencido por el sueño... Exploró el bosque de abetos en busca de algún fruto y de abrigo contra las heladas nocturnas; trató, sin lograrlo, de atrapar un llama para matarle contra algún saliente

de roca y comerlo, mas dijérase que también los llamas desconfiaban de él, pues parecían espiarlo desde lejos con sus ojos femeniles, prestos a huir lanzando estornudos, en cuanto intentaba acercarse. Al fin tomó el partido de regresar al valle para discutir los términos de su capitulación. Bordeó el canal con muchas precauciones, y a sus llamadas dos ciegos acudieron a una de las puertas del muro.

—¡Estaba loco!—les dijo Núñez humildemente.—Como hace tan poco que he llegado...

Los ciegos declararon que aquel tono de mansedumbre era el mejor para reanudar las amistades, y Núñez aseguró que la cordura había vuelto a su espíritu y que estaba arrepentido de las anteriores violencias. Una súbita crisis de lágrimas, que lo debilitó aun más, redujo los últimos recelos de los dos emisarios, quienes le preguntaron si volvía ya curado de aquella pretensión monomaníaca de *ver*.

—Sí—dijo él—. Era una insensatez... La palabra ver no significa nada... ¡Menos que nada!

—¿Qué hay sobre nuestras cabezas?—preguntó uno de los ciegos para probarle.

Y Núñez dijo:

—Próximamente a la altura de cien hombres hay un techo: el techo del mundo... hecho de rocas muy pálidas y muy suaves... ¡tan suaves!...

Nuevos sollozos convulsivos lo removieron, y en su susurro suplicó:

—Antes de seguir preguntándome dadme algo de comer... ¡Estoy desfallecido!... ¡No puedo más!

Sin duda su mísero estado movió a los ciegos a clemencia; en vez de los castigos crueles que temía, sólo le dieron algunos latigazos, considerando la rebelión como otra prueba de su idiotez y su inferioridad general. En cambio le distribuyeron los trabajos más sencillos y rudos, de tal modo que al terminar cada jornada apenas tenía tiempo de acariciar la esperanza de salir algún día de su resignada servidumbre. Poco después cayó enfermo, y lo cuidaron con solicitud; a pesar de ello, la forzosa permanencia en el lecho, sin luz alguna, hízole más triste la enfermedad. Un filósofo ciego vino a sermonear junto a su cabecera, recriminán-

dole la pasada locura y reprochándole, sobre todo, con acento tan conmovido las dudas acerca de la tapa que protegía la gigantesca marmita imagen total para ellos de su mundo, que Núñez concluyó por preguntarse si su claro recuerdo del cielo era realidad o producto de una alucinación.

Fué así como Núñez convirtióse en un ciudadano más del país de los ciegos. Poco a poco los habitantes del valle dejaron de constituir un grupo impersonal y adquirieron caracteres individuales, con los cuales se fué familiarizando mientras esfumábanse las remembranzas del mundo que se expandía del otro lado de los montes. Distinguió entre todos a Jacob, su dueño, viejo bondadoso cuando no se le contrariaba; a Pedro, sobrino de éste y su más antiguo conocido, y a la más joven de sus hijas, Medina, una muchacha poco apreciada por los demás ciegos a causa de que su rostro, vigorosamente delineado, no tenía aquel aire achatado y fofo considerado por los habitantes del valle como ideal de belleza femenina. Desde el comienzo Núñez la juzgó simpática y no tardó en considerarla el ser más perfecto de la creación. Medina se diferenciaba de los otros en que sus párpados no eran cóncavos ni rojizos, consintiendo a Núñez la ilusión de verlos abrirse alguna vez; además tenía largas pestañas, detalle reputado por todos como grave deformidad, y su voz—tan acariciadora para él—no satisfacía, sin duda, la exigencia auditiva de los ciegos por lo cual ninguno la cortejaba... Llegó un momento en que el desterrado se dijo a sí mismo que si lograba hacerse amar de la muchacha se resignaría a concluir su vida en el valle. Durante muchos días espió las ocasiones de serle útil en menudos menesteres, y bien pronto tuvo la convicción de que notaba su preferencia. Una tarde, sentado junto a ella en una de las asambleas con que celebraban las fiestas, bajo la penunmbra estelar, impelido por la insinuante dulzura de la música, su mano se atrevió a estrechar una mano que respondió con suave ternura a su presión; y otra, estando comiendo en la obscuridad, Medina rozó también su mano, y como el fuego del hornillo alzase por casualidad en aquel instante una llama, Núñez pudo ver retratada la pasión en la fisonomía dulce de la ciega.

Esto lo decidió a confesarle su amor una noche en que, sentada junto a la puerta, hilaba un copo con tal lentitud meditativa,

que parecía a la luz de la luna misteriosa estatua de plata. Él se sentó a sus pies y le declaró su amor en palabras sencillas, exaltadas y sinceras, con voz acariciadora, en un tono a la vez apasionado y respetuoso que ella nunca había oído y que, turbándola deliciosamente, le impidió dar respuesta inmediata. Pero Núñez comprendió que sus palabras habían llegado al fondo de su alma y despertado ecos. A partir de ese día hablaban siempre al encontrarse y eran felices; y el valle convirtióse para él por virtud del amor en su Universo; y el mundo del otro lado de los montes en donde vivían los hombres una vida de luz, llegó a parecerle una fábula cada vez más borrosa. Tímidamente, después de muchos titubeos, se atrevió a hablar a su novia de la vista.

La muchacha creyó sus palabras una nueva quimera del amor: sin rebatir ni intentar resolver el enigma, las aceptó cual otra fantasía poética; y con indulgencia de enamorada cómplice, escuchó, por ser el amado quien las decía, las descripciones de los astros, de las montañas y la de su misma serena y pálida belleza. Y Núñez imaginábase ante el arrobado silencio que Medina animaba y alumbraba en las negruras de su mente, las esplendorosas maravillas descritas por él.

Poco a poco el enamorado adquirió confianza y su amor tornóse menos tímido, hasta el punto de proponerle pedirla en matrimonio a Jacob y al tribunal de ancianos que regía el valle; pero ella mostró gran sobresalto y le rogó aplazar la demanda. La primera en notar sus amores fué una de las hermanas de Medina, quien los delató a su padre. El proyecto de matrimonio encontró en principio oposición general, no porque los ciegos tuviesen en gran estima a la muchacha, sino porque juzgaban a Núñez inferior al nivel mínimo de lucidez necesario a todo hombre. Las demás hermanas protestaron arguyendo que el descrédito de semejante unión las alcanzaría; y el viejo Jacob, a pesar del afecto que había llegado a cobrar a su siervo a causa de su humildad y aun de su misma torpeza, movió la cabeza denegando. Los mozos se irritaron ante la idea de aquel matrimonio como ante una presunta aberración; y uno de ellos excitóse tanto, que llegó a injuriar y a golpear a Núñez, quien le devolvió con creces los golpes demostrando por primera vez que, aun en la penumbra,

el don de la vista entrañaba seria ventaja. Después de esta pelea nadie volvió a levantarle la mano; pero todos obstináronse en considerar imposible la boda.

El viejo Jacob, que la adoraba, enternecíase cuantas veces Medina venía a apoyar sobre su pecho la cabeza con callado pesar, y la consolaba diciéndole:

—Compréndelo bien, hija mía... Es un idiota... Padece alucinaciones y no sabe hacer nada a derechas.

—Lo sé, lo sé—murmuraba ella...— Pero ya no es como al principio; se nota que mejora y llegará a ponerse bien del todo; es fuerte, padre mío, y es también muy bueno... Más fuerte y más bueno que ninguno de aquí... Y me adora, papá... ¡Y yo también!...

El pobre viejo hondamente afligido por la desolación de su hija y por su creciente afecto hacia Núñez, fué al fin a interceder cerca del tribunal de ancianos; y sin atreverse abiertamente a defender la causa, halló medio de insinuar esta frase:

—Sin duda mejora, y es muy posible que un día llegue a estar tan sano como cualquiera de nosotros.

Poco tiempo después uno de los ancianos más doctos halló la solución anhelada. Era el gran doctor, el que curaba los males del cuerpo y del alma a su pueblo; y en su espíritu inventivo y filosófico, la idea de anular en Núñez el influjo de aquellas protuberancias extrañas que lo impelían al extravío, debió germinar y medrar como un halago. En una de las siguientes reuniones acercóse a Jacob y le dijo:

—He examinado a Núñez y me parece que su curación no es difícil.

—Es lo que yo digo—exclamó jubiloso el padre de Medina.

—Su cerebro está dañado—aseguró el doctor.

Los ancianos acogieron con un murmullo admirativo el diagnóstico; y el sabio preguntándose a sí mismo para dar más valor a su respuesta, añadió:

—¿Pero de qué mal está dañado?

—No lo sé—dijo Jacob de nuevo melancólico.

Y el otro concluyó triunfalmente:

—Yo sí. Esas protuberancias nocivas que él llama ojos y que en los seres perfectos sólo existen para ahondar una bella

depresión en la cara, las tiene Núñez tan enfermas, que la dolencia le ha penetrado hasta los sesos. Reparad en que están enormemente distendidas, tienen una doble fila de pelos y además se abren y se mueven. No es preciso añadir más para demostraros cómo su cerebro ha de estar en un estado fluctuante entre la irritación y el idiotismo sin parar nunca en el fiel de la sensatez.

—Claro—respondió Jacob.

—Para curarlo es preciso intentar una operación a la vez sencilla y ràdical; hay que extirparle esos dos cuerpos excitantes.

—¿Y sanará?

—Seguramente; y haremos de él un modelo de ciudadanos.

—¡Dios te bendiga por tu generosidad y tu sabiduría!—sollozó el viejo.

Y partió sin demora a anunciar a Núñez la esperanzada nueva; pero el modo con que fué acogido por éste debió parecerle frío e injusto, pues murmuró decepcionado:

—¡Bien se conoce que no quieres a mi pobre hija como ella a ti!

Fué Medina quien armada del amor decidió a su novio a aceptar la intervención de los cirujanos ciegos:

—¿Y eres tú—protestaba él—la que me propones renunciar al don de la vista?

Ella insistía con lánguida tenacidad; y cada vez que estaba a punto de rendirse, Núñez encontraba en el fondo de su ser esta frase de rebelión:

—¡Pero si mi universo es la vista... Si porque te he visto te he querido!

Y como ella bajara la cabeza sin responder, confiando ya más en la elocuencia de su gesto que en la de su frase, Núñez continuó:

—¡Existen tantas cosas bellas en el mundo! La más pequeña de las flores es una inmensa maravilla; y los colores y las formas acarician la vista como las cosas sedosas acarician la piel... Los líquenes que brotan en las rocas, los reflejos aterciopelados, el cielo hondo con sus nubes muelles cual plumosas almohadas, las puestas del sol, los astros, todo, entra por la vista hasta el alma. ¿Por qué me pides ese sacrificio, cuando sólo por dejar de verte como ahora, con las dos manos juntas, debe ser una desgracia

horrible ser ciego? ¡No, Medina, si es verdad que me quieres no me exijas eso!... ¿Verdad que ya no me lo exiges?

Se detuvo; el dejo interrogativo de sus últimas palabras acababa de suscitar en su propia alma una duda lancinante. Ella insinuó:

—¡No te exaltes así! A veces deseo que...

Dejó en suspenso la frase; él la instó:

—Dilo, dilo...

—...que a veces deseo dejar de oirte hablar de ese modo.

—¿De qué modo?

—De ese que hablas cuando me cuentas tus sueños de la vista. Tienes una gran fantasía que me hechiza, que me embriaga, pero...

—¿Pero qué?—dijo Núñez con voz ronca, mientras un escalofrío le recorría la médula:

Medina permaneció inmóvil, sin responder; él, para convencerse, aclaró:

—Quieres decir que debo decidirme a que me saquen los ojos, ¿no es así?

Y al descubrir por completo el pensamiento de la muchacha sobrevino en su alma un huracán de cólera; de cólera contra el destino, no contra la enamorada infeliz que no le podía comprender, y que en su desventurado mutismo inspirábale una simpatía profunda, tierna, hecha casi toda de piedad.

—¡Alma mía, no sufras!—susurró apasionadamente.

La lividez de Medina decíale claro cuán oportuno era este consuelo; y atrayéndola contra su pecho, jadeante, la besó en las mejillas prolongando durante un minuto de angustiada emoción aquel abrazo casto y silencioso.

—¿Y si yo hiciera por ti ese sacrificio?—le dijo después con voz dulcísima para saber toda la verdad.

Medina entonces lo apretó contra su corazón y suspiró convulsivamente, entre sollozos:

—¡Ah, si tú fueras tan bueno, tan bueno de hacer eso por mí!...

Durante la semana anterior a la operación que debía redimirlo de su inferioridad y elevarlo al rango de verdadero ciudadano del país de los ciegos, Núñez no pudo reposar ni dormir. En las horas vibrantes de sol, mientras todos dormían, permanecía sentado o

errabundo, sin lograr distraer el pensamiento del sacrificio cada momento menos lejano. Lo había aceptado ya, había creído más de una vez estar resignado, resuelto, y sin embargo... Al fin la postrera noche de labor transcurrió, y el sol volvió a dorar las nevadas crestas más fastuosamente que nunca, cual si quisiera decirle con su magnificencia: "Esta es la última vez que podrás contemplarme". Antes de ir a dormir, a fingir dormir, tuvo una breve conversación con su novia:

—Mañana—le dijo—no veré más.

Y ella, oprimiéndole ambas manos con toda la fuerza de su gratitud y de su amor:

—¡Elegido de mi corazón, no te harán sufrir... Y si sufres un poco será por mí, por mí que te lo pagaré toda la vida con mi cariño!

Lleno de compasión por sí mismo y por ella, Núñez la abrazó, la besó en la boca; y luego, sin dejar de estrecharla, separó la cabeza para contemplar también por última vez su dulce rostro adolorido. Sin poder contenerse murmuró despidiéndose de la visión amada:

—¡Adiós... adiós!

Después, en silencio, se fué. Y Medina sintió repercutir en su corazón el ruido de los pasos que se alejaban con un ritmo tan penetrante de angustia, que sin poderse contener rompió en sollozos.

Núñez marchó en línea recta para llegar lo antes posible a un sitio apartado desde donde se dominaban las praderas salpicadas de blancos narcisos, y esperar allí la hora suprema de su abnegación. Pero mientras andaba alzó la vista, y al contemplar la mañana que descendía del Oriente como un ángel armado de oro, le pareció que el mundo ciego del valle, y él mismo, y la inmolación proyectada, no eran sino infernal pesadilla. Sin detenerse en la colina elegida continuó avanzando, traspuso el muro y se aventuró por las pendientes, fija la vista en los arbóreos picachos rosados de aurora. Y la belleza infinita del paisaje, como un imán, lo atrajo; y sintió de cada una de las flores, de cada uno de los reflejos, de cada una de las cosas bellas y vivas, venirle el reproche de haberse, siquiera durante unas horas, resignado a vivir sin ellas. Pensó en el mundo vasto y libre, en su verdadero mun-

do; y sintió la visión y la incitación de los países lejanos. En la distancia creyó entrever a Bogotá con sus calles anchas serpeadas de luces, animadas bajo la claridad gloriosa del día y vivas aún sin totales tinieblas bajo el luminoso misterio de las noches. Y pensó en los palacios, en las fuentes, en las estatuas, en las casas blancas, y se dijo que nada significaba tres o cuatro días de ascensiones cruentas por montañas casi inaccesibles, con tal de aproximarse siquiera algo a la ciudad querida. Siguiendo el hilo de su ensueño se puso a imaginar un viaje fluvial de muchos días desde Bogotá al mundo múltiple lleno de ciudades inmensas, de desiertos, de bosques, de mares por donde los buques trazaban una espumosa estela pasando entre la bruma dorada ante islas más pequeñas aún que el valle de donde se alejaba, pero desde las cuales veíase no la tapa rocosa imaginada por la fantasía execrable de los ciegos, sino la expansión azul en la cual los astros marchan hacia el infinito.

Sus ojos escrutaron el cortinaje de montañas, y sin atreverse a formular del todo su secreto designio, se dijo:

—Entrando por ese barranco hasta aquella brecha, iré a salir a los pinos achaparrados que contienen la nieve y podré trepar hasta el borde de las primeras cimas. ¿Y una vez allí?... ¡Quién sabe! Los otros obstáculos podrán también ser vencidos y llegaré a donde empiezan los ventisqueros... ¿Y después? Después serán precisas nuevas y penosas ascensiones hacia las crestas magníficamente desoladas y casi invisibles... ¡Y si tengo suerte!...

Antes de seguir volvióse a mirar el vallecillo y lo contempló largamente, cruzado de brazos, tratando de aislar en su recuerdo la dulce imagen de Medina, que era ya algo menudo e irreal en la esperanza y en la distancia. Con decisión súbita encaminóse a la cordillera, envuelta en el esplendor diurno, y comenzó la ascensión sin detenerse... Al caer el sol ya había traspuesto tres picachos y estaba muy lejos del valle terrible. Las pieles de su traje aparecían rotas en más de un sitio por las rocas ingentes, y al través de las desgarraduras veíase la carne también desgarrada. Pero cuando cayó por completo el día y se vió seguro sobre una abrigada meseta, una sonrisa feliz alumbró su rostro.

Desde el sitio donde reposaba apenas adivinábase el valle,

perdido en el fondo de un lejano y gigantesco barranco. Las brumas primero y la sombra en seguida fueron haciéndolo desaparecer; y cuando aun los altos picachos tenían un postrer oro de sol, ya el país de los ciegos en donde había querido ser rey, era en la lejanía una sombra sin límites.

Sombra sin límites allá abajo, en las cimas oro de sol, y en torno de él una semiclaridad límpida, incomparable. Vetas verdes jaspeaban la masa gris de la roca, y refulgentes cristales de hielo contrastaban con los tonos anaranjados de unos líquenes a la vez minúsculos y magníficos. Lentamente, profundas y misteriosas tinieblas penetraban en el desfiladero. Masas de oscuridad violácea iban ensombreciéndose hasta tornarse púrpuras y transformarse luego en lechosas opacidades. Sobre su cabeza extendíase la infinita bóveda azul... Cesó de admirar este espectáculo y se tendió tranquilo, sonriente, cual si la sola dicha de haber escapado al país de los ciegos bastase para llenar su vida. Un rato después los últimos fulgores de luz fueron vencidos por la noche; y Núñez reposó dulcemente, bajo el rutilar innumerable de las estrellas.

H. G. WELLS.

Traducción de A. Hernández Catá.

BIBLIOGRAFIA (*)

GUÁIMARO. 10 de Abril de 1869. 10 de Abril de 1919. Reseña histórica de la primera Asamblea Constituyente y primera Cámara de Representantes de Cuba. Por Néstor Carbonell y Emeterio S. Santovenia. Habana. Imp. Seoane y Fernández, Compostela 121. 1919. 4º, 200 p.

Toda la legión heroica pasa por las páginas de la reseña hecha por los jóvenes escritores, toda la pléyade de patriotas abnegados, de ciudadanos excelsos que dejaron la tranquilidad de su vida noble y opulenta por lanzarse a la rebelión en busca de libertades para su pueblo. Allí están Céspedes, el caudillo de la arremetida inicial; Aguilera, el que hizo de su vivir un apostolado simbólico, que de sacrificios incontables como el suyo ha de estar construída la base de la República; Agramonte, el impetuoso guerrero, todo virtud y heroísmo; *Perucho* Figueredo, soldado, músico y poeta, autor de *La Marsellesa* cubana: del Himno Nacional; Salvador Cisneros, gallardo defensor del derecho; Manuel de Quesada; Antonio Zambrana; Miguel Jerónimo Gutiérrez; Eduardo Machado; Juan B. Spotorno; Tomás Estrada Palma; Jesús Rodríguez; Francisco Sánchez Betancourt; Arcadio S. García; José M. Izaguirre; Tranquilino Valdés; Antonio Lorda; Honorato del Castillo; Antonio Alcalá; Miguel Betancourt Guerra; Vicente García, el último Presidente de la República en armas. Primero los precursores: José María Heredia, el cantor del Niágara, el de los ardientes versos revolucionarios; Gaspar Betancourt Cisneros, *El Lugareño* insigne; Narciso López, el primero en enarbolar la actual bandera cubana; Joaquín de Agüero; Domingo de Goicouría; Isidoro de Armenteros y Ramón Pintó, inmolados ante el altar de la Independencia; y José Morales Lemus, abogado, diplomático de la Revolución.

(*) Debemos recordar que en esta sección serán únicamente analizadas aquellas obras de las cuales recibamos dos ejemplares remitidos por los autores, libreros o editores. De las que recibamos un ejemplar, sólo se hará la inscripción bibliográfica correspondiente.

Bien ha hecho la Cámara de Representantes de la República libre en costear la edición de este libro, acta que dos espíritus patriotas levantaron en el quincuagésimo aniversario del acontecimiento trascendental para Cuba en que un grupo de hombres audaces se congregó en Asamblea Constituyente y formó la primera Constitución que nos dió derechos y dignidad.

Carbonell y Santovenia hacen un poco de historia retrospectiva, y se refieren a los rebeldes anteriores a 1868, a los intentos de sublevación, a las algaradas y a los latidos que daba de manera intermitente el sentimiento revolucionario. Y después, el relato de la Asamblea de Guáimaro es completo, detallado, lleno de emocionantes sucesos y de noticias. La Constitución redactada en aquel pueblo libre del Camagüey es una obra portentosa. Verdad es que puso demasiados escollos democráticos a la dirección de la guerra, pero es cierto que en ella se consagra el más grande de los derechos: el de la libertad humana. Los Representantes de Cuba, en la primera reunión en que pudieron expresar sin peligro sus ideas, decretaron la abolición de la ignominiosa esclavitud. Ya Céspedes, al entrar victorioso en Bayamo, y antes, al iniciar la contienda en La Demajagua, había dado libertad a todos los esclavos. Y también los Representantes del Centro se habían honrado con igual resolución.

Guáimaro es la primera manifestación de los ideales colectivos de los cubanos. En el largo Víacrucis es un punto luminoso que es a trechos una acusación, a veces una esperanza y siempre un símbolo.

RUBÉN DARÍO EN COSTA RICA. (1891-1892). Cuentos y versos. Artículos y crónicas. García Monge y Cía., Editores. San José de Costa Rica, C. A. 1919. 8º, VIII 152 p.

Conocer a Rubén Darío es un placer del que está gustando la América toda, aun desde fecha anterior a la muerte del gran poeta. Todo lo que él dijo, lo más insignificante de su producción, tiene un vivísimo interés entre los innúmeros admiradores del revolucionario que realizó tan enorme transformación en el alma y en la forma de la poesía castellana.

Rubén Darío permaneció durante un año en Costa Rica, de 1891 a 1892, en donde publicó "versos, necrologías, artículos de crítica" y sostuvo una polémica. Teodoro Picado ha recogido toda esa labor y en las *Ediciones Sarmiento,* que dirige García Monge, ha publicado un volumen, al que seguirá otro, en que puede observarse ya la exquisitez del que más tarde escribiría *Los raros.*

Por la desaparición—feliz para la poesía; dolorosa para el poeta—de su diario *El Correo de la Tarde,* que él dirigía en Guatemala, tuvo que ausentarse de aquel país, y fué a buscar hospitalidad en San José de Costa Rica. En la culta ciudad, escribió en *La Prensa Libre, El*

Heraldo, La República, La Revista de Costa Rica, El Partido Constitucional, Costa Rica Ilustrada y *El Diario del Comercio,* en donde fué dejando destellos de su inteligencia y de su cultura.

Estos libros de los grandes escritores, hechos con su producción de la primera época, son de indudable interés para el estudio de su personalidad, de su orientación inicial y de sus evoluciones. Aquí vemos a Rubén Darío en su forma primitiva, en una sencillez encantadora en que ya se presiente al escritor brillante, al director de un entusiasta y numeroso grupo del mundo intelectual español. Y en estas páginas armoniosas tiene la curiosidad de los americanos fuente abundante de observación y de enseñanza. En la bibliografía del poeta, los dos tomitos de las *Ediciones Sarmiento* serán siempre de importancia por los datos y por la belleza que en ellos se puede encontrar.

LA CRISIS DE LA PUBERTAD Y SUS CONSECUENCIAS PEDAGÓGICAS. Por Víctor Mercante. Decano de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata; Catedrático de Psicología, Metodología y Práctica de la misma; miembro del Consejo Superior; de la Sociedad Científica Argentina; de la Sociedad de Psicología de Buenos Aires; de la Internacional de Paidología de París; de la American Academy of Political and Social Science de Pensilvania; honorario de la Sociedad Franklin, de la Internacional Kindergarten, etc. Buenos Aires. Cabant y Cía. Editores. "Librería del Colegio". Alsina y Bolívar. 1918. 4º, XI-440 p.

Empieza este libro con una introducción en la que el Dr. Mercante da una reseña histórica de la enseñanza secundaria en la República Argentina. Es un interesantísimo trabajo, que debe ser conocido de todos por las ideas que sugiere y las experiencias de que es resumen. El resto del volumen es de gran importancia, igualmente, pues el autor estudia ese período de la vida en muy numerosos casos. Ha tenido presente, para formular conclusiones, gran cantidad de estadísticas, de observaciones, de datos, de estudios, que le permiten basarse en una documentación adecuada y copiosa.

El Dr. Mercante fué Director General de Enseñanza Secundaria y Especial de la Argentina. En ese cargo pudo reunir abundantes elementos de juicio para su obra, de la cual puede decirse que es un resumen de cuanto se ha escrito en ese sentido con tendencias pedagógicas, y un guía seguro para funcionarios del ramo de Instrucción Pública, profesores y padres de familia.

Tiene una gran trascendencia en todo el curso de la vida la crisis natural en que del organismo infantil va surgiendo la armazón del hom-

bre y de la mujer completos, con nuevas necesidades, con otras ideas, con aspiraciones distintas. El estudio completo, acucioso, reflexivo, de ese período sugiere al Dr. Mercante apreciaciones atendibles y lo lleva a muy atinadas conclusiones de carácter educacional. Después de observar al niño y al adolescente en los variados aspectos de sus evoluciones orgánicas, durante la crisis, sus actividades mentales, sus sentimientos, su conducta, su capacidad para aprender en esa época de su vida, indica cuál debe ser la organización de la enseñanza, de la educación y del aprendizaje en la difícil evolución. Todo lo necesario para conducir discretamente y de modo apropiado al púber, se encuentra en el libro del Dr. Mercante, utilísimo y necesario en todos los pueblos y especialmente en los nuestros, todavía en formación, que se hallan sufriendo aún las consecuencias de una infancia mal dirigida y de una educación peligrosa en extremo.

Enrique Gay Calbó.

La Habana, marzo, 1920.

INDICE DEL TOMO VIGESIMOSEGUNDO

(ENERO-ABRIL, 1920)

POR MATERIAS

POR AUTORES

IMP. DE LA SOCIEDAD EDITORIAL CUBA CONTEMPORANEA

